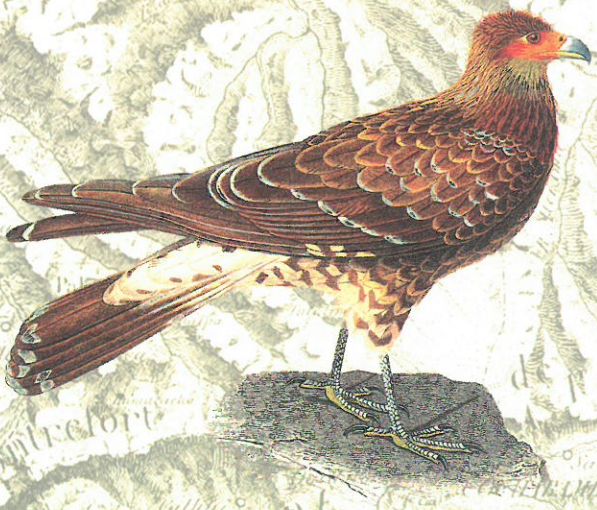
Alcide D´Orbigny

Viaje a la América Meridional

Tomo III



Alcide Dessalines d'Orbigny, nació el 6 de septiembre de 1802 en Couëron, cerca de Nantes. Desde muy joven, cuando vivía al borde del mar en la ciudad de La Rochelle, d'Orbigny comienza a interesarse en los moluscos y los cefalópodos microscópicos. Publica entonces sus primeros estudios, los cuales llaman la atención del Museo de Historia Natural de París, institución prestigiosa a la que ingresa en 1824. A los 23 años, poco antes de embarcarse hacia América, crea una nueva disciplina: la micropaleontología. Consciente de las acusaciones de impostura que se hacían a cierta literatura científica, d'Orbigny se propuso escribir un texto de gran rigor científico sustentado en una completa y rica colección de muestras. Este objetivo está anunciado desde las primeras páginas de su obra, la que será, según advierte, "lectura para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios y para el sabio, siempre ávido de aumentar el conjunto de sus conocimientos". Impulsado por una energía y una pasión inagotables, Alcide d'Orbigny, joven y apasionado como era, no escatimó esfuerzos y logró reunir, en cerca de ocho años, una impresionante serie de ilustraciones, de mapas,

(Continúa en la solapa posterior)

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Alcide d'Orbigny

Viaje a la América Meridional

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

Realizado de 1826 a 1833

Tomo III

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

Título del original francés:
Voyage dans l'Amérique Méridionale

Primera edición:
Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.

Versión directa de:
Alfredo Cepeda, revisada para la presente edición por
Edgardo Rivera Martínez y Anne-Marie Brougère.

Segunda edición, agosto de 2002,
año del bicentenario de Alcide d'Orbigny.

Publicado bajo el auspicio de la Embajada de Francia en Bolivia,
el Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD y TotalFinaElf.

Esta obra corresponde al tomo 154 de la colección:
"Travaux de l'Institut Français d'Études Andines". (ISSN 0768-424X).

La presente edición ha sido revisada por René D. Arze Aguirre
y corregida por Alvaro Cuellar.

Las ilustraciones fueron obtenidas de la edición original en francés perteneciente
a la Biblioteca y Archivo Histórico del H. Congreso Nacional de Bolivia.

© Instituto Francés de Estudios Andinos, Plural editores, 2002.
Tomo III: ISBN 99905-64-51-5
D.L. 4-1-1164-02

Producción:
Plural editores
c. Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel. / Fax 2411018, casilla postal 5097,
La Paz, Bolivia

Impreso en Bolivia

CAPÍTULO XXI

Descripción de los Indios Aucas y Puelches

Descripción de los Indios Aucas

Sólo me he referido hasta ahora en detalle a los patagones; me falta hacer conocer las dos naciones vecinas, los puelches y los aucas, que comparten, con ellos, la posesión del territorio de la Patagonia Septentrional, y especificar las diferencias que las distinguen.

Comenzaré por los aucas, que más se diferencian de los tehuelches por su estatura, su idioma y la región que habitan, después de lo cual no tendré más que establecer las relaciones que pueden existir sea entre los puelches y los aucas, sea entre los puelches y los patagones, con los cuales los autores los han confundido a menudo.

Los araucanos de las pampas o aucas, nombre que los españoles les dieron[1], y con el cual se los conoce en la región, pertenecen a esa nación que, bajo Yupanqui[2], obligó a los incas a limitar su imperio al Río Maule y a renunciar a la conquista de Chile, defendiendo bravamente su territorio contra el extranjero armado para someterlo a nuevas leyes y a una nueva religión. Son esos indómitos guerreros que, casi sin armas, hicieron, en 1535, retroceder a Almagro y sus soldados revestidos de corazas[3]; luego al desdichado Valdivia[4]; y

---

1 El nombre que llevan varía según la tribu; por eso sería difícil tomar uno por otro.

2 Era el décimo Inca y entró en Chile a comienzos del siglo XV. Véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios de los Incas*, p. 246.

3 Garcilaso de la Vega, *Comentario del Perú*, p. 86.

4 Garcilaso de la Vega, ibid., p. 492.

que, más tarde, siempre combatiendo, no fueron vencidos del todo por los españoles. Estos guerreros siempre independientes, supieron, a pesar de esos interminables combates, cantados por muchos poetas españoles, entre otros por don Alfonso de Ercilla, en su poema *La Araucana*, y a pesar de la superioridad de las armas de los conquistadores del Nuevo Mundo, conservar íntegra, hasta nuestros días, su libertad de leyes y religión, y sobre todo ese noble orgullo que debían a no haberse sometido a ningún poder extranjero. Los aucas son, por así decirlo con los patagones y los puelches, la única nación vecina de las repúblicas españolas que jamás se dio a la fuerza de las armas, ni a la elocuencia de la religión, que trataron, diversas veces, de introducirse en ella[5]. Inquebrantable en sus opiniones, fiel conservadora de las tierras ocupadas por sus antepasados, esa nación es, hasta hoy, desde el punto de vista de la religión y de las costumbres, lo que era antes del descubrimiento de América, sin haber querido nunca adaptarse a la civilización que la rodea. Sólo ha adoptado aquellos medios que pueden ayudarla a combatir con más éxito a quienes le dan problemas, sean cristianos o sean salvajes. Tales son los hombres de que voy a ocuparme.

No debemos creer que los araucanos de Chile, pueblos agricultores establecidos en los valles de la ladera occidental de los Andes chilenos, son los mismos que los araucanos de las pampas, ya que estos últimos sólo tienen de común con los primeros el idioma y el fondo de sus creencias religiosas. Los pueblos nómadas no pueden conservar en nada las costumbres de una nación sedentaria; a ello se debe esa diferencia tan notable que existe entre los araucanos de Chile, descritos por el abate Molina[6], y los de las pampas, verdaderos árabes americanos, que voy a examinar en detalle, bajo sus diversos puntos de vista, lo que probará hasta qué punto el género de vida influye en las costumbres y usos de los pueblos salvajes.

Los araucanos de las pampas son conocidos bajo distintas denominaciones, sea entre los españoles, sea entre las demás naciones. Por lo general, esos nombres se deben a los lugares que más frecuentan, o bien a los caciques o jefes que siguen; por eso, al considerarlos desde el punto de vista del lugar que

---

5 Los jesuitas penetraron en las pampas en 1739 (véase Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. II, p. 396), más o menos en la época que Falconer y Dobrisheffer fueron al encuentro de los aucas.

6 Molina, *Histoire du Chili*. Es interesante ver reproducir, palabra por palabra, en el *Viajero Universal*, lo que el autor dice de Chile, y volverlo a hallar, en inglés, en el *Voyage dans l'Amérique du Sud*, de Stevenson.

habitan, se llama *pehuenches*[7] o *pegüenches* a todos los araucanos que viven en las cordilleras de Chile, desde Antuco hasta Mendoza; *ranqueles* o *ranquelines* a los que habitan al este de los Andes, al norte de éstos también y junto a los últimos contrafuertes de las montañas. Los otros o aucas se dividen, según los caciques a los que obedecen, en diversas tribus enemigas: entre otras la de *Pincheira*, generalmente llamada de *chilenos*, porque la acompañan gran número de chilenos desertores. Muchos de los caciques se han unido a esa tribu, mientras otros, habiéndose resistido, forman una línea aparte, compuesta por Chaucata, Guaykilof y muchos otros, que se llaman, más específicamente, aucas. Los españoles los llaman indiferentemente *aucas* y *pampas*. Esta última denominación proviene del lugar que habitan; la de *moluches*, dada por Falconer[8], como la que se aplican a sí mismos, es poco usada, porque nunca he oído a los indios llamarse así. Tal vez sólo se haya empleado en la tribu en que vivió dicho jesuita. En cuanto a la de *huiliches* (hombres del sur), la de *picunches* (hombres del norte), etc., dadas a algunas naciones indias, por el mismo autor, es sabido que esos nombres, así como el de la antigua Hesperia, que era relativo y se aplicaba a diversas comarcas, sólo son verdaderos en razón de la situación de la nación que se los da; por eso, los que viven más al norte llamarán siempre *huiliches* a los que viven al sur, mientras que sucederá lo contrario a éstos respecto a aquéllos. Esas palabras designan, pues, solamente la parte habitada por los vecinos de cada una de las tribus, sin especificarlo rigurosamente, porque los pueblos errantes pueden estar sucesivamente más al norte o más al sur de un sitio cualquiera. En general, todos los aucas, salvo los pehuenches y los araucanos propiamente dichos de Chile, están divididos en tribus errantes y vagabundas, que no poseen ningún lugar fijo, yendo continuamente, según los movimientos de sus guerras, o por necesidad, de las orillas del Río Negro en la Patagonia hasta Buenos Aires, o de los Andes hasta el océano Atlántico, a fin de eludirse unos a otros, porque viviendo únicamente, lo mismo que los patagones, de la caza o de los productos ganaderos, no permanecen en un lugar mientras no tengan abundante caza, o alrededor de sus tiendas pasto para sus ganados, viajando así hasta centenares de leguas para encontrarlos. Por eso esa tribu, que estaba antes en la desembocadura del Río Negro,

---

7 Este nombre casi siempre es confundido por los autores con el de puelche, que corresponde a una nación distinta. Quiere decir hombre del país de las almendras de pino, que abundan en las cordilleras, che significa hombre, en la lengua araucana, así como cataputiliches, los habitantes del Río Cataputile, etc.

8 Falconer, *Description des terres magellaniques*, t. II, p. 33.

puede, algunos meses después, vivir al pie de los Andes o cerca de Buenos Aires; son viajeros por excelencia, en una palabra, y, seguramente, las más nómadas de todas las naciones conocidas, bien distintas, en eso, de los chilenos agricultores descritos por Molina. En resumen, los aucas o araucanos orientales viven en esas inmensas llanuras que se extienden, en latitud, desde el 40º hasta el 34° sur, y en longitud desde los Andes hasta el Atlántico.

De creer a Azara[9], los aucas habrían habitado las pampas cuando los ganados salvajes llegaron al pie de las cordilleras, donde vivían antes de la Conquista; y el deseo de apropiarse de ellos los hizo avanzar hacia el este, mientras que los puelches sólo habrían vivido, con el nombre de *querandíes*, a orillas del Plata, cuando la primera fundación de esa ciudad, en 1535; pero no estoy del todo convencido de tal opinión. Casi todos los viajeros que han recorrido las pampas han hallado siempre hordas aucas, designadas, muy a menudo, con el nombre de *pampas*; así, Luis de la Cruz[10] vio a muchas en su viaje de Valdivia a Santa Fe y supo que habitaban las llanuras desde hacía siglos. Lo mismo sucedió a Villarino; por lo demás, es fácil aclarar las expresiones de Azara, que confunde los puelches con los aucas, a los cuales no pudo observar, como lo declara, por otra parte, con mucha franqueza. Tal confusión es sobre todo patente cuando el autor español, por lo demás tan verídico, habla de su lengua que dice que no contiene ningún sonido gutural[11]; es evidente que se refiere al de los aucas y no al de los puelches, cuya lengua es tal vez la más dura de toda América. Además, el nombre de puelche, que en lengua auca significa *hombre del este*, debía aplicarse a todas las tribus del litoral del océano Atlántico; pero sería posible que los indígenas, conocidos, en tiempos de la Conquista, con el nombre de querandíes, de los cuales habla Herrera[12], fuesen puelches tanto como aucas. De cualquier manera, esa nación, a la que yo le mantengo, hoy, el nombre de puelche, poseía, cuando la fundación de Carmen en la Patagonia, las márgenes del Río Negro, viviendo sólo a las orillas de este río y del Colorado.

Los aucas en nada se parecen a los patagones; en general, son pequeños, es decir, miden apenas cinco pies de estatura media. Hay que distinguir, sin embargo, una división muy marcada entre ellos. Todos los ranqueles son de muy buena estatura. Se hallan, en su tribu, hombres de cinco pies cinco a siete pulgadas, mientras que los aucas de Pincheira, que viven más específicamente

---

9 *Viaje por la América Meridional*. t. II, p. 48.

10 Poseo el manuscrito original de ese interesante viaje.

11 Op. cit., p. 41. Véase la descripción de los puelches al final de este capítulo.

12 Herrera, *Década V, lib. IX*, p. 220, y Funes, *Historia del Paraguay*, t. I, pág. 29.

en las montañas, tienen casi todos menos de cinco pies, formas macizas y no son altos. He podido comprobar esa diferencia tan positiva que se manifiesta, en América, entre las naciones de los Andes y las de las llanuras. En Europa, los montañeses son citados como hermosos hombres altos y bien formados; en América sucede todo lo contrario, por lo menos en los Andes; los hombres más grandes viven en las llanuras, mientras que los de las cordilleras son siempre pequeños y rechonchos; el hecho puede comprobarse especialmente entre los peruanos de los Andes, siendo las naciones de las llanuras vecinas, por el contrario, altos y de buena estatura. Entre los aucas se distinguen de inmediato los que descienden de las montañas de los habitantes de las llanuras, por sus diferencias exteriores. Así, los chilenos son los más pequeños de todos; y los otros, que viven desde hace tiempo en las pampas, son considerados ranqueles[13].

Algunos son bastante bien formados: todos tienen las espaldas cuadradas y muy anchas; pero no hay que buscar en las mujeres esas formas elegantes que se prefieren en Europa. Son, por el contrario, generalmente bastante gruesas y gordas, siempre con un pecho demasiado grande. Sus miembros, lo mismo que los de los hombres, están bien nutridos y son plenos, y no existen en ellos individuos con formas hercúleas. Sus músculos no sobresalen; todo es redondeado. Las manos y pies de las mujeres son muy pequeños, como se observa en casi todos los americanos. Los rasgos son muy distintos de los de los patagones; no poseen esas caras anchas cuadradas y esos ojos pequeños. Los aucas tienen el rostro muy redondeado, los pómulos más salientes, los labios algo menos gruesos, la boca mediana, la nariz algo más larga, aunque todavía muy corta y respingada; sus ojos son horizontales, bien abiertos; en general, el rostro es más bien interesante por su expresión espiritual que repugnante por su fealdad. Los jóvenes se confunden fácilmente con las mujeres por su cara regordeta, su sonrisa dulce y graciosa; éstas son pasables en la juventud y algunas hasta son bonitas. Es verdad que dura poco su frescura, porque cuando una india cumple los veinticinco años, sus facciones cambian por completo y se hacen, por así decirlo, horribles. Sus pómulos son demasiado sobresalientes y adquieren los rasgos del hombre ya hecho. Desde esa edad hasta la vejez más avanzada no se observa ningún cambio y resulta difícil distinguir la mujer de treinta

13 Cuando Molina (*Historia Natural de Chile*, p. 314) dice que los montañeses eran más altos, pretendía que debían ser los patagones de Byron, y abundaba, entonces, en consideraciones sobre estos últimos, en el sentido de Ansor, queriendo hablar de los indios que llegaron del lado oriental a través de los Andes; eran, pues, probablemente puelches, que descendían de las llanuras del este, y no, como creía, montañeses.

años de la de sesenta. Tal vez su desaliño natural contribuye mucho a modificar su exterior. Lo mismo que los patagones, sus dientes están siempre bien alineados, son muy blancos y nunca los pierden. Igual cosa sucede con los cabellos, siempre abundantes, bastante gruesos, rectos y negros; sólo he notado que las puntas son rojizas, como en las pelucas viejas. ¿Proviene ese color, que no he visto en las otras naciones, de la acción del aire y del agua sobre los cabellos que nunca se cubren, ya que los aucas nada llevan sobre la cabeza? ¿O se debe a su curiosa costumbre de lavarlos sin cesar con la sangre de las yeguas que matan para comer? Estoy tentado de atribuirlo a esta última costumbre, porque de no ser así, no habría razón para que no se reprodujera en las demás naciones vecinas, que tampoco se cubren. Su costumbre de depilarse la barba hace que se crea que no la poseen. Se arrancan también las pestañas; en cuanto a las cejas, se contentan con arrancar algunos pelos, a fin de hacerlas más finas, no dejando más que una simple línea recta. Para depilarse, usan, lo mismo que los patagones, pinzas de plata, que, en cierto modo, no abandonan nunca. ¡Cuántas veces he visto a las indias con los ojos completamente rojos, a causa de la irritación continua que produce la extracción de las pestañas, que hacen, sin embargo, por coquetería! Tienen un color pardo oscuro y no rojizo, semejante en un todo al de los patagones, que podría considerarse cetrino pronunciado.

Si bien los aucas son buenos jinetes, caminan muy mal, lo que se debe, sin duda, a su ejercicio favorito y a la forma de ponerse en cuclillas, con las piernas cruzadas, en sus tiendas; por ello parecen patizambos. Las mujeres caminan peor todavía, con los pies hacia fuera, lo que resulta de su vida demasiado sedentaria y de que siempre están sentadas como los orientales. Lo notable en los aucas es su longevidad. De acuerdo con la fecha de los acontecimientos históricos que escuché referir a algunos de sus ancianos, que hablaban como testigos oculares, puedo creer que tenían cerca de cien años, y sin embargo conservaban todas sus facultades físicas y morales; ninguno era calvo; apenas algunos cabellos blancos tenían los más viejos; no les faltaba ningún diente; el rostro carecía de arrugas, y sólo los pómulos son algo más salientes; el cuerpo muy derecho, una memoria de las mejores, una presencia de espíritu notable... He ahí la vejez de un salvaje auca, que, toda su vida, está expuesto a las intemperies de las estaciones, a los ayunos, a privaciones de todo género y que ha envejecido en los combates. ¡Qué contraste con la caducidad, la decrepitud, las enfermedades de todo género, la pérdida de las facultades intelectuales, que acompañan, tan a menudo, a la edad avanzada del ciudadano que pasa la vida entera cuidándose de todas las maneras! Vive en medio de las comodida-

des que le procura la civilización; pero piensa mucho, trabaja mucho con la cabeza, mientras que el primero, al contrario, sólo experimenta fatigas físicas, lo que constituye también, para mí, una prueba irrefutable de que los trabajos físicos cansan infinitamente menos que los espirituales.

El vestido de los aucas es muy diferente del de los patagones y revela una civilización más avanzada. No visten pieles de animales salvajes, sino tejidos de lana, confeccionados por sus mujeres y cargados de adornos de plata, que denotan industria y riqueza. El traje de los hombres se compone de dos piezas: una, llamada *chamal* o *chaman*, rodea el cuerpo desde la cintura, donde está atada con una cinta de lana, hasta la mitad de las piernas, semejante, en un todo, al chiripá de los gauchos de Buenos Aires, que tal vez lo tomaron del vestido de los indios, y en un *poncho*[14] corto, del que he hablado varias veces; éste, como el chamal, es negruzco y rayado longitudinalmente, sobre todo de azul y de rojo. Calzan botas de potro o de cuero curtido y flexible de *quemul*[15], artísticamente cosido con tendones de animales. Llevan, siempre, espuelas de plata maciza. Sus cabellos están, a veces, levantados sobre la cabeza y atados con una correhuela de lana, siempre de color azul *(keca)*; pero los chilenos, más rebuscados en su arreglo, los dividen, detrás de la cabeza, en tres colas, unidas entre sí, cerca de su extremidad, por una borla o pompón de lana o por un adorno de plata, mientras que los de delante están atados y levantados por medio de una cinta azul, que, después de darle tres vueltas, cae a un lado y está adornada con pedacitos de plata enrollados en forma de tubo. Se adornan con aros de plata de forma maciza y que terminan en una placa, divididos en compartimentos; llevan siempre colgando del cuello la pincita que les sirve para depilarse. Sólo se cubren durante los grandes fríos con esos mantos de pieles de diversos animales característicos de los patagones y de los puelches, a los cuales los compran para utilizarlos habitualmente de noche a guisa de frazada.

El vestido de las mujeres es poco elegante: consiste en dos grandes piezas de tejido de lana. Uno *(quedeto)* envuelve todo el cuerpo, se enrolla alrededor, desde la axila hasta el suelo, y es más ancho adelante, ajustándose, a lo alto, sobre cada hombro, con alfileres de hierro o de cobre, y al cuerpo con un

---

14 Es sabido, sin que quepa la menor duda, que el poncho existía entre los indios del Perú antes de la Conquista y es probable que esa pieza haya sido adoptada por los araucanos de Chile en la época del inca Yupanqui, lo que parece demostrado por los vestidos de pieles que llevan todavía algunos de los aucas que han vivido más lejos de los de Chile.

15 Este animal llamado *Equus bisulcus* por Molina y que es nada menos que un caballo, pero de una especie vecina a la llama.

cinturón *(kepike)* de cinco a seis pulgadas de ancho, cerrado en el medio por una hebilla, y, por lo general, de lana; pero las mujeres de los caciques o las mujeres ricas demuestran su lujo llevando ese cinturón de cuero, sobre el cual con hilos de tendones fijan dibujos de perlas de colores de lo más regulados, parecidos siempre, más o menos, a grecas por las líneas rectas que los componen; ese adorno es el más apreciado por las mujeres. Esa primera pieza del vestido deja los brazos libres, pero las piernas están a tal punto apretadas que la india sólo puede caminar dando pequeños pasos, incomodada continuamente en sus movimientos. La segunda pieza (*pilken* o *ikilla)* es cuadrada y se coloca sobre los hombros como un manto. Las dos puntas se unen sobre el pecho por medio de un gran alfiler de plata (*topu*)[16], cuya cabeza está adornada con una placa redonda de plata, de seis pulgadas de diámetro. Llevan enormes aros de plata (*chahuaitu)* de una forma extravagante, con una placa cuadrangular, de unas tres pulgadas de ancho; además, tienen el cuello adornado con varios collares *(echepel)* de bujerías de vidrio, de diversos colores; sus brazos están cargados de brazaletes *(charrecur)*, ya de perlas de vidrio, ya de cuentas de plata sopladas o de cobre, en tubitos aplastados. La parte inferior de sus piernas también está adornada y sus dedos están cubiertos de numerosos anillos de plata y de cobre. Las mujeres ricas, cuando quieren lucirse, se cubren la cabeza con un bonete (*luchu* o *tapake)* de perlas de vidrio de color, especialmente rojas y azules; ese bonete, usado sobre todo por las indias pehuenches[17], es muy raro entre los aucas del sur. Se arreglan los cabellos con un lujo muy original, que han transmitido a los patagones. Algunas se los dividen, sencillamente, en dos partes, de adelante hacia atrás, desde la frente hasta detrás de la cabeza, dejándolos caer, de cada lado, sobre los hombros. Es el peinado de las mujeres de edad. Las jóvenes forman dos colas, que cuelgan sobre las espaldas y no sobre los hombros, cubiertas de cintas azules; y los días de fiesta las rodean de un extremo a otro de hilos de cuentas de vidrio. En su extremo cuelgan placas de cobre o de plata, formando una especie de cascabeles que suenan cada vez que se mueven.

---

16 Esa plaqueta es completamente semejante al *topo* que llevan las mujeres de los incas y que las indias usan todavía hoy; sólo que esa pieza es única en los aucas, mientras que los quechuas y los aymaras de Bolivia usan un par. Parece que ese adorno les fue transmitido por los conquistadores incas, porque el nombre que le dan los aucas es el mismo que el que le dan los incas; pasa lo mismo, como se verá más adelante, con muchos de otros usos de los incas vencedores adoptados por los aucas vencidos.

17 Es por lo menos lo que leo en la página 203 del interesante manuscrito de Luis de la Cruz, cuyo original poseo.

La india auca, cuando viste con gran lujo, no se contenta con ese traje nacional tan original: necesita todavía, para que su vanidad sea satisfecha, cubrir con afeites su rostro cetrino y realzar la vivacidad de su mirada por medio de tintes especiales. Así, las mejillas son, hasta los ojos, de un hermoso rojo[18], color favorito; y añaden algunos rasgos negros o azules en los ángulos exteriores o, en los pómulos, una ancha banda bajo los ojos, como los patagones. Los pehuenches emplean mucho el color blanco, como orladura, alrededor de otros colores; pero nunca he visto que ese color sea empleado por los aucas del sur. Preparan su afeite mezclándolo con grasa de cordero o de yegua y se pintarrajean; los hombres también se pintan algunas veces, pero muy contadas. Varios motivos impulsan a las mujeres a adornarse así. El primero y más poderoso, el deseo de agradar, es el que hace que la salvaje más repugnante no se quede atrás; en otras ocasiones esos tintes, extendidos por lo general por el rostro, les sirven para disfrazarse y no ser reconocidas, cuando tienen interés en ocultarse; y, finalmente, el más admisible es que esa mezcla, por lo que dicen, las defiende del sol en verano y del rigor del frío en invierno; por eso ese disfraz dura todo el año. Las pinturas del rostro reemplazan, en las naciones americanas, al tatuaje de las de Oceanía; divergen por sus formas, desde las del montañés hasta las del habitante de las llanuras, y desde las de los habitantes de la línea ecuatorial hasta las de los fueguinos de la extremidad meridional del continente americano.

Los aucas enjaezan el caballo más o menos como los gauchos. Usan, simplemente, un recado, semejante al de los habitantes de las campañas; sólo los caciques llevan, a menudo, placas de cobre en la parte anterior y posterior de la montura, así como en el poncho, en señal de riqueza. Todos, a menos que sean muy pobres, llevan espuelas de plata; sus estribos son de madera y lo suficiente anchos para poder introducir el dedo grande. La montura de las mujeres es, sin ninguna diferencia, la misma de las patagonas[19]; sin embargo, un lujo que no conocen estas últimas es el empleo de un chabrás de lana artísticamente tejido, cubierto de dibujos, de diversos colores, sobre todo de grecas, que colocan debajo; su estribo de tejido es el mismo, así como los restantes accesorios. Sus tiendas son semejantes a las de los patagones; están formadas

---

18 Ese color, que parece bermellón por la vivacidad del tinte, y creo que es óxido de hierro, se halla en la Sierra de la Tinta y del Tandil, donde los indios van a buscarlo, poniéndolo en saquitos y vendiéndoselo a los puelches y patagones, que, todos los años, llegan a orillas del Río Negro a canjear sus pieles.

19 Véase capítulo XX.

de palos puestos verticalmente y cubiertos de cuero de caballo. Las mujeres preparan esos cueros y los tienden para secarlos. Los descarnan, una vez tendidos, por medio de un instrumento cortante y curvo, con el cual los raspan, los adelgazan y los ablandan, frotándolos con las manos. Si bien preparan muy hábilmente los cueros para las tiendas y los cosen, lo mismo que los patagones, no pueden rivalizar, de ningún modo, con ellos, en la destreza con que unen las pieles de los animales salvajes. También las tiendas o *choca* son bajas y apenas pueden mantenerse de pie. En la parte exterior se plantan las lanzas de los guerreros que las habitan, con la marca que distingue su grado. Es lo único que modifica algo el aspecto triste y miserable; pero si uno no se queda en el exterior y entra, hallará todo repugnante de suciedad, el techo negro de humo, las paredes cubiertas de grasa de caballo e infectas, y todos los utensilios tan sucios como la misma tienda, que no se limpia nunca ni por dentro ni en sus alrededores, y donde se corrompen, en todas partes, los restos de la caza. Cuando la suciedad llega al máximo, se limitan a cambiarlas de lugar; es por ese motivo, junto a su espíritu de independencia vagabunda y a un poco de pereza, que los aucas no tratan nunca de construirse una morada más cómoda. Desdeñan imitar a los cristianos, tanto a los que viven junto a ellos desde largos años, como a los otros. Con gran trabajo se obtiene que una familia auca entre, para vivir, en una cabaña; le parece que falta aire y está atormentada por la idea de que la casa no puede transportarse a otro lugar.

Sus costumbres nómades los dispensan de poseer un mobiliario muy considerable; por eso, el interior de sus tiendas presenta siempre un aspecto de miseria que contrasta con el orgullo y la arrogancia de sus habitantes. El mobiliario consiste en armas y monturas coladas alrededor de la tienda; en sacos de cuero o de tejido, que contienen todos los vestidos y adornos de la familia. Allí están las riendas, los lazos y las boleadoras; aquí una coraza; más lejos, un paquete de cuerdas, de correhuelas de cuero ahumado; en los rincones, montones de pieles de cordero que sirven de cama, y la *liloica* o *kilango*, gran manto de pieles cosidas entre sí para cubrirse de noche. En el medio, flamean uno o varios fuegos, según el número de mujeres, teniendo cada una el suyo, en torno al cual se ubican el marido y los hijos. Algunas vasijas de cerámica constituyen toda la batería de cocina. En algunas familias se añaden conchillas marinas que sirven de vasos para beber. Existe, en general, la mayor pobreza en esa *choca*, y al entrar uno está muy lejos de pensar que es la morada del hombre que, en toda América, se muestra más orgulloso y más se envanece de su salvaje libertad.

Debe, empero, creerse que existe algo más de limpieza entre los aucas que entre los patagones, porque todas las mañanas, cualquiera sea el tiempo que haga, las mujeres no dejan de lavarse la cara y los cabellos, antes de aplicarse

el afeite. Algunas, pero son muy pocas, hasta se bañan; y en ese caso se frotan el cuerpo con una arcilla untuosa que reemplaza al jabón. Los hombres también se lavan la cara, lo que parece estar en contradicción con la costumbre repugnante de bañarse la cabeza en la sangre de una yegua o de un caballo, cada vez que lo matan para comerlo; dejan, después, secar los cabellos y no los peinan hasta que están del todo secos. Es imposible que ese hábito extravagante no tenga un origen religioso y que no se haya transmitido por tradición. Les he preguntado en vano sobre ello y sólo he obtenido informaciones tan vagas que no puedo creerlas; es, dicen, para darse fuerza y coraje. La sangre de yegua es también empleada como jabón por algunas mujeres para lavar su ropa.

La industria de los aucas es más adelantada que la de los patagones, lo que resulta fácil de explicar; una parte de su territorio fue invadido por los incas antes de la Conquista y, además, los cristianos se establecieron en su vecindad; sin embargo, dudo que, en este aspecto, hayan ganado mucho desde la llegada de los españoles, porque todo lo que saben existía desde hacía siglos entre los incas. Puede decirse, en tesis general, que los hombres son perezosos al máximo y no se ocupaban más que de sus armas, dejando a cargo de las mujeres el resto. Ellas cuidan del menaje, sin ser nunca ayudadas, ensillan los caballos, tejen para vestir a la familia y procurar al marido lo que pueda desear; por eso gozan, entre los puelches y patagones, de gran fama por sus tejidos. Hilan la lana de sus rebaños en husos más o menos semejantes a los de los Incas, es decir, consistentes en un tronco delgado y en un pedacito de madera o de piedra redonda, por el cual pasan ese tronco y cuyo extremo inferior sirve para retener el hilo. Sus telares son también de la mayor sencillez, horizontales y en un todo parecidos a los de los Incas, lo que me ha fortificado en la opinión de que son éstos quienes les enseñaron a tejer. Esos telares consisten en dos pedazos cuya longitud es proporcionada al ancho del tejido, y sobre los cuales se extienden los hilos; esos montantes son más o menos espaciados, de acuerdo a la amplitud que quiera dársele a la pieza, y tendidos por medio de hilos que van a unirse a palos fijados en tierra. Por el medio del conjunto se pasan los hilos que separan la trama en dos y dejan pasar, alternativamente, los que van a formar el tejido, que se cierran por medio de pequeñas varillas, que el trabajador golpea entre las dos capas de la trama, después de haber pasado cada hilo. Esa manera de tejer es lenta al máximo; por eso se requiere un tiempo infinito para tejer un poncho, o hasta la cinta más delgada, y no es raro ver trabajar, sin descanso, semanas enteras en una pieza que nuestra industria terminaría sin trabajo en un día. Entre los aucas, los montañeses, tales como los pehuenches, son los más famosos en ese género de fabricación. Se sirven de su lana en bruto, prefiriendo la marrón; pero han descubierto, en sus

desiertos, muchas especies de tinturas, sobre todo para el color rojo, muy vivo, que obtienen de plantas llamadas *polcura* y *relvun* (esta última es una planta trepadora). El color amarillo se debe al *pokil*; el negro al *maké*, *panké* y *rovo*. En cuanto al azul, lo sacan del índigo, que consiguen de los cristianos por medio del cambio. El negro, el rojo, el azul, el amarillo y el blanco son los únicos colores que emplean. El primero es el más común y el menos caro, porque es natural y todos sus tejidos están mezclados con estos tintes. Los ponchos están siempre rayados longitudinalmente con esos colores. Los chabrás están, por el contrario, adornados alrededor de muchos dibujos regulares de diversos tintes, formados únicamente de líneas rectas, como los de los patagones, y representando especies de grecas.

He observado muchas veces los dibujos sobre las cinchas, las monturas y hasta sobre el revés de los quillangos, y siempre he visto, invariablemente, ese carácter de líneas rectas que existe entre los patagones. Por lo demás, esos dibujos nunca son imitativos; no representan animales, ni plantas, lo que es bastante raro entre las naciones salvajes, siempre dispuestas a imitar la naturaleza más que a inventar figuras de pura imaginación, como las que he hallado, en todas partes, en las naciones australes. Muchos aucas saben trabajar el hierro y hacer herramientas para su uso; pero siempre compran la materia prima a los cristianos. Emplean piedras muy duras; pocos de ellos recurren a los martillos. Utilizan también la plata y el cobre, para hacer espuelas, aros, alfileres o *topu*, y esa multitud de plaquetas con que adornan sus monturas, sus sombreros, sus collares. Probablemente también aprendieron de los incas a soplar la plata, para poder hacer esas perlas cinceladas con que se adornan tan a menudo. De cualquier manera, sus procedimientos son groseros al máximo. Trabajan, por lo general, echados de barriga, en el interior de sus tiendas, sirviéndose sólo de barrotes de hierro y de piedras, y golpeando siempre, en frío, con notable paciencia; a ello se limita, junto con la confección de las armas, toda su industria actual. Las mujeres, como se ha visto, salvo el tejido y la fabricación de una alfarería grosera, las trenzas de cuero y algunos otros pequeños trabajos de ese género, propios de los gauchos, están aún muy atrasadas, aunque en verdad la vida errante, que lleva siempre la nación, impide todo desarrollo en grande de esa industria naciente y estacionaria.

El comercio que realizan esos indios con las otras naciones consiste sólo en tejidos. Todos los años, en esa gran reunión de las naciones australes que tiene lugar en las fuentes del Río Negro[20], todas las tribus que pueden congregarse sin temor al ataque de sus enemigos, llevan el producto de su industria en tejidos, o bien en bagatelas robadas a los cristianos, y los cambian por pie-

20 Véase capítulo XVIII.

les con los patagones, famosos en ese sentido; tales intercambios constituyen su único negocio. No realizan la misma clase de comercio con los cristianos. A ese efecto, se acercan a los establecimientos de la campaña de Buenos Aires, de San Luis de la Punta, de Mendoza, de Chile y sobre todo de Carmen. Llevan algunos tejidos, animales robados lejos, pieles no preparadas y muchas plumas de ñandú o avestruz de América, que luego se envían a Europa para la confección de pinceles; entonces piden, a veces, dinero, y más a menudo bebidas; pero más a menudo todavía, baratijas o tejidos de colores, para adornarse. Son, en general, engañados por los cristianos que comercian con ellos, lo que contribuye a darles la idea desfavorable que tienen de los mismos. Por lo demás, ese comercio tiene tan poca importancia y los productos son de tan escaso valor, que apenas vale la pena mencionarlo.

Pienso que antes de la Conquista, los aucas no poseían otro animal doméstico que el perro, porque no conservan hoy, ni aun en los Andes, llamas, ni alpacas, tan comunes en las mesetas elevadas de Bolivia. Sólo vivían de la caza. La gran cantidad de cabezas de ganado que se hicieron salvajes, que cubrieron, durante tanto tiempo, las pampas, revela que fue sólo a fines del siglo pasado que los verdaderos aucas de las pampas tomaron de los pehuenches y de los habitantes de los alrededores de Buenos Aires la costumbre de tener rebaños. Esta costumbre y la facilidad de los transportes, les hicieron tal vez tomar el gusto tan pronunciado por la carne de caballo, en vez de la de vaca, gusto que domina siempre en ellos. Desde la primera tentativa de fundación de Buenos Aires por Pedro Mendoza en 1535[21], los querandíes, que habitaban entonces las orillas del Plata, tuvieron en su poder setenta y dos caballos de la expedición y se acostumbraron a ellos, rivalizando en poco tiempo con los conquistadores del Nuevo Mundo en el arte de montar y de domar, y transmitiendo, progresivamente, esa afición, acogida con ardor. Esos indios realizaron durante mucho tiempo un gran comercio con las naciones del interior, hasta que éstas, deseando obtener los animales directamente, fueron una tras otra a los establecimientos nacientes de la capital argentina y los asaltaron, motivo que, al parecer, llevó en todas partes a los indios de las pampas a ese estado de hostilidad generalizado que dura hasta hoy. Pronto todas las naciones contaron, hasta los patagones del estrecho de Magallanes[22], con caballos, mientras

21 Véase capitulo XIII.

22 Fue en la expedición de 1764, en la expedición del comodoro Byron, que se vio por primera vez a los patagones a caballo y fue entonces, también, que se les oyó pronunciar las primeras palabras en español.

que pocas de ellas tenían rebaños de bestias con cuernos. En la actualidad todas poseen caballos y muy pocas vacas. Las continuas guerras que se hacen entre sí y la necesidad de escapar con rapidez, serán siempre un obstáculo para que puedan tener grandes rebaños. Los pobladores de las cordilleras sólo pueden poseerlos ocultándolos en gargantas conocidas únicamente por ellos. Lo mismo sucede con las ovejas, que gozan, empero, de gran reputación entre los chacareros de Buenos Aires. Les resulta difícil conservarlas, y los rebaños de esta clase cambian de dueño con mucha frecuencia. Por lo demás, al igual que los gauchos, cuidan muy poco los animales domésticos, dejándolos casi del todo libres en medio de las llanuras y medio salvajes. Prefieren, sobre todo, reunir caballos picazos, conocidos con el nombre de pampas en Buenos Aires, y parece que esa preferencia proviene de que esa variedad es más común en las pampas que en cualquiera otra parte. Casi todos tienen la costumbre de cortar las orejas de sus caballos, sin duda a causa de una idea supersticiosa común a toda la nación.

Los aucas se alimentan de lo mismo que los patagones; como ellos, comen grasa cruda y gustan especialmente de las criadillas de los potrillos, que se limitan a sazonar, todavía palpitantes, con algo de sal. Lo mismo hacen con los fetos de las yeguas preñadas que matan y con el corazón todavía chorreando sangre. Su alimento habitual es, ante todo, la carne asada, pero todavía sangrienta, o hervida y a medio cocer; gustan mucho de la sangre simplemente hervida en agua; prefieren a todo la carne de yegua, y la que obtienen por medio de la caza. Ninguno se dedica a la agricultura; por eso sólo comen los cereales que roban en los establecimientos vecinos. En tiempo de carestía, empero, recogen los granos de una planta crucífera[23], vecina de nuestra mostaza, que muelen entre dos piedras, antes de comer; o bien hacen asar, en una olla, una raicilla negra y larga, bastante parecida al diente de perro, que las mujeres apilan después y la convierten en una harina sin sabor, que les sirve provisoriamente. Comen, por lo general, tres veces al día: una por la mañana, otra al mediodía y la tercera a la tarde. Para comer, se sientan en tierra, cruzando las piernas, más o menos como los orientales.

Prefieren la caza a cualquier otro ejercicio; por eso la efectúan de acuerdo a los mismos principios que la guerra, sin diferenciarse esencialmente de los patagones en este punto[24]. No pescan nunca y no poseen, en ese sentido, ninguna industria.

---

23 Quinoa (chenopodáceos). (N. del T.).

24 Véase capítulo XVIII.

Como los aucas están a menudo inactivos, han tomado el hábito de las bebidas fermentadas y las aman con pasión. La felicidad suprema es para ellos embriagarse, a tal punto que Falconer[25] pretende que lo que les hace desear otra vida es la esperanza de estar siempre ebrios. Los que van a las cordilleras de Chile hacen un licor fermentado con las almendras de la araucana, con las semillas que obtienen en sus excursiones, o que consiguen de los chacareros mediante el trueque. Desde que los manzanos, plantados en los Andes por los primeros conquistadores, se naturalizaron y multiplicaron al infinito, hasta la ladera oriental, hacia las fuentes del Río Negro, fabrican una especie de sidra, que les gusta mucho. Los que viven junto a los establecimientos de los blancos y han adquirido ese vicio, todo lo sacrifican a esa pasión. Cuando consiguen algún dinero, lo gastan de inmediato en aguardiente, que no solamente los hombres desean, sino también las mujeres; tanto uno como otro sexo, cuando beben es hasta caer sin conocimiento. En Carmen se ven, todos los días, indios e indias acostados como animales, sobre la arena, a las puertas de los negocios de bebidas. Cada época notable de su existencia es señalada con una orgía. No festejan nunca a su genio benéfico sin hacer copiosas libaciones; y lo mismo hacen cuando imploran a su genio maligno. Beben para celebrar un matrimonio, un nacimiento, la nubilidad de una mujer; para acelerar la cura de un enfermo, para llorar la pérdida de un padre, de un esposo, durante su entierro; y, en fin, cada vez que las circunstancias de su vida privada les brinda la oportunidad. Se ha visto a una mujer puelche vender su hijo por tres días de borrachera[26], y cuando los indios no tienen otro recurso, se los ve, en Carmen, prostituir a sus mujeres e hijas para satisfacer ese deseo desenfrenado. ¡Cuántas veces he visto, al atardecer, a las puertas de las pulperías gran número de mujeres y muchachas de las naciones salvajes aguardando que los gauchos las elijan y pidiendo a cambio de sus favores un precio que comparten, luego, con sus maridos o sus padres ubicados junto a ellas! ¡Cuántas veces no he enrojecido, por ellas, de vergüenza al ver cómo la ebriedad las hace rebajarse hasta el más vil de los comercios! Ese comercio escandaloso tendría mucho más éxito sin la costumbre de esas mujeres de interpelar a todos aquellos con quienes han mantenido relaciones, con el título de marido, cada vez que los encuentran, lo que frena a muchos pobladores de Carmen; pero ¿cómo conciliar esas costumbres con la reserva y la decencia que ponen en sus vestidos, que las cubren casi siempre de la manera más escrupulosa? No debe creerse,

25 Falconer, *Description des terres magellaniques*, t. II, p. 75.
26 Véase capítulo XVIII.

empero, que todos los aucas llevan tan lejos la corrupción; su orgullo se opone a ello. Los indios establecidos durante mucho tiempo junto a los cristianos sacrifican, poco a poco, todo a su pasión favorita; además, los comerciantes estimulan ese vicio, excitándolos sin cesar a entregarse a él y llegan hasta darles bebidas, a cambio de las cuales hacen grandes negocios, que duplican o triplican pronto sus capitales en todo lo que adquieren.

Podría creerse que al gustarles tanto los licores fuertes y perdiendo tan a menudo la razón, haya diariamente, entre ellos, riñas y peleas, pero no es así; la ebriedad sólo los alegra. Nunca se ha visto a los indios pelearse, cuando han bebido; por el contrario, he observado en ellos más cordialidad, más alegría, indolencia. Entonces cantan, ríen, lloran, recuerdan a los parientes muertos, enumeran sus buenas cualidades, sin recordar nunca sus defectos; es entonces también que toma todo su vuelo su elocuencia natural. He oído a los jefes, con fuego y sentimiento, sucesivamente, arengar a los suyos, horas enteras, sin parar un instante; y a menudo me asombraba, gracias a la traducción que me hacía el intérprete, la elevación, la sublimidad de las ideas y la poesía del estilo, característicos de esas improvisaciones.

Los aucas son tan aficionados al tabaco como a los licores: lo piden continuamente, lo fuman con deleite, haciendo cigarros, y cuando pueden conseguir yerba (mate), consumirían cantidades, apilándola y mezclándola con tabaco. El indolente indio, para conseguir esos objetos, sino bastan su mujer y sus hijas, se decide a veces a trabajar, no en algún obraje industrial, sino en los alrededores de Carmen, reuniendo madera para los pobladores, que le dan, en cambio, de qué comer o con qué satisfacer sus vicios. Se encuentran siempre esas familias en el campo, y cuando se les pregunta qué hacen, responden invariablemente: *paseando*. Estos indios, así como todos los miembros de la nación, son los mayores pedigüeños que existen; no cesan de quejarse de su pobreza, exageran las riquezas de los cristianos, a fin de excitar su compasión y tienen siempre en la boca la palabra *prestando*[27]. Si no se les da nada, saben decir *mezquino*, y cuando, por el contrario, se los satisface, dicen *buen corazón*. Es de lo más raro que un indio dé alguna cosa; y cuando uno de ellos obtiene un objeto cualquiera, no lo comparte nunca con sus compañeros. Los ha hecho muy *egoístas*, sin duda, la manera cómo los han tratado los españoles, colmándolos de regalos a cada entrevista, y sobre todo al sellar tratados, sin jamás recibir nada de ellos. Se podría creer, al ver a un auca pintar su miseria a

27 Esa palabra es una de esas corrupciones indias del idioma español, que puede traducirse por pedido de regalos.

un cristiano, que se cree su inferior; lo hace así porque su situación momentánea lo obliga, porque en el fondo se considera, en todos los momentos, muy superior a él.

Los aucas tienen los mismos juegos que los patagones. Son la pelota[28], los dados y algunos otros del mismo género; sin embargo, las diversiones están muy influenciadas por sus costumbres guerreras y dejan todo por la caza o por el manejo de las armas.

Los aucas se tratan siempre con bondad, cuando pertenecen a la misma tribu. Se tienen, mutuamente, muchas consideraciones, a causa precisamente de no estar sometidos a nadie y poder, además, necesitarse todos los días unos a otros. Los que han realizado juntos una campaña, se consideran, por así decirlo, ligados para siempre; tienen derecho a pedirse, en señal de amistad, un objeto cualquiera, que no puede negársele; pero el que pide un año está obligado al año siguiente, a su vez, a dar al otro lo que desee.

Su carácter es igual al de todos los indígenas nómades de las regiones australes. Lo mismo que los patagones y los puelches, los aucas son interesados al máximo, desconfiados por encima de todo lo que pueda decirse, lo que se explica por la mala fe que siempre les han demostrado los españoles en sus tratos; malignos hasta lo último; más astutos que los hombres civilizados; falsos por necesidad; simuladores entre sí, y sobre todo con los cristianos, de quienes tienen la peor opinión del mundo, creyéndolos incapaces de cumplir una promesa y de tener conciencia en sus tramitaciones comerciales. Son arrogantes en sus modales, desenvueltos en sus actos; audaces hasta la temeridad, no temen ni a la muerte. Si se desea, en una palabra, pintar a un salvaje libre, habrá que tomar al auca como prototipo, porque nada lo retiene. El temor de Dios jamás influye en sus actos, ni menos el respeto a sus jefes y a la autoridad paternal. Lo único que puede impedirles entregarse a mayores excesos todavía es el temor a las represalias de parte de hombres tan libres como él. Los aucas son los más orgullosos de su independencia de todos los indios de América Meridional, pero no los más unidos, puesto que esa misma libertad de acciones provoca entre ellos y entre sus familias continuas divisiones, los separa en tribus enemigas, siempre en guerra entre sí. No existe sociedad más dividida y más indisciplinada; sus jefes carecen de toda autoridad, sólo la persuasión puede reunirlos momentáneamente en un interés general; pero los intereses particulares no tardan en dividirlos.

Un joven, cualquiera sea su conducta, nunca teme el castigo, que nadie tiene derecho a aplicarle; no espera ninguna recompensa por sus buenas ac-

---

28 Véase capítulo XVIII.

ciones; lo único que lo frena es el derecho a las represalias. Puede matar hasta a un cacique, si éste lo ataca, siempre que su familia sea opulenta y esté en condiciones de mantenerlo, porque sus parientes son responsables de todos sus actos. La muerte debe ser castigada con la muerte, a menos que grandes regalos calmen los odios, que son casi siempre implacables y tanto más de temer cuanto que la venganza no se ejerce nunca abiertamente, a menos de tener el gran poder que da la posesión de riquezas. Sucede así que determinadas familias no sólo conservan siempre sus deseos de venganza, sino también llevan a tribus enteras a pelear entre sí durante siglos. Si el último muerto tiene parientes que puedan vengar su muerte, esas peleas sólo terminan con la extinción total de la familia, o cuando la más ultrajada es muy pobre y no posee medios para atacar. Esos odios nacen no sólo de las peleas entre los miembros de una tribu, sino también de los guerreros matados en las batallas entre tribus enemigas; por eso no existe en el mundo nación más dispuesta a la guerra y a los combates, para los cuales nunca le falta pretexto. El cacique Venancio educaba, en 1828, con el mayor cuidado al hijo del cacique Polican, para que pudiera un día vengar la muerte de su padre, matado por Pincheira; por eso ese muchacho, hasta que haya hallado el medio de saciar un odio que le es recordado a cada instante, no cesará, más tarde, de atacar a Pincheira y los suyos, en la medida que sus partidarios lo apoyen lo suficiente como para permitírselo. El señor Parchappe oyó, en Bahía Blanca, a Venancio recordar todavía las batallas libradas por los españoles, cuando la Conquista, contra los araucanos de Chile y cómo se nutrió un odio mortal contra los conquistadores del Nuevo Mundo. Esa aversión impedirá siempre, sin duda, cualquier alianza sólida de las nuevas repúblicas con los indígenas de las pampas.

Si un auca roba a otro, el robado se hace devolver el objeto hurtado, cuando tiene poder y el ladrón puede hacerlo; si no, es la familia del poseedor que debe pagar en la persona de su más próximo pariente.

Para terminar de hacer conocer a los aucas en todas las épocas de su vida, por las ceremonias supersticiosas que señalan cada etapa de los dos sexos y por su educación, que, en ellos, como en todas partes, forma el carácter del adulto, voy a tomarlos desde su nacimiento y exponer, sucesivamente, todos los hechos característicos para completar el cuadro de su vida privada.

Tan pronto como un niño nace, se lo baña, envuelto en mantillas de lana, en el río o en el lago más cercano. La madre le dedica los mayores cuidados, sin abandonar por eso sus tareas. Una vez que posee algo de fuerza, se ocupa de hallarle un padrino encargado de darle un nombre, que debe acompañar al de su padre. Siempre se elige un pariente o un amigo a ese efecto. Una vez que él

acepta, se elige el día; se avisa, de un lado al otro, a los amigos, que, todos reunidos, por la mañana, muy temprano, se dirigen, conducidos por el padrino, a la tienda donde está el niño, llevando consigo una yegua gorda, que se arroja a tierra al llegar, atándole fuertemente las cuatro patas; se coloca, sobre su vientre, un poncho sobre el cual, sucesivamente, los invitados depositan, cada uno, un regalo destinado al héroe de la fiesta. Para un niño, son espuelas, vestidos, armas; para una niña, son vestidos o adornos correspondientes a su sexo. Tan pronto como cada uno ha hecho su ofrenda, el padrino pide al niño, que pone sobre sus hombros; entonces se abre el pecho de la yegua y se le arranca el corazón; y todavía palpitante, se le pasa al padrino, con el cual hace una cruz en la frente de la criatura, diciéndole: Tú te llamarás así, agregando solamente, al nombre de familia, un corto adjetivo, que los asistentes repiten, de inmediato, tres veces seguidas. El padre toma en sus brazos a su hijo, mientras el padrino, elevando el corazón sangrante al aire, pide en alta voz que viva. Lo recomienda a Quecubu (dios del mal); luego pide al destino que le dé bravura y sobre todo elocuencia, terminando la enumeración de sus votos, insistiendo particularmente en el don de la palabra. Una vez concluida la ceremonia, se corta la yegua en trozos, se encienden grandes fogatas y todos los convidados hacen honor al festín, que dura mientras quede un pedazo del animal. Así se festeja el nacimiento entre los aucas ricos, y sobre todo entre los pehuenches[29]; pero la pobreza y desvalimiento de ciertas familias modifica todo eso, de manera que la ceremonia se reduce a casi nada en las que han sido arruinadas por las invasiones del enemigo.

La madre e incluso todos los parientes son esclavos del niño. Las mujeres de edad se encargan de su vigilancia, cuando la madre está obligada a dedicarse a los cuidados de la casa, y la costumbre de presentarles un seno seco para amamantarlos se debe, sin duda, a lo que dice Pauw a ese respecto[30]. Se deja al niño, al principio, desnudo, tendido sobre pieles de animales salvajes, ensayando sus fuerzas y tratando de caminar, sin ayudarlo, por así decirlo, en sus primeros pasos; crece así, libre como el aire, mandando, como tirano, sin ser nunca contrariado en sus menores caprichos, golpeando a su madre, a su padre y a sus parientes, sin ser castigado. Un auca aplaude, por el contrario, todo lo que su hijo hace de malo, considerándolo buen augurio para el porvenir. Cuanto peor es, más sus padres se regocijan, porque sus malas inclinaciones les pare-

29 Esta ceremonia complicada tiene lugar sobre todo entre los pehuenches, y es mucho más sencilla entre los aucas de las pampas.

30 Pauw, *Recherches sur les Américains*, t. I, p. 69.

cen que revelan coraje y resolución; las consideran preludio de grandes acciones. Su sistema de educación se basa, en resumen, en la creencia de que reprimir las inclinaciones o castigarlas cuando son malas, significa disminuir la fuerza física y moral de su hijo e impedirle que adquiera esa audacia que caracteriza a los hombres libres de su nación.

No hay que creer, sin embargo, que se descuide por completo la educación de los niños; los padres, por el contrario, tratan de interesarlo en sus trabajos, enseñándole, de acuerdo a su sexo, lo que ellos saben. Una joven debe conocer todas las obligaciones de las mujeres; y, poco a poco, aprende, con ayuda de su madre, a hilar, a tejer y todas las pequeñas tareas a que se dedican esos indios. La educación del muchacho es muy distinta; necesita conocer perfectamente la historia de su nación, de su tribu, de sus jefes, así como la de sus enemigos; la geografía de los lugares que habita en medio de las inmensas llanuras de las pampas; y, sobre todo, comprender la importancia de la pureza del idioma y la necesidad de convertirse en buen orador. Para este efecto, la madre o incluso las ancianas lo acunan en sus primeros años contándole los altos hechos de sus antepasados muertos, haciendo el elogio de la elocuencia de que dieron muestra en las grandes ocasiones. El niño siente así, poco a poco, elevarse su alma, por esas continuas ideas de victorias, y se interesa en las narraciones que se fijan en su cabeza, al mismo tiempo que el recuerdo de los lugares donde tales acciones acontecieron; y pronto conoce perfectamente los nombres de todos los jefes amigos y enemigos y los lugares donde viven. Comienza después a estudiar el idioma; y de las palabras, no tarda en pasar a las frases. Los discípulos adquieren, gradualmente, el imperio de la elocuencia; asisten siempre a las grandes ceremonias públicas, a las conferencias diarias que se realizan entre sus padres, al regreso de cada cacería o de cada expedición. No es raro ver niños de diez a doce años en medio de las mujeres y de jovencitos de su edad, ensayar la pronunciación sea de panegíricos, sea de alocuciones, que revelan ya sus disposiciones para el arte oratorio. Los padres, que los ven así progresar entre ellos, los estimulan con todo su poder, repitiéndole continuamente que el don de la palabra es la primera cualidad del hombre que quiere sobresalir. Me ha impresionado a menudo el conocimiento perfecto que poseen los indios de todas las comarcas vecinas de las pampas y de sus productos. Un patagón, que no haya cruzado nunca el Río Negro hacia el norte, conoce perfectamente las tierras más septentrionales y tiene ideas muy justas de Buenos Aires, lo que se debe al espíritu de observación de los salvajes y a la claridad de las descripciones que se transmiten en el contacto diario. Llama la atención que en naciones todavía salvajes, las ideas de las cosas pre-

Cebus fulvus.

Indios e indias de la provincia Chiquitos.

ceden siempre a las cosas mismas. Otro objeto esencial de la educación es la táctica militar, la manera de sorprender al enemigo, los medios empleados por la nación para hacer señales y, finalmente, todo lo que se relaciona con la estrategia práctica. Oyen continuamente alabar a quien, en un ataque, ha conseguido mayor botín; al que ha robado a los enemigos comunes, los cristianos, rebaños y sobre todo cautivas; y aprenden, desde la edad más tierna, a considerar la astucia como una de sus primeras virtudes.

La educación física es más o menos la misma que la educación moral. Los jóvenes adquieren poco a poco las costumbres de sus padres; montan a caballo muy temprano, se ejercitan diariamente con las armas o los aparejos de caza. Se los ve a menudo ejercitarse en el lanzamiento de boleadoras y esforzarse en alcanzar una lanza fijada en tierra a gran distancia o bien en enlazar a sus perros. Se convierten en seguida en buenos jinetes; por eso pronto están en condiciones de seguir a sus padres en todas sus guerras o en los cambios de domicilio tan frecuentes en las naciones nómades; es entonces que hacen, por sí mismos, observaciones sobre geografía, aprendiendo a conocer los lugares donde se puede hallar agua, en medio de la llanura, y cuál es la dirección que pueden seguir sin temor, guiándose, en sus manchas lejanas, por el sol y las estrellas. Las jóvenes saben montar a caballo tan bien como los jóvenes; y hasta no ser bastante fuertes como para combatir con sus padres y por su propia cuenta, siguen a las mujeres en la retaguardia, ocupadas en salvar el botín, mientras los hombres combaten. Ninguno de los sexos tiene respeto por sus padres, a quienes no temen; sin embargo, hay en ellos un amor familiar, una unión íntima entre sus miembros, que tratan siempre de ayudarse y sostenerse mutuamente, cualquiera que sean las circunstancias. Es muy raro que un padre toque a uno de sus hijos; pero si lo hace y lo mata, los parientes de su mujer tienen derecho a vengarse y matarlo, sin temer ninguna represalia. Es tal vez esa causa, además del amor a sus hijos, lo que les impide castigarlos.

Las jóvenes son, naturalmente, las primeras que adquieren rango en la sociedad; se convierten en mujeres hacia los trece a quince años, edad en que los muchachos son aún niños. Ese momento, lo mismo que en los patagones, en los puelches y en casi todas las naciones americanas, es señalado por una ceremonia que, si bien tiene mucho parecido con la que realizan los patagones[31], difiere lo suficiente como para que tenga que describirla. Cuando una joven nota su nuevo estado, informa a su madre, la cual, de inmediato, lo hace conocer a sus parientes, y ubica a la muchacha en un ángulo de la tienda, donde se

31 Véase cap. XX.

le encierra, por medio de ponchos y otros vestidos, recomendándole, sobre todo, no mirar a los hombres. Queda así encerrada todo el día. A la mañana siguiente, desde el amanecer, su madre o su más próxima parienta la hace salir, la toma por las manos y la hace correr por la campaña, hasta que se canse por completo; entonces se la vuelve a encerrar hasta la caída del sol, hora en que vuelve a correr por el campo, para luego regresar a su encierro. Al tercer día, no se la hace correr, pero a la misma hora, por la mañana, se la envía a buscar tres brazadas de leña, que trae y coloca, en tres direcciones distintas, en los senderos que conducen a su tienda, a fin de que todos los miembros de su nación sepan que se ha convertido en mujer. Todos los invitados se reúnen. Se mata una o varias yeguas, y se festeja solemnemente el estado de la joven, que se convierte, desde entonces, en dueña de sí misma, y puede a voluntad disponer de su corazón, aunque no de su mano. La familia la deja en libertad de llevar la conducta que le parezca, con tal que no se case.

El padre de familia que tiene muchas hijas es considerado el más rico, mientras que el que no tiene más que hijos es muy pobre. Sucede precisamente lo contrario que en Europa. No necesita ocuparse de la dote de su hija, porque es el pretendiente quien la aporta; por eso hay muchos indios que no pueden tener hasta muy tarde los medios de obtener, o mejor dicho, de comprar una mujer, cuyo precio, puesto por los padres, siempre resulta muy elevado. Es por eso que, desde el momento en que se sienten con valor para comenzar solos su fortuna, se entregan a los azares de la guerra, buscando, por todos los medios posibles, distinguirse y, sobre todo, amasar riquezas. Si las hijas se casan jóvenes, no sucede lo mismo con los hijos, que no pueden hacerlo hasta no ser buenos cazadores y buenos guerreros, o cuando tienen una familia opulenta, o no poseen ellos mismos algo. Muchos indios que no pudieron nunca reunir con qué tener una mujer, deben conformarse con una cautiva por toda compañera; a menudo, se arreglan los matrimonios cuando la joven es todavía una niña, y entonces se entrega por adelantado una parte de los regalos.

El casamiento es algo de lo más complicado entre los aucas, sobre todo entre los de las montañas, y no tienen en cuenta exclusivamente a los dos interesados, ni siquiera sólo a los padres y madres, sino también a familias enteras de ambos lados: la de la joven, para que reciba bastantes regalos como para sentirse satisfecho con la alianza, sin lo cual las rupturas son infinitas; y la del pretendiente, porque debe ayudar a conseguir los objetos pedidos por los parientes de la joven india, que siempre exigen su parte. Cuando un indio desea casarse, informa a su familia, la cual se reúne de inmediato. Se discuten los regalos que pueden ofrecerse, en razón de las experiencias de los parientes

de la amada. Una vez que creen que no recibirán una negativa, que todo está arreglado, se fija el día en que todos los miembros se reunirán en un lugar determinado, cada uno con su regalo. Esas reuniones tienen lugar al amanecer. Se realiza un nuevo consejo de familia, en el cual son destinados, como delegados, dos o tres de los miembros más elocuentes; éstos parten, se dirigen a la tienda del padre de la pretendida, despiertan a los padres, que se levantan de inmediato e invitan a entrar a los delegados, lo que éstos hacen después de poner en el suelo algunos de los regalos que traen. Entonces el padre comprende de qué se trata, si es que no está informado por adelantado; recibe los abrazos de los recién llegados, abrazos mutuos, semejantes a los que los aucas se dan siempre, cada vez que se encuentran luego de una ausencia. Inmediatamente después, los enviados, unos tras de otro, toman la palabra y hacen conocer el motivo de su visita, apoyándolo con la enumeración de los títulos del pretendiente, de sus cualidades personales; después los de los parientes muertos o vivos, remontándose hasta la quinta o sexta generación, para hacer resaltar más las ventajas de la alianza propuesta. Una vez que los diputados terminan sus discursos, que duran a veces algunas horas, el padre, a su vez, toma la palabra: enumera también, él, las cualidades que adornan a su hija y expone los méritos de sus antepasados; luego hace conocer, por pura fórmula, el pedido a su mujer, porque ésta, al carecer de todo poder, siempre da su consentimiento. El único asentimiento que no se exige es el de la joven; que la cosa le convenga o no, está severamente subordinada a la voluntad paternal y no puede negar nada.

Entonces comienza una segunda tratativa con el padre, para tratar los valores que se le darán, lo que siempre es el punto más delicado y más difícil de considerar. Pide en razón directa del número de parientes, estando obligado a satisfacerlos todos. Cuando finalmente se llega a un acuerdo, uno de los delegados regresa al lugar donde aguarda la reunión de familia, que va en corporación, conduciendo o portando todos los regalos anunciados. Al llegar junto a la tienda, arrojan a tierra, y atan por las patas a las yeguas, caballos, vacas y corderos que quieren dar; luego, cada uno a su vez y uno a uno, entran en el toldo, sin decir una palabra, dejan caer los regalos, que consisten principalmente en tejidos, o en adornos de hombre y de mujer, espuelas de plata, etc. Van después a sentarse fuera de la tienda, con las piernas cruzadas y formando un gran semicírculo, en medio del cual se ubica el pretendiente, con sus más próximos parientes, reservando entre ellos un asiento elevado, formado con prendas de mujer. El padre de la india sale de su tienda, hace un saludo general a la asamblea y, con gran seriedad, señala su morada, anunciando que su hija

está allí y que ella ya puede salir. De inmediato todas las mujeres, que llegaron con el pretendiente, se levantan con rapidez, entran en la tienda, piden a las mujeres que encuentran que les señalen la pretendida, la toman de la mano[32], la tiran con fuerza para hacerla salir, ella trata de quedarse, y la presentan a sus futuros parientes. La novia se coloca en el asiento reservado, donde la cubren de regalos. Es entonces que se despliega todo el lujo de los regalos delante de los asistentes y, por primera vez, se engalana con el bonete de perlas, que una muchacha no se atrevería a usar. Todo el mundo ya satisfecho, y las dos familias se mezclan momentáneamente. Se mata a una de las yeguas, se le extraen el pecho y el corazón, que se hacen hervir en agua; luego todos los convidados comen, y conducen a la novia a casa de los padres del marido, donde algunos días más tarde se consuma el matrimonio.

En otras ocasiones, sobre todo cuando hubo vinculaciones antiguas entre ambos contrayentes, el matrimonio no se desarrolla del mismo modo. Los padres del marido arrebatan a la pretendida, la guardan y hasta días después no hacen el pedido en forma, excusándose de la violencia empleada por el amor del futuro esposo y pidiendo perdón, haciendo algunos regalos, seguidos de otros una vez que se formaliza el consentimiento; luego continúa la ceremonia usual, más o menos complicada, de acuerdo a la bonanza de la tribu y a sus riquezas; y a veces se reduce a una simple compra. A menudo el marido no adquiere en seguida la libre posesión de su mujer y no la consigue con sus primeros gastos, porque si, cuando el padre de su compañera hace la distribución de los regalos a sus parientes, éstos no se sienten satisfechos, lo que acontece casi siempre, el esposo está obligado a entregar lo que le queda, de manera que un casamiento arruina muy a menudo, durante largos años, a toda la familia del marido.

Una vez que una india se casa, vive en una tienda aparte de su familia, y desde entonces todas las tareas del menaje recaen sobre ella, pero por lo general es buena esposa y más tarde buena madre. Se ven muy pocos malos matrimonios. Lo mismo que entre los patagones, el marido tiene siempre muchas consideraciones con su compañera, y nunca, incluso ebrio, llega a golpearla.

La poligamia es permitida entre los aucas y todos tendrían varias mujeres si no fueran tan gastadoras; por eso, sólo los propietarios de numerosos reba-

32 En el manuscrito del viaje de Luis de la Cruz (pág. 218), hallé esa ceremonia, tal como tiene lugar entre los pehuenches. Es la misma, con la diferencia de que la novia tiene en la mano derecha un plato conteniendo una piedra verde llamada *llanca*, que ofrece a su futuro esposo en señal de consentimiento. Esta última costumbre no es empleada por los aucas de las pampas; por lo menos no se la he visto practicar.

ños o los jefes (*ulmens*), aprovechan esa autorización, porque su posición los coloca en mejores condiciones de obtenerlas, ya que no sólo pueden comprarlas, sino también, a menudo, un padre de familia pobre se siente feliz de aliarse con un jefe, a fin de tener mayor poder. Le da entonces su hija casi sin retribución. Vienen luego las concubinas, en número ilimitado, cautivas tomadas al enemigo, que se emplean como esclavas de las familias legítimas. Cuando hay varias mujeres legítimas, la primera domina a las demás. Es de pensar que existen entre ellas muchos celos a causa de las preferencias concedidas por el marido; por eso, aunque éste se preocupa poco, suele pasar sucesiva y alternativamente dos días seguidos con cada una de ellas; y entonces, la correspondiente al día, goza de la prerrogativa de sentarse junto al mismo fuego que su marido. Esa preferencia del fuego proviene de una costumbre bastante generalizada, que consiste en que, en cada toldo, no debe haber más que dos, uno donde está el marido, con su mujer del día y sus hijos, y el segundo donde las otras deben estar juntas. Es realmente notable que la rivalidad de las mujeres de los indios no las lleve a riñas continuas. Para que no se peleen con mayor frecuencia, se necesita nada menos que esa especie de indiferencia aparente que los maridos afectan siempre frente a las disputas internas del hogar; por lo demás, como cada una detenta momentáneamente la autoridad en sus manos, todas están obligadas a plegarse a las exigencias de las demás.

Si el esposo puede llevar la conducta que le parece y cometer con sus mujeres tantas infidelidades como le place, sin que ellas puedan rebelarse, no sucede lo mismo con sus compañeras que deben guardar una conducta irreprochable, porque sus maridos son celosos al extremo, pero no llegan a ningún exceso, sobre todo con el cómplice de la mujer, que debe sólo pagar su falta con el regalo de caballos, o de cualquier otro objeto, si no quiere exponerse al descontento de toda la familia y la obligación de marcharse. Entre los pehuenches la severidad de las costumbres se aplica totalmente contra la mujer. El marido ofendido puede matarla, pero siempre que los parientes consientan, lo que no sucede casi nunca; y si el marido llega a extremo sin consentimiento previo, los padres de la mujer se lo hacen pagar con la pena capital. Entre ellos son muy celosos, y es por ese motivo que un indio que recibe en su tienda a un pariente en comisión, siempre tiene la precaución de acostarse a su lado, so pretexto de mostrarle deferencia.

Cuando una mujer da a luz, va inmediatamente a lavarse, así como su hijo, en el lago o río cercano, y continúa bañándose todos los días. Se hace una fiesta con ese motivo; se baila, y sobre todo, se bebe. El médico (mujer) o *machi* asiste al parto. Cuando se compara la poca importancia que asignan los

salvajes al momento del parto con las innumerables precauciones que se toman en nuestras ciudades, sin poder, sin embargo, impedir accidentes graves, uno se siente tentado a creer que las americanas son otra especie de mujeres, distintas de las de nuestro continente. Si se expone una europea a los rigores del clima, a baños casi helados, después de dar a luz, se causaría casi de seguro su muerte; mientras que la americana no experimenta la menor molestia. He visto, en las indias de las regiones cálidas, seguir esa costumbres, generalizada en el interior de Bolivia, hasta las fronteras del Paraguay. Puede creerse que la temperatura elevada de esas regiones es el motivo de los pocos accidentes que resultan; pero no es lo mismo en las regiones templadas y hasta heladas; por eso, en la Patagonia la temperatura es más o menos la de Francia y esos baños fríos no traen ninguna consecuencia mala. Hay, pues, que aceptar que la constitución femenina es mucho más vigorosa; que el goce de las comodidades, traídas por la civilización, ha atenuado mucho, poco a poco, las fuerzas físicas de los países adelantados, y que se descubre entre los salvajes más próximos a la naturaleza ese estado primitivo, que debía existir en todas partes, antes de que cada siglo aportara sus modificaciones particulares[33]. Esa verdad viene en apoyo de lo que ya he dicho[34], que el hombre pierde en lo físico lo que gana en lo moral por la civilización.

Si, en el transcurso de la vida de los aucas, experimentan algunas enfermedades, nunca se curan por sí mismos: recurren siempre a la machi, que practica la medicina al mismo tiempo que las funciones de curandera. Esta procura ante todo curar al enfermo por medio de aplicaciones de hierbas, de polvos o de jabón, o bien le hace incisiones en las partes doloridas, levantando la piel, tirándola algo y pasando, a través un instrumento cortante (operación denominada *catalun)* y que consiste en una pequeña sangría local; pero si todos estos remedios no producen efecto y si el enfermo empeora, sólo se combate el mal por medio de la superstición. He visto practicar varias, pero nunca de una manera tan complicada como lo hacen los pehuenches de los despeñaderos de los Andes[35]. Interesada en multiplicar las ceremonias, la machi, desde que nota que no progresa, anuncia a los parientes que ha soñado (y los aucas son esclavos de los sueños) que el enfermo se agrava y que el *machilun* se hace absoluta-

33 Puede tenerse una idea de esa influencia comparando, a este respecto, los animales domésticos con los animales salvajes. ¡Cuántas veces ocurren accidentes durante la parición de las vacas de nuestros establos de Europa! En cambio, es sumamente raro ver perecer por eso a las vacas salvajes de las llanuras de América, donde nadie se ocupa nunca de ellas.

34 Véase capítulo XVIII.

35 Véase Luis de la Cruz, pág. 206.

mente necesario. Se prepara entonces a ejecutar ese conjuro, que se hace así: junto a un toldo se plantan dos árboles o dos lanzas, de cada una de las cuales se cuelgan un tambor y un vaso lleno de bebida fermentada; se ubican alrededor, en forma circular, otros doce vasos llenos del mismo licor; se traen, bien atados, un carnero y un potro del color indicado por la hechicera; se los coloca junto a los vasos; sale el enfermo bien envuelto; se lo coloca del lado del sol, en medio del círculo. Dos mujeres de edad se introducen de inmediato, hasta ponerse junto a los tambores. La machi marca el compás, entonando un canto apropiado a este género de ceremonia. Las dos viejas golpean el tambor y los asistentes cantan en coro, bailando alrededor del enfermo. La machi enciende un cigarro, aspira el humo y perfuma, tres veces consecutivas, los árboles, los animales y al enfermo, descubriéndole la parte sufriente, que chupa hasta sacarle mucha sangre. A medida que realiza estos esfuerzos que la acaloran, ella se enardece; sus ojos se llenan de sangre, signo infalible de que la enfermedad sólo proviene del espíritu maligno o Quecubu, que saca del cuerpo del enfermo y que pasa al suyo. Cada vez más inflamada, parece poseída del demonio, y se pone finalmente furiosa, lo que obliga a los asistentes a dejar de bailar y a sostenerla, mientras se agita. Entonces se abre, todavía vivo, al pobre potro; se le arranca el corazón, todavía palpitante; se le pasa a la hechicera, que lo recibe, chorreando sangre, y hace con él una cruz en la frente del enfermo, que pone de pie y al que frota de inmediato con sangre todo el cuerpo. La misma ceremonia se repite con el carnero y la danza recomienza. Se obliga al enfermo a mantenerse de pie, y sosteniéndolo se lo hace participar en el baile. Si se alegra, va a sobrevivir a la enfermedad; si, por el contrario, se entristece, va a morir. La machi explica el fracaso de la operación diciendo que pasó el tiempo de curar la enfermedad; que el Quecubu domina mucho, desde hacía más de cuatro meses, plazo que hace perder toda esperanza. Sea o no favorable el augurio, los asistentes, después de haber bailado, no dejan de hacer asar, allí mismo, la carne de los animales empleados en la ceremonia y de comerla hasta el último pedazo, lo que es obligación, porque ni los huesos pueden ser abandonados a los perros y son enterrados o colgados de las lanzas o de los árboles.

Hay también otra charlatanería mucho más complicada, que sólo se practica en las ocasiones solemnes, cuando está enfermo un jefe rico, por ejemplo. Se efectúa de la manera siguiente: se colocan también las dos lanzas o árboles, de los cuales se cuelgan los tambores; se forma un gran círculo con todos los presentes, dejando una sola entrada al oeste; se pone al enfermo entre los dos árboles. La machi ubica allí dos ancianas, una de cada lado, y dos ancianos, uno a la cabeza y el otro a los pies del enfermo. Da a las mujeres dos trozos de

madera de un pie y medio de largo, adornados con plumas en el extremo y que ellas sostienen con la mano derecha, para golpear los tambores, cuando se da la señal, además de dos calabazas llenas de piedritas que deben agitar con la mano izquierda. Entrega a los dos viejos cuatro vasos, dos llenos, de un color blanco, con que deben embadurnarse, y los otros vacíos, destinados a recibir la sangre de un caballo bien atado, que se conduce a ese efecto. Todos los convidados entran en el círculo, entre ellos seis muchachas engalanadas, que se toman por la mano, dando las espaldas a las ancianas. Una vez terminados todos estos preparativos, la machi da la señal batiendo el tambor y entonando los versículos consagrados, que acompañan el ruido de las calabazas de las viejas. Las muchachas bailan, sin cambiar de lugar, y así se continúa durante algún tiempo. Después, la machi ordena matar el caballo y arrancarle el corazón, el que le es entregado palpitante, para que realice su brujería de costumbre. Mientras los ancianos reciben la sangre, con que embadurnan a las muchachas, así como con pintura blanca, doce de los asistentes cortan en pedazos el hígado y las restantes vísceras, para hacer con ellos doce rosarios, que, por burla, ponen en el cuello de las dos viejas, mientras que otras dos mujeres cortan una la cabeza y otra la cola del caballo, que ofrecen en seguida a dos indios viejos. Es comprensible que las muchachas pintadas, las viejas con sus collares, los viejos que van, con gran seriedad, a brindar al enfermo, uno la cabeza y el otro la cola del caballo, todo eso debe inspirar una risa muy exaltada, especialmente en las muchachas; luego la comparsa burlesca se pone a bailar, seguida del enfermo, que pasea por el círculo, mientras la machi marcha delante. Si el enfermo se alegra en medio de esa escena se lo considera salvado, lo mismo que en el caso anterior.

Es evidente que esas brujerías tienden a alegrar al enfermo, lo que no es tan salvaje como podría creerse, puesto que el cuidado que se toma de impresionar y retemplar su moral, debe necesariamente influir sobre el físico, propósito que sin duda es muy razonable. En todas las circunstancias de la vida, la moral es lo primero que debe cuidarse, ya que su energía, mantenida o levantada, es lo que más influye en el rápido restablecimiento de las personas que están en un estado desesperado. Los aucas tienen también la costumbre característica que he descrito de los patagones[36], y que consiste, de un extremo al otro de las pampas, en huir de los enfermos contagiosos, abandonándolos, con la misma falta de humanidad, en los campamentos desiertos.

---

36 Véase capítulo XX.

Si, a pesar de todas las brujerías de las machis, el enfermo muere, tienen lugar las ceremonias de los funerales, que entre los aucas son muy distintas que entre los patagones.

Tan pronto como un indio da el último suspiro, los parientes se reúnen en su tienda, para llorar, en común, la pérdida que acaban de sufrir. Todos se sientan en el suelo, primero sin pronunciar palabra, mientras se viste al difunto con sus mejores ropas y se lo acuesta sobre el lecho mortuorio. Entonces los oradores de la familia comienzan, cada uno a su vez, a celebrar, en alta voz, los talentos y buenas cualidades morales del difunto, extendiéndose sobre su valor en la guerra, su elocuencia, su prudencia en los asuntos delicados, sobre sus virtudes como padre y como esposo. El panegírico se prolonga durante algunas horas, y si se suspende algunas veces, es porque los convidados se ocupan de algo que les resulta más agradable, esto es en comer la carne de una yegua que perteneció al difunto o fue donada, a ese efecto, por uno de los parientes. Velan, luego, toda la noche, junto al cadáver. Al día siguiente lo cargan sobre su mejor caballo, cubierto de sus más hermosos arneses, el cual, acompañado por toda la parentela del difunto, es conducido de la brida hasta el lugar de sepultura de los antepasados. Una vez allí, o en el sitio más desierto del campo, si se alejaron, lo que acontece a menudo, cavan una fosa, colocan ramas, cuando las tienen, tienden el lecho donde murió el indio, lo acuestan, lo cubren con cuidado, depositan a su lado todas sus armas, los arneses completos de su corcel, sus espuelas de plata, sus instrumentos de caza, tales como sus boleadoras, sus lazos, etc., y en fin todo lo que le perteneció, además de alimentos en vasos, bebida fermentada, si la tienen, y muchas ollas con agua, a fin de que halle todo eso en la otra vida; luego se lo cubre con un cuero de caballo y se arroja tierra hasta colmar la fosa. El caballo que usaba de ordinario es inmediatamente estrangulado sobre su tumba y abandonado allí su cadáver.

Si el indio muerto es opulento, la ceremonia dura más tiempo, sobre todo entre los pehuenches, los menos vagabundos de los aucas y, en consecuencia, los más ricos en ganado. En este caso, una vez que el moribundo expira, las mujeres y los parientes fabrican la bebida fermentada. Tan pronto como está preparada, se invita a todos los aliados y amigos a acompañar el cortejo, llorando, hasta el lugar de la sepultura, conduciendo, al mismo tiempo, muchas yeguas y otros animales domésticos. Una vez en ese sitio, se cava la fosa y se enciende fuego; luego, se matan los animales llevados, y, allí mismo, comienza la fiesta de los muertos, después de la cual se pasa la noche llorando. Al día siguiente se entierra el cadáver, con todas sus riquezas: se le cubre de tierra y se sigue llorando; después los asistentes se dividen los restos de los animales muer-

tos y cada invitado se lleva un pedazo a su casa, donde va a pensar en el difunto con más libertad. Si, por el contrario, un indio muere en un combate, lejos de los suyos, y no hay tiempo de darle sepultura, se mata su caballo a su lado o frente a su tienda, si posee una, abandonándolo con toda su ropa y sus armas. Cuando es una mujer, la ceremonia es todavía más sencilla, pero se entierra, con ella, todo lo que poseía en adornos, así como todos los utensilios que utilizó. Lo mismo se hace con los niños.

Los parientes guardan un año de duelo por el muerto, durante el cual lloran a menudo, recordando sus virtudes. El marido que ha perdido a su mujer, no lleva otro luto que el de su corazón; no está obligado a ninguna otra manifestación exterior. No sucede lo mismo con las mujeres, obligadas a permanecer en sus tiendas y guardar el más riguroso celibato durante el año que exigen las conveniencias, a la expiración del cual son dueñas de sí mismas; por eso, al concluir ese plazo, los aucas, en general, prefieren hablar poco de sus parientes muertos, de tal manera que sólo los recuerdan en las arengas. En cualquiera otra circunstancia, es casi una ofensa nombrarlos.

Lo que precede prueba que si los aucas siguen algunas de las costumbres de los patagones en el hábito de matar el caballo favorito del difunto, están lejos de llevar esa creencia hasta la destrucción total de lo que posee el muerto, limitándose a sus joyas y vestidos, sin incluir sus perros y ganado, lo que hace que, por lo general, si bien no poseen muchas armas y adornos de plata, son más ricos en rebaños. Esta última costumbre despierta la avidez de los cristianos de la vecindad, que buscan ahincadamente las sepulturas de los indios, para profanarlas y robar los objetos allí depositados, lo que constituye un motivo más de odio contra ellos, que obliga a los indios vecinos de un establecimiento a ocultar lejos, en el campo, los despojos de sus padres, tomando todas las precauciones posibles para no ser descubiertos. Creo que las tribus enemigas no se profanan mutuamente sus tumbas. Cuando se produce un ataque, los combatientes de uno y otro bando tratan de no abandonar los cadáveres de sus hermanos, a fin de rendirles los últimos honores, pero el bando vencedor deja siempre en el lugar los cadáveres de los vencidos.

En un pueblo supersticioso al máximo debe preocupar, más que en otros, la causa de la muerte de los parientes; por eso van, sin demora, a consultar a la machi, que siempre cumple las funciones de adivinadora, y le pagan para saber el origen de la pérdida que deploran. La machi se concentra algún tiempo y termina por señalar al individuo que hechizó al difunto y lo mató. Si la persona acusada pertenece a la misma tribu y es posible encontrarla, los parientes, sin buscar otras pruebas, se dirigen, sin perder tiempo, a su tienda o a sus alre-

dedores, para sorprenderla; prenden una fogata, se apoderan de aquélla, la atan fuertemente, la conducen al fuego, la ponen en las llamas, la cubren de injurias y le ordenan declarar si tiene cómplices de ese asesinato. Vencida por el dolor, la desdichada víctima nombra a cualquier persona, lo que no impide a sus verdugos quemarla lentamente y arrojar luego su cuerpo abandonado en el campo; después, en los días siguientes, se esfuerzan en apoderarse, siempre de improviso, de los supuestos cómplices del crimen, a menos que éstos no los apacigüen por medio de regalos. Es comprensible hasta qué punto esa creencia bárbara debe ser obstáculo al aumento de la población y a cuántos odios da lugar entre las familias; sin embargo, la machi señala, por lo general, a indios pertenecientes a tribus enemigas y raramente se ven esas escenas atroces, esos *autos de fe* de nuevo género. Es evidente también que los parientes, teniendo siempre que reprocha a una tribu enemiga la muerte de alguno de los suyos, no se reconcilian nunca con ella, porque, a menudo, esa simple denuncia de la machi basta para decidir una de esas expediciones, de la cual resulta una toldería aniquilada. De allí proviene, sin duda, la costumbre de quemar vivos a los caciques apresados en la guerra, teniendo en cuenta que, estando ellos en una posición prominente, no es raro que se les atribuya la muerte de personas más o menos importantes. Tales supersticiones tienden siempre a dividir a las tribus de los aucas y les impedirán, tal vez durante siglos, formar una nación, aunque su número haga posible congregar una masa lo bastante importante como para rivalizar con las repúblicas vecinas.

Los aucas creen, más que todos los demás indios, en la inmortalidad del alma[37]. Cada ser tiene un cuerpo y un alma; el primero perece y la segunda no muere nunca; pasa al otro mundo, del otro lado del mar, donde vive en medio de una continua abundancia de todas las cosas, frutos y animales. En esa morada de descanso, los esposos vuelven a encontrarse y se unen como en la tierra, pero como carecen de cuerpo, nunca pueden tener hijos. Con el objeto de realizar ese viaje, depositan víveres en las tumbas, mientras que todos los adornos, así como las armas, deben haberles servido de adorno, lo mismo que el caballo, que se hace inmortal como ellos. A tal causa obedece que un guerrero, cuando va al combate, lleva consigo todo lo que posee en adornos y armas, con el fin de encontrarlos después de su muerte, si tiene la desgracia de morir. Es quizás la creencia en otra vida que hace que los aucas se expongan

37 Asombra, pues, que Azara haya escrito (*Voy. dans l'Amér. merid.*, t. II, P. 51), "Todas las naciones que habitan esas comarcas (hablando de los pampas) no conocen religión, ni leyes, ni juegos, ni bailes".

con tanta valentía a los peligros más grandes y afronten con coraje las mayores desdichas; sin embargo, nada hacen en la tierra por obtener mayor felicidad en la otra vida, seguros de que serán siempre bien recibidos, cualquiera que sea la conducta que lleven en ésta. La fe de los aucas en los sueños proviene de una creencia común a todos. Piensan que son consejos de parientes muertos; como suponen que sólo los ancianos de ambos sexos pueden darles buenos consejos a causa de su experiencia, a ellos únicamente escuchan, despreciando a los de los jóvenes. Son a tal punto esclavos de los primeros, que se los ve a menudo abandonar un campamento, una empresa, hacer una guerra o convertirse en enemigos, a consecuencia de un simple sueño.

Creen en un ser bueno, creador de todas las cosas, que está obligado, por necesidad, a darles todo lo que pueden desear y a protegerlos en el peligro, sin estar obligados a complacerlo; por eso le piden muy poco, y convencidos de que el hombre es dueño absoluto de sus actos, tanto buenos como malos, no temen verse privados de sus favores. Es, por lo demás, la misma religión, en el fondo, que la de los patagones[38] y puelches, sobre la que ya he hablado. Sólo existen pocas diferencias. Creen que las machis son agentes del espíritu del mal o Quecubu y que todo lo que puede hacerse de mal proviene de él; así los venenos son obra suya, lo mismo que todos los accidentes fortuitos. Sus machis interpretan una cantidad de hechos: el ladrido de los perros durante la noche, el canto del pájaro nocturno, el encuentro por la mañana del zorro, en el momento de partir, y muchos otros incidentes a los cuales atribuyen ciertas malas influencias. Lo mismo que los patagones, creen en la eficacia de una cantidad de heridas que se hacen en los brazos, en las espaldas y en las rodillas: las primeras para tener fuerzas contra el enemigo; las segundas para andar mejor en cuatro patas, cuando son exploradores nocturnos[39]; las últimas para ser más veloces en la carrera o para evitar cansarse cuando andan a pie.

Tienen también la idea de un diluvio universal, que los obligó a subir a las montañas de los Andes para salvarse; pero, ¿no serán esas tradiciones transmitidas, efecto de reflexiones sugeridas por el descubrimiento de gran número de fósiles marinos, fáciles de encontrar, en muchos puntos de la cordillera y hasta en los barrancos de los ríos, y se podrá explicar, por ese simple hecho, una creencia que se encuentra en todos los pueblos, donde sólo ha sufrido peque-

38 Véase capítulo XVIII.

39 A esa manera de caminar los criollos llaman *gatear*, palabra derivada de gato, es decir, *andar como los gatos*.

ñas modificaciones? Tal es, por lo menos, la opinión que me parece más lógica y más cercana a la razón.

Algunos indios me aseguraron que los aucas celebran con una gran fiesta la recepción de una machi. Las nuevas machis siempre son elegidas entre las personas que muestran desde la infancia disposiciones para tal profesión y que, por sus vinculaciones frecuentes con las anteriores, pueden aprender muchas cosas de ellas. Se hace sentar a la postulante en medio de una gran concentración de indios, provistos de instrumentos y bailando alrededor de ella; luego se la levanta al aire, sobre cuatro lanzas fijadas en tierra y cruzadas, y se vuelve a bailar, mientras, según creen, la sabiduría desciende a ella. En el intervalo, se mata una yegua, se entrega el corazón sanguinolento a la recipiendaria, que debe chuparlo y embadurnarse el rostro de sangre; luego se sigue bailando hasta la noche.

El de los aucas es un sistema de gobierno casi enteramente negativo. Tienen jefes de diversos rangos, el primero de los cuales o *ulmen* dirige, en tiempo de guerra, las acciones de toda una tribu, pero no por ello logra el respeto de sus hermanos de armas; tiene a sus órdenes jefes subalternos cada uno de los cuales manda una sección menos considerable y, finalmente, cada familia el suyo. Nunca existe una verdadera subordinación respecto al jefe; éste necesita, por la fuerza de su elocuencia, decidir a los suyos a seguirlo en un ataque o en una alianza con otra tribu. Por lo general, esos jefes son los más ricos, los más valientes y, sobre todo, los mejores oradores; sólo distinguiéndose en esos diversos aspectos, un indio gana poco a poco popularidad y termina por mandar. Esa dignidad no es hereditaria. El hijo de un ulmen sólo lo reemplaza cuando se ha distinguido como su padre; en caso contrario, no es más que un simple particular.

Hemos visto, cuando nos referimos a las supersticiones sobre la muerte[40] y los odios de familia, cuán fútiles son, a menudo, los motivos por los cuales se emprende una guerra, y sin embargo, un indio oscuro decidirá difícilmente a su nación a participar de su deseo de venganza. Es necesario, pues, que un jefe, que un cacique, tenga motivos de queja; entonces, informa de inmediato a los caciques aliados para que se le unan, Trata de emocionarlos, pintándoles sus agravios con todo el ardor de que es capaz. Los otros analizan, a continuación y sucesivamente, el asunto; luego, se vota y casi siempre se decide ir a la guerra, porque un auca rechaza en raras ocasiones la oportunidad de robar. Se fija el día de la reunión, pero ninguno de los jefes piensa en ayudar a los suyos;

---

40 Véase capítulo XXI.

cada uno está obligado a proveerse de armas, víveres y caballos; por lo general, el ofendido dirige los movimientos, en calidad de comandante de la expedición, si otros ulmens, más poderosos, no toman el asunto más serio. Una vez decididos, deben vencer o morir. Como su principal objetivo es el robo, todos tienen igual interés en el éxito de la empresa. El día señalado, todos se reúnen en un solo punto y se disponen a partir. Cada familia mata caballos, pone a asar la carne, la amontona y la conduce, en ese estado, en bolsas, lo que dispensa de la obligación de encender fuego, probabilidad más de no ser vistos por los enemigos que se van a combatir, porque toda la táctica de los aucas descansa en la astucia. Sólo combaten como traidores y todo su arte consiste en sorprender al enemigo, para obtener mayor botín. Tales expediciones tienen lugar sólo al acercarse la luna llena, porque los aucas, lo mismo que las demás naciones del sur, no atacan más que de noche. Tratan previamente de establecer la posición del enemigo por medio de espías y de asegurarse de que está entregado al descanso. Poco antes del amanecer, todos están a caballo; los hombres, con todas sus armas y preciosos adornos, se disponen a atacar. Seguros de que el enemigo no sabe nada, marchan sin hacer ruido, tratando de apoderarse de las lanzas que los guerreros colocan siempre fuera de su tienda; y luego comienza el ataque. Si ven, por el contrario, que son esperados, se precipitan, como un torrente desbordado, a toda la velocidad de sus corceles, sobre sus adversarios, lanzando grandes gritos, para asustarlos, y comienza la carnicería, cuidando siempre de marchar por familias, para ayudarse mutuamente, y poder, en caso de necesidad, no abandonar los cadáveres de los suyos. Cuando atacan a los colonos, se colocan, por lo general, sobre un lado del caballo, galopando, a fin de ponerse a cubierto del primer fuego. Mientras degüellan a todos los hombres sin darles cuartel y se apoderan de los niños y de las mujeres, todos los miembros de sus familias, capaces de montar a caballo, están al acecho, buscando, de su lado, el botín, recorriendo el campo, para descubrir el ganado, que arrean de inmediato, y se apoderan de los despojos de los vencidos, poniendo en tales operaciones tanto encarnizamiento y coraje como los guerreros. Se encargan también de conducir a los animales robados y, como por lo general están en la retaguardia, les sucede a menudo caer en manos de los vencidos unidos. Las mujeres a caballo colocan bolsas de cuero delante y detrás de la montura, de manera que estén levantadas y sólo asentadas sobre el caballo, lo que no les impide galopar tan ligero como los hombres. El que encuentra todo un rebaño, es su único propietario; ningún otro intenta quitárselo y nadie piensa en compartir en el botín de otro. En general, lo que los aucas más aprecian en esas guerras, es poder conseguir mujeres cautivas, por-

que les sirven de concubinas, convirtiéndose en su propiedad, como sí fueran sus propias hijas, porque se hacen pagar, cuando ellas quieren casarse. Los niños más tiernos de ambos sexos son también conservados como esclavos o vendidos a los colonos.

Es una gloria para los aucas obtener muchas cautivas, sobre todo cautivas blancas, que prefieren a sus propias mujeres. Hay caciques que se forman una especie de serrallo. A los niños robados los educan igual que a los propios y muy dulcemente; por eso, las cautivas que roban diariamente en los establecimientos cristianos se apegan a ellos a tal punto que a menudo una mujer, después de algunos años de esclavitud, prefiere quedarse con ellos a regresar con su familia, retenida, es cierto, por los hijos que ha tenido de su dueño. A estos últimos, sólo por la fuerza se los separa de sus nodrizas indias, y los que son raptados a una edad en que pudieron conocer a sus padres, se hallan tan bien entre los aucas, que es muy difícil hacer que los abandonen. Cuando se emplea la violencia para sacarles esos niños a las indias, como sucede a menudo en las pampas, esas pobres mujeres gimen y piden siempre algunos instantes para llorar con sus hijos de adopción que se pretende arrancar de su lado. Cuando los aucas atacan un campo enemigo, es raro que si se apoderan del jefe todavía vivo no lo arrojen a las llamas, sea como acto de superstición, al atribuirle la machi la muerte de algunos de los vencedores, sea para seguir una costumbre establecida, lo que obliga a los caciques a pelear hasta la muerte y a demostrar más valor que los otros. Los aucas muestran una profunda barbarie en la aplicación de ese suplicio, sufrido por uno de nuestros indios amigos durante los últimos tiempos de mi estadía en Carmen, por manos de los jefes de Pincheira. Colocan un poste en tierra, al que atan fuertemente al prisionero, de manera que no pueda moverse; reúnen paja o zarzas y encienden un gran fuego alrededor del infortunado, que perece en medio de los más horribles sufrimientos. Cuando no tienen tiempo para prender fuego, matan a su víctima a lanzazos o a golpes de *laques* o boleadoras. Tan bondadosos son en la vida privada como feroces con sus enemigos.

Los aucas son, en general, los mejores tácticos de las naciones australes y los más valerosos en la guerra. Los patagones no pueden, de ninguna manera, rivalizar con ellos en este aspecto. No tratarte aquí de historiar sus luchas sanguinarias contra Chile[41] y contra Buenos Aires, que demandaría mucho tiempo, pero no puedo pasar en silencio algunas de las causas principales que des-

41 Algunos detalles de esa guerra pueden hallarse en el *Ensayo de la historia del Paraguay*, por Funes, t. III, pp. 220, 234, 250, 342 y 366.

ataron, en el siglo XVIII, el odio implacable de los indígenas contra los españoles. Desde la Conquista, hubo una continua alternancia de paz y de guerra. En 1738, la expulsión sin motivo del cacique Maypilqui[42] del territorio de la provincia de Buenos Aires, donde defendía, como aliado, las fronteras contra las otras naciones de las pampas, indispuso a los indios, que, para vengarse, asaltaron Areco y Arrecifes. El comandante de campaña, Juan de San Martín, partió a castigarlos, pero no hallándolos, avanzó hacia el sur y encontró a la tribu del cacique Calelian, inocente de los actos del otro jefe, aunque no por eso dejó de degollarla a toda ella. El hijo de Calelian, entonces ausente, quiso vengar la muerte de su padre, y atacó la ciudad de Luján, que dejó arrasada. San Martín lo persiguió, y no pudiendo alcanzarlo, cayó sobre una tribu aliada, la aniquiló y lo mismo hizo con todos los indígenas que pudo sucesivamente descubrir. Desde entonces, ya no se podía esperarse la paz. Los indios tienen, en efecto, demasiadas razones para desconfiar de los españoles, para que puedan esperar que ellos se les acerquen con sinceridad; y durante muchos siglos todavía, las repúblicas de Buenos Aires y de Chile tendrán que sufrirlos en sus cercanías, sin poder oponerles fuerzas capaces de contenerlos. Todos los tratados son ilusorios: la paz con determinado cacique no obliga a los otros, ni siquiera a sus propios subordinados, que sólo lo siguen y están de acuerdo con sus opiniones cuando es cuestión de atacar y robar; mientras que, una vez concluida la empresa, se separan con el menor pretexto y se incorporan a otra tribu.

He tratado de calcular el número de sus caciques y guerreros, para obtener la cifra a que puede elevarse la nación auca, pero mis investigaciones no dieron resultados satisfactorios. De cualquier modo, el número de veinte mil, solamente para los del lado oriental de los Andes, incluyendo a los pehuenches, no está tal vez lejos de la verdad; creo estar más bien por encima que por debajo del número exacto. Si se comparan estas naciones con la extensión de las tierras que ocupan en las pampas, desde los Andes hasta el océano Atlántico, y del sur al norte, desde el Río Negro hasta las provincias de Buenos Aires y Mendoza, siendo la extensión de esas tierras más o menos de dieciséis a diecisiete mil leguas, resulta algo más de un hombre por legua cuadrada, proporción más elevada que en la Patagonia misma, que apenas tiene un hombre por tres leguas. Si comparamos estas cifras con las que ofrece Francia, por ejemplo, donde hay 31.320.000 almas[43] en una superficie de 26.739 leguas, lo que da

42 Véase Falconer, *Terres magellaniques*, t. II. p. 53.

43 Número dado por Maltebrum, *Précis de la Géographie universelle*, 3ª ed., t. III, p. 197.

1.191 habitantes por legua, se podrá tener una idea del progreso de que son susceptibles las pampas, si se cultivara la tierra, actualmente habitada sólo por pueblos cazadores, que ocupan comparativamente diez veces más extensión que los pueblos agrícolas.

Los aucas hablan el mismo idioma que los araucanos de Chile, pero es muy distinto del de los patagones y puelches. Mientras la lengua de estos últimos es dura y gutural, la de los aucas es dulce y armoniosa: contiene pocos sonidos duros y no hiere en nada el oído; hasta podría decirse que es una lengua musical, por el número de vocales que emplea y por su medida en la pronunciación. Los aucas son esclavos de la pureza del lenguaje, y es, tal vez por ese motivo, que el suyo ha experimentado menos cambios que los otros. Nada iguala, en efecto, al purismo de los hombres y las mujeres y a su escrúpulo por corregir todos los vicios de pronunciación que podrían perjudicarlo; llevan esta preocupación hasta el ridículo. Es verdad que lo que más aprecian en el mundo es el don de la palabra, porque de la fácil elocuencia, del calor en el discurso, del sentimiento y sobre todo de la imaginación, para dar forma poética a sus ideas... tienen necesidad para llegar a ser uno de los primeros ulmens, para hacerse amar y respetar en toda la nación. En una arenga o *cayactum*, un jefe busca expresiones escogidas; su estilo siempre es figurado, pleno de alegorías de lo más ingeniosas, elevado, ardiente, por momentos, inflamando así los espíritus; o bien pleno de sensibilidad. Es por este medio que, sin ningún poder, decide a sus aliados a acompañarlo a la guerra, o a ratificar un tratado de paz. Como se ha visto[44], en sus arengas los aucas usan un tono completamente distinto al de sus conversaciones ordinarias, cantando entonces más bien que hablando, y arrastrando mucho cada final de frase.

Tienen, entre ellos, poetas que llaman *entugli*, encargados por lo común de celebrar los altos hechos de los jefes decididos, sus trabajos, sus pasiones, sus amores y su muerte. El mérito de estos bardos americanos consiste en dar forma a sus imágenes de manera de emocionar a sus auditores y hacerlos llorar de ternura, cuando refieren asuntos tristes, o bien alegrarlos, si sus temas son joviales. Al morir un jefe, deben exaltar sus glorias y sus campañas; se divierten a veces, sobre todo los pehuenches, en componer canciones análogas. Luis de la Cruz[45] nos ha transmitido una copla de uno de esos largos relatos versificados; lo reproduzco aquí, para dar una idea de su poesía y de su manera de versificar.

---

44 Véase cap. XIX.

45 Es un fragmento de la historia del general llamado Necoulantey que fue muerto en Tilqui.

Auca	Español
El mebin ñi Neculantey Tilqui mapu meum Anca maguida meum Ay guinchey ñi pello menchey	Fui a dejar mi Necoulantey a las tierras de Tilqui, oh homicidas faldas de cerro, que en sombra y moscas lo convirtieron[46]

El año (*kiyen* o estación) de esa nación se divide en dos partes o lunas, cada una de las cuales posee su nombre, designando los principales cambios que se operan en la naturaleza.

He aquí el cuadro[47]:

ENERO: *Gualen kiyen*, mes del calor.
FEBRERO: *Inam kiyen (gualen)*, segundo mes del calor, es decir, igual temperatura.
MARZO: *Aten kiyen*, mes de la madurez de la semilla de araucaria.
ABRIL: *Unem nimi*, mes de la hierba de la perdiz.
MAYO: *Inam kiyen (unem nimi)*, igual tiempo o igual mes.
JUNIO: *Unem curikenu*, primer mes del cielo negro.
JULIO: *Inam curikenu*, segundo mes del cielo negro.
AGOSTO: *Llake cuye*, mal mes para los ancianos.
SEPTIEMBRE: *Penken*, mes de los retoños.
OCTUBRE: *Guta penken*, mes de los grandes retoños.
NOVIEMBRE: *Kekil kiyen*, mes de la poda.
DICIEMBRE: *Villa kiyen*, mes de la miseria, de la necesidad.

Dividen también el año en cuatro estaciones: primavera, *tripantu*; verano, *gualén*, *tripantu*; otoño, *déuma trakén*; e invierno, *piken*. Cuando hablan de un proyecto cualquiera, no cuentan, como nosotros, por días, sino constantemente por noches, porque en ellas realizan sus excursiones y grandes operaciones, y entonces, lo mismo que los patagones, observan una serie de constelaciones, conocen las horas de la noche por su desaparición o su altura respecto al horizonte. Llaman a las pléyades, *nau*; a la cruz del sur, *poron choyké*; a los

46 La versión española figura así en el original francés. (N. del T.).

47 Esos nombres, que he rectificado parcialmente, son extraídos del *Voyage* de Luis de la Cruz. Se ve, sin trabajo, que son característicos de los pehuenches u *hombres de las regiones boscosas*.

tres reyes, *kélukitra*. Comparan, por lo general, a la Vía Láctea con un río y la llaman entonces *leuvu*. Poseen a menudo referencias de los cometas (*chérubé*); pero no los temen sino cuando parecen caer sobre su tierra; en caso contrario casi no se inquietan. Un eclipse de sol (*layantu*, palabra que quiere decir el sol está muerto) es un signo de tristeza, porque les indica que uno de sus jefes debe morir; mientras que un eclipse de luna (*laykeyen*, la luna está muerta) indica, por el contrario, la muerte de un hombre poderoso de los enemigos; y, desde la Conquista, siempre la de un español. Por la noche, designan al ciclo con el nombre poético de *keyen mapu*, el país de la luna.

Puelches

Entre los patagones y los aucas existe una tercera nación, la de los puelches, que ocupa una posición intermedia entre ambas, tanto por la estatura como por las costumbres, distinguiéndose claramente por la lengua, motivo por el cual he creído necesario referirme a ella después de hacer conocer las dos primeras, a fin de no destacar más que las semejanzas o las diferencias. Esta nación, de creer a Azara[48], sería la que, con el nombre de querandíes, puesto por los primeros conquistadores, habría habitado las costas meridionales del Plata en 1535, cuando la primera tentativa de fundación de Buenos Aires por el adelantado Mendoza[49]. Aunque nada, en los antiguos historiadores, prueba la razón de este paralelo, ya que el mismo Azara confundió a los puelches con los aucas, creo, sin embargo, que los puelches, con el nombre de querandíes, vivían en el litoral occidental del Plata. Todo me hace pensar que esos habitantes de las pampas, tan célebres por sus guerras contra los españoles, estaban apoyados por numerosas tribus de los aucas, como ya lo he dicho[50] al hablar de esta nación; pero entonces los puelches se habrían retirado, luego, hacía el sur, lo que puede probarse por varios hechos. En 1739[51], cuando los jesuitas entraron en las pampas, a fin de predicar la doctrina cristiana, y se establecieron en el Salado, sólo encontraron tribus aucas, como puede apreciarse por el relato de Falconer[52], que ubica a los puelches, llamados por él *chechechets* o

48 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. II, p. 35.
49 Véase Herrera, *Década V*, libro IX, p. 220, y Funes, t. I, p. 29.
50 Véase capítulo XXI.
51 Funes, *Historia del Paraguay*, t. II, p. 394.
52 Falconer, *Description des terres magellaniques*.

pueblo del este[53], entre los ríos Negro y Colorado, de donde salían sólo para efectuar sus incursiones, lo que prueba también la compra que hicieron los españoles de las orillas del Río Negro, a su primer cacique (cacique Negro), cuando en 1779 quisieron fundar Carmen[54], como lo he comprobado en los mismos archivos del fuerte. Así, pues, los puelches estaban, durante todo el siglo pasado, establecidos más allá del grado 39 de latitud austral, y si a comienzos del siglo XVI habitaban los alrededores de Buenos Aires, por lo menos hace mucho tiempo que los han abandonado, para dejar su lugar a las hordas aucas. De cualquier manera, voy a transmitir todas las nociones que he obtenido de ellos mismos, tanto en su aspecto histórico como en el de sus características físicas y morales.

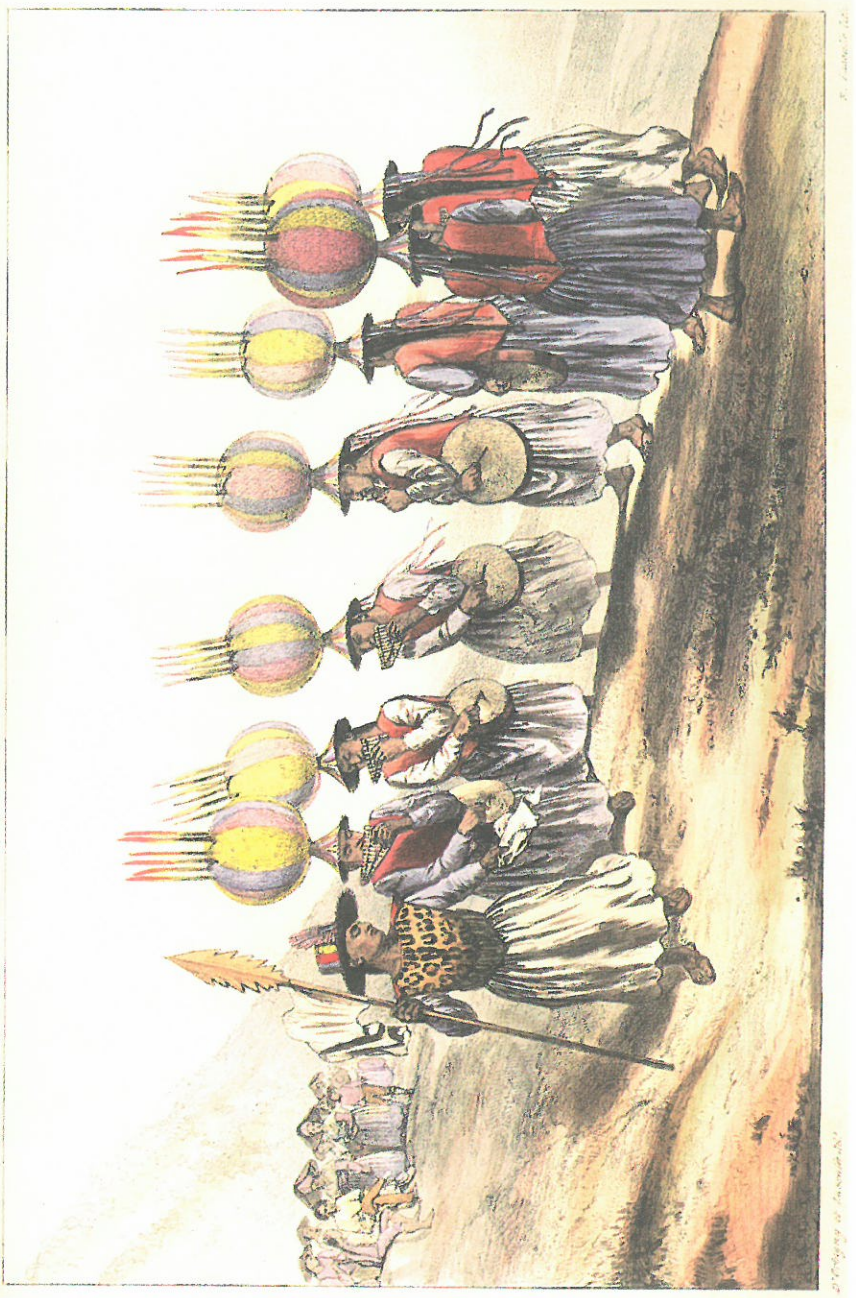
Al preguntar a miembros de esa nación por su nombre, me han respondido que se llama *puelche*, y los aucas también la denominan así. Los patagones la llaman *yonec*, y los españoles la confunden con el nombre de *puelche* o de *pampas* con las hordas de los aucas. No menos guerreros, no menos amigos de su libertad que estos últimos, la nación puelche ha seguido principios en todo semejantes, en su conducta política y religiosa y en sus relaciones, respecto a las colonias europeas; permanece tan salvaje como en la época de la Conquista. En continua lucha con sus vecinos y con los blancos, está establecida, desde hace cerca de un siglo, del 39° al 43° de latitud sur, entre los cursos de los ríos Negro y Colorado, principalmente a orillas de este último; y de allí, al norte y al sur, hacia la península de San José o hacia las sierras de la Ventana. No abandonan estas regiones más que para ir a asaltar las granjas de los colonos de Buenos Aires o las tribus de los aucas; es, como todos los pueblos cazadores, continuamente ambulante y muy de tanto en tanto reside en el mismo lugar, a causa de la necesidad de pastos para sus rebaños y de hallar caza, su principal recurso.

Parece que los puelches fueron muy numerosos y formaron una nación temida tanto por los colonos como por los salvajes; pero, en el siglo pasado, una epidemia de viruela destruyó, en poco tiempo, más de tres cuartas partes de sus integrantes. Menos temibles, desde entonces, para los aucas, sus enemigos desde hacía mucho tiempo, debieron sostener, sobre todo en estos últimos años, guerras crueles contra Pincheira y sus indios; y hoy sus restos, a órdenes del cacique Chanel, hijo del cacique Negro, del cacique Maziel y del cacique

53 Falroner, *op. cit.*, t. II, p. 45. Por lo demás, ese autor confunde siempre a los patagones con los puelches.

54 Funes, *op. cit.* t. III, p. 258.

1: *Phalcoboenus montanus*; 2: *Phalcoboenus junior*; 3-4: *Huevos*.



Danza indígena aymara, día de fiesta en Yanacachi, provincia Yungas, Bolivia.

Calimo, presentan un efectivo de quinientas a seiscientas almas, a lo sumo, no contando más que doscientos a trescientos guerreros.

Los puelches se parecen mucho a los patagones; en efecto, su estatura es más elevada que la de los aucas y se acerca algo a esa hermosa estatura que caracteriza a los patagones. Tienen posiblemente, como término medio, cinco pies dos pulgadas por lo menos; pocos hombres tienen menos de cinco pies, mientras que algunos alcanzan hasta cinco pies seis a siete pulgadas, y rivalizan con los patagones por su contextura, por el ancho de sus espaldas y por la fuerza de sus miembros. No se diferencian más que por una talla en general algo menor y por una lengua completamente distinta; por lo demás, tienen el rostro igualmente ancho y serio; los mismos pómulos, aunque algo más salientes; la misma boca muy abierta, con labios gruesos; los mismos ojos pequeños y horizontales; los mismos cabellos largos negros y gruesos; la misma nariz achatada; en una palabra, puede decirse de los puelches son patagones que hablan otro idioma. He hallado, hasta cierto punto, esa semejanza en las otras naciones de cazadores del Gran Chaco; en los bocobis; en los tobas, a que ya me he referido[55]; y he visto el pasaje casi insensible de una nación a otra considerando sólo las de las pampas; mientras que se descubren de inmediato profundas diferencias, comparándolas con los pueblos de origen serrano. Esa comparación me condujo a reconocer hasta qué punto las localidades y el género de vida pueden influir en las características físicas. Podrá, pues, seguirse el rastro de los cambios graduales de los rasgos, de acuerdo a las localidades más o menos cálidas y más o menos boscosas, pasando, del sur al norte, de los patagones a los puelches, a los charrúas, a los bocobis, a los tobas y de allí a los chiquitos, a los moxos; y se verán los rasgos y la estatura cambiar poco a poco, pero nunca de manera brusca. Los pueblos montañeses vecinos, por el contrario, se distinguen siempre de los últimos y experimentan menos cambios determinados por las latitudes. Lo mismo sucede con las naciones del nordeste de la América Meridional, que conservan, también, un sello particular. Se diferencian, hasta cierto punto, de las de las llanuras del sur y del centro, y de las de las montañas.

Las mujeres puelches se parecen mucho a los hombres. Se descubre raramente en ellas esas características del rostro propias de su sexo; sin embargo, algunas poseen, en la juventud, facciones agradables y un rostro más redondeado; pero sus rasgos cambian pronto y son reemplazados por una expresión del todo masculina y fea. Son muy robustas, alcanzan una elevada estatura y

55 Véase capítulo X.

trabajan más que los hombres, rivalizando con ellos en la fuerza de sus miembros. Conservan siempre, como las demás naciones australes, muy hermosa dentadura, y, hasta la muerte, los cabellos negros; también se depilan cejas y pestañas, mientras que los hombres todavía se arrancan la barba. Su piel es de un color algo menos acentuado que la de los patagones, pero siempre de un color cetrino. Por lo demás, los puelches poseen el mismo andar dificultoso y la misma longevidad que las otras naciones de las llanuras del sur.

Su vestido se asemeja al de los patagones y al de los aucas; así, los hombres usan por igual pieles preparadas por sus mujeres o tejidos de lana comprados o confeccionados por ellas. Ambos sexos copian las ropas de esas naciones vecinas o incluso adoptan una mezcla de su vestido y de sus usos en el aliño, en la vida doméstica y en la industria. Sus cabellos son arreglados de la misma manera; sus adornos son en todo semejantes, así como el afeite con que se cubren el rostro[56]. El enjaezamiento de sus caballos es igualmente idéntico. Sus tiendas de cuero, su suciedad habitual, la pereza de los hombres, fuera de la caza o de la guerra, la actividad de las mujeres en las labores domésticas, su comercio entre sí y con los blancos, sus alimentos, su manera de criar el ganado, la costumbre de embriagarse, todo, en una palabra, los asemeja a las dos naciones citadas, a las cuales se parecen también, finalmente, por su desconfianza, su concupiscencia, su orgullo, su amor a la independencia.

Si se observa un puelche desde su nacimiento, se verá educarlo como a un auca, con la misma libertad; recibe las mismas lecciones de elocuencia, de geografía local, de astronomía, de táctica militar, de valor en el peligro, de prudencia en el ataque. Las jóvenes se acostumbran a las tareas a las que sus madres están obligadas. Las ceremonias supersticiosas son también casi las mismas, salvo algunas excepciones o modificaciones. Los puelches no se lavan los cabellos con la sangre de las yeguas, como los aucas; pero, al nacer un hijo o en ocasión de un entierro, sus prácticas son casi las mismas, así como cuando celebran la nubilidad de las jóvenes o procuran la cura de los enfermos. Esas prácticas son sólo siempre menos complicadas, reduciéndose a algunas costumbres de circunstancias. El matrimonio es un negocio que únicamente el padre tiene el derecho de cerrar con el pretendiente, que compra bien caro a su esposa. Sólo las huérfanas y las viudas son dueñas de sus manos. Los hombres ricos practican la poligamia, sin que ninguna ley se oponga; pero, aunque de un carácter generalmente celoso, los puelches, que son los primeros en abastecer con sus mujeres y sus hijas los establecimientos de

56 Azara, a pesar de decir que no conoció a esas naciones (*Voy. dans l'Amér. mérid.* t. II, p. 48) afirma (p. 43) que las mujeres no se pintan la cara. Es un error.

cristianos, hacen pagar, en sus desiertos, con la vida, o muchos regalos, el adulterio con un compatriota. Tienen, por lo general, numerosas concubinas esclavas, raptadas al enemigo o durante las invasiones.

Las creencias religiosas de los puelches son en todo análogas a las de las otras naciones del sur. Lo mismo que ellas, tienen un dios del bien que, sin que se le dirijan plegarias, debe darles todo lo que desean; y temen, con el nombre de *Gualichu* o *Arraken*, a un genio maléfico que les envía las enfermedades y la muerte. Sus médicos o *calmelache*, únicos intérpretes del dios, mantienen relaciones con él y poseen el poder de hacerlo comparecer en persona. Practican esa evocación especialmente cuando es inminente la enfermedad de algún personaje eminente. A fin de proceder, se equipa, con todo lujo posible, a un caballo, atándolo a cierta distancia del campamento: está destinado al Gualichu, que, desde que ellos tienen caballos, no podría llegar a pie. Al acercarse la noche el *calmelache*, recamado de diversos colores y cubierto de cascabeles, monta un caballo blanco y galopa en distintas direcciones, lanzando grandes gritos, sacudiendo los cascabeles y haciendo gestos extraordinarios, para llamar al Gualichu, que se cuida mucho de no venir de día. Sólo aparece cuando la noche es oscura, bajo la forma de un esqueleto, y monta el caballo que le ha sido preparado; conversa con el médico, le indica los remedios que debe emplear y que se reducen, de ordinario, al ojo o a otra parte de una yegua de determinado color. Al día siguiente se estrangula al animal designado y se administra lo prescrito. Cuando no produce ningún efecto y el enfermo muere, el médico atribuye el contratiempo al estado demasiado avanzado de la enfermedad. El terror que inspiran los sacerdotes y médicos les sobrevive, porque cuando, en los viajes, pasan cerca de la tumba de alguno de ellos, los indios observan el más profundo silencio, persuadidos de que al menor ruido el médico saldrá de la tumba e inmolará infaliblemente al profanador. Creen también en la inmortalidad del alma y en la otra vida; de ahí por qué depositan las joyas y armas del difunto en su tumba, así como el sacrificio de su caballo. Su segunda vida es análoga a la de los patagones.

Su gobierno es igual al de los aucas. Tienen caciques en jefe o *ganac*, que los dirigen en tiempo de guerra, pero a quienes casi nunca obedecen; deben ser buenos oradores y buenos guerreros, porque son de los más ardorosos en el asalto y la rapiña. Esa costumbre hace de los aucas de Pincheira sus enemigos mortales y, en parte, causó su ruina; por eso, comprendiendo su debilidad, una parte de ellos se estableció en Carmen y vive como parásito a expensas de los colonos, mientras el resto, al mando del cacique Chanel, aliado a los aucas, vaga a orillas del Río Colorado. Pero, reducida a seiscientas o setecientas al-

mas, rodeada de enemigos que degüellan sin piedad a sus miembros, cada vez que logran sorprenderlos, esa nación disminuye de tal manera que es de temer su completa desaparición del suelo americano, sea por su aniquilamiento, sea al confundirse con los aucas a través de alianzas forzadas; por eso no quedarán probablemente dentro de un siglo otros rastros de los puelches que el recuerdo que hayan guardado los historiadores y viajeros, y de su lengua, el vocabulario que he publicado en la parte lingüística, apropiado para apreciar la dureza de los sonidos guturales que caracterizan su idioma, tan distinto del hablar armonioso de los aucas.

He descrito a los patagones y los aucas; he hablado de los puelches, y mi tarea ha sido, en consecuencia, cumplida, respecto a las naciones que pude estudiar con atención. Me faltaría, para concluir el cuadro de todos los habitantes indígenas de esa parte austral del continente americano, presentar algunos detalles sobre los fueguinos, o habitantes de la Tierra del Fuego, únicos navegantes de esta parte del mundo, pero ya los he considerado desde el punto de vista físico, en otro lugar[57], y como, por lo demás, sólo he visto algunos, que estaban presos de los patagones, debería recurrir a los relatos de los viajeros para demostrar la analogía de su creencia religiosa con la de las naciones de que he hablado; por eso, teniendo apenas, en el cuadro de esta obra, sólo lugar para mis propias observaciones, me veo forzado a renunciar a ese proyecto ya puesto en ejecución y para el cual he analizado todos los viajes que se refieren a esta última nación[58].

57 Véase *El hombre americano*, pág. 232.

58 Esos viajes son los de Drake, en 1577; de Sébal de Weert, con Simón de Cord en 1599; d´Oliver de Noort; de l'Hermite en 1624; de Naborough y Wood en 1670; de Degennes en 1696; de Beauchêne Grouin en 1699; de Byron en 1764; de Bougainville en 1766, 1767; de Wallis en 1767; de Cook en 1769; de Forster en 1774; de Weddel en 1822; y, finalmente, del capitán King en 1827.

CAPÍTULO XXII

Ojeada histórica a los establecimientos españoles de la Patagonia. Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores

Ojeada histórica a los establecimientos españoles de la Patagonia

Las costas de la Patagonia, antes de ser visitadas por los españoles, estaban habitadas por las mismas naciones salvajes que las pueblan actualmente y que, sin duda alguna, vivían entonces como hoy exclusivamente de los productos de la caza, lo que les impedía tener moradas fijas y las obligaba a repartirse en tribus muy pequeñas, errantes y vagabundas, en la superficie de esos inmensos desiertos, que se extienden desde el pie oriental de los Andes al mar y de la desembocadura del Plata al estrecho de Magallanes. Siempre en guerra, en vez de reunirse, esas hordas tendían a dividirse, cada día más y más; por eso se las ve hasta hoy poco dispuestas a formar un cuerpo de nación. Los primeros españoles que aparecieron en esta parte del continente americano, diez años después del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, fueron Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, que, en 1508, reconocieron la desembocadura del Plata[1] y navegaron, por el sur, hasta el 40 grado de latitud austral[2]. Regresaron siete años más tarde, pero se quedaron en la desembocadura del Plata[3], donde uno de ellos cayó

1829
Patagonia

1 Para la rectificación de esas fechas y viajes véase nota anterior . (N. del T.).

2 Véase Herrera, *Dec. I*, p. 177, que sólo habla de la partida de esos dos aventureros; *Guía de Forasteros*, de Buenos Aires, 1803, p. 3; y Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. I, p. 2.

3 Herrera, *Dec. II*, p. 11.

bajo los golpes de los salvajes. Las cosas estaban en ese estado, cuando el inmortal Magallanes (Magellan o Magalhaes) tocó, en 1520[4], las orillas del mismo río, y fue, luego, a invernar en el puerto de San Julián. Los primeros europeos que pisaron el suelo de la Patagonia propiamente dicha, Magallanes y su historiador, el caballero Pigafetta[5], han sido también los primeros en crear esos gigantes patagones que, al preocupar a los críticos hasta nuestros días, se han convertido en objeto de una polémica tan activa entre los estudiosos del siglo último. Desde ese momento, la extremidad sudeste del continente recibió un nombre, el de Patagonia, debido, como ya lo he dicho, más al azar que a otras causas, porque *patagón* significa *pie grande* y no es, de ningún modo, una denominación local. Los indígenas aprendieron entonces por primera vez a sus expensas que debían temer las armas de esos hombres nuevos más aún que las de sus belicosos vecinos; recibieron también, desde esa época, un ejemplo de ese espíritu de dominación de los conquistadores del nuevo mundo sobre todos los indígenas que encontraron en sus descubrimientos[6]. Hasta 1535, los españoles fueron los únicos en recorrer las costas de la Patagonia: Loaysa y Alcazoba[7] llegaron sucesivamente, pero en 1578, Inglaterra, que quería rivalizar con España, enarboló también su pabellón, a bordo del barco mandado por Drake[8]. La fábula de los gigantes fue desmentida por primera vez, y para darle nuevo crédito, el español Sarmiento[9] describió al año siguiente a los patagones como hombres *de tres varas de alto*. Ese comienzo puede dar una idea del espíritu de exageración que inspiró el relato, en el cual, empero, hay muchas cosas ciertas, mezcladas con las fabulosas; así, las numerosas ciudades, los suntuosos edificios de la costa del estrecho de Magallanes, de que habla ese relato, no son más que ficciones imaginadas por el historiador del viajero (Argensola), o por el mismo buscador, para decidir al rey de España a enviar una colonia a esas tierras heladas, tan distintas del cuadro que presentaban al monarca.

Hoy asombra que en el siglo XVI el gobierno español fuera tan crédulo como para dar fe a los cuentos de Sarmiento y ordenar los preparativos de una

---

4 Herrera, *ibid.*, p. 235.

5 Pigafetta. *Viaje alrededor del mundo*, trad. franc., pág. 22; ed. ital. de 1536, cap. I párrafo X, y Oviedo, 1547, lib. XX, fol. 18. Debemos el conocimiento de esas obras tan raras al Sr. Ternaux Compans, que posee la biblioteca más completa de libros sobre América.

6 Es sabido que en esa primera expedición se llevó por la fuerza un patagón en el barco de Magallanes. Pigafetta, op. cit., p. 32.

7 Herrera, *Dec. Y*, pág. 162.

8 Véase el extracto de esa expedición, en Desbrosses, *Hist. des navig. aux terres austr.* t, I, p. 178.

9 *Histoire de la conquête des Moluques*, lib. III, escrita por Argensola.

numerosa colonia destinada a poblar las costas del estrecho; pero, retrocediendo a esa época, se verá que la falta de conocimientos geográficos positivos sobre esas comarcas, muy lejos de rechazar el proyecto, debía, al contrarío, autorizarlo y hacerlo posible. Se creía entonces que el continente americano recomenzaba más allá del estrecho y se extendía hasta el polo, no dejando, para penetrar en el océano descubierto por Vasco Núñez de Balboa, otro pasaje que el reconocido por Magallanes; y Sarmiento demostró que una sola batería, colocada sobre determinado punto de ese paso, bastaba para dominarlo y dar a España el dominio del camino a las Indias Occidentales, por el sudoeste. Partiendo de esa hipótesis, el proyecto adquiría una enorme importancia; por desgracia, la suposición era falsa; y, en esa circunstancia, la mentira de un viajero costó la vida a algunos centenares de orgullosos castellanos. Se hicieron los aprestos de la expedición. Numerosos colonos desembarcaron, en 1582, con Pedro Sarmiento y Diego Flores, en la parte oriental de la península de Brunswick, en el lugar llamado hoy Puerto Hambre, y echaron los cimientos de la ciudad de San Felipe[10]. Los colonos encontraron un suelo muy distinto de la idea que se habían hecho, de acuerdo a Sarmiento; comenzaron a sufrir el frío excesivo de esas regiones y la falta de provisiones, proporcionándoles escaso alivio la agricultura; estaban a punto de carecer de víveres, cuando Sarmiento se embarcó, para ir a pedir ayuda a las colonias del norte, dejando entonces, en esa tierra ingrata y desolada, a cuatrocientos desdichados. Experimentó pronto innumerables dificultades; después de naufrargar varias veces, terminó por ser apresado por los ingleses y no se le permitió ir a socorrer a sus compañeros de infortunio, que, diezmados por el frío, el hambre más horrible y las luchas con los indígenas, quedaron reducidos a veinticinco hombres, de los cuales veinticuatro, desesperados, se esforzaron por ganar, por tierra, una región más hospitalaria y perecieron, sin duda, en su empresa, porque nunca se oyó hablar más de ellos. El único colono que, por estar enfermo, no pudo seguir a sus compatriotas, fue hallado en las ruinas de San Felipe, en 1587, por el corsario Cavendish, y hecho prisionero de guerra. De esa manera la primera colonia de la costa patagónica no tuvo el menor éxito; y desde entonces, España se sintió menos dispuesta a renovar empresas de ese género que a dedicarse a sus posesiones del Plata y de los afluentes de este río, que se hallaban en un estado de prosperidad que satisfacía su ambición y le evitaba pensar, más tiempo, en esas tierras australes, consideradas inhabitables.

---

10 Herrera, t. I, pp. 51 y 52; relato de Cavendish por Pretty, y *Hist. des navig. aux terres austr.*, t. I, p. 222.

Sólo navegantes se vieron en las costas patagónicas. Los españoles renunciaron por completo a pasar por el estrecho y, durante algunos años, los ingleses fueron los únicos en recorrer el litoral. Cavendish[11] llegó varias veces a Puerto Deseado; John Chidley (en 1590) tocó Puerto Hambre[12]; y tres años más tarde, Richard Hawkins ancló en el puerto de San Julián[13]. Pronto los ingleses ya no visitaron esas costas: los reemplazaron los holandeses; llegaron, sucesivamente, las expediciones de Sébald de Wert y Simón de Cord[14], de Olivier de Noort[15], de Spielberg[16], que atravesaron el estrecho y anclaron en muchos puntos de la costa. Los únicos esfuerzos de los españoles por reconocer el continente austral se redujeron a una expedición por tierra, dirigida en 1601 por Hernandarias de Saavedra[17], que pasó de Buenos Aires a la Patagonia a través de las pampas, expedición cuyo resultado fue demostrar a los indígenas que podían resistir a las armas de los españoles, y a éstos que no eran invencibles, puesto que Hernandarias, hecho prisionero con todas sus tropas, tuvo mucho trabajo para liberarse.

Durante el siglo XVII, las costas patagónicas no vieron aún establecerse colonias europeas. En los primeros años, sólo los holandeses llegaron con frecuencia; incluso se debe a dos de ellos, Lemaire y Schouten, en 1615[18], el descubrimiento del estrecho que recuerda el nombre del primero y que comunica un mar con otro. La sensación que produjo esa adquisición geográfica decidió a los españoles a enviar también un navío a reconocer ese nuevo paso, bajo las órdenes de García de Nodal[19], en 1618, tras el cual un holandés, Jacques l'Hermite (1624), apareció en la extremidad de la Tierra del Fuego[20]. Durante muchos años, ningún otro navegante abordó esa costa, hasta que a fines de siglo, dos buenos observadores ingleses, Narborough y Wood[21], la volvieron a ver, y más tarde, por fin, el pabellón francés flotó, por primera vez, en esos

11 En 1586 y 1592. Véase Harckluyt, t. III, p. 803.
12 En 1590. Véase el Relato de Guill. Magoths, colección Harckluyt, t. III, p. 339.
13 En 1593. Véase Colección de Purchas, t. IV, lib. 7, cap. 5.
14 En 1599. Véase Rebbeville, Colección de la Compañía de Indias (1725, t. II, p. 300).
15 En 1599. Desbrosses, *Histoire des navigations aux terres australes*, t. I, lib. 3, p. 344.
16 En 1614, Spielberg, pp. 22 y 23.
17 Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. I, p. 320, y *Guía del forastero* de Buenos Aires (1803). Dicen que avanzó doscientas leguas hacia el sur.
18 Colección de la Compañía de Indias (1725), t. VIII, p. 128.
19 Desbrosses, *Histoire des navigat. aux terres australes*, t. I, p. 423.
20 Desbrosses, Hist., t. I, p. 442.
21 *Voyage de Coreal*, t. II, p. 231-234. Es el más sensato de todos los viajes publicados hasta entonces.

parajes, que surcaban desde hacía tantos años los españoles, ingleses y holandeses. Desde entonces los viajes de nuestros compatriotas se repitieron a menudo: Degennes[22], Beauchesne, Grouin[23] y Frezier[24], llegaron unos tras otros. Durante el siglo siguiente, se sucedieron los más famosos navegantes: los Anson[25], los Byron, los Bougainville[26], los Wallis[27], los Cook[28]; pero abandonemos a los viajeros que sólo se ocuparon del litoral, para seguir el trayecto de los descubrimientos por tierra y hacer conocer las causas que decidieron finalmente a los españoles a fundar establecimientos permanentes en algunos lugares del suelo de la Patagonia.

Los jesuitas del Paraguay y del Alto Perú obtuvieron éxitos tan brillantes al congregar en villorrios a los salvajes cazadores esparcidos en los bosques, que no podían dejar de intentar hacer otro tanto en las pampas de Buenos Aires; su primera tentativa en ese sentido tuvo lugar en 1740[29]. Dos religiosos pusieron los cimientos de una misión llamada Concepción, junto al Río Salado, y reunieron las tribus de cuatro caciques. Por esa misma época, celosa de sus posesiones y de las tierras circundantes, España vivía atormentada por el temor de que Inglaterra o Francia se apoderaran de algunos puntos del litoral patagónico y fundaran colonias. Proyectó, entonces, tomarles la delantera; y, a ese efecto, dos jesuitas, los padres Quiroga y Cardiel, que se embarcaron, en 1715[30], a bordo de la fragata San Antonio, fueron encargados, ante todo, de reconocer la costa, desde el cabo San Antonio hasta el estrecho de Magallanes, y fundar una colonia en el sitio que les pareciera más conveniente. Regresaron tres meses después, no sólo sin haber cumplido el propósito de su viaje, sino también trayendo, sobre la aridez de esos parajes y la falta absoluta de vegetación y hasta de habitantes, informaciones tales que, desde entonces, se consideró la Patagonia del todo inapropiada para cualquier establecimiento. Esos mismos religiosos, acompañados de muchos otros[31], resolvieron, entonces, avan-

22 En 1696. *Voyage de Degennes, por* Froger, en 1700, p. 97.
23 En 1699. Relato incluido en la *Histoire des navigations aux terres australes*, t 11, p. 113.
24 En 1712, *Voyage*, p. 31.
25 En 1764. Trad. franc., t. I, p. 64.
26 En. 1767, p. 129.
27 En 1767. *Voy.*, trad. franc., t. III, p. 24.
28 En 1769. Trad. franc., t. IV, p. 12-35.
29 Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. II, p. 396.
30 Funes, *op. cit.*, t. III, p. 21; Charlevoix, t. III, p. 271.
31 Funes, *op. cit.*, t. III, p. 23. Falconer penetró en las pampas con esos religiosos. Destaco ese hecho para demostrar que no pasó más allá del 37° de latitud austral, y que, en consecuencia, todo lo que dijo de los patagones se refiere a las tribus de las pampas.

zar hacia el sur, por las pampas; y, al año siguiente, fundaron en las montañas del Volcán el caserío de la *Virgen del Pilar*[32]. Esta reducción, lo mismo que la de Concepción, perduró sólo hasta la expulsión de los jesuitas del territorio americano en 1767; y, después, ningún religioso quiso intentar la prédica de la fe católica en medio de las hordas que habitan las pampas.

Dando mucha importancia a sus posesiones del suelo americano y hasta a las tierras que no poseía, España no vio sin pena a los franceses establecerse, en 1764, en las islas Malvinas[33], que consideraba parte del continente americano. Reclamó la propiedad, y Francia, mediante el reembolso de los gastos, le entregó su naciente colonia, que el capitán de navío Felipe Ruiz Puente ocupó en nombre de España el 2 de abril de 1767[34]. Al año siguiente, a causa de los rumores no desprovistos de fundamento de que los ingleses se habían establecido en algún punto de la costa o de las islas de las regiones australes, y a causa del informe de los náufragos del estrecho de Magallanes acerca de la fertilidad de esos parajes, se enviaron dos navíos[35], uno para buscar a los ingleses y el otro para fundar una colonia en el estrecho; ninguno de los dos cumplió su misión. No se vieron más extranjeros en las costas y el clima pareció demasiado riguroso como para que pudiera fundarse un establecimiento.

Entre los jesuitas expulsados en 1767 figuraba el inglés Falconer o Falkner, que, habiendo vivido siempre entre los indios de las pampas, estaba en mejores condiciones que cualquier otra persona para dar nociones exactas sobre las regiones que separan Buenos Aires de la Patagonia. Interesaba, pues, mucho al ministerio inglés llamar la atención del Parlamento y lograr que aprobara un proyecto de ocupación, que ya meditaba, de las costas australes de América, y fue a pedido del ministerio que Falconer escribió su *Description des terres magellaniques*[36]. Cuando apareció, España experimentó gran contento y dio de inmediato orden de fortificar los principales puntos de la costa de la Patagonia. Tal fue el origen de los establecimientos de que voy a hablar.

Se envió en seguida, desde España, un superintendente de los establecimientos proyectados; y, desde entonces, no podía retardarse la colonización

---

32 Funes dice (*op. cit.*, t. III, p. 24) que en esa misma época (1747) dos religiosos fueron al Río Negro a poner los cimientos de Nuestra Señora del Carmen. Si el hecho es verídico, no cabe duda de que esa primera tentativa fue un fracaso, porque se sabe bien positivamente que en 1779 se compró el Cacique Negro el terreno para construir el fuerte que existe hoy.

33 Véase Pernetty, *Histoire d'un voyage aux iles Malouines*.

34 Funes, *Ensayo*, etc., t. III, p. 116; Bougainville, *Voyage*.

35 Funes, Ensayo, etc., t. III, p. 128.

36 *Description des terres magellaniques et des pays adjacens*.

de esas costas. Ese jefe, don Juan de la Piedra[37], partió, en 1779, con cien hombres y acompañado de Antonio de Viedma, para establecerse, al mismo tiempo, en San Julián y en el puerto Deseado; al llegar a la península de San José, en el 43° de latitud sur, ancló en la bahía a la cual dio su nombre; luego, no juzgando conveniente avanzar, hizo desembarcar sus tropas, y puso, en el lugar, los cimientos de San José, pasó la administración de la naciente colonia a Viedma y regresó a Buenos Aires, donde, para justificar el incumplimiento de las instrucciones recibidas, hizo una descripción exagerada del lugar elegido, lo que no impidió que fuera reemplazado en su cargo; y aunque el establecimiento existe todavía, una parte de los colonos pasó a Montevideo, a causa de una epidemia.

Basilio Villarino fue encargado el mismo año del reconocimiento del curso del Río Negro[38], donde debía encontrar un lugar conveniente para un establecimiento. Habiendo hallado un terreno apropiado, hizo conocer al subintendente los resultados de su misión; se estableció provisoriamente a la orilla izquierda, a siete leguas de la desembocadura, en el lugar donde está actualmente el fuerte; tuvo que vivir, lo mismo que sus compañeros, exclusivamente de la caza y no habitaban más que cuevas practicadas en el acantilado. El cacique Negro[39], jefe de los puelches, vivía entonces a orillas de Río Negro y acogió bien a los españoles, quienes pensaron, desde ese instante, que sería un fiel amigo; Villarino hizo todo lo posible para conservar esas buenas disposiciones y una amistad sincera nació entre los indios y los recién llegados.

Francisco Viedma, nombrado subintendente, en reemplazo de Piedra, de los establecimientos de la Patagonia, quiso llevar a la práctica el proyecto, acariciado desde hacía mucho tiempo por España, de fundar varios establecimientos en la costa. Apareció, en enero de 1780, en el puerto San Julián; no halló, en esa playa estéril, a pesar de todo el cuidado que puso al visitarla, ningún punto conveniente para el perfecto cumplimiento de su misión, lo que no le impidió cumplir las órdenes que le fueron transmitidas. Dejó a su hermano Antonio Viedma establecerse en el puerto San Julián, hizo construir un fortín de madera y algunas casas, llamando a esa colonia *Florida Blanca*[40], luego se dispuso a reconocer el curso del Río de Santa Cruz hasta su fuente, pero

37 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 238.

38 *Ibid.*, p. 239.

39 He conocido a ese cacique, en 1829, en el Río Negro. Conservaba aún un gran vigor, a pesar de su avanzada edad.

40 Funes, *Ensayo*, etc., t. III, p. 252, y *Colección de obras y documentos de Pedro de Angelis* (Buenos Aires, 1836), t I. Memoria de Francisco Viedma, p. 7

fue desanimado por la extrema aridez del suelo, que parecía rechazar todo cultivo. Casi al mismo tiempo se fundó otro establecimiento en puerto Deseado. Esas colonias se mantuvieron, sin embargo, algunos años todavía, a pesar de los escasos recursos, pero sin progresos sensibles; y, en 1783, España resolvió abandonar a todas, salvo la de Río Negro. La de San José se mantuvo más tiempo que las otras hasta una sangrienta catástrofe, de la que tendré oportunidad de hablar más adelante.

Francisco Viedma fue encargado de establecerse de inmediato a orillas del Río Negro; dio mayor extensión a la colonia naciente de *Nuestra Señora del Carmen*, más conocida, en la región, con el nombre de *Patagones*. Tenía poderes que lo autorizaba a entrar, de inmediato, en tratos con el poseedor natural del suelo, el cacique Negro, a quien le compró el curso del Río Negro[41], desde su desembocadura hasta San Javier, mediante una gran cantidad de ropa y una distribución general a todos los indios de toda clase de objetos para su uso. Aunque podía ser muy grato a los primeros fundadores ser comparados, a causa de las moradas hechas en agujeros practicados en las barrancas, con los primeros habitantes de la isla de Creta, que habitaban las colinas del monte Ida[42], o a los guanches de la isla de Tenerife, esperaban igual que su situación fuese menos precaria. Viedma la consiguió pronto; su aliado, el cacique Negro, no satisfecho con cederle los derechos sobre el suelo, quiso también, con sus indios, ayudarle a construir un fuerte, y se vio, por primera vez, a esos orgullosos e indómitos indígenas plegarse y hasta concurrir con sus brazos y sus caballos al transporte de los materiales necesarios a la edificación del fuerte de Carmen, que se levantó poco a poco y no tardó en poder servir de morada a los primeros habitantes españoles de esas comarcas.

Francisco Viedma, procurando dar mayor extensión a su colonia, solicitó a España agricultores, los cuales, al llegar, no debían estar expuestos a la desgracia de no hallar nada que los uniera al suelo que debían fertilizar; por eso, el virrey de Buenos Aires envió comisarios para comprobar la verdad. Según la opinión generalizada en aquel entonces, la Patagonia estaba completamente desprovista de recursos necesarios para una colonia. Los comisarios, preocupados por esa idea, sólo dieron, en consecuencia, informes desfavorables; y fue necesaria toda la perseverancia de Viedma, junto a sus múltiples informes acerca

41 Es probable que el nombre del cacique haya influido más en el del río que el color de sus aguas, que no son más negras que las de los otros ríos de América; a menos que le venga por contraste con el Río Colorado.

42 *Voyage d'Anacharsis*, t. VIII, p. 46.

43 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 253.

de la fertilidad de las orillas del Río Negro y de sus indicaciones referentes a las tierras apropiadas a la crianza del ganado, para decidir, finalmente, al virrey[43] a enviarle, en 1781, setecientas treinta y cuatro personas, provenientes de las montañas de Galicia[44]. Desde entonces la colonia del Carmen se extendió mas allá del fuerte; se construyeron casas más abajo sobre la pendiente de la colina; y pronto gran número de chacras y estancias animaron el campo, antes morada de los animales salvajes. Las tierras de aluvión fueron surcadas por el arado, germinó el trigo, por primera vez, en la Patagonia, mientras que los rebaños, transportados de Buenos Aires y Montevideo, se extendieron por los márgenes del Río Negro. En una palabra, todo hacía esperar que, las cosas en ese estado, el villorrio y sus alrededores prosperaran; por desgracia, los puelches descubrieron entonces, aunque algo tarde, que la vecindad de hombres tan poderosos no podía dejar de acarrearles peligros. El cacique Negro, que aparentemente era siempre amigo, dio varias veces lugar a que se sospechara de sus intenciones; y Viedma tuvo necesidad de toda su astucia para no romper con él, y conservar sus servicios.

El temor de doblar el cabo de Hornos para ir a Chile, hizo, desde mucho tiempo antes, que se estableciera un comercio terrestre entre Buenos Aires y aquel país; pero, un trayecto de más de trescientas leguas y una cordillera cerrada por las nieves seis meses al año, hicieron pensar, de acuerdo a las ideas expresadas por Falconer, que el Río de Mendoza, que desemboca en el Río Negro por medio del Río Diamante, brindaría al comercio una salida menos costosa. Por otra parte, se esperaba hallar también una comunicación más fácil con Chile ya sea remontando uno de los brazos del Río Negro, ya sea buscando una ruta directa a Valdivia[45]. Esos dos motivos sumados hicieron que se encargara a Basilio Villarino la exploración del curso del río; este piloto partió de Carmen a fines de 1782, con cuatro chalupas, tripuladas por marineros escogidos. La geografía ganó mucho con esa expedición[46], pero las otras conquistas que se esperaban no se alcanzaron. Se descubrió, es cierto, un paso fácil por la cordillera, pero nada revelaba la existencia de la supuesta comunicación con

---

44 Durante mucho tiempo esos primeros habitantes, aislados del resto de América, conservaron su acento y sus costumbres primitivas; y en la época en que yo estuve era fácil distinguir a los primeros fundadores.

45 Parece que existía, en tiempos de la Conquista, un camino de carretas entre Valdivia y Buenos Aires; con la esperanza de volverlo a hallar hizo Villarino el viaje.

46 Poseo el manuscrito auténtico de ese viaje; daré un extracto en la parte geográfica. Es uno de los documentos más preciosos sobre esa parte ignorada del suelo americano.

el Río de Mendoza. Así, ese viaje, que parecía deber hacer progresar mucho la colonia de Carmen, no le resultó útil en ningún sentido.

Juan de la Piedra, el mismo que fundó San José, nombrado comandante del Río Negro[47] en 1784, estuvo a punto de perder todo lo que se había ganado con tanta paciencia: su predecesor mantuvo siempre una especie de neutralidad con los indios, relaciones de aparente amistad con el cacique Negro. Los colonos vivían en paz, ya sea cultivando la tierra, ya sea cuidando el ganado. Piedra siguió una conducta completamente inversa; quiso combatir a las naciones salvajes, y sin tener en cuenta la alianza con el cacique, lo atacó a él y a sus aliados. Sus oficiales se mostraron, en esa campaña, de lo más crueles, degollando hombres, mujeres y niños, de cada una de las pequeñas tribus indias que encontraron; pero a éstas, a su vez, les llegó su turno, y las tropas de Piedra pudieron considerarse dichosas de poder replegarse hacia Buenos Aires. Desde ese momento, no hubo más neutralidad posible con los salvajes, los cuales consideraron, más que nunca, al español como a su enemigo común.

La pesca de la ballena atraía, diariamente, a las costas de la Patagonia, a muchos ingleses y norteamericanos. España receló entonces; por eso firmó en 1790[48] un tratado con Inglaterra, y quiso, pronto, reservarse el monopolio de ese negocio; pero la falta de experiencia de sus marinos hizo que sus compañías no lograran ningún beneficio y que tal tipo de empresa se redujera al establecimiento en puerto Deseado de algunos barcos dedicados a la caza de lobos marinos. De ahí que una medida que debía dar mayor importancia al establecimiento del Río Negro, no le trajo ninguna ventaja, y Carmen permaneció en un estado de languidez estacionaria; se mantuvo, empero, la infantería y la caballería. En 1800 había dos empleados aduaneros, un almacenero y un comandante militar, que todo lo dirigían; la administración era tanto más complicada cuanto que numerosos peones u obreros de la región estaban empleados en las estancias del gobierno y en sus chacras en la extracción de sal de la salina de Andrés Paz. Había un granero destinado a depósito de las cosechas del año; un molino, movido por caballos, bastaba para moler el grano necesario al consumo de los habitantes y permitía hacer cotidianamente, en nombre del gobierno, una distribución de panecillos a los indios amigos, lo que los atraía en gran número. Una nave de guerra estaba siempre anclada en la parte baja del río y dos chalupas armadas recorrían sin cesar el curso del Río Negro. El comercio era bastante activo; gran cantidad de naves cargaban sal,

47 Funes, *Ensayo*, t. III, p. 342.
48 *Ibid.*, p. 373 y sig.

destinada al consumo de Buenos Aires y Montevideo, que antes del descubrimiento de las salinas de la Patagonia recibían la que necesitaban de la península de Araya, en Colombia.

Desde que España quiso reducirse, en la costa patagónica, sólo a la colonia de Carmen, San José se mantuvo a causa de su proximidad del Río Negro, del cual dependía; varios estancieros la poblaban, así como un sargento y algunos soldados. Había, entonces, de quince a veinte mil cabezas de ganado, y todo revelaba, a ese respecto, una sucursal no menos productiva de las granjas del Río Negro, cuando la conducta altanera del comandante de Carmen vino a hundir a los españoles en el duelo y causó la ruina total de San José de una manera trágica, que recuerda, en pequeño, la escena sangrienta de las Vísperas Sicilianas. Los indios comerciaban diariamente con los establecimientos y trataban de prestar a los colonos cantidad de pequeños servicios. La deserción de tres soldados de Carmen que se pasaron a los indios hizo que el comandante requiriera de éstos que buscaran y trajeran a los desertores, y a ese efecto ofreció importantes recompensas a los caciques patagones que se encargaran de la búsqueda. Estimulados por el cebo de la ganancia, dos de estos últimos partieron; al regresar, después de algún tiempo, con dos soldados españoles, reclamaron lo que se les había prometido. El jefe español, considerando nula, a ejemplo de muchos de sus compatriotas, toda palabra dada a los indios, no hizo el menor caso de la justa demanda de los caciques; ellos insistieron; y para desembarazarse de ellos les dijo, finalmente, que fueran a San José, donde el sargento estaba encargado de darles los objetos prometidos. Hicieron el viaje, y no sólo el jefe de ese establecimiento no tenía nada que darles, sino que ni siquiera había recibido orden a ese respecto. Los caciques irritados regresaron a Carmen y reprocharon al comandante su mala fe: éste encontró mal que los bárbaros osasen reprocharle algo; se enojó, los amenazó con un palo, y les hizo expulsar del fuerte. Los caciques, con el odio en el corazón, resolvieron vengar la afrenta a cualquier precio. Carmen estaba demasiado bien defendida como para que pudiesen atacarla, y por eso disimularon sus intenciones, esperando el momento favorable a la ejecución de su designio: no sabían en realidad si los había engañado el comandante de Carmen o el sargento de San José, pero como este último lugar resultaba más accesible, resolvieron dirigirse hacia allí. Numerosas tribus de patagones se reunieron, marcharon sobre la península, acamparon en sus inmediaciones, y un día de fiesta, mientras los habitantes estaban desarmados, en la capillita, oyendo misa, los cercaron y aniquilaron. Sólo tres españoles escaparon de esa carnicería, y debieron la vida a la amistad de algunos indios. El establecimiento fue destruido por completo, casas que-

madas y robada una parte del ganado. Debo los detalles de esa catástrofe a uno de los tres hombres que huyeron de los patagones. Ese pobre desdichado, por una fatalidad curiosa, sucumbió, el 22 de junio de 1829[49], bajo los golpes de los aucas, en una de las invasiones que debimos sufrir. De esa manera, la altanería insoportable de un funcionario causó la destrucción de todo un villorrio, que vivía, sin socorro alguno, desde hacía más de veinte años; por desgracia, existen muchos casos semejantes en la historia de la conquista de América.

Patagones era, hasta entonces, una simple colonia y fue pronto considerada, a causa de su lejanía de la capital y de su aislamiento, como un presidio o lugar de exilio; al principio, sólo se enviaba allí personas condenadas por delitos políticos. El primer ejemplo que hallé en los historiadores y en los archivos que tuve entre las manos, se remonta sólo al año 1809[50], época en la cual cinco de los hombres más exaltados en el sentido de la independencia fueron exiliados a la Patagonia por el virrey Liniers, en medio de la crisis que debía, al año siguiente, hacer lanzar el primer grito de libertad a los criollos de Buenos Aires, y derrocar para siempre a la monarquía española en el continente americano. Carmen recibió después, con frecuencia, condenados políticos, en medio de las luchas que agitaban desde hace tanto tiempo ese país. Más tarde, no se limitaron a ellos, y las riberas del Río Negro recibieron también a criminales y asesinos, a quienes la debilidad de los jueces no mandaba al suplicio.

Por esa misma época, Carmen tenía ya alguna importancia por su comercio de sal y con los indios. La agricultura daba también cuatro mil quinientas *fanegas*[51] de trigo por año; el ganado brindaba una rama lucrativa de la exportación. Las estancias del gobierno tenían más de 20.000 cabezas de ganado; los propietarios contaban por lo menos con igual cantidad. Envióse, hasta entonces, de Buenos Aires, todo lo que podía contribuir a dar más importancia al Río Negro, pero las conmociones que precedieron a la revolución hicieron descuidarla mucho, y pronto olvidarla del todo.

Inmediatamente después de la revolución de 1810 en Buenos Aires, se envió un comandante patriota a someter a Carmen al partido republicano y reemplazar la bandera española por la de la República, lo que se hizo sin dificultad. Los habitantes se declararon patriotas, pero no por mucho tiempo. El nuevo jefe se dedicó a dilapidar, por su propia cuenta, las granjas y estancias del Estado. Los habitantes añoraron, entonces, el antiguo régimen, al cual

---

49 Véase capítulo XX.

50 Funes, *Ensayo*, etc., t. III. p. 480

51 La *fanega* pesa alrededor de 42 kilogramos.

estaban acostumbrados, soportando con impaciencia las exacciones sin número de la nueva administración. En 1812, durante el sitio de Montevideo por las tropas de Buenos Aires, dos españoles, exiliados de Mendoza a la Patagonia[52], sublevaron los espíritus contra el partido republicano, y tramaron, con los habitantes, un complot que llevaron a ejecución. No sólo los conspiradores se apoderaron con facilidad del fuerte, sino también llegaron a tomar, por sorpresa, posesión de un barco de guerra, anclado, entonces, en la desembocadura del río, y la bandera española volvió a aparecer a orillas del Río Negro. Los promotores de esa revolución fueron los que más la aprovecharon; después de muchas promesas hechas a los habitantes, partieron para Montevideo con el barco, no sin haber obtenido de los colonos de Carmen un gran cargamento de carne salada, para socorrer a los españoles asediados en aquella plaza, lo que disminuyó los recursos del gobierno. Buenos Aires supo, finalmente, del levantamiento de Patagones, y a pesar de su situación precaria envió tropas con un comandante, encargadas de imponer el orden a los habitantes y castigarlos por su deslealtad. Carmen se sometió de inmediato, pero los desafortunados habitantes pagaron algo caro su condescendencia con el partido español. El nuevo jefe, so pretexto de que los insurgentes destruyeron el ganado del Estado, se apropió de los animales que quedaban, que hizo matar en su provecho; y, además, siempre en nombre del gobierno republicano, confiscó todos los vacunos de los habitantes, los hizo matar y aprovechó únicamente el sebo y los cueros, que envió a Buenos Aires a su nombre; después, finalmente, autorizó a los soldados a asaltar las casas y devastar los campos, y la colonia de Carmen fue destruida por completo. Sus campos, antes llenos de ganado, quedaron desiertos. Los pobres pobladores, despreciados por las autoridades, a causa de la opinión que manifestaron, careciendo de todo medio de apelación en la capital, se hallaron, pronto, en la mayor miseria, sin rebaños, sin bueyes para trabajar. Permanecieron largo tiempo sumidos en la miseria más completa, obligados a cazar, en medio del desierto, los animales salvajes, desde entonces su único recurso.

Es evidente que tamaños atropellos fueron obra sólo del comandante, por estar Buenos Aires demasiado ocupada en las guerras del Alto Perú, Montevideo y Paraguay, para prestar alguna atención a Carmen; por eso ese jefe prevaricador, después de haber arruinado durante largo tiempo a la región, en la que pronto ni él mismo halló de qué vivir, abandonó el lugar, que dejó bajo la dirección de un subalterno, junto con un destacamento de dragones, cóm-

52 *Esquisse historique, etc.*, de Buenos Aires, por Ignacio Núñez, trad. franc., p. 238.

plices de sus malversaciones. Desde entonces Carmen cayó en un estado de abandono deplorable. Forzados a emplear, para mantenerse, medios que habían repudiado hasta ese momento, los habitantes se dedicaron a comerciar con los indios, que les llevaban pieles y tejidos, con los cuales se vestían. Tales intercambios estimularon a los indios a ir a asaltar las fronteras de Buenos Aires, para vender el producto de sus invasiones a los habitantes de Carmen, lo que enriqueció, de nuevo, a estos últimos. Compraron ganado a los indígenas, lo enviaron a la península de San José, donde, después de la masacre de los colonos, los vacunos, abandonados a sí mismos, se multiplicaron a tal punto que los campos estaban cubiertos de ellos. Un cacique con el cual se habían mantenido tratos (hacia 1816), les llevó cerca de un millar en dos viajes, lo que estimuló a los habitantes a ir allí, y cada año se los veía cruzar los desiertos y pasar algunos meses en San José a fin de sacar ganado. Llegaron hasta las orillas del Río Colorado, donde había también animales que se hicieron salvajes; poco a poco fueron prosperando y gozaron pronto de ese bienestar que presagia un gran progreso para un porvenir próximo.

Se recuerda que, después de las exacciones de 1812, el destacamento de dragones dejado en Carmen por el comandante, estaba acostumbrado al robo y no obedecía a su jefe. Ese mismo destacamento, con otros soldados, puso, en 1819, a Patagones a un paso de su pérdida; se levantó contra la autoridad, mató al comandante, hizo sufrir terribles suplicios a otros oficiales, hasta encadenar a los vivos a los cadáveres sanguinolentos de los que acababan de ser fusilados y obligarles a arrastrarse así hasta el lugar donde debían ser enterrados vivos, con sólo la cabeza fuera de tierra. Esos tigres con cara de hombres se entregaron durante algunos meses a toda clase de crímenes, gobernando la región como verdaderos salvajes; pero, cuando se enviaron desde Buenos Aires tropas para someterlos, no osaron esperarlas, abandonaron el fuerte, después de haberlo robado, y fueron a vivir como bandidos en la horda de Pincheira, donde están todavía, consagrando el resto de su existencia a la vida errante y aventurera de los aucas.

Los habitantes de Carmen sufrieron con esa sublevación; sin embargo, su situación mejoraba todos los días. En 1820, la colonia poseía unas cuatro mil cabezas de ganado, número que aumentaba cada día. Los indios, una vez agotada la caza de esos animales, convertidos en salvajes, hacían, para continuar su comercio, incursiones a las estancias de Buenos Aires y Mendoza, y volvían, luego, a vender sus rebaños al Carmen. Ese tráfico escandaloso enriqueció a varios propietarios; se convirtió en una de las causas de ese espíritu de pillaje que crece todos los días en los indios y que puede, por lo demás, atri-

buirse al gobierno, porque si éste hubiese prohibido la compra de vacunos marcados por los propietarios de estancias, sin duda los indios no hubiesen hecho un comercio continuo con el mismo rebaño. Robaban en Buenos Aires, para ir a vender, luego, a Carmen y a Chile, o bien los sacaban de estas últimas localidades, para traficar en otros puntos. La llegada del comandante Oyuela, en 1822 ó 1823, aumentó aún más la prosperidad de Carmen, ya floreciente. Durante los tres años de su gestión, se calculan en por lo menos cuarenta mil las cabezas de ganado entregadas por los indios a los habitantes, que, desde entonces, exportaron cargamentos de cueros y carne salada; y, mientras por una parte todos los propietarios veían sus ganados robados por las hordas salvajes, Patagones se convirtió en un lugar interesante, donde muchos comerciantes de Buenos Aires se enriquecieron en pocos años.

La guerra de la independencia trajo algunas modificaciones en las costumbres de los indígenas y, al civilizarlos, los hizo más temibles a los blancos. Tenían, en sus frecuentes incursiones, la costumbre de matar a todos los hombres adultos, conservando sólo las mujeres y los niños, como esclavos. Al estallar las guerras, un oficial del partido español, Pincheira, se pasó a los indios con sus soldados; se declaró, por lo mismo, enemigo de todas las ciudades y villorrios dependientes de las repúblicas de Chile y Buenos Aires; y, seguido de trescientos hombres armados a la europea, se alió a muchas tribus de los indios aucas, dedicándose sucesivamente a saquear las fronteras de las dos repúblicas. Los naturales que tanto temían las armas de fuego, se acostumbraron a ellas poco a poco y hasta se acostumbraron a ser apoyados, en sus invasiones, por cristianos armados. No sólo las tropas de Pincheira aumentaron, sino también las otras tribus recibieron desertores igualmente, y pronto se vio, incluso en los establecimientos, a los gauchos preferir la vida nómade de los indios al hogar familiar. Estos se hicieron más audaces y atacaron con frecuencia a los chacareros, pero no mataron tan a menudo a los hombres que sorprendían, lo que los hizo temer menos, aunque se fortificasen y fueran, cada día, más peligrosos. Tal es, en la actualidad, la situación de los naturales, en relación con los establecimientos españoles próximos a los lugares que habitan.

Por una parte, Carmen prosperó; por la otra, los indios adquirieron cierta importancia política, cuando estalló, a fines de 1826, la guerra entre Buenos Aires y el Imperio del Brasil. El Plata fue, de inmediato, bloqueado por la escuadra brasileña y ningún barco corsario de la República Argentina pudo entrar en el río, sin correr peligro de ser apresado. Entonces se construyeron los fuertes de la Ensenada y Tuyú, pero esos fuertes estaban demasiado cerca del enemigo para dar alguna seguridad y se pensó que el único lugar donde se

podía anclar sin temor y enviar las numerosas presas hechas al Brasil, era, sin discusión, el Río Negro. Desde ese momento, todos los barcos corsarios argentinos anclaron en Carmen con sus presas, sea para hacer reparaciones, sea para aprovisionarse, sea aún para salvar los ricos cargamentos que capturaban diariamente. El apacible villorrio de Patagones vio reunirse una gran cantidad de marineros de todas las naciones, verdaderos piratas que, por sus costumbres licenciosas, no le iban a la zaga a los gauchos deportados. Llegaron por primera vez a Carmen artículos preciosos de todo género, y se conoció al fin el lujo, desconocido hasta entonces. La prodigalidad de los oficiales de los barcos, los gastos que estaban obligados a hacer cada día para sí y para sus naves, contribuyeron a modificar las costumbres de la región. La monotonía de un villorrio avícola cedió su lugar al movimiento de un puerto a la vez militar y comercial. Fue necesario construir, en todas partes, casas para alojar a los habitantes; fueron atraídos gran número de comerciantes de Buenos Aires, ingleses y norteamericanos, por el cebo de las ganancias exorbitantes que podían realizar en medio de ese conjunto fortuito de hombres de todas las naciones, de todos los Estados y sobre todo de esa clase mixta entre militares y comerciantes, los corsarios, hombres que gastan con facilidad lo que el azar les da, siempre inseguros de que podrán conservarlo hasta el día siguiente. Patagones no era el mismo y no debía volver a tener ese candor que lo caracterizaba hasta un año antes; el espíritu mercantil reemplazó a la franca hospitalidad, y el lujo de las ciudades a la sencillez de los villorrios alejados de la civilización. Se vieron pianos en Carmen; aparecieron los vinos extranjeros más delicados, al mismo tiempo que las telas de seda más finas de la India y de la China. El español que, junto con los idiomas indígenas, había sido el único en despertar eco en los acantilados del Río Negro, fue reemplazado por lenguas de todas las naciones. El francés, el inglés, el alemán, el español y el portugués se hablaron en las reuniones, y Carmen pudo compararse a una torre de Babel, donde resultaba a veces tan difícil hacerse entender como en las llanuras de la antigua Sennaar.

Los habitantes de Carmen gozaban en paz de su nueva situación, cuando a comienzos de 1828 los brasileños resolvieron apoderarse de una colonia que les era tan perjudicial; llegaron, primero, con algunas naves de guerra a la bahía de San Blas, para apoderarse de un barco allí anclado; pero, lejos de llevar a cabo su proyecto, conducidos por malos pilotos, perdieron dos de sus barcos y se vieron obligados a renunciar a su empresa[53]. Regresaron poco después al Río Negro con tropas destinadas a realizar un desembarco; aparecieron

53 Véase cap. XVII.

en la barra, la franquearon, no sin dejar dos de los cinco navíos que componían la expedición, y anclaron en el río. Carmen tenía, por toda defensa, a los marineros de los barcos corsarios, algunos soldados de infantería y la milicia de la zona, compuesta de los habitantes y de los gauchos. Se reunieron todos; se realizó un consejo y todos estuvieron de acuerdo en defenderse. Los capitanes de los corsarios armaron de inmediato dos barcos, y de acuerdo con todos los marineros tomaron la resolución de atacar a los navíos enemigos, mientras la caballería debía caer sobre las tropas. El general brasileño (de origen inglés) creyó que con soldados aguerridos le sería fácil vencer a un puñado de hombres no disciplinados y apoderarse del establecimiento. Sin pérdida de tiempo, desde la mañana siguiente, comenzó el desembarco, llevando setecientos hombres a tierra, dejando poca gente en las naves. Desde la desembocadura del río, era necesario recorrer seis leguas para llegar a Carmen. El guía que los dirigía les aconsejó, por temor a las emboscadas, viajar por el interior de las tierras, para caer de improviso sobre Carmen; pero, entre hombres habituados a los pequeños ardides de guerra de los indios, era imposible que todos esos pasos del enemigo no fueran conocidos. Cien a ciento veinte milicianos resolvieron de inmediato derrotarlos por la sed, y la ejecución de ese proyecto se llevó en seguida a la práctica. Las tropas brasileñas, compuestas de infantería, habían partido sin tomar la precaución de abastecerse de agua; por eso, después de cuatro o cinco horas de marcha forzada en medio de los áridos desiertos, una sed devoradora acrecentada por el calor del verano, se hizo sentir. El ejército se acercaba a su objetivo y quería alcanzar el Río Negro; ¡vanos deseos!... Halló a la milicia dispuesta a impedírselo. Hubo varias escaramuzas; algunos hombres murieron de uno y otro bando. La contienda parecía agudizarse, cuando el general, punto de mira de los gauchos, a causa de su uniforme recamado de oro, fue derribado por una bala[54]. El desaliento se apoderó de sus hombres: una sed cruel atormentaba a los soldados y les hacía murmurar; los oficiales procuraban en vano animarlos; el grito general de rendición les hizo entregar sus armas a los milicianos, que los tomaron a todos prisioneros. Mientras los habitantes de Carmen alcanzaban esa señalada victoria, las naves llegaron junto al anclaje. Se combatió con ardor; ya uno de los barcos brasileños había sido apresado, cuando la noticia del desastre del ejército obligó a los otros dos a rendirse. Tal fue el resultado de la segunda expedición de los brasileños, tan infructuosa como la primera: la victoria dejó a los colonos orgullosos de su valor y convencidos de la impotencia de las tropas de *Pedro Primero*.

---

54 Véase capítulo XVIII.

Carmen se llenó de prisioneros brasileños, lo que hacía imposible mantenerlos, sobre todo considerando que todos los días su número aumentaba con los que llegaban a bordo de los corsarios. Se resolvió enviarlos por tierra a Buenos Aires, a pesar de la distancia que los separaba, y esos pobres desdichados se vieron obligados a hacer a pie cerca de trescientas leguas, a través de áridos desiertos, conducidos por un oficial poco humano. El relato de los soldados que los acompañaron es un tejido de crueldades y prefiero creerlo exagerado; muchos de ellos –me dijeron– perecieron en el trayecto o fueron abandonados, sin fuerzas para seguir avanzando.

La paz firmada el 3 de octubre de 1828 entre Buenos Aires y el Brasil puso fin a la prosperidad de Carmen. El movimiento cesó poco a poco. Los corsarios y sus tripulaciones abandonaron un lugar que dejaba de tener interés para ellos. Muchos comerciantes hicieron otro tanto; y durante mi permanencia en Patagones vi, sucesivamente, a todos irse, tanto más cuanto que las guerras contra los indios eliminaban la menor esperanza de poder levantar una colonia estable. Se vio a las hordas salvajes devastar, tres veces distintas, las dos orillas del Rrío Negro; la agricultura paralizada, en las llanuras más fértiles, carente de seguridad; los ganados de las estancias robados; todo, en fin, faltaba al mismo tiempo a los colonos y los empobrecía más de lo que nunca habían estado. Habían conocido el lujo y una serie de necesidades que antes les eran extrañas, lo que les hacía aún más difícil la vida. Ricos en 1810, abatidos por las exacciones de los comandantes hasta 1816, desde entonces prosperando poco a poco por la compra de ganado a los indios hasta llegar a ser opulentos en 1828, cayeron de nuevo en la miseria en 1829. En esta última época, la situación de Carmen era de lo más crítica, y el escaso sostén que Buenos Aires da a ese establecimiento, hace temer que no pueda mantenerse mucho tiempo, y que vuelva a caer, un día, en poder de los salvajes. Tal es el estado en que dejé a Carmen, al abandonarla; dichoso, yo mismo, de poder salir sano y salvo.

Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores

Después de haber hecho conocer la historia de Carmen, único establecimiento que subsiste en la costa de la Patagonia y sobre el cual no se tenía hasta el presente ninguna información, daré una idea sumaria del suelo, desde el punto de vista de su configuración, de su composición y de las producciones naturales que lo caracterizan.

Los geógrafos han denominado Patagonia a toda la extremidad de la América Meridional situada al sur del Río Negro al este, y de la isla de Chiloé al oeste. Sin discutir aquí la verdad o falsedad de esa división, lo que será objeto de un trabajo especial, haré notar, por lo menos, que el nombre de Patagonia, proveniente de la nación patagón o tehuelche, no debería, a lo sumo, extenderse más que a las regiones habitadas por esa raza. Se distinguiría, pues, de las tierras al sur del estrecho de Magallanes, las cordilleras de los Andes, su parte occidental; y así la Patagonia comprendería sólo, en el continente, la ladera oriental de los Andes, desde las montañas hasta el océano Atlántico. Es de la Patagonia, así restringida, que voy a ocuparme exclusivamente y aún muy especialmente de su parte septentrional, la única que conozco personalmente. Mis observaciones personales abarcaron, más precisamente, el espacio comprendido entre el 40° y el 42° de latitud sur; las restantes las obtuve de los naturales que atraviesan, a diario, esos desiertos en todos sentidos, o de algunos españoles que mi larga residencia en esos lugares me permitió interrogar sobre sus viajes parciales al interior del continente.

El villorrio de Carmen, situado en el 41° de latitud austral y 64°45' de longitud oeste de París, está sobre la línea norte y sur dada, por todos los mapas franceses y extranjeros, como demarcación entre la República Argentina y la Patagonia. Si tal línea fue adoptada a causa de que allí terminan las posesiones de Buenos Aires, es completamente falsa, porque una batería, en verdad, actualmente abandonada, demuestra, en la península de San José, que la dominación de los argentinos se extiende hasta allí; y porque, además, se va diariamente mucho más allá del Río Negro. Si es, por lo contrario, porque los patagones no pasan al norte del Río Negro, ese límite es todavía más falso, porque los patagones van hasta Río Colorado y hasta la Sierra de la Ventana, en el 39°. Es, pues, de todas maneras completamente arbitraria y sólo existe en los mapas, que la reproducen siempre, sin que los autores se remonten a las causas que los obligan a trazarla. Según mi opinión, no existe ningún motivo que autorice que se mantenga esa línea divisoria, puesto que el territorio de la Patagonia está tan vagamente determinado que es difícil establecer sus verdaderos límites.

La parte septentrional del lugar habitado por los patagones está formada por terrenos secos y áridos, que bajan en suave pendiente desde los Andes hasta el Atlántico; está regada, en toda su longitud, por el Río Colorado, al norte, y por el Río Negro, teniendo ambos sus fuentes en los Andes. El curso de ambos ríos interrumpe la monotonía de un terreno seco, cubierto solamente de zarzas espinosas; dan vida a la vegetación y desarrollan, sin interrupción,

en sus orillas, un valle fértil, sombreado de elevados sauces, que contrastan con las áridas llanuras que los bordean. Son, en efecto, dos naturalezas del todo distintas; una análoga, por completo, a la de Europa; otra que reproduce, casi al nivel del mar, el aspecto estéril y triste de la gran meseta de los Andes bolivianos, del 15° al 20° de latitud austral. Estos dos ríos forman como dos surcos en medio de una llanura casi plana, pero no presentan el mismo aspecto. El Río Negro, que es el más caudaloso de los dos, corre en un valle rodeado de acantilados por lo general cortados a pico, que las aguas baten todavía, o donde se han retirado poco a poco, para dejar sólo cultivables las tierras de aluvión, en las cuales hay una vegetación casi permanente. Se vio a ese valle de tres leguas, frente a Carmen, reducirse a algunas leguas arriba, y dejar, luego, en su longitud un ancho que puede calcularse, a lo sumo, en una legua de promedio, hasta la isla de Choele-Choel; por lo demás, algunos de esos terrenos de aluvión, comenzando de ocho a diez leguas arriba de su desembocadura y las numerosas islas que forman el río, están cubiertos de gran cantidad de sauces, que forman el más hermoso adorno y contrastan con los acantilados desnudos de los lados. El Río Negro es navegable por grandes navíos hasta Carmen; pero Villarino demostró que con barcos apropiados se podría remontar, en época de crecientes, que tienen lugar entre enero y febrero, hasta muy cerca del pie mismo de los Andes chilenos. El Río Colorado, mucho menos conocido, está bordeado de acantilados menos elevados; su curso es menos rápido; y no está tan provisto de sauces como el Río Negro.

Los terrenos áridos de las llanuras presentan también el aspecto característico de las pampas, aunque esas llanuras sean bien distintas. Presentan el aspecto de tener múltiples depresiones, que forman los lagos donde las aguas se depositan momentáneamente en época de lluvias y en los cuales se cristaliza, en capas gruesas, la sal marina explotada en el país: esos lagos, llamados salinas[55], son muy numerosos en toda la Patagonia. Hice conocer en mis viajes la del Inglés, junto a la bahía de San Blas[56], la de Andrés Paz[57] y la de Piedras[58]; hay en los alrededores de Carmen muchas otras de que hablaré en las partes geográfica y geológica. Todas serían susceptibles de fácil explotación si no es-

55 Núñez, *Esquisse de Buenos Ayres*, p. 234 (trad. franc.) dice que son salinas de sal de gema o de roca. Se equivoca por completo. Véase en geología y parte histórica, cap. XVIII, la descripción de la salina de Andrés Paz.

56 Véase cap. XVII.

57 Véase cap. XVIII.

58 Véase cap. XIX.

tuvieran tan alejadas de los lugares donde puede conseguirse agua. No sólo son salados todos los lagos, sino también el terreno está impregnado de partes salinas que se manifiestan, por lo general, en eflorescencias en la superficie del suelo. Hasta en los terrenos de aluvión de las orillas del Río Negro aparecen, de manera que nunca se ha cavado un pozo que haya dado agua dulce; pero si las llanuras están tan cargadas de sal, si son secas, cubiertas únicamente de zarzales espinosos que ocultan, en parte, pequeños cantos o gruesas capas de arena, la mayoría de los terrenos de aluvión de las orillas del Río Negro, inundadas casi periódicamente todos los años y así fertilizados, ofrecen, al contrario, no sólo una vegetación indígena, sino también los medios de trasplantar la de Europa, en una tierra de la más apropiada a la agricultura.

Considerado desde el punto de vista de su composición, el suelo de la parte septentrional de la Patagonia parece presentar, desde el pie de los Andes hasta el mar, una serie de capas de terrenos terciarios, que contienen en forma alternada conchillas de agua dulce y marinas, y huesos de mamíferos, en medio de gredas desmenuzables tan uniformemente estratificadas que, en las costas del mar y a orillas del Río Negro, donde se destacan, en todas partes, acantilados de gran altura, se puede seguir la menor capa, en un espacio de seis a ocho leguas, sin que varíe sensiblemente de espesor. Varias muestras de rocas, así como la descripción de los viajeros, me han probado que esos mismos terrenos ocupan casi toda la Patagonia, en su lado oriental, hasta el estrecho de Magallanes; por lo demás, el suelo terciario continúa al pie de los Andes, hacia el norte, comunica con el que bordea el Gran Chaco, y circunscribe, por todos lados, las pampas propiamente dichas, formadas invariablemente de arcilla con osamentas o de tierras de aluvión. Las pampas son en sí mismas mucho menos extensas de lo que se pensó, puesto que no participan del todo del suelo de la Patagonia, terminando por completo en el 39° para dejar su lugar a los terrenos terciarios de las partes australes; por eso, salvo las tierras de aluvión y las márgenes de los ríos, la Patagonia no es apropiada para la agricultura, presentando en todas partes terrenos arenosos y secos, que no conservan la humedad necesaria.

La temperatura no es en Carmen la que debía corresponder al 41° de latitud, a la misma distancia del ecuador que Nápoles y Madrid, pero en otro hemisferio; hace por lo general más frío, lo que debe atribuirse, sin duda, a la proximidad de los Andes y de las llanuras que se extienden hasta las regiones heladas de la extremidad meridional de América, en las cuales el frío es constantemente conducido por los vientos soplando casi siempre del oeste. Puede verse, en efecto, en el cuadro de las observaciones efectuadas en Bahía Blan-

ca[59], que, en ochenta y dos días, el viento sopló durante cincuenta y ocho del lado oeste, trayendo continuamente el aire frío de los Andes, que pasando con rapidez sobre la superficie llana de las tierras patagónicas y pampeanas, sólo pierde escasa intensidad cuando proviene del noroeste, mientras que es doblemente helado cuando proviene del sudeste, donde la latitud contribuye también poco a la elevación de la temperatura. Al mismo tiempo, los vientos no soplan más que dieciocho días del lado este, pasando también sobre el mar, donde no pueden recalentarse, y seis días solamente del pleno norte o del pleno sur. Tales circunstancias pueden explicar el excesivo frío de las noches, incluso en la estación calurosa, porque no puede suponerse que el descenso de la temperatura se deba a los vientos que provienen del polo, puesto que, sobre ochenta y dos días, no han soplado más que veintitrés veces del sudeste al sudoeste, mientras que lo han hecho cincuenta y dos veces del nordeste al noroeste, y sólo siete del este u oeste. Puede, entonces, llegarse a la conclusión de que el viento de esa latitud depende, más a menudo, de la proximidad de la cordillera que de la del polo austral. Se exagera, sin embargo, la diferencia que se cree existe entre la temperatura de esa latitud en el hemisferio austral y la misma en el hemisferio boreal. Es cierto que hiela muy raramente en Nápoles, pero en Carmen apenas he visto, durante el invierno que pasé, dos o tres veces algo de escarcha, teniendo, en los lugares más expuestos al frío, un centímetro de espesor, como máximo. Las legumbres no se hielan. Los pobladores nunca han visto caer nieve, y el termómetro centígrado no dio jamás más de dos a tres grados de frío, y sólo antes del amanecer; mientras que en el mes de enero, en la bahía de San Blas, lo he visto a menudo elevarse, a mediodía, hasta 30 grados de calor.

Lo notable en Carmen es el excesivo frío de las noches, hasta en el verano, lo que se explica bastante fácilmente por la vecindad de las cordilleras, de las montañas heladas del polo y del mar, así como por los vientos que soplan casi constantemente. Durante ocho meses de estadía, apenas he visto algunos días de calma. En cambio, he sufrido siempre vientos por lo general bastante intensos que hacían difícil la marcha, y que, al impedir el desarrollo de la vegetación en variadas formas, determina esa sequía desoladora, una de las características del suelo de la Patagonia, sequía tal que la lluvia que cae, en poco tiempo, se evapora y todo se seca con tanta facilidad como en las costas del Perú, donde jamás llueve, o en las cumbres de los Andes, donde la temperatura es idéntica a la de Carmen, en cuanto a sus efectos. Todos los cadáveres

59 Véase cap. XVI.

de animales expuestos al aire se desecan igualmente en vez de pudrirse, y permanecen así en el suelo, durante varios años, antes de corromperse. Llueve raramente en Carmen, los vientos que llegan del oeste jamás traen lluvia; sólo llega con los vientos del este hasta el sur que pasan sobre el mar, provocando tempestades y formando ventarrones. Se observa que los primeros producen lluvias pasajeras de poca duración, mientras que es raro que una tempestad no traiga nubes que hagan llover durante uno o dos días seguidos. Todas esas condiciones hacen de Carmen, sin embargo, la región mas sana del mundo.

¡Que contrastes originales presenta América, cuando se comparan los efectos contrarios producidos, al este o al oeste de los Andes, en las mismas latitudes! Acabamos de ver que en Carmen, en el lado oriental de los Andes, en el 41° de latitud, llueve muy raramente; mientras que, en la misma latitud, en el lado opuesto, los alrededores de Valdivia en Chile están cubiertos de una vegetación activa, alimentada por continuas lluvias, con neblinas diarias, pero si se avanza hacia el norte, hasta el trópico de Capricornio, todo cambia. En la ladera occidental de los Andes nunca llueve; arenas móviles cubren todas las costas del Perú; mientras que la vertiente oriental, tan seca en la Patagonia, reviste, en el Perú, toda la lujuria de una vegetación tropical, en medio de una temperatura cálida y húmeda, donde frecuentes lluvias vivifican una naturaleza de lo más vigorosa. Se ve, al oeste de los Andes, la hermosa vegetación del sur de Chile disminuir poco a poco a medida que se avanza hacia el norte, hasta hacerse rara en el 32° y desaparecer por completo en los trópicos, donde ya nada crece sin ayuda de irrigación artificial. Al este de los Andes se observa todo lo contrario; el suelo de la Patagonia es árido al extremo; pero, hacia el norte, en las pampas, se cubre de hierbas; más al norte todavía, de bosques tupidos; y pasa, finalmente, a la vegetación tan exuberante que adorna al Brasil. Busqué en los vientos las causas generales de esos efectos contrarios; soplan continuamente del sur, en la ladera occidental de los Andes; muy a menudo del norte, en la ladera oriental; y, por lo tanto, producen necesariamente efectos opuestos; pero, antes de recorrer sucesivamente esas diversas regiones, no habría podido darme cuenta de esos cambios tan notables, característicos del suelo de las partes australes de la América Meridional.

La zoología del norte de la Patagonia, de la que trataré de dar una información sumaria, ofrece un carácter muy especial: es muy distinta, en su conjunto, de la que he descrito de Corrientes[60]. No es esa mezcla diaria de los animales de las zonas cálidas con los de las partes templadas; es una zoología

60 Véase la parte histórica, cap. II.

característica de un suelo árido y seco, aumentado en invierno por la de las regiones heladas del polo, que aparece en la época de los fríos. Si la comparo con la zoología de cualquiera otra parte de América, sólo hallaré semejanza con la de las montañas de Chile y de la gran meseta de los Andes tropicales, en Bolivia; y en esa última localidad exclusivamente a la altura de 10 a 14.000 pies sobre el nivel del mar. Allí, no sólo hay casi todos los mismos géneros, sino también llama la atención hallar, a menudo, las mismas especies. En una palabra, la analogía entre esos dos sitios, desde el punto de vista zoológico, es impresionante, lo que parecerá tanto menos extraño cuanto que, desde todos los otros puntos de vista de temperatura y del aspecto general de la región, hay una notable identidad, como podrá reconocerse por la ojeada que damos a continuación.

Los numerosos monos que animan las colinas de la provincia de Corrientes desaparecen con los bosques que les dan asilo... No hay más cuadrumanos en el suelo patagónico; todos permanecen al norte del 30° de latitud; sin embargo, algunos débiles murciélagos revolotean todavía, al crepúsculo, en los ríos y al borde de los acantilados del Río Negro. El glotón asno[61] establece también ahí su morada y se aclimata sin dificultad; pero es en el seno de esas comarcas que la maliciosa mofeta está realmente en su propia casa; poco perturbadas, esas familias unidas se reúnen en medio de los desiertos y ostentan un pelaje que los naturales les envidian... Pero, ¡infeliz de aquel que confía demasiado en su aparente indiferencia! ... El lobo rojo[62] recorre incesantemente los desiertos, hallando siempre algunas tímidas gallináceas de qué apoderarse, mientras el zorro[63], su vecino, sólo sale de su madriguera para molestar al hombre establecido en esas comarcas, o bien para sorprender a los mamíferos pequeños o a algunos pájaros que sus astucias de costumbre le proporcionan los medios de capturar. Allí, si la aridez del suelo entristece, por lo menos no hay que temer la garra mortal del terrible jaguar, que no pasa al sur de las sierras de Tandil. No sucede lo mismo con el puma[64], que, por el contrario, es más común que en cualquier otra parte, en medio de esas vastas llanuras, donde compite, en la caza, con dos especies de gatos salvajes, sus inferiores en tamaño, el *pajero* y el *mbaracaya* de Azara, que habitan, sobre todo, las orillas del Río Negro. Hemos visto hormiguear, en las costas del mar, a los carniceros

61 *Viverra vittata*,Linn,
62 *Canis jubatus*, Cuv.
63 *Canis Azaroe*, Príncipe Maxim.
64 *Felis discolor*, Linn.

anfibios, las focas con trompa[65], cubrir las playas arenosas; los otarios, *leones marinos*[66], preferir las rocas o las costas cubiertas de guijarros; y en ambas especies, los machos, tan envanecidos por la posesión de sus tropillas de hembras, turbar, diariamente, las orillas del mar con sus sangrientas peleas; mientras que sus tímidas compañeras, objetivo de la lucha, sin al parecer interesarse en ella, se someten, por adelantado, al déspota que la suerte del combate les destina. Dos especies de zarigüeyas[67] llegan, en sus migraciones hasta el suelo patagónico, donde molestan también a los chacareros, que las cazan sin piedad.

Si los animales carniceros son numerosos en la Patagonia, les son necesarios, como alimentos, seres tan numerosos como débiles. Los roedores están allí para cumplir esa condición de su destino. Los tenomis cavadores reemplazan en la Patagonia a nuestros topos de Europa, trabajando sin cesar todos los campos arenosos que habitan también las ratas en gran número, unas de especies indígenas, que viven de semillas en las dunas, las otras, raros parásitos (nuestra rata y nuestros ratones), que vinieron con el europeo a estas regiones salvajes, donde, lo mismo que en Europa, huéspedes inoportunos y temibles, son perseguidos con razón, pero resulta difícil cazarlos. El eco de las orillas del Río Negro repite, a veces, los melancólicos acentos del *quya*[68], algunas familias del cual, provenientes del norte, pueblan los pantanos; se los oye a la hora de la noche, cuando la tímida vizcacha[69], en numerosas tribus, juega en las hierbas de los alrededores de su morada subterránea, agitando siempre sus enormes bigotes negros. Esta y la rápida mara[70], que representa, en las llanuras del sur, nuestra liebre de Europa, con una especie de cobayo[71], de pelo duro, son especies de esas comarcas y ocupan el terreno que les es más apropiado, sin acercarse nunca a los trópicos.

Entre los mamíferos desdentados no hay en la Patagonia más que especies acorazadas del género tatú; sólo dos viven en los desiertos: el pichi[72], buscado por la delicadeza de su carne, y el nocturno peludo[73]. Numerosas tropillas de pecarís con collar[74], los jabalíes de América, han llevado sus migraciones des-

---

65 *Phoca leonina*, Linn.
66 *Phoca jubata*, Gmel.
67 *Didelphís Azaroe*, Temm.
68 *Myopotamis coipus*.
69 *Callomys biscacia*, Isid. Geoff. y d´Orb.
70 *Dasyprocta patagonica*, Desm.
71 *Cavia patagonica*, d'Orb. e Isid. Geoff.
72 *Dasypus minimus*, Desm.
73 *Dasypus villosus*, Desm.
74 *Dycotyles torquatus*, Cuv.
Llamados en el nordeste argentino taitetos. (N. del T.).

de los bosques cálidos de los trópicos hasta los pantanos de las orillas del Río Negro, donde no son menos intratables. Lo mismo sucede con el ligero guazutí[75], que es la única de las cuatro especies de ciervos hallados en la provincia de Corrientes que pasa a las planicies de las pampas y no es menos común en la Patagonia que al este de las costas del Paraná. Allí he visto, por primera vez, a uno de los habitantes de los Andes peruanos, el *guanaco*[76], ese camello americano, que siguió las montañas hasta el estrecho de Magallanes, dejando, aquí y allá, algunas familias en medio de los vastos desiertos de la Patagonia, donde el hombre salvaje, como él, lo persigue, tanto por su carne como por su piel, de la que se reviste el orgulloso patagón. Tales eran los mamíferos que cubren ese suelo desde hace siglos, cuando nuestros animales domésticos, nuestros bueyes, vacas y caballos vinieron a naturalizarse y someterse a los primitivos habitantes, los cuales, desde entonces, debieron adquirir usos y costumbres nuevos. No debo dejar de recordar que las costas son diariamente frecuentadas por numerosas ballenas, delfines, cachalotes y otros cetáceos, a los cuales vienen a cazar en medio de esos mares agitados naves de todos los países.

No es necesario buscar, en los pájaros patagónicos, ese lujo de colores brillantes que caracteriza a los de las regiones boscosas y cálidas. No hay saltarines pájaros moscas, coquetos tangaras, magníficos cotingas, brillantes manaquines, urracas parlanchinas, industriosos caciques, de plumaje variado. Todos esos pájaros permanecen en la zona tórrida, y la Patagonia sólo presenta pájaros de un aspecto tan triste como sus llanuras; pero, la mayoría, tan numerosos como extensos sus desiertos[77].

No sólo a los Andes estaba reservado el honor de ver planear al cóndor majestuoso[78]; la Patagonia puede también glorificarse de poseer ese mensajero de los dioses, reverenciado por los incas: esa ave cuyo tamaño y forma han dado motivo a tantas fabulosas exageraciones. Recorre sin cesar los elevados acantilados del litoral, a menudo acompañado de repugnantes catartos irubus y auras[79], que buscan, como él, los restos de los animales muertos, y los disputan, en bandada, a los voraces caranchos[80], no menos comunes en las partes

75 *Cervus campestris*.

76 *Auchenia llacma*, Illig.

77 Hemos reunido en la Patagonia 107 especies de aves, cuya proporción comparada es la siguiente: 16 aves de rapiña, 36 gorriones, 3 trepadores, 5 gallináceas, 22 zancudas, 25 palmípedos.

78 *Sarcoramphus gryphus*, Linn.

79 *Cathartes urubu*, Vieill.; C. *aura*, Illig.

80 *Polyborus vulgaris*; *P. chimango*, Vieill.

habitadas de las orillas del Río Negro. El invierno, con sus escarchas, obliga a los tímidos chingolos a descender de las cordilleras hacia las llanuras y de los hielos del polo sur hacia el norte; las palomas y los sociables patos silvestres traen, con ellos, numerosas aves de rapiña; así, las águilas coronadas[81], la aguya[82], el buaro tricolor[83] y algunos busardos[84] abundan, únicamente en esa estación, junto a los sitios cubiertos de sauces o a orillas del Río Negro, siempre dispuestos a caer sobre esas nubes vacilantes de tímidos pájaros, de los que hacen todos los días su presa; pero desaparecen en parte durante el verano o se diseminan más, dejando sólo a los desvergonzados halcones[85] de hábitos sedentarios y compartiendo la vecindad exclusiva del hombre. Las aves de rapiña nocturnas frecuentan también la Patagonia septentrional; incluso están en mayoría. El monótono ñacurutu[86] se halla tan comúnmente como en las regiones cálidas; pero, cuando comienza a rondar por la noche alrededor del vivac del viajero como para adormecerlo, no le queda más que una parte del encanto que difundía en las noches de un clima más cálido. No es sin asombro que volví a hallar, en medio de los desiertos, nuestro búho mediano de Europa[87], que, en consecuencia, parece estar en todos los países; y que oí, junto a los acantilados del Río Negro, el grito siniestro de la lechuza[88]. En las llanuras se ve, hasta de día, la lechuza urucurea[89] que, única en tener estas costumbres, vive en el fondo de madrigueras usurpadas; mientras los bosques de sauces ocultan a la más pequeña de todas las lechuzas[90], que se deja, en pleno día, balancear muellemente al viento, en las ramas flexibles de los sauces.

Los pájaros chingolos están más o menos en la misma proporción que las aves de rapiña. Algunos *rhinomyes*[91] oficiosos se ven alrededor de los zarzales; un mirlo[92], que abandona momentáneamente las costas heladas del estrecho de Magallanes, llega allí en invierno y se mezcla a los tordos americanos pintarrajeados[93], para frecuentar los matorrales, buscado igualmente por las

---

81 *Circaetus coronatus*, Vieill.
82 *Halioetus melanoleucus*.
83 *Buteo tricolor*, Nob.
84 *Circus cinercus*, Vieill.
85 *Falco femoralis*, Temm.; *Falco sparverius*, Gmel.
86 *Bubo magellanicus*, Gmel.
87 *Otus brachiotos*, Linn.
88 *Strix perlata*, Licht.
89 *Noctua cunicularia*.
90 *Strix ferox*, Vieill.
91 *Rhinomaya lanceolata*, Isid. Geoff. y d'Orb.
92 *Turdus magellanicus*, King.
93 *Orpheus patagonicus*, Nob.

trogloditas[94] brincadoras, a los tímidos sinalaxias[95], y a algunos inconstantes papamoscas[96]. Las praderas son pisoteadas por algunos pipis[97], por los papamoscas[98] con costumbres de motacillas; por algunas alegres alondras; por un tangara montaraz[99], el único de esa familia que frecuenta los pantanos, donde se muestran, en espesas nubes, los sociables trupiales[100], unos de colores negros, los otros de colores vivos, como, en el verano, el estornino militar[101], de hombros y pecho rojos. Varias especies de golondrinas[102] pasajeras van también, en la estación calurosa, a recorrer las orillas del Río Negro, así como los alrededores del fuerte, pero regresan rápidamente en el invierno hacia el norte, a fin de buscar un clima más dulce, partiendo al mismo tiempo que algunos chotacabras, que se extravían hasta la Patagonia, donde sus costumbres nocturnas les han hecho dar el nombre de *pájaro dormilón*.

Si de las márgenes vivientes de los ríos se pasa a los terrenos elevados, cubiertos de zarzales espinosos, se los hallará a menudo desiertos; en invierno, sin embargo, son sin cesar recorridos por numerosas bandadas de paserinas[103] atolondradas, entre las cuales dominan, sobre todo, el diuca[104] de los chilenos, los anabátidos[105] vocingleros, el industrioso anumbi[106], el hornero arquitecto[107], con su morada en espiral, artísticamente construida en las ramas, y algunos tímidos hupucérticos[108].

En una región tan desprovista de bosques, los pájaros forestales trepadores deberían ser poco comunes. Hasta podría asombrar ver el ara patagón[109] avanzar hasta el estrecho de Magallanes, cuando no prefiere los acantilados

---

94 *Troglodytes pallida*, Nob.

95 *Synallaxis troglodytoides*, Nob.; *S. aegythaloides*, Kittlitz; *S. leucocephala*, Nob. *Troglodytes pallida*, Nob.

96 *Tyrannus savanna*, Less.; *Muscicapa parvulus*, Kittlitz; *Fluvicola perspicíllata*; *Popoaza polyglotta*; *P. variegata*, *P. murina*, Nob.

97 *Anthus fulvus*, Vieill.; *A. furcatus*, Nob.

98 *Muscisaxicola mentalis*, Nob.; *Certhilauda vulgaris*, Nob.

99 *Embernagra platensis*.

100 *Icterus niger*.

101 *Sturnus militaris*, Linr.

102 *Hirundo caerulea*.

103 *Passerina Achistacea*, Nob.; *P. manumbi*, Licht.; *P. Flava*, Vieill.; *P. Americana*, Nob.

104 *Passerina diuca*.

105 *Anabates albicollis*, Nob.

106 *Anumbius anumbi*, Nob.

107 *Furnarius rufus*, Vieill.

108 *Happucerthia dumetorum*, d'Orb. e Isid. Geoff.

109 *Psittacus patagonicus*.

escarpados a los lugares sombreados, siguiendo el ejemplo del picoverde de los campos[110], que frecuenta los sitios rocosos. Son verdaderas anomalías, cuando se comparan con los pájaros que tienen una forma similar. Las gallináceas, tan comunes en otras regiones, se reducen, en la Patagonia, a cinco especies: en las llanuras, esos tímidos tinamús[111], que se ocultan entre las hierbas; mientras las tierras secas son pisoteadas por compañías de eudromias[112], pájaro raro, característico del suelo patagónico, y que sólo se encuentra también en las cumbres elevadas de los Andes bolivianos[113]. Algunas tórtolas[114] rondan en verano por las quintas, pero son nada en comparación con las miríadas de palomas[115] que llegan en invierno de las montañas o del sur, y cuyas espesas bandadas forman nubes en el horizonte, o bien colorean de azul las llanuras húmedas de las márgenes del Río Negro, donde las aves de rapiña las persiguen continuamente, sea cuando vuelan, sea cuando, paradas en las débiles ramas de los sauces, las doblan y rompen bajo su peso, por ser tan numerosas.

Las aves de río son, sin disputa, las más comunes en la Patagonia, porque no tienen necesidad de agua dulce, como los chingolos. Las llanuras están cubiertas de apacibles familias de avestruces americanas o ñandúes[116], que sirven de objetivo a las boleadoras de los gauchos y de los indios, que quieren, al mismo tiempo, apropiarse de su carne y de sus plumas; pero, ágiles en la carrera, se burlan a menudo de sus perseguidores. Existe también en la Patagonia una segunda especie de esas curiosas aves, llamada avestruz enana[117] por los habitantes: vive en los despoblados áridos, y principalmente en medio de las arenas movedizas, donde en vano se intentará perseguirla; más veloz que los caballos, franquea velozmente las distancias, mientras el cazador apenas puede caminar. A orillas del mar y de los ríos, los andariegos viajeros y variados en especie corren con extrema velocidad, rivalizando, en espíritu social, con las alondras de mar, las urracas de mar[118] de las playas arenosas, y los numerosos caballeros de diversos tamaños, que, por el contrario, buscan los terrenos limosos. En las praderas resuenan los gritos de alarma de la vigilante avefría

110 *Picus auratus*, Linn.
111 *Tinamus maculosus*, Temm.; *T. Adspersus*, Temm.
112 *Eudromia elegans*, d'Orb. e Isid. Geoff.
113 *Eudromia andecola*, Nob.
114 *Columba talpacoti*.
115 Palomas de alas manchadas. Az.
116 *Rhea americana*.
117 *Rhea pennata*, Nob.
118 *Hoematopus luctuosus*. Cuv.

armada[119], los gritos más desagradables de algunos ibis[120] de pico largo, no lejos de los grupos de pusilánimes tinochores[121], que se agazapan en tierra y vuelan, lanzando gritos, a los pies mismos del hombre que recorre los lugares que habitan. La proximidad de los bosques de sauces, las orillas de ese dédalo de canales que separan las islas del Río Negro, son frecuentadas a menudo por las blancas garzas[122], la garza real[123] y el *bihoreau*[124], de grito ronco; mientras los ágiles rascones, de andar apurado, se deslizan entre las plantas acuáticas, donde se oculta la tranquila becasina[125]. La grave cigüeña[126] aparece, a veces, en el campo, que zanquea con lentitud, a menudo junto a los lagos cuyas aguas están animadas por la presencia de alegres *foulques*, que se pierden entre los juncos, en los que no se atreve a entrar la *échasse*[127], de patas de una delgadez y longitud desmesuradas. En medio de las salinas características de la Patagonia, los flamencos de alas de fuego[128] llegan, en falanges, a construir sus nidos cónicos, sobre los cuales se ponen a caballo para empollar, en medio de la misma sal cristalizada, cuya blancura hace palidecer sus colores. Se ve también al *bec-en-fourreau*[129], esa *paloma blanca*, conocida por los más antiguos navegantes del estrecho de Magallanes, porque va, hasta más de cien leguas dentro del mar, a visitar las naves y hacer creer que ha huido de las jaulas de viajeros curiosos; mientras que abandona las costas rocosas, donde, en bandadas, recorre sin cesar los peñascos cubiertos de mejillones, a fin de alimentarse como los ostreros, a los cuales es tan semejante por sus costumbres.

Me falta presentar entre la gente alada, a las especies a las cuales la estructura palmípeda de sus patas les permite nadar; éstas son, sin disputa, las más difundidas y, al mismo tiempo, las que más abundan, sobre todo en invierno, época en la cual abandonan las regiones frías del estrecho de Magallanes, para ir a buscar, en los ríos del norte, una temperatura más suave. En primer lugar, citaré a dos cisnes[130] majestuosos que nadan en los grandes depósitos de

---

119 *Tringa cayennensis*.
120 *Ibis plumbeus*.
121 *Thinochorus rumiccivorus*. Eschs.
122 *Ardea egretta*.
123 *Ardea major*.
124 *Ardea Gardeni*.
125 *Scolopax paludosa*.
126 *Ciconia americana*, Briss.
127 *Hemantopus melanuras*, Vieill.
128 *Phenicopterus ignipalliatus*, Isid. Geoff y d'Orb.
129 *Chionis alba*. Forst.
130 *Cygnus nigricollis* y *Cygnus hiperboreus*.

agua, rodeados de millares de patos silvestres de once especies distintas, que parecen su corte, unos sumergiéndose en el agua, mezclados a los *grèbes*[131] navegantes; otros, recorriendo las riberas, por lo común junto al negro cuervo marino. Pero la especie que juega el papel más importante en las praderas del Río Negro es el pato ganso antártico[132], cuyas bandadas mezcladas las variedades blancas con otras, llegan al comienzo de los fríos y hacen resonar con sus gritos las llanuras; o bien pacen por millares y familiarmente alrededor de las mismas casas, poco habituadas a verse perturbadas en las regiones australes que habitan en el verano. Si las orillas de los ríos están cubiertas de animales acuáticos, las del mar, aunque menos favorecidas en ese aspecto, no están sin embargo desiertas. Las gaviotas[133] y los vocingleros goelandios, así como la inquieta golondrina de mar, moran allí habitualmente, mientras que las circunstancias sólo pueden obligar a los albatros[134] de largas alas y a los *manchots*[135], medio-peces, a abandonar la alta mar para descansar un momento.

El suelo patagónico es poco apropiado para los reptiles; empero, existe una especie de tortuga[136] que, a causa de una rara coincidencia, es la misma que habita el cabo de Buena Esperanza. Cuatro especies de lagartos inofensivos viven en las colinas o cerca de las orillas del Río Negro; mientras que las anfisbanas[137] anilladas, se hunden en los arenales, donde persiguen larvas de insectos, en vez de buscar los rayos solares para calentarse, como lo hacen otras especies de serpientes que se arrastran alrededor de los zarzales espinosos, en los desiertos áridos. Un solo sapo habita los lugares acuáticos, tan poblados de esos repugnantes animales en las regiones cálidas.

Los peces de agua dulce pertenecen, a lo sumo, a dos o tres especies y tienen un tamaño pequeño. No sucede lo mismo con las especies que pueblan las costas marítimas: los delicados *pejerreyes* pululan sobre todo en verano y penetran en el río, así como algunas lampreas. Estos peces son poco perturbados por el hombre civilizado, que pesca muy raramente, mientras que los indios patagones no pescan nunca. El número de peces disminuye, pues, sólo a causa de los voraces anfibios, que les hacen una guerra cruel, y los persiguen hasta en los lugares más ocultos de su elemento.

---

131 *Podiceps Rolland*, Quoy y Gaim.
132 *Anas antarctica*, Gmel.
133 La gran gaviota de Azara.
134 *Diomedea fuliginosa*, Gmel.
135 *Spheniscus Humboldtii*, Mey.
136 *Testudo sulcata*, Miller.
137 *Amphisboena alba*, Lacép.

Las costas marítimas, en las partes cubiertas por las aguas del mar, contienen gran número de animales moluscos desnudos o provistos de una brillante conchilla. Entre los primeros citaré a algunos cefalópodos[138] de colores cambiantes, que viven en los lugares rocosos, así como algunas elegantes eólidas[139] y los pleurobrancos[140]. Entre las segundas, las especies son más numerosas. Las brillantes volutas[141], de vivos colores, así como las olivas[142], frecuentan las bahías tranquilas, donde se ocultan en la arena, lo mismo que las naticas[143] y las *scalaires*, pero sólo sobre las rocas se hallan las otras conchillas gasterópodas, tales como los caracoles, los rochers, los trocos, los oscanos, las fisurelas, las crepiludas y las sifonarias. Esas mismas playas arenosas, sobre las cuales se arrastran las conchillas que acabo de nombrar, contienen muchas bivalvas, entre las cuales se destacan las venus coloreadas, las mactres frágiles, las mesodesmas, los solénidos, las corbulas, los lucines, las anatinas, las retrícolas, los nuculinos y las *bissomyes*. Las rocas están perforadas por los litodomos y las foladas, que no impiden que se peguen numerosos mejillones, gobios, anomias, ostras y plicátulas: tales son las especies marítimas. Hay, además, en el río, algunos anodontes, algunos unios, limneas, paludinas, planorbes, en sus orillas, pero ninguna conchilla terrestre puede habitar esas colinas, demasiado secas para proporcionarles alimentos.

Numerosos crustáceos cubren las playas limosas o se ocultan bajo las piedras de las costas rocosas. Sólo se ven pocos arácnidos y únicamente cerca de los ríos, y mucho menos aún insectos miriápodos. Entre estos animales, los que más abundan son los coleópteros, pero no brillan por sus tintes, por los hermosos colores metálicos. Los coleópteros patagónicos están más cerca de las especies oscuras que caracterizan, por lo general, a los lugares templados; también los carábidos ribereños son numerosos[144], así como los tristes melásonos, que prefieren las dunas y los terrenos áridos. En la primavera, los cérampix de

---

138 *Octopus tehuelchus*, d'Orb.

139 *Eolidia patagonica*, d'Orb.

140 *Pleurobranchus patagonicus*, d'Orb.

141 *Voluta angulata*, Swains; *V. coloquinta*. Chemm.

142 *Oliva puelcha*, *O. tehuelcha*. d'Orb.

143 *Natica patagonica*, Nob.

144 Sobre 178 especies de coleópteros que he hallado en la Patagonia, la proporción numérica de la cantidad de especies de cada familia es más o menos la siguiente: cicindelas, 4; carábidos, 22; hidrocántaros, 5; buprestites, 10; elatéridos, 4: lamericórneos o escarabajos, 29; melásomos, 27; rincóforos o gorgojos, 13; cerambicios, 19; etc. Los carábidos, melásomos y lamelicórneos son, pues, los insectos que dominan en el país.

largos cuernos, los escarabajos y los saltones nocturnos, los cópridos cavadores, los *ditisques*, las hidrófilas nadadoras, los zapadores crepusculares, los gorgojos de largo aguijón y, finalmente, los más brillantes de todos, los buprestos, que cortejan a las plantas compuestas, animan, más de lo que pueda creerse, esa zona tan poco favorecida en otros aspectos. Se ven también algunos ortópteros, tijeretas, espectros, mantas, langostas, sobre todo, así como al importuno grillo. Los hemípteros son los más numerosos. Las alegres cigarras hacen resonar en los campos sus canciones estivales, mientras las infectas chinches cubren las plantas acuáticas de las márgenes del Río Negro, cuyos ribazos guardan algunas hormigas-león de alas reticulares, casi los únicos neurópteros de la región; pero si éstos son poco comunes, no sucede lo mismo con los himenópteros de apijón acerado. Las arenas parecen ser la patria de su predilección, porque no he hallado menos de treinta y cinco especies, entre las cuales los brillantes icneumones. En la Patagonia no hay industriosas y productivas abejas, pero tampoco hay muchas indestructibles hormigas, que desesperan a los agricultores en los países cálidos. En vano buscaríamos en esa tierra desolada algunas de esas hermosas mariposas de colores variados, que animan los campos de la zona tórrida. Apenas una o dos especies nocturnas dan fe de su existencia; podría creerse, en consecuencia, estar realmente al abrigo de las picaduras de los mosquitos y tábanos. Esos insectos insoportables se hallan también a orillas del Río Negro, aunque en verdad sólo hay allí, porque los campos secos carecen de ellos.

Tal es, en general, el aspecto zoológico de la Patagonia septentrional.

Si deseo dar una idea comparativa de la vegetación de esas mismas comarcas, debo, ante todo, indispensablemente señalar la de las llanuras, cuya fisonomía es triste y monótona al extremo... Nada de árboles... por eso el único que hay, el del Gualichu[145], es reverenciado por los viajeros salvajes... Nada de plantas altas; en su lugar, zarzales espinosos, achaparrados, casi todos desprovistos de hojas o con hojas muy pequeñas, y atestiguando, por sus tallos negros y tortuosos, y sus pocas flores, hasta qué punto la naturaleza debe esforzarse para alimentarlos, en medio de desiertos arenosos, donde tan raramente una lluvia bienhechora humedece, y sólo por pocos instantes, la tierra sedienta. Apenas, en la primavera, algunas gramíneas o plantitas compuestas se muestran, para dejar, durante el resto del año, más que tallos secos casi desapercibidos. Tenía todavía muy presentes en la memoria esas comarcas estériles, cuando ascendí las extensas mesetas de los Andes bolivianos, a una altura de 12.000

145 Véase cap. XIX.

pies sobre el nivel del mar. Me impresionó la semejanza de estas últimas con la Patagonia; en efecto, presentan el mismo aspecto general, la misma aridez. La ilusión fue tan completa que busqué las mismas plantas y los mismos animales; y para que nada faltara a la analogía, hallé, a veces, las mismas especies, o vi, por lo menos, algunas muy próximas. Las llanuras áridas de la Patagonia se caracterizan sobre todo por una planta compuesta del género *Chuquiraga*, cuya flor amarillo dorado y las hojas espinosas, dan la impresión, hasta cierto punto, de nuestros eriales de Europa. Cuando después de haber atravesado esos terreno áridos se llega a las orillas del Río Negro, de inmediato, todo cambia... Los ribazos tienen, es cierto, los mismos zarzales, pero la superficie de las orillas, que recibe algo de humedad del río, presenta, en seguida, una naturaleza distinta. Es un largo curso de oasis en medio del desierto; las llanuras están cubiertas de gramíneas y de numerosos ciperáceos mezclados con muchas otras plantas siempre verdes; y las múltiples islas del río reciben en todas partes sombra de esbeltos sauces, que la naturaleza sola hace crecer. Si el paisaje estuviera animado por casas, nos creeríamos transportados a orillas de nuestro Loira o de nuestro Sena, porque el hombre, que todo lo modifica bajo sus pasos, ha hecho desaparecer, sobre todo junto a Carmen, los árboles indígenas, para reemplazarlos por nuestros manzanos, nuestros durazneros, nuestros cerezos, nuestras higueras, nuestra viña enlazante; y esta vegetación extranjera crece allí como en su patria. Lo mismo acontece con nuestros cereales, que reemplazan, todos los años, las gramíneas de las llanuras, dando a los agricultores abundantes cosechas. En resumen, puede decirse que en la Patagonia hay dos vegetaciones distintas: la vegetación de las llanuras elevadas, que es de lo más pobre, parecida a la de los Andes bolivianos, y la vegetación de las márgenes de los ríos, cuyo aspecto es idéntico al de los mismos lugares de Europa[146].

He referido la historia de Carmen y de la Patagonia en general: he descrito el aspecto geográfico, zoológico y botánico de esta región. Me falta hacer conocer lo que es hoy una colonia, cuál es la importancia comercial, en proporción al limitado número de habitantes, y qué influencia tiene sobre las costumbres de los colonos y de los indígenas de esas comarcas. Como ya me he

146 Recogí, durante mi estadía en la Patagonia, 117 especies de plantas, repartidas así, de acuerdo a los principales grupos del reino vegetal: *Acotiledóneas*, 14 especies; *Monocotiledóneas*, 22, de las cuales 17 gramíneas; y *Dicotiledóneas* 81, entre las cuales las familias dominantes son las compuestas, de las que poseo 26 especies: leguminosas, 6; ceñiglos, 6; umbelíferas, 5; solanáceas, 4. Los únicos arbustos son una nictagínea del género *Bougainvillia*, 2 licietas, una compuesta del género *Chuquiraga*. 4, leguminosas de los géneros *Acacia* y *Cassia*, y el *Colletia serratifolia*.

referido de manera especial a lo que se relaciona con las naciones salvajes, en cuanto a su número respectivo y a la extensión del terreno que ocupan, sólo hablaré ahora de los habitantes de Carmen, que pueden ser unos quinientos a seiscientos, consistentes en los primeros fundadores, agricultores o estancieros, casi todos provenientes de las montañas de Castilla: en gauchos exiliados por sus crímenes y en negros esclavos, empleados como peones en diversas explotaciones.

El comercio de Carmen es bastante limitado, pero es susceptible de mucho progreso. Si el acceso del Río Negro es difícil, su puerto interior es seguro y cómodo. Apenas se franquea la terrible barra, cuando un mar furioso sucede al curso apacible de un río poco ancho y muy profundo, que corre entre dos barrancas y que las naves, hasta las de doscientas a trescientas toneladas, remontan fácilmente hasta el villorrio de Carmen, a unas seis leguas de su desembocadura. Las embarcaciones aportan algunas mercaderías, que los comerciantes venden al menudeo a los pobladores y a los indios, o emplean como medio de trueque; pero por lo general llegan en lastre, para cargar sal y algunos cereales. Así, la importación consiste en ropa, en objetos de primera necesidad, en bujerías de vidrio, en objetos de quincallería para los indios, en tabaco en rodillos del Brasil y, sobre todo, en aguardiente, la mejor mercadería para los indígenas, con los cuales se realizan continuos trueques, que tienen a ese licor como base. Los mercaderes son todos pulperos o taberneros, que venden al menudeo las bebidas y mercaderías; a casa de ellos se dirigen los gauchos y los indios, y tienen lugar, entre los primeros, riñas continuas; mientras que los otros se embriagan y dejan sus bienes a favor del comerciante a menudo por poco; por eso se ha visto a muchos pulperos enriquecerse en pocos años.

La agricultura, siempre restringida en el país a causa de los ataques diarios de los indígenas, sólo se extiende, a lo largo del Río Negro, a cuatro o cinco leguas arriba o debajo de Carmen, considerando que se cultivan sólo algunas tierras de aluvión de la orilla norte y las islas; y cuando la situación respecto a los indígenas lo permite, algunas partes de esas tierra vírgenes que ocupan en un ancho bastante grande, toda la orilla sur. Son suelos de aluvión compuestas de una tierra negruzca de lo más fértil, regada casi todos los años por los desbordamientos del Río Negro, que aumentan aún más su fecundidad; así, esos campos dan de quince a veinte por uno siempre, de un trigo de lo más rico. La cosecha anual se calcula, para el año común, en 4.500 fanegas[147], de las cuales

147 La fanega de Buenos Aires, mucho mayor que la de España, equivale a 42 kilogramos.

se exportan todos los años de dos a tres mil. Si la región estuviera defendida de las invasiones de los indios y se pudiera sacar partido de las tierras hoy no utilizadas que bordean el río hasta la primera angostura, unas veinte leguas arriba de la desembocadura, y, sobre todo, las tierras tan fértiles de los alrededores de San Javier, la colonia del Río Negro sería una de las más ricas de la República Argentina. Su producción podría abastecer a Buenos Aires, que, desde entonces, podría economizar los fondos que emplea en la compra de harina de América del Norte; pero la época en que podrán aprovecharse las riquezas naturales de estos lugares está muy alejada todavía. El trigo constituye la base de la agricultura de las orillas del Río Negro, y sólo se emplean los excedentes en el consumo de la zona. Todas nuestras legumbres se desarrollan maravillosamente, sobre todo las calabazas, así como todos nuestros árboles frutales, que producen muchas y muy buenas frutas, aunque ese género de cultivo ha aumentado poco desde la época de la fundación. Sólo se ven árboles viejos, y la indiferencia de los criollos, a este respecto, ha llegado a la Patagonia. La agricultura está abandonada; empero, la cosecha de manzanas es abundante y se exporta todos los años gran cantidad a Buenos Aires, Montevideo y Brasil. La viña, aunque puede dar muy bien vino, no es cultivada en grande; la uva es deliciosa, pero no se comercia con ella. Desde el punto de vista de las especulaciones agrícolas, las orillas del Río Negro están en condiciones de alcanzar todos los progresos de nuestra vieja Europa, con las ventajas tanto mayores de que la tierra es todavía virgen y de que sus barbechos, hasta dentro de siglos, no tendrán necesidad de ningún abono.

Otro género de explotación, más de acuerdo a las inclinaciones de los pobladores, es la cría de ganado. Se entregan a ella desde la fundación del establecimiento, y, en diversas épocas, se ha visto hasta cuarenta o cincuenta mil cabezas de ganado cubrir sus campos. Sería, con toda seguridad, el tipo de especulación más productivo, si hubiera alguna seguridad para el ganadero; pero éste, después de haber, en algunos años, más que duplicado sus cabezas de ganado y estar a punto de recoger el fruto de tantos desvelos, ve una falange de salvajes cubrir, en una noche, toda la campaña, como torrente desbordado. Rico la víspera, al día siguiente está hundido en la indigencia. Ha perdido todos sus recursos. Esa falta de seguridad hizo, durante mi estadía en Carmen, que algunos estancieros mataran sus animales para salar la carne, a fin de abandonar, luego, la región, llevando consigo una parte de su haber. No hace falta, pues, otra cosa a Patagones, para que prospere en ese aspecto, que los medios de defender sus fronteras de las invasiones de los naturales. La carne salada, que se puede, a causa de la proximidad de las salinas, preparar con un costo

menor que en cualquier otra parte, es enviada a las costas del Brasil o a La Habana. Los cueros secos o salados se exportan y se venden sea en Buenos Aires, sea en otros lugares, a los comerciantes europeos, que se los llevan. Durante algún tiempo, Carmen proporcionaba gran número de esos cueros, por medio del comercio con los indios; hoy ese género de comercio ha decaído, a causa de las guerras.

Las ovejas son abundantes y la lana es apreciada, pero la región tiene renombre especialmente por sus cerdos y la fabricación de jamones. Los de la Patagonia son, por lo menos, tan conocidos en Buenos Aires como los de Mayence lo son en Francia. Algunos habitantes me aseguraron que no se exportan menos de ocho mil libras al año, pero el comercio más productivo de la comarca es, sin duda alguna, el de la sal recogida de las salinas naturales que hay en todas partes, sobre todo la de Andrés Paz. Creo, por el número de naves que se cargan anualmente, poder calcular la exportación en ochocientas a mil toneladas, por lo menos. Aprovisiona a una parte de Buenos Aires y a las provincias ribereñas del Paraná, como Corrientes, Santa Fe, La Bajada, la Banda Oriental y el Brasil Meridional. Es una fuente inextinguible de riquezas. He explicado, al referirme a las salinas de donde se extrae[148], la forma sencilla de recogerla, así como su empleo en la región. Es seguro que si los frecuentes ataques de los indios obligaran a la República Argentina a renunciar a extraer sal de la Patagonia, sufriría mucho. Tiene, pues, en este aspecto, el mayor interés en conservar un establecimiento susceptible de muchos géneros de progresos y destinado, tal vez, a jugar más tarde un papel menos secundario que hoy, por los recursos que brinda a la agricultura y a la industria, cuando se logre explotar cómodamente todas las riquezas naturales.

Un comercio especial de Carmen es el que se realiza con los indios. El villorrio es el lugar de cita general de todas las hordas salvajes que vagan desde el estrecho de Magallanes hasta las fronteras de Buenos Aires y desde el pie de los Andes a las costas del océano. Los puelches que habitan hoy las orillas del Colorado se acuerdan que fueron los primeros en mantener relaciones de amistad con los españoles al cederles las orillas del Río Negro. Los aucas de las pampas y los patagones o tehuelches de las partes meridionales del continente americano llegan allí con el producto de su industria o el de sus incursiones a los establecimientos vecinos de los lugares que habitan, y residen allí, alternativamente, durante algunos meses, que emplean en cambiar los productos que traen. Todos conducen rebaños, que venden por chucherías, tabaco o aguar-

148 Véase cap. XVIII.

diente. Los aucas aportan, además, sus tejidos de lana, estimados en la región, donde se emplean como chabrás o como mantas. Son los ponchos o las mantas, tejidos por sus mujeres, riendas y cinchas de cuero trenzado, fabricadas por ellas, así como pieles. Los puelches aportan los mismos objetos, pero en menor cantidad; y, aunque todos sean cazadores y comercien con los despojos de los animales que matan, son los patagones quienes proporcionan las cantidades más grandes de pieles, principalmente de esas hermosas alfombras hechas con cuero de guanaco, de maras, de zorro, de zorrino y de esas plumas de ñandú exportadas luego a Europa, donde se convierten en plumeros.

En resumen, la exportación consiste en sal, granos, cueros, pieles, plumas de avestruz, aceite de pescado, cuando se permite la pesca de focas; algunas frutas y jamones; pero, por falta de datos precisos, resulta difícil establecer su valor.

Carmen o Patagones está administrada por un comandante militar, dependiente del ejército de Buenos Aires. Ese jefe está investido de todos los poderes; su vigilancia se extiende a la policía, a la defensa de la región y al progreso, en sus diversas ramas. No maneja las finanzas, de las cuales está encargado un empleado de aduana, al mismo tiempo que de la percepción de los derechos sobre el ganado y de los derechos de entrada y salida de las mercaderías o productos de la comarca. Fuera de esas dos personas, no hay más que oficiales subalternos sometidos al comandante, secundados por algunos artilleros y algunos soldados, casi todos negros de la costa de Africa, apresados a las naves brasileñas. Sólo se contaba, en 1829, con diez a quince artilleros, y sesenta a ochenta soldados negros de infantería. Los habitantes estaban organizados en milicia y formaban la caballería, cuando era necesario.

Cuando se fundó Carmen, la colonia consistía sólo en un fuerte, que existe actualmente, situado en la orilla norte, en la cumbre de un acantilado y dominando el río, las llanuras del sur y la campaña circundante. Tiene la forma de un cuadrado y unos doscientos metros de cada lado. Está construido con fuertes murallones de piedra y flanqueado de tres bastiones, dos sobre el río, al este y al oeste, y el tercero dando al campo. En su interior está la capilla, situada en la fachada del sur y junto a la cual están el presbiterio y el almacén de pólvora. En los otros lados se prolongan alojamientos espaciosos para el comandante, el tesorero, los oficiales, la guarnición y un pequeño hospital. Todas estas construcciones constan de un piso y están cubiertas de tejas. El gobierno posee, además, afuera, vastos graneros, una panadería, un molino, un taller de cerrajería, un taller de carpintería, dos estancias. Las partes destinadas para las viviendas son las únicas que se mantienen en buen estado; el

fuerte está en ruinas, las paredes se desploman por todas partes, a falta de reparación; y las estancias no poseen hoy una sola cabeza del ganado o de caballo. El establecimiento de Carmen se divide en tres grupos: dos al norte y uno al sur del río. De los dos primeros, uno, la antigua Carmen, está ubicado entre el fuerte y el Río Negro, sobre la pendiente del acantilado, y se compone de unas cuarenta casas construidas, sin mucho orden, de diversas alturas, formando una línea irregular que sigue el curso del agua, y entre las cuales hay algunas amplias, bastante cómodas, de dos pisos o provistas de terraza; pero estas últimas chocan en medio de las simples cabañas que las rodean. Allí está el centro del comercio con los indios, que se establecen en la extremidad occidental del villorrio. El otro grupo de la misma orilla, llamado *Población*, está a algunos centenares de pasos del fuerte hacia el este; está separado por médanos móviles que ocultan por completo la descarga de la artillería. La Población forma una vasta plaza cuadrada, alrededor de la cual se extiende una cintura de casas, la mayoría nuevas, construidas durante la guerra con los brasileños. Todas tienen un piso, están cubiertas de tejas y sirven de morada a los agricultores, a los chacareros, a algunos mercaderes o pulperos. Entre ambos grupos se destacan algunas casas esparcidas a lo largo del río. El villorrio de la orilla sur, llamado, para distinguirlo de los otros dos, *Población del Sur*, está formado de quince a veinte casas alineadas en un terreno bajo, sujeto a inundaciones. Tales casas, más pobres que las del norte, están ocupadas por los gauchos y algunas familias de estancieros; algunos pulperos, atraídos por la proximidad de los indios, han establecido allí sus comercios. El aspecto es, en general, triste. Apenas algunos árboles, de tanto en tanto, y sólo a orillas de las aguas, atestiguan la subsistencia que les da, a regañadientes, un suelo ingrato. En vano se buscaría, alrededor de las casas, esos jardines que se han hecho en Europa a cualquier costo.

Las calles son arenosas y uno se hunde siempre en una arena polvorienta, que los vientos transportan con violencia en todas direcciones, de acuerdo al lado de que soplan.

El lujo del mobiliario, desconocido en Carmen , con los brasileños, se mostró de 1827 a 1829, durante mi estadía. En muchas casas, la sencillez primitiva de las residencias de los buenos granjeros fue reemplazada, en las de algunos negociantes, por muebles extranjeros, bastante elegantes, y el teclado de los pianos se hizo oír, por primera vez, en tierra de los patagones. El vestido experimentó también modificaciones; el de los campesinos españoles cedió su lugar al lujo de las grandes ciudades. Se recibieron las modas de Buenos Aires, y las telas de seda, provenientes de la industria asiática; cubrieron, con sus

ricos colores, a mujeres obligadas, algunos años antes, a conformarse con los groseros tejidos de lana provenientes de las fábricas españolas o inglesas, cuando no se veían reducidas a los que fabricaban los indios aucas; pero ese lujo pasajero sólo consiguió empobrecer la región. Las necesidades creadas durante la guerra no pudieron ser satisfechas cuando Carmen, al volver a su estado original, entró en una situación de estancamiento; por eso no se oyen más que lamentos por el presente y añoranzas del pasado.

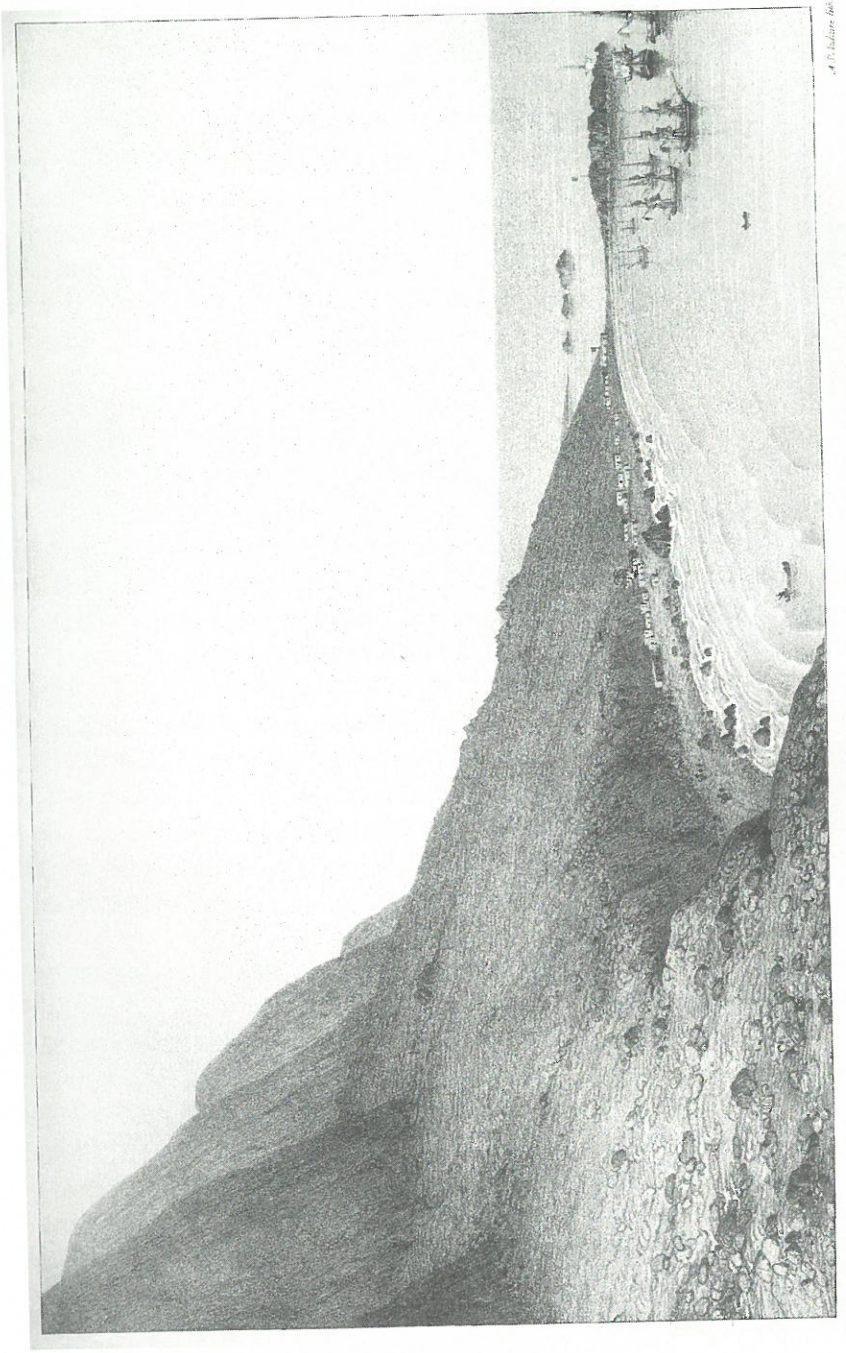
La masa de la población se compone, como ya lo he dicho, de españoles provenientes de Castilla, de extranjeros y de gauchos deportados. Como esos colonos llegaron en épocas no muy lejanas, sus costumbres (me refiero a la de los estancieros) son iguales a las de los habitantes de Buenos Aires. Los gauchos, la mayoría exiliados por delitos, conservan sus hábitos sanguinarios y su indiferencia por la vida; es entre ellos que se renuevan con frecuencia las riñas, donde el cuchillo juega un gran papel. Es raro el gaucho que no tenga la cara cubierta de cicatrices, lo que se explica fácilmente por sus peleas, que tienen por causa un desafío, en el cual la gloria consiste en marcar al enemigo. De inmediato se los ve sacar un enorme cuchillo de una vaina que llevan al cinto, colocarse el poncho en el brazo izquierdo, levantarlo como un escudo, ponerse en guardia con notable sangre fría, buscarse mutuamente, por lo general en presencia de testigos, con el objeto de herirse el rostro, porque darse una cuchillada debajo de la cintura sería considerado una traición, indigna del honor de los combatientes. Los dos adversarios se miran con fijeza, para adivinarse sus movimientos, a fin de aprovechar el momento favorable para herirse en la cara; y si, después de muchos esfuerzos de una y otra parte, la punta del cuchillo alcanza el rostro de uno de ellos, por poca sangre que salte, el duelo termina. Los dos campeones vuelven a ser a menudo buenos amigos. Acontece a veces que el vencido recibe una cuchillada que le atraviesa, a lo largo o a través, todo el rostro; pero no trata de vengarse. Jugadores infatigables, los gauchos tienen sin cesar las cartas en la mano; es el juego que los lleva casi siempre a esas riñas sangrientas. Tan indiferentes a su existencia futura como a las penas del momento, son resistentes a los sufrimientos físicos, no temiendo nunca a la muerte, lo que los hace capaces de intentarlo todo; pero cuando, en ellos, se descubre a veces una aparente insensibilidad que les hace abandonar sus familias para ir a vivir más libres en medio de las hordas salvajes; cuando se los ve, con el corazón alegre, verter la sangre de sus semejantes, sin al parecer experimentar la menor emoción, ¿cómo, por otra parte, no asombrara descubrir en ellos sentimientos de una ardiente amistad que los lleva a sacrificarse por su patrón, por un amigo y a multiplicar esos actos extraordinarios de devoción a los cuales no les asignan la menor importancia? Su carácter es una mezcla notable de

desprecio por todo vínculo social, de pereza, de vicios, hasta de crueldad, de orgullo, de ideas elevadas, de coraje llevado hasta la temeridad, de abnegación, cuando aman, así como de odio implacable cuando detestan. Habituados desde la infancia a ver derramar sangre, a derramarla personalmente en las estancias, se acostumbran a tal punto, que ven con la misma impasibilidad derramar la propia o la de sus semejantes. Sus diversiones son tan groseras como sus modales: la más delicada es la de amenazar con un cuchillo. Vi en Carmen a un gaucho, a quien un indio molestaba en una pulpería, darle, sin emocionarse, una cuchillada, dejarlo tendido muerto, arrastrarlo hasta el río y volver a su conversación y a su partida, sin la menor agitación, sin que los testigos parecieran impresionados y sin que le dirigieran la menor reprimenda al asesino. *¡Era un salvaje* y no un *hombre...!*

En Carmen sólo se habla español. Como no hay ninguna mezcla entre las tres naciones indias que van diariamente –los patagones, los puelches y los aucas–, manteniéndose ellas aparte y no sosteniendo nunca relaciones amistosas sinceras, sus idiomas no son conocidos por los habitantes, que apenas hablan algunas palabras. La sangre está todavía menos mezclada que el idioma; por eso me sería difícil hablar del producto del cruce de las tribus con los blancos. Los habitantes de Carmen siguen, por lo demás, en todo los usos de Buenos Aires. Lo mismo que en Buenos Aires, se toma mucho mate y todo el mundo fuma.

Para concluir mi cuadro de la Patagonia septentrional, sólo me resta decir una palabra acerca de la salubridad de la región. Ninguna enfermedad endémica se hace sentir y las incomodidades tan comunes en otras partes apenas son conocidas. Es cierto que hay poca humedad; los vientos secos y fríos hacen subir la temperatura, sin ocasionar esos catarros, que abundan en otras comarcas. Los habitantes mueren de viejos y experimentan pocas de esas enfermedades que trae la vejez.

No quiero abandonar Carmen sin pagar un justo tributo de gratitud a sus habitantes, por las amabilidades de que me colmaron y por la franca hospitalidad con que siempre me ayudaron en todo lo posible. Son tantas las personas a quienes debo favores que no podría nombrarlas a todas. Un reconocimiento eterno no sería suficiente. Séame permitido nombrar aquí particularmente a los señores Manuel Alvarez, Valentín Cardoso, Manuel Alfaro, Manuel Rodríguez y José María Drago, que, durante mi estadía en la zona, tuvieron la bondad de admitirme en sus familias, y que, además de los medios de investigación más amplios, me procuraron, en los momentos de reposo, con su amabilidad y sus conocimientos, placeres sociales e intelectuales que ningún viajero podía esperar al llegar al suelo patagón.



Vista del puerto de Cobija, república de Bolivia.

CAPÍTULO XXIII

Partida de Carmen para Buenos Aires. Viaje a Montevideo; navegación de ese punto a Chile, doblando el Cabo de Hornos. Estadía en Chile

Partida de Carmen para Buenos Aires

Creí poder partir de Carmen en el curso del mes de agosto, pero el navío no estuvo listo hasta el 1 de septiembre. Hice inmediatamente embarcar mis numerosas colecciones y me dispuse a abandonar la Patagonia. Al día siguiente descendimos el río, aguardando, en la desembocadura, un viento favorable para franquear la barra. Allí, recibí las visitas de despedida de los habitantes y, entre otros, del buen cura, que me trajo provisiones de boca, consistentes en jamones, lenguas saladas y huevos. No pude rechazar el obsequio, a tal punto puso amabilidad en esa atención; y más tarde me vino muy bien, puesto que el barco norteamericano en que viajaba no podía ofrecerme recursos de ese género. El viento mejoró el 3 por la tarde y esperábamos salir al día siguiente con la marea. La noche anterior, un francés, ex capitán de corsario, que subió a bordo, me obligó a descender a tierra, a causa de una pelea que la exaltación causada por el abuso de licores, me provocó muy gratuitamente: sólo hablaba de degollar a todo el mundo y me propuso un duelo a las once de la noche; ya veía brillar la navaja que siempre cargaba, pero una sensata firmeza, que le demostró que sus bravatas no me intimidaban, le hicieron cambiar de lenguaje y tuve tanto trabajo para defenderme de sus atenciones exageradas como de sus primeros insultos.

1 de septiembre

El 4 de septiembre franqueé, con un tiempo magnífico, la terrible barra y di mis últimos adioses a ese suelo árido, donde, sin hablar de las trabas de todo

género puestas a mis investigaciones, me vi forzado a batirme por cuenta de los habitantes, arriesgando a cada instante mi vida en viajes de aventuras en medio de los desiertos. Sin embargo, debo decirlo, la partida borró por completo de mi memoria todas las malas impresiones y no dejó lugar más que para la satisfacción interior que me brindaba la idea de llevar de esa tierra tan célebre a causa de tantos prejuicios, los documentos más apropiados para destruirlos para siempre.

4 de septiembre

No me detendré en los detalles monótonos de un viaje por mar. Retardado de un lado por los vientos, del otro bastante mal tratado a causa de la avaricia del capitán, me pareció más largo de lo que fue en realidad. A una serie de vientos contrarios sucedieron algunas calmas en el cabo San Antonio, al sur de la desembocadura del Plata; pero pudo sacarles partido. A veinte leguas de tierra, hice fondo a sesenta metros y pesqué peces muy interesantes. Finalmente, después de diez y seis días de una navegación muy aburrida, alcancé el termino de la travesía: la ciudad de Buenos Aires.

Volví a ver con placer infinito la capital argentina. Después de pasar ocho meses en medio de los salvajes, privado casi por completo de recursos intelectuales, tenía necesidad de retemplar y reencontrar, por lo menos durante algún tiempo, ese alimento del espíritu, esa civilización propia de las grandes sociedades de las ciudades mercantiles.

Buenos Aires

Recuérdese en qué estado crítico dejé a Buenos Aires después del asesinato político del coronel Dorrego por Lavalle; recuérdese esa guerra intestina que armaba a los habitantes unos contra otros, y que diezmaba de la manera más bárbara a los valientes de la nación, sin ninguna ventaja para ella. Ese estado de cosas se prolongó durante mi ausencia; Lavalle, casi siempre vencedor, era el amo de la ciudad y dirigía el Partido Unitario; mientras Rosas, jefe de los federales, reinaba en la campaña con sus terribles gauchos y hostilizaba sin cesar a los ciudadanos. Finalmente, Rosas, reconociendo la inferioridad de su partido, hizo a Lavalle propuestas de arreglo, que este último aceptó, para detener la carnicería. Convenios muy honrosos para él y su partido se firmaron entre los dos jefes[1], y la guerra cesó momentáneamente; Rosas, al entrar en la ciudad con los suyos, no tardó en cambiar de lenguaje; sus campesinos hablaban cada día con mayor altanería. Pronto Lavalle y todos los jefes del

1 El autor se refiere al Pacto de Cañuelas, firmado entre Rosas y Lavalle, el 24 de junio de 1829, en la estancia del inglés Miller; y al pacto sellado entre esos dos personajes, el 24 de agosto del mismo año, en la quinta de Piñeiro, por el cual se anulaban las elecciones que favorecieron a los unitarios. (N. del T.).

Partido Unitario se sintieron muy felices de poder refugiarse en la Banda Oriental, escapando así al cuchillo de los feroces gauchos. Las cosas estaban en ese estado cuando regresé a Buenos Aires.

Algunas palabras completarán la exposición sumaria de los principales hechos que pasaron bajo mis ojos y podrán explicar algunas circunstancias desfavorables de mi viaje. Ya he descrito la insurrección de Lavalle, que hizo pasar, sin derramar sangre, la capital del Partido Federal a los unitarios; he dicho algo sobre la guerra sangrienta que siguió entre la ciudad y la campaña, pero esa conmoción política no debía terminar allí. La guerra, limitada en un comienzo a la ciudad, abarcó pronto a toda la provincia de Buenos Aires. El espíritu revolucionario invadió las provincias alejadas, y la lucha entre ambos partidos desoló al resto de la República. Mendoza y Córdoba eran entonces teatro de otros dramas sangrientos, que todavía se prolongarían muchos años. Quiroga del Partido Federal, cometía horrores en diversas ciudades, donde no podía existir ninguna seguridad para el extranjero pacífico. Buenos Aires sólo estaba tranquila en apariencia. Los jefes de los federales, gauchos ellos mismos, eran de una insolencia extrema. Sólo hablaban de ataques, de robos en perjuicio de los ciudadanos.

Finalmente, para colmar la medida, la cámara reunida nombró, el 8 de diciembre, al general Rosas gobernador de la provincia. El nuevo dictador fue, al salir de la Cámara, coronado por las mujeres, la ciudad fue iluminada, la orquesta militar recorrió la ciudad, acompañada de un populacho exaltado, y los gritos de *¡Muerte a los unitarios!*, *¡Muerte a los franceses!*, se repetían en todas partes[2].

8 de diciembre

Al llegar a Buenos Aires, reinicié mis ocupaciones, a pesar de todo. Tuve que poner en orden mis notas y unas colecciones, a fin de enviarlas a Francia, y pensé luego en el medio de pasar al lado occidental de América. Se concibe fácilmente que mi más vivo deseo era atravesar las pampas de Buenos Aires a

---

2 Ese odio del Partido Federal contra los franceses, odio que debía provocar poco a poco la guerra contra Francia, tuvo nacimiento con la creación de un cuerpo de franceses, llamado *Batallón del Orden*, destinado a impedir a gauchos y federales que entraran en la ciudad y violaran las propiedades privadas*.

* El autor se refiere al conflicto entre Francia y el dictador Rosas, que llevó en 1838 a la guerra. Los franceses solicitaron que se les aplicara el trato preferencial acordado a los ingleses por el tratado firmado con Gran Bretaña en 1825 y la libertad de algunos súbditos de esa nacionalidad que habían sido detenidos. Las afirmaciones de d' Orbigny desmienten que haya habido coacción en la incorporación de los ciudadanos franceses a las milicias, durante los gobiernos unitarios. (N. del T.).

Chile, y franquear así esas inmensas llanuras que separan el océano Altántico del pie oriental de los Andes; pero, luego de la exposición rápida que acabo de hacer del estado del país, podrá juzgarse si me era posible llevar a la práctica ese proyecto, objetivo de tantos sueños y esperanzas, desde mis primeros proyectos de viaje. Me era necesario para conseguirlo pasar por Mendoza o por Córdoba, entonces teatro de las sangrientas ejecuciones de Quiroga, que acababa de degollar a familias enteras. ¿No aconsejaba la prudencia abandonar ese plan más que temerario y sobre todo inútil para mis observaciones? Todos mis amigos se opusieron con tanta más fuerza cuanto que los araucanos de las pampas recorrían sin cesar el espacio comprendido entre la capital argentina y los primeros lugares habitados de las provincias, y hubiera tenido que luchar contra dos flagelos igualmente de temer, los indígenas y las facciones políticas. Obligado, a disgusto, a renunciar al viaje por tierra, debí pensar en dirigirme a Chile por mar, lo que no dejaba de tener sus dificultades, puesto que nunca parten naves de Buenos Aires para el océano Pacífico. Me veía, pues, en la necesidad de ir a buscar la oportunidad en Río de Janeiro, circunstancia molesta por la pérdida de tiempo que ocasionaba. Esas dificultades me atormentaban, cuando una carta me sacó del apuro. Me informaban que un barro ruso debía partir, ocho días más tarde, de Montevideo a Chile, doblando el Cabo de Hornos. No tenía un instante que perder en mis preparativos, debiendo todavía mandar mis colecciones a Europa. Me puse de inmediato a la tarea, y gracias a algunas noches sin dormir y mucho cansancio, me encontré listo en el momento oportuno.

Viaje a Montevideo. Navegación de ese lugar a Chile, doblando el Cabo de Hornos

Desde varios días antes había reservado mi pasaje a bordo de un paquebote, y el 10 de diciembre, por la mañana, me despedí de la capital argentina, con la casi certeza de no volverla a ver más. Experimenté al principio una tristeza infinita, pronto reemplazada por la esperanza de nuevos descubrimientos que me esperaban del otro lado de América. Levamos ancla con viento contrario, que sin embargo nos permitió alejarnos bordeando la costa. Buenos Aires no tardó en desaparecer por completo y comencé a ocuparme de lo que me rodeaba. Nada más extraño que el conjunto de viajeros, cerca de los grandes centros comerciales. Se oyen hablar todos los idiomas al mismo tiempo, se ve desaparecer poco a

10 de diciembre

poco la especie de aislamiento entre unos y otros que domina al comienzo frente a la nacionalidad individual y al rango más o menos elevado, que indica el vestir. Cada uno se reúne de manera de formar grupos por países y, por así decirlo, por clases. Me acerqué a varios; en todas partes no oí hablar más que de política y de comercio. Había resuelto desde hacía mucho tiempo abstenerme de toda reflexión sobre la primera cuestión, y era extraño a la segunda, lo que me obligaba a permanecer neutral. Algunos momentos después, el viento, al intensificarse, interrumpió casi todas las conversaciones por indisposición de los interlocutores. El ardor de las expresiones fue reemplazado por palabras interrumpidas y luego por un silencio completo.

En el mar

Al día siguiente, el viento contrario siguió y estábamos frente a la Colonia del Sacramento, cuyos campanarios se dibujaban en medio de una campiña verdeante y bastante accidentada. Seguíamos la costa oriental del plata, formada de pequeñas colinas, sembradas, de tanto en tanto, con bosquecillos. No olvidaba que tres años antes, al comienzo de mi viaje, recorrí ese hermoso paisaje con el entusiasmo que despertaba en una cabeza viva y joven la vista de tantos objetos nuevos, la vista de esa naturaleza desconocida, donde todo impresionaba, donde todo transportaba de gozo.

12 de diciembre
Montevideo

El 12 a la mañana las orillas boscosas del Río Santa Lucía nos anunciaron que estábamos por terminar nuestro viaje; en efecto, unas horas más y la vista del Cerro (montaña de Montevideo)[3], vino a reanimar todos los espíritus. A las once estábamos en el anclaje. Me hallaba frente a Montevideo, cuyo aspecto traía a mi memoria el recuerdo de mi estadía en 1826, estadía señalada por mi encarcelamiento, con motivo de una observación barométrica y por las vejaciones sin número que sufrí por parte de los brasileños, entonces dueños de la ciudad. Un velo oscuro cubrió el cuadro que se presentaba ante mí y le quitó el encanto que podía ofrecerme. Sin embargo, una revolución habíase operado después de mi partida. La ciudad había sido devuelta el 1 de enero de 1829 a sus verdaderos propietarios. La provincia de la *Banda Oriental* (cuyo nombre cambiaron los brasileños por el de provincia Cisplatina) había adoptado un gobierno independiente, con el nombre de República Oriental del Uruguay.

Las primeras gestiones relacionadas con mi pasaje estuvieron a punto de desanimarme. Los rumores más siniestros corrían por la ciudad acerca del mal

3 El padre Feuillée (*Hist.*, etc., t. 3, p. 177) le asigna 292 metros sobre el océano.

estado de la nave, que se decía era muy vieja, podrida, sobre todo no cubierta de planchas e incapaz de resistir el mal tiempo del Cabo de Hornos, más peligroso que el Cabo de las Tempestades. Muchos pasajeros que, como yo, querían pasar a Chile, renunciaron a hacerlo por esa vía, temiendo una muerte casi inevitable. Mi perplejidad llegó al extremo; sin embargo, me parecía muy doloroso no aprovechar esa ocasión y perder, tal vez a causa de temores mal fundados, algunos meses, yendo a Río de Janeiro, donde me vería obligado a esperar mucho tiempo. Esas consideraciones me llevaron a reflexionar mucho acerca del partido a tomar. Me dirigí a un capitán constructor de barcos y le pedí que me acompañara a bordo de la *Catalina*, hermoso barco de tres mástiles y 250 toneladas, armado por españoles, que enarbolaba la bandera rusa. Descendimos a la cala; y, después de un largo examen, el experto capitán me dijo que, en efecto, la nave era vieja y no recubierta, pero que creía, sin comprometer su opinión, que podía efectuar todavía un viaje sin peligro muy inminente, sobre todo si el tiempo favorecía. Esa seguridad a medias no me satisfizo plenamente, pero a pesar de todo, poco accesible al temor y protegido como había sido hasta entonces por la Providencia, decidí partir, librando mi porvenir al azar. Mi resolución arrastró a los otros pasajeros, quienes, viéndome tan decidido, resolvieron finalmente seguir mi ejemplo. Acordé mi pasaje en mil quinientos francos y esperé impacientemente la fecha de partida, establecida para el día 20.

En vez de ocho días, pasé catorce en Montevideo, donde, por lo demás, volví a ver con gusto a mis antiguos conocidos. Realicé numerosas excursiones de historia natural y dibujé muchos objetos. Conociendo ya todo lo que me rodeaba y descubriendo siempre la misma naturaleza, mis búsquedas no me brindaban el mismo atractivo y la sed de lo nuevo que, junto a la impaciencia de la partida, llenaban todos mis pensamientos. Fui dos veces, para distraerme, a un espectáculo público. La primera, el elenco, compuesto de actores españoles bastante buenos, representó una tragedia de circunstancias compuesta en España, durante la primera constitución; las grandes palabras de gloria, virtud, libertad y muerte se prodigaban hasta la exageración, y algunas analogías con el estado del país despertaron en mi espíritu recuerdos de todos los dramas sangrientos que se desarrollaron ante mis ojos durante mis tres años de residencia en la República Argentina, donde sólo vi revoluciones y guerras intestinas, por el interés privado de algunos jefes, que sin embargo no vacilaban en compararse a los espartanos. Luego, la escena fue amenizada por un *bolero*, que una española bailó con tanta gracia como precisión, y el espectáculo concluyó con una pieza burlesca que hizo reír a todos, sin exceptuar al

gobernador de la provincia. La segunda vez se representó la traducción española de la *Mère Coupable* de Beaumarchais.

Estaba escrito que en todas partes encontraría perturbaciones y que una estadía tan corta no transcurriría sin algún episodio lamentable. En la noche del 15 una tentativa de saqueo de la ciudad fue impedida a tiempo. El general Fructuoso Rivera tenía, entre las tropas acampadas en la campaña, más de trescientos indios guaraníes, de los cuales un centenar entró armado. Después de haber matado a un pobre inglés, alquilador de caballos, los asaltantes se presentaron al Cabildo, con el fin de hacer evadir de las prisiones a más de ciento cincuenta asesinos que estaban presos y con los cuales contaban aumentar sus fuerzas. Hallaron allí, por suerte, una viva resistencia de parte del oficial de guardia, resistencia que dio tiempo de acudir a las tropas. Después de varias descargas que produjeron bastantes muertes de una y otra parte, los ladrones se vieron obligados a ponerse a salvo; la caballería los persiguió y la tranquilidad se restableció a tal punto, que por lo tarde todo había pasado.

15 de diciembre

No hay, en general, países donde la libertad individual sea menos respetada que en las repúblicas. Podría creerse que bajo el régimen de la independencia el viajero debe encontrar toda clase de facilidades para circular, pero no es así; y los gobiernos americanos son de todas las potencias los que exigen más formalidades cansadoras para obtener un pasaporte. En Buenos Aires perdí un día entero para poner el mío en regla; en Montevideo fue más difícil todavía. Para presentarse a la policía, se requieren por lo menos cinco firmas previas.

Antes de abandonar Montevideo, diré que la ciudad estaba en pleno progreso. Comenzábanse a derrumbar murallas en todas partes; y desprovista de ese cerco, la capital del Estado Oriental del Uruguay debía tener un crecimiento de acuerdo a la importancia de su posición. El cambio de los campos circundantes, antes despoblados y hoy cubiertos de ganado, hacía presagiar un porvenir de lo más próspero. Pude ver en los días de fiesta las encantadoras formas de las mujeres y el lujo que desplegaban en sus aliños. El paseo del Portón me hizo sobre todo apreciar la gracia seductora que caracteriza a las españolas americanas de Montevideo y Buenos Aires.

Me embarqué el 26, y al día siguiente por la mañana nos pusimos a la vela. La tierra se alejó poco a poco, el Cerro descendió en el horizonte y desapareció finalmente de nuestra vista. Saludé por última vez a las tierras orientales de América, que, durante cuatro años, fueron teatro de mis investigaciones; no debía volver a verlas. Nada es más monótono, como es sabido, que un viaje

En el mar. 27 de diciembre

por mar. No hay otra cosa para distraer que los seres más o menos indiferentes que nos rodean, los raros incidentes de la navegación, el aspecto de un cielo a menudo oscurecido por las nubes, el mar calmo o agitado, verdadero símbolo de la vida; y el pensamiento ardiente que nos domina hace avanzar hacia el porvenir retrotrayendo el pasado. Habituado desde hacía mucho tiempo a vivir casi siempre en la soledad, sea por estar realmente solo, sea que me hallase con gentes del país, me había hecho muy soñador. El tiempo que no empleaba en el trabajo o en la observación, lo ocupaba siempre en reflexiones sobre el porqué de las cosas. Trataba de darme cuenta de todo por medio del raciocinio; por eso no experimentaba un momento de aburrimiento.

1830
1 de enero

Un buen viento nos impulsó durante algunos días hacía el sur. Pasamos sucesivamente frente al paralelo de la Bahía de San Blas y del Río Negro de la Patagonia, donde había vivido tanto tiempo. El 1 de enero de 1830 estábamos en el 42°42'[4] de latitud sur, con tiempo pésimo, el viento contrario y el mar de lo más agitado. El capitán, joven catalán de veintitrés años, poco instruido, pero buen hombre, era tal vez demasiado riguroso respecto a los preceptos religiosos; nos hacía ayunar los miércoles, los viernes y los sábados, y no olvidaba nunca su oración de la mañana y de la tarde, rezando además veinte veces diarias su rosario. No tenía segundo, y su teniente era un pobre marinero, sin conocimientos náuticos. El resto del personal se componía de un joven español, de un inglés, de cuatro pasajeros franceses y marineros españoles. Si tuviéramos que juzgar por nuestro navío del estado culinario de España, no haríamos el elogio, porque nuestros simples marineros franceses son mejor tratados de lo que éramos nosotros como pasajeros. Con galleta sucia nos daban, por lo general, bacalao y aceite rancio, a lo que se añadía mucho ajo fuerte, garbanzos y pimientos. El alojamiento no era mejor que la comida. Ciertos insectos hemípteros de lo más importunos habitaban nuestras cabinas y nos hacían desear vivamente acercarnos al polo, que debía disminuir el ardor con que nos atormentaban por la noche.

Nunca en una travesía vi alrededor de un barco tantos peces, tantos delfines y otros cetáceos, como en ésa; estaba sorprendido, pero más tarde conocí la causa. Parece que las chapas de cobre que cubren a los barcos no permiten a las diferentes plantas, conchillas o pólipos pegarse y todos los animales de alta mar se alejan, de donde resulta que desde la borda de los navíos enchapados de

---

4 En el original francés figura, por evidente error tipográfico, 12°42' latitud que no corresponde a la ubicación del barco. (N. del T.).

cobre no se los ve, mientras que se ve muchos alrededor de los que no lo están. Los días de buen tiempo, desde el 43° al 59° de latitud sur, vimos el espectáculo realmente divertido de manadas variadas de delfines, unos negros, otros blancos, otros con cuatro manchas blancas sobre negro, o mitad de un color y mitad del otro. Venían a jugar alrededor de nosotros y daban varias veces la vuelta al barco, cualquiera fuera nuestra marcha, sumergiéndose, entonces en las olas con la rapidez de la flecha, o navegando delante de la proa, como lo corredores de otra época delante de los coches de los grandes señores. Nos acompañaban así una hora y luego nos abandonaban. No cabe la menor duda de que esos ágiles habitantes de los mares nos hubieran acompañado mucho tiempo, si no hubiéramos tenido a bordo un hábil arponero que todos los días nos brindaba un nuevo espectáculo. Apenas se señalaban los delfines, se ubicaba en el palo del bauprés, siguiendo con ojo seguro los bruscos movimientos de los cetáceos; cuando consideraba que había llegado el momento propicio, lanzaba su arpón con energía, y, siendo de lo más hábil, fallaba muy raramente su tiro; pero la marcha acelerada del barco, la resistencia del animal en el agua y los movimientos de éste para desprenderse del hierro mortal, hacían casi siempre que huyera; y, lamentándolo mucho, uno solo, un delfináptero o delfín sin aletas natatorias, mitad blanco, mitad negro, aumentó mis colecciones para el museo.

Los más grandes ejemplares de la misma familia se presentaron a menudo ante nosotros en las regiones meridionales, sobre todo al este del Cabo de Hornos. Tanto era una enorme ballena que, pasando a algunas toesas de nosotros, nos permitía apreciar no sólo su longitud en relación con la nave, sino también examinar todas sus partes; tanto un ballenóptero de hocico blanco y dorsal puntiaguda, ubicada junto a la cola, que jugaba cerca de nosotros, siguiendo lentamente nuestra ruta. Un día, en el 52° de latitud, entre la tierra firme y las islas Malvinas, vimos durante más de dos horas un espectáculo bien interesante: el de dos manadas de ballenas, compuesta cada una de más de cincuenta individuos. Aparecieron todas juntas en la superficie y lanzaban chorros de agua que caían en forma de lluvia. Se sumergían luego en medio de las olas, para mostrarse de nuevo algunos momentos más tarde, siguiendo así una dirección contraria a la nuestra, lo que nos permitió verlas de muy cerca y admirar sucesivamente esas masas ambulantes y sus múltiples movimientos. Esas dos manadas eran de especies distintas, lo que se reconocía por la forma de las aletas natatorias del lomo, y no pude explicarme esa reunión fortuita (que habría hecho la fortuna de un ballenero) más que a causa de la estación de los amores de esos cetáceos. El paraje donde estábamos era uno de los me-

jores lugares de pesca; pero las ballenas, acosadas, perseguidas continuamente por pescadores de todas las naciones, abandonarán pronto esas regiones, como abandonaron, algún tiempo antes, las costas del Brasil; pasaron al lado occidental de Chile, que tuvieron también que abandonar, para ir a refugiarse en los lugares no frecuentados de Nueva Zelanda, donde ya son actualmente objeto de las persecuciones de los balleneros. Es muy interesante seguir las migraciones forzadas de esos grandes animales, víctimas de la industria comercial de las naciones; verlos cruzar los océanos, pasar de un polo a otro, para hallar tranquilidad. No habrá, así, pronto, en la vasta extensión de los mares, un solo lugar donde el hombre les permita vivir con seguridad.

Los otros seres que se nos mostraron en la travesía eran aves de alta mar. Al comienzo aparecieron en pequeño número, porque el verano les permitía ir a las regiones meridionales. El elegante petrel de tormenta, siempre en movimiento, verdadera golondrina de mar, se mostró primero, reemplazado, en la extremidad de América, por el petrel Lesson, que parece seguir las manadas de ballenas, posándose con frecuencia sobre las aguas. Pronto el albatros de largas alas, gigante de esas regiones, recorría todas las ondulaciones de la ola, sin aparecer ejecutar ningún movimiento. Una tarde, por el 52° de latitud, en uno de esos crepúsculos bastante calmos, donde agrada descubrir, en las nubes amontonadas en el horizonte, algunas formas fantásticas que responden a los sueños de la imaginación, permanecí hasta tarde en el puente, cuando un ruido confuso de voces semejantes a gritos humanos resolló en mis oídos. Creí al comienzo equivocarme y escuche con mayor atención. No era una ilusión, oía realmente sonidos que me traía la brisa, pero, ¿de dónde provenían? Un hermoso claro de luna me permitía descubrir desde lejos el horizonte, donde no veía ningún navío. Comencé a dudar de mí mismo, y sin embargo a medida que nos acercábamos al punto de donde parecía partir, la conversación se hacía cada vez más animada. Finalmente, mi asombro terminó a la vista de esos seres parlanchines que en otros tiempos se hubieran convertido en sirenas. Eran simplemente pingüinos, aves medio peces, puesto que no vuelan, que se divierten en medio de las olas saladas y celebran así la belleza del día[5]. Avanzábamos con rapidez hacia el sur, viendo, a intervalos, en la superficie de las aguas, algunas algas que flotaban, arrancadas sin duda de las rocas por las olas

5 Es la *Aptenodytes patagonica*, Gmel. Esas aves, tanto a causa de su extraño modo de andar por tierra, como de sus cantos, reciben de los españoles el nombre de *Pájaro Niño*, porque sólo van a tierra "arrastrándose penosamente sobre el vientre", como dice Cuvier (*Reino Animal*, t. I, p. 550), pero marchando de pie, como verdaderos niños.

y que las corrientes generales llevaban de sur a norte. El viento era muy variable. A veces bastante bueno, nos acercaba a las regiones frías; pero por lo general contrario, obligándonos a luchar penosamente contra él, balanceados por el oleaje de un mar siempre furioso. El 10 vimos un barco ballenero, fácil de reconocer por su hornillo y ese tablado donde se colocan las canoas de pesca. No quiso darnos a conocer su nacionalidad. Estábamos entonces en el grado 50. El cambio del color del agua decidió al capitán a sondear; pero a cuatrocientos metros no se tocó fondo. Al día siguiente pasamos entre las islas Malvinas y tierra firme; pasamos, sin verlo, frente al estrecho de Magallanes, y el 13 vimos, a diez leguas de distancia más o menos, las altas montañas de Tierra del Fuego, junto al estrecho de Lemaire, por donde el capitán tenía el deseo de entrar para acortar la ruta; pero el tiempo decidió de otra manera.

Por la noche sufrimos una tormenta tan terrible como sorpresiva. De pronto, con un tiempo bastante calmo, el viento del suroeste comenzó a soplar con tal violencia, que a duras penas se pudieron cargar las velas y bajar los altos mástiles. El barco parecía a cada momento a punto de hundirse. El silbido del viento entre el cordaje, el crujido continuo de todas las partes del barco, los choques de las olas irritadas, semejantes a golpes sobre una roca, todo eso producía un ruido espantoso que, junto con el movimiento incesante, no permitía entregarse a ningún pensamiento extraño a esa situación. Mis compañeros de viaje comenzaron a reprocharme que los hubiera, con mi ejemplo, arrastrado a un viaje, que, en vista del estado de la nave, parecía ser el último que realizaría. Trataba de tranquilizarlos lo mejor posible, cuando un choque terrible vino a interrumpir nuestra conversación y todos creímos, en efecto, que estábamos perdidos; el oleaje, rompiendo todos los vidrios, entro en la cámara y la inundó, rodando con estrépito en torno nuestro. Como estaba acostado en mi cabina, que era bastante alta, sólo recibí salpicaduras, pero vi de inmediato, a la tenue luz de una lámpara, mi baúl, que contenía todos mis escritos y dibujos, transportado y arrastrado por las aguas. En un instante podía desaparecer el trabajo de varios años. No podía titubear. Descendí en camisa en medio de la cámara. Después de larga lucha, arrojado a un lado y a otro por las aguas, logré sacar de en medio de las sillas y mesas, contra las cuales chocaba, un precioso baúl, y aprovechando un momento favorable, lo levanté y coloque en la cama; luego, asido de mi cabina, a fin de resistir el movimiento, aguardé que las aguas corrieran, y que estuviéramos a cubierto de una segunda invasión semejante por las planchas de seguridad, que habían sido olvidadas. Después de algunas horas pasadas en una posición de lo más molesta, bañado y temblando de frío, volví a colocar mi baúl y subí a mi cabina, mojada de agua

salada, como debía estarlo una parte de la travesía. La misma ola había quebrado la popa del navío y arrastrado la canoa que colgaba de la borda. La tempestad mantuvo la misma fuerza toda la noche y los dos días siguientes. Grandes cantidades de lluvia y granizo caían continuamente, y la nave era sacudida por las aguas, crujiendo siempre y sufriendo mucho del mar, que sin cesar pasaba por encima. Puede fácilmente concebirse la posición desagradable del viajero en esa lucha de los elementos contra ese débil refugio que los desafiaba, y las incomodidades de todo género que experimentaba entonces, sobre todo mojado como estaba, sin medio de secarme.

15 de enero

El 15, finalmente, el viento, aunque contrario, amainó un tanto. Pude contar mis pérdidas, que se limitaban a algunos libros, habiéndose preservado mis papeles importantes por haberlos guardado en latas. El frío era muy vivo, aunque estábamos en verano. La máxima era de 7 grados centígrados y la mínima de 3 grados; nos penetraba una humedad extrema, que nos hacía sufrir mucho. Al día siguiente doblamos el cabo de la Tierra de los Estados, que según cálculos estaba a quince millas; no lo vimos. El 17 estábamos, según una observación, a 57 grados, al sur del Cabo de Hornos[6]; pero en los dos días siguientes un viento contrario nos obligó a dar un avance hacia tierra.

Cabo de Hornos
19 de enero

El 19 por la noche estábamos a la vista de las islas de Diego Ramírez, situadas al sur del Cabo de Hornos y formando la extremidad meridional de la gran cadena de las cordilleras. Ellas se presentan al principio como dos puntos elevados, que poco a poco se distinguen mejor. Pueden verse al oeste dos islotes formados por montañas cónicas, cubiertas de nieve, y al este una gran isla, igualmente terminada, al oeste, por una parte elevada; por lo demás, el excesivo alejamiento no permitía ver ninguno de los accidentes exteriores. Puede uno imaginar fácilmente el placer que experimenta el viajero al ver de nuevo tierra, cuando ha sido durante mucho tiempo juguete de las olas en esos peligrosos parajes; le parece que el suelo es una parte esencial de sí mismo y se liga a su existencia. Otro objeto de un interés más inmediato todavía vino a hacernos olvidar la tierra. Gritaron: ¡Vela!, y pronto una nave americana pasó cerca de nosotros, para decirnos que hacía treinta y cinco días que había partido de Guayaquil.

---

6 Los españoles creen generalmente que el nombre de *Cabo de Hornos* corresponde al de *horno*, dado a ese cabo por analogía a su forma; pero se equivocan; es Lemaire quien, en 1615, lo llama así en su recuerdo de su ciudad natal.

El viento completamente contrario nos obligó durante dos días a dirigirnos en dirección al sur; estábamos a 60 grados de latitud austral. El tiempo era bueno, el aire muy frío y el día nos acompañó casi sin interrupción. Por la tarde, el sol se ocultó a las ocho y media; a las once el crepúsculo reinaba todavía; el día siguiente comenzó a la una y el sol apareció a las tres y cuarto; así, a lo sumo hay dos horas de noche en esa estación; pero en ellas la claridad era tal que podía dudarse que fuera de noche.

En el mar
Enero

Del 22 al 26 permanecimos, más o menos, en la misma latitud, con un mar terrible y muy mal tiempo. El frío era tanto más intenso cuanto que soplaba siempre del suroeste. Vimos a lo lejos dos navíos, uno de tres mástiles y el otro un *brick*, el primero que seguía la misma ruta que nosotros y el segundo proveniente de Chile. El 27, un viento favorable nos permitió, al fin, dirigirnos al norte y aguardar una temperatura menos glacial. Al cabo de ocho días de haber visto las islas de Diego Ramírez, el capitán pudo hacer algunas observaciones de latitud, pero incapaz de realizar una sola en longitud se guió exclusivamente por cálculos. Me había dado cuenta de que conocía poco los grandes sistemas de corrientes y que, sobre todo, no los tenía para nada en cuenta. Marchó hacia el norte a toda vela, creyéndose a unos cinco grados fuera de la tierra americana. Le hice algunas observaciones acerca del error que podía haber en sus cálculos, a causa de las corrientes que venían del oeste, y en la necesidad de oblicuar todavía más al oeste. No quiso escucharme y continuó su ruta en la misma dirección. El 29, a mediodía, estábamos cerca del grado 54. Renové mis observaciones con mayor insistencia, pero fueron mal recibidas. Había que resignarse, pero a la noche siguiente, por suerte con buen tiempo, la nave se encontró en medio de rompientes (sin duda del Cabo Gloucester de la Tierra del Fuego). Unos minutos más... y nos hubiéramos despedazado en esa costa inhospitalaria. Se viró en redondo de golpe y nos dirigimos a altar mar. El error del capitán era de unos cinco grados. Le recordé mis observaciones, que terminó por admitir, aunque algo tarde, puesto que su terquedad estuvo a punto de hacer perecer a todos.

Los grandes sistemas de corrientes tienen una enorme importancia en la navegación y su estudio es también indispensable al zoólogo que quiere ocuparse de las grandes leyes de distribución geográfica de los seres. Sin embargo, hay pocos hombres especializados en ese estudio y puede verse qué consecuencias puede acarrear la ignorancia de ese problema. Todo el mundo ha notado esa punta americana estrecha que avanza hacia el Polo Sur y separa el océano Atlántico del Gran Océano. Las corrientes generales, partiendo de Nueva

Zelanda, se dirigen del oeste a la extremidad meridional de América y se dividen en dos ramas distintas. Una pasa al este del Cabo de Hornos, entra en el océano Atlántico, sigue el litoral del continente, dirigiéndose de sur a norte, costea sucesivamente la Patagonia, las pampas y continúa hasta el Plata; la otra, por el contrario, chocando contra el continente americano, queda en el Gran Océano, sigue el litoral de sur a norte, a lo largo de las costas de Chile, Bolivia y Perú. Es de notar que los vientos generales siguen casi siempre la misma dirección, de donde resulta que, para doblar el Cabo de Hornos, viniendo del océano Atlántico, se lucha continuamente contra la corriente del sur, que, en ciertas partes, hace navegar a tres millas por hora, y puede determinar, como se vio, una diferencia enorme entre el cálculo basado en la marcha del navío y la desviación impuesta a esa marcha directa, por la deriva que ocasiona la corriente. Es precisamente esa deriva, que no se tuvo en cuenta, la que produjo entre la posición real del navío y la posición calculada por el capitán, un error de cinco grados o de alrededor de setenta y cinco leguas terrestres; error que, sin una suerte inesperada, habría ocasionado nuestra pérdida, estrellándonos contra tierra, en la parte más peligrosa de toda América, por las pendientes abruptas de costas imposibles de escalar.

La ignorancia y la testarudez del capitán nos obligó a correr durante cuatro días hacia el sur, a fin de alejarnos de tierra, lo que era tanto más desagradable cuanto que el tiempo era muy malo y el mar estaba muy agitado, degenerando pronto en una terrible tempestad, que sufrimos el 1 y el 2 de febrero. Debimos sufrir mucho de todas maneras, tanto por la lluvia que caía a torrentes, como por ese movimiento incómodo que no permitía mantenerse de pie ni sentado un solo instante. La excesiva humedad a la cual había estado expuesto, obligándome a acostar en una cama constantemente mojada de agua salada, me produjo en las manos y en las orejas sabañones que me hacían desear vivamente acercarme a las regiones cálidas.

Finalmente, el 4 de febrero el viento se hizo excelente, y después de haber sufrido mucho, marcharnos a toda vela hacia las regiones más cálidas. Ciertos días recorrimos hasta cinco grados o setenta y cinco leguas de distancia. Una dulce temperatura sucedió al frío. El mar se hizo magnífico, y pudo entonces, salvo la crítica que hicimos días antes, llamarse justamente *mar pacífico*. La alegría no tardó en reemplazar, con la esperanza de un próximo arribo, al humor más o menos agrio de cada uno.

4 de febrero

En efecto, el 13 estábamos a 34 grados 50 minutos de latitud a la vista de las cadenas de los Andes. No sabría decir con qué gozo vi esas montañas perdi-

13 de febrero

das en las nubes y ese suelo accidentado, tan diferente del que había pisado antes. ¡Me prometía tan vivos placeres recorriendo esa tierra nueva para mí, donde veía a toda la naturaleza como dispuesta a brindarme sus tesoros! La tierra formaba una vasta línea, dividida horizontalmente en tres pisos, uno bajo, más marcado, constituido, sin duda, por la costa; el otro intermedio, poco accidentado, perteneciente a otro plano, y finalmente el tercero y más alto, cubierto de cumbres cónicas nevadas, era con plena certeza la cordillera de los Andes. El conjunto representa una cadena poco desgastada, donde pocos puntos se elevan por encima de los otros, y difiere por completo de los Pirineos vistos desde las alturas, mas allá de Rabastens (Altos Pirineos), o de los Alpes berneses vistos desde el Jura, junio a Neuchâtel; de esas tres cadenas la más desgarrada es la de los Alpes, los Pirineos lo son menos, aunque mucho más que los Andes.

Me acosté con el corazón lleno de esperanzas, pensando desembarcar al día siguiente, pero por la noche una espesa neblina nos obligó a regresar a altamar. Estuvimos envueltos en ella dos días seguidos. Sólo al tercero se aclaró el tiempo, y la tierra, esperanza y consuelo del viajero, reapareció finalmente ante nuestros ojos. Nos acercamos rápidamente. Los planos de fondo desaparecieron poco a poco, las colinas de las costas parecían elevarse más y más. Pronto pudo distinguirse la colina de las señales, anunciando con sus banderas nuestra aproximación a la ciudad. Estábamos junto a una costa de pequeñas montañas cuyas pendientes mueren en la costa o forman promontorios elevados que caen en pendientes abruptas y desgarradas. Cada punta está cubierta de rocas, algunas de las cuales surgen del seno de las aguas y representan un obstáculo a las olas que se rompen con estrépito, aun durante el mejor tiempo. Cada pequeño valle presenta, al contrario, playas exiguas de una arena blanquecina, que contrasta con las rocas ennegrecidas por el tiempo. La campaña, aunque es muy accidentada, no ofrece nada muy pintoresco a la vista; mamelones muy aplastados, sin vegetación, coronan la costa y continúan hasta la orilla. En las barrancas solitarias, bastante numerosas, se ven pequeños zarzales y ningún árbol, pero la vegetación es pobre y achaparrada. No son esas hermosas montañas boscosas del Brasil, donde cada roca, cubierta de plantas, testimonia la actividad de toda la naturaleza; es en América, una representación exacta del aspecto de las costas de Algeria.

Chile

Navegando a toda vela, doblamos pronto la punta de Corumillera y vimos una playa arenosa y algunas casitas. Hay que haber estado mucho tiempo alejado de tierra, para darse cuenta del efecto que produce la vista de la primera

cabaña, por pequeña que sea, o el menor indicio que revele la presencia de nuestros semejantes. Hace experimentar un encanto indefinible, al cual, sin duda, se une implícitamente la idea de que la sociedad es indispensable a la existencia.

Después de doblar la punta de Valparaíso, la inmensa bahía de ese nombre apareció ante nuestros ojos. Las primeras casas se distinguían poco a poco, y a medida que avanzábamos se desarrollaba una larga línea de moradas situadas junto a la costa . Una multitud de navíos de todas las naciones, de todos los tamaños, estaban anclados; entre ellos aparecían algunas fragatas, y la actividad que se expandía por todas partes anunciaba un gran centro de comercio exterior. Puede decirse en verdad que Valparaíso, por su posición, es el punto de partida de todo el comercio europeo con las repúblicas de Bolivia y Perú, y que es, además, la llave de las relaciones comerciales del océano Pacífico.

Valparaíso

¡Cuántas veces, trabado por las guerras intestinas, por las revoluciones de la República Argentina, no he deseado viajar a Chile, cuyo gobierno es mencionado, desde hace años, como modelo a las repúblicas americanas! Creía, finalmente, poder materializar ese sueño y gozar de la paz tan necesaria a mis investigaciones; pero, apenas anclamos, desde la primera visita a la aduana, comprendí que mis caras esperanzas serían defraudadas. Después de mi partida de Buenos Aires había estallado una revolución en Chile, y esta república, antes la más pacífica de América, era presa de las facciones. Nunca había sido menos segura para el viajero extranjero. Esa noticia me contrarió al último extremo y hasta me hizo creer en una especie de fatalidad que me perseguía desde mi llegada. En efecto, después de haber sido detenido y aprisionado por los brasileños, de Montevideo, en 1826, hallé, en 1827, a Buenos Aires en armas y bloqueado por los brasileños; en 1828, la revolución de Lavalle se declaró inmediatamente después de firmada la paz con los brasileños. En la Patagonia debía combatir con los indígenas; finalmente, después de abandonar ese lado de América, creía hallar descanso en Chile, pero tal vez iba a tener que abandonar este país, para buscar en otra parte una tranquilidad indispensable a mi tipo de observaciones, no sin deplorar la pérdida de tiempo que me ocasionaban siempre circunstancias tan desfavorables.

Estadía en Chile

No hallando en Chile, a causa de la situación política del país, suficientes facilidades para proseguir mis investigaciones ordinarias, no permanecí más

Chile

que desde el 16 de febrero al 8 de abril, o sea menos de dos meses, que fueron empleados en recorrer los alrededores en Valparaíso y realizar un viaje a Santiago. Esta corta residencia no me permitió generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile, y esto con tanta más razón cuanto muchos viajeros[7] han descrito ya las dos ciudades principales, así como el camino que conduce de la una a la otra. Por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla.

Apenas desembarqué, me presenté al señor Sebastián Lezica, corresponsal a quien me había dirigido para los asuntos de mis fondos. Fui recibido con la amabilidad que caracteriza en todas partes a las personas bien educadas. El señor Lezica poseía las principales casas de comercio del país y oficinas en Buenos Aires, Cobija, Arica y Lima, lo que podía serme de gran utilidad en el futuro. Tuvo la extrema amabilidad de buscarme alojamiento, y al día siguiente pude entregarme a mis tareas.

Comencé por visitar la ciudad. Fui primero al barrio antiguo, junto a la iglesia. Allí, por la tarde, se ve, a la puerta de cada casa, señoritas hermosas y bien vestidas, que son las primeras en pedir que uno entre, cuando se les dirige la palabra; tratan luego de distraer a sus visitantes cantando, acompañadas por guitarras. Uno se asombra mucho al hallarse de improviso como en casa de conocidos; pero, algún tiempo después de vivir en la ciudad, aunque encontrando en todas partes la misma hospitalidad, no se tarda en descubrir que no es allí donde debe buscarse la buena sociedad del país. Ese gran número de mujeres jóvenes, que puede contemplarse cómodamente al pasar, me sirvieron para juzgar, si no el conjunto (porque las mujeres de alta sociedad tienen rasgos más distinguidos), por lo menos una clase entera de la nación. Comprobé una gran diferencia en la forma del rostro, comparadas con las mujeres de Buenos Aires: en Chile, la cara es generalmente redonda, y participa, sin duda, algo de los rasgos de los araucanos; mientras que en Buenos Aires es mucho más ovalada y se acerca más a las formas europeas. Sin embargo, las chilenas son igualmente alegres, espirituales y no ceden en nada, en este aspecto, a las amables porteñas.

La bahía de Valparaíso, de más de media legua de largo este y oeste, se compone, al oeste, de una pequeña banda de tierra situada al pie de las monta-

---

7 Stevenson, *An historical and descript.* narr., etc. Londres, 1826. John Miers, *Travels in Chili*, etc. Londres, 1826. María Graham, *Journal of a resídence en Chili*, etc. Schmidtmeyer, *Travels to Chili*, etc. Hall, *Voyage au Chili*. Moerenhout, *Voyage aux iles du grand Océan*.

ñas, de las quebradas de esas montañas, y, hacia el este, de una playa bastante ancha donde corre un arroyuelo. Las casas, siempre sin chimeneas, forman una sola calle a orillas del mar, y conjuntos más o menos irregulares, en todos los niveles de las quebradas; entre esas casas, es fácil distinguir dos rangos diferentes. Las de la costa, de la gran calle y de la plaza están ocupadas por el alto comercio. Reina un ambiente de bienestar: son generalmente de madera, adornadas alrededor de un balcón cubierto en forma de galería, todo bien pintado y de una limpieza extrema. Las otras casas, que habitan el pueblo y los artesanos, son pequeñas y sin ningún lujo, agrupadas en los extremos de la ciudad, en las *quebradas*. Si se compara el estado actual de Valparaíso con la descripción que Frezier en 1714, asombrará el inmenso crecimiento del puerto. Ese sabio viajero se expresaba entonces en los siguientes términos: "En un barranco bastante pequeño está el burgo o ciudad de Valparaíso, compuesta de un centenar de casas pobres, sin alineamiento y de distinta altura; se extiende también a lo largo del mar, donde están los negocios de trigo" [...] "De ciento cincuenta familias que puede haber, apenas treinta son de blancos"[8]. Hoy, que el comercio no se limita a la exportación de cereales, como lo era bajo la dominación española, y que Chile es como el almacén general de las mercaderías destinadas a toda la costa de América, Valparaíso se ha convertido en una ciudad de lo más importante[9] y avanza todos los años en progresión realmente asombrosa.

Si comienzo mi paseo por el extremo occidental de la ciudad, hallo primero a la altura del acantilado, en una pequeña hondonada, algunas casitas de pescadores, y en frente sus estrechas piraguas, formadas con un árbol hueco, de cada lado de las cuales hay troncos de abetos, destinados a impedir que zozobren. Allí el silencio es completo, porque sólo la curiosidad puede conducir al viajero a un barrio tan miserable. Muy cerca hay una batería baja con varios cañones. Si se penetra por una callejuela, se llega al barrio de los artesanos, donde están los herreros, los carpinteros, los toneleros, etc. Se pasa frente a la casa del gobernador, muy modesta por fuera; luego se encuentra la plaza, rodeada de casas muy hermosas. Si se asciende la quebrada de la ciudad antigua, se hallará, después de varias calles muy empinadas, una plazoleta y una iglesia de bastante pobre apariencia; luego, a todas las alturas, casitas, hasta lo

8 *Relation de la mer du Sud*, p. 86.

9 Véase el Panorama. Ese hermoso cuadro, dibujado a bordo del *Griffon*, en 1834, por el señor Blouet, me fue transmitido por el señor Du Petit-Thomas, capitán de navío. Valparaíso cuenta hoy con más de 25.000 almas.

alto de la colina; arriba de todo hay dos cabañitas, de renombre bastante malo, ubicadas al borde un sendero y de un precipicio, que recibieron de los marineros ingleses, que las frecuentan, el nombre de *men top* y *for top* (cofa mayor y cofa pequeña), aludiendo, a causa de su posición en la montaña, a la cofa de un navío. Antes de regresar a la plaza, se puede subir a la derecha por otra calle muy poblada hasta la cima de la colina, pero siempre se está obligado a volver a cruzar la plaza. Hay por la mañana, en una callejuela que desciende al mar, una pescadería magnífica, abastecida de la pesca que se realiza en la misma bahía y sus alrededores. De allí al pie de la montaña sólo existe una calle; pero esta calle, formada de las más hermosas casas, es la sede del gran comercio. Se llega así a la quebrada de San Agustín, otra quebrada cuyos lados están cubiertos de casas. Es el camino que hay que seguir si se quiere ascender la colina para llegar a la cima, el *monte alegre*, hermosa explanada, otrora desierta, animada hoy por las casas más elegantes, habitadas por el cónsul inglés y muchos otros de sus compatriotas, y que dominan así toda la bahía, viéndose desde allí a todo lo que pasa. Sería con toda certeza el más agradable lugar para residir, si el placer de vivir no debiera comprarse con el trabajo de llegar.

Después de la quebrada de San Agustín sigue la gran calle, siempre al pie de la colina. Se continúa largo tiempo por ella, hasta el punto de interrupción, donde la roca avanza en el mar y forma una punta graciosamente llamada Cabo de Hornos. Los trabajos ejecutados para abrir un paso entre esta punta y el acantilado, han dejado una excavación profunda, donde por la noche, cuando la policía es menos activa, se ocultan a menudo los ladrones para detener al paseante. Poco después al Cabo de Hornos, el terreno se amplía, alejándose de la colina, y formando finalmente una ancha playa de arena, conocida con el nombre de Almendral[10]. En este lugar, la gran vía, primero estrecha, se amplía y las casas se multiplican; pero, a excepción de algunas casas nuevas de comercio recientemente construidas, se componen sólo de pequeñas chozas y sobre todo de *chinganas*, casas públicas, especie de espectáculos, donde se va a beber refrescos y a ver bailar la *cachucha*, el *zapateo*, etc., al son de la guitarra y del canto; lugar de cita de todas las clases, donde se anudan múltiples intrigas, pero donde por lo general el europeo es desplazado. La ciudad termina al final del Almendral.

En este paseo por el barrio comerciante, uno se encuentra con activas gentes de negocios, carretas, cargadores y muchas mujeres. Por el Almendral

---

10 *Almendral* significa *vergel de almendros*, sin duda a causa de los árboles de esa especie plantados en los jardines.

se ven paseantes a pie y a caballo; los primeros, gentes de ambos sexos, van, en grupos separados, a visitar las chinganas; los otros, a hacer admirar sus *recados* (monturas del país). Entre éstos hay muchos *guazos*, hombres del campo, que reemplazan por completo en Chile, por sus costumbres, la intrepidez y los hábitos, a los *gauchos* de Buenos Aires. Sólo su vestido presenta algunas diferencias: su montura es más amplia, sus espuelas más grandes y sus estribos muy especiales. Son dos enormes pedazos de madera, redondeados debajo, más o menos adornados de esculturas, donde se practican agujeros que sirven para recibir el pie. Al principio, estos estribos parecen ridículos, sobre todo cuando se los compara con los de los gauchos, que sólo sirven para poner el dedo grande; pero, si se considera que esos hombres no viven en las llanuras rasas como los gauchos, que están, por el contrario, obligados a galopar a menudo en medio de los bosques y sobre colinas escarpadas, se concebirá que tengan necesidad de defender sus pies de los choques continuos que les hacen sufrir a diario los troncos de árboles o los peñascos. Por lo demás, el guazo lleva el poncho, el cinturón, el sombrerito cónico de los gauchos, a la vez que tiene las piernas cubiertas de grandes polainas, llamadas *botas*, hechas de tejido de lana y atadas debajo de la rodilla por un cordón. Como en los bosques están continuamente en medio de espinas, se proveen además, cuando van a caballo, de un trozo de cuero adornado de franjas, destinado a protegerse.

El cielo es admirable en Chile; raramente una nube se eleva en el horizonte y el sol se muestra en todo su esplendor. Los atardeceres, calmos y frescos, invitan al paseo. Las noches son de lo más hermosas, y en sus correrías, al anunciar al ciudadano todas las horas, los pregoneros nocturnos informan del estado del cielo, muy a menudo *estrellado*, muy raramente *nublado*. Esos gritones, a los cuales el extranjero se habitúa difícilmente, existen no sólo en Chile, sino también en la costa del Perú, Arica, Tacna y Lima; han sido instituidos principalmente para la seguridad pública. Encargados de la vigilancia nocturna, se pasean en silencio cada uno en un espacio determinado, y se juntan de inmediato, cuando es necesario, al son de una matraca, señal de reunirse que les es peculiar; están encargados de gritar en alta voz cada hora en toda su circunscripción, anunciando, como acabo de decir, el estado del cielo. En medio de esas noches tan tranquilas, en las que ningún ruido interrumpe la tranquilidad, el recién llegado es al principio despertado con sobresalto por el ruido de la matraca y luego oye la voz sonora repetir cantando: *Ave María Purísima, las doce en tocando y cielo estrellado*. Oye y descubre algo de solemne en esos gritos primero próximos, y que, al alejarse poco a poco, terminan por perderse en lontananza. El gritón de noche (*sereno*) tiene también por misión prevenir,

cuando se produce un temblor de tierra (*terremoto, temblores*); y es raro que ello no suceda todas las semanas en Chile. Entonces mueve su matraca con fuerza y despierta a todo el mundo. La primera vez oí ese ruido al mismo tiempo que el crujido de mi cama y de mi dormitorio, y no me moví, aunque oía a mis vecinos y vecinas alejarse alrededor mío. Al día siguiente recibí algunos retos bondadosos por mi imprudencia, lo que me hizo levantar a la segunda alerta del mismo género. Nada más divertido... Todo el mundo sale de sus casas tal como está. Hombres, mujeres y niños corren a los patios, calles y plazas, o se ubican debajo de las puertas de salida y aguardan, esperando una nueva sacudida; si ésta tarda en producirse, la calma renace, y esa reunión burlesca, en traje poco usado en público, se disuelve hasta una nueva ocasión.

No sé si siempre sucede lo mismo en Chile o si ese terror debe atribuirse al recuerdo del temblor que tuvo lugar algún tiempo antes (el 26 de septiembre). Los habitantes estuvieron entonces expuestos, durante más de un mes, a continuo sacudimientos, durante los cuales todas las casas se deterioraron, varias se derrumbaron, o bloques de roca, desprendidos de los acantilados, rodaron con estrépito sobre las casas de la gran vía. Los habitantes se hicieron tan temerosos, que muchos de ellos tomaron el partido de vivir en tiendas en el campo, a fin de gozar del reposo. Es este motivo, más que la falta de materiales, que obliga a multiplicar las construcciones en madera, tan comunes en Valparaíso. Los temblores se hacen sentir más en la costa que en el interior; yo mismo noté, más tarde, que casi nunca se extienden a la cumbre de los Andes bolivianos. No sucedió eso, empero, con el último de que acabo de hablar, porque no solamente deterioró la Casa de Moneda de Santiago y derrumbó algunas casas, sino también el señor Pedro García, socio del señor Lezica, que atravesaba la cordillera por Mendoza, me aseguró que se vio obligado a abandonar la choza o posada de los correos donde estaba, en la cumbre de la cadena, a causa de los sacudimientos que le hicieron temer verse sepultado vivo en su débil refugio.

Valparaíso

El 23 (martes de carnaval), Valparaíso, muy ocupado con su comercio, se inquietó poco del carnaval, tan ruidoso en otras partes de América. Se limitaron a arrojar agua de olor como de ordinario. Salía tranquilamente con nuestro cónsul general, cuando nos cayó un cubo de agua sobre la cabeza. El cónsul halló la diversión demasiado fuerte y entró en la casa para quejarse. El culpable era un criado de una casa de comercio francesa, que nos creyó dos de sus camaradas. ¡Estábamos en un país libre!

Empleé todas mis jornadas en recorrer las inmediaciones, sea del lado del campo, sea siguiendo la costa al norte o al sur, a fin de conseguir animales de

todo género y realizar observaciones. Iba a menudo a la Lagunilla o a la *Playa Ancha*, dirigiéndome al sur, pasando sobre las colinas de la ciudad y llegando a esa pequeña playa arenosa, rodeada de peñascos. Allí, cazaba en los alrededores, o, aprovechando la marea baja, me metía en el mar para buscar moluscos, tan variados y abundantes en esos parajes, y volvía luego a dibujarlos en mi casa. Un día experimenté una gran contrariedad. Soplaba, desde hacía algún tiempo, mucho viento del sur, a causa, sin duda, de una tempestad en las regiones meridionales, cuyo final sufríamos. Creí hallar algo en la costa, y en efecto, la Playa Ancha estaba cubierta de magníficas ovas de muchas especies diferentes, que la marea había arrancado del fondo del mar. Me sentí dichoso de poder elegir en esa pequeña flora marítima y de poner aparte ejemplares enteros, que me proponía llevar para prepararlos. Había terminado mi exploración, y regresaba alegre con mis paquetes de plantas, cuando hallé todas las raíces de las grandes algas cortadas junto al tallo. Me dominó un movimiento de impaciencia, tratando de averiguar qué motivo había llevado a los pescadores a mutilar así mis hermosas plantas, cuando vi a un hombre muy joven morder con todos los dientes una de las raíces cortadas y disponerse lo mismo con las otras. Me sentí entonces más dispuesto a reírme que a enojarme. ¿Cómo, en efecto, ese niño podía considerar digna de conservarse una cosa tan común y para él de utilidad tan inmediata? Quise por lo menos probar el manjar, que le parecía tan apetitoso, pero no compartí el gusto de mi chileno, sin experimentar una sensación de gran repugnancia.

Otras veces dirigía mis correrías hacía el norte. Recorrí un día la ciudad, dejé el Almendral, pasé el arroyuelo y, cortando a través de la arena, llegué a la extremidad de la bahía. Allí, encima de una roca saliente, había algunas cabañas de pescadores. Vi alrededor un montón de conchillas, que reconocí como conchópelas[11]. No queriendo recogerlas sin autorización de los propietarios, golpeé a la puerta de la primera cabaña, abierta y sin moradores, como todas las otras; y este caserío estaba del todo al cuidado de la buena fe pública. Me asombró ver tan cerca de una ciudad esa confianza que sólo creía posible en medio de los continentes y lejos de la afluencia del comercio. Algo más tarde, llegó la mujer de uno de los pescadores con sus hijos, y esa pobre familia me demostró tanta hospitalidad como desinterés. Remontando por la colina, vi el camino del Aconcagua; lo seguí hasta *Viña del Mar*, otro pequeño caserío al borde de una cañada, donde los ciudadanos paseantes se detienen los días

11 Esa conchilla, con la que se fabrica la cal en Chile, valía en Francia, en 1826, de 60 a 80 francos.

de fiesta; por eso no reina allí la misma sencillez. Muchos comerciantes de bebidas ocupan las casas próximas al camino, sombreadas de glorietas para uso de los bebedores; pero, ascendiendo por las quebradas, vi un hermoso campo cultivado y panoramas bastante pintorescos. Es, en efecto, en los alrededores de Valparaíso donde hay lugares notables por su vegetación.

En una de mis expediciones me hallé del todo fastidiado; habiendo tomado un barco para todo el día, me dirigí hacia la costa de Riberos. El viento era débil al partir, pero se elevó de golpe, y a pesar de todos nuestros esfuerzos, no pudimos desembarcar en ninguna parte. Obligados a refugiarnos con pena al abrigo de una pequeña ensenada, dediqué todo el día a recorrer los alrededores. Por la tarde volví a embarcarme para Valparaíso. El viento era contrario; luchamos con los remos, y en vez de adelantar, el viento y la corriente nos alejaban más y mas. Los marineros nos hicieron acostar en la canoa, y luego de dos horas de inquietudes y peligros reales, pudimos finalmente, con trabajo, llegar a la orilla y desembarcar.

Chile
Febrero

Al comienzo del siglo pasado, el trayecto de treinta leguas entre Valparaíso y Santiago, capital de Chile, se hacía con mulas y se hacían paradas para dormir[12] en plena campaña, como se hace todavía hoy en todas las grandes rutas del interior de Bolivia. Desde que el comercio extranjero reemplaza, en el país, el monopolio del comercio español, todo ha cambiado; muchas mejoras de nuestra vieja Europa han sido transportadas, y hoy el trayecto sólo se hace con cabriolés bastante cómodos. Como no hay servicio de postas organizado, se trata con empresarios, que exigen una onza de oro u 85 francos para ir y otro tanto para regresar. Un italiano se me ofreció para compartir ese gasto. Acepté esa propuesta con tanto mayor interés cuanto que dos podríamos resistir mejor a esas bandas de ladrones que, según se decía, infectaban el campo, consecuencia común de todas las revoluciones.

El 2 de marzo, después de mediodía, me puse en camino, armado hasta los dientes. Anduve por el Almendral y luego comencé a remontar la montaña. A medida que me elevaba, dominaba un vallecito encantador, cubierto aquí y allí de casitas y campos de cultivo. Se veían muchos árboles mezclados con algunas palmeras, próximas por su aspecto al yatai de Corrientes[13]. Volví a ver

---

12 Frezier, *Relations du voyage de la mer du sud*, p. 89.

13 Esa palmera sólo fue útil durante mucho tiempo por los pequeños cocos, que se venden en bolsas en toda la costa del Perú, y cuya almendra es muy agradable. Hoy, cerca del Aconcagua, se los derriba todos los días para fabricar aguardiente, y sin duda ese empleo hará que, tarde o temprano, desaparezcan por completo.

esa hermosa planta con gran placer; pero la abandoné pronto antes de llegar a la cima de la cuesta. Allí otro espectáculo suspendió algún tiempo mi marcha: era el panorama completo de la bahía y de la rada de Valparaíso que se presentaba ante mí, con un cielo puro y claro en todas sus partes, y un sol brillante. Nada más imponente que esa inmensa extensión del gran océano, cuya línea invariable sirve de marco al cuadro en el horizonte.

Me despedí del mar por algunos días y me dirigí a Santiago. Descendí a una hermosa llanura donde corre un gran arroyo y seguí por una campaña poco variada hasta *Casablanca*, donde nos detuvimos para dormir. En Francia, un cabriolé ocupa a lo sumo un hombre y un caballo; en Chile es muy distinto: lleva un postillón y dos o tres caballos; además, otro postillón arrea delante una tropilla de caballos destinados a relevo, porque el animal que no arrastra carga no se considera que se fatiga. Casablanca está situada en medio de un hermoso valle. Es una ciudad del todo moderna, donde hay hoteles y casi todas las comodidades europeas.

Al amanecer me puse de nuevo en camino. Atravesé un valle muy hermoso, cubierto de árboles bastante bellos, y llegué a la cuesta de Zapata, donde, ascendiendo lentamente hasta la cima, tuve una magnífica vista de la campaña que acababa de atravesar. Del otro lado, hallé el villorrio de Curacavi, y corté a través del valle de Poangué, hasta Bustamante, donde mis conductores quisieron detenerse. Hay en América pocos caminos más frecuentados que éste; se encuentran, a cada instante, hombres a caballo, guazos, chacareros o comerciantes, mulas cargadas de mercaderías, y sobre todo muchas carretas llenas de muchachas, unas dirigiéndose a Valparaíso y otras regresando. Pregunté a mi compañero por el motivo de esa migración tan numerosa de un solo sexo, pero era poco amable, y me dispensaré de referirme a él. Esas carretas son conducidas por carreteros que se distinguen por un vestido que les es peculiar: llevan los cabellos largos, trenzados a la espalda, un sombrero puntiagudo en la cabeza, una camisa sin mangas y un ancho pantalón azul que les llega hasta las rodillas; el resto de la pierna está al desnudo.

Después de una hora de descanso, abandonamos el pequeño villorrio de Bustamante. Marchamos por la llanura hasta la cuesta de Prado, mucho más alta que la de Zapata, y que es la más difícil de toda la ruta a causa de su longitud, haciendo el camino veintiséis rodeos sobre el flanco de la montaña, antes de terminar en la cumbre. El espectáculo que se ofrece entonces al viajero le hace olvidar sin pena la fatiga del trayecto. Una parte de la cadena de los Andes, coronada de sus cumbres nevadas, aparece de golpe. No son ya colinas muellemente accidentadas, sino montañas majestuosas, picos, crestas que se

elevan por encima de las cadenas de segundo orden y se dirigen a los cielos, atravesando la zona de nubes.

Se asciende constantemente desde Valparaíso, de donde resulta que la pendiente es mucho más prolongada de uno de los lados de la montaña que del otro; por eso, mas allá de la cuesta de Prado, debí descender para llegar a una hermosa pradera donde corre el Río Podaguel, en medio de un bosque de acacias espinosas, muy parecidas, por su aspecto, a los espinillos de la provincia de Santa Fe, a orillas del Paraná. El señor Bihourd, comerciante francés, que tuve el placer de conocer en Valparaíso, y que, con extrema amabilidad me ofreció su casa de Santiago, tuvo la gentileza de venir a mi encuentro a caballo. Caminamos así algún tiempo y, finalmente, vimos los numerosos campanarios de Santiago, donde poco después llegamos.

Pasé en Santiago sólo ocho días, durante los cuales visité la ciudad, sus alrededores y conocí a gentes y cosas importantes para el éxito de mi viaje. No me extenderé más sobre la capital de Chile, descrita tan a menudo por los viajeros. Diré sólo que es una ciudad grande y hermosa, muy abierta y con anchas calles siempre dirigidas de norte a sur y de este a oeste, dividida en cuadras o cuadrados iguales. Está cruzada por un río torrencial en la estación de las lluvias, el Río Mapocho, del que se sacan aguas para regar el medio de cada manzana de casas. Al sur de la ciudad está el paseo de la Cañada, muy frecuentado, sobre todo los domingos; al norte el Tajamar, o dique para retener las aguas del río, y del otro lado el barrio de la Chimba; al este se levanta el cerro de Santa Lucía, montañita cónica que domina la ciudad, y cumbre de la cual se ve un magnífico panorama. En mis paseos ascendí un día, con el señor Gay, una montaña más alta, situada muy afuera de la ciudad, y desde donde pude admirar los hermosos jardines que rodean a Santiago, haciendo de ella no sólo una gran ciudad comercial, sino también una ciudad de lo más agradable como lugar de residencia. La temperatura es lo bastante constante como para que no haya nunca demasiado frío ni demasiado calor, a causa, de un lado, de su latitud, y del otro, de su proximidad a los Andes[14]. Aunque estábamos en verano, vi un día a las montañas mas altas del valle de Santiago cubrirse momentáneamente de nieve, sin que, por eso, la temperatura cambiara sensiblemente en la ciudad. Podría llamársela *Valparaíso* (valle de Paraíso), con mucha más razón que el puerto, donde la vegetación está poco desarrollada, pero recuérdese que ese nombre le fue aplicado por los aventureros que venían del desierto de Atacama.

---

14 Santiago está en el 33°40' de latitud sur, y a 818 metros de elevación sobre el nivel del mar (Humboldt, *Voyage*, t. IX, p. 236).

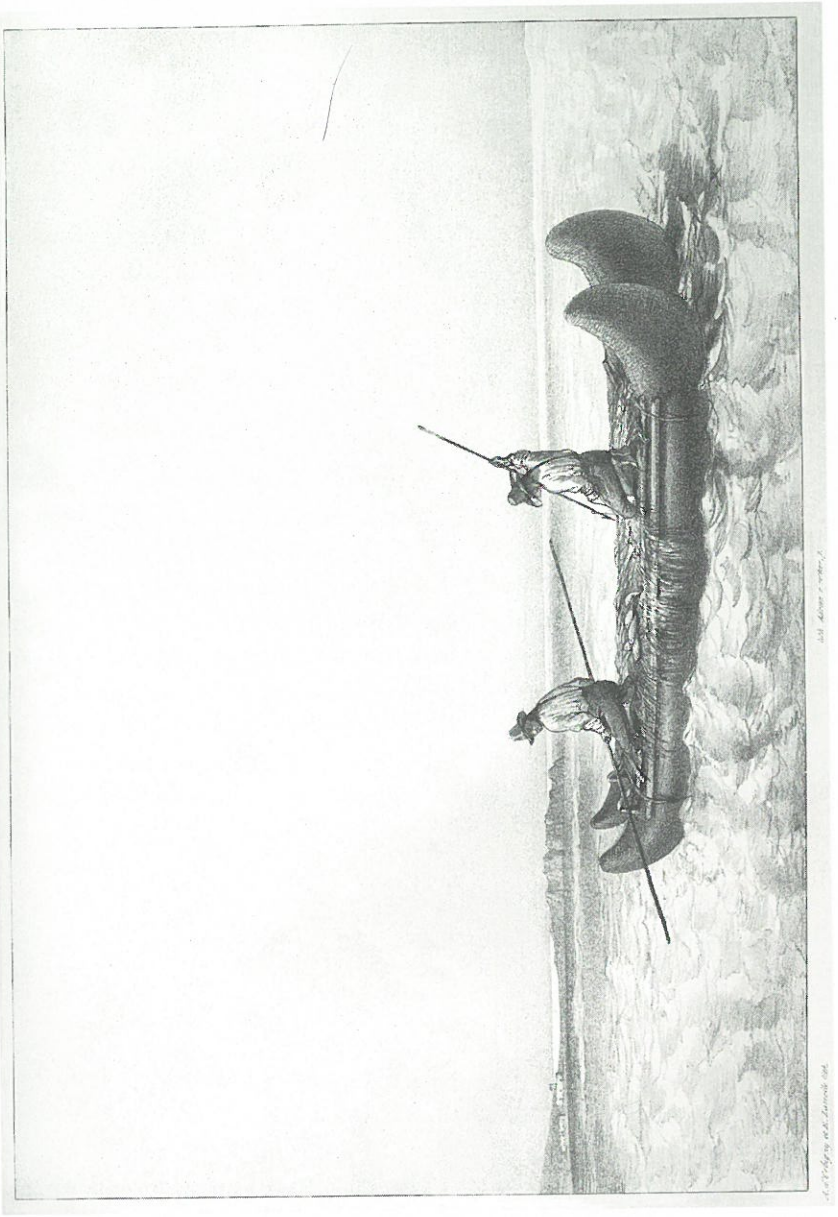
Encontré en Chile dos personas cuyos nombres son muy conocidos en el Perú, por las altas funciones públicas que desempeñaron: los señores Riva Agüero y el general don Pío Tristán. Cuando esos señores me vieron decidido a abandonar Chile, tuvieron la bondad de darme, para el general Santa Cruz, presidente de Bolivia, cartas de recomendación muy apremiantes. No quiero dejar Santiago, sin testimoniar aquí mi reconocimiento al señor Bihourd por el trato fraternal que me dispensó en la capital chilena. Es con placer que le nombro como uno de los negociantes que comprende mejor el comercio de exportación de estas comarcas.

De regreso a Valparaíso, nuestro cónsul general, el señor de Laforêt, me trasmitió una carta del general Santa Cruz que hizo resolver de inmediato mi itinerario. Ese generoso presidente de la República de Bolivia, amigo de las ciencias y de su patria, recomendaba insistentemente al señor de Laforêt que me comprometiera a ir a su hermoso país para investigar sus riquezas naturales hasta entonces desconocidas, adelantando que se interesaría en conseguirme todas las facilidades deseables para viajar con provecho. Se concibe que acepté con calor esa oferta, que me daba la esperanza de visitar un país tan poco conocido, y recibí con agradecimiento las amables recomendaciones del señor de Laforêt para el general Santa Cruz. Como debía ir a desembarcar en el puerto de Arica, e internarme de inmediato por algunos años en el centro del continente americano, era necesario pensar en proveerme en Valparaíso de todo lo que podía serme necesario. No ignoraba que en el interior me hallaría sin ningún recurso. Por otra parte, mis gastos de viaje habían sido mucho mayores que mis asignaciones, y tenía un déficit de cerca de un año, sin prever cómo podría mantenerme en un país donde me vería obligado a asumir cierta representación, si quería ser considerado. Mi situación era realmente de lo más crítica y era casi temeridad no retroceder ante la idea de aventurarme, en circunstancias semejantes, por algunos centenares de leguas, en medio de un continente, cuyo regreso podría serme imposible. Una vez más me confié por completo a la Providencia.

Habiendo partido de Francia con el máximo de asignaciones que me habían hecho a los naturalistas viajeros que me precedieron (6.000 francos al año), me fue necesario sufragar todos los gastos del viaje, comprar objetos de historia natural y transportarlos a través de centenares de leguas hasta los puertos. Tan débiles recursos no me permitieron hacer, en interés de la ciencia, excursiones tan extensas como lo hubiera deseado. Dejé perder buenas oportunidades, y la suma no me había alcanzado para los gastos, por más economías que impuse a mi manera de vivir y privaciones a que me obligué. La

exposición de esos hechos a la administración del Museo me hizo obtener de ella un aumento de 8.000 francos mis entradas anuales. Comparada con los gastos por efectuar[15], esa suma estaba muy lejos de bastar en el país. Todos los viajeros saben que el peso (5 francos) no representa en el Perú un valor relativo de más de un franco de Francia; así mis 8.000 francos no correspondían en esas comarcas más que a 1.600 piastras, equivalente a una cifra de 1.600 de nuestros francos. Calcúlese si con semejantes recursos se puede emprender una serie de viajes hasta en nuestra Europa, y se tendrá una idea de mi penosa situación en América. Recuerdo aquí estos hechos, que fueron una dificultad más a vencer en mis viajes y que, durante ocho años de mi vida, turbaron mucho mi descanso, para que mi experiencia sea útil a quienes deseen en el porvenir aventurarse en una empresa semejante, sin tomar previamente a este respecto las medidas necesarias para asegurar el éxito de sus lejanas expediciones.

15 No recibía entonces del señor duque de Rivoli las surnas anuales que tuvo bondad de acordarme durante los primeros años de mi viaje.



Balsa o bote de piel de foca inflada, en Cobija, Bolivia.

CAPÍTULO XXIV

Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia). Viaje por mar al Puerto de Arica y Perú. Viaje y estadía en Tacna

Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia)

Me embarqué el 8 de abril para dirigirme al puerto de Arica, pero fue sólo el 9 que nos pusimos a la vela. Tomé pasaje a bordo de un barco prusiano, el *Kronprinz von Preussen* (el Príncipe Heredero de Prusia), nave mitad mercante y mitad militar, perteneciente al príncipe del que lleva el nombre y navegando por su cuenta. Al levar anclas, me sorprendió agradablemente un coro encantador que ejecutaban los marineros, al virar el cabrestante, y que repetían en cada gran maniobra. Esos cantos me impresionaron vivamente entonces, y volvieron a mi memoria cuando, después de mi regreso, atravesando la Suiza alemana, oí una música semejante, a la partida y llegada de los barcos a vapor de los lagos de Thun, de Brientz; y de los coros hasta el pie de los glaciares del Grindelwald o de la cascada del Giessbach.

Si me sucede a menudo experimentar un sentimiento de pena al abandonar un lugar donde he permanecido más o menos tiempo, debo confesar que no me sucedió eso en Chile. Sea que lo hubiera considerado un lugar de paso, sea que el deseo de penetrar en el centro del continente dominaba en mí cualquier otra impresión, vi sin tristeza alejarse el puerto y desaparecer el río. Durante los seis días que duró el viaje, siempre vimos tierra; como estaba muy alejada, nada pudimos percibir de la forma de las partes mas próximas a la costa, pero siempre teníamos a la vista las cumbres nevadas que se elevan por encima de las nubes, y se pierden a gran altura arriba del horizonte.

9 de abril

Nada más agradable que navegar de sur a norte por la costa templada y cálida de Chile, de Bolivia y de Perú. El mar está casi siempre tranquilo y justifica en toda su extensión el nombre de *Océano Pacifico* que le dio Magallanes, libre de las tempestades de las regiones australes. Los vientos soplan generalmente del sur; y, junto a las corrientes, siempre dirigidas hacia el norte, hacen avanzar rápidamente, sin que uno se dé cuenta; por eso los viajes de Chile al Perú son tan fáciles. No sucede lo mismo en el trayecto del Perú a Chile. Si se quiere seguir la costa, hay que luchar sin descanso contra los vientos y la corriente. Durante mucho tiempo los navegantes españoles no tenían otra ruta que la de la costa; resultaba así que pocos días les bastaban para llegar a Lima, pero el trayecto de Lima a Chile les llevaba a menudo tres meses. Finalmente, un capitán español, cansado de seguir la rutina de sus predecesores, partió del Callao, puerto de Lima, y, en vez de seguir la costa, se alejó de inmediato a doscientas leguas mar afuera del continente americano. Halló allí vientos favorables, distintos de los que reinaban en la costa; los aprovechó, y en menos de veinte días llegó a Chile, donde entregó los despachos que el gobierno le había confiado. Las autoridades, asombradas de la fecha de las cartas, clamaron que era un sortilegio, y el pobre capitán, a pesar de explicar su viaje, fue puesto en prisión sin piedad hasta que se tomó nueva información en nombre del Santo Oficio. Esa nueva ruta es seguida actualmente por todos los navíos: Lima se ha aproximado así a Chile, y el comercio ha dado un inmenso paso, ganando tiempo.

Costa de Chile

Después de haber pasado sucesivamente frente a Coquimbo y Copiapó, dos últimos puertos de Chile del lado norte, después de haber costeado el desierto de Atacama el 14 de abril al caer la tarde, estábamos frente a la punta sur de la bahía de Mejillones[1], señalada por una alta montaña basáltica o granítica en forma de un pan de azúcar aplastado, que aparece en medio de tierras bastante elevadas también por encima del nivel del mar y cortadas perpendicularmente en el extremo norte. Sin embargo, detrás se ven todavía, a gran distancia, los últimos contrafuertes de las cordilleras occidentales, entre las cuales, al norte, se dibuja una montaña conocida de los marinos con el nombre de Alto de Cobija. La bahía de Mejillones ofrece la más segura y más hermosa de las radas de la costa del Perú y Bolivia; es tan vasta que apenas se distinguen a su entrada las naves que están ancladas en el fondo. A pesar de tantas venta-

Mejillones
14 de abril

1 *Mexillones* quiere decir almejas; así la bahía lleva el nombre de Bahía de las Almejas, a causa de la gran cantidad de conchillas que hay.

jas, muchas razones impiden utilizarla. Hasta el presente, pese a esfuerzos reiterados, no se ha hallado en ninguna parte agua dulce, dificultad a la cual se agrega la de atravesar desiertos áridos y secos de gran extensión, para llegar a los primeros lugares habitados.

Al acercarnos a la costa, antes de llegar a Cobija, observé que todos los puntos rocosos, bastante altos para estar al abrigo del oleaje, están teñidos de blanco, color que afecta también las cimas de las barrancas de la costa. Ese fenómeno me hizo pensar mucho y pedí en vano a la geología una explicación, que la zoología debía darme más tarde. En efecto, esa materia blanca, a menudo en capas muy espesas, era simplemente estiércol de pájaros, conocido en el país con el nombre de *guano* y constituyendo como abono una de las principales ramas del comercio de la costa. Sería difícil explicar ese conglomerado tan considerable por la cantidad ordinaria de pájaros que estamos acostumbrados a ver en nuestras costas, pero en América no sucede lo mismo. El gran número de lugares deshabitados permite a la gente alada anidar en paz; mientras que ese mar virgen a la pesca, y tal vez uno de los que contienen más peces del mundo, les ofrece un alimento fácil. Como resultado de ello, esos animales son tan numerosos que, en ciertas estaciones, sus diversas especies oscurecen el aire con sus bandadas viajeras[2]. Esos pájaros de mar, al descansar siempre para dormir en gran sociedad sobre los mismos lugares, aumentan diariamente la capa de guano, y como no llueve en la región, el suelo no es lavado por esos aguaceros a que estamos acostumbrados en Europa, y esos montones no pueden, pues, ser retirados más que por la mano del hombre.

Cobija

Los puertos de Valparaíso, Coquimbo y Copiapó en Chile, de Cobija en Bolivia, y de Arica, Ilo, Islay y Pisco en el Perú, están formados de puntas de tierra que defienden de los vientos reinantes del sur; por eso, cuando el viento norte, muy raro, sopla a veces, desde mayo hasta agosto, ocasiona grandes pérdidas al comercio. Me impresionó la sencillez del puerto, al acercarme a Cobija, donde, en una costa coronada paralelamente del norte al sur, una punta baja, que avanza en el mar, se presenta a la vista como el único abrigo del puerto de Bolivia. Esa punta de roca, sobre la cual flotaba una bandera blanca, ocultaba algunos barcos anclados. Franqueamos pronto esa barrera y nos hallamos en medio del puerto.

Si el perfume de las flores y el aspecto grandioso de la hermosa vegetación del Brasil exaltó mi espíritu a mi llegada a Río de Janeiro, estuve muy lejos de

2 Esas bandadas están formadas de especies de los géneros Pufino, Fu, Pelícano, Cormorán, Cola de paja, etc. Véase el parágrafo siguiente.

experimentar las mismas emociones al recorrer con los ojos los campos de Cobija. Me sentí, por el contrario, profundamente entristecido, buscando inútilmente rastros de verdor. La naturaleza parecía estar de duelo, y lejos de hallar en esa tierra tan alabada del Perú, esa riqueza proverbial de aspecto, cuya idea despierta su nombre, en todo el resto del mundo, veía a la derecha un cabo negro, formado de rocas desgarradas; frente, una costa donde el oleaje rompía con estrépito, en medio de rocas; algunas casas de pobre apariencia, al pie de la barranca cortada a pico; y, arriba, una llanura en pendiente completamente pelada, que parte del mar y se eleva poco a poco hacia las montañas abruptas, también secas y peladas. Todo el prestigio desapareció, y experimenté, no sin vivo sentimiento de tristeza, el doble temor de no hallar nada pintoresco en esa tierra ingrata y ver defraudadas por completo mis esperanzas de descubrimientos. Sin embargo, reflexionando, al ver esa costa accidentada, esa vasta extensión marina, y arriba, rocas peladas, pensé que la zoología marítima y la geología me ofrecían todavía tesoros y bastantes medios para llenar los momentos de descanso.

Descendí a tierra con esas nuevas impresiones. La chalupa me condujo a un punto donde se hacía sentir una resaca muy fuerte. Al principio no se veía otra cosa que los rompientes, pero pronto pasamos con el oleaje entre dos peñascos, para aguardar luego el momento favorable en que las olas nos empujaran a la playa. No pude, sin embargo, desembarcar sin ser mojado de la cabeza a los pies, accidente, es cierto, de lo menos grave en los trópicos, y que no me impidió efectuar visitas. Me presenté ante el gobernador de la provincia, quien me acogió con suma cordialidad, y conocí después a los jefes de muchas casas de comercio, entre los cuales citaré a mi compatriota, el señor Huber. Todos me recibieron de la manera más amable, con esa franqueza que se halla sólo en los puertos alejados de las ciudades, convertidos en lugares de cita de todas las naciones.

Cobija fue en toda época habitada por indios pescadores de la tribu de los Changos[3], sin duda sometidos a los incas, al mismo tiempo que a los atacamas. Hasta parece que esos indios eran bastante numerosos al comienzo del siglo XVIII. Frezier[4] dice que en 1712 habitaban unas cincuenta cabañas, y que ese puerto era entonces frecuentado por los contrabandistas franceses, que, a cambio de sus mercaderías, recibían plata traída de Lípez y Potosí. La necesidad de reprimir ese abuso, decidió probablemente al gobierno español a fundar allí

3 Los cadáveres muy antiguos hallados ante mis ojos, al efectuar una excavación, me han dado la certeza.

4 *Relation d'un voyage de la mer du sud*, p. 130.

un pequeño villorrio, que se construyó en el curso del siglo; pero la iglesia fue terminada sólo en 1777[5]. Más tarde, una epidemia aniquiló a muchos indios, y habiendo la revolución americana hecho desaparecer esa celosa vigilancia que hacía inútil la interrupción del trabajo en las minas, Cobija fue casi abandonada. Después de la emancipación de América, el reparto de las tierras de acuerdo a los antiguos límites de los gobiernos, dio al Perú el puerto de Arica, que debía más lógicamente pertenecer a Bolivia; y esta última República, no poseyendo puerto propio, se vio obligada a pagar un derecho de tránsito.

En 1825, Bolivia pensó en utilizar Cobija, y secundada por un español muy rico, Cotera, ese puerto, antes desierto, se convirtió pronto en el centro del comercio internacional de la zona y una de las sedes de las principales casas de Chile y del Perú. Las cabañas de los pescadores fueron reemplazadas por la Casa de Gobierno, una aduana, un cuartel y muchas hermosas casas construidas con madera traída de Chile. En ese estado hallé el puerto llamado Puerto-La-Mar, y desde entonces ha progresado tanto más cuanto que en 1828 el general Santa Cruz, deseando el bien del país, redujo al dos por ciento los derechos de aduana sobre toda clase de mercaderías. Grandes dificultades era, empero, necesario vencer para consolidar ese comercio, porque Potosí está a ciento cincuenta y Oruro a ciento setenta y tres leguas del puerto. En esa distancia, que se franquea a lomo de mula, hay primero veinticinco leguas de arenas móviles sin agua hasta Chacansi; luego vienen los desiertos donde hay apenas tres villorrios, Calama, Chiu-Chiu y Santa Bárbara, perdidos, en cierto modo, en medio de llanuras arenosas secas, o en las montañas de la cordillera, que hay que cruzar antes de llegar a las mesetas.

Después de pasar la jornada dedicado a formarme una primera idea de la región, oí por la tarde sonar la campana del villorrio. Me asombró, sabiendo que no había cura, cuando supe que casi todos los comerciantes comían juntos en un restorán recientemente establecido por los extranjeros, y que el sonido de la campana los advertía de que estaban servidos. Aproveché el aviso y me dirigí a la reunión general. Era una especie de tienda medio rodeada de planchas y de esteras, sobre la cual se había extendido una tela a guisa de techo. El moblaje correspondía al exterior: una larga mesa y bancos de madera, eso era todo. Nos sirvieron un buen pescado, pero la carne que se dijo fresca había sido traída de Copiapó algunos días antes.

Durante los días siguientes realicé excursiones por los alrededores de Cobija. Al partir a una de esas excursiones, pasé junto a la iglesia, a fin de ver de

5 Es la fecha esculpida en el monumento.

cerca los únicos árboles de la zona, sembrados sin duda por los primeros pobladores españoles y consistentes en tres palmeras, de las cuales una era bastante alta, de la misma especie que las de Chile, dos higueras, un sauce y una especie de acacia. Los siete están colocados uno al lado del otro, en el único lugar donde es posible hallar algo de humedad, en algunas leguas a la redonda. Cerca corre, por un cañito de una pulgada de diámetro, la única fuente que abastece las necesidades del villorrio y de los indios de los alrededores. Hallé varias indias changas, vestidas de negro, y llevando, con una correa apoyada en la frente, una cesta formada con algunos pedazos de madera divergentes retenidos en la parte baja por una especie de encañizado[6]. Algunas iban cargadas con sus hijos y venían a buscar agua de dos leguas de distancia, de una mina de cobre entonces en explotación. Al descender hacia la costa, vi muchas cabañas de esos pescadores indígenas. Como no llueve nunca en esa comarca, se contentan con cuatro postes fijos en tierra, sobre los cuales tienden pieles de lobos marinos. Allí toda la familia, a menudo numerosa, se acuesta sobre algas secas o sobre pieles de carneros; no posee como bienes más que conchillas, algunos vasos, instrumentos de pesca, y por alimento maíz tostado y los peces que los hombres pescan. No lejos se ven, a la orilla, las curiosas embarcaciones que emplean y en la construcción de las cuales su industria suple ingeniosamente la falta de madera de la región. Están formados de dos largos odres cilíndricos de piel de lobo marino, terminados en punta en ambos extremos, frotados con aceite de foca, y llenos de aire, por medio de un tubo. Una vez bien inflados, los indios los atan fuertemente entre sí, los cierran más de un lado que del otro, para dar forma a la proa; ponen encima una ligera cama de algunos pedazos de madera, de ovas o de pieles, y, desafiando el oleaje, se arrojan con ese equipo en medio del mar. Es con esas embarcaciones, llamadas balsas, que ora de rodillas, ora sentados en la delantera y remando por medio de una larga pértiga empleada de ambos lados alternativamente a derecha o a izquierda, van a las rocas lejanas a cazar lobos marinos, muy comunes en toda la costa. Las emplean, por lo general, para llegar a alta mar; allí espían a los peces, los siguen con mirada penetrante en el seno de las olas y eligen el momento favorable para arrojar con extrema destreza un pequeño arpón, que difícilmente no alcanza su objetivo. Se ven esas balsas y sus propietarios en todos los puntos de la costa, y a veces a veinte leguas de su punto de partida. También se efectúa con esos barcos livianos el contrabando entre los comerciantes del país y las naves ancladas en la rada, de las mercaderías prohibidas, tales como la *plata piña* y otros objetos de gran valor; por eso cada casa tiene su

6 Véase *El Hombre Americano*, p. 153.

balsero titular, siempre depositario de grandes riquezas y siempre personalmente en la miseria más absoluta, tanto él como su familia. Hombres abnegados, esos balseros están dispuestos a todo. Su probidad es reconocida, al punto de que nunca se los teme incluso cuando son instrumentos de una operación importante y encargados de enormes valores.

Continuando mi paseo hacia el norte, seguí la costa, en todas partes bordeada de bloques de rocas graníticas, contra las cuales el oleaje se encarnizaba inútilmente. Encontré muchas tropillas de mulas que venían del interior, jadeantes, porque habían hecho veinticinco leguas sin agua; marchaban de prisa hacia Cobija, donde finalmente pudieron calmar la sed, antes de volver a emprender camino a la noche siguiente, para cubrir el mismo trecho, teniendo en cuenta que en Cobija no hay pastos naturales, lo que no permite hacer descansar las acémilas. Recogí en la costa muchas conchillas, en medio de los peñascos y guijarros; luego trepé con trabajo un acantilado cortado casi perpendicularmente, de donde se dominaba la rada. Era, sin duda, el lugar más apropiado para tener una idea justa de la zona. Aproveché de inmediato la ocasión, y tomando un lápiz, copié el paisaje que se presentaba ante mis ojos, sin embellecerlo. Debajo mío, el mar rompía sobre la costa, llano como un espejo, presentándose en todo su esplendor; a la derecha, aparecía Cobija completa, con sus peñascos, sus casas sin techo y lo navíos de la gran rada; todo terminado en esa punta basáltica que forma la extremidad sur del puerto. Arriba, terrenos completamente pelados se elevan en suave pendiente hasta el pie de las montañas abruptas, las más altas de todos los puntos de la costa, señal fácil de ver por los marinos, que les facilita el reconocimiento del puerto. Anduve mucho tiempo en esa dirección sin hallar diferencias en los accidentes, recogiendo sólo rocas ígneas de gran belleza y hierros oligistos muy interesantes.

Una excursión hacia el sur llevó mis pasos hacia la punta de rocas que forma el puerto. Son basaltos negros, pero prismáticos, erizados en todas partes de puntas recortadas. Quise, empero, aun a riesgo de desnucarme, trepar, hasta el último punto accesible, para observar a los animales marinos que viven entre las rocas; debí abandonar el proyecto para regresar casi sin calzado y con las piernas despellejadas. Fuera de la punta hay algunas playas medio arenosas; hallé los restos de una ballena que, habiendo muerto el año anterior, estuvo a punto de hacer abandonar el lugar, por el mal olor que despedía. Hubo que quemarla para consumirla, y purificar así ese foco de infección. Vi también en la costa gran número de cefalópodos varados más o menos secos[7].

---

7 Véase Moluscos *Ommastrephes giganteus*, y monografía de los cefalópodos acetabulíferos.

Eran los restos de esas migraciones anuales que parten de las regiones meridionales y cubren toda la costa, desde Chile hasta cerca de Arica.

Tengo que referirme a una parte muy interesante de los alrededores de Cobija: la composición de las colinas, de las llanuras que las dominan y de las montañas que cierran el cuadro, hacia el interior de las tierras; nada más importante para la geología[8]. Junto a la costa hay bancos horizontales formados de conchillas marinas de una altura de diez a quince metros sobre el nivel actual de los mares y que anuncian una sobreelevación de las tierras que puede hacerse remontar al comienzo de nuestra época, puesto que las conchillas son las que viven todavía hoy en la costa. Más arriba, en la llanura, entre los aluviones y los restos de rocas desprendidas de las montañas, se ve aparecer rocas basálticas, las mismas que las de la punta, sobre las cuales, hasta cerca de cien metros por encima del océano, hay aún en el lugar, blancas y descoloridas, las conchillas que vivieron, y en todas partes restos que revelan evidentemente la presencia del mar. Nada es tan engañador como la distancia en las montañas. Desde la llanura parece que uno tocara ya la base de ellas, y sin embargo se está todavía muy lejos, tanto más cuanto que se anda al principio con facilidad sobre los pequeños fragmentos de rocas, pero pronto los pedazos se hacen cada vez más voluminosos y terminan por presentar verdaderos peñascos. Al acercarme a las montañas, me asombró hallar en todas partes, en la dirección de las quebradas, los lechos de torrentes cuyas huellas son evidentes, y de aguas cuya fuerza y volumen puede calcularse por los enormes bloques transportados y por su profundidad de más de cuatro metros, por a veces seis a ocho de ancho. Esas huellas me sorprendieron tanto más cuanto que, desde los tiempos históricos más lejanos, no ha caído una gota de agua en Cobija, ni en la costa de Chile y Perú, comprendida entre Copiapó y Payta. No cabe, empero, duda de que al comienzo de nuestro período cayeron lluvias abundantes en esos lugares, así como sobre todos los puntos de la parte occidental de los Andes, donde hoy no llueve nunca. ¿Debe suponerse, para explicar ese cambio, una mudanza completa en la dirección de los vientos, cambio que parece poco probable; o hay que remontarse a causas análogas a las que hacen descender los glaciares de Europa en medio de los valles hoy templados? Me inclino por esta hipótesis, que me propongo desarrollar en otra parte. Es evidente que si, por un descenso de la temperatura, las montañas se cubren fortuitamente de nieves, se forman torrentes, cuando la temperatura se restablece de súbito.

---

8 Véase la parte geológica especial.

He señalado, a propósito de la Patagonia, las circunstancias que determinan la falta de lluvia en toda la costa del Perú; es también una consecuencia de los vientos reinantes. En efecto, soplando siempre del sur, los vientos traen, sobre las regiones meridionales de Chile, espesas neblinas, que mantienen una vegetación activa en la Araucania y Concepción; pero, hacia el norte, esas nubes se hacen cada vez más raras, y se ve disminuir gradualmente la vegetación: débil en Valparaíso, es muy rara en Coquimbo, cesa del todo en Copiapó y desaparece más lejos, en el desierto de Atacama, célebre por su dunas movedizas. Todo el Perú occidental está cubierto de cenizas o arenas transportadas a voluntad por los vientos; por eso allí el curso de las aguas determinado por el derretimiento de las nieves de los Andes, sólo permite a la industria humana fecundar, de tanto en tanto, la tierra por medio de riego artificial y crear esos graciosos oasis, sembrados en la costa, en medio de los ardientes desiertos.

Volví al pie de la montaña, donde realicé varias excursiones. Ora iba con un hombre a quien cargaba con esa hermosa variedad de rocas ígneas[9] de todos los colores, donde el verde contrasta con el violeta, el rojo con el negro; ora iba solo; ora, finalmente, en compañía de algunos comerciantes de Cobija. Este último viaje tuvo por objetivo visitar una mina de plata. Partimos con el fresco de la mañana, con un guía indígena, y llegamos al pie de la montaña, donde hallamos de nuevo algunas especies de conchillas terrestres que, privadas de lluvia y de vegetación, se contentaban en apariencia, como los cactus achaparrados, sobre los cuales viven, con la débil humedad del aire. Faltaba trepar las pendientes escarpadas; cada uno de nosotros seguía con la vista la dirección casi perpendicular que debíamos tomar, y poco faltó para que esos señores renunciaran a acompañarme; por el amor propio, más que el placer, los decidió a hacerlo. Comenzamos, pues, a ascender penosamente, agarrándonos de las rocas, y deteniéndonos a menudo. Después de más de una hora de marcha cansadora al extremo, mis compañeros perdieron de nuevo coraje, a pesar de mis exhortaciones, cuando el guía, ligero como una cabra, nos señaló a lo lejos el objetivo que debíamos alcanzar. Era, en efecto, difícil de seguir el sendero no trazado, que, casi a pico, dominaba terribles precipicios, desde donde se desprendían bajo nuestros pies enormes bloques, que rodaban con estrépito hasta abajo de la montaña, haciendo resonar el eco con su caída. Después de algunas pausas, llegamos finalmente a la mina. Era una excavación casi vertical, de treinta pies de profundidad. Hallamos, fuera, hermosos ejemplares de

9 Son, según Cordier, dioritas granuladas, a menudo amigdaloideas, *waches* antiguas, con núcleo de epidotis, etc.

hierro oligisto y algunas rocas que contenían algo de cobre. Recogí algunos y quise descender a la mina; lo conseguí, pero no sin trabajo, obligado a arrastrarme de rodillas y espaldas, como los deshollinadores en las chimeneas. De acuerdo a la costumbre del país, se contentaron con seguir, serpenteando, la anchura del filón, sin trazar galerías por donde se pudiera circular.

Hasta el punto donde estábamos, la montaña está compuesta de las mismas rocas ígneas. No vi otra vegetación que el cactus. El guía aseguró que, en las proximidades de una fuente cercana, encontraría más. Me decidí a trepar más, y hallé, a escasa distancia, una mancha húmeda de algunos metros de extensión, donde habían crecido algunas higueras, plantadas sin duda por los mineros, y un pequeño número de plantas indígenas, tales como *carex* y apio salvaje. Recogí todo lo que se me presentaba, sin poder saciar mi sed, porque el agua estaba demasiado cargada de sulfuro. Veía planear majestuosamente, encima y debajo mío, al famoso cóndor, cuyo tamaño tanto se ha exagerado[10]. Dominaba ese mar tranquilo y sin límites; pero no experimentaba nada de lo sentido en un alto del acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro[11], ¡tanto es cierto que la naturaleza sin vegetación está desprovista de todos sus encantos! Quise trepar hasta la cima de la montaña. El guía me dijo ingenuamente que no quedaban más, para llegar a la cima, que los *caminos de los guanacos*, expresión local que significa que el trayecto es impracticable para los hombres. Fue necesario regresar. Es sabido que resulta a menudo más difícil descender una pendiente rápida que subirla. Tuve que correr en vez de andar, y después de haber estado varias veces a punto de perder el equilibrio, llegué el primero al pie de la montaña, donde mis compañeros dispersos tardaron en alcanzarme, con las prendas desgarradas. ¡Cosa extraña! En esa azarosa excursión no sufrí el menor accidente, y, al día siguiente, tuve una torcedura en medio mismo de la calle.

Este ligero accidente, a pesar de acarrearme una fiebre violenta, se produjo, por suerte, el día mismo de mi partida; me retuvo algunos instantes en el lugar donde comíamos. El patrón era cruceño, o nativo de Santa Cruz de la Sierra, en el centro de Bolivia; me agradaba conversando con él, hacerme por adelantado una idea, por sus relatos a menudo exagerados, de todas las riquezas que podía hallar en medio de esa naturaleza todavía virgen, ignorada del naturalista. Si se ve a los habitantes de los lugares más tristes del mundo recordar a su patria con felicidad, ¡cómo no iba hallar exaltación en un hombre

10 Véase en aves el artículo *Cóndor* en lo que respecta a las costumbres de esta ave.

11 Véase cap. II.

nacido en medio de la lujuriosa vegetación de los trópicos, que se hallaba entonces en un territorio desprovisto de todos los encantos del suyo!

Viaje por mar al Puerto de Arica

El 20 de abril, después de cinco días de descanso, abandoné, impulsado por un buen viento, el puerto de Cobija o Puerto-La-Mar. Seguimos todavía las costas boliviana y peruana durante tres días, que empleé en observar lo que el mar me ofrecía de nuevo. Había, junto a la nave, numerosos peces que saltaban, todos juntos, a uno o dos metros fuera del agua y caían en seguida, presentando casi el aspecto, en su impulso parabólico, de un arco iris, por el brillo de sus escamas, que reflejaban mil colores a los rayos del sol. Eran grupos de grandes delfines oscuros, de espina dorsal curva, hocico corto, que nadaban lentamente algunas horas seguidas detrás del navío, subiendo, de tanto en tanto, a la superficie para arrojar el agua por la nariz y respirar el aire exterior. Fui también testigo de un hecho difícil de observar. Varias hembras iban seguidas de sus crías que jugaban a sus lados; de pronto vi a una de ellas darse vuelta, con el vientre al aire, y a la cría colocarse de inmediato sobre ella y mamar a su antojo. Esa maniobra se produjo varias veces ante mis ojos, lo que no me dejó la menor duda respecto al amamantamiento maternal de los cetáceos, problema agitado más de una vez, después de mi regreso, entre estudiosos de primer orden.

Océano Pacífico
20 de abril

Pasé frente a Iquique, frecuentado antes por los guaneras, especie de barcos que van a buscar guano a la isla de Iquique y que lo transportan a la costa. Ese guano, que dejan los pájaros y que se considera un excelente abono, se recoge, al parecer, desde hace más de tres siglos[12], en una isla de menos de una legua de circunferencia, situada al norte de la punta de Iquique. Muchas personas me aseguraron que habrá todavía durante mucho tiempo guano en ese lugar. Hoy ese villorrio es célebre por otro género de comercio, consistente en salitre o nitrato de potasa, que muchos navíos recogen como carga de retorno, para transportarlo a Europa.

Cuando se está demasiado cerca de la costa del Perú, a menudo contrarían las calmas; es lo que nos aconteció antes de llegar al puerto de Arica. El 22 de abril estábamos a tres leguas del Morro de Arica, punta elevada que

12 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. V. cap. III, p. 134, nos informa que se empleaba desde la época de los Incas.

Arica
22 de abril

defiende el puerto. Veía ya claramente, con las costas escarpadas del sur, las montañas de segundo orden formando detrás una gran cortina oscura, sobre la cual se dibujaban los principales picos nevados cónicos de la Cordillera. Uno de los pasajeros, que varias veces hizo el viaje a La Paz, me señaló, entre los montes cubiertos de nieve, el Tacora, al pie del cual debía pasar, y el Nyuta. Parecían tan cercanos, que se podría pensar que llegaríamos paseando desde la costa; pero la experiencia me enseñó más tarde que están separados por unas treinta leguas de camino.

23 de abril

Tuve tiempo disponible para pensar en mis futuros viajes, porque no llegamos al anclaje hasta el día siguiente, a la caída del sol. ¡Cuántas veces, en ese espacio de tiempo, que me pareció un siglo, no me transporté con la imaginación más allá de esas montañas, escudriñando toda la naturaleza; hasta tal punto anhelaba abandonar las comarcas que todo el mundo visita y que yo sólo me limitaba a espigar! Por fin pisé ese suelo antiguo del Perú, tierra clásica de la antigua civilización de la América Meridional.

Siempre experimenté una sed ardiente de investigaciones y descubrimientos al ver un nuevo país, y la primera noche sentía tal emoción que no pude dormir. Aguardé el día con una impaciencia difícil de reflejar. Me levanté apenas amaneció, para recorrer los alrededores y saber sobre qué podía contar. Ese hábito, del que durante ocho años no pude deshacerme, me hizo a menudo pasar por loco ante los pobladores, nacidos bajo un cielo ardiente, pero cuyas impresiones, aunque vivas, no llegan hasta hacerles comprender lo que hay de encantador en ese primer reconocimiento de un país nuevo. El Morro se mostraba muy cerca con su abrupto acantilado; me dirigí maquinalmente hacia allí; llegué en el momento en que miles de pájaros de mar, que ocupaban todas las cornisas avanzadas, partían hacia la lejanía en busca de su alimento cotidiano. Anduve por el pie de las rocas y no regrese hasta que creí a la ciudad en actividad. Hice desembarcar mis efectos y me consideré, durante algunos años, ciudadano de esa parte del continente americano.

Arica, fundada en el siglo XVI, casi al mismo tiempo que la ciudad de La Paz, de la cual es su puerto natural, debió luchar constantemente, durante su desarrollo, contra dos flagelos, de los cuales uno provenía de los hombres y el otro de la naturaleza. Objetivo, durante los siglos XVII y XVIII, de los repetidos ataques de los filibusteros franceses e ingleses[13], su escasa actividad no permi-

13 Frezier, *Relation du voyage de la mer du sud*, p. 135.

tió a los comerciantes establecerse allí; por otra parte, sufrió fiebres intermitentes, que diezmaron a la población, mientras que muy frecuentes temblores destruyeron sus construcciones y hasta aniquilaron varias veces casi toda la ciudad[14]. Sin embargo, su importante posición comercial, como llave para la introducción de las mercaderías extranjeras en toda Bolivia, tiende diariamente a aumentar. Hoy cuenta con unos tres mil habitantes, la mayoría de razas mezcladas. Los comerciantes extranjeros se han establecido con preferencia en Tacna, a quince leguas en el interior, a fin de huir de la fiebre; sólo tienen un apeadero en el puerto. Esa enfermedad endémica perdona poco a los extranjeros, sobre todo en verano. Da a los habitantes un color amarillento que los hace parecer espectros; el miedo los lleva, a causa de una temperatura elevada, a vestirse exageradamente, sobre todo por la noche, en que se embozan una manta por encima de las ropas y se cubren la cabeza con un bonete de lana bajo un enorme sombrero de fieltro. Esas precauciones exageradas, sobre todo en los extranjeros, son, según creo, más apropiadas para atraer la enfermedad que para preservarse de ella, porque los mulatos, que viven en medio mismo de la infección, junto a un arroyo sin agua, son muy difícilmente sus víctimas. Se acuestan, sin embargo, sobre la tierra pelada, en cabañas de cañas abiertas a todos los vientos y apenas cubiertos de algunas esteras. En su barrio, junto a algunas plantaciones de caña de azúcar, algodón, bananeros y alfalfa, numerosos perros se encargan benévolamente de la guardia nocturna. Esos animales conocen bien a los comensales ordinarios del lugar –negros, mulatos o indígenas–, pero si un extranjero tiene la mala suerte de pasearse por la noche, corre peligro de ser devorado, o, por lo menos, de dejar algunos pedazos de sus ropas; accidente que sufrió uno de mis compatriotas poco antes de mi llegada.

El puerto de Arica está formado al sur por el Morro, montaña bastante elevada, que defiende algo la bahía de los vientos del sur, mientras que la isla de Guano, situada a algunos centenares de pasos de la costa, cortando horizontalmente el oleaje, abriga débilmente el anclaje. Un muelle muy moderno, formado de una escollera que avanza apoyada en los peñascos, protege el desembarco de las lanchas. Es un inmenso progreso para el comercio, puesto que muchas chalupas se hacen pedazos contra los escollos, cuando se ven obligadas a atracar en la misma costa. Frente al muelle hay una aduana bastante grande, donde se depositan las mercaderías hasta el momento de mandarlas a Tacna. Junto a la aduana se prolonga una calle con casas de maderas elegante, hermosas y de un solo piso. Las restantes casas son de tierra cubiertas de esteras, sobre la cuales se extiende una

14 Temblor del 26 de noviembre de 1605.

capa de tierra de centímetros de espesor, y que basta para defender de los rayos solares, en un país donde no llueve nunca. En la parte más alta de ciudad hay una iglesia y una plaza pública, de pobre apariencia, frecuentada el domingo.

El Morro, elevado unos doscientos cuarenta metros sobre el nivel mar, me interesó vivamente desde el punto de vista geológico. Quise visitarlo con cuidado. Antes de llegar, el mar estaba bajo y vi surgir de la arena un agua excelente de una fuente magnífica, donde varios marineros se aprovisionaban. Esa cantidad de agua que surgía de tierra me dio casi la certeza que pozos artesianos, cavados en el valle interior, podrían fertilizar una superficie considerable de terrenos hoy completamente incultos. Siguiendo mi paseo, llegué al pie del Morro. Allí se amontonaban las rocas batidas por el oleaje, algunas rocas ratificadas, y, en el flanco de la montaña, basaltos negruzcos, coronados de asperón de la época carbonífera. Las rocas están más desgastadas al acercarse a la punta, donde penetra muy adentro una vasta caverna natural. Esa gruta lleva en el país el nombre de *Infierno* y sirve de tema a muchos cuentos populares. Más lejos, las rocas socavadas por el mar y cavadas por adentro, hacen que las aguas entren con estrépito, y como han abierto un pequeño orificio al extremo de esa gruta submarina, salen formando chorro, cuando el mar está crecido, y presentan un espectáculo de lo más curioso.

Al llegar con trabajo al otro lado del Morro, vi una vasta bahía arenosa, bordeada de dunas movedizas; y allí, mi atención debió dirigirse hacia otro objeto. Sabía que se habían hallado muchas tumbas de antiguos indígenas, y es notorio cuánto interés ofrecen los rastros ignorados de un pueblo poco conocido. Vi, en efecto, en la arena, a una decena de metros arriba del nivel del mar, gran número cadáveres que puso al desnudo la búsqueda de tesoros ocultos. Esas momias naturales, muy bien conservadas, están ennegrecidas y son muy duras. Tuve también la dicha de descubrir, en una excavación, una de esas tumbas no abierta todavía. Era una especie de fosa de un metro de largo y cincuenta centímetros de ancho, con paredes de piedras secas. El cadáver estaba sentado, con las rodillas junto al pecho, en la posición del niño antes de nacer; estaba vestido con tela de lana oscura, y, además, rodeado de algunos vasos, instrumentos para tejer (porque era una mujer; los hombres tienen sus herramientas de pesca) algunos ovillos de hilo todavía coloreado de rojo y, a su lado, se veía un paquete cuidadosamente envuelto en tejido de lana cosido.

Ese paquete contenía una criatura, lo que podía hacer creer que la muerte de la madre siguió o precedió de cerca a la del recién nacido. La tumba estaba cerrada con algunos pedazos de madera pintados, cruzados, que sostenían grandes piedras chatas que todo lo cubrían. Junto a la sepultura, donde se veían en

todas partes numerosos rastros de tumbas, estaban, sin duda, las casas de los pescadores indígenas, como podía juzgarse por los montones de conchillas de que se alimentaban[15] y el gran número des espinas de pez, que las excavaciones diarias sacaban de la arena.

Hoy esa bahía, así como muchas otras de la costa del Perú, antes habitadas por los indígenas, está completamente desierta. He visto a muchos habitantes de Arica asombrarse del hecho de que los indígenas se establecieron en un lugar sin agua, mientras que podrían haberla tenido en abundancia en el sitio donde está Arica, pero es fácil responderles que, no estando como ellos retenidos en un foco infeccioso por motivos comerciales, esos indígenas preferían probablemente ir a buscar agua a un cuarto de legua a exponerse a las fiebres intermitentes que reinan del otro lado del Morro, estableciéndose a sotavento de esa montaña.

En vez de regresar por el mismo camino, pasé por encima del Morro. Lo trepé penosamente en medio de arenas movedizas y llegué finalmente a la cima y de allí justo hasta la punta. Me esperaba un espectáculo de lo mas novedoso. El desplazamiento de una serie de seres arrastra casi siempre otros tras ellos. Había visto, en Europa, las grandes migraciones invernales de los ánades atraer los pigargos a las regiones meridionales, y los bancos de sardinas acompañadas por los rufinos; había visto en América a las palomas de la Patagonia provocar la reunión de todas las águilas[16] de los alrededores, pero nada en el mundo era comparable a lo que se ofrecía a mis ojos. En la costa misma de Arica, los niños y las mujeres estaban ocupados en sacar del agua, con cestas y cubos, millares de pequeñas anchoas[17], que amontonaban sobre la playa, o bien en recogerlas de la arena, donde cada ola las traía. Las disputaban a una nube de golondrinas de mar[18], que, ávidas de alimento, se sumergían a cada minuto, para reaparecer en los aires, con el pobre pez en el pico. Mientras eso acontecía en la costa, otra pesca no menos ruidosa tenía lugar a cierta distancia en el mar, donde había, sin duda, un banco semejante o de alguna

---

15 Esas conchillas son principalmente la *Venus Dombeyi*, la *Purpura concholepas*, la *Purpura chocolatta*, el *Turbo niger*, etc.

16 *Aguila Aguya*, de Azara.

17 Fui más tarde testigo de una pesca semejante en Islay y el Callao. Esos numerosos pececillos y los pájaros que los siguen por millares, han llamado la atención de todos los viajeros. Se refiere a ellos Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. V, p, 135; Ulloa, *Relación de viaje a la América*, t. III, p. 135; Frezier, *Relation du voyage à la mer du sud*, p. 133; *Choix des lettres édifiantes*, t, II, p. 32; Meyen, *Annales des voyages*, 1838, p, 130, etc,

18 *Sterna Inca*, Lesson.

otra especie. Nubes de pájaros oscurecían el horizonte y se lanzaban con encarnizamiento. En la superficie, negros rufinos volaban y se sumergían sucesivamente. No lejos de allí, bandadas de piqueros, de cuervos marinos, mezclados a enormes pelícanos, ejecutaban otra maniobra. Nada mas interesante que esas falanges aladas, las unas planeando a siete u ocho metros sobre las aguas, las otras replegando sus alas, lanzándose perpendicularmente con la cabeza baja sobre el pez que perseguían a nado, haciendo saltar el agua alrededor de ellas. Salen después con trabajo de las aguas, sosteniendo el pez con el pico, y vuelven a sumergirse minutos más tarde. Parecen ocupadas en un juego muy animado, alegres con sus miles de gritos, mientras que no hacen más que aprovechar una migración anual, para alimentarse mas fácilmente. Seguí largo tiempo con la vista esa pesca entretenida; luego, cuando los pescadores se hallaron finalmente satisfechos, vi que se separaban por especies y se dirigían a distintos puntos. Los graves pelícanos, los gigantes de la bandada, fueron a posarse sobre las rocas que avanzaban en el mar, donde se inmovilizaron, con el cuello recto, perpendicular, el pico replegado sobre el pecho, un aire estúpido y ridículo, para hacer tranquilamente la digestión. Entre las otras especies, los piqueros y los cuervos marinos los imitaban, ubicándose precisamente debajo mío, en todas las alturas, sobre las cornisas avanzadas del Morro, que blanqueaban diariamente con sus excrementos, mientras las bandadas de rufinos, más numerosas todavía, se dirigían hacia el sur, para buscar alguna roca cuya posesión no les fuera disputada por más poderosos habitantes de los aires. Esa operación tiene lugar cada tarde y cada mañana. Se ve primero a esos pájaros recorrer separadamente la vasta extensión de los mares, en busca de bancos de peces. De pronto uno de ellos se detiene y no tarda en llamar la atención de los otros exploradores, que pronto se reúnen en el mismo punto, y comienza la pesca general. Son esas innumerables bandadas que, así como lo he dicho, depositan esas gruesas capas de guano, que se va a buscar a las islas de la costa, como abono indispensable a la fertilización del suelo peruano.

Tuve, algunos días después, una idea exacta de la acción extraordinaria del guano en la agricultura y del valor tan notable que da a las pequeñas parcelas que la industria agrícola ha sacado a los desiertos de arena de la costa. Realicé un paseo al valle de San Miguel de Sapa, a una legua y media en el interior, remontando un arroyo que se arroja en el mar, cerca de Arica. Hallé, entre dos colinas de arena, un oasis encantador: por todas partes campos de agricultura rodeados de granados, olivos e higueras, mezclados con bananeros y naranjos de follaje desigual. Esos campos son fertilizados por pequeños canales de irrigación, que dan a esa arena mezclada con guano la humedad necesa-

ria para centuplicar los productos. Me asombró ver la hermosa cosecha permanente de maíz, y sobre todo de pimiento rojo (*ají*), principal comercio de esos valles, que se manda a todas partes del interior de Bolivia, donde los pobladores no pueden prescindir de esa planta excitante, que el hábito les ha hecho indispensable. Hallé, en el valle de Sapa, gran cantidad de tortolitas de dos especies diferentes; allí, esos tímidos pájaros viven en paz y sin temor junto a los habitantes, que jamás perturban sus nidos. Experimenté una pena real al ser, tal vez, uno de los primeros en destruir esa seguridad, por el espanto y la muerte que produje en esas bandadas familiares.

Estaba escrito que no abandonaría Arica sin experimentar, por lo menos en pequeño, uno de esos temblores tan frecuentes en el país[19]. Una mañana, estaba todavía en cama, cuando oí un débil ruido subterráneo, seguido casi instantáneamente de sacudimientos u oscilaciones horizontales muy marcadas. Como habitaba una casa de madera, no me preocupé, y vi hasta con placer el movimiento y el crujido de todas las partes de mi habitación. La experiencia y los informes recogidos de los habitantes, me enseñaron más tarde que los temblores se producen a lo largo de la costa y que son tanto más intensos cuanto más cerca está el mar; esas sacudidas, capaces de voltear las casas del puerto de Arica, no causan el menor daño en la ciudad de Tacna, o los efectos son mucho menos intensos. Disminuye la intensidad de manera sensible al remontar los Andes, se reduce a poca cosa en Pachia, al pie de los últimos contrafuertes de la cordillera, son poco sensibles en Palca, a mitad de la pendiente occidental, y hacia La Paz, sobre la cadena oriental, ya no se hacen sentir del todo[20].

Tres poderosas razones me impulsaron a abandonar Arica: el deseo ardiente de penetrar en el interior, los enormes gastos en esa ciudad sin recursos, y la acción del mal aire, que podía hacerme contraer la fiebre. Por otra parte, seis días de excursiones por los alrededores me dieron un conocimiento satisfactorio del país. Hay catorce leguas de Arica a Tacna, siempre en medio de los desiertos de arena sin agua; por eso, los habitantes prefieren franquear el espacio de noche. Los únicos medios de transporte son los caballos, que en vista de la rareza de los pastos, se arriendan a 10 pesos (50 francos), precio

---

19 Después de mi partida, en el mes de agosto de 1834, hubo uno muy fuerte en Arica.

20 Puedo citar en apoyo de esos hechos no sólo mi experiencia personal, sino también el excelente trabajo estadístico del doctor Indaburo, insertado en *El Iris de La Paz*, 1829, N° 1, donde el autor dice positivamente: "No se conoce ningún volcán, ni menos se experimentan temblores y terremotos".

enorme para un recorrido de algunas horas solamente; pero es la costumbre y no se puede hacer otra cosa.

Me puse en camino el 1 de mayo, acompañado de uno de los socios del señor Lezica, de Valparaíso, el señor Toenius, de origen ruso, que hablaba todos los idiomas europeos, y era uno de los hombres más cultos que encontré en la costa del Perú. Me complazco en nombrarlo, lamentando que su muerte prematura haya venido a separarlo de sus numerosos amigos.

Viaje y estadía en Tacna

Partí a las cinco de la tarde, después de un día de calor agotador, y pasé en medio de miserables cabañas de la extremidad norte de la ciudad, junto a reducidas plantaciones, y más lejos atravesé el Río de Arica, cuyas aguas cristalinas han excavado un lecho en una capa de cantos rodados de tres a cinco metros de espesor, dejando, de tanto en tanto, algo de tierra, que se aprovecha para plantar higueras y algunos otros árboles. Más allá se extiende un pantano, bordeado, del lado del mar, de dunas móviles que se desplazan con los vientos. Se las sigue antes de entrar en el desierto arenoso. Creía que sólo teníamos que franquear arenales, aunque vi una palmera en el horizonte. Temí que fuera una ilusión a causa del espejismo, pero mi compañero de viaje me aseguró que nos acercábamos a un valle fertilizado por un riacho, el valle de Lluta, en el cual hay algunas cabañas de agricultores, algo de vegetación y dos palmeras, únicos representantes, en esos lugares, de la vegetación de los trópicos. Ese río distante dos leguas de Arica, y que desciende del pie mismo del Tacora, es difícil de atravesar en ciertas estaciones; corre por un lecho de cantos rodados; sus aguas, aunque claras, límpidas y repletas de una especie de grandes camarones, muy apreciados en la región, son sin embargo, por lo que se asegura, muy poco sanas, porque reciben, de la cumbre de la Cordillera, un arroyo tan cargado de sulfuro, que los animales que beben sus aguas mueren casi de inmediato. Abandoné ese valle, y desde allí hasta Tacna, en un espacio de doce leguas, no abandoné más el desierto, desprovisto de todo vestigio de vegetación.

Tacna

Lanzado al galope en medio de ese mar de arena móvil, donde los vientos borran a menudo los rastros del viajero, que, perdido, no sabe hacia dónde dirigirse, no vi más que numerosos esqueletos de mulas y asnos, como testimonio de lo difícil del camino. Los arrieros parten por lo general de tarde, marchan toda la noche y llegan al día siguiente, hacia las nueve de la mañana;

pero, obligados a hacer catorce leguas de un solo tirón, hollando una arena que se levanta en polvo salado bajo sus pasos, las acémilas deben sufrir doblemente la fatiga y la sed; por eso sucede a menudo que se paran, imposibilitadas de seguir caminando; entonces los arrieros, que llevan siempre algunas de recambio, las descargan y las abandonan en el camino. A menudo el fresco las restablece y llegan poco a poco al valle de Tacna; pero están fatigadas a tal punto por la mañana y dominadas por el calor, que difícilmente escapan a los picos acerados de los cóndores y auras, que acompañan siempre al viajero para vivir de sus desperdicios. Esos animales cuando las ven acostadas no las dejan descansar; les arrancan los ojos y apresuran su muerte, después de una vida llena de sufrimientos. Se encuentran tantos de esos restos de animales por cuanto se conservan durante siglos, en medio de la arena, con la piel tendida y seca sobre los huesos.

En muchos lugares hay, bajo la arena, un suelo bastante firme, no formado de arcilla endurecida, como lo creyó Meyen[21], sino más bien de una composición peculiar. Son arenas gruesas, pequeños cantos rodados y hasta piedras unidas entre sí por la sal marina, formando un cemento entre las diversas partes. Varias excavaciones practicadas me han demostrado de un modo completo esas características; por otra parte, es de allí que se extrae la sal que se emplea en el país. Basta cavar algunas pulgadas en las colinas, bajo la capa arenosa, para hallar una sal blanca que envuelve a los cantos rodados uniéndolos unos con otros.

En medio de esa llanura se ven tres antiguos lechos de torrentes actualmente secos, y que trazaron un curso en la arena, formando, de cada lado, pequeños ribazos perpendiculares. El primero se llama la *Quebrada de los Gallinazos*; el segundo, distante cinco leguas de Arica, es la *Quebrada del Escrito*; el tercero, la *Quebrada de los Malos Nombres* y está a nueve leguas de Arica. Esta última se llama así a causa de los pensamientos de los viajeros escritos en las arenas de las escarpaduras. Es evidente para mí que esas torrenteras, hoy secas por completo, y que lo están desde los tiempos históricos más antiguos, están en el mismo caso de las que he descrito en Cobija. Es la mejor prueba de que la existencia de antiguos cursos de agua distribuidos en todas partes de la costa del Perú y en nuestros días completamente secos, se debe a causas generales que actuaron sobre la ladera occidental de los Andes. Debía volver a hallarlos todavía en muchos puntos del interior. Ascendí la cuesta de *Muelles*; descendí en el valle de Tacna, atravesé otra torrentera sin agua, la *Quebrada de*

21 Véase la traducción francesa: *Nouvelles Annales de voyages*, 1836, p. 139.

Muelles, a dos leguas de Tacna; luego, después de franquear trabajosamente, a causa de la oscuridad, una llanura cubierta de cantos rodados de todos los tamaños, algunos de los cuales son muy grandes, llegué finalmente a Tacna hacia las once de una noche magnífica, aunque sin luna, con un cielo puro, cubierto de brillantes estrellas, que se dibujaban en un hermoso fondo de color azul pronunciado.

Al día siguiente me levanté antes de que los cóndores hubieran comenzado sus correrías matinales. Toda la naturaleza parecía sumergida en el más profundo reposo. Ese suelo desecado parecía menos árido, privado como estaba del calor solar. Se respiraba un aire fresco y dulce de lo más agradable. Todo el paisaje, entonces cubierto uniformemente de una ligera bruma, era encantador. La hermosa vegetación del banano no contrastaba menos con el azul glauco del olivo, las flores y los frutos púrpuras del granado mientras que se podía todavía, sin temor, contemplar fíjamente esas arenas blanquecinas, esas líneas polvorientas, que se convierten en fuego al mediodía. Vi sucesivamente a los seres despertarse alrededor mío. El cóndor descendió de la montaña y planeó en los aires; el horrible *Gallinazo*[22] sacudió sus alas sobre la casa donde había pasado la noche; la quejumbrosa tórtola arrulló sus amores, mientras que el ligero pájaro-mosca comenzó a zumbar en torno de la flor que se complacía en cortejar. Sin embargo, yo estaba todavía solo; nadie aparecía en la ciudad completamente desierta. El sol, que alumbraba ya el horizonte detrás de una vasta cortina de montañas de la cordillera, se elevó al fin poco a poco. Vi los picos nevados del Tacora recibir los primeros reflejos, que se destacaban entonces mucho más claramente sobre toda la cadena por su blancura brillante, contrastando con la sombra tendida en el valle; pero, en el momento en que el astro parecía taquear esa elevada barrera, lanzó primero algunos rayos sobre los puntos culminantes, luego difundió rápidamente sus olas de luz sobre la naturaleza, que, en el mismo instante, como por arte de magia, se revistió de los más vivos colores. Comenzó entonces el día para los habitantes. Por todas partes se inició el movimiento. Ya no estaba solo; hallé en todas partes importunos que turbaban la especie de soledad de que yo gozaba en torno mío. El encanto desapareció; debí regresar, para preparar los viajes que tenía que efectuar.

La ciudad de Tacna que, en el momento en que la vi, contaba de diez a doce mil almas, se ha desarrollado mucho a expensas de Arica. Por ella se realiza hoy todo el comercio del puerto; allí se venden las mercaderías traídas

22 *Cathartes urubu*.

por los diversos navíos. Apenas ancla un barco, se descargan muestras, que son inmediatamente transportadas a Tacna, a casa de los consignatarios. El capitán o el sobrecargo se va allí en seguida, y se operan las transacciones con los comerciantes del interior, que llegan para ese efecto. Sólo entonces se descargan los bultos comprados, para enviarlos a Tacna. A pesar del activo comercio que se efectúa por Cobija, Tacna no ha perdido su importancia. Hay todavía una decena de casas de consignación, de todas las naciones francesas, inglesas, alemanas o del país, y el tráfico internacional es tanto más frecuente cuanto que la gran distancia de Cobija a las ciudades más importantes, y el precio de las mulas, sólo permiten el transporte de las mercaderías de gran valor, pasando las restantes por Tacna.

La ciudad, de cerca de una legua de largo, está a cuatro leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, a siete del mar, en un valle que corre noreste y suroeste, en dirección transversal a la cordillera. Este valle, de una media legua de ancho, limitado, a derecha e izquierda, por colinas traquíticas blancuzcas, está cubierto, en los dos lados, de arenas móviles; sólo el medio, en el espacio que pueden fertilizar las aguas del río, está ocupado por diversos cultivos, que contrastan con la aridez de los alrededores. La parte cultivada se compone de *quintas* bien cuidadas, donde se ve, al lado del algodonero de copos blancos[23], el fruto purpúreo del granado. La higuera y el olivo contrastan con el banano de follaje elegante, no lejos de los matorrales de cañas enroscadas, la planta más útil del país[24], o viñas enlazadas, cargadas de racimos dignos de la tierra prometida. Todas esas plantas sirven de setos y separan los cuadrados o manzanas de la ciudad, a su vez subdivididos al infinito, a fin de poder aprovechar la irrigación artificial. Cada uno de esos pequeños compartimentos está cubierto sea de suculentos melones, de sabrosas sandías y de pimientos para el alimento de los hombres, sea de alfalfa para las bestias de carga. Esa vegetación, curiosa mezcla de plantas de todas las regiones, ofrece no sólo contraste con los desiertos de los alrededores, sino también con las casas de la ciudad, que nada tienen de pintoresco. Imaginemos algunas anchas calles trazadas en dirección longitudinal respecto al valle, empedradas de cantos rodados, por supuesto muy toscos, y rodeadas de casas muy blancas y desiguales, de un solo

23 Los algodoneros tienen en Tacna hasta quince pies de altura; en ninguna parte los he visto tan hermosos. No se los cultiva, empero, más que para satisfacer una parte de las necesidades de la región.

24 Esa caña, conocida con el nombre de *Caña de Castilla* y llevada a Europa, sirve para construir los techos en la zona y es, por consiguiente, de primera necesidad.

piso, cubiertas de un techo muy inclinado y presentando una pared delantera en la que se abren una puerta y una ventana, y se tendrá una idea de casi todas las construcciones de la zona. Salvo algunas casas construidas por extranjeros y que tienen un aspecto más confortable, salvo también esas chocitas, apenas cubiertas, donde viven los arrieros de los barrios, las casas de la ciudad responden casi todas a ese feo modelo. ¿No podemos preguntarnos qué motivo ha decidido a los primeros habitantes a construir esos techos inclinados en un país donde nunca llueve, y en el cual, por lo demás, así no se contribuye a defenderse del sol?

El calor es muy intenso a mediodía, sobre todo en el momento en que desaparece esa bóveda de nubes, que se muestra por lo común hasta las diez de la mañana e intercepta hasta entonces los rayos solares. Por la tarde, la brisa desciende de las montañas y trae de la cumbre de los Andes un aire frío, que procura una agradable sensación de frescura. Esa temperatura poco elevada trae algunas nubes durante la noche, pero se disipan cuando el sol adquiere fuerza. En resumen, el clima de Tacna[25] es muy sano y ocupa un término medio entre el de los países cálidos y el de los países templados.

Los días corrientes la ciudad está casi desierta. Cada uno se queda en su casa, sobre todo las mujeres, y resulta difícil calcular la población; sin embargo, dos días a la semana, el domingo y el jueves, uno puede hacerse una idea.

He dicho que nunca llueve en la costa del Perú; por eso las plantas sólo crecen mediante el riego artificial. Existe, a ese efecto, una administración muy complicada, encargada de distribuir el agua en los diferentes villorrios del valle y, en particular, a los propietarios de cada uno de esos villorrios y de la ciudad, de acuerdo a la extensión del terreno que ocupan o en proporción a la contribución territorial que pagan[26]. Resulta así que en días y horas fijas, el agua pertenece a determinado lugar o determinado campo. Los villorrios disponen de toda el agua durante cinco días a la semana; los otros son reservados a la ciudad. Nada más curioso que lo que sucede. A una hora determinada, la campana de la iglesia anuncia que el río, completamente seco minutos antes, recibe las aguas desviadas los otros días. Todo el mundo sale precipitadamente y va a aprovisionarse, llenando todos los recipientes de la casa; y hombres, mujeres y niños corren al arroyo, a fin de extraer el precioso líquido, tanto más apurados por cuanto correrá sólo dos horas por su lecho, porque el resto de la

25 Tacna está a alrededor de 560 metros sobre el nivel del mar.

26 Esa suma es a veces muy elevada, y mil o mil doscientos francos al año son por lo general la tasa que un propietario paga por una simple quinta.

jornada será dedicado al riego de los jardines. Pronto, con las aguas, los habitantes abandonan el río y van al campo, donde una multitud de canales conducen el agua, distribuyéndose, reloj en mano, tantos minutos a uno y tantos a otros. Cada propietario, al cual se le ha medido su volumen de agua, se ocupa luego de dirigir sus pequeños conductos hacia tal o cual punto, de acuerdo a sus plantaciones, quejándose siempre de que sólo le alcanza para la mitad de sus necesidades.

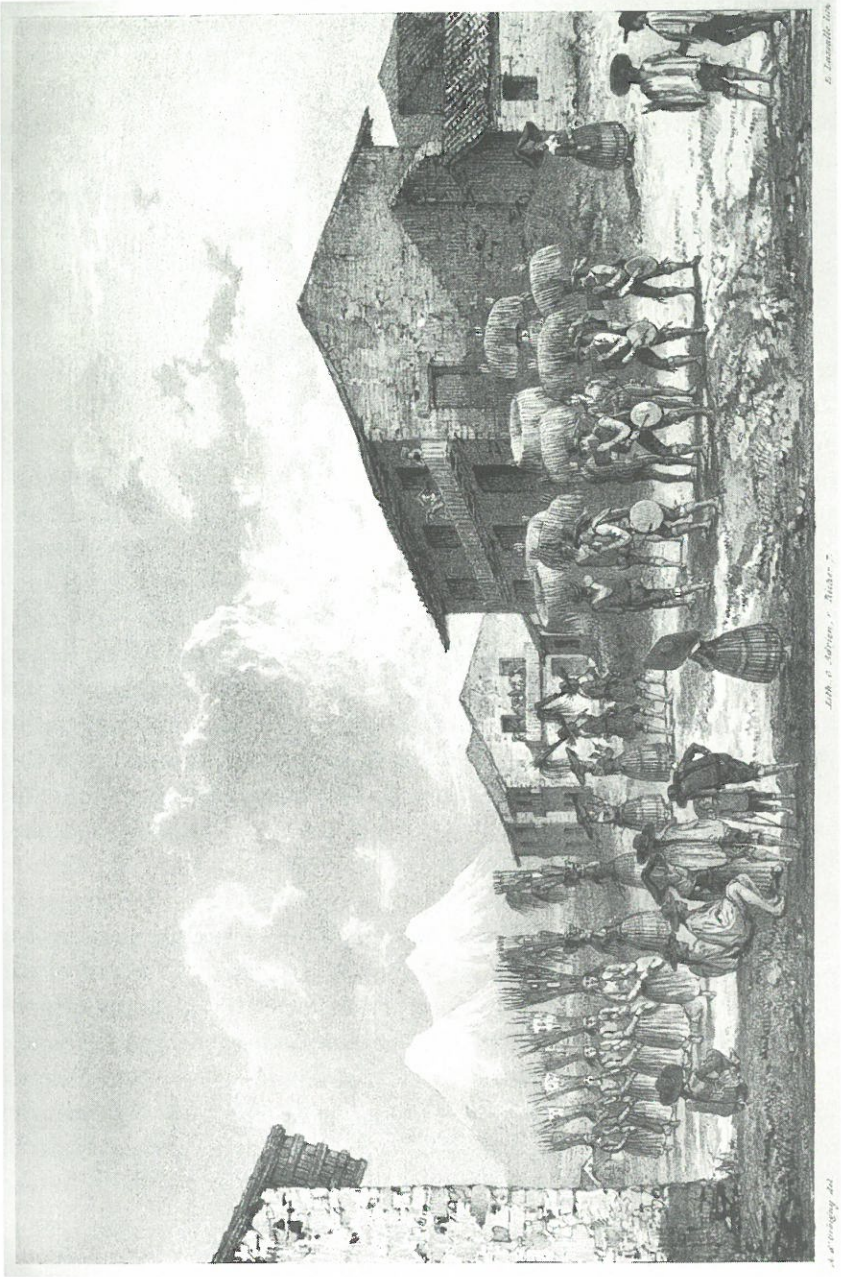
Esa carencia de agua ha originado un trabajo inmenso. Se ha formado una sociedad para desviar, en la cumbre de la cordillera, el curso del Río de Ochusuma o de Ancomarca, a fin de hacerlo descender en un valle que los Andes abren en Tacna; pero ese canal cuesta enormes sumas y sobre todo exige el empleo de gran cantidad de brazos. Esperemos que hallará en la gente perseverancia y que los siglos futuros aprovecharán lo que los habitantes actuales desean hacer por el bien del país.

Después de asistir a algunos días de riego, después de ver a los habitantes en la iglesia el domingo, pude darme fácilmente cuenta exacta de la población de Tacna y de sus alrededores. Vi algunas mujeres bastante agraciadas, aunque sin llegar, empero, al hermoso conjunto de rasgos y formas de las de Buenos Aires. La población está muy mezclada: hay poca sangre española pura y mucha mezcla con las razas americanas y africanas. Los hombres son de pequeña estatura; las mujeres han adoptado el vestido peruano. Muchas llevan la amplia falda de lana, y todas los cabellos divididos en una multitud de trencitas que caen por atrás. Se cubren la cabeza con un sombrero de fieltro blanco, traído del interior de Bolivia. Cuando se acaba de dejar a las elegantes porteñas y chilenas, impresiona el contraste que presentan sus vestidos y aliño con los de las peruanas, contraste que, hay que confesarlo, no favorece a estas últimas. Sólo se habla español en Tacna.

Permanecí en esta ciudad quince días, durante los cuales declaré la guerra a toda la gente alada, por lo general tan tranquila en ese lugar. Exploré los alrededores en sus aspectos zoológico, geológico y geográfico[27]. Recorrí el valle para levantar un mapa, disponiéndome a partir luego al interior. Alquilé cuatro mulas de carga y dos mulas de montar, a razón de veinte pesos o cien francos, lo que, contando los dos arrieros, elevó mis gastos a ochocientos francos en un solo viaje de ocho a diez días, sin hablar de la comida. Era enorme para mis recursos; y, fijando mi partida, no sabía cómo aseguraría mi regreso; pero lo mejor en ciertas circunstancias es cerrar los ojos al porvenir, lo que hice, confiando por completo en la Providencia.

---

27 Ver estas partes especiales para los detalles respectivos.



Disfraces religiosos de los indios aymaraes, en los alrededores de La Paz.

CAPÍTULO XXV

Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la cordillera de Los Andes. Estadía en La Paz

Viaje de Tacna a La Paz

Una vez terminados mis preparativos, aguardé hasta el 19 (dos días) a mis arrieros, que llegaron sólo a mediodía. Hice cargar de inmediato mis efectos, y dejándolos con mi criado, tomé la delantera. Me dirigí hacia Pachía, donde debíamos dormir. No puedo expresar con qué placer me lancé a las regiones elevadas de los Andes y cuántos descubrimientos me prometía hacer en ese viaje. El campo que recorría era apropiado para mantenerme en esas condiciones favorables. Hallé, a una legua de Tacna, el caserío de *Pocolualle*, cuyas casas, ubicadas unas sobre una prominencia estéril, y las otras a orillas del río, en un lugar bien cultivado, son sencillas como la naturaleza de los alrededores. Más lejos se extienden los caseríos de *Casa Blanca* y *Calana*, en medio de una vegetación activa, aunque artificial, donde los hermosos sauces representan, por su forma esbelta, a los álamos del Viejo Mundo. Después de Calana, el valle se divide en dos ramificaciones: una, que se extiende a la derecha, está desierta; mientras la otra, siempre cultivada, sigue a la izquierda. Las colinas, al principio muy bajas, se elevan poco a poco, a medida que se avanza, y terminan por formar verdaderas montañas; pero siempre son arenosas, secas, y sólo dan nacimiento a algunos cactus trepadores[1].

1830
19 de mayo

---

1 Esas colinas son conocidas con los siguientes nombres: la de la izquierda como *Cuesta de Caraca* y la otra se llama *Cuesta de la Yesera*, a causa del yeso que se halló allí.

Después de dos horas de marcha, llegué a Pachía[2], hermoso villorrio situado en medio del valle, junto al río: se compone de una gran iglesia y de numerosas casas, dispersas en medio de campos cultivados, habitados por agricultores o arrieros. Me presenté ante el cura, que, con una franqueza muy cordial, me invitó a participar de su comida, lo que acepté con placer. A la tarde, llegaron mis equipajes, y busqué un albergue, siendo los hoteles o posadas cosa desconocida en toda la República de Bolivia. Me establecí con mis maletas en una sencilla cabaña de cañas, sin puerta y cubierta de paja, donde fui perfectamente acogido por sus pobres moradores, mientras que al lado un propietario muy rico me dijo, cuando le pedí que me alojara en su casa: *Estará usted mejor en casa del vecino*. En efecto, tenía razón: él me hubiera recibido con altanería, y en cambio lo fui con esa cándida hospitalidad que caracteriza, en América, a los habitantes del campo.

Por la tarde, paseé por los alrededores, respirando un aire frío y vivo. Contemplé con placer el aspecto majestuoso de esa cadena abrupta que se eleva por gradas, de esas montañas negruzcas y desgarradas, coronadas por el pico nevado del Tacora, perdido en las regiones de las nubes. Me lancé incluso con la imaginación más allá de esa barrera, que debía comenzar a franquear al día siguiente. Por debajo veía, al norte, la desembocadura de la torrentera de *Calientes*, de donde surgen las aguas que fertilizan el valle y donde hay una fuente termal[3]; al lado, en una llanura desierta, cubierta de bloques de rocas rodadas, se elevan poco a poco los últimos contrafuertes de las montañas; a la derecha, finalmente, la entrada de la torrentera de Palca, por donde debía pasar para dirigirme a la cumbre de la Cordillera: era toda la extremidad del valle de Tacna, no habiendo arriba más que las rocas. Me volví hacia la entrada, para despedirme, así como de las costas del océano; luego, después de haber visto la sombra extenderse alrededor mío, me tendí en tierra hasta el día siguiente, renunciando a las comodidades de las ciudades, para volver a mis costumbres de viaje.

El sol no había aún alumbrado el valle, cuando yo ya estaba de pie. No sucedió lo mismo con mis gentes. Fui a pasearme a mi gusto largamente. Observé que junto a cada casa había montones de ramas o de espinas, que servían

---

2 En la traducción francesa del viaje de Meyen, *Nouvelles Annales des voyages*, 1836, p. 150, sea que se haya traducido mal, sea que los nombres de los lugares estén mal escritos, lo cierto es que no se reconocen; así *Calana* está escrito *Caleo*; *Pachia*, *Patchi*, etc.

3 Esa fuente, distante dos leguas de Pachía, es frecuentada por los enfermos, que, dicen, experimentan una gran mejoría.

de refugio a una multitud de conejillos de Indias, que se deja crecer así para comerlos después.

20 de mayo

A las ocho me puse en camino. Abandoné los campos cultivados para atravesar dos leguas de una llanura sin rastro de vegetación, cubierta de bloques de rodados de pórfido y granito, y me dirigí hacia la entrada de la Quebrada de Palca. Allí se veía, en la montaña, una estrecha abertura, cuyos lados eran muy escarpados. Era el camino que debía tomarse; empero, a la salida del valle existe una pequeña cabaña habitada por indios que venden a los viajeros chicha[4], último lugar de descanso antes de entrar en los desfiladeros. Junto a esa humilde choza crecen también algunas higueras sin hojas y molles[5] de hojas plumeiformes, restos mezquinos de la vegetación de las montañas. Mi gente entró en la quebrada, donde la naturaleza está muerta y descolorida. En medio de los cantos rodados se sigue a intervalos el lecho seco del torrente, que tiene a lo sumo el ancho de una mula, entre dos murallones gigantescos, formados de pedazos de rocas amontonadas; o bien, cuando el fondo del barranco no es practicable se sube por unos senderitos entre piedras sueltas dando mil rodeos, pasando de un lado a otro, de acuerdo a las posibilidades locales; la naturaleza construyó ese camino, que es empero uno de los más frecuentados de la región. La primera impresión que recibe el viajero está llena de tristeza. ¡Qué contraste, en efecto, el de esas montañas secas, áridas, sin vegetación, con esos valles alegres de Suiza o de los Pirineos, a los que animan y colorean, de todos lados, cascadas y abetos de color verde sombrío! Aquí un camino horrible, una sequía desoladora, y ni un paisaje pintoresco. Apenas se ve, delante de uno, una extensión de algunos centenares de metros, y no siempre.

Un viajero debe tratar de interesarse por todo, sea que la naturaleza sea generosa, sea que se muestre avara de sus bellezas. A la entrada del valle y en la cima de cada colina, noté, en toda la ruta, montículos de piedras más o menos voluminosos, coronados por lo general con una cruz de madera, y cubiertos de manchas de una materia verdusca; quise saber qué era. Supe y tuve la oportunidad de comprobarlo más tarde, al volver a ver en la parte de la República de Bolivia habitada por los indios, que eran *apachetas*[6]. Esos montículos existían antes de la llegada de los españoles. Eran formados por los indígenas cargados que, trepando trabajosamente las cuestas escarpadas, daban gra-

---

4 Bebida hecha de maíz pisado y fermentado. Hablaré más adelante.

5 *Schinus molle*.

6 Véase Garcilaso de la Vega, *Comenarios reales de los Incas*, p. 38. Hoy se dice *apachetas*.

cias al Pachacamac o dios invisible, motor de todas las cosas, por haberles dado valor para llegar a la cima, al mismo tiempo que le pedían nuevas fuerzas para continuar su camino. Se detenían, descansaban un instante, arrojaban al viento algunos pelos de sus cejas al viento, o bien, sobre el montón de piedras, *coca*[7], que ellos masticaban, como lo más precioso que poseen, o bien todavía se limitaban, si eran pobres, a coger una piedra de los alrededores, y agregarla a las otras. Hoy nada ha cambiado; sólo que el indígena no agradece más a Pachacamac, sino al Dios de los cristianos, cuyo símbolo es la cruz. ¡Curiosa mezcla de antiguos recuerdos confundidos con las creencias religiosas actuales!

Agregaré que esa antigua costumbre, con su ingenua sencillez, tiene algo que toca el corazón. ¿Qué más emocionante, en efecto, que ver al hombre consciente de su debilidad por el desfallecimiento de sus fuerzas, pedir y aguardar que vuelvan sus energías, al Ser Supremo, que todo lo hace reconocer como su creador y su padre?

A tres leguas de la entrada de la Quebrada, observé, a orillas del camino, muchos bloques de granito, coloreados exteriormente de óxido de granito, y sobre los cuales los indígenas habían esculpido figuras groseras, tal vez alegóricas. No osaría empero afirmar que sean antiguas. Esas figuras representan hombres, soles, llamas y perros. ¿Son los signos de antiguos recuerdos, o se deben simplemente al pasatiempo de algunos viajeros indígenas?

Al comienzo de la quebrada se observa una esterilidad completa. Algunos cactus en forma de candelabros[8], de un aspecto raro, representan toda la vegetación, en medio de las rocas caídas de las partes más altas de las montañas. Al principio no aparece ninguna capa; pronto pórfidos y granitos se muestran de tanto en tanto. Al acercarse al lugar conocido con el nombre de Choluncoy, un resto de humedad en el fondo del arroyo hace nacer algo de verdura y flores encantadoras[9], de vivos colores rojos y amarillos, que contrastan con la aridez de las montañas; hay también algunas cabañas indígenas. Antes de llegar a Palca, se asciende una cuesta elevada en línea recta de la quebrada, cumbre de la cual se domina el villorrio y las plantaciones. Las montañas no son aquí tan áridas como antes. Muchas especies de cactus aparecen, así como algunas otras plantas, en los

---

7 Hablaré de la *coca* y de su empleo en el país al referirme a los lugares donde se cultiva.

8 *Cereus candelaris*, Meyen. Su tallo, recto, leñoso, se eleva dos a tres metros, destacando, en la copa, cinco a diez ramas en forma de candelabro, de un metro de alto y de color verde tierno, contrastando con las espinas negras del tronco. La altitud a la que crece es más o menos de dos mil metros sobre el océano.

9 Los *Isolepis fuscata*, Meyen; *Bowlesia diversifolia*, Meyen; *Loranthus acuminatus*, Ruiz y Pavón; el *Lycium distichum*, Meyen; el *Echeveria peruviana* y muchas soláneas.

lugares recubiertos de algo de tierra vegetal; y, en el fondo de la quebrada, cien a ciento cincuenta metros de ancho, de cada lado, reciben agua de riego, y están sembrados de alfalfa, maíz y hasta de papas[10]. Un seto cubierto de arbustos de la familia de las solanáceas, adornado de flores, separa esa parte de las colinas incultas y abruptas. Las altas montañas que dominan el conjunto lo hacen bastante pintoresco.

Descendí a Palca[11], situada en anfiteatro a la orilla izquierda[12] de la quebrada. Ese pequeño villorrio, compuesto de una iglesia, de algunas casas esparcidas y de un *Tambo*[13] o casa común para los viajeros, es también un oasis en medio de las crestas desgarradas de las montañas y la última reunión de hombres en la ladera occidental de las cordilleras. Es también un lugar de descanso para las recuas de mulas que ascienden o descienden de la costa del Perú a las ciudades elevadas de ese país y de Bolivia. Puede decirse que es obligación detenerse; de Pachía hasta la cumbre de la cordillera el trayecto es demasiado largo y sobre todo demasiado cansador, para que no sea necesario tenderse a descansar en el camino. Palca está a siete u ocho leguas de Pachía, y a la misma distancia del lugar donde se puede parar, en la cumbre de los Andes.

Antes de llegar a Palca vi, sobre la altura, muchas pirámides de tierra. Las volví a ver en gran número alrededor del villorrio. Supe pronto que eran las *chullpas*[14] o tumbas de los antiguos aymaras, anteriores a la Conquista; especies

---

10 Es el primer punto ascendiendo en que se cultiva esa planta tan útil, porque siendo los valles inferiores mucho mas cálidos, se convierte en el principal cultivo de todas las mesetas elevadas. La papa, hoy de tan enorme consumo en nuestra Europa, y que la emancipa de todo temor de hambre, tiene su origen en las mesetas de Bolivia y Perú; se la llama *papa* en los idiomas aymara y quechua, denominación que se conserva en España.

11 *Palca*, o mejor dicho *Pallca*, palabra aymara, significa confluencia de río, bifurcación de valles, quebradas, caminos o hasta de ramas de árbol. Los numerosos villorrios que llevan ese nombre están ubicados en la confluencia de los ríos o torrentes.

12 Meyen (*Annales des voyages*, p. 155) dice *orilla derecha*. Es indispensable entenderse en esa cuestión. Ese viajero pudo decir *orilla derecha* empleando la acepción de los marinos, que la aplican al ascender las aguas; para mí, como para todo el mundo, *orilla izquierda* es la que está a mi izquierda, descendiendo los ríos, y es siempre en ese sentido que tomo la expresión.

13 *Tambo* es también una expresión quechua corrompida de *Tampu*. Desde la época de los Incas, se aplica a las casas construidas en los caminos sólo para los viajeros (véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, p. 140; Agustín de Zárate, lib. 1°. cap. 14). Se ponen en esas casas provisiones de todo genero. Los españoles, después de la Conquista, conservaron esas mismas casas con el nombre de Tambo, no sólo en los caminos, sino también en los villorrios y ciudades. Son hoy galpones sin ninguna comodidad, los mismos que se llaman *Casas del Rey*, en la ruta de Chile a Mendoza.

14 *Chulpa*, o mejor dicho *chullpa*, quiere decir *tumba*, en la lengua aymara, y ese nombre está consagrado en toda Bolivia. Cuando un viajero no habla la lengua del país que recorre cae

de obeliscos, de seis a diez metros de elevación, un tercio más altos que anchos, cuadrados u oblongos, de lados rectos, coronados por una superficie inclinada como techo. Están perfectamente orientados, presentando al este una abertura triangular muy pequeña. Esas tumbas, construidas de tierra[15] y a veces de paja picada, parece que fueran pisos de construcciones de piedra tallada; están cerradas por todas partes; cuando no han sido profanadas, su interior contiene varios cadáveres sentados en círculo, con los vasos y utensilios característicos del sexo de los difuntos. Pude más tarde ver muchos en la provincia de Carangas, y, al cavarlos, observé todas sus partes. En cuanto a los de Palca, eran todavía respetados por los indígenas actuales, que sin duda no habrían permitido que se los tocara. Hasta entonces, en mis viajes no había hallado ningún rastro de antigüedad; nada que remontara más allá de la época actual; por eso experimenté una verdadera sensación de felicidad, al hallar, el mismo día, las *apachetas*, las piedras esculpidas y las *chullpas*; eran por lo menos monumentos históricos, indicios seguros de que el hombre algo civilizado existió en ese suelo; era el primer punto de la tierra clásica del Perú, del antiguo dominio de los Incas. La ubicación de las chullpas es a veces muy pintoresca. Los antiguos indígenas reverenciaban al Sol como la imagen visible del dios Pachacamac. Creían al colocar a sus parientes muertos en la dirección más conveniente, exponiéndolos en las puntas de rocas[16] que recibían, en el valle, los rayos del astro fecundador, para que entrando en la otra vida pudieran de inmediato contemplar el Sol.

Pasé el resto de la jornada recogiendo plantas y cazando en los alrededores. Tuve la suerte de hallar muchas especies nuevas de pájaros[17], entre otras una cotorrita muy pequeña, del tamaño de nuestros gorriones, de un hermoso color verde, con la cabeza gris y una larga cola; los pájaros-moscas gigantes son también muy comunes. Por la tarde sentí un frío bastante intenso, lo que no

---

necesariamente en una serie de errores sobre las cosas y sus usos. He hallado muchos ejemplos en el relato de Meyen (op. cit., p. 156). Ese viajero, por lo demás muy exacto, y cuyos interesantes trabajos aprecio mucho, no habría dicho, sin duda, de haber hablado español, que los habitantes las llaman *Casas del* Rey; sino que habría sabido de inmediato que eran tumbas; y se hubiera evitado el trabajo de remontarse a las conquistas del Inca Yupanqui, para hacer de ellas obeliscos, monumentos del conquistador. También por error Meyen dice que en Palca hay indios esclavos comprados en la cordillera. Se le ha engañado, sin duda, porque nunca un indio de las mesetas vende a sus hijos.

15 No son de piedra, como creyó Meyen. He comprobado positivamente que se trata de tierra seca. Su conservación se explica por ser ésta una tierra donde no llueve.

16 Véase la plancha N° 8 en la edición original francesa (N. del E.).

17 *Arara aymara*, d'Orb.

me impidió acostarme en tierra al aire libre. Acunado por mil pensamientos diversos, me dormí con el ruido monótono del arroyo.

21 de mayo

Al día siguiente, después de explorar de nuevo la vecindad, me puse otra vez en camino. Seguí, durante dos o tres leguas, las orillas más pintorescas de la Quebrada, adornada, en el fondo, de espesos matorrales, de flores diversas[18]; en la parte cultivada, aquí y allí, había pequeñas cabañas; y, sobre las alturas, chullpas diversamente colocadas. Después de los desiertos de la víspera, hallé esa quebrada de lo más agradable. Al placer de ver el paisaje se unía el de hallar, por primera vez, esas pequeñas chozas redondas, construidas de tierra hasta una altura de uno a dos metros, luego recubiertas de ramas cruzadas y con una sola abertura baja y estrecha; chozas en todo semejantes a lo que eran en la época de la Conquista. Al ruido del arroyo se mezclaba el silbido de algunos indígenas que guardaban sus rebaños en la cumbre de las colinas vecinas. Además, hallé numerosas tropillas que descendían de la montaña, conducidas por indios ocupados en hilar o tejer la lana. Esas bestias de carga son tan apacibles y dulces como sus conductores; reunidas en tropillas de quince a veinte, compuestas sólo de machos, llevan de sesenta a setenta y cinco libras sea de carne seca, sea de papas o de chuño[19]. Hacen así de cuatro a cinco leguas por día, marchando muy lentamente, sin nunca separarse del camino: van casi siempre precedidas por un niño o una mujer, y seguidas por un indio, que lleva sobre sus espaldas, con sus provisiones, consistentes en maíz tostado y coca, y un paquete de lana que hila mientras camina. La pequeña caravana desciende así con pausa, evitando, en la medida de lo posible, los caminos trazados, temiendo ser asaltada por los arrieros o hasta por los viajeros, que no tienen el menor escrúpulo en robarle una parte de lo que transporta; por eso los pobres indios los saludan con una humildad extrema. Las llamas marchan al principio bastante bien; pero cuando una de ellas comienza a fatigarse, se la oye quejarse con tristes lamentos, y si su guía no se apresura a descargarla, ésta se acuesta pronto y nada consigue hacerla andar de nuevo: entonces el conductor, siempre con la mayor dulzura, aligera a sus bestias, cualquiera que sea el lugar donde se halle, y las deja pacer en libertad. No menos sobrias que sus amos, se contentan con poco y viven hasta en medio de las rocas más abruptas, donde otros animales

---

18 El *Cactus peruvianus*. *Mutisia hirsuta*, según Meyen.

19 Se llama *chuño*, en aymara, a las papas que se dejan helar en las mesetas, luego se las hace secar, y que se conservan entonces años. Es un alimento muy apreciado por los habitantes de las regiones elevadas, pero que no me agrada mucho.

morirían de hambre. Me agrada verlas andar con la cabeza alta, el aire sumiso, levantando las orejas en señal de asombro al acercarnos nosotros, o si nos acercamos demasiado, las bajan en señal de miedo y escupen, cuando se las molesta un poco, lo cual constituye su única defensa.

Llegué al punto de unión de la quebrada de Palca con otra sin agua, confluencia que ha hecho dar el nombre de Palca al villorrio donde dormí. Allí abandoné la vegetación con humedad y me alejé, no sin lamentarlo, de ese brazo, que desciende de la cordillera, para entrar en la quebrada desprovista de vegetación o no presentando más, sobre pórfidos o sienitas desnudas, que algunos cactus, uno grandes, otros muy pequeños, cubiertos de un velo blanco. Las plantas estaban secas. Apenas hallé algunas crucíferas de flores blancas; por lo demás, la vegetación que veía, a medida que me elevaba, cambió dos o tres veces, desde mi entrada en la quebrada, siendo entonces completamente distinta de la de la quebrada de Palca. El sendero, apenas trazado, presenta pendientes más abruptas. Se asciende por él con trabajo, en medio de terrenos de lo más difíciles. Experimenté un fuerte calor en la quebrada, pero pronto comencé a ascender la cuesta de Cachun, y sentí en su cumbre, al mismo tiempo que los primeros efectos de la rarefacción del aire, un frío muy penetrante, a causa de la elevación. Allí, de un lado, veía esa multitud de crestas desprendidas, que bajaban poco a poco hacia la cuesta, presentando el aspecto de un mar agitado; y, a más de mil metros debajo mío, una zona de nubes me ocultaba, sin duda, el océano; del otro lado, tenía enfrente una segunda montaña, más elevada que aquélla donde estaba, y a mis pies, un vallecito muy estrecho, tapizado de ese césped verde y corto como terciopelo, que caracteriza a las altas regiones de todos los valles del mundo. Descendí y vi en las hendiduras de las rocas los primeros hielos respetados por el sol; me asombraron tanto más cuanto que estaba muy lejos del nivel de las nieves y con una temperatura bastante elevada[20]. La pendiente se hizo todavía más rápida. Serpenteamos en medio de rocas puntiagudas, sobre terribles precipicios, teniendo delante nuestro una muralla que franquear. Sentía, cada vez más, los vivos efectos de la rarefacción del aire, un dolor de cabeza muy violento y gran dificultad en la respiración; mis arrieros, mis bestias y hasta mi perro, mi fiel Cachirulo, se veían obligados a detenerse cada veinte a treinta metros para respirar, atormentados como yo por el *soroche*[21], que no me impi-

20 Debe atribuirse ese hecho a causas idénticas a las que el señor de Saussure ha observado (*Voyage dans les Alpes*, p. 1.406).

21 Cada vez que se experimenta esa enfermedad debida a la rarefacción del aire, los habitantes dicen que tienen el soroche. Desconocen la verdadera causa, la gran elevación por

dió, empero, dedicarme a la historia natural. Después de muchas fatigas, llegamos a la cima de la última cuesta: me hallé finalmente en la cresta de la cordillera.

Ninguna expresión podría reflejar las sensaciones que experimentaba cuando, desembocando, me vi de pronto frente al Tacora, coronado por sus nieves perpetuas; a Tacora, ubicado en medio de una vasta llanura, así como muchos otros picos cónicos, cuyas cumbres gigantescas, igualmente blancas, se dibujan en un campo de lo más extenso, de un aspecto grisáceo. Ese cambio de decoración de toda la naturaleza produjo en mí tal efecto, que quedé como en éxtasis, sin distinguir nada, impresionado sólo al principio por la inmensidad del cuadro y su aspecto severo, y dominado por un movimiento de respeto hacia la mano poderosa que lo trazó. Descendí de mi mula para admirarlo mejor; y quise, como los pobres indígenas, arrojar mi piedra al monumento de los siglos, sobre una enorme apacheta[22] coronada de una cruz, que había en la cresta; modesto altar, testigo mudo de las fatigas y de la gratitud religiosa de muchos millares de hombres. Frente a mí, tal vez a una o dos leguas de distancia, se elevaba el Tacora, formado de dos picos algo separados. Esa masa, que me parecía tan cercana que casi con la mano podía tocarla, me mostraba sus anfractuosidades, sus nieves perpetuas, sus diferentes zonas de vegetación, al descender al valle. Tenía a la izquierda una inmensa planicie, bordeada de picos cónicos formando una cadena dirigida hacia el norte; a la derecha, la misma planicie; y, en lontananza, otros picos menos elevados; todo bajo un cielo sin nubes y de una admirable pureza.

La vegetación de esa región, más elevada que el paso de Gualillas, en consecuencia de más de 4.500 metros arriba del océano y 300 sólo por debajo del Monte Blanco, es muy peculiar y me pareció completamente distinta de la que había visto hasta entonces. No hay ya árboles, ni siquiera arbustos; no se ven, con algunas gramíneas, más que plantas que viven en familia y de un aspecto de lo más original. Ninguna se eleva; todas crecen sobre las rocas, formando una masa compacta, redondeada, a menudo de algunos metros de diámetro, de un hermoso color verde, pero cuyas ramas están a tal punto apre-

---

encima del nivel del mar, para atribuirlo a las emanaciones minerales del antimonio, llamadas, en español, *soroche*. Ese mismo sufrimiento, esa misma dificultad de respirar en las regiones muy elevadas de la cordillera, recibe el nombre de *Puna Brava*. Algunos viajeros aplican a las cordilleras peruanas la palabra *páramo*, desusada en el país, y que no reemplaza a la palabra *puna*, que define una meseta elevada, seca y sin árboles.

22 El ascenso exige por lo menos dos días desde el mar, y se concibe así el placer con que el indígena llega, puesto que ese montículo tiene más de veinte pies de altura.

tadas que sólo el hacha puede abrir claros. Cada masa representa una sola planta, provista de una sola raíz, y que, durante muchos siglos, no ha podido adquirir más de medio metro de altura[23]. Esos troncos se emplean como combustibles cuando están secos.

Mientras buscaba plantas, observé gran número de pequeños montículos, formados de cuatro o cinco piedras colocadas de canto unas junto a otras. Supuse que debían tener una finalidad supersticiosa. No me equivoqué, como me di cuenta más tarde, al hallar en todas partes esas mismas piedras de canto y como en equilibrio. Uno estaría lejos de creer que la paz de un hogar dependa de esas piedras misteriosas, que sólo el viento puede voltear, lo que sin embargo es verídico para los indios aymaras. El indígena que parte de viaje, a menudo obligado (puesto que todos están expuestos a ser enviados como correos) y que abandona su mujer durante algunos días, coloca, al irse, algunos de esos montículos de piedra al borde de los caminos que recorre. Si, a su regreso, los halla todavía parados, se siente el más feliz de los hombres; su mujer piensa en él y no le fue infiel. Si por desdicha, al contrario, esos montoncitos de piedra han caído, su pobre compañera recibe vivos reproches; es una prueba de que traicionó sus deberes. El viajero aymara respeta siempre esos signos, en los que cree; pero los arrieros y viajeros, sea por descuido, sea por malicia, se divierten en destruirlos, y son así causa de desavenencias y altercados domésticos. Desde que me enteré del riguroso significado, me abstuve de tocarlos e impedí, en la medida de lo posible, a las personas que me acompañaban, deshacerlos. ¡De qué poca cosa depende la reputación y el bienestar de una pobre mujer!

Descendí a la llanura, por donde corre un arroyo conocido con el nombre de *Río de Azufre:* desciende de la ladera occidental del Tacora, sigue el valle del sur al suroeste, pasa al oeste de la cadena y se dirige hacia el valle de Lluta y hacia el océano. Ese arroyo está a tal punto saturado de sulfato de hierro y aluminio, que las bestias de carga, que, engañadas por su aspecto límpido, beben su agua, y mueren poco tiempo después, presas de terribles calambres. Los esqueletos de muchas de ellas yacen en tierra, revelando la verdad del hecho. Los bordes del arroyo están cubiertos de eflorescencias aluminosas amarillentas, que los habitantes toman por azufre. Puede ser que su nombre provenga de su fuente, donde hay, en los flancos del Tacora, mucho azufre nativo, lo que podría hacer pensar que esa montaña, cubierta de nieve desde los tiempos históricos, fue antes un volcán. Durante más de una legua seguí las orillas del

---

23 Meyen vincula esas plantas al *Selinum acaule*, a las diversas *Fragosa* y a la *Verbena minima*, Meyen.

arroyo, en una llanura cubierta de cantos rodados y de una vegetación fuera de lo común. La abandoné luego para dar vuelta alrededor del Tacora; después, finalmente, me detuve junto a otro curso de agua, en medio de una meseta cubierta de eflorescencias salinas, en el espacio que separa el Tacora del Niyuta, en el paso de Gualillas, a una altura de cuatro mil quinientos veinte metros[24] sobre el nivel del océano.

Desde mi llegada a la cima de la cordillera, sufría al último extremo de la rarefacción del aire. Sentía dolores atroces en las sienes; tenía un malestar al corazón semejante al que produce el mareo en el mar; respiraba con dificultad. Al menor movimiento, experimentaba palpitaciones de lo más fuertes y un malestar general, junto a una debilidad que todos mis esfuerzos no lograban superar. Tuve una prueba muy evidente de lo que produce el hábito. Mientras sufría así, veía a dos indígenas, enviados como correos[25], trepar ágilmente a pie con facilidad, para acortar su camino, puntos incomparablemente más elevados de aquéllos donde yo estaba, y en los cuales, pastores, ligeros como las cabras de los Pirineos, se ocupan, en medio de los valles húmedos, junto a las nieves perpetuas, de vigilar sus rebaños de llamas. Están, empero, a una elevación igual a la del Monte Blanco. Por la tarde tuve una fuerte hemorragia nasal, que me alivió algo; sin embargo, pasé una noche tanto más mala cuanto que no tenía abrigo y estaba expuesto a un frío vivo y penetrante, que helaba el agua de todos los alrededores.

Acampé en una vasta llanura entre el Tacora al oeste y el Niyuta al este. Tenía al sur el villorrio del Tacora, uno de los más elevados del mundo, puesto que está a 4.344[26] metros arriba del océano. Veía debajo mío, a una legua de distancia, su humilde capilla, y sus diez o doce casas de indígenas, ocupadas solamente por pastores de llamas, tan pacíficas como las regiones heladas que

---

24 *Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 151.

25 Todos los indígenas están exentos, en Bolivia, del servicio militar; pagan solamente una contribución personal proporcionada, por lo general, al valor de sus tropillas, y esa contribución se eleva, a veces, a algunos centenares de francos. Los indios privados de recursos y que no pueden pagar la tasa, son obligados a prestar un servicio personal. Se los emplea en el envío de despachos a todas direcciones, llenando la función de correos regulares. Cada quincena, dos indígenas parten, a ese efecto, de La Paz a Tacna. La distancia de una ciudad a la otra es de alrededor de ochenta y cuatro leguas, lo que hace ciento sesenta y ocho leguas de ida y vuelta. Se me ha asegurado que esos correos hacen el trayecto a pie en diez días a lo sumo, marchando noche y día. Cortan a través de las montañas, a fin de acortar camino; pero entonces tienen que luchar, al pasar la cordillera, contra las asperezas naturales de un suelo que no puede ser más accidentado y cubierto de precipicios.

26 *Annuaire du bureau de longitudes*, 1834, pág. 152.

los rodean. Vi las primeras tropillas de vicuñas que, de diez a doce, pacían junto a nuestras mulas, sin parecer asustadas. Quise tirarles, pero no me dejaron acercarme a menos de doscientos a trescientos metros y no pude cazar ninguna. Su forma es muy esbelta, su cuello largo, su cabeza pequeña; sus patas son delgadas; su color es amarillo moreno con la garganta blanca. Esos animales, antes tan numerosos, hoy han disminuido mucho y terminarán por desaparecer del todo. Nada puede ocultarlos en medio de esas vastas mesetas. Desde que el comercio puso precio a su hermosa piel, se hace una caza regular en el *despoblado* de las mesetas de las cordilleras, en el espacio comprendido entre las provincias argentinas y el Perú; pero los especuladores, menos previsores que los antiguos Incas, no se contentan con esquilarlas para tener su lana, las matan y las despedazan, vendiendo su piel con su parte interior. En el tiempo de los incas[27], cada cuatro años una cacería reglamentada se realizaba en cada cantón, y su territorio, dividido en cuatro partes, era teatro de una hermosa batida todos los años. Esa cacería, llamada *Chacu*[28], se hacía por todos los hombres de una provincia, siempre reunidos en varios lugares. Marchaban en fila en una dirección dada, abarcando una inmensa superficie de la llanura y de la montaña, arriaban la caza delante de ellos, luego formaban un vasto cerco, que cerraban cada vez más, a fin de concentrar todo lo que hallaban; mataban después a los animales dañinos, el excedente de machos apropiados para la producción de los ciervos, los guanacos y las vicuñas, luego esquilaban a las hembras de esta última especie y les devolvían la libertad. Se repartían las bestias matadas y la lana entre los plebeyos. Los incas y su familia se reservaban, como hijos del sol, toda la lana de vicuñas destinada a la confección de los vestidos; y, en cada provincia, se conservaba, por medio de los quipos, la cuenta de esos animales salvajes, por sexos y por especies, a fin de conocer los recursos del Estado. A la llegada de los españoles, los cazadores hallaron mucho que hacer; y, en poco tiempo, mataron tantos que hoy casi no hay ciervos. No se encuentran actualmente guanacos más que en algunos lugares de los Andes orientales, y las vicuñas son bastante raras. A imitación de los incas, los españoles, y actualmente los especuladores, hicieron y hacen una cacería más fácil, en la que emplean muchos indígenas. Trazan un vasto círculo con pequeños postes fijados en tierra de tanto en tanto, y a los cuales atan,

---

27 Zárate, *Histoire de la conquete du Perou*. Véase también Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, p. 179.

28 Es esa palabra, que quiere decir *cerco*. *círculo*, que dio origen a la palabra española *Chaco*, designando un lugar cultivado y cercado; y el nombre del *Gran Chaco*, comprendido entre Corrientes y Tucumán.

a medio metro sobre el suelo, una cuerda de lana, de manera de formar un cerco, cuya entrada presenta un vasto embudo formado de hilos. Muchos indios persiguen a las vicuñas en dirección de la embocadura, luego las obligan a entrar presionando tras ellas. Los pobres animales son tan tímidos que no franquean esa débil barrera, y se dejan matar antes de tratar de romper el hilo o saltar por encima; pero si, entre las vicuñas, hay un guanaco, éste, más hábil, rompe la barrera, y las vicuñas lo siguen en seguida; por eso hay que tener el mayor cuidado en matar a tiros de fusil o cazar a los guanacos, cuya presencia destruiría la esperanza del cazador.

El frío extremo de las mañanas, en que la helada se complicaba para mí con el sufrimiento que experimentaba a causa de la rarefacción del aire, me obligaba a levantarme temprano. Por lo demás, no podía dejar de contemplar esa imponente meseta donde me hallaba, aunque todo estuviera helado alrededor nuestro. El hielo del arroyo era tan espeso que podía caminarse encima sin romperlo; y esto (¿podrá creerse?) dentro de los trópicos, en la zona tórrida.

En ese país los hombres son tan sobrios como los animales, y el almuerzo de mis arrieros me lo demostró. Mientras sus mulas pacían, en el campo, la hierba seca tan rara, poco susceptible de darles fuerzas para continuar llevando sus pesadas cargas, ellos sacaban de una bolsa granos de maíz tostado y compartían ese alimento con su perro, reducido también él a ese pobre alimento; bebían después un poco de agua helada para terminar esa frugal comida, disponiéndose a marchar de nuevo toda la jornada; pero les di una parte de mis provisiones más substanciales, consistentes en carne salada, que recibieron con placer. Siempre me ha asombrado que los americanos, a pesar de su sobriedad, puedan soportar las fatigas. Todos los viajeros han observado igualmente que uno de nuestros campesinos o de nuestros obreros consume por lo menos el doble de alimentos que un indígena o hasta de los hombres de trabajo de esas comarcas.

22 de mayo

Remonté el arroyo, las mulas marchaban penosamente en medio de un campo cubierto de grandes cantos rodados porfíricos, o atravesaban, de tanto en tanto, partes revestidas de una espesa capa de florescencias salinas y de composición turbosa; esas partes más pantanosas son los afluentes del arroyo y descienden de las pendientes del Tacora. Ascendí así, poco a poco, una colina que une la cadena del Tacora con la del Niyuta; me detuve a recoger plantas[29] y muestras de asperón silícico.

---

29 Meyen cita los *Baccharis*, entre otros una especie vecina del *B. hurnifusa*, Kunth; *Lecidea bullata*, *Parmelia perforata*. *Parmelia conspersa*, Ach., *Charnacalamus spectabilis*, *Ambrosia tacorensis*, Meyen, etc.

Un aspecto interesante apareció entonces delante mío. A la izquierda, las cadenas del Tacora y del Ancomarca, pobladas de llamas y de pastores, en los valles vecinos de las nieves; al norte, las llanuras hasta perderse de vista; y a la derecha, una ancha depresión sin salida, cargada de florescencias salinas blancuzcas, parecidas a la nieve, y en medio de las cuales está el lago de Aracoyo, de media legua de ancho, más o menos. Vi con placer, en sus apacibles orillas, muchos pájaros acuáticos, con las bandadas de una hermosa especie de pato, casi tan grande como nuestros cisnes, teniendo igualmente un color blanco y las alas negruzcas. Descendí en esa depresión, pasé tres brazos de afluentes del lago, turboso y cubierto de eflorescencias, como los del arroyo del otro lado. Ascendí un poco y descendí luego hacia el Río de Ochusuma o de Ancomarca. Este río, de alrededor de quince metros de ancho, es muy rápido, muy poco profundo y puede ser atravesado a vado en todo tiempo; allí se quiere torcer su curso para llevar sus aguas al valle de Tacna[30]. A ese efecto, han cavado un canal en la pendiente de la montaña. Pasé todavía otro río más pequeño, afluente del mismo, y me detuve en un vallecito rodeado de colinas traquíticas escarpadas, y junto a un laguito lleno de agua límpida.

Ese alto era tanto más favorable cuanto que de él se eleva, por la tarde, un viento del suroeste terrible y tan violento, que apenas uno puede mantenerse a caballo.

Me acerqué al cerro de Chipicani[31], el punto más elevado de la cadena de Ancomarca, y podía hallarme, por lo menos juzgando aproximadamente, a una distancia de legua y media. Es una cima cortada, cónica, de cuya pendiente el lado oriental está cavado, cortado casi perpendicularmente en los bordes, y presenta rocas rojizas al desnudo, debajo de las nubes, contrastando con la raquítica vegetación que se levanta sobre las laderas. Aunque sufría por la rarefacción del aire, pasé la tarde preparando los animales muertos en dos días y haciendo por los alrededores una excursión geológica. Vi por primera vez, en las colinas traquíticas, las vizcachas[32], especie de mamíferos vecinas de las marmotas, pero con largas orejas y larga cola, que viven en los agujeros de las rocas y trepando con una agilidad extraordinaria hasta por los lugares más

---

30 En eso, también Meyen fue mal informado. El río no se dirige al suroeste y no se arroja por la ladera occidental de la cordillera, junto a Tacna. Va, al contrario, por la ladera oriental, a reunirse con el Río Maure.

31 *L'Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 150, le da, según Pentland, creo, 5.760 metros arriba del océano, o 950 metros arriba del Monte Blanco.

32 *Viscacha* proviene de *vizca*, o bien de *vizcalla*, cinta de lana trenzada; nombre dado por analogía a ese animal por su larga cola acintada. Es el *Callomys aureus*.

escarpados. Maté, en esa exploración, un pájaro[33] que sólo vive en las rocas, y dos hermosas especies de roedores, que practican sus galerías subterráneas en las llanuras húmedas. Las rocas de los alrededores están llenas de pequeños cristales de cuarzo; esas rocas se descomponen y dejan los cristales en tan gran número sobre el suelo, que brillan al sol y presentan un aspecto original.

23 de mayo

Al día siguiente, recorrí una inmensa llanura, que ocupa la meseta hasta la cadena del *Delinguil* o *Tuyuncani*, que limita, al este, con la meseta particular de la cordillera. En todas partes el terreno está cubierto de cantos porfíricos rodados, y de un arbusto compuesto, que reemplaza en esas regiones elevadas a los matorrales de nuestros eriales. Esa planta muy aromática, cuyo color se expande por el campo, sirve a los viajeros para prender fuego, y quema, aun cuando esté verde, porque contiene mucha resina. Atravesé tres pequeños afluentes del Río de Ancomarca, cuyas márgenes escarpadas están formadas de traquitas, y contra las cuales se apoyan, aquí y allí, algunas cabañas abandonadas, así como cercos de piedras dentro de los cuales los indios encierran sus rebaños. Nada más triste en el mundo que esa parte de la meseta; su suelo blancuzco, arenoso, muestra apenas, de tanto en tanto, raras placas de una vegetación sombría y grisácea. La naturaleza parece completamente inanimada. No se ve planear al majestuoso cóndor. Los pájaros han huido. El montañés con sus rebaños falta por completo. El triste silencio no es interrumpido más que por la marcha pesada de las mulas cargadas, cuyo ruido repite el eco. La desoladora uniformidad del suelo no es modificada ni siquiera por una nube pasajera, que arrojaría momentáneamente algo de sombra al campo. Un cielo de color azul pronunciado, sin la menor manchita, se extiende a lo lejos en el horizonte. Lo habría admirado, sin duda, en medio de un campo sombreado por una activa vegetación; lo hallaba demasiado monótono en esa naturaleza tan severa y tan poco adornada. Estábamos solos, y ningún ser humano se veía en lontananza. No se sabría expresar la sensación que producen esas grandes soledades del Nuevo Mundo, donde se está, días enteros, aislado, perdido en medio de llanuras sin límites, de bosques vírgenes o de montañas desiertas.

En los mapas geográficos de América, la cadena de las cordilleras está, en ese lugar, representada por una cresta aguda, y hallé, en su lugar, una vasta meseta sobre la cual caminaba desde hacía dos días, y cuya terminación no veía. Esa gran disparidad me hizo redoblar la actividad y el cuidado, para examinar todas las particularidades de esa cadena, aún tan poco conocida.

---

33 *Picolaptes rupicole*, Nob.

Pronto, marchando por las traquitas blancas y sin vegetación, llegué a orillas del Río Maure, la mayor de las grandes corrientes de agua de la cadena. Asombra hallar de golpe, en medio de esos terrenos casi horizontales, una vasta y profunda hendidura de algunos centenares de metros, en el fondo de la cual el río corre majestuosamente como en un abismo. Los bordes son cortados casi a pico y forman como dos murallones. Al principio uno se pregunta, midiéndola con la vista, cómo se podrá llegar hasta el lecho del río; pero pronto el arriero nos hace descubrir un pequeño sendero de apenas el ancho de una mula y tallado en la tracita blancuzca. Es necesario entrar para seguir en seguida mil rodeos, suspendidos por un abismo, sobre o debajo de masas de pórfiros y de tracitas superpuestas, en equilibrio a medias, que amenazaban caer bajo nuestros pasos y aplastarnos. Descendimos así, no sin vernos obligados muchas veces a abandonar la mula y confiar en las piernas más que en las patas de la cabalgadura, y llegamos con trabajo hasta el fondo. Aguas majestuosas de treinta a cuarenta metros de ancho, pero poco profundas, corren con rapidez por un lecho de cantos. Algunas plantas gramíneas forman pequeñas cintas verdes que flotan a merced de las aguas y en medio de las cuales juegan los pececitos. Como el agua no estaba crecida, la pasé con facilidad, a pesar de la fuerza de la corriente, y hallé, en la otra orilla, un camino menos difícil, cuya pendiente es mucho más suave, pero también mucho más larga. Se aprovecha una quebrada para ascender, mientras que, del lado opuesto, se desciende por la escarpadura misma. Una vez que ascendimos a la llanura, continué ascendiendo durante mucho tiempo, hasta el riacho de Tuyuncané, donde hicimos alto. Humedecidas por las aguas que produce el derretimiento de las nieves, las cuestas de las montañas vecinas están cubiertas de algo de vegetación[34], y los indios hacen pacer diariamente sus rebaños, que reúnen, todas las tardes, arreándoles a sus moradas, ubicadas junto a la costa del Delinguil. Por lo menos veía movimiento, y del medio del valle donde había acampado veía, a lo lejos, al pastor montañés, que descendía de lo alto de las montañas hacia regiones menos elevadas. Además, aparecían vicuñas en las laderas de las colinas, y después de contemplarnos unos instantes, desaparecían rápidamente ante nuestros ojos.

Los lugares de reposo están muy lejos de ser indiferentes para el caminante en esos viajes. No se ocupan de las comodidades de los viajeros, sino de las condiciones necesarias para que las bestias de carga puedan hallar agua y algu-

34 Puede compararse su aspecto al de ciertos valles elevados de los Pirineos, donde no hay más que gramíneas, a las colinas del pico de Bergonse, cerca de Lus, por ejemplo, o a los valles del pico de Espada o del Tourmalet.

nos pastos, no teniendo esos pobres animales otro alimento que el escaso que brota en los alrededores de dichos altos llamados, por tal motivo, *pascanas*, en lengua española. Todas las tardes, apenas llegaban, los arrieros descargaban las mulas y disponían los baúles de manera de hacer, del lado del viento, una especie de muralla, tras la cual podía abrigarme algo. Desensillaban de inmediato sus bestias de carga y las conducían al lugar más conveniente para que pudieran pacer; luego reunían algunos pequeños arbustos, prendían fuego, ponían a asar algo de carne salada y cada uno se tendía como quería en el suelo. El frío parece de noche tanto más excesivo cuanto el termómetro que de día marca hasta 23 grados, desciende, hacia las seis de la mañana, hasta 0 5° centígrados, diferencia enorme que hacen más sensibles ambos extremos y provoca mucho sufrimiento. Un viento muy intenso y de una sequedad enorme tiende sin cesar la piel del rostro, en todas partes partida, especialmente en los labios. Sale sangre a cada momento, lo que aumenta considerablemente el malestar. A fin de defenderse, los habitantes llevan un *Tapacara*, especie de máscara de tejido; yo lo sufrí más de un mes, mientras residí en la meseta boliviana. La humedad de la provincia de Yungas fue lo único que me curó, suavizando mi piel. Experimenté también siempre los efectos de la rarefacción del aire. Los dolores de cabeza y las palpitaciones del corazón no me dejaban un momento de descanso. Si resulta agradable viajar en nuestra Europa civilizada, donde todas las comodidades de la vida se distribuyen en los caminos, está muy lejos de ser así en el Nuevo Mundo. Es necesario una firme voluntad para recorrer un largo itinerario, pero es indispensable también fuerza física, porque sin ella sería difícil resistir las fatigas del día y la agitación de las noches. Mis arrieros me dijeron que, algunos meses antes, un español hizo el mismo camino con ellos y fue tan afectado por la rarefacción del aire que experimentó, desde el primer día, síntomas muy alarmantes, e incapaz de proseguir murió la noche siguiente, sin que pudieran darle el menor alivio. Me citaron también muchos casos en que los viajeros que ellos acompañaban sufrieron al máximo lo que llaman el soroche.

24 de mayo

Comencé la marcha del día siguiente con tanto más placer cuanto que tenía la esperanza de abandonar las regiones elevadas para descender hacia la gran meseta boliviana; pero debía empero alcanzar antes los puntos más elevados de la cadena del Delinguil, que limita la meseta occidental. Ascendí una quebrada, siguiendo al arroyo que corre en medio, y llegué así a la pendiente de una montaña porfídica, cuyos valles están cubiertos de rebaños de ovejas, llamas y alpacas. Vi también, en una de las quebradas que atravesé, un gran arbusto, que volví a en-

contrar más tarde en forma de gran árbol en las montañas de Cochabamba. Es notable por las numerosas capas como de papel y satinadas que componen su corteza. Después de haber cruzado muchos arroyos, después de haber girado mucho tiempo alrededor de una montaña y de haber, a lo lejos, visto algunas cabañas de aymaras[35], llegué a la cumbre de la cadena del Delinguil.

Allí experimenté un sentimiento de admiración ante la vasta extensión que se desplegaba ante mis ojos y la gran variedad que la mirada podía captar a la vez. Hay, sin duda, muchos lugares más graciosos en los Pirineos y en los Alpes, pero nunca un aspecto tan grandioso y majestuoso se presentó ante mí. A mis pies la meseta boliviana[36], de más de treinta leguas de ancho, se extendía hasta perderse de vista, a derecha e izquierda, mostrando solamente, en medio de esa vasta llanura, algunas pequeñas cadenas paralelas[37], suavemente onduladas, como las olas del mar, sobre esa gigantesca hoya, cuya lejanía, al noroeste y sureste, me ocultaba los límites, mientras que al norte, siempre sobre la meseta, veía brillar, por encima de las altas colinas que la circunscribían, algunas partes de las aguas límpidas del famoso lago Titicaca[38], cuna misteriosa de los hijos del sol[39]. Más allá de ese conjunto imponente, un cuadro severo, formado por la vasta cortina de los Andes[40], cortada en picos cónicos que re-

---

35 Meyen, p. 177 y p. 185 de las *Nouvelles Annales des Voyages* dice que los habitantes son *Quechuas*. Está mal informado. Los indígenas de la meseta desde Punto hasta Lagunillas en la ruta de La Paz a Potosí, son todos de la nación aymara, cuya lengua hablan. Los quechuas comienzan a mostrarse hacia el Cusco.

36 La llamo así para diferenciarla de la de la cordillera, que llamo *meseta occidental*.

37 La Apacheta de La Paz, la cuesta del *Corocoro* y la de San Andrés.

38 *Titicaca* proviene de *titi*, plomo, y de *caca*, roca, montaña; así, Titicaca quiere decir montaña de plomo.

39 Es sabido que, de acuerdo a las tradiciones conservadas por los historiadores, *Manco Capac*, y su mujer y hermana, *Mama Oetlo Huaco*, ambos hijos del sol, fueron abandonados por su padre a orillas del lago Titicaca, de donde se fueron a civilizar a los pueblos del Cusco, donde fundaron el Imperio de los Incas. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. I, p. 18; López de Gomara, *General historia de las Indias*, cap. 120; Agustín de Zárate, lib. I, cap. 13; Padre Acosta, lib. I, cap. 25.

40 Se ha abusado a menudo de la palabra *Andes*, empleándola como sinónima de cordillera y aplicándola a todas las cadenas americanas. Es una falta geográfica tan grave como si se dijera los *Pirineos de Colombia* o los *Alpes de Chile*. *Andes* es una palabra corrompida de *Antis*, que, entre los Incas, no significa *cordillera*, sino las montañas boscosas situadas al este de la cordillera oriental; lo prueba la provincia de *Antisuyo* (Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, p. 122). Los antiguos españoles lo comprendieron tan bien que, en los mapas de Herrera, figura la cadena occidental con el nombre de *Cordillera* y la cadena oriental con el de *Andes*. Creo, en consecuencia, que la cadena oriental solamente debe conservar esta última denominación.

presentan una sierra. En medio de esas cimas se eleva el Guaina-Potosí[41], el Illimani[42] con sus dos puntas, y el Ancumani[43] o *el viejo emblanquecido por los años*, como lo llaman poéticamente los indígenas, mostrando su cono cónico, aplastado, los tres gigantes de los montes americanos, cuyas nieves resplandecientes se dibujan, arriba de las nubes, sobre el azul pronunciado del cielo, el más hermoso y puro del mundo. De cada lado de las montañas, al norte y al sur, la cadena oriental desciende poco a poco y desaparece del todo en el horizonte. Si había experimentado admiración ante el Tacora, aquí estaba transportado y no podía dejar de contemplar ese espectáculo, el más majestuoso que se me haya ofrecido en mis viajes. No era, empero, más que un lado del cuadro, porque volviéndome tenía ante mi vista un conjunto no menos atrayente. Veía todavía el Chipicani, el Tacora, todas las montañas de la meseta occidental que acababa de franquear y sobre las cuales mi vista se dejó llevar tantas veces en las tres jornadas pasadas en la cordillera.

En medio de mi contemplación, me olvidé por completo de mí mismo, y cuando abandoné ese cuadro mágico recordé mi existencia, bajé los ojos y miré en torno mío. Comprobé entonces que estaba solo, habiéndose puesto en camino mi gente sin que yo prestara la menor atención, a tal punto estaba absorbido; finalmente vi ya lejos, como en un abismo, mi pequeña caravana, descendiendo lentamente la cuesta por una garganta profunda, donde la alcancé junto a un límpido arroyo, que regaba una alfombra de fresca vegetación, donde pacían numerosas llamas y alpacas[44] de larga lana, que caía hasta el suelo. Nada más cansador que los descensos tan rápidos de las montañas. El

---

Si, hasta cierto punto, se puede comparar al panorama de la meseta con el conjunto del Languedoc que se ve desde la cumbre de las montañas negras, entre Castres y Carcassonne (Aude), no sucede lo mismo con los Pirineos, que, en ese lugar, no tienen ninguna semejanza con los Andes. El sitio donde hallé en los Pirineos alguna semejanza con los Andes vistos desde Delinguil, es el conjunto del Monte Perdido y del circo de Gavarnie, visto desde el pico de Bergonse, junto a Lus.

41 El joven Potosí, alusión a las minas de Potosí.

42 El Illimani tiene una altura de 7.315 metros sobre el nivel del mar (*Annuaire du bureau des longitudes*, 1834, p. 150, de acuerdo a Pentland).

43 Es el Sorata, última denominación aplicada por la vecindad de la ciudad de ese nombre al pico de la montaña, llamado Ancumani por los indios. Esa montaña, la más alta de América Meridional, según Pentland, más elevada que el Illimani, puesto que tiene 7.696 metros por encima del océano, no se ve de todos lados. Del lado donde yo estaba, parecía, por el contrario, más elevada.

44 La lana de esa especie de camello, muy distinta de la de las llamas, que no puede ser utilizada, se emplea en los vestidos de los indígenas.

pequeño sendero apenas trazado está siempre lleno de piedras que ruedan bajo nuestros pasos, y en mula, uno es llevado hasta el cuello de la bestia, lo que no deja de ser muy incómodo. Sin embargo, a medida que descendía, respiraba más fácilmente y esperaba ver cesar, antes del fin de la jornada, una parte del malestar que me provocaba la rarefacción del aire. Después de haber atravesado las pendientes pedregosas, rodeado, a la derecha, de rocas traquíticas que presentaban puntas, de torres y de todas las figuras fantásticas que la imaginación podía buscar, tanto mejor cuanto que se dibujaban en blanco sobre la vegetación de los valles, llegué a una pequeña llanura turbosa, cortada por muchos arroyos que serpenteaban sobre el césped afelpado, cubierta de rebaños y sus pastores. Vi, en todos lados en medio de sus corrales, cabañas redondas, coronadas de un lecho cónico de tierra, las mismas que en tiempo de la Conquista. En todas partes de las pendientes de las montañas se ven pequeños campos cerrados con piedras, donde se cultiva la papa, y que forman manchas o pedazos grises, en las pendientes verdes de las montañas. No era más aquella meseta seca y árida, aquellos desiertos inanimados. Todo aquí anunciaba movimiento y la primera mezcla de la vida puramente pastoril de las mesetas[45], con la vida agrícola de los valles húmedos. Era tal vez injusto, pero me parecía que le faltaba un complemento al paisaje. Habría deseado algunas cosas que adornaran a la naturaleza. Las montañas, para ser realmente pintorescas, necesitan árboles, y no veía uno solo, desde que estaba en la cordillera. En ese lugar hubiera buscado en vano todo hasta el más pequeño zarzal, reduciéndose los indígenas para calentarse a la *taquia*[46], recogida en los corrales de llamas.

Mis arrieros, viendo tanta abundancia de ovejas, me pidieron que comprara una para el grupo. Consentí tanto más voluntariamente que habiendo compartido con ellos mis provisiones, supe esa mañana que nada me quedaba, ni siquiera pan, para continuar el camino. No resultaba difícil, en verdad, pedir una oveja a los indios; la dificultad consistía en obtenerla. Esos pobres pastores se identifican al punto con sus rebaños, los quieren tanto, que es muy raro que decidan a deshacerse de ellos; por eso los arrieros tienen la costumbre

---

45 La agricultura no puede existir más que en algunos lugares húmedos de montañas que tienen menos de 4.200 metros de altura sobre el nivel del mar. Resulta que la meseta particular de las cordilleras o la meseta occidental no está habitada más que por indios pastores. Lo mismo sucede con las ocho décimas partes de la población de la gran meseta boliviana.

46 La *taquia*, o estiércol de llamas o alpacas, se recoge con cuidado en los corrales. Se la conduce en bolsas a los pueblitos, villorrios y a la ciudad de La Paz, donde es, por así decirlo, el único combustible, hasta para la gente rica país.

de comenzar por matarles una oveja, que luego no tienen más remedio que cederles. Ese medio me repugnaba mucho, no compartiendo ese punto la opinión de la mayoría de los viajeros, que violan impunemente la propiedad de los indígenas, porque no los consideran pobres. Quise entrar en tratos por medio de uno de los arrieros, que sabía bastante bien el aymara. Al principio se negaron, temiendo no ser pagados, lo que sucede con mucha frecuencia y hace a los aymaras más desconfiados, pero sabiendo que el precio corriente de una oveja es de *seis reales*[47], les di un peso (5 francos). La vista del dinero decidió a los pastores y señalaron a los arrieros un carnero, que éstos sacrificaron enseguida. Empero, dos indias contemplaban la escena de tristeza, haciendo oír sus amargos lamentos, y vertiendo un lote de lágrimas, a la vista de la sangre de uno de sus animalitos. Les pregunté si era esa insensibilidad que determinados autores[48], demasiado sistemáticos y llenos de ideas falsamente preconcebidas, reprochan constantemente a los pobres americanos, que juzgan no sólo sin haberlos visto, sino también sin creer nada de lo que se haya escrito en su favor[49].

Estaba cerca del villorrio de Calacote[50] que una alta colina traquítica me ocultaba. Es, sin duda, con el de Tacora, el más alto de toda la cordillera. Pertenece a Bolivia; había abandonado Perú, al cruzar el Río Maure. Pasé varios arroyos más o menos helados, muchas costas rocosas, en una de las cuales maté una vizcacha. Tenía siempre a mi diestra montañas cortadas perpendicularmente en algunos puntos o presentando numerosos pequeños picos estrechos, parados como obeliscos, y parecían ser obra del arte antes que de la naturaleza. Atravesé así gran número de apachetas; luego, descendí en un vasto valle, bordeado de montañas bajas, algunas de las cuales estaban cultivadas. Al llegar la noche, hice detener mi tropilla no lejos de un riacho, el un lugar cubierto de esos pequeños zarzales aromáticos de que ya he hablado[51]. El gran número de bajadas y subidas que franqueamos desde las siete de la mañana a las seis

---

47 Seis reales equivalen a tres francos setenta y cinco céntimos de Francia. La modicidad del precio da una idea de la abundancia de esas comarcas.

48 Pauw, *Recherches sur les Americains*, dice, torno II, p. 195: "Una insensibilidad estúpida constituye el fondo del carácter del americano".

49 Puede leerse lo que dice Garcilaso de la Vega, *Comentario reales de los Incas*.

50 *Calacole*, o mejor dicho *Calacoto*, se compone de *cala.*, piedra, o *coto*, montón, conjunto, reunión; así, literalmente, *Calacoto* quiere decir *montón de piedras*, nombre perfectamente aplicado, puesto que todos los alrededores están formados de pequeños picos compuestos de traquitas.

51 Esos zarzales cubren no sólo gran parte de la meseta occidental, sino también toda la parte sur de la gran meseta boliviana, en la provincia de Carangas. Parecen particularmente propios de las traquitas en descomposición o de los terrenos arenosos.

de la tarde, me había, ese día, cansado más que de costumbre; sin embargo, me sentía más despierto que la víspera, por no tener que luchar contra el soroche; había descendido a la meseta elevada, término medio, 4.000 metros sobre el nivel del océano. Esa manera de viajar, marchando toda la jornada sin detenerse un instante y sin tomar alimentos a mitad del día, parece bastante dura al comienzo; el estómago sufre al principio, pero como no hay otro remedio, termina por acostumbrarse. Es otra de las dificultades que deben vencerse en los viajes por países poco habitados.

25 de mayo

No estando oculto por las montañas, el sol levante vino más temprano a dorar las cuestas vecinas. A las ocho de la mañana, del otro lado, todo estaba todavía en sombra y bajo la influencia de la fuerte helada de la noche. Tiritábamos de frío; aquí el día comienza bajo la dulce influencia del astro. A las siete mis arrieros estaban desde hacía rato de pie. Partimos de inmediato. Seguí el fondo del valle de Aygaderia, dando innumerables rodeos para costear el río y los numerosos contornos de las colinas, sobre las cuales se veían en todas partes rastros de agricultura. El río desemboca en la inmensa llanura de Santiago, que dejé a la izquierda, para dirigirme al campanario de Santiago de Machaca, que veía a una legua y media, más o menos. Para llegar allí, no tenía más que cruzar esa llanura horizontal, cubierta en todas partes de pequeños arbustos aromáticos, en medio de los cuales hallé mucho rebaños de ovejas, alpacas y llamas. Después de tantas jornadas pasadas en las montañas, experimenté realmente placer al franquear ese terreno pelado, que me condujo a la aldea.

Santiago, que pertenece a la provincia de Pacajes (departamento de La Paz)[52], está situado en medio de una magnífica llanura, sobre una pequeña prominencia; es un gran caserío compuesto de indios aymaras, de un cura y de un corregidor. Durante el día, como todos los habitantes son pastores, se lo creería enteramente desierto, si no estuvieran expuestas al sol, para secarse, gran números de ovejas enteras, y si no se oyera el ruido de algunos telares, estando la mayoría de la población ocupada en la vigilancia de innumerables rebaños en la llanura y sobre las montañas, o en el cultivo de la papa, en algunos lugares de las colinas de los alrededores, expuestos al mediodía. Toda la industria de ese villorrio, como de todas las aldeas circundantes, consiste, a causa de los productos, en groseros tejidos de lana de alpaca, muy estimados sin embargo en la costa de Perú, para muchos usos, principalmente para con-

52 Toda la República de Bolivia está dividida en seis departamentos, y cada uno de ellos en provincias.

feccionar esos apariencias tan voluminosos de las bestias de carga del país o para vestir a la gente pobre. No cabe la menor duda de que en esos lugares, donde la lana de oveja y de alpaca es tan barata puesto que no vale más de seis francos la arroba (veinticinco libras), podrían establecerse fábricas, que, por los medios económicos empleados en Europa, podría sólo perfeccionar mucho las telas, sino también venderlas a un precio infinitamente menos elevado. Bolivia, en todas sus partes, es tan rica en variados productos, que para prescindir del comercio extranjero, utilizando sus producciones, no tendría más que aplicar la industria europea. No cabe duda que el primer especulador que se dedique a ello en el país realizará una brillante empresa y será muy útil a los habitantes, al emplear las lanas que abundan en esas comarcas.

La segunda rama industrial es la preparación de la *chalona*. Se llaman así los corderos enteros salados y secos. En esas regiones elevadas el aire es tan poco húmedo que todo se seca con asombrosa facilidad. Se saca la piel de los corderos, se los corta en medio por abajo, se los tiende abiertos, por medio de pedacitos de madera, se les arroja encima algo de sal y se los expone al aire. Se secan así en algunos días y se los transporta luego a la provincia de Yungas, donde sirve casi exclusivamente de alimento a los habitantes y constituyen una de las principales ramas del comercio. La chalona se hace igualmente en todas las aldeas y villorrios situados en la meseta boliviana.

En el centro de Santiago hay una plaza cuadrada, rodeada de casas de tierra, cubiertas de tierra y de juncos, y entre las cuales se distinguen más fácilmente por su techo más elevado, en su apariencia exterior, la del cura y la del corregidor; ninguna tiene más de un piso. En las cuatro esquinas de la plaza se observa una gran puerta de tierra, que forma la entrada de los caminos, disposición peculiar muy común en los alrededores y apropiada para el uso de las numerosas procesiones y a las danzas religiosas de los indígenas. La iglesia es bastante grande, construida también de tierra y cubierta a medias de tejas, a medias de juncos. El color grisáceo de la arcilla arroja sobre el conjunto un aire de tristeza que responde perfectamente al vestido siempre negro de los indígenas de ambos sexos y a su aspecto triste silencioso. Me pregunté entonces, y muy a menudo después, si ese sombrío vestido, ese color melancólico difundido en todas partes, caracteriza la idiosincrasia nacional, o debe atribuirse, sea a recuerdo de su antigua grandeza, sea al sentimiento de servidumbre y de envilecimiento en el cual han caído en la actualidad. Más tarde comprobé, en su música lúgubre, en sus fiestas, en sus bailes y en sus juegos, una disposición innata o relacionada con la elevación de la región que habitan, pero que no debe atribuirse, de ninguna manera, a la conciencia de su posi-

ción. La tristeza es tan natural en los aymaras y quechuas como la alegría en los chiquitos: es inherente a la raza a que pertenecen.

Al abandonar Santiago, penetré de nuevo en la llanura, que cambió de aspecto. No hallé más zarzales, sino en todas partes gramíneas duras y espinosas, sobre un terreno arenoso, cubierto, en muchos lugares, de eflorescencias salinas y presentando muchos laguitos de agua salada, donde maté algunos patos. Anduve así cuatro leguas, sin hallar la menor desigualdad, deteniéndome a menudo sea con el fin de perseguir a los pájaros, sea para buscar insectos[53]. Mi arriero me mostró, a la derecha, la continuidad de la llanura donde está situada la aldea de Verenguela, célebre en el país por su alabastro transparente[54], que reemplaza a los vidrios en las iglesias y que se emplea después para hacer mesas. Al dejar la llanura, hallé, al pie de una colina de asperón siluriano, mis pequeños zarzales aromáticos. Atravesé dos cadenas paralelas a la cordillera, a una legua de distancia una de otra, ambos de la misma composición geológica, y llegué, al este de la última, al caserío de San Andrés de Machaca, situado en el lado oriental a orillas de una profunda quebrada; la iglesia es vasta y las casas están colocadas irregularmente; el aspecto es triste y no se ve más vegetación leñosa que en Santiago. Mis arrieros no esperaban hallar pasto para sus animales y pasaron de largo, yendo a acampar en la llanura, junto a la choza de un indio. Eran las siete de la tarde. No había comido nada desde las siete de la mañana; me moría de hambre. Para colmo de males, no podía cocinarse nada, por falta de madera. Me dirigí a un indio que, empleando su combustible ordinario, arrojó un pedazo de carne sobre estiércol seco de llamas (la taquia), y a las ocho, para satisfacer la más apremiante de las necesidades, comí, sin pan, un trozo de cordero, a medio cocer, que exhalaba un horrible olor a humo. No hubo más remedio que contentarse con eso. Pensé por un momento acostarme en la cabaña del indio, pero habiendo entrado, preferí, como de ordinario, dormir al aire libre. El menor inconveniente de ese albergue era el humo, que no habiendo otra salida que una puerta de madera de un metro de alto, llenaba la pieza redonda de tres metros de diámetro a lo sumo, donde debían acostarse también el propietario, su mujer y tres hijos grandes, sin hablar de dos pequeñas chiquillas que compartían con un perro algunos

53 Son hermosas especies del género *Nyctelia*, familia de las *Melasomas*.

54 Véase *Iris de La Paz*, N° 2, lo que dice Indaburo. Se construyó en La Paz una fuente muy hermosa colocada en la plaza pública. Ese alabastro está, al parecer, en un banco de dos metros de espesor por quince de ancho; así no debe temerse que se agote del todo, cuando la industria venga a extraerlo y explotarlo.

pellejos de oveja. De las paredes ennegrecidas colgaban, de correas de cueros de llamas, no los vestidos (los indios de las mesetas no se los cambian nunca), sino muchas flautas de Pan y un tamboril, destinados, sin duda, a figurar en las fiestas religiosas, que los curas multiplican al infinito.

Me quedaban por franquear seis leguas para llegar al Desaguadero, donde está la primera oficina aduanera de Bolivia. Después de un almuerzo similar a la cena de la víspera, me puse en camino, atravesando una llanura arenosa en pendiente, cargada, como la de Santiago, de porciones salinas y mostrando, aquí y allí, pequeños lagos salados. Tenía constantemente en vista, ante mí, las nieves del Illimani, hacia el cual parecía que me dirigía, como el objetivo que debía alcanzar. Al ver todavía algunos insectos en el suelo, descendí de mi mula y la tenía por las riendas, desviándome a derecha e izquierda del sendero, para continuar mis exploraciones. Me distraje mucho tiempo, dejando a mi gente que se adelantara. Ella se había alejado mucho cuando volví a montar para alcanzarla al galope. Mi animal, más apurado de lo que yo pensaba por alcanzar a sus camaradas, tascó el freno, se puso a cocear y dio tales saltos que, sin darme tiempo a descender, de un solo golpe se desembarazó de su jinete, de su montura y de sus riendas. Caí a lo lejos sobre ambas manos, y cuando quise levantarme sentí tal dolor en las muñecas, que no sólo no pude moverlas, sino que las creí recalcadas. Por suerte salí del mal paso con nada más que una fuerte torcedura. Volví a atrapar a mi mula y llegué a las dos al Desaguadero.

26 de mayo

El Río Desaguadero, que, en muchos mapas, aparece como que desemboca en el lago Titicaca, recibe, por el contrario, todo el caudal de sus aguas de ese lago. Cruza una pequeña colina junto al villorrio del Desaguadero, riega una parte de la meseta boliviana, que recorre en más de setenta leguas (280 kilómetros) de largo, y va mucho más allá de Oruro, en la provincia de Poopó, en el 18°, a formar la gran *Laguna de Pansa*, que no tiene salida. Es, sin duda alguna, el más grande y el más hermoso río de las regiones elevadas de Bolivia. Podría brindar un medio de transporte fácil al comercio de la meseta, si los españoles no hubieran descuidado los mercados y todas las ramas del comercio, para limitarse a la explotación de las minas. Hoy resulta que, al estar abandonadas muchas minas o dar pocos productos, la ciudad de Oruro está casi desierta y el país no aprovecha ninguna de las numerosas ventajas que le ofrece la naturaleza. El Desaguadero, muy profundo y de unos cien metros de ancho, estaría, en un país civilizado, cubierto de barcos, que, por ese canal natural donde las aguas marchan con lentitud, donde ningún obstáculo impide la navegación, ascenderían y descenderían sin cesar, acercando así el lago Titicaca

a la provincia de Poopó y sembrando, en el espacio que los separa, una prosperidad desconocida. Esas márgenes, hoy desiertas y deshabitadas, se cubrirían entonces de una población industrial; y la meseta boliviana podría tanto más convertirse en uno de los centros de comercio cuanto que hoy es el lugar más poblado de la República.

La oficina aduanera donde yo estaba se llama Crassacara; es un caserío compuesto de tres casas, que habitan un comisario, un agente y una docena de soldados. A orillas del río hay algunas almadías de juncos, llamadas *balsas*, e indios para conducirlas. Esas balsas en una comarca donde no hay un solo árbol en veinte leguas a la redonda, son traídas del lago Titicaca, donde hay la materia prima que requiere su construcción: se componen de cuatro grandes rodillos de juncos, atados entre sí y teniendo la forma de un barco. Sirven para transportar las mercaderías y los viajeros a la orilla opuesta, pasando las mulas el río a nado.

He notado a menudo que las aduanas son tanto más severas cuanto un país realiza menos comercio. Ese contraste existe hasta en Europa, y tuve la oportunidad de comprobarlo, más tarde, al atravesar Saboya y Suiza, y comparar las exigencias de ambas administraciones. En Crassacara, oficina aislada de toda vigilancia, los agentes se separan a menudo de sus instrucciones y perjudican así mucho al gobierno, que no es empero culpable de los errores de todos sus empleados. Hallé allí una especie de perdonavidas, natural de la República Argentina, que se decía coronel de cuatro repúblicas[55]. Comenzó, aunque yo todo lo tenía perfectamente en regla, por hacer mil objeciones a mi pasaporte y a mis efectos, pidiéndome como regalo, con rara indiscreción, todo lo que veía en mis maletas. Yo estaba solo. Le habría sido fácil dejarme salir inmediatamente después de su inspección, pero, esperando que yo le comprara su rapidez, me obligó a aguardar hasta el día siguiente, haciéndome perder una jornada de viaje. Como sus modales no me tranquilizaban en lo mas mínimo y podía todo temer de los subordinados de tal jefe, creí prudente transportar mis maletas al campo, del otro lado del Desaguadero, y estar en guardia; lo que hice respondiendo a los apremiantes consejos de mis arrieros, víctimas a menudo, también ellos, de las exacciones de los aduaneros y testigos constantemente de las que deben sufrir los indios, siempre indefensos.

Por la noche me vi obligado a hacerme desvestir, no pudiendo mover los dedos de la mano derecha. Durante toda la noche, una fiebre ardiente y vivos

55 Pretendía que su grado le había sido conferido por las repúblicas Argentina, Bolivia, Colombia y Perú.

dolores me impidieron cerrar los ojos; por eso al día siguiente, cuando finalmente se me permitió ponerme en camino, tuve mucho trabajo para montar en mi mula. Sin embargo, tan endurecido a los sufrimientos físicos como a la fatiga, debí continuar como si nada me hubiera sucedido. Bordée algunos instantes los contornos del río, entré en un vallecito, crucé muchas colinas arenosas, dirigidas al sureste, y llegué a un vasto valle rodeado de montañas, donde vi muchas casas de indígenas, y sobre las cimas, las chulpas o tumbas de los antiguos aymaras. Todo el valle, de más de una legua y media (6 kilómetros) de ancho, estaba animado por gran número de ovejas y rebaños indígenas. Crucé después una cadena de altas colinas, inclinada al noreste, compuesta de asperón rojo, fuertemente cargado de cobre nativo. Esa cadena es tan escarpada de un lado y del otro, que tuve mucho trabajo para franquearla. Me hallé en un valle estrecho y profundo, donde vi el villorrio de Corocoro[56] y muchas cabañas de pastores. Me detuve.

Faltando de nuevo víveres, envié a un arriero a comprar una oveja a la cabaña menos alejada. Lo vi hablar mucho tiempo con una india, luego arrojarse sobre una oveja y matarla, a pesar de los esfuerzos de ella por impedirlo. El valle parecía desierto y no veía ningún indio. Al instante, como por encantamiento, algunos aparecieron a los gritos de esa mujer, lanzaron un silbido, que el eco repitió a lo lejos, y al cual, en un segundo, respondieron numerosos indígenas acudiendo de todos lados. Salían como hormigas de todas las montañas donde yo no había visto una sola persona. Vi llegada la hora en que mi arriero pasaría un mal momento. Me armé rápidamente de mi fusil, para imponerme, y me dirigí a esos lugares, a fin de interponer mi autoridad. Mi arriero, al cual había dado un peso, quería guardar una parte para él y pagar mucho menos a la india, que se había negado. Como puede concebirse, la dificultad fue pronto salvada y yo regresé con la oveja, teniendo por lo menos la certidumbre de cenar. Esa aventurilla, por suerte sin consecuencias, me enseñó que era preferible realizar las cosas por sí mismo y que debe confiarse poco en la aparente soledad de esos lugares, donde siempre se está, sin saberlo, espiado por multitud de indígenas, cuyos vestidos oscuros se confunden con el color de las montañas. Mis arrieros me citaron a ese respecto muchas disputas gra-

56 Existe, en ese lugar, la mina de cobre más rica del mundo tal vez, y la más fácil de explotar. El cobre es nativo, en un asperón desmenuzable; basta aplastarlo y lavarlo para separarlo. Empero, los gastos de transporte impiden la explotación. Esperemos que la industria utilice esa riqueza improductiva. Bolivia posee un número muy grande de minas de cobre que ofrecen las mismas ventajas.

ves que habían tenido con los indios; pero la que acababa de producirse me probaba que estos últimos no hacen, por lo general, más que defender sus derechos contra hombres que, porque son menos oscuros, se creen autorizados a cometer toda suerte de exacciones.

27 de mayo

El sol desapareció pronto detrás de la cordillera. La sombra se extendió al mismo tiempo por el lugar; era necesario pensar en dormir. La noche era magnífica, de lo más calma, y la naturaleza entera parecía dormir. Yo, a menudo soñador, mientras mis compañeros de viaje dormían profundamente, me sentía feliz al contemplar esa bóveda de un azul profundo, en la cual brillaban esas hermosas constelaciones del hemisferio sur, y me complacía en comparar mi pequeñez con la inmensidad de los mundos. De pronto oigo, creyendo soñar, una música melancólica como mis pensamientos. Escucho más atentamente... no son preludios; no son ilusiones; es el sonido penetrante y salvaje de gran número de flautas de Pan, que se mezcla al del tamboril, y que el eco de las montañas me devuelve, repitiendo mucho tiempo los estribillos, que terminan por perderse en lontananza. Muchos viajeros se habían quejado de que se molestara su reposo. Yo, hombre de la naturaleza, propenso a las impresiones y sintiéndolas con fuerza, experimentaba un encanto indefinible al oír esa música monótona y triste, tan en armonía con el lugar, el instante y el estado de mi espíritu. Los pobres pastores aymaras, que repetían, sin duda, alrededor de su cabaña, los aires que debían ejecutar en sus primeras fiestas, bailando delante de la procesión, no se imaginaban en lo mínimo que un europeo pudiera oírlos con el mismo placer.

28 de mayo

Al día siguiente teníamos que ascender la cadena de montañas conocida con el nombre de *Apacheta de la Paz*. Ella se eleva a seiscientos u ochocientos metros sobre el valle y se compone de asperones silurianos rojos, inclinados al suroeste. Se aprovecha también, para ascenderla, una ancha hendidura natural transversal a esas capas. Esa hendidura es de lo más notable, porque muestra, a diez metros de la separación, dos paredes perpendiculares, cuyas bases se corresponden perfectamente y cuya altura no es de menos de doscientos metros. Se marcha penosamente en medio de los trozos de rocas caídas y se llega allí a la cima, desde donde se descubre una vasta extensión. Frente está el Illimani, coronado de sus nieves, así como los otros picos de los Andes; a los pies del viajero hay una pendiente de lo más accidentada, debajo de la cual se ven, a lo lejos, muchas cadenas de colinas transversales desnudas, cuyas cimas son apenas onduladas. Todos los puntos de las montañas, bastante poco inclinados como para que quede algo de tierra vegetal, están cubiertos de campos de papas, mientras que

los valles profundos y abrigados del sol se pueblan de numerosos rebaños. Durante cuatro horas descendí la Apacheta de la Paz, por una quebrada al principio profunda y estrecha. Se alarga poco a poco, a medida que recibe nuevos arroyos, y, por partes, es a tal punto cenagosa, que nuestras mulas estuvieron varias veces a punto de empantanarse. Siempre descendiendo, después de haber atravesado un valle ancho lleno de casas de indígenas, crucé otra pequeña colina, formada de pudingos y de mármoles rojizos, e inclinada en sentido inverso a la montaña. El gran número de mulas, llamas y asnos cargados, así como de casas que se multiplicaban por todas partes, anuncian la proximidad de una gran ciudad, pero el paisaje no cambió de aspecto. Ni el más pequeño zarzal lo modifica, y el conjunto triste aparece por todas partes. Entré en una hermosa llanura arenosa, sembrada por completo de papas; la atravesé, crucé una colina baja, y descendí del lado opuesto en otro valle igualmente cultivado, en el extremo del cual se veía, a lo lejos, una gran mancha blanca. Traté en vano de hallar una explicación, cuando observé, al acercarme, que era una salina natural o un lago formado sólo de terrenos cubiertos de eflorescencias salinas, análogas a las que he descrito en la Patagonia[57], pero menos espesas. Una segunda colina, de la misma naturaleza que la primera, y siempre en la misma dirección, cierra ese valle. La crucé igualmente y hallé, al este, una tercera, donde vi un pequeño lago salado, junto al cual se paseaban bandadas de flamencos[58], que volaron al acercarnos, siempre manteniendo un orden riguroso, formando una línea continua de un hermoso color rojo. Estaba en la llanura de Viacha y vi el campanario del gran caserío de ese nombre, habitado por los indios aymaras. Pasé al lado y fui a instalarme, después de diez leguas de marcha, mas allá de un arroyo, en la proximidad de una cabaña indígena, alejada del caserío.

Había tenido, durante la jornada, un triste ejemplo de los motivos muy legítimos del odio que los españoles reprochan a los naturales tener contra ellos. Vi a lo lejos a un hombre a caballo, que hacía correr delante a un pobre indio. Cuando llegó junto a mí reconocí al coronel de cuatro repúblicas, jefe de la oficina de aduana de Crassacara, y no me asombré. Se me acercó; lo primero que hice fue preguntarle por qué motivo obligaba a ese hombre a seguirlo al trote del caballo. Me respondió que *ese indio bárbaro* había osado faltarle el respeto; que para castigarlo y enseñarle lo que debía a un blanco, ya

57 Ver la parte histórica, tomo II, p. 123.

58 *Phenicopterus chilensis*, Molina, lo mismo que Isidore Geoffroy Saint Hilaire y yo los hemos llamado *P. ignipalliatus*. Andan siempre formando un frente, sea marchando, sea volando.

le había hecho hacer catorce leguas a la carrera, desde la mañana, y que esperaba conducirlo a La Paz, distante nueve leguas más. No puede dejar de expresarle mi indignación por su conducta y lo amenacé con hacer conocer al Presidente su manera bárbara de castigar una falta tan ligera. Esta última razón, más que la otra, me hizo obtener la libertad del indio, que me lo agradeció mil veces. Los indígenas están lejos, como se cree, de alentar un odio inveterado contra los blancos en general. Es cierto que odian a los militares, pero aman a los burgueses y les dan muchas pruebas de devoción. Ello se debe a que, durante la larga lucha de la independencia contra el poder de la península, obligados a vivir siempre a expensas de los indígenas, las tropas españolas, robando sus rebaños, o llevándose hasta sus familias para obligarlas a arrastrar los cañones, les han inspirado una invencible aversión hacia lo que sea soldado, o por todo hombre armado, que consideren como tal. Por otra parte, los propietarios, que los tratan con una notable amabilidad y gran dulzura, son amados de ellos, sobre todo si hablan el mismo idioma, lo que hacen todos los hombres nacidos en el país y siempre criados por las indias. De ahí resulta que el mejor medio de ser bien tratado en los viajes por los indios consiste en tener lo menos posible un aspecto militar.

Acampé en medio de una vasta llanura, bordeada al nordeste de la Cordillera Oriental (o más bien de los Andes propiamente dichos), donde se distinguen el Illimani y el Sorata. Mis arrieros me dijeron al día siguiente que estábamos sólo a seis leguas de La Paz y que llegaríamos ese mismo día. Aún poco acostumbrado a medir las distancias en las montañas, engañado por las nieves que las acercan al observador, y sobre todo por los mapas, creí que franquearíamos la cadena a algunas leguas de allí, puesto que La Paz, en los mejores mapas de entonces (los de Brué), estaba sobre la ladera oriental de esa cadena. Después de haber caminado algunas leguas en la llanura, al principio cultivada y cubierta de tanto en tanto, de casas de indios, luego muy árida y sembrada de piedras de asperón, me veía todavía a la misma distancia de las montañas. Yo no entendía cómo podía llegar el mismo día, atravesando los Andes, que parecían alejarse a medida que avanzaba. Finalmente, no comprendiendo por dónde viajaba, pregunté a mis arrieros, que me informaron que La Paz no está al este de la cordillera, como lo comprobé algunas horas después, sino muy al oeste, lo que demuestra, una vez más, cuán poco conocen en Europa la geografía americana. Imaginando entonces que la ciudad de La Paz debía estar entre la montaña y el lugar donde yo me encontraba, la buscaba en vano. Nada sobre la llanura, hasta las primeras montañas, indicaba un lugar habitado, ni se parecía a una ciudad. Mi embarazo recomenzó. Después de una larga incerti-

dumbre, vi una columna destinada a guiar al viajero en ese desierto horizontal y de gran uniformidad. La alcancé pronto, y cuál no sería mi sorpresa al hallar, al borde de una vasta interrupción del terreno, una quebrada de una profundidad inmensa, en el fondo de la cual, a mis pies, vi la ciudad de La Paz, sus iglesias, sus techos cubiertos de tejas rojas y hasta sus habitantes que, a más de ochocientos metros[59] debajo mío, parecían del tamaño de hormigas.

En esta región donde todo es constante, debía también admirar el aspecto salvaje, pero grandioso, del panorama que presentaba el conjunto de la hoyada de La Paz, tal vez una de las más extraordinarias del mundo, puesto que está enteramente cavada en terrenos transportados, pertenecientes a la época diluviana. Imaginemos, en efecto, una especie de canal formado por las aguas, cortado, casi perpendicularmente del lado de la llanura, en anfiteatro hacia los Andes, presentando, de todos lados, montañas desnudas, negruzcas, muy recortadas, coronadas de cimas cubiertas de nieve. Esas montañas descienden poco a poco por salientes, hacia el fondo de la quebrada, donde, como en un abismo, la ciudad con sus jardines y su vegetación contrasta de la manera más agradable. Si seguimos con la vista el curso tortuoso de la quebrada, se la ve profundizarse aún más, cubrirse más y más de vegetación y perderse en los rodeos sin número de las montañas, arriba de las cuales, como un gigante, se dibuja la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro por el este. ¡Nada he visto en los Pirineos, ni en los Alpes, que se parezca, ni siquiera de lejos, a ese conjunto severo de la Quebrada de La Paz.

Sólo me faltaba descender. La pendiente era tan rápida que a cada instante temía rodar hasta abajo, con los cantos redondos que se desprendían de los bancos que se cruzaban a todas las alturas. Por suerte, el Presidente actual hizo abrir un camino. Aunque muy hermoso, en relación a la pendiente abrupta de lo terrenos y a su naturaleza poco estable, esa ruta está empero a tal punto inclinada, que se rueda y no se camina, llena como está, además, de indios, mulas y asnos, que ascienden y descienden sin cesar y entorpecen el camino. Llegué finalmente a La Paz. Fui perfectamente tratado en la aduana, donde el *Vista* no quiso revisarme nada. Fui a presentarme a la prefectura y a la policía, y luego quedé en

La Paz

59 La ciudad de La Paz está a 194 metros debajo del nivel del lago Titicaca. Como la pendiente es muy rápida de la columna del camino hasta el lago, se puede llevar la diferencia de nivel a 500 ó 600 metros por lo menos, lo que hace elevar en 800 metros la altura perpendicular de la área de la quebrada. Entre donde yo estaba y la ciudad, la distancia real era de más del doble.

libertad de movimientos. Desde Tacna había hecho reservar un alojamiento, adonde me dirigí. Pude acostarme, por fin, en una cama buena, y me sentí, empero, muy mal en un apartamento muy cerrado, habituado como estaba, desde hacía unos días, a vivir día y noche al aire libre. Casi añoraba el campo, que, desde hacía años, estaba más de acuerdo con mis preferencias que el ruido de las ciudades, y esa necesidad de someterme a todos los deberes de sociedad, de los que estaba emancipado en los desiertos. Por otra parte, esperaba hallar, en los habitantes de esa ciudad, la más rica de la República, algunos recursos intelectuales.

Estadía en La Paz

La noticia de mi llegada se difundió rápidamente. Era yo europeo y, además, traía la misión de investigar las producciones naturales del país. Era suficiente para que mi aparición constituyera un acontecimiento; y todos quisieron ver al *gran botánico francés*; así me llamaban, saludándome con el título de doctor[60]. Fui asaltado con preguntas de todo género. No viendo en mi misión más que el lado útil, me traían constantemente plantas, preguntándome cuáles eran sus virtudes medicinales. Cuando se trataba de plantas transportadas de Europa, podía, mal o bien, responder a las preguntas; pero las plantas indígenas me ponían en una situación embarazosa muy a menudo. En toda la República de Bolivia, un solo hombre, el doctor Bozo, el Dioscórides del país, cultivaba la botánica. Fui a verlo, y recorrimos juntos, durante algunos días, no sólo cierto lugares de los alrededores, sino también todos los jardines de la ciudad, donde volví a hallar la mayoría de las plantas de nuestras huertas, sobre las virtudes de cada una de las cuales él me hacía pronunciar una larga disertación, lo que me convirtió a la fuerza en botánico. Por desgracia, el doctor y yo no siempre nos entendíamos sobre el fondo de las cosas. Para él, las ciencias naturales consistían sólo en el empleo medicinal de las plantas y en el descubrimiento de metales preciosos. El resto le parecía objeto de simple curiosidad.

Como me sentía mucho mejor al descender de la meseta occidental sobre la meseta boliviana, creí no sufrir de la rarefacción del aire, pero no me suce-

60 En el país se llama *doctores* a los médicos y licenciados en derecho, a los teólogos y todos los eclesiásticos. Así resulta que más de la mitad de la población culta lleva ese título, lo que explica que me lo hayan discernido. Por lo demás, podía prevalecer sobre muchos de los que lo llevaban, sin comprometer mucho la reputación de la cofradía.

dió así en la ciudad de La Paz. Por las noches me sofocaba en mi habitación. Por las calles, en pendiente muy rápida, no podía ascender sin ser detenido cada diez pasos por palpitaciones y falta de respiración. Si me acaloraba al conversar, la palabra me faltaba de golpe; finalmente, invitado en algunas casas a tomar parte en la diversión general, me era imposible bailar dos vueltas seguidas sin tener que suspender ese ejercicio, sofocado por los mismos accidentes; y un día estuve a punto de sucumbir, por haber ido a pie a *los Obrages*, villorrio distante una legua, trayecto que debía hacer ascendiendo una pendiente muy rápida. Esa enfermedad duró todo el tiempo de mi primera estadía en La Paz. Las personas nacidas en el país no la sienten en lo más mínimo. Todos me aseguraron que terminaría por habituarme, y yo tuve personalmente la prueba, a mi regreso, tres años más tarde. Empero, no aconsejaría a las personas débiles del pecho someterse a esa prueba, la que, en mis viajes, fue lo que más me hizo sufrir.

La Paz en nada se parece a las otras ciudades americanas. Todas las que había visto hasta entonces se parecen, más o menos, a nuestras ciudades de Europa. Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago, Valparaíso, reciben demasiados extranjeros para que no sea así. Por lo demás, todo el mundo habla lenguas importadas, el portugués y el español; y la mayoría de la población es extranjera al suelo. En La Paz, por el contrario, más que hasta en Corrientes, no sólo la masa de la población es indígena y no habla más que la lengua primitiva, sino también domina el vestido nacional y se añade a un conjunto, si no de lo más pintoresco, por lo menos de lo más original.

He dicho que la ciudad está situada en el fondo de una quebrada, a ambos lados de un pequeño torrente. Está, en efecto, como encajonada; y de cada lado se alzan cuestas elevadas, muy abruptas, cuya desnudez y las masas de capas aluviales, de color renegrido, cortadas al oeste por pisos desgarrados al este, se ven desde casi todos los puntos de la ciudad, y están cubiertos, en todas las alturas, de casitas de indígenas, que contrastan con la aridez de las colinas. Al norte, contemplando de lado el origen de la quebrada, se ve la escarpadura, cubierta de cabañas, elevarse poco a poco hasta las altas montañas, donde, a tres leguas de distancia, en Chacaltaya, nace el Choqueyapu. Pocas dudas caben de que es una de las principales fuentes del Amazonas. Hasta allí, de cualquier lado que se dirijan las miradas, se detienen a corta distancia; pero si, por el contrario, se hunden en el fondo del valle, se ve gran número de montañas negruzcas, en medio de las cuales se pueden adivinar más que percibir los numerosos rodeos de la quebrada. El conjunto termina, a cinco leguas de distancia[61], con el Illimani, coronado de sus nieves.

Veintidós años después del descubrimiento del Perú por Francisco Pizarro[62] y seis meses después de la derrota y muerte de Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro[63], Pedro de la Gasca, convertido en amo del país y habiendo puesto fin a esa encarnizada tierra entre los partidos, quiso fundar una ciudad no lejos del lago Titicaca, a fin de terminar con los saqueos cometidos por los aventureros con los viajeros. Para perpetuar el recuerdo del completo restablecimiento de la paz después de tantos años de desorden, la llamó *Nuestra Señora de La Paz*[64]. Encargó a Alonso de Mendoza ser su fundador y jefe (*justicia mayor*). Este se dirigió al lugar, reunió a algunos de los principales capitanes, en el villorrio de Laja[65], donde, un año después, y precisamente en el aniversario de la famosa batalla de Huarinas[66] (20 de octubre de 1548), convocó a la primera reunión oficial, para hacerse reconocer y designar a las autoridades[67]. Tres días después, habiendo reconocido que la falta de recursos se oponía a la fundación de una ciudad en las mesetas, los jefes se dirigieron a la quebrada de Choqueyapu, al villorrio indígena de es nombre, lo eligieron como sede de la ciudad de La Paz y se establecieron allí provisoriamente. Habiendo debido sufrir mucho al principio por carencia de víveres, no pudieron comenzar a trazar las calles y la plaza hasta 1550, y recién en 1556 la Audiencia de Lima les permitió tomar (apoderarse) en Chucuito, de los indios para construir la iglesia y el cabildo[68].

---

61 Medía una base sobre la meseta arriba de la ciudad y hallé que uno de los lados del triángulo da la distancia indicada.

62 Garcilaso de la Vega, *Comentarios del Perú*, lib. I, cap, 10; Zárate, *Conquista del Perú*, lib. I, cap. 2, etc.

63 Zárate, lib. VII, cap. 6; Garcilaso de la Vega, lib. V, cap. 27, etc.

64 Garcilaso de la Vega, lib. VI, cap. 6, p. 362; Diego Hernández, lib. VI, cap. 93.

65 Ese villorrio, situado a diez leguas de La Paz, estaba, antes de la fundación de la ciudad, habitado por indígenas.

66 Garcilaso, lib. V, cap. 20; Diego Hernández, lib. II, cap. 79. En esa batalla las tropas reales fueron vencidas por Gonzalo Pizarro; hubo una horrible carnicería de españoles.

67 Una feliz casualidad me hizo poseedor del original de la recopilación de las resoluciones tomadas con motivo de la fundación de La Paz y de los decretos de las autoridades, desde el 20 de octubre de 1548 hasta 1562. Ese primer monumento (in folio muy grueso) presenta no sólo hechos históricos, sino también autógrafos de muchos de los principales capitanes de esa época. Esa primera reunión estuvo compuesta de Alonso de Mendoza, capitán de caballería en la batalla de Huarinas (Garcilaso, *Comentarios del Perú*, p. 302); de Juan de Vargas, capitán de Huarinas y tío de Garcilaso de la Vega (Garcilaso, op. cit., p. 301); de Martín de Olmos, igualmente capitán (Garcilaso, p. 290, 297, 430, 436, 437); de Francisco de Herrera Girón, de Francisco Barrio Nuebo, de Diego de Castilla, de Diego Alemán, de Hernando de Vargas (Garcilaso, p. 294) y de Francisco de Cámara.

El descubrimiento de los ricos campos de la provincia de Yungas[69], donde la coca crece naturalmente, y la certeza que los españoles adquirieron pronto de la riqueza del suelo, repleto de minas de oro[70], dieron un gran impulso al crecimiento de la ciudad naciente, que fue erigida en obispado en 1605[71]. Aunque sus minas no eran tan ricas como las de Potosí y de la provincia de Chayanta, su situación en el centro de la parte más poblada de indígenas, la vecindad de la provincia de Yungas, donde los brazos fueron útilmente empleados en el cultivo de la coca, y la proximidad del puerto natural de Arica, contribuyeron pronto a hacer de La Paz una de las ciudades más importantes del Virreinato de Lima, primero, y del de la Plata, después.

En medio de esa prosperidad de la ciudad naciente y de la tranquilidad de todo el Perú, la tiranía que ejercían los españoles contra los pobres indígenas estuvo a punto de producir la ruina de las ciudades de la meseta. En una colonia tan extensa y sobre todo tan alejada como el Perú de la sede del gobierno, era imposible que no se introdujeran abusos; y no podrían evitarse de que aumentaran diariamente a causa de la costumbre, de la impunidad, del interés personal de los mandatarios y principalmente de los subalternos, mucho más numerosos y siempre interesados en ocultar la verdad. Al convertirse en amos del Perú, de sus riquezas y sobre todo de su numerosa población indígena, los españoles, aunque mezclándose con ésta, se consideraron siempre una especie distinta de seres. Se sirvieron de los indígenas para toda suerte de cosas, los emplearon en los trabajos públicos más penosos, comprendiendo los de las minas, y los indios fueron sometidos a la esclavitud más rigurosa, hasta en casa

---

68 Estos últimos datos son extraídos del manuscrito que acabo de citar. Hay muchas reglamentaciones de Pedro de la Gasca respecto a los indígenas y que demuestran cabalmente el carácter noble y desinteresado de ese hombre extraordinario. En una, de 1549, prohibe cargar a los indios de los tambos (casas de parada en los caminos) y sobre todo robarles; en otra, de 1549, prohibe enviar a las miras de Potosí a los indios de La Paz y sus rebaños. Las cosas cambiaron tan pronto regresó la Gasca a España, en 1550, y se sancionaron de inmediato reglamentaciones completamente opuestas, tales como las de 1552, que ordenaban bajo pena de latigazos o exilio, a los negros libres elegir sus amos; y las de 1556, por las cuales se arrancó numerosos indios a sus familias, obligándolos a trasladarse a orillas del lago a construir la iglesia y el cabildo de La Paz.
Fue en esa misma época que todas las piedras talladas que pudieron ser transportadas fueron sacadas de los antiguos monumentos del Tiaguanaco y sirvieron para la construcción de las iglesias de La Paz y de los villorrios vecinos.

69 Los primeros establecimientos tuvieron lugar en 1550. (Del mismo manuscrito).

70 Se informó a la Audiencia de Lima por una carta oficial del 15 de enero de 1552 (Del mismo manuscrito).

71 *Iris de La Paz*, N° 2.

de algunos particulares. Los antiguos poseedores del suelo dejaron de poseer hasta la más insignificante porción. Fueron divididos en comunidades entre los grandes propietarios, a pesar de lo dicho por el virtuoso Las Casas a favor de los indígenas, y a pesar del gran número de leyes paternales, emanadas del Consejo de Castilla, para reprimir los excesos de esa banda de aventureros desenfrenados y hacer menos pesado a los indios el yugo de la servidumbre. Se vio que su estricto cumplimiento trajo desde la Conquista el asesinato de uno de los virreyes[72] por los primeros españoles, y que Pedro de la Gasca regresó a España sin poder obtener otra cosa que medidas momentáneas, que por lo general no produjeron efecto. En ese estado de cosas, los españoles se acostumbraron poco a poco a considerarse como señores y amos de los indígenas, nacidos para servirlos. Los hijos de éstos parecieron al principio habituados a esa tiranía de todos los instantes; pero las cargas aumentaron aún más con el número de españoles que partían cada año de la península para América, con el solo propósito de enriquecerse rápidamente y regresar luego a la Madre Patria, haciendo nacer poco a poco abusos de todo género, que no existían en un comienzo y que agriaron mucho los espíritus. Si, de un lado, los propietarios españoles fueron los colonos más humanos de todas las naciones, no sucedió lo mismo con los funcionarios, ansiosos de retornar a España. Los primeros eran amados de los indios, con los cuales vivían, por así decirlo, en familia, mientras que los otros sólo se ocupaban de exprimirlos de todas las maneras posibles. De allí provienen las principales motivos de queja de los indígenas: la *mita* y el *repartimiento*[73].

Muchos indígenas se quejaron. Su débil voz no llegaba hasta los jefes del gobierno, que, a causa de los informes interesados de los subalternos, consideraron

---

72 Blasco Núñez de Vela fue asesinado en 1546 por las tropas de Pizarro (Zárate, lib. V, cap. 31; Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales del Perú*, lib. IV, caps. 33, 34), por haber emancipado por completo a los indígenas, por cumplir las órdenes que recibió de España, y por haber arrebatado los indios a los principales jefes, que se los habían repartido como si fueran ganado.

73 Los españoles llamaban *mita* al trabajo en las minas. Todos los años se tiraban a la suerte, en todos los villorrios de indios, un determinado número de entre ellos, obligados a dirigirse a los lugares de explotación de las minas, donde debían trabajar un año por un pequeño salario. Al comienzo, no fueron muy explotados: recibieron casi la totalidad de lo que se les prometió, y la tarea que les fuera asignada, consistente en un peso determinado de mineral que debían conducir del fondo de la mina a la superficie, no estaba por encima de sus fuerzas; pero insensiblemente se introdujeron muchos abusos. Los agentes subalternos, siempre los más codiciosos, trataron de retener una parte de los cuatro reales (2 fr. 50 cent.) que era el salario diario de cada trabajador. Esos agentes poseían, además, almace-

esas justas quejas pruebas de rebelión, de una insubordinación criminal que castigaron severamente, en todos los lugares donde se manifestaron. Las cosas estaban en ese estado a fines del siglo pasado, época en que los indígenas hallaron finalmente algunas voces españolas que los apoyaron[74], sin ser, empero, lo suficiente poderosas como para obligar a reprimir los abusos. Entretanto, un verdadero descendiente de los Incas, don José Gabriel Túpac Amaru, cacique de Tungasuca, al reclamar una herencia que le correspondía legítimamente[75], tomó el partido de los oprimidos, levantó el estandarte de la rebelión, haciendo colgar, el 10 de noviembre de 1780, al corregidor de la provincia de Tinta[76]; luego marchó sobre el Cusco. Todos los indígenas de los villorrios se unieron pronto a Gabriel Túpac-Amaru, y su partido se fortificó tanto más cuanto que, en la provincia de Chayanta, otro indígena, Tomás Catari[77], se opuso por su parte a la mita. En poco tiempo el campo entero estuvo en armas y los indios, que creían poder emanciparse de la servidumbre, se unieron a Túpac Amaru y Catari.

Situada en el centro de la mayor población indígena, La Paz sufrió de ese conflicto más que todas las otras ciudades. Julián Apaza la asedió con el título

---

nes, donde todo se vendía más caro que en otras partes y donde obligaban a los indios a comprar sus ropas, haciendo aún más difícil la existencia de estos últimos. Por otra parte, la tarea primitiva nunca fue cambiada, y los hombres que al principio podían cumplirla, dada la profundidad de las galerías, no pudieron hacerlo más, sin la ayuda de todos los suyos, porque las dificultades crecían a medida que se cavaba el fondo de la tierra. Resultó así que el trabajo asignado a un solo hombre se convirtió en el de toda la familia, sin aumento de salario. Cuando la suerte designaba a un indígena, éste prefería la muerte. En efecto, estaba obligado a vender todo lo que poseía en ganado, como si no fuera a regresar más; y, con los ojos lleno de lágrimas, toda la familia abandonaba el suelo natal, para encaminarse hacia la mina, donde se ocupaba, noche y día, en extraer el mineral, no abandonando la galería más que el domingo. Allí, no pudiendo vivir con el salario insuficiente de un solo hombre, se endeudaba de tal manera que le era necesario, para librarse, un segundo año de trabajo, y a menudo, esa familia infortunada cuyos principales miembros morían de pena o de agotamiento, permanecía en la más profunda miseria, sin ropas y sin albergue, en los alrededores de Potosí.

El *repartimiento* constituía otro abuso. El último de los corregidores nombrado en un villorrio de indígenas, tenía por lo común la exclusividad del comercio. Obligaba a los indios a entregarle a vil precio los productos, a cambio de mercaderías cuyo valor él fijaba, impidiéndoles aprovechar hasta de su trabajo. (*Ensayo de la historia del Paraguay*, t. III, pág. 259, por Funes).

74 El padre Funes, op. cit., t. III, p. 263, cita al obispo de Cusco, don Francisco Campo de la Paz y a otras tres personas.

75 El marquesado de Oropesa. (Funes, op. cit., p. 262).

76 Funes, op. cit. p. 266.

77 *Ibidem*, p. 273.

de Túpac Catari, virrey. Rodeó a la ciudad con sus indios ciento nueve días seguidos[78], durante los cuales, valientemente defendida por don Sebastián de Segurola, fue presa de todos los sufrimientos imaginables. La tercera parte de la población cayó bajo el hierro enemigo o murió de hambre, y los habitantes, reducidos al último extremo, fueron finalmente socorridos por el general Flores; pero las tropas de este último fueron obligadas a acudir en defensa de Oruro, y La Paz fue de nuevo presa del hambre más cruel a causa del bloqueo que le hicieron Túpac Catari y Diego Gabriel Túpac Amaru, sucesor de su hermano, que los españoles hicieron morir de la manera más atroz[79]. Esos jefes indígenas, teniendo que cumplir una doble venganza, reiniciaron las hostilidades con más ardor que nunca. Apenas les quedaban fuerzas a los habitantes para acompañar a las tropas a buscar algunas plantas apropiadas para alimentarse. Tuvieron, en ese segundo asedio de noventa días, que luchar contra medios de ataques de los más extraordinarios de los indios. Estos, favorecidos por la inclinación del terreno, construyeron un inmenso dique[80], para detener al río muy arriba de la ciudad, y, en el instante que menos se esperaba, el peso de las aguas rompió la barrera y la ciudad fue de golpe invadida por un torrente, que precipitado con furia por una pendiente muy rápida, arrastró todo a su paso, los puentes, las casas, etc., provocando el espanto entre los habitantes bastan-

---

78 Durante ese bloqueo, y hasta durante la guerra, no contento con escribir día a día todos los hechos, don Sebastián Segurola reunió, en un registro especial, todos los informes y documentos relacionados con la rebelión de Túpac Amaru y de Túpac Catari. Ese registro, titulado *Libro de Anales y sucesos memorables de la ciudad de La Paz,* contiene no sólo hechos muy curiosos, sino también numerosas cartas de los jefes del partido indígena, que pueden arrojar alguna luz sobre el verdadero espíritu de la insurrección. Poseo ese monumento precioso de las últimas tentativas de los descendientes de los incas para recuperar su libertad.

79 El relato de la ejecución de Túpac Amaru hace estremecer de horror. Es uno de los hechos más bárbaros de la historia. Se arrastró a ese desdichado por tierra hasta el lugar del suplicio. Se degolló ante él a su mujer, sus hijos y todos sus parientes; luego el verdugo le arrancó la lengua; después fue, todavía vivo, descuartizado por cuatro caballos; y todo eso por haber osado elevar su voz contra la tiranía de los opresores de su patria. Es seguro que si, desde el origen de esa insurrección, los españoles hubieran prometido reformar algunos abusos, realmente intolerables, y que trajeron, más tarde, su completa expulsión de América, habrían evitado una lucha de tres años, a causa de la cual perecieron gran número de españoles, así como millares de indígenas.

80 Esa represa de agua tenía 50 metros de alto por 120 de ancho (man. cit.) Me mostraron todavía en La Paz enormes bloques de granito arrastrados por las aguas y que golpearon contra los puentes. El Diario de Segurola dice que el agua llegó en la ciudad a una altura de 20 varas (unos 17 metros).

te dichosos de escapar de ese flagelo destructor. Finalmente, tropas regulares a las órdenes de Reseguín, pusieron fin a las nuevas alarmas de La Paz y terminaron esa lucha con la captura de Túpac-Catari, que fue descuartizado, como lo había sido don José Gabriel Túpac-Amaru, y con muchas victorias sobre las últimas tropas indígenas, en la provincia de Yungas y de Sicasica.

Entonces la tranquilidad reinó en la zona circundante, hasta 1809, época en que la primera chispa de libertad, que partió de Chuquisaca, encendió pronto a todo el Perú, cuyas ciudades se convirtieron en el teatro de una guerra cruel entre dos partidos igualmente encarnizados. No sólo a los indígenas había que vencer. Eran los colonos unidos que esta vez tuvieron mejor suerte. Catorce años seguidos de guerra intestina asolaron a todo el Perú, y La Paz, como punto intermedio, sufrió mucho. Los europeos luchaban contra el espíritu de libertad de los descendientes de los antiguos españoles, que deseaban emanciparse del yugo de la península. Finalmente, después de mucha sangre derramada de una y otra parte, la disputa se decidió, en 1824, en la famosa batalla de Ayacucho. El partido de la independencia la ganó; el Alto Perú se convirtió en la República de Bolivia, y para eternizar ese recuerdo, la ciudad de La Paz recibió el nombre de *Paz de Ayacucho*, que lleva hoy. Después de tantos inconvenientes, la ciudad, aprovechando la paz general y el comercio extranjero, cicatrizó sus primeras heridas, y la prosperidad reemplazó momentáneamente a la anarquía[81].

La Paz está construida en anfiteatro de cada lado de la quebrada, pero casi todos los edificios públicos están a la orilla izquierda. Cuatro puentes de piedra, cosa rara en el país[82], unen los dos barrios, cuyas calles son tan rectas como lo permite la desigualdad del terreno. Unas, longitudinales al valle, son casi horizontales; otras, transversales, van ascendiendo, en una pendiente de lo más rápida. Casi todas están empedradas. En medio de casas sencillas, cubiertas de tejas, las más altas de las cuales poseen un piso provisto, en el frente, de balcones de madera, se distinguen quince iglesias más o menos vastas, que son: 1° el Sagrario o la Catedral, situada en la gran plaza; hermosa y vasta iglesia, por desgracia en parte desplomada, adornada en el frente con estatuas de basalto que representan ángeles con las alas abiertas, de una escultura bastante grosera, pero que presentan, sin embargo, un aspecto bastante rico; 2°

81 Cuenta hoy La Paz con 34.000 almas, la cuarta parte indígenas (*Iris de La Paz*, N° 2, p. 1.829).

82 En todo el país no hay puente sobre ninguno de los ríos cruzados por los grandes caminos. Si las aguas crecen, se espera a la orilla que bajen. En otros lugares se las cruza en maromas, colgadas en una cuerda sobre el precipicio.

San Pedro, ubicada a la orilla derecha, en un lugar completamente aislado de la ciudad y formando un verdadero arrabal; 3° San Sebastián y Santa Bárbara, a la orilla izquierda. Las otras iglesias están en dos colegios para hombres: uno secular (de ciencias y artes), y el otro eclesiástico; en un colegio de mujeres, el de educandas; en un hospital de pobres; en tres conventos de religiosos, el de San Francisco, cuya iglesia es la más hermosa de la ciudad, estando completamente construida de piedras de talla; el de la Merced y el de San Juan de Dios, con un hospital para hombres; en dos monasterios de religiosos, uno de carmelitas descalzos y el otro de la Concepción[83].

Hay en La Paz dos plazas. Una, la *Plaza Mayor* o gran plaza, está frente a la Catedral, en el centro de la ciudad. En el medio tiene una gran fuente de alabastro blanco de Verenguela, con un hermoso chorro de agua; las casas que la rodean están bastante bien construidas. La segunda, la *Plazuela* o pequeña plaza, está en un barrio alejado, igualmente frente a una iglesia. Esas plazas serían hermosas si, al ser empleadas como mercado, no estuvieran siempre cubiertas de todos los productos naturales e industriales de la región, extendidos simplemente sobre el suelo y obstruidas por indios de ambos sexos que van allí a vender o a comprar. La gran plaza se hallaba a algunos pasos de mi casa, y yo iba allí a menudo, a fin de observar al mismo tiempo a los indígenas y a las producciones de la zona. Es sabido que los mercados y otros lugares de reunión de hombres del pueblo son más apropiados que la sociedad de las ciudades para juzgar el conjunto de una nación.

En los primeros momentos de mi estadía no podía cansarme de contemplar a los indígenas; su aspecto me retrotraía a los primeros tiempos de la civilización de ese pueblo, cuyo vestido nacional reproduce, con poca diferencia, el de antes de la Conquista. Los aymaras puros van vestidos de telas negras; los mestizos usan colores distintos y sobre todo más vivos. Los hombres nada tienen de extraordinario: todos llevan los cabellos largos, cayendo en trenza por las espaldas, un calzón de lana que apenas llega a la rodilla[84], una camisa de lana (*ceahua*) por arriba; un poncho (*llacota*) que baja algo más que de la cintura; sobre la cabeza un sombrero de fieltro (*tanca*), de anchas alas; siempre

83 Ese gran número de campanarios, en relación con la población, parece característico de las ciudades fundadas por españoles. En La Paz, la población es de algo más de 30.000 almas, de donde resulta que hay una iglesia por cada 2.000 habitantes. Sí admitimos la misma proporción, París debía tener quinientas, en vez de treinta. La Paz no tiene, empero, tantas como Lima, donde llegan a cerca de doscientas. No hay que juzgar siempre la religión de un país por el número de sus iglesias: Lima se diferencia, a ese respecto, de la ciudad de La Paz.

84 El uso de ese calzón es anterior a la Conquista; las estatuas lo demuestran.

una bolsita (*chuspa*) colgando a un lado, donde depositan la coca; a menudo llevan una honda (*korahua*) de lana, que emplean con suma destreza. Sus piernas están desnudas y sólo calzan una especie de sandalias (*ojota*)[85], consistente en una simple suela, a la cual atan, a un costado, una correa que pasa por arriba, entre el dedo grueso, y atrás, por arriba del talón. Las mujeres tienen también las piernas desnudas y llevan asimismo sandalias. Usan, por encima de la camisa de tocuyo, muchas polleras de lana plegada (*urco*), colocadas unas sobre otras; es una señal de riqueza tener gran número de polleras, de donde resulta que algunas mujeres son tan anchas como altas. A la pollera se unen las piezas que suben del lado de la espalda y del pecho; esas piezas están unidas, adelante y a los lados, por dos grandes alfileres de plata, llamados *topo*[86]. En el cuello llevan una pieza de tejido (*isallo*) más corto, pero colocado como los echarpes de hoy en Francia. No sólo les sirve de adorno esa pieza, sino también les es útil para llevar en los hombros a sus hijos o cualquier otra carga. Un topo las une por delante. Los cabellos caen detrás de las espaldas en gran número de trencitas y la cabeza está cubierta de un inmenso sombrero de lo más original. Ese sombrero figura un círculo muy grande o un cuadrado de un diámetro a menudo igual a la mitad de la estatura de la persona que lo lleva. La parte superior es de género negro o de terciopelo; debajo está adornado de telas de seda de diversos colores. Ese tocado, llamado *montera*, es la parte del vestido que parece más rara y da un carácter particular al conjunto, tanto más cuanto destaca la pequeña estatura de quienes lo usan y la amplitud desmesurada de las polleras. Las mujeres de sangre indígena mezclada con española, llamadas *cholas*[87], usan igualmente grandes polleras, de colores y cubiertas de cintas, y esa parte del vestido existe en todas las clases medias de la sociedad. Las mujeres de esa clase reemplazan la montera por un sombrero de hombre, generalmente de fieltro blanco. En suma, el vestido adoptado a la temperatura fría del país nada tiene de seductor: impresiona por su originalidad, sin agradar de ninguna manera; no permite ningún gesto gracioso, ni elegante. Las mujeres ricas siguen de lejos las modas francesas; lo mismo sucede con los hombres quienes, empero, abandonan raramente la capa.

Si me asombró el vestido, no me asombró menos el idioma. Todo, el mundo habla el aymara[88], lengua primitiva del lugar. Los indígenas no conocen otro

---

85 Los indios dicen *Usutas*.

86 Esos topos eran muy grandes antes de la Conquista. Hoy se les da la forma de una cuchara. Es el adorno que los Incas, en sus conquistas, llevaron a los pueblos del sur. Ver parte histórica, tomo II.

87 Véase esos vestidos y los de los indios puros en las ilustraciones.

idioma; los mestizos agregan a duras penas un español poco comprensible y mezclado de aymara; y, en todas partes, en la vida social y en la intimidad, los habitantes lo hablan entre ellos, no sirviéndose del español más que con los extranjeros y en las reuniones de etiqueta. Nada más duro que ese lenguaje; y el que no es del país no puede llegar a pronunciarlo; es en su guturación y por sus consonantes cortadas todo lo que puede uno imaginarse de más desagradable[89], y muchos habitantes conservan, hasta en el español, un ligero acento a causa de la guturación del aymara. Esa lengua, que posee mucha semejanza con el quechua o lengua de los Incas, y que tal vez sea la fuente, es, según me han dicho los hombres instruidos del país, muy rica y llena de comparaciones ingeniosas, de figuras elegantes y sobre todo de variados términos para expresar las sensaciones. Por desgracia, durante mi corta estadía en los lugares donde se habla, sólo pude aprender algunas palabras, las más usuales, y no estando en condiciones de juzgar por mí mismo, los fragmentos que conseguí no me satisficieron completamente. No siendo el español comprendido más que por algunas personas de la sociedad, no podía hacerme entender en el campo más que por un intérprete.

No sólo mis visitas al mercado me permitieron obtener algunas especies de animales interesantes, sino también me dieron una idea exacta de los productos de los alrededores. No me sorprendió ver reunidos los productos y las frutas de todas las regiones a la vez. Mientras que de un lado gran número de indígenas de las mesetas elevadas traen gran variedad de papas deliciosas, de raíces de oxalis (*oca*), de quínoa y de chuño, los habitantes del valle exhiben no lejos, unos, todas nuestras legumbres, otros, todas nuestras frutas, al lado de uvas suculentas, de excelentes bananas (*plátanos*), de ananás (*piñas*), de aguacates (*papayas*), de chirimoyas y de otras frutas de la zona tórrida, provenientes de la provincia de Yungas y del bajo del valle. Hay, en efecto, pocos países en el mundo que, en un radio de seis a diez leguas a lo sumo, tengan productos tan variados. Arriba de la ciudad se van a buscar hielos naturales para quienes los usan. Algo más abajo, antes de descender a la quebrada, el frío es tan riguroso que los cereales no fructifican y el suelo sólo puede servir para pastoreo; mientras que en el valle, hasta los jardines de la ciudad presentan, en toda

88 Véase Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymara*, impreso en 1612, en Juli, pequeño villorrio de la meseta de los Andes. Esa obra es muy rara.

89 El cura de Palca (Perú), conversando conmigo de esa guturación, me dijo: *Es cierto: estos indios son muy griegos*. Esa expresión, de muy frecuente uso entre los españoles y entre los colonos de las regiones donde no se habla más que las lenguas indígenas, tiene su origen en la idea generalizada de que el griego, que no conocen, es un idioma muy duro.

estación, nuestras legumbres[90], nuestras frutas[91] en medio de campos de trigo cargados de grandes espigas. Algo más abajo, en los Obrajes, la vegetación es activa, las quintas son de lo más hermosas. Si se desciende aún mas, se hallan las colinas cubiertas de magníficas viñas que dan un vino del mejor. Más lejos, se llega a los campos de caña de azúcar y hasta a la temperatura del cacao. La Paz no es sólo rica en vegetales. La inmensa superficie de los pastos de la meseta que la domina, alimenta numerosas ovejas, llamas y alpacas, que suministran en abundancia y a muy bajo precio uno de los alimentos de primera necesidad, de donde resulta que desde cualquier punto de vista, La Paz es una ciudad plena de recursos. Otro género de producciones naturales no es menos favorecido, el de las minas. Antes de la Conquista, ese valle, habitado por los indígenas, se llamaba Choquehapu (el campo de oro)[92], por el metal en pepitas que los indígenas recogían por doquier. Mucho tiempo después de la fundación de la ciudad, cuando las calles no estaban empedradas, se recogían todavía, después de la lluvia, partículas del precioso metal, y el fondo del río, hasta bajo el puente, las ofrece aún hoy. Actualmente, muchas explotaciones están en plena actividad, y en Poto Poto, a la entrada de la ciudad, los propietarios sacan todas las semanas algunas libras de oro, del lavado de los terrenos de aluvión. Las famosas minas de oro de Tipuani dependen del departamento, y sus ricos productos son llevados a La Paz.

A esos elementos de prosperidad, se unen en la ciudad muchos otros. Como la más cercana al puerto de Arica, recibe gran cantidad de mercaderías, que pasan luego a las provincias vecinas, convirtiéndose así en un centro de comercio con el extranjero. Es también el depósito general de los vinos y aguardientes de los valles de Moquegua, Arequipa y Puno, recibiendo al mismo tiempo (y es la fuente de su mayor riqueza) los productos de sus provincias de Caupolicán, Larecaja, Muñecas, Yungas y Sicasica, que consiste sobre todo en coca, artículos de primera necesidad para los indígenas y de lo más fructuoso para las aduanas[93], a causa de los derechos enormes con que es cargado. Esas provincias también proporcionan a La Paz azúcar, café, excelente cacao y mucha corteza de quinina, que procura retornos ventajosos a las mulas que llegan con mercaderías del puerto. En presencia de tantas riquezas naturales, uno

90 Tales como la lechuga, el repollo, los guisantes, las habas, las habichuelas, las alcachofas, las cebollas, las zanahorias, los rábanos, etc.

91 Cerezas, ciruelas, fresas, manzanas, etc.

92 De *Choque*, oro, y de *Hapu* o *Haco*, campo, parte cultivada.

93 Según *El Iris de La Paz*, N° 2, 25 de junio de 1829, la ciudad de La Paz produce al Estado la suma de 124.000 pesos o 620.000 francos.

puede preguntarse hasta qué punto será floreciente el porvenir de esa capital si la industria aprovecha esos productos actuales o los que todavía podrán aparecer. Si el genio manufacturero, desarrollado en el país, se apropia de esos inmensos recursos, se verá levantarse, a la vez, toda clase de fábricas de telas, seda, lana, lino o algodón que se recogen o pueden recogerse en los alrededores mismos; y La Paz, hoy tributaria del extranjero en todos esos objetos de primera necesidad, no sólo se bastaría a sí misma, sino que también podría exportarlos a gran número de lugares de América, mucho menos favorecidos por la naturaleza; en tanto que, en la actualidad, no tiene, en explotación, más que algunas fábricas de sombreros de fieltro bastante buenos. Una fábrica de paños establecida en los Obrajes por los españoles y abandonada durante la guerra, no ha podido ser puesta de nuevo en actividad, en los pocos años que dura la paz en la República. Esperamos que ese estado de cosas no durará más y que los paceños, comprendiendo sus verdaderos intereses, atraerán a los extranjeros, que les ayudarán a afrontar esas reformas cuya necesidad ya sienten perfectamente, puesto que han fundado una escuela de ciencias y artes. Por desgracia, la teoría no les bastará; les hace falta una aplicación razonada.

El clima de La Paz es muy peculiar y, sin embargo, bastante sano. Su gran elevación sobre el nivel del mar (3.717 metros), aunque está cerca del 16° de latitud sur[94], es decir en la zona tórrida, le da una temperatura muy poco elevada. Hace menos frío y mucho menos calor que en París. Hiela casi todas las noches, pero el sol es lo bastante fuerte como para calentar durante el día. Las estaciones son poco marcadas por el termómetro, que se mantiene casi uniforme; más marcadas lo son por las lluvias. Ocho o nueve meses seguidos el cielo está sin nubes, y se experimenta tal sequía que todo se hace árido. Los tres o cuatro meses restantes, de noviembre a febrero, cae frecuentemente granizo; entonces, sólo entonces, es decir en verano, las nubes se elevan lo bastante para pasar sobre la cadena oriental de los Andes; forman tempestades en los valles, y la lluvia o el granizo cae torrencialmente. Es en esa época cuando las montañas vecinas se cubren de nuevas nieves. Las jornadas son bastante calurosas; pero las tardes y las noches son muy frías; por eso no se abandona la capa durante todo el año.

Algunos días después de mi llegada fui a ver la Alameda o paseo público, situada a la orilla derecha de la quebrada. Vista la desigualdad del suelo, su construcción debió costar enormes sumas. Es una hermosa y vasta terraza que domina algo el fondo de la quebrada, cuyas tierras son retenidas por los

94 Por 16°30". *Connaissance des temps*, 1837, p. 37. Observaciones de Pentland.

murallones. Está plantada de hileras de manzanos y cerezos. En el extremo se ve un pórtico bastante sencillo. Ese lugar, como muchos otros, ha sufrido de la guerra, porque los colombianos dejaron allí sus caballos y tuvieron pocos escrúpulos en derribar los árboles; pero, desde 1828, la policía se ocupa de su conservación y de mejorarla todos los años. Hallé poca gente en relación a su extensión; sin embargo, ese paseo brinda una hermosa vista sobre los campos cultivados del valle; y la vista se detiene con placer en la masa imponente del Illimani, que cierra el cuadro. Seguí a los paseantes. Ellos me condujeron al extremo de la Alameda, y de allí al juego de pelota, donde los jóvenes ejercitan sus fuerzas y muestran su destreza. Al proseguir mi excursión, descendí al fondo de la quebrada, para estudiar, desde el punto de vista geológico, las pequeñas barrancas que veía a poca distancia. Al examinarlas, observé a un indio que llevaba, no sin mucho trabajo, una arcilla grasosa en medio de capas de cantos rodados. Creí que era para hacer alfarería, pero una persona que me acompañaba me aseguró que esa arcilla sirve de alimento a los indígenas y que se vende con ese fin en los mercados; recogí muestras y comprobé más tarde la exactitud de esa afirmación. A los aymaras les gusta mucho y la emplean para sazonar la comida, mezclándola especialmente con papas. Esa arcilla, de la cual daré el análisis en la parte geológica, contiene mucho sílice; los aymaras no la comen por necesidad, como lo hacen los otomacos[95], puesto que tienen carne y legumbres en abundancia. El aprecio que tienen por ella no es más que la consecuencia de esos gustos depravados de ciertos niños o mujeres enfermas[96], que terminan por morir víctimas del uso exclusivo de ese alimento. Los habitantes de La Paz hacen de ella un objeto de lujo en sus mesas, que buscan y pagan bastante caro[97].

Vi una tarde pasar un convoy fúnebre, e impresionado por los gritos y llantos que llegaban a mi oído, creí al principio que el difunto debió ser muy amado y muy respetado en la región; pero, al acercarme, vi que los concurrentes españoles permanecían mudos, mientras que cierto número de indias, que acompañaban el cadáver, eran las únicas que lloraban o por lo menos hacían como que lloraban; y me sentí más impresionado por los chillidos que enter-

95 Humboldt (*Voyage aux régiones équinoxiales*, t. VIII, p. 287 y sig.) dice que los Otomacos se alimentan de ella casi exclusivamente dos meses al año.

96 Vi, sobre todo en Santa Cruz de la Sierra, muchos niños con ese hábito, que casi siempre los conduce a la tumba.

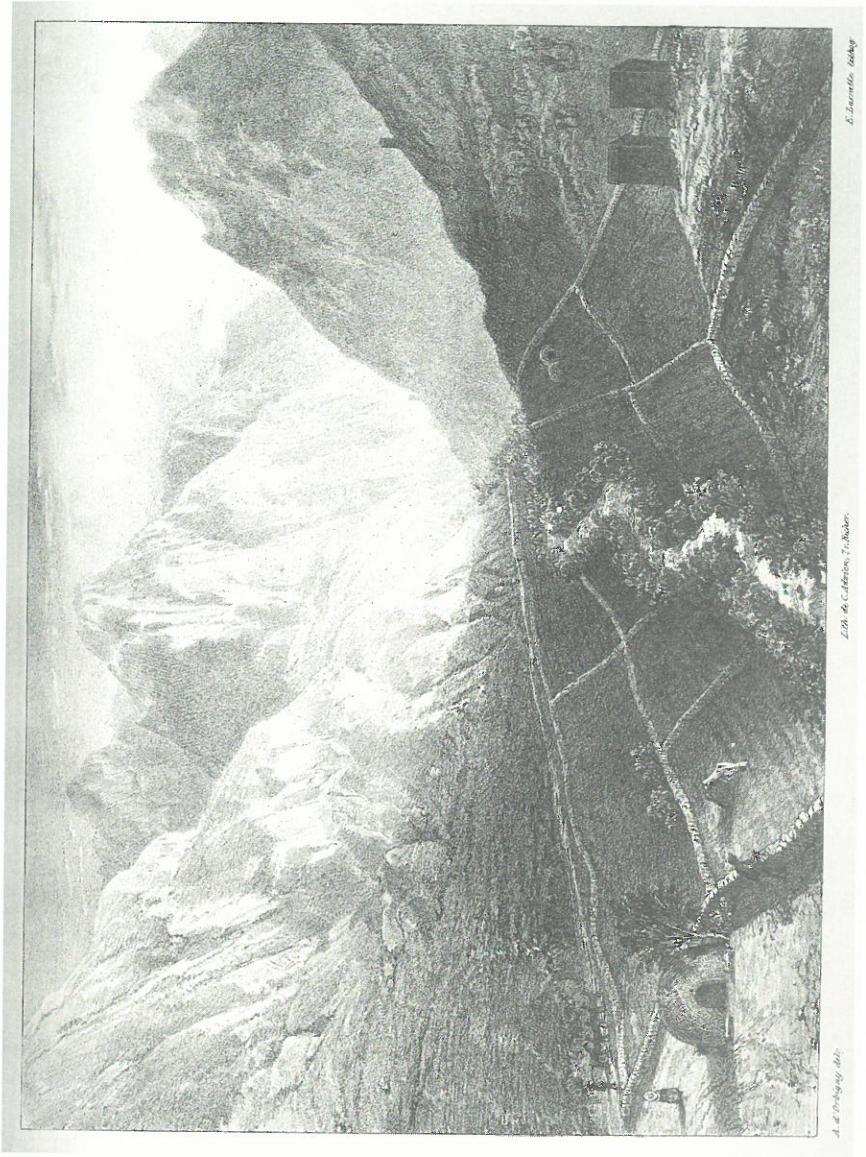
97 Ese gusto de los aymaras paceños por la tierra es tanto más original cuanto que hasta el presente sólo se manifiesta en las regiones muy cálidas, mientras que la elevación de La Paz puede hacerla considerar una región fría o a lo sumo templada.

necido por el llanto. Como en ciertas provincias de Italia, se supone que se siente tanto más la pérdida de una persona querida cuanto mayor cantidad de llorones se lleva a su entierro; sólo que esa demostración no es cara en La Paz: basta distribuir a las indias algo de coca para hacerlas llorar, gemir y sollozar, hasta aturdir a los espectadores.

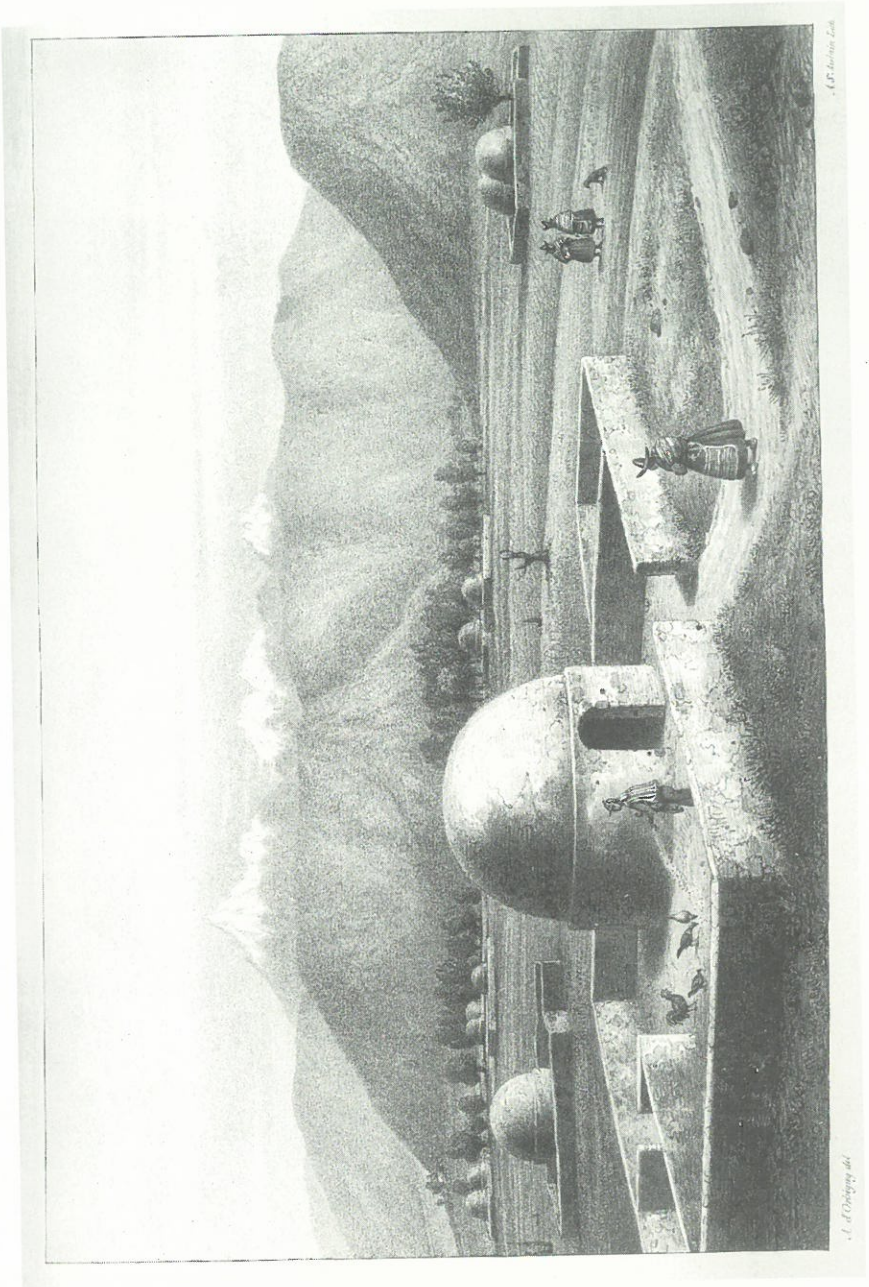
En un circo construido al efecto, hay todos los domingos muchas riñas de gallos, a las cuales asisten y por los cuales apuestan gran número de personas. En Buenos Aires, donde se libran también esos combates, se limitan a animar a los contendientes, dejándoles sus armas naturales, sus espolones y sus picos; pero en La Paz y en toda Bolivia, donde ese juego está muy en boga, se ata a la pata de los gallos una lanceta de acero muy cortante y de treinta a treinta y cinco centímetros de largo, con la cual los dos gladiadores emplumados se hacen por lo común grandes heridas, cuando no se matan en el lugar. Jugadores consumados, designados jueces por la policía, deciden la victoria, mientras los hombres que hacen el negocio presentan a los gallos, los irritan largo tiempo uno contra el otro, antes que soltarlos. Nada más curioso que el aire de importancia que afectan los jueces y el silencio que reina en la sala cuando los combatientes son librados a sí mismos. Se sigue ansiosamente con la mirada sus menores movimientos, como si se tratara del resultado de una gran batalla; y el primero que se da vuelta y abandona la partida, sea a causa de heridas, sea por falta de coraje, hace perder a los que apostaron a su favor. Sumas muy importantes son a menudo apostadas en esa especie de juego, y los jugadores no temen hacer venir gallos de Inglaterra, donde esa diversión todavía existe. Se paga por ellos hasta mil francos, cuando su origen es conocido y cuando han logrado varias victorias.

En el tiempo de los Incas, todos los años, en los equinoccios de septiembre y mayo, se celebraba con pompa la gran fiesta del sol, llamada *Raymi*[98]. Entonces no sólo en el Cusco, sino también en todas la, provincias, los vasallos se dirigían en gran numero junto a sus jefes (*curacas*) y se divertían nueve días seguidos[99], durante los cuales bandas de indígenas cantaban y bailaban, disfrazados cada uno a su manera y más o menos adornados de plumas. Después de la llegada de los españoles, los religiosos demasiado hábiles para no aprovechar ese medio de atraer al pueblo, no prohibieron esos bailes y disfraces; se limitaron a cambiar su aplicación. No se bailó más delante de los Incas, sino delante de las procesiones, en la fiesta (*Santísimo corpus*), el día *de la Cruz*, en

98 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*: lib. II, cap. 20, p. 96; cap. 22, p. 61.
99 Garcilazo de la Vega, op. cit., lib. VI. cap. 23, p. 200; cap. 20, p. 96.



Una vista del Barranco de Palca, camino de La Paz a Tacna.



Una vivienda de los indios quechuas en Cochabamba.

la de San Juan, en la de San Pedro, en cada gran fiesta del catolicismo, y los indígenas pasaron, por decirlo así, sin darse cuenta, de una religión a otra. Debiendo tener lugar tres de esas fiestas en junio, me regocijé por adelantado de poder, al asistir a su celebración, describirlas, seguro de hallar reunidos el mayor número de indígenas.

9 de junio

La víspera de la fiesta del Santísimo Corpus, oí en mi casa la misma música de tamboriles y flautas que me impresionó en el valle de Corocoro, con la diferencia de que ocho o diez bandas diferentes ejecutaban al mismo tiempo y separadamente, sin acorde de medida y de tono, lo que producía la más horrible disonancia. Fue tan fuerte el ruido durante toda la noche que no pude dormir. Fui por la mañana a la plaza vecina, donde me asombró el conjunto burlesco de los disfraces de cada batida de danzantes y la originalidad de ese vestido. Unos tenían en la cabeza un armazón de plumas de avestruz tan alto como sus cuerpos; otros llevaban una máscara enorme, que sostenían levantando el brazo. Cada banda, compuesta de ocho a diez individuos, estaba formada de seis a ocho músicos y de dos bailarines. Los músicos tenían en la mano izquierda sea una flauta de tres agujeros, sea flautas de Pan de diversas octavas, mientras que, con la derecha, golpeaban acompasadamente sobre un tamboril chato y ancho, colgado del lado izquierdo. Con esos instrumentos formaban acordes, o mejor dicho, cada uno ejecutaba una nota; y del conjunto de esos sonidos, sobre diversas octavas, resultaban aires monótonos y tristes. Los músicos de una de esas bandas llevaban sobre la cabeza una enorme corona formada de plumas de avestruz, y los bailarines estaban vestidos con trajes de arlequín. Otro grupo se componía de hombres disfrazados de mujeres, con un inmenso bonete adornado de espejos y plumas de los más vivos colores, sacadas a los más brillantes pájaros de las regiones cálidas. Los miembros de una tercera banda se distinguían por un bonete chino, adornado de cintas y plumas coloreadas. Esos indígenas, en el momento de la procesión, bailaban delante de los palios y de los magníficos altares levantados en las cuatro esquinas de la plaza y cargados de gran número de vasos y adornos de oro y plata. Los indígenas bailaron y tocaron así sin descanso tres noches y dos días. No podía concebir cómo resistían semejante fatiga. El jueves siguiente, día de la octava, las danzas recomenzaron. El 24, día de San Juan Bautista, dieron vuelta a la Plazuela. Los indígenas desplegaron mayor lujo en sus vestidos, pero nada fue comparable a lo que vi el 29, en la fiesta de San Pedro, que tuvo lugar en el arrabal habitado sólo por los indios. Además de los disfraces burlescos, había muchos que reproducían los recuerdos a ellos caros y se hacían con las ropas transmitidas,

sin duda, de padres a hijos, desde los Incas[100]. Es sabido que el cóndor o gran buitre de los Andes era reverenciado por los antiguos pueblos de la meseta y entre los Incas, como lo testimonian esos pórticos monolíticos de Tiaguanaco, de los que hablaré más tarde, y que lo representan en todas partes. Su veneración por ese pájaro tenía por causa que, como se acerca al sol, lo consideraban su mensajero. Lo volví a ver jugando en la fiesta de San Pedro un papel análogo al que jugaba antes en la fiesta del sol[101]. Un indio llevaba la piel rodeándole el cuerpo, de manera que la cabeza entraba sobre la suya, y los brazos del hombre estaban atados a las alas, que se desplegaban a cada movimiento, como si volaran.

Un gran círculo de indígenas atrajo mi atención. En medio se destacaba un descendiente de los Incas, o, por lo menos, uno de los grandes *curacas* (caciques) de los alrededores. Llevaba un manto de terciopelo negro y encima una cota de malla de tela negra, donde brillaba, en el pecho, un gran sol de oro; sobre las espaldas[102] y sobre las rodillas se veía una figura humana también de oro. Su cabeza estaba adornada de una diadema de oro, donde brillaban hermosas plumas y un pájaro colgando, con las alas abiertas, como tratando de picotear la cabeza antes de volar. Ese personaje tenía en la mano una varilla muy larga coronada de flores de plata. Otros dos personajes, revestidos de la misma manera, pero algo menos lujosa, le mostraban la mayor diferencia. Había además, como acompañamiento, tres pajes engalanados con un gran tahalí colgado del cuello, y dos portaestandartes llevando una bandera a cuadros blancos, amarillos, rojos, azules y verdes. A mi llegada, los indios, respetuosamente agrupados alrededor de esos personajes, les ofrecían oficiosamente de beber, lo que hicieron múltiples veces. Los seguí después hacia los alares de las esquinas de la plaza, frente a los cuales los tres Incas bajaron sus varillas y se inclinaron, mientras los portaestandartes agitaban, en todo sentido, sus banderas, en señal de saludo. Esas vestimentas, esas ceremonias, me parecía que evocaban antiguos recuerdos históricos todavía caros al pueblo esclavizado, y me detuve en ellas con placer; pero me resultaba penoso observar, al mismo

---

100 Véanse algunos en las ilustraciones.

101 Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VI, cap. 20, p. 196.

102 Ese adorno ha sido, seguidamente, transmitido de siglo en siglo, desde los tiempos más remotos de la civilización de los aymaras, es decir, mucho antes del establecimiento del reinado de los Incas. Lo demuestra habérselo hallado en todas las estatuas de esa época que están en el Tiaguanaco. Es curioso ver ciertas costumbres perpetuarse durante más de ocho siglos, en el recuerdo de un pueblo, a través de tantas calamidades y bajo un yugo tan duro.

tiempo, el chocante contraste de las risas de desprecio de algunos de los asistentes españoles.

Asombrará tal vez el gran número de fiestas y esa costumbre de los bailes indígenas. Es uno de esos abusos que no puede reprimirse. He dicho que, para atraer más fácilmente a los indígenas a la religión católica, los jesuitas y otros eclesiásticos esclarecidos aplicaron, en las fiestas del cristianismo, los bailes religiosos de los incas, concesión de alta política; pero, más tarde, esas fiestas se multiplicaron a tal punto y se hicieron tan obligatorias para los indígenas por las exigencias de los curas de aldea interesados en conservarlas, que constituyen hoy uno de los más fuertes impuestos con que esos desdichados son gravados. Un jefe de familia aymara debe haber necesariamente, una o dos veces en su vida, ostentado el título de *alferes* o jefe de una de esas fiestas. Ahorra con trabajo, durante largos años, privándose de todo para reunir los fondos necesarios para el alquiler de la ropa, la compra de las bebidas y el pago de los derechos que exige la iglesia; y, por lo general, tal indio, después de haber gozado de esa felicidad, se halla, por el resto de sus días, reducido a la más profunda miseria.

24 de junio

La tarde del 24 de junio me brindó un espectáculo muy imponente. Introducida en América por los españoles la antigua costumbre de celebrar la fiesta de San Juan por medio de hogueras, debía fácilmente encontrar imitadores en los indígenas. Estos, que habitan las alturas, en los flancos de la quebrada de La Paz, se complacieron en transportar combustibles a todos los lugares poco accesibles; y, como por encanto, en el mismo instante, la profunda oscuridad de la quebrada fue reemplazada por centenares de fogatas, que proyectaban una viva luz sobre los objetos circundantes y producían el efecto más pintoresco.

A mi llegada a La Paz, me apresuré a escribir a Su Excelencia el Gran Mariscal don Andrés Santa Cruz, presidente de la República de Bolivia, enviándole las preciosas recomendaciones de que era portador, y aguardaba su respuesta, antes de abandonar la ciudad. Ella me llegó pronto y me colmó de gozo. El Presidente me brindaba toda su protección[103], hasta dinero, si tenía necesidad, y me proponía dos jóvenes del país para acompañarme y un oficial del ejército para hacerme respetar.

---

103 He aquí la carta:
Cochabamba, junio 10 de 1830.
Muy señor mío,
He tenido el gusto de recibir la apreciable carta de Ud. de 30 de mayo y las recomendaciones que Ud. me incluye de personas a quienes deseo complacer. Ya había sabido yo, por

Le respondí testimoniándole todo mi reconocimiento por esos generosos ofrecimientos, que me permitirían ejecutar mis proyectos, haciéndome posible recorrer fructuosamente la República de Bolivia, lo que no habría podido hacer con mis recursos personales. Como nada me retenía ya en La Paz, me dispuse a pasar a la vertiente oriental de los Andes, a la provincia de Yungas, apenas conocida de nombre por los europeos y de la que se referían tantas maravillas.

---

mis amigos, que Ud. se dirigía a Bolivia, y lo deseaba ciertamente, porque teniendo una positiva estimación por los hombres de genio, me era agradable poder concurrir a los viajes de que Ud. está encargado tengan un buen resultado, y hagan conocer las producciones de este país, que hasta ahora ha sido casi ignorado en el mundo.

La más grande recomendación con que Ud. se presenta cerca de mí, es la de estar encargado de objetos tan útiles al comercio y a las artes, por lo que yo estoy demasiado dispuesto a emplear todo el influjo del gobierno en favor de sus trabajos, y en este mismo correo hago mis prevenciones al Prefecto de ese departamento; pero sería bien que se dirigiese Ud. formalmente al ministerio solicitando la concurrencia del gobierno. Entonces se podrán tomar algunas medidas en obsequio de su comodidad y se le hará acompañar con un oficial del ejército, y un par de jóvenes del país para que le hagan sociedad en las soledades adonde se dirige. Si a más de esto necesita Ud. algunos auxilios pecuniarios o de otro género para concluir su empresa, puede Ud. indicármelos seguro de que el gobierno de Bolivia tiene la mejor disposición para prestarse a tan útiles objetos.

Este país posee grandes riquezas, principalmente en los reinos mineral y vegetal, y los descubrimientos que se hagan puedan dar un impulso rápido a la industria. Por el viaje, que acabo de hacer, y por los demás informes que he recibido, los puntos más a propósito son las provincias de Caupolicán y Yungas, y la de Moxos en Santa Cruz, y en fin toda la montaña colocada al pie de los Andes. Allí encontrará Ud. la naturaleza salvaje en toda su fecundidad y un excelente teatro.

Por lo demás yo doy a Ud. las gracias por los cumplimientos que me dirige y quiero aprovechar esta ocasión para ofrecerle las particulares consideraciones con que soy su afectísimo y atento servidor.

Santa Cruz.

CAPÍTULO XXVI

Viaje a las provincias de Yungas, Sicasica, de Ayopaya, en la ladera oriental de Los Andes bolivianos

Viaje a la provincia de Yungas

El 17 de julio al amanecer estaba ya preparado; pero tuve, no sin viva impaciencia, que aguardar hasta las dos las mulas que debían transportarme; y, seguido de numerosas personas, que me hicieron el honor de acompañarme algunas leguas, abandoné finalmente la ciudad de La Paz.

Pasé a un cuarto de legua del villorrio de Potopoto, situado en una quebrada que cruza terrenos de aluvión. Ese villorrio, que había visitado muchas veces, está rodeado de campos de trigo y jardines; su quebrada es célebre, a justo título, por el oro que en ella se recoge. Ese precioso metal, que ha provocado, sin duda, antiguas catástrofes del globo, se halla como en Tipoani, en pepitas por lo general bastante grandes[1], diseminadas en los aluviones, que se lavan para extraerlas. El primer villorrio que encontré luego es *Los Obrages*[2] distante una legua de La Paz. Allí poseen los propietarios ricos sus casas de campo y sus quintas de frutales. En efecto, el villorrio de Los Obrages está totalmente plantado de quintas que contienen todas las frutas de Europa y contrastan con la aridez de las

7 de julio

1 He visto esas pepitas, de seis a ocho onzas de peso, mezcladas a muchos pequeños cantos rodados. El propietario de esa explotación retira, todas las semanas, algunas libras de oro.

2 El nombre de *Los Obrages* proviene de una fábrica de paño que se estableció y de la que hoy sólo quedan las ruinas.

tierras vecinas. Marchando por los campos de trigo del fondo de la torrentera, pasé por una quebrada que desciende de la cordillera, y comencé a remontar por la orilla izquierda hasta el caserío de Calacote[3], donde me detuve a pasar la noche, rodeado de numerosas chacras de cereales y en un lugar tan parecido a Francia, que habría podido creerme transportado a los departamentos del Rhône o de Ardèche.

Al día siguiente, a poca distancia de Calacote, remontando hacia la montaña, una de mis mulas dio un mal paso y se rompió una pierna. Ese accidente, que estuvo a punto de detenerme, fue por suerte rápidamente reparado. Vimos en los alrededores, junto a una cabaña de indios, una bestia de carga; mi arriero quiso apoderarse de ella por la fuerza. La india a quien pertenecía vino hacia mí llorando y lanzando grandes gritos. Traté primero de apaciguarla con promesas: no quería saber nada y lloraba siempre. Pensando que el temor de que no le pagáramos fuera la causa, le di un peso. Nunca vi un cambio tan súbito. No sólo esa mujer secó sus lágrimas, sino que se puso de inmediato a reír, y se mostró lo mejor dispuesta a acompañarme a Palca, donde debía entregarle su mula.

Las montañas vecinas presentan el aspecto más raro. Como están compuestas de capas de aluvión, las lluvias las surcan profundamente en todos los sentidos, y dejan pirámides cónicas, puntas agudas, torres o troneras, cuyo conjunto tiene, en su severidad, algo de muy pintoresco, de muy grandioso; y contrasta con los valles completamente cultivados, uno de los cuales tiene, a la derecha, el villorrio de Opaña. Marchando sobre cantos rodados, y por una senda muy mala, llegué a la cima de una colina, de donde vi, por última vez, a La Paz. Enfrente, debajo mío, apareció la profunda quebrada de

las Animas, y a la izquierda se levantaban montañas de aluvión de lo más desgarradas. Hay que descender por caminos horribles, llenos de bloques rodados de asperón, y pasar sucesivamente por muchas quebradas, hasta el lecho que las reúne a todas. Allí se ofreció a mis ojos otro espectáculo. El fondo del torrente sirve de camino; corta, en ese lugar, masas de asperón y de pudingas de la época diluviana, de algunos centenares de metros de altura y cuyas paredes perpendiculares se elevan como altas murallas, del aspecto más salvaje. En ese estrecho abismo, que sigue más de un cuarto de legua, donde el sol sólo llega a mediodía, se destacan los accidentes que las aguas producen en las

3 He dado más arriba la explicación de ese nombre. Aquí proviene de la misma causa; las montañas vecinas presentan un montón de piedras rodadas, que permanecen en forma cónica.

montañas vecinas, pero con formas más variadas y sobre todo más extraordinarias. Flechas o torres de gran altura, generalmente formadas por una gran piedra, amenazan a cada paso derrumbarse sobre la cabeza del viajero, pareciendo sostenerse sólo por encanto; y su desnudez, su color rojizo, la variedad de sus formas, cautivan la atención obligando a admirarlas. Al salir de esa hendidura, volví a ver con placer el campo. Ascendí una pequeña colina, y vi la gran barriada de Palca, fin del viaje del día.

Palca, Yungas
19 de julio

La falta de medios de transporte me retuvo un día en Palca. No me incomodó, en ningún aspecto, porque deseaba tener una idea de las producciones de esa región elevada de los Andes; por eso consagré la jornada a estudiar los alrededores desde el punto de vista geológico, zoológico y botánico. Por la tarde, en una colina que se levanta a la orilla izquierda, junto a una cabaña de indígenas, tomé dos vistas conjuntas, una del valle en dirección de los Andes, la otra de la iglesia, de sus murallas y de las montañas de asperón de transición de que ella está dominada. Palca, situada a tres leguas de la cumbre de los Andes y uno de los mayores caseríos de la provincia de Yungas, puesto que contiene unas dos mil almas, está ubicada a los dos lados del valle. Esa barriada, exclusivamente habitada por indios pastores, se compone de casitas de planta baja, la mayoría cubiertas de cañas, construidas sin orden a orillas del arroyo o sobre las colinas, a diversas alturas. La iglesia es bastante grande; por dentro son notables sus pinturas groseras, entre las cuales se destacan, alrededor de los doce apóstoles, los adornos más burlescos; por fuera, está rodeada de un vasto cerco, cuyas paredes, formadas de pequeños arcos, están provistas, en las cuatro esquinas, de una capilla, y en el medio, de cada lado, de una gran puerta de entrada. El campanario, que se levanta en uno de los lados del cerco, está completamente aislado de la iglesia, disposición original que es poco habitual en todos los villorrios de indígenas de las mesetas altas. El valle de Palca está completamente desprovisto de aspectos pintorescos; apenas se ven algunos zarzales junto al arroyo o cactus en las colinas. El resto se compone de altas montañas en forma de mamelones, cubiertas de algunas gramíneas o presentando el asperón al desnudo. La naturaleza está aún intacta; y, a excepción de algunos campitos de papas, que como pedazos aparte se destacan sobre el césped de las montañas, todos los alrededores, aún vírgenes, sólo son frecuentados por los pastores. Desde allí las montañas se elevan poco a poco hasta las nieves eternas que coronan a los Andes.

Al día siguiente, partiendo a las seis de la mañana, ascendí lentamente el valle de Palca, siguiendo la marcha pesada de mis mulas de carga. Caminé

primero dos leguas y media sobre las cuestas de la orilla derecha del torrente, viendo a esa naturaleza triste serlo cada vez más, a medida que me elevaba. Al llegar al extremo del valle, en el lugar llamado Ojacucho, mi guía se detuvo un instante, para hacer descansar a las mulas, antes de ascender el último piso que nos separaba de la cima. Estaba rodeado de montañas secas, donde la roca se ocultaba en ciertos lugares sea bajo algunos fragmentos de césped, sea bajo las nieves eternas. Un silencio solemne reinaba en todos lados, no siendo esas regiones salvajes y heladas frecuentadas ni siquiera por el pájaro viajero. El guanaco o ágil ciervo de los Andes, la gamuza o el camello de esas comarcas, sólo recorren las montañas vecinas, que el pastor montañés teme a veces abordar. El último tramo que me faltaba franquear no era el más fácil: era una cuesta de lo más rápida, que era necesario ascender por un sendero apenas trazado sobre las laderas al desnudo de una montaña granítica, cuyas hendiduras estaban llenas de hielo. Después de haberme detenido más de veinte veces, a causa de la rarefacción del aire, vi la cruz y la apacheta de la cresta, que me indicaban que íbamos a llegar al punto culminante de nuestra ascensión.

9 de agosto

Al llegar a la cumbre de los Andes, la admiración pudo más que el sufrimiento que me causó el frío penetrante que me dominaba, y me hizo olvidar los efectos penosos de la rarefacción del aire.[4] Estaba a tal punto encandilado por la majestuosidad del cuadro, que no vi en un comienzo más que la inmensa extensión, sin poder distinguir los detalles. La vista del Tacora me sorprendió; la del conjunto de la meseta boliviana me asombró; ésta, por sus contrastes, me encantó. No era la montaña nevada que creí percibir; no era esa vasta meseta sin nubes y sin vegetación activa. Todo esto era distinto. Al volverme del lado de La Paz vi todavía las montañas áridas y ese cielo azul siempre tan puro, característico de las mesetas. En el nivel donde me hallaba, había por todas partes cimas cubiertas de nieve y hielos, pero, hacia Yungas, ¡qué contraste! Hasta quinientos o seiscientos metros por debajo de mí, montañas cubiertas de una rica alfombra verde de pasto, bajo un cielo puro y sereno. A ese nivel, una vasta cortina de nubes blanquecinas parecían un vasto mar que batía los flancos de las montañas, y sobre las cuales los picos más elevados se destacaban y representaban islotes. Debajo de esa zona, último límite de la vegetación activa[5], cuando

4 Ese lugar, a juzgar por la altura de los lugares circundantes y el límite de las nieves, es el paso más alto de Bolivia y se halla a unos 5.000 metros sobre el nivel del mar.

5 El conjunto de montañas de esa latitud presenta tres climas completamente distintos, determinados por los vientos reinantes y las barreras que le oponen las diversas cadenas.

las nubes se entreabrían, distinguía, a una profundidad inconmensurable, el verde azulado intenso de los bosques vírgenes, que revisten todas las partes del suelo más accidentado del mundo. Dichoso al hallarme rodeado de una naturaleza tan distinta de la que me había ofrecido la ladera occidental y las mesetas de la cordillera, antes de sumergirse bajo esa bóveda de nubes, quise planear un momento arriba de la región de las tempestades. Empero, mis guías me obligaron a abandonar ese lugar, diciéndome que nos habíamos detenido demasiado y que infaliblemente la noche nos cogería en camino, observación que no me impidió recoger muchas plantas interesantes[6] de esa elevada región.

El sendero serpenteaba, por una pendiente de lo más abrupta, sobre granitos en descomposición; ese suelo poco sólido, con frecuencia abarrancado por las lluvias estivales, había obligado a construir en todas partes verdaderos escalones hechos de esquistos, sobre los cuales las aguas superiores corrían lentamente y presentaban un obstáculo más al viajero, obligado a descender así tres o cuatro leguas hasta el caserío de Tajesi. Este, compuesto de una veintena de casas habitadas por pastores, es el último límite de la vida pastoril. A un cuarto de legua debajo, me hallé en la zona de nubes que me envolvieron de golpe, y vi, al mismo tiempo, el comienzo de una vegetación activa. No sabría expresar el placer que me hizo experimentar ese aire cálido y húmedo que se eleva del fondo de los valles, ese perfume de mil flores confundidas que me llegaba, dilatando mi pecho oprimido durante tanto tiempo por el aire seco y enrarecido de las mesetas. El agua límpida y fresca, después de una sed de lo más ardiente, no produce más gozo del que yo experimentaba al respirar; es menester, es cierto, pasar por la misma prueba para apreciar esa sensación, que saboreaba en toda su fuerza. Pasé a la vertiente derecha de la quebrada y con-

---

1° En la provincia de Yungas, y sobre toda la ladera oriental de los Andes, hay nubes siempre, o incluso durante nueve meses del año, que no franquean un límite determinado, detenidas por las montañas. Resultan así lluvias casi continuas y la más hermosa vegetación del mundo. 2° Sobre las mesetas no se muestra una nube durante nueve meses del año; pero al llegar el verano las nubes de la ladera oriental se elevan un poco, y algunas franquean las montañas y pasan sobre las mesetas; entonces frecuentes tormentas, casi diarias, y por así decirlo a hora fija, vierten (hacia las tres) torrentes de lluvia o de granizo, y hacen brotar una vegetación pobre y achaparrada. 3° Esas nubes son detenidas por la cordillera occidental, y así resulta que ninguna pasa a la ladera del oeste, donde, como nunca llueve, sólo existe una vegetación artificial. Así, la ladera occidental, donde nunca llueve; las mesetas, donde llueve tres meses, al año; y la ladera oriental, donde llueve siempre, son las tres zonas bien definidas que existen en los trópicos, en Bolivia y el Perú.

6 La vegetación sólo se compone de plantas que no superan el nivel del suelo, tales como algunas malváceas, valerianas, geranios y violetas de tronco leñoso.

tinué por la mitad de la cuesta, siempre descendiendo los mismos escalones, por un camino horrible. A cada paso se desplegaba una vegetación lujuriosa. Experimentaba una sensación deliciosa, embriagándome con el perfume de las flores, cuyos colores resplandecientes presentaban sucesivamente una mezcla del púrpura más brillante, de azul y de oro, que se concertaban tan bien con el follaje verde intenso; al contemplar esos ligeros pájaros-moscas[7] que comenzaban a aparecer a cortejarlas; esos pájaros emblemas de la inconstancia, que, semejantes a mariposas, no se fijan nunca, o revolotean de flor en flor, sin al parecer preferir a ninguna. Todo, hasta los árboles, cambiaba de naturaleza. No eran más esos troncos lisos de nuestras regiones de Europa, sino troncos cuyas partes se cubrían de plantas parásitas de formas variadas, cada una de las cuales en particular ofrecía un jardín botánico entero. Comencé, finalmente, a sentir las dulces influencias de las regiones tropicales húmedas.

Demasiado preocupado por lo que me rodeaba, demasiado exclusivamente entregado a las diversas impresiones de la jornada, no me di cuenta de que el sol había desaparecido detrás de las montañas, olvidando que, en esas regiones donde el crepúsculo no existe, la noche, no la noche clara de las mesetas, sino la más oscura, la noche de la zona de las nubes, sucede de inmediato al día. La belleza de la naturaleza me había, en cierta manera, ocultado los espantosos caminos que seguía y los peligros de esa ruta sembrada de precipicios, donde el menor paso en falso de la mula sobre los escalones rápidos y poco regulares, siempre mojados por el agua, podía precipitarme a cuatrocientos o quinientos metros de profundidad en el torrente que oía rugir, o romperme las piernas contra las rocas en las cuales había sido cavado el estrecho sendero. Todos estos inconvenientes, a los cuales no les asignaba la menor importancia durante el día, aumentaron con la oscuridad. Creí más prudente poner pie en tierra y conducir a un animal por la brida; pero no viendo por dónde andar, unas veces patinaba por los escalones y caía sobre las piedras, otras veces estaba a punto de rodar por el precipicio, feliz de poder asirme de los árboles y de salir a salvo a costa de fuertes contusiones o algunos rasguños. No podía, empero, quedarme en el camino; me era necesario seguir a mi gente, que estaba algo más adelante. Comencé a desesperar de salir alguna vez de esa ruta infernal, dominado por la sed, el hambre y la fatiga, cuando, hacia las ocho, vi a lo lejos una luz que, reanimando mi valor, me dio fuerzas para alcanzarla. Era el

---

7 Maté, en ese lugar, una encantadora especie negra, con bonita mancha blanca. *Orthorhynchus pamela*. Nob.

pequeño caserío de Cajapi, donde nadie quiso recibirnos. Fuimos muy afortunados al hallar los restos de un galpón, bajo el cual mis hombres se instalaron para pasar la noche; y la poca amabilidad de los vecinos indígenas nos hizo permanecer hasta las once de la noche sin comer, no habiendo ingerido alimentos desde las seis de la mañana.

Lo confortable de mi habitación no me predispuso a permanecer en el lecho. Por lo demás, podía ser indiferente a la primera mañana pasada en una región tan distinta de las tristes mesetas, cuando esa mañana, en los trópicos, es el momento más delicioso del día, el momento en que las flores se abren, exhalando sus suaves perfumes; el momento en que los pájaros, tan vivamente coloreados, recorren el follaje y cantan sus amores; el momento en que toda la naturaleza despierta, la naturaleza más animada. El amanecer me vio en el campo, donde pronto el sol lanzó sus rayos. Allí, a pesar del intenso rocío de la mañana, ascendía la colina, o contemplaba ese rico valle, cuyas partes, cubiertas de una hermosa vegetación, ofrecen un conjunto de lo más variado, que reposa deliciosamente la vista a la que seduce. Allí, olvidando las fatigas de la víspera, todo me cautivaba, me interesaba al último extremo, desde el árbol gigantesco, cuya cumbre se eleva hasta los cielos, hasta el humilde musgo, que pisaba a cada paso. Todos los seres eran igualmente nuevos para mí; por eso, no sabiendo a cuál dar la preferencia, me cargaba sucesivamente de plantas, corría tras un brillante insecto o cazaba los numerosos pájaros que veía. Sería necesario ser muy indiferente para no sentir el encanto que puede hacer experimentar y la exaltación que inspira la primera jornada en medio de una naturaleza tan nueva, tan variada y sobre todo tan rica en aspectos. Esas montañas húmedas, bajo la zona tórrida, no se parecen en nada a nuestros hermosos valles boscosos de Suiza o de los Pirineos. En estos últimos, todo es pintoresco; pero, ¿pueden compararse esos uniformes bosques de negros abetos, donde el mismo color, el mismo follaje se observa en todas partes, a la mezcolanza de bosques vírgenes de las montañas de Yungas, donde el color es tan variado como el follaje de los árboles, donde los contrastes más intensos se muestran constantemente, sea en la forma de elegantes hojas acuchilladas, enteras, o cortadas a lo ancho, sea en el color brillante de las flores que allí se entrelazan? En nuestros países, el hombre puede a veces ayudar a la naturaleza y embellecerla; aquí, apenas toca un lugar, la belleza del paisaje desaparece, y las plantas que alinea no podrían, de ninguna manera, rivalizar con las que crecen naturalmente en esos lugares, donde se diría que ellas saben distribuirse, para lograr el cuadro más seductor.

Seis leguas me separaban todavía de Yanacaché, primer caserío de Yungas. Hice gran parte del trayecto a pie, para ver mejor y recoger más cosas. Atrave-

sé muchos torrentes por puentes de ramas y crucé dos aldeas, la de Pongo y la de Chojla. En este último lugar, a orillas del agua rugiente, que se precipita con estrépito en medio de bloques graníticos desprendidos de la cumbre de los Andes, permanecí algunos instantes en contemplación. Aún más hermosa que la que había visto sobre las colinas, la vegetación estaba sobre todo adornada de magníficos helechos arborescentes, cuyos penachos, tan elegantemente cortados, caían como sombrilla alrededor de su copa. Esos helechos me recordaron involuntariamente el acueducto del Corcovado, cerca de Río de Janeiro, donde los vi por primera vez. La proximidad de las aguas había atraído gran número de pájaros, unos más brillantes que otros, cuyos cantos animaban aún más el paisaje y me atraían poderosamente. Tomé la orilla izquierda del Río Chacjro; y, por escalones semejantes a los de la víspera, en un pequeño sendero trazado, sea ascendiendo, sea descendiendo, en medio del bosque y de quebradas escarpadas, caminé a media altura de la montaña por un suelo de lo más desigual, donde de un lado dominaba el torrente de algunos centenares de metros, y del otro, se elevaban murallones escarpados, tallados casi perpendicularmente. Deteniéndome a cada paso, empleé tan bien mi jornada en el trayecto, que fue ya al caer la noche que llegué al caserío, donde, a la vista de mi pasaporte, fui acogido lo mejor posible por el alcalde y el cura, y pronto, instalado bajo techo, estuve como en mi casa.

Yanacaché, así como todos los lugares habitados de esa parte de Bolivia, fue construido en la cumbre de una cresta aguda, para librar a los habitantes de la humedad excesiva. Es un gran burgo, que, habitado sólo por indios agricultores, no presenta nada de notable; la iglesia es pequeña; las casas, a causa de la desigualdad del suelo, están muy mal alineadas. Los alrededores son realmente admirables por la vista de las montañas boscosas y por los torrentes que corren en el fondo de los valles. Todo está tallado allí en gran escala, tanto las montañas como los valles que las separan: las primeras son, como lo expresa perfectamente la palabra española

Cuchilla[8] que les aplican los habitantes, un verdadero filo, sobre el cual apenas hay algunos metros de ancho, donde se dividen ambas pendientes. Estas, tan abruptas y a tal punto inclinadas, que a menudo partes enteras del suelo se desprenden y ruedan hasta abajo, muestran al desnudo un esquisto azul en las capas, diversamente inclinadas, formando, por su levantamiento, masas elevadas, a menudo unos mil metros por encima de los torrentes.

---

8 *Cuchilla* proviene de *cuchillo*, que designa particularmente las crestas cortantes de las montañas.

Cinco días seguidos el eco de los alrededores repitió los tiros de fusil que mis hombres dirigían a la gente alada de esas montañas. Esos pobres pájaros, tan confiados, que el indígena jamás molesta, aprendieron por primera vez a conocer el miedo. Eran tan poco desconfiados, habían sufrido tan poco el efecto de las armas, que, todos asombrados, los que eran respetados por el plomo mortal, permanecían todavía en el mismo lugar, sin huir del cazador. Muy diferente de los indios cazadores aún salvajes, el indio aymara deja desarrollarse todo a su alrededor; se ocupa de los seres que lo rodean para protegerlos y nunca para molestarlos. De ahí proviene la mayor familiaridad de los pájaros de esas comarcas, que a menudo, a menos de un metro de distancia, se creen en perfecta seguridad. ¡Qué diferencia con nuestros países poblados, donde actualmente el más pequeño pájaro huye del hombre tan pronto como lo ve, como el mayor enemigo de su descanso! Esa tranquilidad de los seres les permite multiplicarse de tal manera que los campos, los jardines, los bosques están repletos de un número considerable de bandadas de diversas especies, viviendo cada uno a su gusto, recorriendo incesantemente las montañas y hallando todos un alimento abundante y fácil.

Mi estadía en Yanacaché fue perfectamente empleada en ver, observar, siempre entusiasmado de todo lo que encontraba. Debí, empero, distraerme a menudo de mis ocupaciones favoritas por las preguntas sin número que me dirigían los habitantes, por la absoluta necesidad de ir a visitar algunos enfermos y por Santiago, fiesta del lugar, que me retuvo mucho tiempo. Durante esta fiesta, los indios, disfrazados y engalanados de plumas de todos los colores, bailaron tres días y tres noches seguidas sin parar, ejecutando una música análoga a aquélla de que he hablado en mi descripción de las fiestas de San Juan y del Corpus de La Paz.

El 26 abandoné Yanacaché, para dirigirme a *Chupé*. Volví a seguir a pie por el sendero a mitad de la montaña, y siempre descendiendo por un camino de lo más penoso, en medio del bosque, encontré en varios puntos cabañas de indígenas, junto a hermosos campos de bananos, maíz y coca. Chupé está igualmente situada en la cumbre de la continuación de la misma cresta de montaña y rodeada de campos cultivados. Fui perfectamente recibido por las autoridades, que me señalaron, de inmediato, una casa vacía, donde me instalé. El alojamiento que me dieron estaba, como todos los de la provincia, compuesto de dos pisos. El bajo, destinado a las bestias de carga, nunca se ocupa, sólo lo es el segundo; y esto para sentir menos la humedad de esas regiones, donde las nubes, constantemente detenidas por los cerros, dan casi todos los días lluvias abundantes. Una terrible tormenta estalló la segunda noche de mi llegada y

debí mantenerme constantemente de pie para preservar mis colecciones de los torrentes que el techo, en muy mal estado, dejaba penetrar por todas partes.

La casa que me habían prestado estaba situada en el extremo inferior del villorrio y tan cerca de la cima de la cresta, que de un lado (al sur) al borde del camino, dominaba sobre el Río de Chacjro, y se veían más allá muchos afluentes, que, por grados, descendían de las altas montañas todas boscosas y del más alegre aspecto. Del lado opuesto, al norte, por una gran abertura sin ventana, de la especie de granero poco sólido que habitaba, tenía, en primer plano, un espacio en desorden, donde los más bellos naranjos, de ocho a diez metros de alto, están, en todo tiempo, cargados de flores y frutos, y constantemente cortejados por numerosos pájaros moscas; al lado se veían muchos aguacates (papayos), de aspecto pintoresco, junto a numerosos bananos, de follaje elegante. Mas allá, no se veía al comienzo nada, porque la pendiente de lo más rápida de la montaña me ocultaba las cuestas e incluso el Río Chupé, que corre abajo; pero, del otro lado de ese torrente rápido, a una legua más o menos, tenía también, en anfiteatro, la montaña opuesta con sus bosques sombríos, donde la abrupta pendiente, en dirección de las capas de roca, me brindaba el más bello ejemplo del deslizamiento de una gran extensión de bosques que, descendiendo hasta el torrente, dejaba al desnudo un esquisto azul. Hablo de la disposición de la casa que ocupaba, porque durante tres días seguidos, 27, 28 y 29 de julio, mientras, en mi patria, una crisis política ocupaba todos los espíritus, durante esas tres memorables jornadas, que, bajo los rayos de un sol ardiente, cambiaron de golpe los destinos de Francia, una lluvia continua me retuvo constantemente en mi habitación. Cuando, cansado de escribir, impaciente por mi inacción, contemplaba el campo, mi vista seguía con melancolía esos jirones de nubes blanquecinas, que se elevaban lentamente desde el fondo de los valles, largo tiempo detenidas por los bosques, sobre los cuales se destacaban tan pintorescamente. Las veía sucederse unas a otras en diversas alturas, y a menudo, cuando llegaban a la cumbre, nos envolvían por completo, de tal suerte que los objetos no podían distinguirse a algunos pasos. Interrumpido otras veces por los chillidos de la cotorra parlera, del papagayo hablador, o el ligero zumbido del picaflor, veía a esos pájaros sobre los naranjos, mis vecinos, y entonces, desde mi ventana, me permitía, a mi vez, turbar su reposo, pensando en mi patria, donde podrían figurar un día; en mi patria, donde, en esos días de reclusión forzosa, la querida imagen aparecía en mis recuerdos, sin que supiera si las circunstancias me permitirían volverla a ver.

El 1 de agosto, después de haber aprovechado todos los instantes para recorrer los alrededores, dejé Chupé, a fin de dirigirme al villorrio de Chirca,

distante cinco leguas. Luego de esperar, como de ordinario, hasta el mediodía, la llegada de las bestias de carga, me puse en camino con un tiempo cargado de neblina y humedad. Descendí rápidamente, describiendo zigzags sin número, hasta el pie de la montaña, donde hallé la confluencia de los ríos Chacjro y Chupé. El río continúa con el primer nombre; es célebre, en ese lugar, por la fiebre, intermitente o *terciana*, que ataca casi infaliblemente[9]. El sendero es encantador y poco en relación con los peligros que oculta; sigue por la orilla del torrente, bajo una bóveda natural formada por los más hermosos árboles, entre los cuales noté y dibujé una palmera[10] muy original, cuyas hojas están formadas de hojuelas divididas en grupos y todas truncas en las extremidades, presentando a la vez un aspecto de lo más notable y de lo más elegante. Volví a ver con el mismo interés esa mimosa de hojas acuchilladas (el curupaï de los guaraníes)[11], que, en la provincia de Corrientes, se explota con tanto éxito en las curtiembres. Era un antiguo conocido que me agradaba volver a encontrar en medio de esa región, tan distinta, por sus montañas, a las márgenes del Paraná. A la orilla derecha del río, crucé dos afluentes poco provistos de agua y me hallé al pie de una colina abrupta que debía ascender, por senderos horribles, antes de llegar a Chirca, situada en la cima de la montaña; hermoso burgo, más grande, más poblado y mejor construido que los de Yanacaché y de Chupé. El tiempo era muy malo y los alrededores no presentaban esa hermosa vegetación de mis dos últimas estaciones; por eso decidí no instalarme en Chirca. Me quedé, empero, demasiado tiempo, puesto que por la noche fui asaltado y cruelmente atormentado por un insecto muy conocido de los habitantes de esos lugares, bajo el nombre de *vinchuca*[12].

1 de agosto

Chirca presenta uno de los panoramas más hermosos de la provincia. Domina, a gran altura, al Río Chacjro, cuyo valle, de lo más boscoso, se desarrolla a lo lejos en contornos graciosos y se pierde en lontananza. A la orilla

---

9 Este lugar, así como muchos otros de la provincia, es muy conocido por esa molesta afección, que impera en todo tiempo, pero más particularmente en el mes de diciembre hasta el de marzo. Casi todos los habitantes son atacados por ella. Los rostros flacos y amarillos de los indígenas, o sus vientres prominentes, indican los terribles efectos de esas fiebres, que diezman anualmente a la población indígena y criolla. Estas fiebres, ignoradas o renovadas, terminan por provocar obstrucciones que matan a los enfermos.

10 *Martinezia truncata*. Brongn.

11 En Yungas se la llama *Chirca*. Ese árbol da, sin duda, su nombre al burgo de *Chirca*, donde es en efecto muy común.

12 La *vinchuca* es una gran chinche, de dos o tres centímetros de largo, que vive en los techos de las casas y por la noche se deja caer sobre las personas y las pica horriblemente. Cada picadura causa fuerte dolor, que se siente durante mucho tiempo.

opuesta se muestran los dos grandes burgos de Milluhualla y Coripata; el primero tan próximo que con un anteojo se ven a los habitantes; el segundo, a dos o tres leguas de distancia, a lo sumo: los dos a mitad de la pendiente, en una posición tanto más pintoresca cuanto que todas las colinas de los alrededores están cubiertas, aquí y allí, a todas las alturas, en medio del bosque, de numerosas chacras cultivadas, con sus campos de coca divididos, a causa de la desigualdad del suelo, por gradas construidas con piedra seca, como los peldaños de una escalera. Esa disposición de las partes altas de los bosques vírgenes para la agricultura local, presenta un aspecto original, muy notable, que contrasta con el conjunto severo del paisaje.

2 de agosto

Chulumani, capital de la provincia, está a tres leguas de Chirca. Me dirigí hacia allí con un tiempo muy malo. Subí primero por encima del burgo, siguiendo una colina desde donde Chirca se ve sobre un montículo aislado, a media altura de una montaña cuyas pendientes recorrí, viendo, de tanto en tanto, hermosas *haciendas* (chacras) dedicadas al cultivo de la coca, o atravesando bosques en los que cada quebrada está cubierta con toda la lujuria de esa rica vegetación tropical. Dos leguas más allá, comencé a descender de nuevo por caminos entonces tanto más difíciles cuanto la lluvia desprendía los esquistos en descomposición de que está formado el suelo, y a cada paso mi mula y yo estábamos a punto de rodar hasta la base de la colina. Llegué así a Chulumani. El gobernador estaba ausente. Fui, empero, muy bien recibido e instalado en un local perteneciente al gobierno.

Mis colecciones eran ya demasiado numerosas para que pudieran ser transportadas conmigo y debí permanecer en Chulumani el tiempo necesario para ponerlas en orden, tomar notas y enviarlas a La Paz. Lo hice con tanto más placer cuanto que diariamente descubría nuevos objetos y completaba mis nociones generales sobre el conjunto de la provincia más renombrada de toda la República de Bolivia, y, sin duda alguna, una de las más interesantes, en muchos aspectos. Permanecí, pues, en Chulumani y sus alrededores veintidós días seguidos, durante los cuales trabajé con una actividad que estimulaba el vivo deseo de volver a emprender pronto mi viaje.

Chulumani, capital de la provincia de Yungas[13], no es empero una ciudad: es un gran burgo, situado a media altura de la montaña, cuyas calles son

13 Los indígenas llaman *Yungas*, en la lengua aymara, a los valles muy cálidos y muy húmedos, favorables al cultivo de la coca; y esa denominación se ha generalizado entre los habitantes; así se llaman hoy *Yungas de la Palma*, los bosques húmedos del norte de Cochabamba y muchos otros lugares que se hallan en las mismas condiciones.

bastante disparejas, las casas mal construidas y donde nada es notable. Desde que se le quiso dar importancia, se comenzó la construcción de una vasta iglesia, destinada a reemplazar una de pobre apariencia. Sin embargo, si por sí mismo el burgo de Chulumani es poca cosa, no sucede lo mismo con los alrededores, que son realmente admirables. Adosada al extremo de un cerro, se descubre al norte, enfrente, la cadena Virgen de San Isidro; y debajo la magnífica quebrada de San Martín, donde el hombre todavía no ha fijado su morada; al oeste, cumbres boscosas; al sur, gran número de cadenas de colinas, que, con sus bosques hasta ahora respetados, descienden de la cordillera. Al este, el paisaje se anima más. La vista franquea las montañas que ocultan profundos torrentes; se ve primero, a poca distancia, sobre la segunda cadena, las primeras casas de Ocovaya; luego, en lontananza, en la cumbre de una gran montaña boscosa, la ciudad de Lanza o de Irupana, que aparece en su integridad. De la pieza donde trabajaba, tenía constantemente ante los ojos esa última vista, y me complací en dibujarla sobre el papel con todas las casas de Chulumani que tenía al alcance de mi vista[14]. No sólo podrá esa vista dar una idea del conjunto del paisaje, sino también establecerá en forma relativa las construcciones del país, que copié fielmente, sin embellecerlas.

El suelo de los alrededores es de lo más desigual. Los paseos brindan, a cada paso, puntos de vista nuevos e interesantes; pero son de lo más difíciles, puesto que es menester constantemente ascender y descender por pendientes de lo más abruptas, abriéndose un camino en medio de los bosques, o siguiendo senderos trazados que conducen a los puntos ocupados por la agricultura, a las *haciendas* o granjas del país. En éstas, por lo general muy pintorescas y dominando las quebradas, se cultiva sobre todo maíz, para la alimentación de los habitantes, y coca, como producto de venta. Es, al mismo tiempo, el principal comercio de la provincia y la gran riqueza del departamento de La Paz. Me dediqué sobre todo a conocer ese género de explotación y a seguir con detenimiento todo lo que se relaciona con esa planta tan renombrada en el país y que ha sido motivo de tantos escritos desde la conquista de América[15].

---

14 Véase ilustración de la página 1150.

15 La *coca*, o mejor dicho *cuca*, de acuerdo a la pronunciación de los indios, reemplaza, en el Perú, al betel de la India. Es el *Erythroxylon peruvionum* de los botánicos, pequeño arbolillo que llega a tener 3 ó 4 metros de alto, y cuyas hojas ovales, alternadas, lisas, están marcadas con tres nervaduras longitudinales. La flor, que aparece en mayo, es pequeña y blanquecina. Célebre en la época de los Incas, estaba entonces reservada para la familia real o sus protegidos (Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, p. 108); pero, después de esa época, el uso se ha generalizado tanto que constituye la rama más lucrativa de la agri-

La provincia de Yungas estaba habitada desde antes de la Conquista de América, lo que me ha sido demostrado por los restos de antiguas tumbas, pero no se dedicó al cultivo de la coca hasta la mitad del siglo XVI, y desde

---

cultura local. La coca sólo crece en los lugares cálidos, muy húmedos y muy boscosos, que se llaman *yungas*, sobre todo en la ladera oriental de los Andes, del Perú y Bolivia. Se eligen en esas regiones los lugares más húmedos; se derriban los árboles y se construyen con piedras secas pequeñas murallas que sirven para retener las tierras en los terrenos en pendiente; y allí, por gradas muy altas, se siembra o se planta la coca. Se siembra a veces en el lugar en diciembre y enero, o se hacen semilleros que se trasplantan un año después. Este método parece preferible. En todos los casos, sólo se hace la cosecha de hojas al segundo año de las plantaciones.

Cuando la hoja se endurece, se la cosecha, lo que se llama *mita*. Se hacen tres o cuatro cosechas al año. Se sacan las hojas una a una, con el mayor cuidado, para no perjudicar a la planta. Se las lleva a plataformas empedradas, dispuestas a ese efecto, donde se secan parcialmente; demasiado sol no vale nada y se prefieren los días nublados. Cuando las hojas están en ese estado conveniente, se las lleva a los depósitos, donde se acaban de secar; luego se hacen pequeños *sestos*, que se entregan al comercio.

El consumo de la coca es general. Los indios la llevan siempre en un bolsita (*chuspa*) que tienen colgada del lado izquierdo. Es para ellos un objeto de primera necesidad. Sin coca, no pueden trabajar; sin coca no pueden realizar ningún trabajo; con la coca, por el contrario, resisten los trabajos más penosos y están dispuestos a todo. En ciertas provincias, los indígenas queman los tallos de la quinua, formando con su ceniza panecillos, que llaman *llipta*, o toman cal, que gustan, de tanto en tanto, mientras mastican la coca. La manera de masticar la coca se llama *acullicar*, y consiste en formar una bola de hojas y mantenerla en uno de los lados de la boca, para exprimir el jugo, a medida que se humedece, y arrojarla cuando ya no tiene sabor.

Las virtudes extraordinarias de la coca han sido elogiadas, después de la Conquista, por el padre Acosta (1591, lib. IV, cap. 22, p. 146) ; por el padre Blas Valera; por Garcilaso de la Vega (*Comentarios reales de los Incas*, lib. VIII, cap. 15, p. 283); algo más tarde por don Diego Dávalos Figueroa (*Miscelanea Austral*, p. 152); y por Ulloa (tomo II, lib. VI, cap. 3). Cada uno ha ido más lejos en sus elogios que sus antecesores. Lo cierto es que, como he obtenido múltiples pruebas, con la coca los indios resisten los trabajos de las minas, en las regiones más elevadas y más frías; que franquean, sólo con la coca y algo de maíz tostado, distancias considerables, cuando son enviados como correos, atravesando las cadenas más ásperas de la cordillera, sin parecer cansados, y llevando, durante largo tiempo, pesados fardos. Hasta muchos españoles han admitido que el solo consumo de la coca les dio fuerza para resistir, en ciertos casos, la explotación de las minas, en las altas regiones de las montañas. Además del consumo general, los indígenas y la mayoría de los habitantes utilizan la coca como remedio para todos los males, tomándola en infusión para las afecciones interiores, o aplicándola en cataplasmas para las lesiones externas.

Con tantas virtudes, puede suponerse la existencia de un inmenso comercio de coca en los lugares donde se consume. Así es, en efecto. Un folletito, sin nombre de autor, publicado en 1832 en La Paz, y que tiene por título: *Descripción, del aspecto, cultivo, tráfico y virtudes de la Coca*, se expresa en los siguientes términos: "Según un cálculo aproximado,

entonces no ha hecho más que prosperar. Hoy adquiere, cada día, mayor importancia por ese cultivo y proporciona mucho dinero a la ciudad de La Paz, capital del departamento del cual depende. Su extensión es inmensa y sólo se utiliza una parte muy pequeña de su suelo; el resto pertenece todavía a la naturaleza, que aún no ha sido turbada, y a pesar de las montañas, ofrece, sin duda alguna, medios de existencia cien veces mayores de lo que los habitantes poseen actualmente[16]. Todas las temperaturas existen en la provincia: comprende en Palca las regiones de las mesetas; está dominada por las montañas más elevadas de América, el Illimani y el Sorata; y las pendientes orientales de las montañas reúnen todos los climas, desde sus nieves eternas hasta los más cálidos de la zona tropical. Así, de un lado, al oeste, sus producciones son idénticas a las de La Paz, y, por consiguiente, a las de los países templados; y del otro, al este, encierra todas las etapas de una vegetación completamente distinta y de lo más lujuriosa. Esta parte, por sí sola, caracteriza a la verdadera provincia de Yungas, considerada de acuerdo a sus producciones; y allí, efectivamente, las nubes, constantemente detenidas mantienen una abundante humedad, fuente de esa naturaleza tan rica en sus detalles, que voy a tratar de bosquejar.

Hay pocos mamíferos en Yungas. Monos ligeros, de variadas especies, recorren incesantemente los bosques más cálidos, mientras que manadas de pecaríes devastan las plantaciones. Por lo demás, los jaguares, así como los otros carniceros, son allí muy raros; sólo las montañas elevadas alimentan al oso de las cordilleras con una hermosa especie de ciervo[17] de pelo duro. Si los

---

se recogen en Bolivia 400.000 sestos (el sesto es de 25 libras españolas) de coca por año; 300.000 en la provincia de Yungas; el resto en las de Larecaja, de Apolobamba y en el departamento de Cochabamba. El precio medio es de 6 pesos (30 fr.) por sesto en La Paz, donde está el depósito general. Resultan así 2.400.000 pesos (12.000.000 de frarcos) que producen anualmente la venta de coca en Bolivia". Si a esa suma se agregan 241.487 pesos (1.207.435 fr.) que produce anualmente la venta de coca en Perú, tendremos un total de 2.641.487 pesos, o 13.207.435 francos, por año, suma comparativamente enorme con relación a la población, puesto que toda Bolivia tiene a lo sumo un millón de habitantes; habría, pues, que repartir sólo entre la población indígena la suma de 12.000.000 de francos. El número de habitantes puros o mestizos de las provincias que consumen coca puede elevarse, en Bolivia, a alrededor de 700.000 (véase mi trabajo estadístico en *El Hombre Americano*, en lo referente a las naciones aymara y quechua), lo que daría, por cabeza, la suma de 17 fr., 14 cent., sí los cálculos del folleto son exactos. Podría creerse que lo son, puesto que sólo la provincia de Yungas, por derechos de la coca, paga anualmente al gobierno 148.217 pesos o 741.085 francos (*Iris de La Paz*, N° 8, p. 3).

16 Su población actual, en 1829, según el *Iris de La Paz*, N° 8, p. 3, ascendía a 39.759 almas.

17 Que llamé *Cervus antisiensis* (Véanse las notas del Informe al Instituto en 1834).

mamíferos no abundan, no sucede lo mismo con los pájaros; éstos, como ya lo he dicho, son de lo más numerosos, y no constituyen el menor adorno de la provincia. En efecto, los pájaros de Yungas, tan variados como los vegetales que recorren continuamente, ofrecen, a la vez, el plumaje más brillante y los cantos más melodiosos. Una multitud de especies de tangaras, de manaquines y, de cotingas[18], desplegaban en sus bandadas viajeras los más vivos colores púrpura, azul y oro, disputando la copa de los árboles a las cotorras y a los papagayos, cuyo plumaje se confunde con el follaje. Esas bandas en movimiento, mezcladas con los caciques, los tuscanos y multitud de otras especies, se ven a lo lejos, mientras que, en las partes más oscuras, se ocultan a la vez las penélopes chillonas de carne suculenta, el gallo de roca de plumaje de fuego, o el curucú cuyo canto lastimero contrasta con la voz sonora y las gamas aromáticas tan admirables del organito[19], el cantor más perfecto de esos lugares. No terminaría si quisiera señalar las riquezas ornitológicas de la provincia de Yungas; están realmente por encima de todo lo que se pudiera decir.

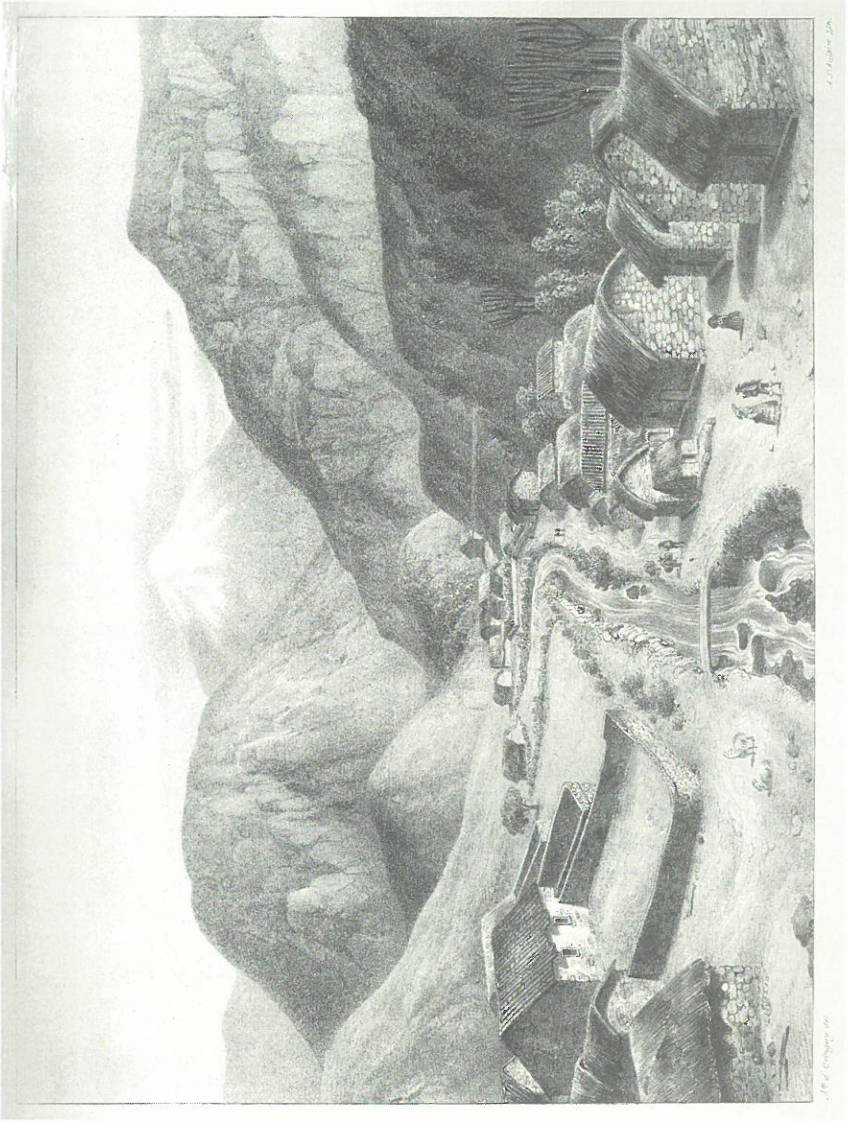
La gran humedad y la sombra son poco propicias para los reptiles; por eso sólo raramente se ven en Yungas, donde se pueden recorrer sin temor los tupidos bosques, sin tener el veneno de las serpientes. Los peces son igualmente raros. ¿Podrían remontar esos rápidos torrentes, que, todavía helados, descienden tan impetuosamente de la cumbre de los Andes? Sólo se hallan, pues, en las partes más bajas da la provincia, en el Río de Tamanpaya, en el Río de La Paz y en el de Coroico, donde los habitantes van a pescarlos como manjares muy buscados. En medio de esa hermosa vegetación se esperaría en vano hallar numerosos moluscos. La conchillas terrestres son muy limitadas[20], y las

---

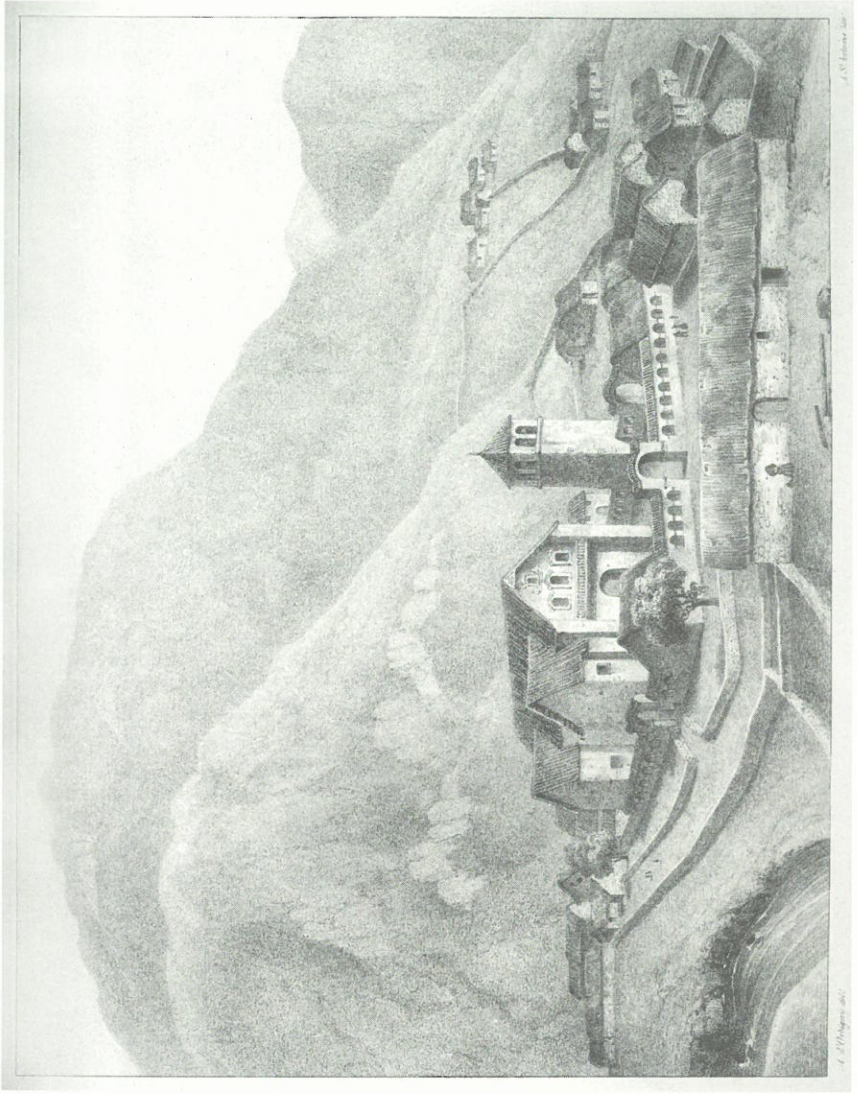
18 Las especies más difundidas son las siguientes: *Tamnophilus aspersiventer*, Nob.; *T. aterrimus*, Nob.; *T. mentalis*; *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Turdus olivaceus*, Nob.; *Synallaxis torquata*; *Troglodytes fulva*; *Tachyphonus flavinucha*, Nob.; *Aglaia montana*, Nob.; *A. cyanocephala*, *A. episcopus*; *Rarnphocelus atrosericeus*, Nob.; *Embernagra torquata*, Nob.; *E. rufinucha*, Nob.; *Ampelis rubrocristata*, Nob.; *A. viridis*, Nob.; *Tyrannus ferox*, *T. fumigatus*, Nob.; *T. rufus*, Nob.; *T. melancholicus*, *T. rufiventris*, Nob.; *Todirostrum gulare*, Nob.; *Muscipeta albices*, Nob.; *M. obscura*, Nob.; *M. armillata*, Nob.; *M. virgata*, *M. cinnamomea*, Nob.; *Setophaga bruniceps*, Nob.; etc.

19 El *organito*, célebre en el país, es el *Tryothorus modulator*, Nob. Los caciques son los *Cassicus atro virens*, Nob.; *C. cristatus*, *C. chrysonotus*, Nob. Las urracas, *Carrulus peruvianus*, *G. viridi cyaneus*, Nob. Véase mis planchas ornitológicas donde esas especies figuran y son descritas.

20 Esas especies son *Helix Audouini*, Nob.; *H. oresigena*, Nob; *H. Omalo-morpha*, Nob.; *H. ammoniformis*; *Bulimus Inca*, *Tupacii*, *Thamnoicus*, Nob.; *Hygrohyleus*, Nob.; *Marmarinus*, etc.



Vista de la quebrada de Palca.



Vista del pueblo de Palca, cerca de La Paz, Bolivia.

especies no son ricas en individuos. Me han dicho que los insectos son magníficos en Yungas, y lo creo; pero no habiendo vivido en la región más que en el invierno, no he podido juzgar el hecho por mí mismo, siendo esa serie de seres muy rara.

Pasemos a la vegetación. Sólo añadiré pocas cosas a lo que he dicho de la inmensa riqueza de Yungas, desde el punto de vista de las formas, aspecto y lo pintoresco de su conjunto. Me bastará hablar de las plantas cultivadas o de las plantas útiles, que son numerosas. Entre las plantas cultivadas se distinguen el cacao, el café[21], el tabaco, el índigo, el algodón, el maíz[22], la coca, la batata, la yuca o mandioca, la gualusa, la ajipa[23], la suculenta sandía, la chirimoya, la papaya o aguacate, las guayabas, las naranjas, tal vez las mejores del mundo[24], la toronja, el limón, la granada; muchas especies de bananas, ananás, mucha caña de azúcar, y gran número de otras frutas, cuyo nombre sin duda, he olvidado; el suelo es, por lo demás, capaz de producir las plantas especiales de las regiones cálidas de todas las partes del globo, mientras que, en el valle de La Paz, junto a Mecapata, numerosas viñas proporcionan un vino delicioso.

La naturaleza salvaje es todavía más rica. Las partes altas de las montañas, que están al mismo nivel de la zona de las nubes, están cubiertas de muchas especies de quinina, que dan esa excelente *cascarilla*, que nuestro comercio lleva, todos los días, de Bolivia a Francia. Es en las regiones más escarpadas y mas abruptas de las montañas donde el indígena, corriendo el riesgo de desnucarse, va a buscar el precioso arbusto y lo arranca de las rocas que lo vieron nacer. Algo más abajo, en los alrededores de Yanacaché, crece una planta famosa, el *matico*, especie de piperácea, cuyas hojas tienen fama de curar de inmediato las heridas, lo que la hace buscada por los extranjeros, de quienes es de lo más estimada. El *vejuco*, especie de aristoloquia con hoja en forma de herradura, goza también en Yungas, después del paso del botánico Hainck, de gran celebridad, como específico contra la mordedura de serpientes. Podría citar también el bálsamo de Perú, numerosas gomas y resinas, el árbol de la cera, y muchas otras plantas, que ofrecen una aplicación inmediata, sea como drogas, sea como substancias tintóreas. Los árboles proporcionan no sólo madera de enormes dimensiones, sino también los mejores materiales de ebanis-

---

21 El café de Yungas es de la mejor calidad conocida.

22 El maíz, en esos lugares húmedos y cálidos, se cosecha incesantemente todo el año.

23 Esas dos excelentes raíces son desconocidas en el Brasil y la Guayana; sería una buena adquisición que deberíamos hacer para nuestras colonias.

24 Se venden en Yungas cien naranjas por un real (60 céntimos de Francia).

tería, el gayac, la caoba, palmeras de toda clase, y la mayor diversidad de colores de maderas susceptibles de ser muy bien pálidas y servir para la fabricación de muebles de los mejores.

El reino mineral también es importante en la provincia de Yungas. Están los lavaderos de oro de Chunquiaguillo, de Caiconi, en los ríos Tamampaya y Suri. El primer lugar es sobre todo célebre por la historia de esa famosa pepita de oro que pesaba *cuarenta y siete libras catorce onzas* españolas[25], descubierta en 1730, y que el Virrey, el marqués de Castel Fuerte, envió al Rey de España. En los cantones de Coripata y Coroico se recoge ese metal en medio de la misma roca, y hay muchas minas abiertas. Hay también cerca de Irupana, en el esquisto, una antigua explotación de mina de plata, la *Guequere*, citada como una de las más ricas, pero abandonada a causa del escaso sostén de las rocas circundantes. Por lo demás, la composición geológica es poco variada. Las cumbres muy elevadas son graníticas, recubiertas de esquistos que dan hermosas mesas y son inferiores al asperón siluriano, de una extensión inmensa.

Como salta a la vista, las riquezas naturales de la provincia de Yungas son tan variadas como abundantes, y podrán acrecentar en mucho la prosperidad del país, una vez que la industria se apropie de algunas ramas y aproveche los numerosos cursos de agua y sus pendientes, para establecer molinos, aserraderos y toda clase de fábricas. Entretanto, a excepción del cultivo de la coca y del maíz, ninguna de las producciones es explotada, a causa de la dificultad de los transportes y del pequeño número de lugares de colocación. Todo el comercio se efectúa por La Paz. Las dos rutas de Songo y de Palca son tan difíciles una como otra. Una mula sólo puede transportar dos tablas a la vez y de un peso mínimo, dadas las desigualdades del terreno, los escalones que hay que ascender y la escasa anchura de los senderos. A fin de ponerle remedio, en una visita que acababa de efectuar a Yungas, el general Santa Cruz, amigo de su patria, ordenó la construcción de un nuevo camino, en el cual se trabajaba activamente, cuando regresé a La Paz en 1833. Por otra parte, se ha intentado establecer la navegación del Río de Coroico al Beni, y, por consiguiente, a la provincia de Moxos. Esperamos que esos dos proyectos serán cumplidos íntegramente, y que vías más fáciles permitirán exportar, sin muchos gastos, las ricas producciones de Yungas, mientras la navegación, dando a la población la

25 *El Iris de La Paz*, N° 9, 5 de septiembre de 1829, dice que en pepita, descubierta por Antonio Bulucua, le fue arrancada a la fuerza y sin pagarle nada por el virrey, así como lo declara el mismo Antonio Bulucua, en su testamento, fechado en La Paz en 1778 y conservado en los archivos.

oportunidad de descender a las regiones inhabitadas, no sólo impulsará la civilización, sino también acercará el Amazonas a los Andes, puntos hoy privados de toda comunicación, sembrando en la ruta colonias y comercio, hasta hoy desconocidos.

El gobernador de la provincia, don Dámaso Bilbao, enterado de mi llegada, llegó a Chulumani, donde me demostró una amabilidad extrema; me complazco en testimoniarle aquí todo mi reconocimiento. Hasta el 24 de agosto, mi existencia fue de lo más monótona; pero siendo San Bartolomé la fiesta de Chulumani, los indios se reunieron de todos lados, y vi renovarse los bailes de Yanacaché y de La Paz. Esta fiesta, lo mismo que las de nuestros campos de Francia, atrajo de La Paz un buen número de comerciantes, que instalaron provisoriamente sus negocios. Me permitió calcular el total de la población, cuyas tres cuartas partes se compone de indios aymaras, sin mezcla, que tienen los usos y costumbres de La Paz, una cuarta parte mestizos y algunos blancos, propietarios de las estancias vecinas. Estos últimos forman la burguesía del país. Recibí tanto de unos como de otros los servicios más desinteresados y la hospitalidad más sincera. Al abandonar Chulumani, llevé conmigo agradables recuerdos.

24 de agosto

A pesar de las reiteradas instancias de los habitantes, expedí mis equipajes por la mañana y partí en dirección a Irupana, o Villa de Lanza[26], acompañado del corregidor de esa ciudad, que quería hacerme los honores del camino e indicarme el nombre de todas las corrientes de agua y de todas las montañas, motivo que me hizo de él un guía muy precioso. Irupana está en apariencia tan cerca de Chulumani, que con un buen anteojo se distinguen los menores detalles; por eso, ¡cuál no sería mi asombro al enterarme que cinco leguas del país separaban los dos puntos! Es verdad que la vista franquea dos cadenas de montañas y tres torrentes, y que la distancia es por lo menos triple a causa de los rodeos y pendientes. Un horrible sendero me condujo de Chulumani a la base del cerro, donde encontré el Río de Huanctata, que se forma en las montañas del sur de la capital. Remonté, del otro lado, una pendiente empinada hasta la cima de la montaña de Silata, al este de la cual, a media altura, está situado el caserío de Ocovaya, donde no me detuve, por falta de tiempo. Descendí hasta el

25 de agosto

26 El primero de esos dos nombres es indígena. El segundo fue dado en 1830 por el Presidente de la República para perpetuar la memoria del bravo general Lanza, quien, después de haber prestado los mayores servicios al partido de la independencia, en las guerras contra los españoles, sucumbió en la batalla decisiva de Ayacucho.

pequeño torrente de Solocama, en su confluencia con el Río de Cutusuma, uno de los más caudalosos de los alrededores y de los más notables por la riqueza de la vegetación. Ascendí la cadena de Chicanoma, muy sombreada; y después de descender de nuevo hacia el torrente de Puri, sólo me faltaba ascender la enorme cuesta de Quiliquila, sobre la cual está construida Irupana, a donde llegué por la tarde, bastante cansado por mis continuas ascensiones. Empero, observé que las montañas compuestas de esquistos desmenuzables son mucho menos agudas que las de los alrededores de Yanacaché, lo que se debe, evidentemente, a la naturaleza de los suelos.

Retenido, por la fiesta, permanecí cuatro días en Irupana. Me fue posible, pues, recorrer, en todos sentidos, los alrededores; pero las inmediaciones de esa pequeña ciudad, una de las pobladas más antiguamente en el país, sufrieron la influencia de la proximidad del hombre, y gran número de lugares cultivados o campos abandonados cambiaron totalmente la vegetación, que sólo a gran distancia volvía a tomar su apariencia natural. En uno de esos viajes atravesé quintas de naranjos de mayor hermosura , no de arbustos achaparrados, apenas de dos metros de alto, como se admiran en Francia, en los alrededores de Grasse y de la bonita ciudad de Hyères, sino verdaderos árboles de diez a doce metros de altura, cortejados por los más bonitos pájaros moscas, atraídos por el perfume de sus flores. Al atravesar las hermosas chacras cultivadas, hasta las pendientes abruptas del sur de la montaña de Quiliquila, me encontré de pronto al pie de una bella cascada, donde el agua, precipitándose desde quince metros de altura de una roca esquistosa, formaba una ancha cortina, que, cayendo con estrépito, cubría los alrededores de una espesa neblina, en la cual se pintaban los más vivos colores del arco iris, cada vez que el sol atravesaba la cúpula de nubes que la ocultaba, por lo común, a la mirada. La frescura del lugar, la brillante vegetación que hacía nacer, el canto de los numerosos pájaros que atraía, todo me retuvo mucho tiempo, sorprendido, sin embargo, de no hallar ninguna senda que condujera hasta allí y de ver sitios tan encantadores descuidados por los habitantes.

La composición geológica de las montañas tiene la mayor influencia sobre el aspecto pintoresco de las localidades. Cuando se recorren los Pirineos y los Alpes, se encuentran a cada paso cascadas magníficas que se precipitan desde gran altura. Estaba asombrado de no haber encontrado nada semejante en las cordilleras y los Andes, donde hasta los torrentes, descendiendo por pendientes rápidas, no presentan nunca esos accidentes tan notables que se admira en Cauterés al lago de Gob, en los Pirineos. Cuando, más tarde, me pregunté la explicación de ese hecho, la geología me dio la razón. En los Alpes

y en los Pirineos la cascada de Giessbach en Suiza, las del lago de O, de Bagnères de Luchon y de Gavarnie en los Pirineos, provienen de la dureza de las rocas, cuyas dislocaciones han formado inmensas salientes en gradas, que las aguas no destruyen desde hace siglos, puesto que el granito o la creta endurecida de que se componen resiste al choque más impetuoso. En las cordilleras, la falta de agua, en la ladera occidental, donde las rocas ígneas podrían también producir cascadas, impide, sin duda, que se formen; pero, en la ladera oriental de los Andes, donde las aguas son de lo más abundantes, es, por el contrario, la naturaleza de las capas lo que se opone. El granito está en todas partes en descomposición; los esquistos que lo recubren son, por lo general, desmenuzables. Resulta así que las corrientes se cavan un lecho inclinado y que sólo son detenidas por algunos pequeños bloques más duros que el resto, que no presentan ni ese aparato de resistencia, ni esas elevadas interrupciones, causas de las grandes caídas de agua de las montañas de Europa. Esa diferencia de dureza de las rocas influye todavía más en el aspecto de la región. Las cadenas de montañas de la ladera oriental de los Andes son de lo más abruptas; cada una forma, por lo general, una cresta casi aguda; pero la roca, al descomponerse fácilmente al aire, no puede presentar ninguna parte de esos picos agudos, de esas rocas escarpadas de los Alpes y de lo Pirineos; es por eso que las montañas presentan en todas partes cimas ligeramente onduladas y nada golpeadas ni deshechas.

Ascendí, en medio de zarzales, hasta la cumbre de la cascada, y observé que está formada de una capa más compacta de los esquistos silurianos de las montañas vecinas, capa que resiste mejor los ataques de las aguas. Al retornar, atravesé el campo más hermoso, repleto de bananos, de cafetales, sirviendo de vallados a los maizales.

Otro día dirigí mis pasos hacia otro lado. Remonté el ramal de la montaña de Quiliquila, hasta su unión con la cadena de Coropata, de la cual depende, siguiendo la pendiente norte y dominando un vallecito profundo, de lo más boscoso y del aspecto más alegre, arriba del cual veía de muy cerca, sobre la cima opuesta, el gran caserío de Lasa, uno de los mayores de Yungas. En la cima de la cadena de Coropata la vegetación es completamente virgen y de la mayor belleza. Descendí por su ladera oriental y anduve largo tiempo por las cuestas hasta la quebrada de Juan de Mayo, donde consagré una parte de la jornada a exploraciones de historia natural. Penetrando bajo la tupida cúpula de los árboles, en medio de lianas enlazantes, y abriéndome paso, cuchillo de caza en mano, llegué al fondo de la quebrada, donde el sol no llega nunca. Muchos tipos de árboles crecen arriba de las aguas, a todas las alturas, con sus

ramas siempre verdes y conservando su frescura en medio de una temperatura muy elevada. Allí, los troncos de árboles amontonados hacen que las aguas, retenidas por las rocas, por fuerza corran lentamente y por pequeñas cascadas, que impregnan el aire de tal humedad, que me hallaba continuamente mojado, al recoger esos hermosos helechos, cuyas hojas acuchilladas se entrelazan con los licopodios. Solo, aislado del resto del mundo, nada, en ese lugar salvaje, podía turbar mis pensamientos, fuera del dulce murmullo del arroyo y del variado canto del pájaro, que como yo venía a buscar sombra y frescura. Después de haber estudiado largo rato a los huéspedes ligeros de esos bosques, abandoné la quebrada, con intención de llevar más lejos mi exploración. Anduve por la montaña hasta la cuesta de San Juan de Mayo, de donde denominaba las haciendas más pintorescas, arrebatadas a la naturaleza virgen de los alrededores y que contrastaban con el aspecto severo de las altas montañas boscosas que veía en todas las direcciones. Fue ya de noche que regresé a Irupana.

La ciudad de Irupana es, sin duda alguna, el lugar más importante de la provincia, tanto del punto de vista de su población, como del de su extensión. Las casas son mucho mejor construidas y hay más burguesía. Su iglesia es grande y domina la mayoría de las casas. Todo revela bienestar y prosperidad. Me alojé en casa del corregidor, que tenía para mí toda suerte de atenciones.

29 de agosto

Habiendo sabido el domingo muchas personas que yo poseía un microscopio, me rogaron insistentemente que les mostrara algunos insectos con ese instrumento. Consentí de buena gana y me instalé en el patio del corregidor. Se asombraron a tal punto, que todos los habitantes se reunieron alrededor de mí; y me divertí realmente con la conversación ingenua y las singulares reflexiones de mis nuevos observadores. Me divertí sobre todo mostrando ciertos parásitos a los indígenas, que, viéndolos tan feos, juraron seriamente, por lo menos por el momento, no comerlos como tienen la costumbre en Yungas, así como en casi toda la América Meridional, donde esa costumbre es general, sin que se sienta nada de esa repugnancia que se experimenta en Europa por esos insectos.

30 de agosto

El 30 de agosto abandoné Irupana, seguido de los votos de felicidad de toda la población, desde el cura hasta el más humilde de los habitantes, a quien presté servicios, cortándole las fiebres intermitentes. Salvo en las ciudades de La Paz, Chuquisaca y Potosí, no hay en ninguna parte médico que pueda curar a los pobres enfermos, que, por lo común, mueren por falta de cuidados, lo que explica la celebridad que, muy involuntariamente, adquirí por ese motivo. Todo francés,

de acuerdo a la opinión de algunos de los habitantes españoles o descendientes de españoles, es necesariamente médico o relojero; y mi profesión de naturalista implicaba a la fuerza la de médico, sin que por eso dejaran de pedirme muy a menudo que les arreglara los relojes; a tal punto llega la simplicidad de esas buenas gentes.

De Irupana al villorrio de Circuata tenía por delante unas once leguas del país, sin saber si podría franquearlas de un solo tirón. Me encaminé a la ventura. Ascendí la cuesta de Coropata, y hallé en la cima, en esa dirección, muchos campos cultivados, lo que prueba, como he dicho, que las montañas comienzan a ser menos agudas. Desde ese punto, vi de nuevo, con gran satisfacción, las nieves del Illimani[27], que se dibujaba encima de montañas boscosas. Lo observé con tanto más placer cuanto que venía a confirmar mis itinerarios, tomados hasta entonces con el mayor cuidado. Dos leguas de rápido descenso, en medio de los bosques tupidos de Curupai y del árbol que produce el incienso, me condujeron hasta la granja de La Vega, tan conocida por la fiebre que ataca a uno casi infaliblemente, desde la primera noche, al punto que los indios no pueden vivir allí y el propietario experimenta las mayores dificultades para hacerla cultivar. Más allá de La Vega, en las márgenes poco escarpadas del Río de Porocote, los árboles son altos, y millares de papagayos y de guacamayos se reúnen por bandadas, siempre compuesta de parejas. Es interesante verlos, vistiendo el mismo uniforme, formar como otros tantos batallones, que hacen resonar los alrededores con sus gritos de llamada, muy distintos de acuerdo a las especies. Los campos de maíz que había visto alrededor de La Vega, los atraían sin duda, y esperaban, para devastarlos, el primer momento de descuido de los vigilantes.

Me sorprendió realmente el espectáculo que ofrecía la desembocadura del Río de Porocote en el vasto Río de La Paz[28]. En vez de esas márgenes sombreadas

---

27 El Illimani está, en ese lugar, al suroeste, 10° oeste, de la brújula.

28 El curso de ese río se ha convertido, para los geógrafos sistemáticos, en motivo de los errores más graves. Es sabido que tiene su fuente cerca de La Paz y que va a arrojarse a uno de los afluentes del Beni, sobre la vertiente oriental de los Andes. Puesto que el río corre al este de los Andes, la ciudad de La Paz debía necesariamente hallarse sobre esa ladera; y, sin otras informaciones, se la ubica, de acuerdo a ese razonamiento, en todos los mapas de Brué, de 1824 a 1836. Pero no es así en la naturaleza. El río y la ciudad de La Paz, como se ha visto, están en la vertiente occidental de los Andes. El río recorre por la meseta una extensión muy grande, al pie del Illimani; luego, de golpe, aprovechando una gran abertura, franquea la cadena y pasa a la ladera oriental, donde acababa de encontrarlo. Ese río y el de Sorata son dos ejemplos interesantes de corrientes de agua que nacen en una vertiente de los Andes y pasan luego a la otra, cruzando la cadena.

y alegres de todos los ríos de Yungas, me hallaba, de golpe, frente a una playa de media legua de ancho, completamente desprovista de vegetación, y en todas partes cubierta de cantos rodados, traídos del otro lado de los Andes por las grandes lluvias. Consideré que una parte de esa naturaleza árida de las mesetas de La Paz, habiendo franqueado los montes, fue transportada por las aguas a ese lugar, donde formaba un contraste de lo más chocante con la vegetación de Yungas. El lecho de ese río, flanqueado por las dos cadenas de Coropata y del Hospital, presenta, a cada paso, la imagen del caos. En tiempo de lluvias, su amplia superficie está cubierta por completo de agua, que acarrea todos los materiales arrancados a las tierras de aluvión y a las capas diluviales de la meseta. Entonces resulta difícil franquearla. En ese momento, el río, muy bajo, estaba dividido en múltiples bracitos diseminados en medio de cantos rodados, de granito, de asperón y de esquistos amontonados, del aspecto más triste. Atravesé diagonalmente y pisé por lo menos dos leguas de ese suelo de transporte, donde nada defiende de los rayos solares, que, reflejándose en el color blanquecino de los cantos, hace sufrir un calor sofocante; por eso llegué con verdadero placer a la confluencia de los ríos de La Paz y Meguilla, donde volví a encontrar árboles y sombra.

El Río de Meguilla desciende de los Andes y contiene mucha agua. Cuando se reúne al Río de La Paz se ensancha y podría servir a la navegación, si no estuviera, en muchos puntos, cerrado entre rocas, obstaculizado por bloques rodados, o embarazado con caídas, a las cuales ninguna embarcación puede resistir. Es, empero, el camino que siguen los indios mocetenes, cuando van desde los bosques del interior hacia las Yungas. Forman una almadía de troncos de palmeras, atadas con lianas, y remontan así penosamente el torrente, llevando sus víveres en odres de cuero, a fin de no perder nada cuando la fuerza de la corriente voltea su frágil embarcación, lo que sucede con mucha frecuencia. Durante mi estadía en Chulumani, los indios de esa nación llegaron hasta allí por ese camino, y yo mismo proyecté embarcarme con ellos para ir a reconocer las regiones desconocidas que habitan; pero el gobernador, sin duda en mi interés, se opuso de la manera más tajante, negándome los medios. Más experimentado después, debí agradecérselo de todas maneras; ese viaje, de lo más peligroso, no me habría permitido traer nada, aunque hallase objetos interesantes. Recorrí la confluencia de los dos ríos; admiré las aguas, tan límpidas como las de Ródano a su salida del lago de Ginebra; vi numerosos peces, que muchas personas se ocupaban de pescar, y reconocí, no sin placer,

29 Es la *Paca lineatus*.

al *sábalo*[29], del Paraná, que tanto se consume en Buenos Aires. En este último lugar, es el pez más común; aquí el sábalo goza de una gran reputación, que debe probablemente a que está lejos de todo medio de comparación.

La orilla izquierda del Río de Meguilla, que remonté, me mostró por primera vez, desde que estaba en la provincia de Yungas, un cambio de forma orográfica y de vegetación. No veía esos torrentes encajonados, que no se pueden seguir por las orillas; hasta tal punto las pendientes son rápidas. No había esa gran humedad que determina una vegetación activa de lo más variada, mezcla de palmeras, de helechos en árbol y de una serie de plantas particulares. Aquí los cerros, más redondeados, menos complicados, dejan, en sus espacios, grandes playas, superficies llanas cubiertas de árboles de gran altura, pero desprovistas de esa mezcolanza de formas de los lugares húmedos. Ese cambio me interesó y me produjo placer. Caminé bajo una magnífica glorieta natural; empero, mientras la admiraba, añoraba la riqueza de aspecto del Río de Chacjro, hallando al conjunto de esa nueva naturaleza demasiado parecido a nuestros bosques de Europa, sin que empero se pareciera lo suficiente como para traerme dulces recuerdos. Persuadido de que esa modificación debía acarrearme alguna variedad en el conjunto de los seres, quise acampar y dormir a orillas del Río de Meguilla. No me había equivocado. Atentas exploraciones me permitieron obtener muchas especies nuevas de moluscos[30] y de pájaros.

No carecía de encanto el sitio donde me había detenido. Establecí mi campamento entre dos brazos del mismo río, en una isla descubierta, rodeada de pequeños zarzales de una sensitiva tal vez más sensible de todas a los contactos, teniendo ante la vista una hermosa especie de carrizo, cuyas hojas se abren en abanico, especie tan común en las regiones tropicales, pero que veía por primera vez. Su ramaje tupido caía, de cada lado del río, formando una gran cortina, que dominaba la cortina más alta de los árboles de la playa; y el horizonte, a derecha e izquierda, terminaba en altas montañas. Si seguía con los ojos el curso del valle, tenía ante mí la más hermosa lejanía, sea que mirase hacia las fuentes del río, sea que mi vista se fijara en el Río de La Paz. Al anochecer, me acosté en la arena, bajo un claro de luna magnífico; y, comparando esa noche con las que había pasado en la meseta de las cordilleras, hallé tal diferencia, que, demasiado absorto en la belleza del lugar, por las reflexiones

---

30 Los moluscos son los siguientes y figuran todos en la parte especial: *Bulimus yungasensis*, d'Orb.; *Helix ammoniformis*, d'Orb.; H. *omalomorpha*, d'Orb.; *Bulimus marmarinus*, d'Orb.; *B. xanthostomus*, d'Orb.
Los pájaros son: *Conopophaga ardesiaca*, Nob.; *Tyrannus rufus*, Nob,; etc.

que me traía, permanecí mucho tiempo sin pensar en entregarme al sueño, gozando doblemente de mi soledad y de la calma profunda de lo inhabitado.

31 de agosto

Al día siguiente, luego de realizar una batida por los alrededores en todos sentidos, reemprendí la marcha. Pasé a la orilla derecha, donde hallé los primeros árboles sin hojas, habiendo el invierno marcado su paso por el lugar, lo que me asombró tanto más cuanto que no había hallado ningún ejemplo de ello en las partes cálidas y húmedas de Yungas, donde los árboles tienen follaje todo el año. Al llegar frente a la confluencia del Río Meguilla con el Cañamiña, abandoné el primero para seguir el segundo, dejando a la derecha la puna de Miguilla, donde las aguas blanquecinas ruedan con estrépito entre bloques de rocas, y presentan el aspecto más pintoresco. Las orillas del Río Cañamiña, tanto a derecha como a izquierda, están ocupadas por encantadoras colinas, a menudo cortadas por quebradas que me condujeron al sitio donde el valle se bifurca de nuevo. Entonces sólo me faltó ascender la cuesta de Hulmus, para llegar al villorrio de Circuata.

El pueblo de Circuata, antes floreciente, fue, en varias oportunidades, completamente destruido por las guerras de la independencia. Apenas terminaba de cicatrizar sus heridas; por eso, se compone, a lo sumo, de unas cuarenta casas, que habitan los aymaras, de una pequeña iglesia y de muchas chacras a los alrededores. La ubicación es encantadora. Está situado en la cima de una montaña, de donde se dominan dos valles profundos, bordeados de altas cadenas boscosas, cuyas pendientes se dividen en una serie de encantadores vallecitos. Al sur, la naturaleza está intacta; en ninguna parte hay cultivos. Al norte, por el contrario, se divisan hermosas chacras, donde sólo se cultiva maíz. Permanecí dos días en Circuata, donde múltiples paseos me dieron un conocimiento amplio de las montañas y de sus producciones. Allí, como en todas partes, el cura y el alcalde secundaron de buena voluntad mis búsquedas y me prestaron todos los servicios posibles.

Enterado de mi llegada, el corregidor del cantón de Suri, de donde depende Circuata, vino ante mí y quiso guiarme hasta Carcuata, situada cuatro leguas más lejos. Descendí una cuesta bastante larga, crucé el pequeño torrente de Chahuara y caminé por el bosque más de una legua, hasta la cima de la cuesta de Pincaluna. En las montañas, hay ciertos puntos donde, de acuerdo con la forma de las cadenas y la dirección de los vientos reinantes, las nubes son más a menudo retenidas que en otras partes, y donde casi siempre están estacionadas. Esos puntos ofrecen por lo general una vegetación excepcional, y a veces distinta de la de los alrededores. Tuve un ejemplo en mi camino.

Entre dos cimas, entre las plantas más bellas, hallé con placer helechos arborescentes y muchas especies notables de palmeras con hojas de cañas, cuyo croquis me apresuré a tomar[31] y recoger las partes transportables, habiendo resuelto completar, en Bolivia, la historia de esos magníficos vegetales. Siempre bajo la sombra, descendí dos leguas seguidas la otra ladera, hasta Carcuata, villorrio de un aspecto bastante miserable, compuesto de una sola calle, sobre la pendiente de la montaña. El corregidor me había preparado una bonita casa, donde me instalé. En el trayecto, dicho funcionario me habló mucho de los osos que habitan las altas montañas vecinas; por eso le rogué que me consiguiera mulas para el día siguiente, a fin de realizar esa ascensión, tanto más importante cuanto que, desde la cima, debía ver también el Illimani y muchos otros puntos importantes de los Andes.

4 de septiembre

El 4 de septiembre estaba muy temprano en camino a la montaña del Viscachal[32]. Descendí la cuesta hasta el Río de Suri, que pasé por un puente de ramas. Atravesé, más lejos, otro arroyo; después comencé a ascender una pendiente de lo más abrupta, por la cual, sin sendero trazado, hacía continuamente zigzags, para disminuir la inclinación de la pendiente, que hubiera sido imposible ascender sin esa precaución; y, aunque ya me había acostumbrado a las montañas, nunca había encontrado, hasta entonces, una tan difícil. Tanto pisaba el pasto, arriba de un espantoso precipicio, tanto cruzaba las espesuras, viéndome obligado a prenderme de las crines de mi bestia, para no caer hacia atrás. Admiraba entonces el instinto y la fuerza de las cabalgaduras de esas comarcas, que trepaban pendientes por las cuales, en verdad, las cabras apenas podrían sostenerse. Después de dos horas de ascenso, nos detuvimos un instante para hacer descansar a nuestras mulas; y, aprovechando un agua límpida, hice, sin pan, con chuño[33] y chalona, una comida muy frugal, después de la cual continué mi

31 *Euterpe andecola.*

32 *Viscachal* proviene de *viscacha*, animal del que ya he hablado, y de la terminación colectiva española *al*. La palabra significa *casa de las viscachas*, como *cafetal* significa *campo de café*. En aymara, ni reemplaza a *al*; por eso los indios dicen *Viscachani*.

33 El *chuño*, del cual olvidé de hablar en el sitio donde se hace, consiste en papas heladas y secadas luego. Se las pone, en las regiones altas, en el suelo, y allí se congelan durante la noche. Al día siguiente, cuando el sol las calienta, se las frota entre sí; se pelan; después se las deja en el suelo, hasta que están enteramente secas; y, en ese estado, son vendidas con el nombre de *chuño*. De acuerdo al modo de prepararlo, el chuño es negro o blanco. Para comerlo, se lo remoja en agua fría; al día siguiente, se lo cocina con papas comunes. Es un alimento bastante mediocre.

camino. Lo que me quedaba por hacer era todavía más difícil, y si el corregidor no se me hubiera adelantado, yo habría seguramente ascendido a pie antes que continuar a caballo; pero lo seguí, en medio de las espinas, dominando la quebrada a más de mil metros de altura, por una pendiente tan en declive que no veía la continuación de la colina; finalmente, después de seis horas de esa penosa marcha, alcancé la cumbre de la montaña.

A medida que me elevaba, veía las cimas de los alrededores descender en torno mío; y, desde lo alto del Viscachal, la cuesta de Pincaluna y las restantes se convertían en simples colinas sobre las cuales yo dominaba. La extensión que abarcaba la vista era realmente inmensa. Sobre ese horizonte de montañas amamelonadas y cargadas de bosques, que se extendían de todos lados, se dibujaban a lo lejos cuatro grupos nevados que se elevaban por encima del conjunto: uno (también el Illimani) con su doble punta, que, aunque estaba a un grado o veinte leguas de distancia, parecía muy cercano; el otro, menos alejado, el grupo *de la Cruz* formado por la continuidad de los Andes, distante más de quince leguas marinas, de donde descendía el Río de Suri. Los otros dos puntos nevados que quedan al norte, en medio de montañas más boscosas y más cálidas, eran los de *las Bacas* y del *Cargadero* correspondientes a la misma cadena. El radio que se desarrollaba ante mí no tenía menos de veinte leguas; y, si buscaba algún punto de Europa que pudiera ser comparado a éste, creo que lo encontraría difícilmente. La vista de la cumbre del pico del Mediodía, o del pico de Bengonse en los Pirineos, aunque mucho más accidentados por la naturaleza de las montañas, está lejos de abarcar una extensión tan vasta.

En la cumbre de la montaña del Viscachal, creí encontrar una punta o mamelón; pero, cuál no sería mi sorpresa al hallar, por el contrario, una meseta, una hermosa llanura cubierta de pasto y de algunos bosquecillos. La recorrí en todos sentidos para buscar a los osos, sin ver el menor rastro. Entré en los bosques, donde recogí los más bellos licópodos y muchas plantas nuevas, sin hablar de dos pájaros[34] de los más interesantes, que veía por primera vez. Habiéndome sorprendido la noche, me vi obligado a regresar a mi cuartel general, donde se encendió fuego, y cada uno se tendió como quiso sobre la silla de su montura. El frío se hizo tan vivo, sobre todo hacia la madrugada, que aguardé el día con impaciencia. El suelo estaba cubierto de una fuerte helada blanca; y la temperatura era tan distinta de la que había tenido en los valles, que tiritaba hasta que el sol hubo disipado las nubes que envolvían a la montaña.

---

34 *Synallaxis torquata*, Nob.; *Aglaya montana*, Nob.

Cuando finalmente pude ver todos los alrededores, medí una base para conocer la distancia real de la montaña al villorrio de Circuata, y tomé medidas en todos los puntos importantes de los alrededores. Poco después de recorrer de nuevo la cumbre, me dispuse a abandonarla. Si el ascenso fue difícil, el descenso no lo fue menos; y más de una vez temí llegar abajo más rápido de lo que pensaba. Cuando, más tarde, recorrí los Pirineos, donde la afluencia de viajeros no ha hecho abrir, como en Suiza, caminos de vehículos hasta los glaciares[35], los senderos citados por los guías como los peores, no me parecieron comparables con las partes más concurridas de la provincia de Yungas, y, en general con todas las rutas de montaña de Bolivia; mientras que, por lo común, se consideran impracticables e inaccesibles todos los caminos que yo seguía diariamente en mis viajes; verdaderas sendas, de apenas medio metro de ancho, donde el arte nada ha hecho, donde sólo la naturaleza, con sus accidentes, aparece sin disfraz.

A los dos días, abandoné Carcuata para dirigirme a Suri. Sólo tenía que hacer tres leguas, que fueron pronto cubiertas. Seguí la misma cuesta durante dos leguas; luego, cruzando el Río de Suri, junto al villorrio de *la Puente*, ascendí la cuesta opuesta hasta el caserío, cabeza del cantón, situado en la cumbre de una colina muy grande, cultivada en todas partes. Vi pocas cosas para la historia natural, pero me vi obligado a permanecer hasta el día siguiente, día de la fiesta del villorrio. Llegaron muchos indios de los campos vecinos, cada uno trayendo su regalo al cura, unos bananas, otros ananás y generalmente todas las frutas de la región. Una banda disfrazada, antes de entregarse al baile, concurrió también a misa, a la cual yo debí necesariamente asistir. Los indios se habían puesto el vestido corriente de los mocetones de las montañas: llevaban una sencilla túnica sin mangas, bordada abajo; sobre la cabeza un turbante de plumas y al costado la *chuspa* o bolsa de la coca, adornada de cintas y de cascabeles hechos con calabazas. Su baile, muy distinto de todo lo que yo había visto hasta entonces, comenzó con una canción quechua, acompañada de cadencias regulares. La medida, ora lenta, ora acelerada, siempre es marcada por el ruido de un bastón chato, al que se atan varillas, que se agitan a intervalos. Observé, en esa reunión de indios, muchos individuos afectados de bocio, de lo más voluminosos; pero comprobé que nunca acompaña a esa enfermedad el cretinismo.

7 de septiembre

35 Lo prueba el de Grindewald, en el cantón de Berne.

Tenía que andar once leguas del país para llegar a Inquisivi, primer burgo de la provincia de Sicasica. No pude partir hasta el 9, y muy tarde para poder llegar el mismo día. Desde Carcuata ascendí en dirección a los Andes, y vi poco a poco desaparecer la hermosa vegetación de las regiones húmedas, reemplazada por un conjunto mucho menos variado, compuesto sin embargo de plantas de las regiones cálidas. Suri me había mostrado alrededores de lo más pintorescos; y, dejando ese burgo, la campaña era cada vez más seca, a medida que avanzaba. Seguí las colinas en parte desnudas de la montaña de Subluche, arriba del Río de Suri, dando la vuelta a todas las colinas, pasando por todas las quebradas, hasta el arroyo de la Plata, donde vi un vasto valle, el fondo del cual es arbolado, el resto consiste en chacras, y de tanto en tanto, de algunas casitas de indígenas. La naturaleza había cambiado totalmente de aspecto. Nada de esas quebradas profundas, nada de esos bosques húmedos, donde el hombre lucha sin cesar contra la vegetación activa que vuelve a apoderarse de aquello que abandona durante algunos meses. Aquí la naturaleza, por el contrario, está parcialmente desnuda, y el agricultor halla, sin trabajo, tierras excelentes y pastos inmensos; por eso, yo veía, con placer, en las cumbres de las colinas, numerosos rebaños de ovejas, que acompañaban sus pastores. Al atravesar los campos de maíz y de papas, llegué al pequeño caserío de Charapacce, donde la hora avanzada me obligó a pasar la noche. Acampé junto a la casa de una pobre india y le compré una oveja, que, con una docena de palomas salvajes matadas con dos tiros de fusil, vino a reforzar mis provisiones. Desde mi partida de La Paz estaba reducido, como los habitantes, a beber agua; hasta el pan me faltaba a menudo, puesto que sólo los grandes burgos podían proporcionármelo. Los indígenas y las pobres gentes no se alimentan más que de papas y maíz. Nadie caza en esas comarcas; por eso me resultó fácil pagar, en algunos instantes, la hospitalidad de mi india con una amplia provisión de palomas, que, tan mansas como si fueran domésticas, no huían de ningún modo del cazador. Por la noche quise acostarme en un galpón. Miríadas de pulgas me hicieron salir pronto y preferí el medio del campo, alejado de las habitaciones. Charapacce es el último lugar habitado de la provincia de Yungas.

9 de septiembre

Viaje por la provincia de Sicasica

A una legua a lo sumo del villorrio de Charapacce llegué a la cima de la cadena de Cocasuyo, que separa las provincias de Yungas y de Sicasica. Es una

montaña alta, donde experimenté un frío penetrante y me congeló un viento fuerte y seco, que me recordó las cordilleras. Había cambiado, en efecto, por completo la temperatura; y a las regiones brumosas de los bosques húmedos y cálidos sucedió el cielo siempre sereno de las mesetas. Tenía al frente el pueblo de Inquisivi, dominado por montañas amamelonadas, debajo al profundo torrente de Cotuma, separado por una pendiente rápida y sobre todo muy larga. Si ponía la vista en el comienzo del valle, veía al río saliendo de montañas de asperón desnudo, encerrado en un cauce de lo más estrecho. Si, al contrario, seguía el curso de las aguas, veía al valle ensancharse y su curso limitado a lo lejos por una cadena de cerros que lo atraviesa diariamente. Comencé a descender por estrechos senderos que llenan de dificultades la pendiente y los fragmentos de roca que la cubren. Al principio hallé bosques bastante altos; pero, más abajo, en el lugar denominado Sila, desaparecieron y fueron reemplazados por pequeños zarzales, por colinas cultivadas, sobre las cuales había pequeñas cabañas esparcidas. Llegué así al río, donde un calor sofocante se hacía sentir, calor tanto más sensible cuanto que yo había sentido gran frío en la cumbre de la cuesta. Un puente de ramas, cubierto de tierra, me permitió atravesar el torrente, que es de lo más rápido; sus aguas rugientes, cubiertas de espuma, se precipitan con estrépito a lo largo de murallones azulados que han cavado en el esquisto. Sacié mi sed con esa agua helada, que conserva todavía, en su curso rápido, la temperatura de las nieves. Una legua de cuesta bastante inclinada me faltaba por hacer, y la recorrí no sin trabajo, ya que las mulas experimentaban la calefacción del aire y se detenían cada diez pasos para tomar aliento. Esa cuesta presentaba el aspecto más triste. El invierno se hacía presente en todas partes; los árboles estaban desprovistos de follaje, y sin embargo las flores amarillas, de los que algunos estaban cubiertos, anunciaban la proximidad de la primavera. Todos están cargados de una especie de liquen[36], cuyas hojas desliadas, como una larga cabellera, caen de todas las ramas, dando al conjunto el aspecto más raro. Después de haber atravesado esa naturaleza seca y estéril, llegué a Inquisivi. El corregidor me recibió muy bien, me instaló en su propia casa y al atardecer todos los habitantes vinieron a presentarme sus respetos, como si yo fuese un gran señor.

Sicasica
10 de septiembre

Inquisivi, cabeza del cantón, y uno de los mayores burgos de la provincia, está ubicada en una hermosa explanada, a media altura de una montaña amamelonada, cuyos contornos son redondeados. Se compone de una hermo-

36 Es la misma especie que recogí en Iribicuá, en la provincia de Corrientes.

sa plaza, de una iglesia y de algunas casas agrupadas alrededor. Antes mucho más poblada y floreciente, Inquisivi se vio arruinada por completo, en diversas ocasiones, durante los catorce años de las guerras de la independencia. Los españoles se acantonaron allí, en un fuerte cuyas ruinas se ven todavía, durante largos años, constantemente hostigados por los independientes, dueños de los campos vecinos. Habría podido recoger numerosos informes acerca de los diversos incidentes de esa larga lucha, porque la conversación de los habitantes no versaba, por decirlo así, más que sobre ese tema; pero el deseo de mantenerme siempre al margen de la política me hace abstenerme de entrar aquí en detalles, que no son, por lo demás, más que de interés local.

Las cimas y las partes elevadas de las montañas vecinas están cubiertas de pequeños zarzales y pastos, donde pacen constantemente numerosos rebaños. Las partes menos en pendiente están cultivadas y sembradas de trigo y maíz, y el aspecto general es análogo al de ciertas partes de las montañas de los Alpes Bajos. A primera vista temí encontrar pocos objetos de historia natural. No sucedió empero así. Las cuestas, en apariencia áridas, eran visitadas por las más hermosas especies conocidas de pájaros moscas. Es allí, en efecto, que encontré el magnífico safo[37], de plumaje de fuego, el pájaro más brillante de su familia.

Después de tres días de permanencia en Inquisivi, falto de medios de transporte, volví a ponerme en camino. Recorrí la continuación de la colina, cruzando dos vallecitos. Se cultivan todos los lugares susceptibles de serlo, mientras que los valles o las cimas de las montañas muestran en todas partes rebaños de ovejas o de vacas que pacen libremente. Después de dos horas de marcha, llegué a la parte elevada de la cuesta de Huntul, desde donde dominaba la profunda quebrada de Titipacha, al otro lado de la cual, en la montaña opuesta, vi el villorrio de Capiñata, fin de la jornada. La ruta que conducía allí directamente, desciende la cuesta y sube del otro lado. Como quería ver muchos pequeños caseríos, y sobre todo las minas de plata, explotadas, preferí dar la vuelta al valle y hacer el doble de camino. Tomé a la derecha, sobre la colina; pasé junto a la capilla de Titipacha, rodeada de casas de indígenas y de campos labrados; a poca distancia, encontré el caserío de Acutani, donde vi, no sin placer, en todas par-

14 de septiembre

37 *Orthorhynchus sapho*. Poseía el primero de esa especie, pero, en Cochabamba, un criado infiel, conquistado por el ofrecimiento de un comerciante inglés de Tacna, cuyo nombre callo, me lo robó, junto con el O. *Gouldii*, que llegaron a Europa antes que yo. Se me adelantaron, pues, en la publicación de esos magníficos pájaros, que sin embargo yo había descubierto.

tes, huertas de duraznos, manzanas y peras en flor, que me recordaban mi patria. El paisaje, en efecto, armonizaba perfectamente con esos árboles importados del Viejo Mundo. Los campos de trigo naciente, las vacas y las ovejas en las colinas, y hasta las cabañas cubiertas de cañas, todo se parecía a nuestros caseríos franceses de Auvernia o del Lionés. Llegué al Río de Tucumariri, que desciende de los Andes, y hallé, a su orilla, la capilla de Corachapi, perteneciente a la fábrica donde se explota el mineral de plata de Huala. Vi, a unas dos leguas, las bocas de las minas y los montones de escombros.

La explotación es de lo más sencilla. Se trae el mineral extraído y escogido; se reduce a polvo, por medio de dos ruedas de piedra, que giran alrededor de un eje común; se pasa por un tamiz, se pone en el horno, luego se amalgama con mercurio; se le expone así al aire, humedeciéndolo a menudo. Los indios están constantemente ocupados en removerlo; después, cuando se juzga que la amalgama está completa, se conduce esa pasta al lugar del lavado, que consiste en un agujero provisto de cuero, donde el agua cae desde lo alto, para lavar y extraer las partes heterogéneas. A la salida de ese agujero, de dos metros de ancho, donde un hombre patalea constantemente, existe un pequeño foso, donde se detienen por fuerza las partículas más pesadas; allí, otro hombre remueve continuamente la mezcla, para separar la tierra. De ese fosito parte un canalito, igualmente provisto de cuero, donde, de tanto en tanto, hay todavía pequeños fosos, destinados a retener las partículas más pesadas; en la extremidad del canal hay un gran depósito, que cuando está demasiado lleno rebasa su contenido en el campo. El movimiento que se imprime en todos los puntos separa las partículas más livianas. Una vez terminada la operación, el primer depósito, así como los demás, no contienen más que la mezcla de mercurio y plata, que se presiona para separar de la plata la mayor cantidad posible de mercurio. Se forman así panecillos de diversas formas, que se someten al tostaje para extraer el resto de mercurio. Esos panes son conocidos con el nombre de *plata piña*. Las leyes del país prohiben con mucha severidad la exportación de plata piña, no debiendo la plata exportarse más que en moneda, y pagando grandes derechos. La plata piña constituye, empero, como se sabe, una de las ramas lucrativas del comercio extranjero, que es muy activo, a pesar de las precauciones que los gobiernos boliviano y peruano toman para impedirlo.

El propietario de la mina puso una amabilidad infinita en mostrarme su explotación en sus menores detalles, y hasta me dio algunas muestras del mineral. Al abandonarle, me dirigí a la mina de Huala, donde hallé las galerías abiertas en el esquisto azulado de transición. Recorrí la entrada de las más bajas, y no me pareció del menor interés penetrar más adentro. Llegué después

a Capiñata, donde el alcalde me dio por alojamiento un granero sin puertas ni ventanas. A mi partida de La Paz, sabiendo que recorrería comarcas donde no se hablan más que los idiomas indígenas, el aymara y el quechua, llevé conmigo un joven intérprete de esas dos lenguas. Tuve ocasión a menudo de felicitarme de esa precaución, en zonas donde nadie habla español. En Capiñata ese intérprete me fue indispensable; no hallé ningún español, y hasta el alcalde, aymara también, sólo sabe algunas palabras castellanas, lo que no me impidió ser bien tratado y obtener todo lo que deseaba. El villorrio de Capiñata, construido junto a la cumbre de la montaña de Pumulú, está formado de una plaza, de una iglesia y de unas cuarenta casas de indios. Está a seis leguas de Inquisivi, de la cual depende. Los alrededores me ofrecieron el mismo aspecto y las mismas producciones que en Inquisivi. La paz de que gozan los animales de caza en esas comarcas es tal, que desde la ventana de mi granero maté todos los que quise, tanto tórtolas como palomas, que venían familiarmente a posarse en medio de la plaza pública.

16 de septiembre

En la dirección que seguía, al norte de los Andes orientales, nada faltaba todavía ver, en la provincia de Sicasica, el cantón de Cavari cuya capital está a ocho leguas. Me puse en camino hacia allí. Estuve pronto en la cumbre de la cuesta de Pumulú, donde experimenté un frío penetrante. Esa cuesta, como todas las montañas de arenisca de los alrededores, es bastante redondeada y la cumbre está cultivada por completo. No se parece, de ninguna manera, a las crestas agudas de los alrededores de Yanacaché y de Chupé. Aquí la cuarta parte, más o menos, de los alrededores de los pueblos es empleada en la agricultura, mientras que en Yungas la agricultura sólo ocupa un espacio muy pequeño, en relación al conjunto. Había abandonado del todo la zona de los bosques. Si, desde lo alto de la montaña, escudriñaba los alrededores, no veía más que bosquecillos espinosos, achaparrados, en las cumbres de las montañas o en el fondo de los valles; por lo demás, no veía más que pequeños zarzales cubiertos de espinas, que crecen con trabajo en un terreno muy seco. Todas las regiones agrícolas de esa provincia, aunque situadas en la cima de las cadenas, toman, en la región, el nombre de *valles*[38]. Desde la cumbre de la cuesta se mostraba, en el fondo de la quebrada, el Río Colquiri.

---

38 Cada zona de terreno tiene, en el idioma español, su nombre local particular. Así como he dicho, las mesetas muy elevadas, corno las de la cordillera y las vecinas a las nubes, se llaman *puna brava*; las mesetas menos frías o montañas menos elevadas, son conocidas con la simple denominación de *puna*; los valles secos, donde se comienzan a cultivar los cereales, se llaman *valles*; los valles más cálidos, pero siempre secos, donde pueden crecer la viña y la caña de azúcar, llevan el nombre de *valles fuertes*; y, finalmente, las montañas boscosas, muy húmedas y muy cálidas, son las *Yungas*.

Me creía muy cerca, pero no era así. Descendí dando innumerables rodeos, para disminuir la pendiente, en medio de estrechos senderos, apenas trazados, llenos de piedras desprendidas, que ruedan bajo los pasos de las cabalgaduras y las hacen a menudo resbalar algunos metros. Esos pobres animales, para resistir a la pendiente y retenerse, avanzan las patas de atrás, como punto de resistencia; así no tropiezan casi nunca. Su instinto, en esos terribles caminos, es realmente extraordinario. A pie, daría trabajo caminar, sin tropezar a cada paso, corriendo, además, el riesgo de rodar algunos centenares de metros hacia la base de la montaña. En mula, por el contrario, uno confía a tal punto en la seguridad de la marcha de su bestia, que se desliza por las rápidas pendientes, se salta por encima de los bloques de rocas o se franquean las grietas, sin que nunca llamen la atención esos accidentes del terreno: es un asunto de la cabalgadura y no del jinete, que se limita a ayudarla con las riendas. Durante cuatro horas seguidas descendí, en medio de un suelo pedregoso, salpicado de zarzales de quebrachos, de algunos cactus en forma de árbol y de mimosas espinosas. El campo era tanto más triste cuanto, poco tiempo antes, había sido completamente quemado[39].

Toqué, finalmente, las márgenes del río, donde el calor sofocaba. Las aguas, entonces poco caudalosas, de un ancho de veinte metros a lo sumo, corrían con fuerza en medio de una playa de cerca de media legua de ancho, cubierta de cantos rodados, y completamente deshabitada, a causa de las fiebres intermitentes que allí reinan, y por la falta de tierra susceptible de cultivo. Es, en efecto, el más triste lugar del mundo. Me detuve un momento; y, contemplando el camino que me quedaba por recorrer, casi me asusté. Estando Cavari del otro lado de la montaña, tenía que ascender por lo menos tanto como lo descendido, por pendientes tan abruptas y por caminos tan malos. Es necesario, según los cálculos de los habitantes, ascender cuatro leguas, que me llevaron seis horas de marcha, jadeando las mulas y sintiendo a menudo la necesidad de detenerse. Hallé las mismas plantas, la misma aridez que del lado opuesto; pero la cumbre no da nacimiento más que a plantas gramíneas y a cardones, que han alejado, en muchos puntos, el cultivo del trigo, de la papa y del maíz. En las partes culminantes, del otro lado, antes de llegar a Cavari, encontré con interés *chulpas* o antiguas tumbas de los aymaras, más grandes, pero cons-

39 Es una costumbre general en América aprovechar la estación seca para incendiar el campo, a fin de renovar los pastos e impedir que crezcan los zarzales. La he observado en Corrientes y en las Pampas; debía volverla a encontrar por todas partes en el interior de Bolivia. Se cree obtener así una planta más tierna, más apropiada a la nutrición de los animales de carga y destruir a los reptiles, con todos los animales que no puedan huir. Es una verdadera calamidad para el naturalista, que no halla nada, después del incendio.

truidas en tierra, como las que vi en Palca. Lo que aquí presentaban de interesante es que, construidas sin duda por los aymaras, puesto que los quechuas practicaban fosos para enterrar a sus muertos, están hoy junto a un burgo, donde no hay más que quechuas, colonia moderna, provenientes del este o del sureste. Yo debía vivir desde ese momento con esa nación, siendo Inquisivi, de ese lado, el último lugar habitado por la nación aymara. En el fondo del valle, a una hora, el termómetro centígrado daba treinta y dos grados; en la cima de la cuesta de Chulpa Chirca[40], lo hallé, a las seis de la tarde, en seis grados. Esa diferencia de temperatura me hizo experimentar una sensación muy intensa de frío, que un viento muy fuerte hacía aún más viva.

Cavari se levanta al este de la montaña, muy cerca de su cumbre. Fui recibido lo mejor que podía pensar por el corregidor, que me hizo compartir su casa. Al día siguiente recorrí el burgo, compuesto de una hermosa iglesia, de una plaza y de gran número de casas habitadas por indios quechuas. Es la cabeza del cantón de cinco o seis capillas diseminadas por las montañas vecinas; las principales son Cascavi, Charula y Carava. Todos los alrededores están cultivados; y, desde los puntos elevados, el panorama es muy hermoso, pudiendo la vista abrazar una gran parte del curso de los ríos Colquiri y Ayupaya, que se unen a algunas leguas de distancia. El aspecto de las montañas situadas al este me pareció tanto más agradable cuanto una corta lluvia, que cayó por la noche, las revistió de una ligera capa de nieve, contrastando con el fondo ardiente de los valles.

Antes de abandonar la provincia de Sicasica, echaré una ojeada rápida a su conjunto. Está situada a ambos lados de la cadena oriental de los Andes; y, por consiguiente, participa de las producciones de las mesetas y de los valles cálidos. Sin embargo, como lo hemos visto por las partes ya descritas, es completamente distinta de la provincia de Yungas en cuanto a su vegetación, sus productos, su aspecto pintoresco y la forma de sus montañas. Depende del departamento de La Paz, y hasta una parte de sus riquezas cubre las márgenes de ese río, antes que atraviese los Andes. En los alrededores de Sicasica, sobre las mesetas, hay las mismas producciones que en La Paz; sólo se ocupan de la cría de ganando y el pastoreo de rebaños. Los cantones de Cavari, Inquisivi y una parte de los valles de La Paz y de Caracato, presentan los más hermosos cultivos de trigo, maíz y papas. En esos mismos valles, algo más abajo, se reco-

---

40 *Chulpa Chirca* es aymara y se compone de *chulpa*, tumba, y *chirca*, nombre de una mimosa de hojas aflechadas, que dan la cascarilla; así, el nombre de la montaña sería *Mimosas de las tumbas*, denominación que no deja de tener su poesía.

ge un vino delicioso y caña de azúcar. No dudo que se pueda introducir fácilmente la cría del gusano de seda, y, por consiguiente, ahorrar la considerable salida de fondos destinados a comprar fuera las telas de seda que se consumen en el país. El lino y el cáñamo podrían también cultivarse con provecho en los valles algo más elevados; y esas dos materias primas, junto con la abundancia de lana, darían nuevo impulso a la industria, en una provincia donde numerosas corrientes de agua y las pendientes de los ríos proporcionan todos los medios posibles para el establecimiento de toda clase de fábricas. Se han limitado, en esa provincia, a la explotación de minas; y durante el siglo pasado la agricultura sólo se ha dedicado a satisfacer las necesidades más apremiantes de los trabajadores. Hoy, que casi todas las minas están llenas de agua y no pueden ser explotadas, se ha podido extender la agricultura; pero queda mucho por hacer para elevarla a la perfección que debe alcanzar, aplicando los conocimientos teóricos de algunos países europeos, como Francia e Inglaterra. La primera medida de progreso sería dejar de prender fuego a los campos, lo que ocasiona el desmonte de las partes boscosas. Así resulta que las nubes se detienen menos, las lluvias disminuyen anualmente y el agricultor se queja de la sequía que anula su cosecha, mientras que no tendría más que dejar actuar a la naturaleza, para lograr, en la economía agrícola, un cambio de lo más favorable.

La provincia de Sicasica es una de las más abundantes en minas de plata. Gran número se explotan todavía, como las de Suanca, Pacoani, Calamarca, Laurani, Coacollo, Yuncayancani, Choquetanga, Corachapi y Acutani, de donde se sacan grandes beneficios; pero las más ricas, las de Colquiri, Antara y Abara, en el cantón de Cavari, de Ayoayo, están hoy invadidas por las aguas. Las minas de oro de Choquetanga y Avara ofrecen también, por épocas, grandes beneficios. La explotación de minas es, en general, de lo más insegura. El número de personas que se han arruinado por completo es treinta veces mayor que el de individuos que han retirado verdaderas ganancias. Es un juego de azar que los habitantes prefieren a la explotación cierta y segura de la agricultura o de la industria, fuente de toda prosperidad real. Hay principalmente en el rico valle de Caracato, junto al pueblo de ese nombre, y en Belén, muchas fuentes termales, que brindan baños muy efectivos a los enfermos y producen muchas concreciones calcáreas, empleadas en la fabricación de cal. Hay en la provincia diez y siete burgos habitados, en parte, por indios aymaras. Su población es de alrededor de 58.300 almas y sus productos anuales dan al Estado 54.383 pesos (271.915 francos)[41].

---

41 *El Iris de La Paz*, N° 8, 29 de agosto de 1829.

Viaje por la provincia de Ayopaya

1830
Ayopaya
18 de septiembre

En Cavari, vi los límites de la provincia de Sicasica, y, al mismo tiempo, el último lugar habitado del departamento de La Paz, Machaca o Machacamarca, a donde debía ir, dependiente de la provincia de Ayopaya, departamento de Cochabamba. Debía también, durante mucho tiempo, abandonar la lengua aymara, para sólo oír hablar el quechua, antiguo idioma de los incas. Al abandonar Cavari, seguí la pendiente de la colina[42] por unas dos leguas, atravesando siempre tierras cultivadas, sembradas de trigo y maíz, teniendo delante la nieve que cubría las cumbres; a mis pies el Río Ayopaya, límite de dos provincias, en las márgenes del cual vi una vegetación que anunciaba los dulces efectos de la primavera. Todo eso se mostraba en algo así como un abismo, donde era menester llegar. El sendero apenas trazado, suspendido sobre el río, sólo cruzaba durante mucho tiempo terrenos secos, calcinados, cubiertos de una vegetación pobre, achaparrada, caracterizada por numerosas plantas espinosa; luego, esa zona contrasta con las mimosas de color verde tierno, que forman bosques de especies variadas, por su elegante follaje aflechado, por sus bonitas flores amarillas en penachos, cuyo suave olor hace que se las llame *aromas*[43]. En el fondo de los valles, al abrigo de los vientos del suroeste, se experimenta un intenso calor de refracción tanto más sensible por cuanto en la cumbre de las colinas el frío es muy intenso, y la transición tiene lugar a lo sumo en algunas horas. Después de haber atravesado el cerco de mimosas que bordea, al pie de las colinas, el lecho del río, llegué a una gran playa de cantos rodados, en medio de la cual hallé aguas límpidas, corriendo con fuerza en una anchura de veinticinco a treinta metros; aguas engañosas, cuyo aspecto cristalino, así como los encantadores bosques de sus orillas, ocultan influencias pestilentes, fiebres agudas, sea intermitentes, sea continuas, mortales en pocos días. Evitadas por los habitantes[44], y hasta, se diría, abando-

42 Para designar este tipo de *caminos trazados horizontalmente sobre pendiente de una montaña*, la lengua española emplea, en vez de una perífrasis, la palabra *ladera*, que todo lo dice.

43 Son bosques análogos, por la altura, el follaje y las flores, a los bosques de *espinillos* de la República de Buenos Aires y a los de la llanura de Santiago en Chile. Si no son de la misma especie, son por lo menos plantas vecinas.

44 Se cree por lo general que las fiebres intermitentes no se producen más que en los pantanos o en los lugares donde las aguas se pudren. Ya había observado ese hecho en la Vega y en el Río de La Paz; lo volví a encontrar aquí, en un río cuyas aguas torrentosas corren sobre cantos, sin dejar nunca depósitos en sus orillas, y pude comprobarlo en una serie de puntos, en las regiones secas de Bolivia.

nadas de los pájaros, esas alegres orillas entonces embellecidas por la actividad de la primavera, estaban tristes y silenciosas. Se las atraviesa rápidamente, sin admirarlas, abandonándolas sin lamentarlo para alcanzar las laderas áridas de las montañas.

Ya había observado, y tuve oportunidad más tarde de comprobarlo en todas partes, que la humedad o sequedad de las montañas con una temperatura semejante, cambia por completo la naturaleza de la vegetación. Cuando son cálidas y secas, se cubren sólo de árboles espinosos de hojas aflechadas, y los cactus constituyen las tres cuartas partes del conjunto de seis plantas, por lo general arborescentes. Cuando, por el contrario, son húmedas y cálidas, como en Yungas, no hay rastros de cactus; las plantas espinosas desaparecen, las hojas aflechadas son más raras, mientras que se ve predominar a las hojas anchas y enteras[45]. Después de haber cruzado el segundo cerco de mimosas, penetré en un verdadero bosque de cactus, que mis guías aseguraron ser frecuentado por los osos, sin que yo viera el menor rastro. Ascendí luego, durante cuatro horas, una cuesta de lo más rápida., y llegué al burgo de Machacamarca.

El corregidor del cantón y el juez de paz estaban reclutando[46] en el campo, y sólo pude dirigirme a indios que, poco dispuestos a acogerme, daban a mis preguntas respuestas evasivas. Estaba en medio de la plaza, no sabiendo qué hacer con mi persona, cuando un individuo amable tuvo la bondad de brindarme hospitalidad en su casa, donde tuve las mejores habitaciones que ocupé desde mi partida de Chulumani. Experimenté, sin embargo, un inconveniente. No hallé absolutamente nada qué comprar para comer, y en ayunas

---

45 He creído observar que en los invernaderos particulares, y hasta en los invernaderos de los grandes establecimientos públicos, no se tiene suficiente cuenta de esos géneros de necesidades de las plantas, que se someten indiferentemente a un calor húmedo. De allí que las plantas de las zonas secas mueren o cambian totalmente de aspecto. Así se ha desnaturalizado a ciertos cactus, que no se reconocerían más, si se volvieran a ver.

46 En el país, los blancos se exceptúan del servicio militar; los indios también, siempre que paguen una contribución personal. El reclutamiento sólo tiene, pues, lugar entre los mestizos indígenas llamados *cholos* o los mestizos de negros conocidos con el nombre de *zambos*. Como nadie sirve de buena voluntad y no existe ninguna ley de reclutamiento, se dirigen los reclutadores armados al campo, donde saben que hay hombres en condiciones de prestar servicio militar; se cercan las casas, se prenden a los hombres, hasta se los ata, y se los conduce así, con buena escolta, hasta la ciudad próxima, donde, encerrados en prisiones, reciben las primeras lecciones. En general, la aversión al estado militar llega en el país al máximo. Como la hospitalidad del país a nadie deja morir de hambre y los vagabundos siempre hallan quién los mantenga en la ociosidad, hace que prefieran, aun careciendo de ropa, esa existencia libre a la disciplina militar, que odian por encima de todo.

desde las seis de la mañana debí aguardar hasta las ocho de la noche y aprovechar una vez más la amabilidad de mis huéspedes.

Machacamarca, situada a cuatro leguas de Palca y a veintinueve de Cochabamba, era un mayorazgo del marqués de Montemira. Fue catorce años seguidos, desde 1810 hasta 1824, durante las últimas luchas de la independencia, teatro de la guerra. El valiente general Lanza se acantonó allí y resistió todos los ataques de los españoles. Los habitantes perdieron en ese conflicto todo lo que poseían, de lo que se resienten hasta hoy. Carentes de ganado, se ven obligados a consumir sus productos, por no tener medios de transporte hasta la capital. El pueblo nada vale en sí mismo; su gran iglesia sólo es frecuentada el día domingo, y a lo sumo hay doscientas almas partidas en unas cuarenta cabañas, habitadas por indios quechuas. El resto de la población está distribuida en cinco anexos[47] y en numerosas haciendas. El panorama es muy pintoresco por el valle de Ayopaya, que domina las montañas que coronan el valle.

Al día siguiente, algunos tiros de fusil en medio de bandadas de palomas y tórtolas, que viven apaciblemente alrededor de las casas y hasta en la plaza, me proporcionaron algunas docenas, de las cuales ofrecí una parte a mi huésped y conseguí provisiones para la jornada.

19 de septiembre

Un sendero estrecho, de subida muy rápida, en medio de una naturaleza poco variada, me condujo a una garganta profunda, donde hallé con placer bosquecillos de ese árbol que había encontrado en la cumbre de la cordillera, junto a la cuesta de Delinguil; árbol original, de follaje trunco, cuya corteza, amarillenta, de cuatro a seis centímetros de espesor, se compone de capas muy numerosas de hojuelas finísimas como el más fino papel y lisas al máximo, que, en la superficie, están desgarradas, moviéndose a merced de los vientos y presentando el aspecto más original. Serpenteando por senderos tortuosos y pintorescos, abandoné esos bosques en ruta a la región de las gramíneas, de las que todas las cumbres están cubiertas, y llegué al punto más alto, desde donde se ofreció a mis ojos un panorama inmenso y de lo más hermoso. A la izquierda, una garganta cubierta por un bosque sombrío; más abajo, un gran valle cultivado, que va a desembocar más lejos en otro valle cuyo curso no podía ver, por encima de las altas colinas, todo terminando en el horizonte con una vasta cadena de montañas cuyos picos, altos y cortados, estaban entonces cubiertos de nieve de una blancura brillante, que contrastaba con la región de los pastos que se perdía a lo lejos.

---

47 Esos anexos son los siguientes: Fuisonga, Sampaya, Cuti, Caimani y Usungani.

Mientras observaba así todo lo que se me presentaba, mis bestias de carga y su conductor tomaron la delantera. Me hallé ante dos caminos. Como nada me orientaba, resolví tomar el mejor trazado; pero, pronto, al ver, debajo mío, el burgo de Palca Grande, me di cuenta de que me había equivocado, y que ésa era la ruta de Cochabamba. Volví sobre mis pasos; y, dos horas más tarde, descendí en Palca. Uno de mis guías me había precedido. Era un domingo. Todos los habitantes estaban reunidos en la capital de la provincia. Vieron llevar un hombre, un extraño, con un fusil. El gobernador sorprendido lo encarceló provisionalmente, sin querer oírlo. Pusieron también mis efectos bajo la vigilancia de la policía, y los tres únicos fusiles del lugar, cubiertos de herrumbre, fueron puestos en condiciones, como se tratara de hacer frente a una agresión. Cuando yo llegué, se agruparon, de nuevo, alrededor mío. Se manifestaba de todos lados la más viva curiosidad, y tres hombres armados constituían un acontecimiento tan grande, que, a pesar de mi aire de autoridad, tuve todas las penas del mundo en abrirme paso entre la muchedumbre y dirigirme a casa del gobernador, a quien después de mostrarle mi pasaporte y órdenes del gobierno, le reproché su falta de hospitalidad con los extranjeros. Ese gobernador era, bajo el aspecto más ordinario, el más rico propietario de los alrededores, lo que lo envanecía un tanto. Se dignó, empero, darme un alojamiento, y se mostró al día siguiente muy dispuesto a servirme, sin duda con el objeto de hacer olvidar su conducta de la víspera.

Situada en el fondo de un valle y junto a la confluencia de muchos arroyos, Palca Grande está rodeada de campos de maíz y trigo. Es un pueblo distante veinticinco leguas de Cochabamba, y cabeza de la provincia de Ayopaya. La iglesia es bastante grande; pero las casas, bastante mal construidas, son verdaderas cabañas de un solo piso[48]. Se ven cerca del burgo las ruinas de la antigua iglesia, destruida durante la revolución de Túpac Amaru; y se asegura que trescientos españoles, hombres, mujeres y niños, fueron masacrados sin piedad por los indios. Su población es indígena o mestiza de quechuas, siendo allí poco numerosos los españoles. Los habitantes de los valles están afectados por grandes bocios, que no se complican nunca con cretinismo. Los productos de la provincia son idénticos a los de Sicasica; si embargo, la cosecha de cereales es aquí más abundante. Existe una rica explotación de lavaderos de oro en

48 En1787, según Viedma, p. 16, cuyo manuscrito original poseo, esa población era, comprendida la de las cinco anexos, de 1.197 almas, de las cuales 911 indios pagaban el tributo anual de 750 pesos (3.750 francos). El cura tenía una renta de 1.500 pesos o 7.500 francos.

Choquecamata, donde las pepitas son muy grandes, y se han realizado actualmente trabajos importantes en el fondo del río, para explotar esa gran fuente pródiga en riquezas. Se ha descubierto también recientemente una mina de plata en los esquistos de las montañas próximas a la capital, pero no mostró continuidad en los filones. En general, la provincia de Ayopaya sufre todavía las consecuencias de las guerras: la población es poca en relación con la extensión de las tierras agrícolas, que no sólo podrían alimentar a cien veces más habitantes, sino también ofrecer las mayores ventajas a las explotaciones de todo género, por medio de sus aguas corrientes y de la variedad de temperatura de que goza, desde la de las nieves eternas hasta la de las regiones más cálidas. El gusano de seda daría, según creo, amplias cosechas.

Dediqué un día a recorrer los alrededores y hacer observaciones en todas las direcciones. Paseándome por el burgo, noté muchos grupos de indios ancianos, de ambos sexos, sentados a la redonda, que parecían comer maíz sin tostar. Me llamó la atención. Me dijeron que masticaban el maíz para hacer chicha. Esa explicación nada me explicó y pedí otras. En el departamento de Cochabamba el gusto por la chicha, especie de licor fermentado, hecho de maíz, es tan pronunciado, que constituye un artículo de primera necesidad, al mismo tiempo que un gran placer. Objeto de todas las reuniones del pueblo, es también bebida por los ricos propietarios, como tendré ocasión de decirlo más adelante. Para satisfacer ese gusto, hace falta maíz triturado; pero por refinamiento los aficionados a la chicha creen que el maíz masticado es infinitamente mejor. Los mestizos lo prefieren así, y los propietarios de mayorazgos o de haciendas tienen hasta hoy derecho a exigir de sus indios[49], de acuerdo a lo convenido, uno o dos quintales de maíz masticado por año, para hacer la chicha. A ese efecto, los pobres indígenas están obligados, como los que se veía, a emplear días enteros en ese trabajo, que es por lo general la tarea de los ancianos, ocupándose los jóvenes de otras cosas, consideradas más penosas. Nada más raro que ver a ocho o diez personas tomar constantemente un puñado de granos de maíz, metérselos en la boca, triturarlos hasta aplastarlos y mezclarlos con la saliva. Lo escupen después y lo colocan a su lado sobre un cuero, en montoncitos llamados mascadas, a medida que progresa la operación. Se reúnen, al fin de la sesión, los montoncitos secos en bolsas, hasta obtener la

49 Resulta doloroso pensar que todos los campos parcelados, así como todas las grandes haciendas, no pertenecen a quienes los cultivan, sino a esos grandes propietarios que reemplazan a la nobleza y tienen prerrogativas sea sobre las comunidades, sea como rentistas, sobre las rentas; mientras que ningún indio posee un pedazo de tierra.

cantidad exigida por el señor o propietario de las haciendas. Habiendo experimentado yo mismo, en ciertos momentos de escasez, cuán cansador resulta triturar así granos tan duros, e interesante comprobar hasta qué punto pueden gastarse los dientes, rogué a la persona que me había proporcionado esta información, que pude verificar plenamente más tarde, como simple broma, que algunos de los mascadores del día me mostrasen la boca. Todos tenían los dientes gastados hasta las encías, y presentaban una superficie lisa, sobre la cual se reconocían las capas constitutivas. Me sorprendió también la pérdida enorme de saliva que debía hacer sufrir esa masticación forzada, hecha para el estómago de otros.

Habituado a no asombrarme nunca ante la diferencia de usos y costumbres que encontraba, no podía, empero, acostumbrarme a ésa; e hice de mi interlocutor algunas observaciones sobre la repugnancia que debía causar la idea de semejante preparación. Me respondió sin asombrarse que sí gustaba de la chicha, olvidaría la fabricación, y que además la fermentación todo lo corregía. Poco dispuesto, por el momento, a comprobar el hecho, debí contentarme con la respuesta. La chicha se hace con maíz triturado o masticado, que se pone en agua. Se la somete, según creo, a una cocción, luego se vierte todo en grandes cántaros de cerámica, hasta que fermente; luego se comienza a beber. Es una bebida tan nutritiva que, para conservar la existencia, sólo requiere agregar muy pocos alimentos.

El cura de Palca, hombre amable e instruido, me hizo una visita. Tuve verdadero placer en hablar con él, siendo su conversación, sobre cualquier tema que tratara, alegre, entretenida y completamente exenta de afectación. Ya había notado, en algunos curas de aldea, especialmente en el de Suri, ideas muy justas y conocimientos.

21 de septiembre

Abandoné Palca, para ir a dormir a la capilla de Santa Rosa, alejada cuatro leguas; atravesé colinas cultivadas de tanto en tanto y donde había aquí y allí casuchas habitadas por indios. Habiendo tenido poca suerte con las autoridades locales, desde que toqué el departamento de Cochabamba, no me fue mejor en Santa Rosa. El corregidor del cantón llevó la grosería al extremo de no querer darme ni un techo bajo el cual descansar. Después de hacerle justos reproches, pedí hospitalidad en una cabaña de indígenas y me instalé en un galpón, donde pasé mucho frío por la noche. Estaba frente a un brazo de los Andes cubierto de nieve y sólo separado por el Río Ponacaché. Al día siguiente me dirigí a Morochata, límite de la provincia, distante ocho leguas de Santa Rosa. El aspecto de las montañas es allí realmente imponente. Desde el lecho del río,

donde el sol produce un efecto de irradiación original, veía sucederse las zonas de vegetación: las del cactus en lo bajo, luego los zarzales, reemplazados más arriba por un pasto que se extendía hasta el pie de las nieves, que dividen los picos diseminados sobre la cadena, tan lejos como la mirada puede abarcar hacia el norte. Bajé rápidamente hasta el Río Ponacaché, por senderos en muy mal estado, por laderas empinadas, entre zarzales espinosos y cactus arborescentes, y de un suelo cubierto de piedras de aspecto muy triste. Después de haber cruzado los cantos de la playa, tomé la ladera de las montañas nevadas, remontadas hacia los Andes orientales, atravesando lugares sembrados de campos de maíz y trigo, hasta el caserío de Chinchiri. Me hallaba delante de altas montañas, formadas de arenisca siluriano rojo y violeta, dispuesto en capas casi horizontales cuya sección, cortada perpendicularmente arriba de la quebrada, presenta el aspecto más pintoresco. A medida que uno se sube, se ven desaparecer los cactus. Algunos árboles se muestran hasta el caserío de Parangani, donde los campos de trigo se suceden, así como varios molinos de agua, alimentados por el derretimiento de las nieves, que forma muchas quebradas que caen, en pendiente muy rápida, desde la cumbre de los Andes. El valle se estrecha mucho. Vi también algunos campos; luego, al pie de una alta cadena de asperón, cortada a pico en el valle, vi finalmente el pueblo de Morochata, objetivo de mi viaje del día. La mayor pobreza parecía reinar en ese villorrio, donde sólo se cultiva la papa y la cebada, tan alto y próximo está a las cimas nevadas y frías.

No me faltaban más que cuatro leguas del país, desde Morochata hasta la cumbre de los Andes orientales, límites naturales de la provincia de Ayopaya.

22 de septiembre

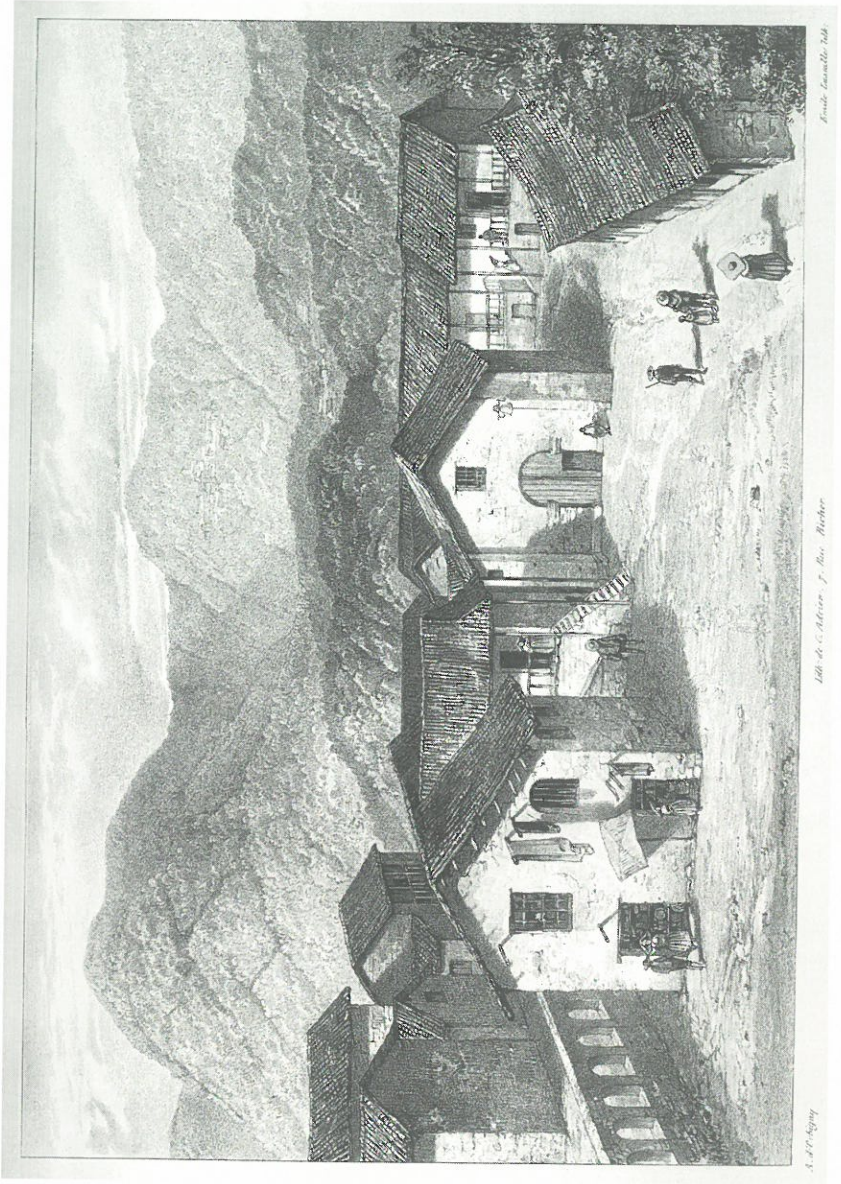
Ascendí el valle, reducido entonces a una simple quebrada de lo más encajonada, compuesta al norte por un corte escarpado de esquistos antiguos, y al sur, por asperones cortados también perpendicularmente, habiendo sido la quebrada, sin duda, formada por los más hermosos cortes de fallas que he conocido. A poca distancia del villorrio, los cultivos desaparecieron, y volví a encontrar la zona de los pastos, donde todas las plantas se reducen, a ellos. La senda se hacía más difícil. Logré, sin embargo, después de detenerme cada diez pasos, a causa del enrarecimiento del aire, llegar hasta el nivel de esas enormes masas de esquisitos desnudos, que, contrastando con las nieves que los recubre, presentan el aspecto más imponente y más severo. Puse pie en tierra, para observar mejor, y recogí muchas plantas interesantes, así como nuevas y preciosas informaciones sobre la geología de esa cadena desconocida de los geógrafos. Sentí el frío más intenso y tal efecto del enrarecimiento del aire, que apenas pude dar algunos

pasos sin ser detenido por fuertes palpitaciones. Esas cumbres representan puntas elevadas y recortadas, que constituyen el levantamiento de capas de esquistos y de filados, todos desprovistos de vegetación o cubiertos de nieves y hielos. La cadena se ve desde la cima en dirección del noroeste, hasta donde puede llegar la mirada. Cuando se llega en la zona tórrida, hasta el nivel de las nieves permanentes, es imposible no experimentar, ante el aspecto de esa naturaleza salvaje e inanimada, una fuerte emoción por así decirlo independiente de la voluntad. En lo que a mí respecta, sea que vinculara esas masas, de aspecto grandioso, con ideas de grandes catástrofes de dislocaciones de la corteza terrestre que las hubiesen producido, sea que me inspiraran un alto grado de respeto, al mismo tiempo que una viva satisfacción causada por la vista de una vegetación muy peculiar, me sentía animado por una gran exaltación, cada vez que en mis ascensiones llegaba a esos puntos culminantes del Nuevo Mundo.

Crucé por dos estrechos pasos del mismo nivel, más elevados, sin duda, que el de Gualillas[50], a juzgar por la falta de vegetación y por la nieve. Llegué a un tercero, donde de pronto me sumergí, a algunos millares de pasos, en los ricos valles de Cochabamba y Clisa. Ningún contraste me fue más impresionante que las rocas donde me hallaba; era la imagen del caos en comparación con la tranquilidad más grande; era la naturaleza triste y silenciosa, y la vida más activa, la animación de todos los puntos. Eran, rodeadas de colillas áridas, dos inmensas llanuras cultivadas, sembradas en todas partes de casas, de bosquecillos, donde se distinguía un gran número de aldeas y una gran ciudad, a la cual sus edificios daban el aspecto de una reina en medio de sus súbditos. Nada, en efecto, puede compararse a la sensación que producen esas dos inmensas llanuras, o, por mejor decir, esas mesetas cubiertas de casas y de cultivos, ubicadas en medio de una naturaleza montuosa y seca, que se extiende a más de treinta leguas a la redonda, y se pierde en el horizonte. Se cree ver la tierra prometida en medio del desierto, el más hermoso cuadro rodeado de un marco sencillo, pero severo, que hace destacar las riquezas. Si había experimentado vivas impresiones ante las bellezas salvajes de la naturaleza grandiosa de Tacora, de la meseta boliviana y de las montañas de Yungas, donde la vida no participa en nada del conjunto, puesto que no aparece nada vinculado con el hombre, ¡qué debía sentir ante esos campos animados, esas llanuras cubiertas de edificios, esos ricos campos, que me recordaban mi querida patria!

---

50 La vegetación y la proximidad de las nieves me hacen pensar que ese cuello está a unos 4.800 metros sobre el nivel del mar.



Vista de Chulumani, capital de la provincia Yungas.

CAPÍTULO XXVII

Cochabamba y sus alrededores. Viaje a Santa Cruz de la Sierra, por las provincias de Clisa, Mizque y Valle Grande

Cochabamba y sus alrededores

Los primeros pasos que di al descender los Andes orientales me condujeron a la provincia de Quillacollo, de la cual depende la parte occidental de la hermosa llanura de Cochabamba. Como andaba por un penoso sendero[1], estaba poco dispuesto a observar lo que me rodeaba. Descendí maquinalmente sin ver nada, con los ojos puestos en el valle, cuyas riquezas parecían crecer a medida que me acercaba. Después de dos meses pasados en las montañas, donde me hubiera sido difícil encontrar una superficie horizontal de sólo media legua de ancho, estando todo el terreno formado de pendientes más o menos abruptas en todos sentidos, experimentaba tanto más placer en contemplar la llanura, cuanto que veía en ella mucha semejanza con las hermosas regiones agrícolas de Francia. La vista de la cúpula de las iglesias, de los campanarios de los conventos de Cochabamba, me dio la esperanza de gustar por algunos momentos esa vida intelectual de que había estado privado mucho tiempo, y de la que sentía una verdadera necesidad antes de hundirme, tal vez por años, en el centro del continente americano. Después de tres horas de marcha, abandoné la quebrada rocosa y desemboqué en la llanura. Era tarde, y tuve que detenerme no lejos de allí, junto a una humilde cabaña de indígenas, donde fui recibido con toda la bondad imaginable, y pude conseguir víveres, consistentes en carne salada y maíz.

23 de septiembre

1 Hallé en ese lugar el árbol cuya corteza parece papel.

Mientras descendía, vi a los indios prendiendo fuego en muchos lugares de las colinas; esos torbellinos de llamas y humo se elevaban al aire y me ofrecían también aquí un espectáculo imponente a causa de la mala costumbre que tienen los americanos de quemar todos los años el campo, con el objeto de renovar la hierba. El viento del sur que sopló por la tarde reanimó el incendio. La noche, sin luna, era muy sombría, y experimenté un verdadero placer al ver esas oleadas de fuego que descendían de lo alto de las montañas a las quebradas, donde encontraban más alimento; parecían entonces torrentes de lava que corrían con lentitud del cráter de un volcán. De acuerdo con la naturaleza del combustible, las llamas cambian de color, de violencia y de forma, y toman, a cada instante, un aspecto nuevo. La viva luz que expanden por las montañas se extiende a lo lejos, a menudo hasta las cumbres nevadas, que se ven surgir, de tanto en tanto, de en medio de una espesa nube de humo, cuando el viento la disipa. Es entonces cuando la luz avanza hacia la llanura y aclara una parte, dejando la otra sumergida en tinieblas muy espesas.

El 24 atravesé inmensos campos de trigo y maíz, en una campaña sembrada en todas partes, al lado de numerosas huertas de durazneros, olivos, higueras y sauces, presentando el conjunto el aspecto de nuestra Provenza.

24 de septiembre Llegué así, por una pendiente de lo más suave, hasta el gran pueblo de Quillacollo, cabeza de provincia y el más poblado del valle, después de la capital del departamento. Es muy extenso y cada casa está rodeada de jardines y cercos; por eso se buscaría allí en vano esa regularidad habitual en las ciudades españolas de América. De Quillacollo hasta Cochabamba la llanura es más libre y hay menos árboles, pero ni una sola parcela de tierra sin cultivar; los campos están por todas partes, aquí y allí, cubiertos de pequeñas cabañas de tierra, rodeadas de cercos de la misma naturaleza, que ocupan los indios; cabañas idénticas a las que los primeros aventureros encontraron en esta parte del Nuevo Mundo, y cuya forma redondeada en cúpula y la abertura única dan a la campaña un sello muy especial, que recuerda al europeo que no está en su ambiente, a pesar de estar rodeado de una vegetación importada y en nada indígena. Después de pasar cerca del villorrio de Colcapirgua, llegué pronto a los arrabales de Cochabamba, que, comparados con lo que había visto en algunos meses, me anunciaban una gran ciudad y me hicieron experimentar una viva sensación de placer. Atravesé una parte de la ciudad, hasta la casa de un comerciante que me habían recomendado, y que, encargado de conseguirme alojamiento, se había ocupado de hacerlo, eligiéndome una casa cómoda pero sin muebles, donde me instalé de inmediato. Me arreglé algo para presentarme en casa del intendente de policía y en la del prefecto, a fin de estar después libre en mis acciones.

El valle de Cochabamba[2] ha sido, en todos los tiempos, habitado por indios quechuas agricultores, que, hace siglos, estuvieron sometidos a un cacique de la misma nación, llamado Chipana, cuyo nombre se transmitía de padre a hijo[3]. Ese jefe sostuvo, en defensa de los límites de su jurisdicción, guerras cruentas con el cacique Cari, igualmente soberano de la provincia de Tapacarí, que limita, al oeste, con la de Cochabamba. Como esas disputas empobrecieron a ambos guerreros, resolvieron someter sus diferencias al arbitraje del Inca, cuyo poder y justicia habían oído alabar. En el siglo XIII, Capac Yupanqui, quinto Inca, llevó sus conquistas hasta la provincia de Paria[4], donde los caciques enemigos le enviaron diputados para pedirle su intervención[5]. El Inca los acogió muy bondadosamente, envió sus parientes a los lugares en litigio, después asignó sus respectivas jurisdicciones a Chipana y Cari, estableciéndose como soberano de las dos provincias y sometiéndolas a su autoridad. Cochabamba, en paz, floreció; la agricultura tomó allí todavía más amplitud[6] hasta la llegada de los españoles, época en que, después del derrocamiento de los incas y de los demás jefes naturales, la provincia y sus habitantes fueron divididos entre esos aventureros, que los sometieron a la esclavitud y se repartieron a los indígenas como podrían hacerlo con ganado. La envidia de un lado, la falta de disciplina del otro, hicieron pasar de mano en mano las tierras y sus antiguos poseedores, hasta el momento en que el Virrey de Lima y la Audiencia tuvieron bastante ascendiente en el país como para sancionar leyes y hacerlas cumplir desde lejos.

La fertilidad del valle estimuló a los españoles a establecerse allí en 1565. Luis de Osorio fundó un burgo con el nombre de San Pedro de Cardeña[7]; pero en 1579[8], el Virrey de Lima, don Francisco de Toledo, cambió esa denomina-

---

2 *Cochabamba* es un nombre corrompido de la lengua: de los incas o lengua quechua, proveniente de *Cocha-pampa*, de *cocha*, lago, laguna, y *pampa*, llanura. Traducción literal: el lago de la llanura, o mejor dicho, *llanura inundada*. Es, en efecto, lo que sucede en la estación de las lluvias.

3 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 89.

4 La provincia de Paria está hoy en el departamento de Oruro.

5 Cieza de León, cap. 100; Garcilaso, *op. cit.*, lib. III, cap. XIV.

6 Vi, en la cima de las montañas vecinas, los restos de inmensos trabajos que los antiguos indios ejecutaron para conducir, por medio de canales, las aguas de la meseta al valle. Esos restos revelan el poder y la gran población de la llanura de Cochabamba en esa época.

7 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. XIV, pág. 91.

8 Según el *Iris de La Paz*, N°16, p. 2, 24 de octubre de 1829, la ciudad habría sido fundada en 1572; la *Crónica de San Agustin en el Perú*, lib. III, cap, 37, fol. 722, dice que en 1677, pero la fecha más segura es 1579, que saqué de los archivos de Cochabamba, de *El primer libro del Cabildo*, que comienza el 20 de junio de 1579.

ción por la de *Villa Oropesa*[9], aplicando el nombre de su familia a la nueva ciudad, que llevó sus armas. Cochabamba, poco rica en minas, en comparación con La Paz, Chuquisaca y sobre todo Potosí, adquirió poco peso político, estando la agricultura muy por debajo de los inmensos beneficios que producía la explotación de las minas y no siendo sostenida la industria por los gobiernos. Permaneció, como simple residencia de un corregidor, bajo la dependencia de Lima, hasta 1776, en que se instituyó el Virreinato de Buenos Aires, del que Cochabamba dependió, a pesar de estar alejada más de setecientas leguas de su nueva capital. Seis años más tarde (1782), el Virrey de Buenos Aires, enterado de la importancia agrícola de Cochabamba, hizo de ella cabeza de una intendencia, a la cual incorporó la provincia de Santa Cruz, con las antiguas misiones de Moxos y Chiquitos, encerrando así, en sus límites, mucho más de la mitad del antiguo Alto Perú, superficie igual a las tres cuartas partes de Francia. Cochabamba dependía entonces de la Audiencia de Charcas. Esa ciudad, después de la rebelión de Túpac Amaru, recibió por sus importantes servicios el título de *Ciudad*, con el epíteto de *leal* y *valerosa*, que le confirió Carlos III. Sin embargo, esos títulos no la enriquecieron, siendo la industria poco estimulada. De creer a Viedma[10], se hallaba, en 1793, en la mayor miseria. Sufrió mucho, lo mismo que las otras ciudades, durante la guerra de la independencia. Después de la emancipación definitiva y de la creación de la República de Bolivia, en 1825, se convirtió en lo que es hoy, capital del departamento de Cochabamba[11], perdiendo las provincias de Moxos, Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, la última de las cuales fue erigida en capital de departamento.

La ciudad está situada en el extremo oriental de una meseta de alrededor de dos leguas de ancho y siete de largo, rodeada, al norte, por un brazo de los Andes, que se eleva hasta las nieves eternas; al sur, por montañas secas y poco elevadas. Esa meseta forma un valle cerrado al oeste por las montañas, al este por las colinas, que la separan por un lado del valle de Sacaba, y por el otra del

---

9 *Oropesa* es un nombre empleado en los mapas, pero que nunca fue aceptado por los indios, ni tampoco por los españoles del país, que llaman siempre la ciudad de Cochabamba. Esos dos nombres hicieron creer a muchos de nuestro geógrafos que se trataba de dos ciudades; y es curioso ver figurar, una al lado de otra, la ciudad de Cochabamba y la de Oropesa, como se observa en los mapas de la América Meridional de Brué, (1826) y en muchos otros.

10 *Informe general de la provincia de Santa Cruz de la Sierra* (manuscrito).

11 Hoy el departamento se compone de las provincias de Quillacollo, Tapacarí, Ayopaya, Clisa, Arque y Mizque, que corresponden a nuestros distritos.

valle de Clisa. Está cruzada por el Río de Rocha, que, viniendo del valle de Sacaba, pasa junto a la ciudad, y por el Río Tamborada, que tiene su origen en el valle de Clisa, y va a unirse al otro río entre Colcapirgua y Quillacollo. Esos ríos se desbordan en época de lluvias, mientras que están casi secos en invierno.

La ciudad de Cochabamba, con sus arrabales, ocupa una vasta extensión. El gran número de patios y jardines, la multitud de casas de dos pisos, la hacen aparecer infinitamente más poblada de lo que es en realidad[12]. Está perfectamente trazada, dividida en bloques iguales o cuadras, por medio de hermosas calles de nueve metros de ancho, las principales bien empedradas. Hay dos grandes plazas, la Plaza Principal (situada en el centro de la ciudad), alrededor de la cual hay cuatro iglesias, la casa de gobierno o Cabildo, y, en medio, una fuente de agua. Está adornada, además, con sauces recientemente plantados, destinados a refrescar, más tarde, con sus sombras: es, sin duda alguna, la más hermosa plaza que pueda verse en cualquiera de las ciudades de la República. La segunda plaza es la de San Sebastián, situada casi en los suburbios. Reina la mayor limpieza, gracias a la vigilancia de la policía. Sin embargo, por falta de local apropiado, esas plazas, lo mismo que en La Paz, sirven también de mercado y están ocupadas, ciertos días, por toda suerte de productos de los alrededores traídos por los indios.

Los monumentos consisten en iglesias. Se destaca sobro todo la Matriz, construida de piedra, y la iglesia del antiguo colegio de los Jesuitas (dividida en tres naves), la más hermosa de todas; después vienen las iglesias de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín, de la Merced, de San Juan de Dios, de la Recoleta, pertenecientes a otros tantos conventos de hombres; las de Santa Clara y las Carmelitas, donde viven hermanas de esas órdenes. Además, está el Cabildo, gran construcción de una arquitectura muy sencilla. En el centro de la ciudad hay muchas casas de dos pisos, construidas con adobes, todas provistas al exterior de grandes balcones de madera, que se prolongan por una parte de la fachada; pero esas casas disminuyen de apariencia a medida que se alejan de la plaza principal. Son al principio bastante grandes, compuestas sólo de un piso y cubiertas de tejas; después terminan por no ser más, en el campo, que pequeñas cabañas construidas de tierra y cubiertas de cañas. Los establecimientos públicos son un colegio de ciencias y artes, fundado por

---

12 *El Iris de La Paz*, N° 16, eleva aproximadamente la población a 23.500 almas. En 1793, Viedma, p. 9 (manuscrito citado), la elevaba a 22.500 almas, de las cuales eran 6.363 españoles, 12.980 mestizos de indígenas, 1.600 mulatos, 175 negros y 1.182 indios quechuas puros.

el general Sucre, muy apoyado por el presidente Santa Cruz; un colegio de jóvenes huérfanas; otro para huérfanos; una escuela de enseñanza mutua, sostenida por el Estado; y un hospicio para pobres.

27 de septiembre

El domingo siguiente a mi llegada, recorrí una parte de la ciudad, acompañado del doctor Barrionuevo, culto médico, recibido en Francia, y que quiso servirme de cicerone. Me impresionó ante todo el raro vestido de las mujeres, de acuerdo a las diferentes clases de la sociedad.

Las mujeres ricas, con nuestras modas francesas más o menos atrasadas, llevan los cabellos cayendo sobre los hombros y divididos en una serie de trencitas, cuyo conjunto es bastante agradable; nada llevan, por lo demás, en la cabeza; pero usan, por lo general, un rebozo español o los hermosos chales de seda de nuestras fábricas de Lyón. Las mujeres de los artesanos mestizos tienen también los cabellos divididos de la misma manera y la cabeza cubierta de un sombrero de hombre, blanco o negro, lo que es poco gracioso y choca a los extranjeros. El resto del vestido no es de mejor gusto. Sobre una blusa de lana llevan un rebozo o echarpe de lana de vivos colores, así como faldas de bayeta, especie de franela de todos los colores, rojo, rosa, verde, amarillo, siendo más preferidos los tintes brillantes. Esas polleras son tableadas para aumentar el espesor, y bordadas con cintas, cuyo color contrasta con el resto. Cuanto más rica es la persona, mayor es el número de sus polleras. Así sucede por lo general que parece, por ostentación, tan ancha como alta y rodar antes que caminar. No debe buscarse en las mujeres la menor gracia en el modo de andar, ni ninguno de esos rasgos tan destacados de las españolas. La moda bajo su tiránico imperio, ha velado, en este lugar, por completo a la naturaleza, disfrazando todas las formas bajo un ajuar tan incómodo como feo. Los vestidos de las indias y de las mestizas más pobres no tienen mucha diferencia. Los cabellos se llevan igual, la blusa y el rebozo sólo tienen un color más sombrío; las polleras, mucho menos numerosas, de telas negras, llevan pliegues más grandes. La cabeza está cubierta por una *montera*, especie de sombrero de paño con grandes alas, con la punta levantada adelante y atrás, terminando en toca, alta, cuyo conjunto recuerda involuntariamente el sombrero de Polichinela. Esas monteras me parecieron tan extraordinarias que creí al principio que se trataba de un disfraz burlesco. A veces esas mujeres usan monteras de hombre, especie de casco redondo, con piezas de cuero de variados colores, pequeñas alas, provisto, atrás, de una ancha correa que cae sobre las espaldas, y cuya forma no es menos extravagante. Los hombres de sociedad visten a la francesa; los indios y mestizos llevan el poncho corto, un chaleco redondo sobre una

camisa de lana, y un calzón abierto de ambos lados, que baja hasta la mitad de la pierna, dejando aparecer unos calzoncillos que llegan más abajo. El resto de la pierna está desnudo.

Mi guía me condujo hacia la *Pampa Grande*, gran plaza ubicada casi fuera de la ciudad. La organización completamente novedosa de una guardia nacional que maniobraba, atraía entonces allí mucha gente, y pude observarla a mis anchas. Vi a numerosos habitantes de la ciudad de uniforme gris, poniendo en el ejercicio un celo que revelaba el más ardiente patriotismo. Cerca de Pampa Grande hay una pequeña colina llamada *Cerro de San Sebastián*. Encontré todavía paseantes, que tomaban allí el fresco. En la cima, elevada de cien a ciento cincuenta metros sobre la llanura, y sobre la cual hay bancos, gocé de un panorama magnífico. Dominaba toda la ciudad y descubría el conjunto de sus alrededores, de lo más pintorescos y llenos de contrastes. A la derecha, las colinas de San Pedro, tristes y áridas, sin ningún rastro de vegetación; al frente, detrás de la ciudad, el bonito caserío de Calacala, con sus arboles verdes, lugar de cita de los paseantes, sitio elegido para los paseos campestres de los ciudadanos; la huerta del valle, cuyas suculentas fresas (frutillas) son famosas en el país; a la izquierda, en lontananza, los grandes burgos de Tiquipaya, de Colcapirgua, de Paso y de Quillacollo. En todas partes, en el valle, casas dispersas, árboles aislados, campos cultivados, praderas siempre verdes, dominadas por una elevada cadena, varias de cuyas puntas, cubiertas de nieve, contrastan con la suave temperatura de que se goza en la ciudad. Admiré largo rato, sin cansarme de recorrerla con los ojos, esa hermosa campaña, semejante a las de Francia. Debiendo abandonar por la noche mi observatorio, regresé con la muchedumbre. En Cochabamba no hay hoteles, ni albergues, ni siquiera cafés; sin embargo, pueden tomarse helados en algunas casas. Se ve en toda época ir a buscar materia prima para ese refresco en la cima de los picos vecinos, en la medida de las necesidades, sin pensar en construir heladeras, ya que la naturaleza provee todo.

Una tarde vi pasar a una muchedumbre de mujeres y niños corriendo con rapidez detrás de una mujer que tenía en la mano una bandera blanca, que agitaba de tanto en tanto, a manera de saludo, delante de otra persona, que cargaba un paquetito cuidadosamente envuelto. Pregunté de qué se trataba. Me dijeron que eran un ángel que se iba al cielo y que llevaban a la iglesia. Recordé entonces los *velorios* de Corrientes y dejé de sorprenderme; era la misma costumbre. Los padres que pierden a un niño de corta edad, lo colocan sobre un altar. Invitan a los amigos y conocidos; cantan, hasta bailan, beben sobre todo mucha chicha, después acompañan con mucha pompa el cadáver

del niño a la iglesia, sin que los padres demuestren tristeza, persuadidos de que es un ángel que vuelve a la morada celestial. Otra vez, distraído en mis trabajos por el ruido de la música que pasaba bajo mis ventanas, tuve la curiosidad de mirar. Era una novena a la Virgen, que vi repetirse durante nueve días. Un buen número de músicos iba delante; una mujer, con un incensario en la mano, marchaba detrás, precediendo a otras dos mujeres, que llevaban un cuadro de la Virgen, todos seguidos por un numeroso cortejo.

El idioma general de Cochabamba es el quechua. Los indios no conocen otro. Los mestizos de ambos sexos sólo saben algunas palabras de un pésimo español. La lengua quechua está tan difundida, hasta en la ciudad, que, en la intimidad, es la única que se habla.

Las mujeres de la sociedad burguesa poseen una idea muy incompleta del castellano, que no les gusta hablar; por eso el extranjero, que no puede aprender de la noche a la mañana el idioma de los incas, se halla a menudo en un gran embarazo. Ahora que las escuelas se multiplican, que la educación se extiende más entre las mujeres, ellas serán, sin duda, con los medios naturales de que están dotadas, tan amables, tan sensatas en la conversación y de una sociedad tan agradable como lo son los hombres cultos del país.

Nada iguala la pasión del pueblo por la chicha; es un verdadero furor. Los indios y los mestizos no se contentan con consumirla continuamente, con beberla en la comida o para refrescarse; buscan también todas las ocasiones posibles en las fiestas religiosas para reunirse y beber, día y noche, a menudo durante varios días, entregándose entonces a los mayores desórdenes. El consumo de ese licor les hace perder todo freno y los conduce a satisfacer todas las fantasías que les pasan por la cabeza. Sin embargo, puede decirse, en favor de su carácter, que si entonces se relajan al máximo, en lo que respecta a los propósitos y acciones que pueden conducir al acercamiento de los dos sexos, siempre están alegres, difícilmente se pelean y se golpean aún más raramente. Parece que ese licor tiene en ellos una influencia del todo benigna, en comparación a los terribles efectos que trae en Europa el abuso de nuestras bebidas espirituosas, mucho más fuertes. Si el pueblo ama la chicha, los otros miembros de la sociedad no la desean menos, y eso se concibe, porque son educados por las indias, que la consumen en abundancia; por eso, el consumo es general[13], así como la costumbre de las meriendas o colaciones. Invitado un día por el comerciante español al cual había sido recomendado, a una de esas meriendas, no quise perder la ocasión de conocer ese género de reuniones. El grupo se

13 Según Viedma, página 9, se consumen anualmente 200.000 fanegas de maíz en chicha.

componía de la mujer del comerciante, nacida en la región, de varias de sus amigas, de uno de los más importantes comerciantes ingleses de Tacna, de los parientes y amigos de la casa. Trajeron cuyes asados y grandes fuentes de papas con una salsa espesa, compuesta de ají colorado. Sirvieron; insistieron sobre todo en la salsa pimentada para estimular la sed, y trajeron ollas de una chicha que consideraron excelente. Confieso que la imagen de los indios masticadores de Palca se presentó ante mí con toda fuerza y me hizo retardar, lo más posible, el instante de llevar el brebaje a los labios. Sin embargo, ¿qué hacer? Negarme hubiera sido descortés. Era necesario que lo hiciera con una sonrisa, y que me plegara una vez más a los hábitos locales, por más desagradables que me parecieran. Por lo demás, cuando veía a un inglés echar al olvido, para complacer a su anfitriona, su orgullo y hábitos nacionales, por lo general tan exclusivos, habría sido muy mal visto que yo, viajero francés, me hiciera el difícil. Me inmolé, pues; sin embargo, como los vasos nunca permanecían vacíos, comían siempre ají para excitar la bebida y veía todavía un mar de chicha que se disponían a embaularse, pretexté una cita a las diez de la noche, y pude, con mucho trabajo, abandonar la merienda, sin esperar el desenlace, que preveía poco agradable. Lo que más me asombró fue constatar que mi buen inglés era tan buen chichero como el mejor de los cochabambinos.

El habitante de Cochabamba, siempre tan dispuesto a divertirse y embriagarse con chicha, es, en los viajes, el hombre más sobrio y sobre todo más económico. Tiene, por encima de todo, un espíritu emprendedor y viajero. Así como se encuentran en todas partes paraguayos (habitantes del Paraguay), se ven igualmente, en toda América, cochabambinos, distinguiéndose en eso de los habitantes de las otras provincias. Comerciantes por excelencia, a los que nada les importan las fatigas, hay en todos los caminos mestizos con sus mulas o con sus asnos cargados de mercaderías, que van a vender a todas partes. Por lo general, sus provisiones consisten entonces en una bolsa de maíz tostado. Se detienen en lugares deshabitados para hacer pacer sus bestias o se mantienen en la ciudad con la más estricta economía, a fin de ahorrar dinero para sus familias, para cuando llegue el momento de compartir los placeres con ellas. Si, aprovechando sus aficiones mercantiles, sus disposiciones de hombres de empresa, un gobierno estable y amigo del progreso quisiera estimular el establecimiento de fábricas de tejidos de lana, de algodón, de hilo y de seda, cuyas materias primas abundan en la zona, o podrían fácilmente naturalizarse, Cochabamba se convertiría tanto más rápidamente en una ciudad manufacturera, por cuanto su población es muy grande, gran número de sus habitantes vive en la ociosidad, a causa de la miseria, y la atracción hacia las manufactu-

ras es innata en ellos; puesto que sin arte, sin ningún conocimiento mecánico, poseen, hoy, gran número de telares, que, aunque groseros, les bastan para confeccionar telas de algodón ordinarias, llamadas *tocuyos* y *barrancan*, y telas de lana llamadas *bayetas*. Hasta ahora no existe ningún taller de tintorería ni de impresión en tela entre los cochabambinos; tampoco poseen telares para hacer medias, y sus tejidos están lejos de valer los que fabrican los indios de la provincia de Moxos. Sin embargo, la lana abunda en la región, lo que parece increíble cuando se ven los hermosos valles cálidos de las provincias de Ayopaya, Arque y Mizque, apenas cultivados, y los algodones son hasta hoy traídos de Tacna, es decir, de más de ciento sesenta leguas de montañas, a través de los Andes y a lomo de mulas. Sería necesario, para que Cochabamba prosperara, que el gobierno diera una prima a los agricultores que plantan algodón, gravando con fuertes derechos los algodones importados del Perú. Habría también que estimular la siembra del lino y del cáñamo, para las telas; granza y añil para las tinturas; que busque la introducción de la industria del gusano de seda, plantando moreras, que se desarrollarían perfectamente con la temperatura del valle, y asegurarían un porvenir de prosperidad a los hermosos campos del departamento. Lo repito una vez más: Bolivia posee, sobre todo en ciertas provincias, todos los elementos de la mayor prosperidad; sólo le falta la industria, para bastarse a sí misma, para emanciparse del comercio extranjero que le arrebata anualmente, en numerario, a menudo más de lo que le producen todas las minas; y tiende constantemente a disminuir los recursos de su porvenir.

Cochabamba produce maíz, trigo, cebada, papas, algunas legumbres, algunas frutas y alfalfa para el pastoreo; así, la agricultura se ha limitado a los artículos de primera necesidad, mientras que las plantas oleaginosas, las plantas tintóreas y una serie de otras, útiles a la industria y a las artes, son todavía desconocidas. Ese estado de cosas exigiría sociedades de agricultura, sostenidas por el gobierno, y primas ofrecidas a toda clase de mejoramientos en la agricultura o cría del ganado, hoy sólo bajo la dirección de los indios, que, desde la conquista del Nuevo Mundo, no han modificado su vieja rutina. Se trae el azúcar de Cusco y de Santa Cruz; el vino y el aguardiente de Moquegua o de los otros valles del Perú, mientras que esos productos podrían obtenerse en el departamento. Por medio de la irrigación, las partes bajas del valle dan cada año dos cosechas; pero una gran parte de la llanura muy alta sólo puede cultivarse en la estación de lluvias, que, a causa de los desmontes, es cada vez más rara. Para fertilizar muchas regiones inútiles, la gran penuria de agua ha sugerido la idea de extraerla del lago de Larata, situado en la cumbre de las

montañas, del mismo modo que se hace de las lagunas de Potosí. Ese proyecto, de lo más recomendable, ha comenzado a ponerse en ejecución. Se trata de construir diques provisionales del lado de la quebrada que recibe el grueso de las aguas de ese lago, a fin de retenerlas a una mayor altura, y proporcionar así los medios de regar una porción grande del valle. Si tal sistema de represa de agua se emplea en la entrada del valle de Sacaba del Río de Rocha, y en la angostura del Río Tamborada, en la desembocadura del valle de Clisa, no pongo en duda que se podrá, durante las lluvias, retener una masa considerable de agua ahora completamente perdida, y aumentar en mucho los productos del hermoso valle de Cochabamba.

La temperatura es muy agradable. Aunque situada en la zona tórrida, la elevación[14] del valle sobre el nivel del mar le da las características de una región muy templada, donde no hace ni tanto calor ni tanto frío como en Provenza: el olivo no se hiela nunca. En el mes de setiembre, es decir, al comienzo de la primavera, el máximo de temperatura no me dio nunca arriba de 18 a 20 grados centígrados, y la proximidad de las montañas nevadas produce a menudo una frescura saludable. Durante seis a ocho meses del año el tiempo es sereno y el cielo de lo más puro; sólo entonces se sienten, por la tarde, vientos del oeste o del suroeste muy violentos y muy cálidos, que levantan nubes de polvo y secan las tierras. Cuando el viento viene del norte, trae mucha frescura de la cadena oriental de los Andes. Las lluvias comienzan en noviembre y duran hasta el mes de abril; entonces hay frecuentes tempestades y fuertes aguaceros que caen sobre todo de noche.

Visité varias veces al prefecto, y su relación me era de lo más agradable. Era uno de los hombres más cultos y notables de la República. Me invitó a asistir con él a la fiesta de San Miguel en su casa de campo, en Viloma, distante cinco leguas de la ciudad, en el extremo opuesto del valle. Aunque yo tenía mucho que hacer, no pude negarme. A la tarde siguiente me envió un buen caballo, y partimos juntos. El viento del oeste soplaba con fuerza extrema y llenaba el aire de nubes de polvo. Para sustraernos más pronto a su violencia, tomamos el galope; pero, al darnos en el rostro, estuvimos varias veces a punto de ser derribados. Sin embargo, en tres cuartos de hora, las tres leguas que nos separaban de Quillacollo fueron franqueadas. Atravesamos magníficas campiñas y llegamos al gran caserío de Viloma, perteneciente al prefecto. Es, con su capilla y sus indios, una vasta hacienda, cuya extensión no es menor de doce

14 Está a 2.575 metros por encima del nivel del mar, altura superior a la del hospital del monte San Bernardo.

leguas, desde la cumbre de los Andes hasta la planicie, y comprende todas las temperaturas. La extensión de la llanura que depende de ella es inmensa y da abundantes cosechas de granos, que alimentan nueve molinos de agua, de ruedas horizontales, puestas en movimiento por un torrente producido por el derretimiento de las nieves, y que las hace girar una tras otra, al descender de la montaña. Admiré el buen orden del fundo, donde, sin los rostros cobrizos de los indios, podría creerme por un momento en las más hermosas regiones de nuestra Francia agrícola.

29 de septiembre

Al día siguiente, día de San Miguel, fiesta del prefecto, vimos llegar muy temprano al rector del colegio, al médico de Cochabamba, al gobernador de Quillacollo, a las autoridades de los alrededores y al cura de Sipe-Sipe, que dijo una misa, después de la cual almorzamos. Durante esa comida, muy bien servida y de lo mejor, la conversación se generalizó. Oía hablar al prefecto con mucho placer. Culto sin pedantería, nutrido de buenas lecturas, la facilidad de sus modales y su excelente tono serían apreciados hasta en los mejores salones de París. Me complazco aquí en hacer justicia a don Miguel de Aguirre, como homenaje debido a la verdad y como una pequeña prueba de agradecimiento por las amabilidades con que me colmó durante mi estadía en Cochabamba. Hallé también en la señora de Aguirre una mujer amable, sin pretensiones y plena de todas las cualidades.

El día transcurrió en juegos y paseos; pero por la tarde, todos los indios de la capellanía, también de fiesta, se reunieron para beber chicha. Fui testigo de una justa de lo más extraña, que hay entre los indígenas de los dos sexos. Es un verdadero asalto de coraje. Dos campeones se ponen en presencia, cada uno armado de una vara de membrillo larga y flexible; uno de los dos flagela al otro arriba de las piernas, hasta verse obligado a parar de cansancio; el segundo hace otro tanto, y recomienzan sucesivamente, con la mayor flema, a golpearse, a pesar de la sangre vertida, hasta que uno de los dos adversarios se confiesa vencido de dolor. Su vencedor es entonces proclamado el más valiente y recibe los aplausos de los espectadores. Jóvenes indias lucharon también de esa manera, sin hacer durar la prueba tanto tiempo. No pude dejar de compadecer tanto a unos como a otras, y de estremecerme ante la barbarie de ese juego, que me dio la explicación del gran número de heridas en las piernas que había observado en los indios e indias.

Al día siguiente por la mañana, al regresar a la capital con el rector del colegio (el doctor Torrico) y el médico, encontramos hombres atados de diez en diez y conducidos por jinetes. Los tomé por ladrones o asesinos; pero supe

por mis compañeros de viaje que no eran más que reclutas que se dirigían a Cochabamba. Las leyes obligan, cuando el caso lo exige, y exceptuando a los indios, a todos los habitantes al servicio militar. El temor de una guerra con el Perú motivó esa leva, de la que ya he hablado al referirme a Machacamarca. La aversión de los habitantes a la profesión de las armas obliga a las autoridades echar mano a los hombres durante las fiestas, o a ir a buscarlos en sus casas. Se los ata, se les ponen hierros en los pies en el villorrio, hasta que el contingente se complete; entonces se los amarra, como lo veía, y se los conduce a las prisiones de las ciudades, donde permanecen tanto tiempo como no logran huir. ¡Hace falta, en un país tan poco poblado, donde los brazos no son ni la mitad de los necesarios para la agricultura, ver cómo se los aleja así del campo! La leva no es nada en sí misma, pero ocasiona muchos males. Al menor rumor de guerra y de reclutamiento, el temor se extiende de una aldea a otra, y todos los hombres se refugian en los bosques, donde se ocultan. Los campos quedan, por lo tanto, sin cultivar y abandonados hasta que la tranquilidad renace. El retorno de la paz tendrá por consecuencia inmediata el estado más floreciente. La guerra intestina o las disputas con los vecinos retardan ese progreso, y detienen la prosperidad general. Si el patriotismo sofocara las ambiciones particulares, las repúblicas americanas serían llamadas a jugar un gran papel entre las naciones civilizadas.

Para dirigirme de Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra, tenía, antes de llegar a las llanuras del interior, que franquear ciento veinte leguas, de las cuales cien de montañas abruptas. La estación avanzaba. Los habitantes experimentados me habían prevenido de que las lluvias se acercaban, y que, si me tomaban en el camino, tendría que sufrir mucho, y hasta correr los mayores peligros, en medio de numerosos precipicios, sobre un suelo resbaladizo; lo que me obligaría posiblemente a detenerme del todo. Desde mi llegada a Cochabamba, había tomado mis medidas para partir lo más pronto posible; por eso, después de veinticinco días de trabajo tenaz, que no me había impedido recorrer los alrededores de la entidad, mis colecciones fueron revisadas, embaladas, depositadas en casa del prefecto y mis notas estaban al día. En el intervalo, completé mis demás preparativos de partida, haciendo las compras necesarias, y alquilando los servicios de un arriero que debía conducirme hasta Santa Cruz no queriendo exponerme, como en mis viajes de Yungas, a perder muchos días esperando los medios de transporte. Me despedí de Cochabamba, y sobre todo de don Miguel de Aguirre, que me colmó de atenciones, y cuyo recuerdo es, para mí, inseparable del sentimiento de la más profunda gratitud.

Viaje a Santa Cruz de la Sierra por las provincias de Clisa, Mizque y Valle Grande

Provincia de Clisa

La partida es siempre algo muy difícil en América. Se diría que los habitantes nunca están apresurados y el europeo sufre constantemente a ese respecto. Había pedido mulas para la mañana temprano; vestido para el viaje y ya listo para partir, aguardé con impaciencia toda la mañana, sintiéndome dichoso al ver que llegaban una hora antes del mediodía. Se cargaron mis efectos, y finalmente partí. Empero, aún no había abandonado la ciudad, y no habían sido vencidos todos los obstáculos. Mis arrieros se detuvieron en su casa, donde sus parientes, sus vecinos y vecinas los esperaban con chicha. No hubo forma de evitarlo: nos quedamos cerca de una hora durante la cual, a cada una de mis observaciones, se me contestaba ofreciéndome chicha. Salimos de la casa, pero los parientes de los arrieros partieron con nosotros, llevando ollas de chicha; y cada cien pasos, se detenían para beber de nuevo. Cansado de tantos retardos, me di cuenta de que mis guías pronto no podrían conducirme; terminé por enojarme y obligar a las mujeres demasiado amables a alejarse, muy convencido de que, sin algo de energía de mi parte, mis guías me dejarían en el camino.

21 de octubre

Al salir de Cochabamba, seguí el pie de las colinas de San Pedro y entré en la quebrada por donde corre el Río Tamborada, que lleva las aguas del valle de Clisa. Esa quebrada, profunda y estrecha, que, por tal causa, se llama *Angostura*, está cultivada en las orillas, cubiertas, de tanto en tanto, de sauces, molles, manzanos, durazneros, higueras y de pequeñas casitas diseminadas de un aspecto pintoresco, contrastando con las colinas desnudas, secas y descoloridas de los lados, donde los cactus achaparrados son los únicos que presentan un resto de vida. Pronto, en un pequeño montículo limítrofe de dos provincias, entreví el vasto valle de Clisa, más grande, pero menos fértil que el valle de Cochabamba, porque tiene menos cursos de agua permanentes. En su desembocadura en la llanura, a cuatro leguas de Cochabamba, la noche se acercaba, obligándome a detenerme junto a la primera cabaña de indios, donde dormí al aire libre.

El valle de Clisa, de forma oval, se parece en todo, por el aspecto y la agricultura, al de Cochabamba. Veía, a dos leguas de distancia, el gran pueblo de Tarata[15], capital de la provincia, cuya iglesia, coronada de una cúpula y las

15 Tarata, según Viedma, tenía, en 1793, comprendiendo sus anexos y sus campos, 15.826 almas, de las cuales 3.971 españoles, 4.156 mestizos, 6.924 indios y 775 mulatos.

22 de octubre

numerosas casas y huertas se distinguían de los campos entonces incultos, que esperaban las lluvias para producir. Veía también, en el campo, gran número de caseríos y casas aisladas, cuyo aspecto contrastaba con las montañas secas y árida que rodean al valle. Al abandonar mi albergue, seguí, al norte, el piso de las montañas de arenisca. Atravesé el villorrio de Sacacirca, en el cual casi todas las cabañas de indios terminan en cúpula, como las que ya he descrito. Tres leguas más lejos, después de haber pasado delante de Clisa, estaba cerca del burgo de San Benito, y había abandonado la vecindad de las colinas para dirigirme hacia Punata, atravesando dos leguas de campos y praderas naturales, cubiertas de ganados y rebaños de ovejas. Punata[16] una de las importantes parroquias de la provincia, tiene una iglesia muy hermosa, muchas casas bien construidas, divididas en cuadras o bloques iguales. Se veía sobre todo numerosas huertos frutales. Está situada bastante cerca del extremo oriental del valle, a orillas del Río Punata, cuyas aguas, poco abundantes, sirven empero al riego artificial de una inmensa extensión de tierras cultivables. Mi paso conmovió al villorrio. Todos los habitantes, hombres y mujeres, sobre todo estas últimas, salieron a sus puertas a mirarnos, y se preguntaban quiénes podíamos ser. Tuve la crueldad de no satisfacer su curiosidad, no deteniéndome en Punata.

Al dirigirme a Arani, distante dos leguas, atravesé las más bellas llanuras arenosas cultivadas, que, sin embargo, parecían sufrir por la sequía. A mi llegada a esa parroquia, fui al principio recibido muy groseramente por el corregidor; pero la vista de mi pasaporte lo hizo tratable y se dignó permitirme dormir en el suelo bajo uno de sus techos.

23 de octubre

A la mañana siguiente, mientras cargaban mis efectos, visité el burgo. Encontré una plaza muy hermosa, entonces cubierta de productos de la región y de la población indígena de los alrededores. En uno de los lados hay una hermosa y vasta iglesia, provista de una torre cuadrada muy alta. Entré, y comencé a admirar la riqueza de sus adornos de plata, y esa famosa virgen llamada *Nuestra Señora de la Bella*, que atrae tantos votos, peregrinos y sobre todo limosnas, cuando el cura en persona vino a decirme que era indecente entrar así en la iglesia. Completamente atónito por esa áspera admonición, busqué en vano qué podía llevar de extraordinario, cuando él me señaló las espuelas, que lo habían escandalizado. Salí de inmediato y siempre recordé que las costumbres del país prohiben en-

16 Punata tenía, en 1793, comprendiendo los alrededores, 9.732 almas, de las cuales; 1.322 españoles, 4.350 mestizos, 3.411 indios y 612 mulatos.

trar con espuelas en una iglesia, lo que ignoraba entonces por completo. Arani, situada en la extremidad oriental del valle de Clisa y al pie de montañas áridas, es uno de los pueblos[17] más ricos de la provincia. Sus calles están bien trazadas, sus casas limpias, divididas en bloques iguales, y todo anuncia bienestar. Se ven numerosos indios y los habitantes son muy famosos como bebedores de chicha.

La provincia de Clisa, que comprende el valle de ese nombre y una parte de las montañas que se elevan al norte y al sur, encierra los cantones de Tarata, Punata, Clisa, Toco, San Benito, Arani, Tiraque y Paredón[18]. Por sus productos, su temperatura (aunque algo más fría) y los progresos de que es susceptible, se parece en todo a Cochabamba; contiene más pastos y alimenta a numerosos ganados, tales como vacas, caballos, mulas, asnos, ovejas y cabras. Los habitantes se lamentaron mucho, ante mí, de la falta de agua para el riego y fertilización de las tierras. Cuando ascendí los cerros que dominan el valle, reconocí fácilmente que estableciendo una represa en la parte oriental del gran lago de *Parco*, y haciendo una sangría al oeste, hacia las quebradas que descienden al lado de Arani, se podría, sin grandes gastos, tener una enorme masa de agua adicional en el valle, que daría, por consiguiente, un gran impulso progresista. La diferencia de niveles, las pendientes naturales, facilitarán esa operación, que, en cualquier otro país, estaría hecha desde mucho tiempo. Esperamos que el gobierno comprenda el bienestar que podría traer a una parte importante de esas poblaciones, y que secundará con todo su poder proyectos de una utilidad tan indiscutible.

Provincia de Mizque

Al ascender, en medio de arenisca de transición, las altas colinas que rodean el valle de Clisa y que están desprovistas de toda vegetación, llegué a los límites de las provincias de Clisa y Misque. En la cumbre, vi un panorama, dominando sobre el conjunto del valle, que se abría en lontananza con su cuadro de montañas que la distancia mostraba sin salida; el todo coronado por uno de los picos nevados del valle de Cochabamba. A medida que contempla-

17 Su población, según Viedma, es de 6.256 almas, de las cuales 803 son españoles, 2.058 mestizos, 2.904 indios y 488 mulatos.

18 El conjunto de su población es de alrededor de 37.000 almas, según Viedma. El *Iris de La Paz*, N° 20, le da, en 1829, 60.500, cifra sin duda demasiado exagerada.

ba esa hermosa llanura, le hallaba más analogía con las campiñas de Francia. La ilusión era realmente completa, cuando un grupo de indios, que pasó junto a mí, destruyó de golpe ese hermoso sueño, al cual me había entregado y me volvió a traer a las montañas de América. Siguiendo un vallecito por una colina, siempre ascendiendo y costeando, a mi derecha, algunas tierras de pastos donde pacían numerosas ovejas, llegué a la cima de una pequeña meseta, donde están los límites de la provincia. Allí, dominaba una meseta bastante elevada, cuyos alrededores, tristes y descoloridos, contrastaban con una serie de cuatro lagos escalonados que ocupaban el fondo, dándole vida. Uno de esos lagos, la laguna de Parco, el mayor de todos, me pareció muy apropiado para fertilizar el valle de Clisa. Bastaría, en efecto, como he dicho más arriba, establecer una represa en su parte inferior, y cortar una colina muy pequeña en su extremidad occidental para cambiar el curso de sus aguas, y hacerlas descender el vallecito que acababa de remontar.

A pesar de la sequía de los alrededores, la presencia de agua límpida de las montañas, y los pájaros acuáticos que ella atrae, vinieron a animar el paisaje y alegrar el conjunto. Desmonté y recorrí las orillas del primer lago, de más de una legua de largo y la mitad de ancho. Vi al principio largas falanges de fenicópteros, que volaron a mi primer tiro de fusil, para ir a buscar más lejos la tranquilidad a la cual están acostumbrados y que yo acababa inopinadamente de turbar. Muchos pájaros estaban allí reunidos: blancas gaviotas de manto gris, ánades variadas, pollas de agua, *foulques* de plumas negras y, sobre todo, un admirable ganso, de talla gigantesca, que nadaba majestuosamente en medio de las aguas, como nuestros cisnes en los estanques de los hombres opulentos de nuestra Europa. Maté varios ejemplares interesantes y después pensé en unirme a mi gente. Atravesé campos que se disponían a recibir el trigo, llegué al sendero trazado junto a las colinas de arenisca que bordean la meseta hacia el noroeste, pisando suelos secos, áridos, considerados, en vista de su elevación, como verdaderas *punas*. Por la noche hace un frío muy penetrante, y la temperatura parece corresponder a la de una altura cercana a la de La Paz, alrededor de 4.700 metros sobre el nivel del mar. El camino me condujo, pasando frente a otros dos lagos, hasta el villorrio de Baca, distante ocho leguas de Arani. Este pueblo, poblado por indios quechuas, se compone de cincuenta a sesenta casas, cuyos techos de paja no revelan gran bienestar. No hay corregidor, ni alcalde. Me presenté ante el cura, que, contrariamente a sus colegas, siempre de lo más hospitalarios, faltó, respecto a mí, a uno de los elementales deberes del cristiano. Sólo hallé en él grosería y ninguna ayuda. Por desgracia, su ejemplo, imitado por los indios, me expuso al doble inconveniente de pasar

la noche al aire libre y no conseguir nada de comer. La necesidad obliga por lo general a cambiar de conducta; y, viendo que nada podía obtener de buen modo, tomé el partido de usar el derecho del más fuerte. Mi gente, aunque sólo se componía de algunos hombres, estaba bien armada. Podía arriesgarlo todo; no vacilé un instante. Dos tiros de fusil me procuraron una oveja y un pollo, que me dieron por lo menos la seguridad de satisfacer la más apremiante de las necesidades. Temí que ese acto de autoridad me atrajera por lo menos fuertes reacciones; pero no aconteció así. Vinieron humildemente a pedirme el precio de mi caza de corral; luego obtuve todo lo que podía desear, y hasta deferencia por parte de los habitante. No por eso dejé de instalarme en un recinto aislado fuera del burgo, prefiriendo tener como techo la bóveda del cielo antes que las sucias casas de los indígenas.

24 de octubre

Al amanecer, recorrí los alrededores, visitando sucesivamente las lagunas, la orilla del Río Conda, o bien las colinas cultivadas de los alrededores de Baca. En todas partes las llanuras situadas al pie de las montañas están sembradas de trigo o de papas. Las colinas están cubiertas de rebaños de ovejas, y las orillas de los lagos, de vacunos. Busqué en vano algunos árboles, cuando, a lo lejos, creí ver una palmera de tronco esbelto. Estaba tanto más asombrado cuando esas hermosas plantas no crecen en las regiones elevadas. Me acerqué y reconocí una magnífica especie de agave. Su tronco delgado, de dos a tres metros de alto, estaba coronado por un conjunto de numerosas hojas largas y puntiagudas, y formando una bola de aspecto muy pintoresco. Por desgracia, esas plantas son poco numerosas, y el poco aprecio que se les tiene las hará desaparecer del todo en estas regiones.

Al abandonar Baca, seguí costeando la colina hasta el final del valle. Ascendí después por caminos terribles, caminando sobre piedras desprendidas hasta la cima de la montaña, donde el sendero ocupa la cresta de la misma cadena, contra la cual se apoya Baca. De esa cresta, bastante aguda, formada de arenisca de transición en descomposición, dominaba a la derecha el valle de Conda, donde, mirando del lado de su fuente, veía al arroyo que sale de los lagos de Baca, y otro afluente, formado por el grueso de las aguas de la laguna, perteneciente a un valle distinto. La abundancia de agua del Río Conda hace nacer, en sus orillas, un pasto verde tierno, que contrasta con la aridez de las montañas situadas más al sur. Varias cabañas de indios pastores están esparcidas y no contribuyen poco a embellecerlo. A la izquierda corre el Río Pocona por un verdadero precipicio, a tal punto esta encerrado entre los dos cerros que forman su lecho, mucho más profundo que el de Conda. Algunos arbustos

achaparrados ocupan la parte más baja. Del otro lado de la quebrada de Pocona aparece la cadena de montañas de Coripaloma, cuya cresta está muy deshecha y tiene un aspecto negro por los esquistos que la componen, mostrándose la roca al desnudo en todas sus partes. Marchaba lentamente hacia la cima de la montaña, mirando sucesivamente a uno y otro lado, midiendo con los ojos los seiscientos u ochocientos metros de altura que me separaban de las quebradas, cuyas laderas son a tal punto abruptas que forman, en todos los puntos, precipicios; o bien, recogía algunas de esas bonitas soláneas en zarzales, cuya flor violácea me anunciaba la primavera. El tiempo era calmo y cálido; el cielo estaba algo cubierto. Nubes aisladas, primero en pequeño número, recorrían, muy abajo de mí, el valle de Pocona, mientras que el otro estaba despejado. Parecían a veces pegadas, como grandes manchas blancas, a los arbustos de la montaña de Coripaloma. Se sucedían, se acercaban rápidamente, y pronto llenaron todo el valle, ocultándomelo por completo, como una gran cortina tendida de una montaña a la otra. Esas nubes, primero blanquecinas, se amontonaron y adquirieron un color más sombrío; las surcaron los relámpagos, el trueno rugió con estrépito, el eco de las montañas repitió mil veces sus rugidos, que se hicieron continuos, reenviados, como lo eran sin cesar, de un lado al otro de las pendientes. Gocé tanto más de ese espectáculo cuanto que disponía en la cumbre de la montaña de la calma más perfecta. El valle de Conda tampoco tenía una sola nube. De un lado, la imagen de la naturaleza enfurecida; del otro, la naturaleza tranquila y no menos imponente.

Desde lo alto de mi observatorio admiraba esos efectos de un contraste verdaderamente mágico; pero no tardé en observar las nubes que remontaban el valle de Conda, que pronto quedó completamente lleno. Esas nubes se elevaban poco a poco; las del valle de Pocona surgieron a fragmentos desgarrados de sus lechos; todas se desplazaban con rapidez. Me vi repentinamente envuelto por unas y otras, y no distinguía más que torbellinos muy fuertes de viento, que cambiaba de dirección a cada segundo. Algunos instantes más tarde apenas podía ver. El trueno rugió al mismo tiempo arriba, debajo y alrededor mío; los relámpagos surcaron el espacio en todos sentidos y mi pobre gente, sin abrigo, suspendida en la cima de la montaña, podía temer a cada instante, ya sea ser arrastrada al fondo de los valles, ya sea ser alcanzada por el rayo. Jamás había oído semejante batahola; jamás había estado rodeado de tal manera de nubes eléctricas. Era algo magníficamente horroroso, cuyo conjunto me asombraba, hasta me aturdía, sin inspirarme empero el menor temor. Estaba pleno de la admiración que me inspiraba ese fenómeno. Las nubes se abrieron; torrentes de lluvia nos inundaron, y quitaron al cuadro algo de su

belleza ideal. Tres horas seguidas duró eso. Estaba empapado y marchaba penosamente por el terreno muy resbaladizo. El trueno, dirigiéndose hacia el oeste, se alejó poco a poco y se perdió en el espacio. La lluvia se hizo menos fuerte y las nubes desaparecieron. Hacia las tres de la tarde el horizonte estaba enteramente libre, apareció un sol consolador y la calma más perfecta se restableció en la naturaleza. Estaba entonces en una punta de la cadena, desde donde veía, en el fondo del valle, al borde del río, el burgo de Pocona, completamente debajo mío. Viéndolo tan cerca, creí llegar allí en poco tiempo; pero mi guía me anunció que nos era necesario marchar todavía por lo menos dos horas antes de llegar. Comencé a descender por mil rodeos, una pendiente de lo más abrupta, donde, a cada instante, mi mula, sintiéndose a punto de caer, tendía sus patas delanteras, adelantaba las traseras y se deslizaba así algunas veces más de cinco o seis metros; luego caminaba de nuevo, se deslizaba otra vez, y recomenzaba sin cesar esa operación, que continuó hasta abajo de la cuesta, corriendo el riesgo de rodar conmigo. Llegué, al fin, sano y salvo al lecho del río y a Pocona, donde, recordando algunos de los malos recibimientos pasados, preferí comprar la hospitalidad en casa de un indio antes que dirigirme a las autoridades civiles o religiosas.

Hacia el fin del siglo XIII, el Inca Roca, sexto rey de su raza, llevando sus conquistas más allá de las provincias de Cochabamba y de Tapacarí, sometidas a su padre, exigió el vasallaje de las provincias de Pucuna[19] y de Chuncuri, pretensión que, después de algunas conversaciones con los ancianos, condujo al sometimiento de provincias entonces a tal punto pobladas, que el Inca les hizo el honor de tomarles quinientos guerreros para su ejército[20]. Había llegado a la capital de una de esas antiguas provincias al marchar, sin ninguna duda, por el sendero recorrido por el Inca y su comitiva, quinientos años antes que yo, cuando llevó sus conquistas hasta Chuquisaca, por la provincia de Mizqui, hoy Mizque. Esos recuerdos del antiguo esplendor de la monarquía de los Incas me hicieron experimentar un sentimiento penoso, cuando comprobé hasta qué punto estas regiones, antes tan ricas, están actualmente despobladas, sobre todo de indígenas. Pocona actual, lo mismo que el antiguo Pocona, sólo contiene algunos indios puros, y muchos mestizos de indios o de negros.

Pocona parece haber llevado antiguamente el título de ciudad[21]. Luego pasó bajo el patronato de los hermanos de San Francisco hasta 1757, en que

19 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. IV, cap. XVII, pág. 122.
20 *Ibidem*, cap. XVIII, p. 123.
21 Viedma, *Informe*, etc., p. 30.

recibió un corregidor. Es un gran pueblo[22], mal construido, situado a la orilla derecha del Río Pocona, en el fondo del valle; sus calles son estrechas, su plaza pequeña, su iglesia bastante grande; sus casas son verdaderas cabañas cubiertas de cañas, salvo la del cura, que es la más grande. Todos los alrededores están llenos de las más hermosas huertas, donde predominan los durazneros, manzanos y perales. Los campos, sobre todo abajo, en el valle, están cultivados y dan magníficas cosechas de maíz y de trigo candeal, mientras que las alturas vecinas sirven a los pastores de ovejas. La casa donde estaba instalado me parecía bastante bien cubierta. Sin embargo por la noche, habiendo recomenzado la lluvia, se llenó a tal punto de agua que debí mantenerme de pie, tanto por la imposibilidad de tenderme en el suelo como de defender mis efectos de esa inundación general.

De Pocona debía dirigirme a Totora, distante ocho leguas. Recorrí primero todos los alrededores, haciendo exploraciones de historia natural, y me puse luego en camino. Admiraba esas crestas erizadas de la cadena de Coripaloma, cuyos esquistos formaban puntas agudas. El valle de Pocona se ensanchaba mucho abajo del villorrio, presentando los más hermosos campos de cultivo y en todas partes chacras; luego se achica a tal punto hacia su desembocadura en el Río Copi que se reduce a una simple quebrada, por donde el camino, entre dos altas escarpaduras, atraviesa el río muchas veces, sobre un lecho de cantos rodados. Al salir, tenía a la derecha el valle de Copi, donde todas las aguas se reúnen para dirigirse al Río Mizque, uno de los grandes afluentes del Río Grande. Este valle es profundo; pero las cuestas son demasiado escarpadas para que se puedan cultivar. Remonté el valle y fui costeando muchas chacras, hasta el Río Machacamarca, que tiene su fuente cerca de Tiraque, en la cadena de los Andes orientales. Como la tormenta se había dirigido de ese lado, ese torrente arrastraba, en su lecho de cantos, areniscas y esquistos, aguas cenagosas, que atravesamos no sin algunas dificultades, vista la violencia de la corriente. Me hallé luego en el lecho mismo de otro río, que remonté, pasando varias veces sus aguas rápidas, al pie de una gran montaña seca, compuesta de asperones desplomados de su cima. Por espacio de dos leguas, en la hondonada donde me hallaba, se reúnen, de diversos lados, en el Río Copi o Mizque, los ríos Pocona, Machacamarca, Chuchi, Muqui; el quinto, el más pequeño de toldos, hacia el cual me dirigía, corre en medio de una hermosa llanura cultivada, adornada de algunas casas esparcidas. Como las aguas atravesaban tie-

22 Viedma, comprendiendo Baca y las casas aisladas de todas partes, calcula su población en 3.209 almas.

rras laborables sin ninguna consistencia, cavaban en todos sentidos, de acuerdo a las pendientes, quebradas muy profundas y muy numerosas (a menudo subterráneas), que, minando las tierras en ciertos lugares y haciéndolas desplomar, han obligado a cambiar todos los años la dirección del sendero. Mi arriero no había estado en esos lugares desde hacía dos años; había tomado su camino habitual; pero lo hallamos cortado por un profundo barranco, y nos fue necesario hacer más de media legua para volver a encontrar el buen camino. Del otro lado del valle ascendí, durante dos horas, una cuesta muy alta, por una pendiente poco inclinada, siguiendo una ladera cuyas quebradas están cultivadas; maté varias palomas y muchos pájaros interesantes. Desde la cumbre de esa colina pude hacer observaciones de muchos puntos del valle. Descendí por una pequeña quebrada cubierta de piedras aisladas, hasta el gran pueblo de Totora.

A mi llegada, supe que el corregidor estaba ausente. Comencé a temer hallarme en la misma situación que la noche precedente, cuando uno de los principales propietarios de la zona, don Manuel Soria, que me complazco en nombrar aquí, vino a rogarme que descendiera en su casa, donde me dio una habitación muy buena. No puedo expresar con qué amabilidad el señor Soria y su amable esposa me recibieron. Todo fue puesto en movimiento para acogerme, y me prodigaron los cuidados más exquisitos, sin que tuviera yo otros títulos para merecerlos que los de extranjero y viajero. Retenido un día en casa de esta honorable familia, pude gustar el más dulce descanso.

Totora, uno de los grandes burgos de la provincia de Mizque, está situado bastante cerca de la cima de las montañas, en el fondo de una pequeña quebrada, en la confluencia de riachuelos, de manera que su suelo es de lo más desigual, sus calles en pendiente y no goza de ningún panorama. Los alrededores son también bastante áridos, por lo menos del lado sur, y un vallecito muy fértil le da al norte otro aspecto. Está a treinta leguas de Cochabamba, a veintinueve de Mizque y a noventa de Santa Cruz. Las casas están mal construidas, salvo algunas, como la que yo ocupaba, que son de dos pisos y de apariencia en todo señorial. La plaza es vasta, y en uno de sus lados se halla una iglesia no muy grande, pero bonita. La población se compone de propietarios descendientes de españoles y mestizos agricultores o arrieros que hacen diariamente, con las provincias de Valle Grande y Santa Cruz, el comercio de papas y harinas. Cuando se ve la composición actual de los habitantes de Totora, uno está lejos de imaginar que haya sido, en un comienzo, un pueblo de indios puros (de indios reales), lo que es tanto más seguro cuanto que, en el tiempo de los Incas, era una provincia conquistada por Capac Yupanqui, quinto Inca, hacia

el siglo XIII, época en que también fue sometida la provincia de Chayenta[23]. En tiempos de Viedma[24], en 1793, sólo había siete indígenas puros. Si se busca la causa de ese cambio, se encontrará fácilmente en los funestos efectos de la mita. Los indígenas hacían todos sus esfuerzos para sustraerse a la explotación, los burgos más florecientes fueron casi destruidos, por lo menos para los indios, unos sepultados en las minas de Potosí, donde por lo general moría la tercera parte[25]; otros preferían entregarse al vagabundaje a soportar esa horrible carga. Así se produjo la renovación completa de la población y el aniquilamiento de muchos villorrios.

Aparte de los productos de su valle, Totora se enriquece además con los productos muy diversos de un lugar ganado a los hermosos bosques vírgenes, del lado del territorio de los yuracarés, donde se cultivan, como en Yungas, la coca, el cacao y todas las plantas de las regiones cálidas, razón por la cual se la llama *Yunga* de Choqueoma. Ese lugar está situado al norte de las montañas, sobre la ladera de la provincia de Moxos. No cabe duda de que ese género de industria puede, si es estimulada, hacer progresar la provincia de Mizque e impedir que sea, en la coca, tributaria de la de La Paz. Totora posee además otra ventaja: rodeada por los lugares más malsanos del mundo, sus habitantes no experimentan ninguna enfermedad endémica, y gozan de una temperatura agradable.

Para dirigirme de Totora a Challhuani, tenía que recorrer doce leguas de caminos muy malos. El 27, después de expresar mi agradecimiento por la hospitalidad que se me había acordado, me puse en camino. Al salir, hallé en la primera colina algunos fósiles pertenecientes a terrenos de transición. Marché después por la cresta de una montaña de arenisca, al nivel de las gramíneas, pisando un pasto llano y teniendo a la derecha valles profundos, cuyos innumerables rodeos me ocultaban su extensión, todos reducidos, empero, al lecho profundo y estrecho de un

27 de octubre

23 Carcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. III, cap. 17, p. 95. Totora se llamaba entonces Tutura.

24 *Informe*, p. 31.

25 Viedma (p. 77 y sig.), uno de los españoles que más elevaron la voz contra esa bárbara costumbre, da, en su *Informe* al virrey de Buenos Aires, detalles horribles sobre la suerte de los desdichados condenados a ese trabajo. Explica cómo los villorrios se despoblaban, y cita a Paso, en el valle de Cochabamba, donde, de treinta y cuatro indios susceptibles de ser escogidos, debían elegirse todos los años diez y siete, número que permaneció invariable, desde el establecimiento de ese impuesto personal, aun cuando la población se redujo a cero.

torrente, que las montañas flanqueaban. Después de muchas leguas de marcha, me encontré al comienzo de una pendiente que descendía hacia el río. Vi en un campo, al lado del camino, una mujer sentada junto a un cerquito de piedras secas, que la defendían del viento. El arriero me informó que esa mujer venía todos los días de Totora, con un cántaro de chicha que vendía a los viajeros que pasaban ese día. No había visto hasta entonces ese género de industria, que me pareció bastante original. Me hallaba delante del Río Copachuncho, que corría debajo mío por un precipicio, a cuyo fondo llegué finalmente, después de un descenso de más de una hora y media, haciendo numerosos zigzags por uno de los flancos de una colina de lo más seca, y rodando con las piedras sueltas, que hacen, a cada instante, tropezar a las mulas. Una vez que llegué al lecho del torrente, experimenté un calor sofocante; y, para sustraerme lo más pronto posible, comencé mi ascensión por la cuesta opuesta, mucho más elevada todavía que la que acababa de descender. Esa cuesta está completamente desprovista de vegetación. Al principio caminé por capas de esquistos desmenuzables, desplomados de todos lados, y luego sobre arenisca. A medida que me elevaba, el sendero se hacía más rápido y se cubría de piedras sueltas; finalmente, cuando estaba a punto de alcanzar la cima, dudé todavía de poder llegar. El sendero trazado en el asperón desmenuzable consistía en agujeros practicados en la pendiente de tanto en tanto, donde las mulas ponen sus patas para ascender como las cabras, corriendo el riesgo de rodar con el jinete hasta el fondo del barranco. Al llegar a mi objetivo, fui compensado de la fatiga con la hermosa meseta, que ocupaba toda la cumbre de la cadena, sobre la cual, en medio de un pasto corto y verde, se elevaban mamelones redondos. Sentí un frío penetrante, que sufría tanto más cuanto acababa de experimentar un calor sofocante, habiendo, en dos horas, pasado de la temperatura de los trópicos a la de regiones menos templadas; por eso no estaba rodeado más que de plantas características de las montañas muy altas de la puna. Me detuve en busca de insectos, mientras mis mulas tomaban la delantera. Las alcancé luego, y nos encaminamos por mucho tiempo por la cima de la montaña, hasta que habiendo, por casualidad, encontrado a un indio, lo que es raro en esos caminos, donde se pasan jornadas enteras sin ver a nadie, el arriero le habló y comprobó que seguíamos un camino distinto del que debíamos tomar: éste conducía a Yungas. Fue necesario regresar, lo que nos obligó a detenernos junto a una casa de mestizos, en la pendiente de la montaña, donde por la noche, acostado al aire libre, sufrí mucho por el frío. Todo, alrededor de mí, estaba cubierto de helada blanca.

Deseando vivamente conocer esas regiones, desde que la luz de la mañana me lo permitió, recorrí el campo, cazando sucesivamente pájaros y cortando plan-

28 de octubre

tas. Entre estas últimas, hallé, sobre todo en las quebradas, una hermosa especie de tejo de follaje tupido y un gran arbusto de hojas triangulares, adornado de flores violetas en racimos. Habiendo sido cargadas las mulas durante mi paseo, me puse de inmediato en camino. Se trataba de recobrar en la jornada el tiempo perdido la víspera. Tuvimos al principio mucho trabajo para volver a encontrar el verdadero camino, atravesando muchas quebradas, en medio de matorrales de tejos; finalmente, a las nueve, alcanzamos el pequeño caserío de Duraznillo, donde debíamos haber pasado la noche. Desde ese caserío, compuesto sólo de tres casas, y del lugar de los durazneros cuyo nombre lleva[26], descendí dos horas por una pendiente rápida, hasta el Río Challhuani o Chaluani[27]. A medio camino, en medio de muchos árboles desprovistos de hojas, donde sin embargo grandes botones anunciaban la primavera, observé muchas especies de *ceibos*[28], cubiertos de hermosos racimos: unos de un bello azul, otros amarillos, contrastando con otros de color rojo carmesí intenso, semejantes a los que había visto a orillas del Paraná, remontando hacia Corrientes, pero esta variedad de colores, de que la copa de los árboles está adornada, parecía tanto más extraordinaria, tanto más marcadas, por cuanto esos mismos árboles no tenían entonces una sola hoja, y la naturaleza de los alrededores estaba siempre seca y descolorida, sólo esperando las primeras lluvias para cambiar por completo de aspecto. Más abajo, hallé la zona de las mimosas y de los cactus; las primeras ya cubiertas de sus aderezos primaverales, los segundos altos como árboles, de naturaleza muy variada, aquéllas cargadas de un plumón colgante de la extremidad de sus tallos como una gran barba blanca, éstos muy ramificados, adornados de flores blancas, rojas de la mayor belleza, o de frutos que, aunque salvajes, no dejan de ser sabrosos. Después de haber visto la vegetación cambiar varias veces a medida que descendía; después de haber recogido algunos fósiles de transición en los asperones desmenuzables que pisaba, abandoné los matorrales de mimosas espinosas que se hacían más tupidos, para llegar a la orilla misma del Río Chaluani, donde una casa sombreada de algarrobos[29] me invitó a reposar un rato.

---

26 Duraznillo es un diminutivo y significa pequeño duraznero.

27 El primer nombre es la ortografía de la lengua quechua y proviene de *chalhua* (pez) y de la partícula colectiva *ni* (reunión de); así, ese río que da su nombre al valle, es el *río de los peces*.

28 Del género *Erythrina*, Linné.

29 El *algarrobo* es un árbol de hojas acuchilladas, perteneciente al género *Accacia*. Da una vaina que se parece a la de la habichuela. Espesa y pulposa, está llena de una materia harinosa y azucarada, de un gusto muy agradable. Se hace con ella harina, pan y fuertes y excelentes bebidas fermentadas. Es, con la carne, el único alimento de los habitantes de la provincia de Santiago del Estero, en la República Argentina.

Un letrero atado al extremo de un gran palo anunciaba a los paseantes que se vendía chicha; podía, pues, detenerme sin contraer obligaciones.

Hubiera permanecido de buena gana en ese lugar; pero tenía todavía cuatro largas leguas que recorrer antes de llegar a la *Jornada*, punto de descanso del día de marcha. Al descender al lecho del río, donde anduve por la orilla, pasando a menudo de un lado a otro, de acuerdo a los obstáculos y accidentes naturales del terreno, experimenté un calor sofocante, a causa del sol que lanzaba con fuerza sus rayos y a la reverberación de éstos en los cantos rodados y blanquecinos. Las colinas estaban en una dirección transversal al viento y no se sentía el más ligero soplo. Sufría tanto, que casi añoraba la blanca escarcha de la noche anterior. Estaba en lo que los habitantes llaman *Valle Fuerte*. Para que tuviera paciencia, el arriero me contó, durante el viaje, una serie de anécdotas de viajeros que, al cruzar ese río, fueron atacados durante tres días por fiebres violentas, o por fiebres intermitentes, otro flagelo de los habitantes; pero, habituado a esa clase de relatos, no me expuse por eso menos al sol, tanto corriendo a pie detrás de hermosas especies de pájaros, como descansando la vista, fatigada del brillo del sol, en el hermoso verde de los españoles esparcidos que adornaban el pie de las colinas. Durante la estación de las lluvias, resulta a menudo imposible viajar, porque el río se convierte en un torrente impetuoso, y arrastra todo a su paso. En ese momento, sus playas, de dos o tres kilómetros de ancho, según los lugares, dejan sólo correr un riachuelo muy grande que se cruza sin trabajo a vado. Llegué así por la tarde al pueblo de Chaluani, situado a la orilla izquierda, junto a una pequeña quebrada; fui muy bien recibido por el corregidor, que me instaló en una de las casas vacías de que el burgo está lleno.

Chaluani, último lugar habitado de la provincia de Mizque, estaba antiguamente muy poblado de indios; hoy es un triste villorrio, compuesto de algunas chozas donde se ven morir o expatriarse casi todos sus habitantes, a causa de las fiebres tifoideas e intermitentes, que son muy comunes todo el año, pero sobre todo durante la estación de las lluvias. Los que quedan están pálidos, lívidos, mostrando demasiado bien la insalubridad del valle. Están también generalmente afectados de enormes bocios.

Al llegar a los confines de la provincia de Mizque, quiero decir una palabra de su conjunto. Era antiguamente una de las más florecientes del Alto Perú por la gran variedad de cultivos que podían atenderse; pero, antes tan poblada, se hizo insalubre a tal punto que hoy está casi desierta, por lo menos en los valles, zona de la infección, sin dejar de ser sana en las altas montañas, de manera que de siete lugares habitados, Mizque, Tintín, Ayquile, Pasorapa,

Chaluani, Pocona y Totora, sólo los dos últimos están exentos de esa calamidad. Cruzada por el Río Grande y por una serie de otros ríos, la provincia se compone de valles profundos, anchos y muy cálidos, formados por cadenas de montañas bastante elevadas, cuya dirección general es de oeste a este. Las cumbres, cubiertas de buenos pastos, alimentan muchos rebaños de vacas y ovejas. Los campos superiores producen papas; los que están algo mas abajo, maíz, trigo candeal, frijoles, etc. Más abajo todavía, se cultiva la viña, que brinda excelentes productos. Esta industria está hoy abandonada. Debajo, se planta algo de caña de azúcar. Es evidente que con las mismas ventajas y mejoramientos posibles, de que he hablado al referirme a Cochabamba, esta provincia podría proporcionar abundantes cosechas de algodón, de granza y de una serie de otras plantas características de las regiones cálidas, aparte de las de los terrenos templados y fríos; por eso los recursos de la provincia serían inmensos, si se supieran aprovechar sus posibilidades, puesto que al lado de los productos, los numerosos ríos proporcionarían medios para establecer toda clase de fábricas.

Los bosques poseen muchos árboles útiles: el cedro por su madera, la quinaquina por su incienso, el ceibo, la tipa, la vilca y el soto, apropiados para las curtiembres, el molle, el tejo y una serie de acacias, de mimosas y de cactus. Todas las frutas de Europa se desarrollan tan bien como las de las regiones cálidas. Los mamíferos son numerosos, así como los pájaros. Entre estos últimos, las bandadas de papagayos variados, de palomas, de tórtolas, se ven por millares; y los bosques están poblados de penélopes o *pavas del monte*. Los pájaros peculiares de cada región proporcionarían una caza abundante, la que hoy nadie aprovecha. Los reptiles son muy comunes, y entre ellos muchos lagartos, culebras y hasta crótalos o serpientes de cascabel. Los ríos, en época de crecientes, están llenos de hermosos y buenos peces, que remontan las llanuras de Santa Cruz. Se explota, en el cerro de Quioma, una mina de plata muy rica.

La población se compone de españoles, de gran número de mestizos de raza africana y americana, y de indios[30], pero poco numerosos. La cabeza de provincia, la ciudad de Mizque, fue una de las mayores del Alto Perú; tiene buenos edificios; declina actualmente día a día. Sus dos hermosas parroquias,

30 En la época de Viedma, en 1793, la población de la provincia era de 17.196, de la cual eran 2.962 españoles, 8.031 indios, 5.602 mestizos, 2.249 negros o mulatos. Hoy las proporciones son distintas, hay mucho más mulatos y el conjunto de la población se ha reducido en dos tercios.

así como sus cuatro conventos, están casi desiertos. Sus anchas calles, bien alineadas; sus casas espaciosas, están, por así decirlo, deshabitadas, y todo anuncia la cercanía de una decadencia completa.

Informado de estos detalles, de este cambio funesto en la provincia de Mizque, de ese paso de un estado próspero al abandono más absoluto, a causa de influencias malignas, cada año más intensas y reemplazando un estado sanitario satisfactorio, traté de hallar una explicación a ese desastre, pensando al mismo tiempo en los medios de ponerle remedio; y creo haber hallado la causa. Recorriendo las colinas, observé gran número de viejos tocones carbonizados, únicos vestigios de grandes árboles, en un lugar donde crecen apenas, de tanto en tanto, algunos pequeños arbustos achaparrados todavía medio quemados. Reflexioné sobre el hecho. Pregunté al corregidor, quien me aseguró haber oído decir que esas colinas estaban antes cubiertas de grandes árboles. Me mostró, en efecto, en su casa, bastante antigua, gruesas cepas, que hoy no se podrían de ninguna manera reemplazar. Ese hecho fijó mis ideas sobre la cuestión. La insalubridad siempre creciente de la región me pareció causada por el desmonte que origina la mala costumbre de prender fuego a los campos, y de destruir así todos los árboles que podrían crecer. Las enfermedades prenden, en efecto, cada año con más fuerza, a medida que las tierras se van desmontando y producen miasmas pestilentes por la evaporación instantánea debida al ardor del sol. Estoy convencido de que si el gobierno boliviano prohibiese, bajo pena de severos castigos, esos incendios anuales en todo el país, los árboles crecerían a poco a poco, las colinas se cubrirían, a la larga, de una tupida vegetación, y la provincia de Mizque hoy, por así decirlo, desierta e inútil, volverá a tener su pasado esplendor, su antigua salubridad, dando al Estado una renta que hoy, disminuyendo sin cesar, no tardará en ser ilusoria. Es una gran cuestión que someto al gobierno boliviano, un medio que dejo a su conciencia y a su amor por el bien general de este interesante país, del que tengo el honor de ser ciudadano[31], dichoso como me sentiré siempre de señalar las mejoras que me sugiera la combinación de las posibilidades locales con los medios de acción que nos proporciona la industria europea.

Al ver a Chaluani despoblado, al oír a los habitantes hablar de las enfermedades que los atacan, un viajero accesible al temor se apresuraría a abandonar esos lugares, llevando tal vez con él los gérmenes de afecciones endémicas de la región. Habituado a desafiarlo todo,

29 de octubre

31 El general Santa Cruz, Presidente de la República, se dignó conferirme ese título en muchos despachos oficiales.

pasé todo el día siguiente haciendo historia natural en el valle, afrontando los rayos solares más ardientes. Después de haber cazado toda la mañana, me puse en camino al mediodía. Siguiendo el lecho del río, atravesé la confluencia del Río Pojo, que desemboca a la izquierda, viniendo sus aguas, bastante abundantes, con las del Río Chaluani, y forma un torrente ya difícil de franquear. Llegué así a la *Viña Perdida*. Los jesuitas –industriosos y amigos del progreso al máximo– plantaron, cuando poseían la provincia de Moxos, la viña en ese lugar, y tenían, de ese producto, la más hermosa huerta del país. Construyeron magníficos edificios, una hermosa capilla y llegaron a cosechar trece mil botijas[32] de vino; pero, en la época de su expulsión, esa huerta, vendida a la familia Velasco, de Cochabamba, perdió mucho, fue luego abandonada por completo, y actualmente no sólo carece de viñas, sino que también no tiene más habitantes, entre las ruinas, que algunos mulatos o algunos cholos, que cultivan algo de maíz.

Atraído por los gritos de numerosos guacamayos, los perseguí y fui lo bastante feliz como para matar varios. Son azules, con los dorsos de un hermoso color rojo[33]. En el intervalo, mi gente había avanzado, y no me reuní con ella hasta la mitad de una elevada colina, aunque poco inclinada, cubierta de enormes cactus, simulando grandes árboles; y aquí y allí, de árboles cuyo raro tronco me llamó la atención. Son gruesos a la mitad de su altura, estrechos más abajo y son idénticos a husos. Tienen una vaina que cuando se abre da un algodón corto, sedoso y sin duda susceptible de encontrar empleo en las artes. En la cima de esa colina alcancé, al mismo tiempo, los límites de la provincia de Mizque y los del departamento de Santa Cruz de la Sierra.

Provincia de Valle Grande

Comencé a descender a una pequeña quebrada, y llegamos a una pequeña explanada, donde el arriero quiso pasar la noche, porque le ofrecía pasto para sus mulas. Acampamos, pues, en campo raso, en medio de una naturaleza salvaje y árida, alejada de todo lugar habitado. Al recorrer los alrededores, fui bastante afortunado como para encontrar, en la arenisca de transición, un buen número de fósiles interesantes. Desde ese lugar, me faltaban todavía ocho leguas hasta Chilón. Al día siguiente, al borde de una quebrada seca y profunda,

32 Medida española, que equivale a una damajuana grande.
33 *Ara militaris*, d'Orb.

vi un crótalo o serpiente de cascabel que mi mula estuvo a punto de pisar. Después de haberme apoderado de ella para llevarla a Francia, seguí descendiendo hasta el Río Chilón, entonces poco ancho, muy encajonado y tan seco que parecía un simple arroyo. Los recodos que forma dejan, en muchos lugares, pequeños retazos de tierra vegetal, que los agricultores siembran de maíz y cebada. En los bosquecillos achaparrados esparcidos en las orillas, hallé gran número de penélopes de gran tamaño, conocidos con el nombre de *pavas del monte*. Me detuve tanto para cazarlas y recoger plantas muy originales, que no pude llegar a Chilón la misma tarde, y me vi obligado a acampar junto a una casa, donde me acosté al aire libre.

Creí por un instante que a ese lugar se había transportado la vegetación de la Patagonia, cuyo aspecto siempre estaba presente en mi recuerdo. Observé sobre todo una mimosa espinosa sin hojas, en todo análoga a las que traje de las regiones meridionales. Todas las plantas leñosas de esas quebradas son espinosas, provistas de hojas muy pequeñas; y reunidas con los numerosos cactus, dan al campo el aspecto muy triste. Tal vez la gran sequedad de la estación contribuya en mucho a hacer al conjunto más árido y a quitarle algo del encanto que ofrece en época de lluvias. Siguiendo las costas tortuosas del río, el valle se ensancha y llegué finalmente a Chilón.

Chilón, parroquia de la provincia de Valle Grande, es un villorrio triste, situado en medio de un ancho valle de lo más fértil, cuando es fecundado por la irrigación. Está a treinta leguas de la capital. Su iglesia es pequeña; sus calles están mal trazadas; sus casas, del más triste aspecto, están construidas de adobes y, por lo general, cubiertas de cañas. No hallé a ninguna de las autoridades, y una persona encargada de reemplazar al corregidor me alojó en la cárcel. A pesar de mi repugnancia a instalarme en semejante habitación, tuve que aceptarlo, antes que exponerme al ardor de un sol devorador, cuyos rayos podían transmitirme enfermedades mortales, que constituían un obstáculo a la prosperidad del valle y hará que lo abandonen por completo, si no se apresuran a sanearlo. La población está hoy compuesta de españoles, mulatos y algunos cholos. No se habla ninguna de las lenguas indígenas, sino sólo español. Desde mi partida de Tacna, en todos los lugares por donde pasé se hablaba el aymara o el quechua. Recordaba algunas palabras de esos idiomas, pero la dureza y dificultad de pronunciación me desanimaron a tal punto que sólo conservaba las expresiones más usuales, viéndome obligado a recurrir en todas partes a mi intérprete. Es, en los viajes, una gran dificultad más, un fastidio y un embarazo de todos los instantes; por eso no encuentro palabras para expresar el placer que experimenté cuando vi a una persona de rostro moreno eno-

jarse cuando mi intérprete le dirigió la palabra en quechua, temerosa de que se la tomara por un indio. Con el propósito, sin duda, de darse mayor importancia a mis ojos, llegó incluso a insultar a esos pobres indígenas y a todas las provincias de Cochabamba, asegurándome que en Chilón, como en todo el departamento de Santa Cruz, no se habla otra lengua que la castellana. Tuve así el convencimiento de que, por lo menos durante algunos meses, podría hacerme entender en todas partes, sin necesidad de recurrir a un tercero.

Cuando se ven las colinas de los alrededores de Chilón casi al desnudo o apenas cubiertas, de tanto en tanto, por algunos zarzales espinosos o cactus; cuando se ve su valle hoy inculto, o por lo menos descuidado, que apenas se aprovecha en una milésima parte, resulta difícil creer en su antigua prosperidad. Antes las colinas estaban llenas de bosques, en la llanura abundaban las haciendas, donde se cultivaban, en grande, la caña de azúcar y la vid y donde se recogían muy buenos productos; pero pronto a la agricultura se agregó la cría de ganado. Desde entonces, la primera industria se perdió, a medida que se destruían los bosques por el incendio anual de las colinas, con el fin de renovar la hierba. Las lluvias se hicieron más raras, la sequía más agobiante; aparecieron las enfermedades. La agricultura fue cada vez más descuidada; se la redujo finalmente a un poco de maíz, para asegurar, en parte, la subsistencia de los habitantes; a cebada, para las bestias de carga; y a ají o pimiento colorado, como único objeto de exportación. Los terrenos para crianza de ganado sólo dieron, por falta de humedad, pocos pastos, mientras las influencias perniciosas aumentaron y alejaron a aquellos habitantes que la enfermedad perdonó. Allí tuve una prueba más de que el desmonte era la causa de la insalubridad y miseria de la región, flagelo que puede cesar, si medidas severas de policía rural detienen los terribles efectos de los incendios periódicos.

La violencia del calor, reflejándose en un suelo blanquecino y polvoriento, me obligó a permanecer en Chilón hasta el día siguiente, porque las mulas tenían necesidad de descanso. De Chilón hasta el primer alto tenía que recorrer seis leguas. Partí muy temprano, a fin de sentir menos el ardor del sol. La ruta fue de lo más aburrida. Seguí durante algún tiempo el valle, lo atravesé, remonté la colina del otro lado por caminos pedregosos y de lo más tristes; después, en medio de cerros bajos y amamelonados, descendí lentamente hacia la llanura de Pulquina. Esa travesía me pareció demasiado monótona y el exceso de calor no permitía la menor sombra. En todas partes los mismos árboles espinosos, en todas partes los mismos cactus de aspecto triste. Finalmente vi, desde lejos, la playa arenosa del río. Descendí por una larga cuesta, junto a colinas blancas desnudas por

1 de noviembre

completo, hasta el caserío de Pulquina, compuesto sólo de algunas pobres cabañas situadas en medio de un vasto valle, donde la agricultura ha arrebatado, a los campos salvajes de los alrededores, algunas parcelas de tierra de las orillas del río. El valle, mucho más verde que el de Chilón, presenta algunos lugares de descanso a la vista fatigada por la aridez y sequía de las colinas. Me detuve junto a una cabaña tan sucia que preferí acostarme al aire libre, corriendo el riesgo de contraer, al exponerme al rocío, considerado mortal, esas fiebres de lo más malignas, especialmente hostiles a quienes desafían la humedad de la noche; pero, ¿no debía temer un peligro más inmediato todavía, el de convertirme en presa segura de millares de insectos parásitos, cuya enorme variedad de especies me asustó? Los bocios más voluminosos desfiguraban a casi todas las personas que vi, sin que empero estuvieran atacadas de cretinismo, afección completamente desconocida en todas las regiones de América que he visitado.

El Río Pulquina, como todos los ríos que he cruzado desde Cochabamba, tiene su fuente en el brazo oriental de los Andes y va a reunirse al Río Grande, que recibe las aguas de un inmenso territorio. Junto a las casas, y en muchos puntos del valle, hay numerosos algarrobos, de los que los habitantes recogen las vainas para hacer una excelente chicha. Observé que esa especie de acacia da una goma tan agradable como la llamada goma arábiga. Recogí una amplia provisión, recordando que las enfermedades reinantes, en las llanuras cálidas de Santa Cruz, son principalmente disenterías. Cuando se ve a las farmacias del país hacer venir goma de Europa, uno se asombra de que la industria no haya aún aprovechado de esos productos naturales, que podrían dotar de una nueva rama de comercio a la provincia de Valle Grande, sin perjuicio de los inmensos progresos a introducirse en las ramas existentes.

2 de noviembre

De Pulquina debía dirigirme a Tasajos[34], distante ocho leguas. Ascendí una colina muy inclinada, atravesando los terrenos áridos de la víspera; y llegué a una meseta muy grande, de la misma naturaleza, en la que algunas ligeras colinas son lo único que modifica la uniformidad. Vi de lejos una tropa que caminaba en sentido contrario a mi marcha; pronto se acercó, y comprobé que se trataba de reclutas a pie conducidos por un oficial y algunos soldados a caballo. Los cruceños (habitantes de Santa Cruz), más enemigos todavía del servicio militar que los demás bolivianos, son tanto más difíciles de reunir por cuanto que se los arranca

34 *Tasajo* quiere decir en español *carne seca*. Ignoro el motivo por el cual se le dio ese nombre a ese caserío.

de sus hermosas llanuras cálidas para llevarlos a las montañas frías, que temen al extremo; por eso buscan todos los medios para desertar, lo que ha provocado la severa medida del *chalejo*. En marcha, no sólo se los ata entre sí como en galeras, sino también se les pone un chaleco de cuero de vaca fresco, que, al secarse, les cierra fuertemente lo alto de los brazos, haciendo todo movimiento imposible. Esa costumbre bárbara los hace llegar medio muertos de cansancio. A veces, según me han asegurado, las moscas depositan sus huevos bajo esos chalecos de cuero, y los desdichados reclutas, después de ciento treinta y cinco leguas de marcha, están cubiertos de llagas y roídos vivos por los gusanos. Se concibe fácilmente que el temor de ser así tratados les lleva a ocultarse con mayor cuidado, al menor rumor de guerra, lo que hace al reclutamiento en el interior tan difícil que nunca esas provincias completan su continente.

La llanura que recorría está limitada, al este, por una cadena de altas montañas, hacia las cuales me dirigí. Siguiendo con los ojos la dirección, comprobé fácilmente que continuaban el brazo oriental de los Andes o de la Sierra de Cocapata, que, ya mucho menos elevada, forma un codo hacia el sureste, para terminar hacia las orillas del Río Grande, a unas treinta leguas de distancia. Me dispuse a cambiar completamente de ladera, puesto que las aguas del otro lado se dirigían hacia la provincia de Moxos. Después de haber ascendido muchas colinas, llegué a la cima de la cadena, al lugar denominado San Pedro. Hallé una casa aislada, que habitaba una familia de pastores, que me acogió muy bien; pero la falta de cebada para las bestias de carga me obligó a continuar el camino, a pesar de mi deseo de permanecer algún tiempo en esa cadena. Todas esas cimas, de arenisca desmenuzable, mostraban, tan lejos como la vista podía abarcar, mamelones redondeados, cubiertos de pasto verde, del aspecto más alegre. Es la zona de las gramíneas. Al oeste se ven regiones tristes y secas, en parte peladas; al este, quebradas boscosas, que me recordaron algo de la provincia de Yungas. Las dos laderas presentaban los contrastes más curiosos. Comencé a descender una pendiente rápida por un sendero apenas trazado lleno de piedras que rodaban bajo mis pies. Llegué a una quebrada profunda, cubierta de grandes árboles, de la más hermosa vegetación. No eran más esos árboles achaparrados, de hojas raras, esparcidos en las colinas del Río Chaluani, sino bosques tupidos y frondosos de gran altura, una vegetación activa, en medio de una naturaleza húmeda, donde yo respiraba con placer.

Cada vez que la naturaleza presenta, en sus riquezas, formas a las cuales el hombre no está habituado, lo impresiona vivamente, cualquiera que sea su grado de civilización; mis viajes me han dado muchas veces la prueba. Vi, más tarde, a los indios de Moxos extasiarse al descubrir piedritas y querer recoger-

las, no habiéndolas nunca visto en su provincia. Vi también, a un habitante de las llanuras arenosas de Santa Cruz regocijarse al ver, por primera vez, las rocas de las montañas. Fui testigo de una escena de ese género al descender la quebrada de San Pedro. El gobierno me había dado, para acompañarme, a un joven de Cochabamba. Salía del colegio, no conocía más que las montañas áridas de los alrededores de su valle, y no había visto aún, en su camino, más que rocas secas, hasta que en el Río Chaluani encontró los primeros bosques de mimosas. Su gozo fue de lo más vivo; pero nada igualó su éxtasis cuando vio los bosques de esa quebrada. Apenas podía contener sus palabras, no cesando de decirme que creía que, sólo a partir de ese día, había comenzado a vivir.

La quebrada se estrechó a tal punto, entre los cerros escarpados, que las aguas corrían entre dos murallas; entonces el arroyo mismo se convirtió, durante una legua, en el único sendero a seguir, marchando sobre cantos resbaladizos. El cielo estaba cargado de lluvia; nubes espesas, junto al follaje doblemente cruzado sobre mi cabeza, oscurecían a tal punto la profundidad donde me hallaba, que apenas veía. El trueno rugió en las montañas vecinas y mi arriero me expresó sus temores de hallarse en ese estrecho paso, donde el arroyo podía convertirse en un verdadero torrente a causa de las lluvias tan abundantes en esas comarcas, y engrosar de tal manera que nos arrastraría, si la tormenta estallaba arriba nuestro. Ese temor, basado en la experiencia, le hizo apurar sus bestias tanto como pudo, a fin de huir del peligro, mientras recordaba una serie de accidentes sucedidos a los viajeros sorprendidos por la estación de las lluvias, en esos caminos, entonces de lo más peligrosos. Todo jadeante de inquietud, no respiró hasta que, desembocando en la quebrada, vimos la playa del Río Tasajos. El cielo amenazaba por todas partes; el trueno, más cercano, rugía con ruido espantoso; el eco repetía sus frecuentes detonaciones. Doblé el paso, y apenas llegué a la casa del *Comisionado*, cuando torrentes de lluvia inundaron el campo, antes de que mis efectos llegaran. En un instante todo el valle se convirtió en un verdadero lago; la lluvia cayó con tanta violencia que las aguas acumuladas no podían correr. Se logró, empero, introducir mis baúles. El arriero, temblando todavía por el peligro que había corrido, agradecía al cielo por haberlo preservado de la catástrofe que, algunos instantes más tarde, habría podido producirse. Llovía siempre a cántaros. La noche se puso de lo más oscura. Sólo los relámpagos arrojaban, de vez en cuando, una viva luz, que hacía más sensible la oscuridad. Contemplé un rato ese imponente espectáculo; pero pronto, como el agua penetraba por el techo y las puertas de la cabaña, donde estábamos reunidos todos, fue necesario buscar un medio para preservar mis papeles, lo que me impidió acostarme y me obligó a

permanecer de pie toda la noche, para vigilar mis equipajes. Por otra parte, no había un solo lugar en el suelo donde pudiera tenderme. Un viajero abajeño[35], el señor Suárez, que llegó de Santa Cruz algún tiempo después de nosotros, me repetía a cada rato esa noche incómoda el refrán de circunstancia de los gauchos: *Una mala noche se pasa como se quiere.*

Habiendo mejorado el tiempo por la mañana, pude recorrer los alrededores. La llanura de Tasajos es muy plana, adornada de pastos en muchas partes; el resto, junto a los ríos, está cubierto de bosques de mimosas espinosas, de algarrobos y de algunos cactus. La estación de las lluvias había comenzado, en ese valle, quince días antes, y el estado fresco y reverdecido del campo me mostró en todas partes su influencia sobre la vegetación, entonces en su apariencia primaveral. En medio de esa llanura poco cultivada, están diseminadas, aquí y allí, una docena de casas pertenecientes a chacareros que crían ganado. Habría deseado partir por la mañana, pero el comisionado, mostrándome el río que arrastraba árboles enteros en medio de las aguas cenagosas, me dijo que era necesario cruzarlo por un lugar estrecho, donde franquea una montaña, y que en ese momento sería querer dejarse arrastrar por la corriente o desaparecer en las arenas movedizas. Era necesario aguardar. Hacia mediodía, las aguas corrieron fácilmente y el comisionado me aseguró que, tomando precauciones, podría dirigirme a Pampa Grande[36], distante cuatro leguas. Tomé por el pie de las montañas a la derecha, en medio de terrenos arenosos de aluvión; di la vuelta a una colina redondeada, compuesta de arenisca, y alcancé la orilla de la Angostura, estrecho desfiladero, donde las montañas muy pegadas no dejan pasar otro camino que el mismo lecho del río que debí cruzar por lo menos diez veces, luchando también contra una corriente rápida, o temiendo en otros lugares hundirnos en una arena movediza que se sacudía bajo nuestros pasos, y apenas nos permitía detenernos un segundo. La línea de las aguas, trazada sobre las rocas de esquistos, revelaba que el torrente debió ser terrible durante la lluvia de la víspera, y que entonces, muy profundo, debía arrastrar consigo todos los obstáculos. En esa quebrada encontré, en las laderas, árboles espinosos, cactus de más de siete metros de altura, coronados

35 Se llaman, en el país, *abajeños* a todos los habitantes de las provincias de abajo, es decir de las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, etc., menos elevadas que el Alto Perú, hoy Bolivia. Las mismas provincias, en relación a Buenos Aires, son, para esta última, las provincias de arriba, en relación con la posición respectiva de los lugares.

36 Hay aquí una reunión de la lengua quechua y el español. *Pampa*, como lo he dicho en otra parte, quiere decir *llanura*, en quechua. Es una de las palabras generalizadas en América, hasta en los lugares donde no existe la lengua indígena y muy lejos de la lengua quechua.

de muchas ramas y cubiertos de frutos redondos, del grueso de una manzana pequeña, que comí con gran placer. A la desembocadura del río, encontré una llanura lisa muy vasta. Atravesé la playa de arena del Río Tembladeras[37], y llegué finalmente a Pampa Grande.

Es un anexo, de Valle Grande, distante quince leguas de su capital, gran villorrio mal construido, compuesto de casas levantadas empalizadas, sobre las cuales se arroja algo de tierra, y cubiertas de rastrojos. El aspecto es tanto más triste por cuanto casi todas están cerradas y se ven muy pocos habitantes, y los que hay tienen el rostro pálido y amarillo. El corregidor me había señalado una pequeña cabaña donde podía instalarme, pero apenas penetré, una nube de pulgas se levantó del suelo polvoriento, obligándome a salir muy rápido. Preferí establecerme en el campo, al aire libre, a sufrir el suplicio al que sería condenado, de haber pasado la noche en ese lugar. Por la tarde, visitando el villorrio, el cura me ofreció sus servicios. Era un joven bondadoso, cuya tristeza me revelaba que tenía miedo de morir. Mientras me mostraba las casas vacías, a causa de la muerte de sus habitantes, me dio detalles horribles de las fiebres reinantes, que, todos los años, segaban una parte, muriendo unos en algunos días solamente, otros después de largos sufrimientos, de que nada podía salvarlos. Su melancolía me impresionó; citaba, entre otros muertos, a sus tres predecesores, desaparecidos en cuatro años, y esperaba no sobrevivir mucho tiempo. Ese pobre joven era por su timidez misma más susceptible de ser alcanzado por el flagelo. Me vi obligado a visitar a varios enfermos, a quienes suministré sulfato de quinina, lamentando la suerte de los desdichados habitantes de las provincias de Mizque y Valle Grande, librados a la enfermedad sin esperanza de socorro, ya que ningún médico va a aliviarlos y sustraerlos a la muerte. El cura insistió mucho en que entrara bajo un techo, a fin de preservarme, pero no pude decidirme, a pesar de sus apremiantes instancias. Por lo demás, poco accesible al temor, me sentí demasiado fuerte como para que las influencias malignas me atacaran, habiendo ya visitado tan a menudo lugares apestados, sin experimentar nada. Me creía realmente invulnerable.

Me impresionó la lentitud con que el cura se expresaba en español, lentitud que distingue el habla de los cruceños de la locuacidad común en los porteños y hasta en otros bolivianos. Ese acento no tenía, empero, nada nuevo para mí; me había acostumbrado en Corrientes, donde existe la misma manera de hablar. Esa analogía, al revelarme el origen de los habitantes de Santa

37 Se llaman *tembladeras* a las arenas movedizas. Ese río es, en ese aspecto, peligroso al máximo al ser atravesado. La tierra temblaba a gran distancia bajo nuestros pasos.

Cruz, que vinieron en otra época del Paraguay, me trajo agradables recuerdos, y me hizo esperar hallar, en esta región, la amable hospitalidad que había recibido en la frontera del Paraguay.

La tristeza que reinaba en Pampa Grande no me dispuso a quedarme. Por lo demás, la estación estaba muy avanzada para que no me apresurase a llegar pronto a Santa Cruz, donde quería pasar la época de las lluvias. Al salir de Pampa Grande, hallé una hermosa llanura de una legua de ancho, cubierta de hierba y animada por numeroso ganado. Encontré también algunas tropillas de mulas cargadas de azúcar, que llevaban de Santa Cruz a Cochabamba. Me llamó la atención el traje de los arrieros, tan diferente del que había visto hasta entonces. Llevan sobre la cabeza una *montera* o casquete de cuero, más o menos igual al de los cochabambinos, un calzón de cuero curtido, una especie de túnica semejante, adornada de franjas y costuras de diversos colores; están calzados con plantillas de cuero atadas al pie. Los hice detener un momento, so pretexto de pedirles informes, para verlos mejor. Es, por lo que supe más tarde, el traje de todos los arrieros de Samaypata y de la provincia de Valle Grande.

4 de noviembre

La llanura termina al pie de una alta cadena de cerros, que trepé por una quebrada pedregosa, larga y difícil, sobre todo al acercarse a la cumbre, donde llegué no sin trabajo. Esa cima presenta una gran cumbre redonda, cubierta de gramíneas, desde donde dominaba de un lado el hermoso valle de Pampa Grande, y del otro el de Vilca. Veía, en los dos, serpentear el ancho lecho de arena desnudo de los ríos, las casas esparcidas al pie de las colinas en la llanura; todo rodeado de montañas verdes, con la cima suavemente ondulada en forma de mamelones redondeados. Esa naturaleza me habría parecido admirable, si no me hubiera impresionado el horrible sufrimiento de los habitantes y su abandono a la acción permanente de las influencias pestilentes de esos hermosos valles que, de los más pérfidos, ocultan, bajo una rica apariencia, el veneno más activo. Ese valle de Vilca, que veía a un millar de metros debajo mío, es el último en que las fiebres son malignas. Más allá, hasta Santa Cruz, las enfermedades endémicas son más raras. Como había llegado a uno de los últimos puntos elevados de esas montañas, quise detenerme en la cumbre, junto a una chacra; pero mi arriero se negó, impidiendo hasta que sus mulas ramonearan en el camino, temiendo que tocaran una planta venenosa, que las hincha y las hace morir en pocas horas. Me mostró esa planta, que creí un euforbio, y me citó muchos ejemplos de arrieros que habían perdido una parte de sus bestias por haber pasado la noche en ese lugar engañados por la apariencia del pasto.

Lo más raro del caso es que, mientras las mulas de paso se envenenan en esas montañas, comiendo indiferentemente toda clase de hierbas, las mulas nacidas en ese lugar saben distinguir bien las plantas nocivas, al punto que casi nunca les suceden accidentes semejantes.

La cuesta que me faltaba descender no carecía de dificultades. Tallada en una arenisca desmenuzable o llena de piedras desprendidas, se rueda más ligero de lo que uno quisiera por una pendiente de lo más abrupta. Al llegar al pie, pasé junto a muchos mamelones redondeados y desemboqué en la planicie de Vilca, distante seis leguas de Pampa Grande. Me dirigí a casa del comisionado, donde fui muy bien recibido. El valle, muy grande y hermoso, ocupa una pequeña extensión, cultivada de maíz, alrededor de las casas aisladas que la pueblan. El resto, susceptible de una agricultura tan provechosa, permanece improductivo, por falta de brazos. A medida que avanzaba hacia Santa Cruz, notaba que el numero de mestizos disminuía, que el color de los habitantes era menos mezclado, que se producía un evidente mejoramiento en la raza.

De Vilca, pequeño caserío sin capilla, no tenía más que cuatro leguas hasta Samaypata, último punto habitado antes de Santa Cruz. Me dirigí al día siguiente, atravesando la llanura de Vilca, así como su río lleno de arenas movedizas, y ascendí una montaña, del otro lado de la cual descendí en medio de campos cultivados hasta el pueblo, situado en una hermosa llanura, cubierta de vegetación, rodeado de colinas redondas.

5 de noviembre

La lluvia, que me tomó en el camino, cayó a torrentes cuatro días seguidos. Me vi obligado a permanecer en casa de uno de los curas, donde el corregidor me alojó. Apenas llegué, comencé a gozar de la hospitalidad de los habitantes. Cada una de mis vecinas me envió su ofrenda y sus cumplidos por medio de sus criados: era un paquete de cigarros atados con cintas de colores, una taza de chocolate, un plato de confituras, hasta sopa; y, en un instante, confundido con tantas amabilidades, me hallé aprovisionado para más de un día. Esa recepción a un extranjero desconocido de ellos, me probó que todo lo que me habían dicho de Santa Cruz y de sus habitantes no era exagerado, y me hizo presagiar una estadía agradable en esa ciudad, alejada trescientas leguas de la costa, donde el pequeño número de extranjeros y la escasa comunicación comercial, conservan todavía la hospitalidad de la edad de oro, esa bonhomía que desaparece rápidamente, por el abuso que hacen de ella los viajeros, tan pronto como abundan.

Durante los días siguientes visité a mis vecinos y vecinas, y les agradecí su bondadosa acogida. Uno de los curas, hombre amable y jovial, me invitó a

acompañarlo a casa de una dama que daba una fiesta. Acepté con tanto más placer por cuanto allí no constituía una indiscreción presentarse así, y que, para no ser del todo novicio al llegar a Santa Cruz, deseaba ponerme al corriente de las costumbres, que me parecieron completamente distintas de las de las otras provincias. En la fiesta de una de las mujeres de la sociedad, sus amigas envían cada una su pequeño regalo en prueba de amistad. Encontramos una mesa cubierta de esos regalos: paquetes de cigarrillos de paja de maíz, artísticamente confeccionados, adornados de flores y cintas: bombones de diversas especies, vinos y licores. La habitación estaba llena de hombres y mujeres. La dueña de casa, apenas llegué, tomó un cigarro, se lo puso en la boca para encenderlo y me lo ofreció. No había aún terminado el primero, cuando me ofrecieron otro, y así todo el tiempo. Luego una señorita se acercó a mí con un vasito de licor en la mano, y llevándolo a los labios me dijo: *Tomo con Ud. Señor*. Le agradecí su cumplido, pero me advirtieron que no bastaba el agradecimiento, y que debía devolverle su amabilidad, lo que hice de inmediato. Sin embargo, cometí una falta. Debía necesariamente, al beber a mi vez, convidar a una mujer; y para castigarme, me obligaron a comenzar de nuevo. Se concibe fácilmente que mi condición de extranjero me puso de moda. Cada dama se creyó obligada a invitarme a beber; no podía negarme, y de esa manera me hallé pronto, como los demás invitados, animado de una viva alegría, que gustó mucho. El tañido de una guitarra hizo pensar pronto en otra diversión. Se cantó una *mariquita*. Todos bailaron, hasta el cura. No pude tampoco dejar de hacerlo. De lo más torpe, por la manera de agitar el pañuelo durante el baile, hice reír a mis expensas, y para vengarme, pedí un vals, que me era más familiar. A las dos se sirvió de comer; cada uno se colocó alrededor de una larga mesa. Se trincharon muchos volátiles, y entonces comenzó un nuevo asalto de cortesías. Una dama cortó un trocito de pollo, y lo colocó en el extremo de un tenedor, pasó de mano en mano, hasta mí, que debí aceptarlo; me llegaron así trozos elegidos de todos lados. Me fue absolutamente necesario, para devolver esa atención, reenviar un bocado a cada uno de los convidados. Durante la comida, los tenedores no cesaron de pasar de mano en mano y de boca en boca, lo que me pareció más original que agradable; sin embargo, resuelto por principio a seguir las costumbres de cada país, me plegué de la mejor manera que me fue posible a ese uso tan distinto de los nuestros. Se bebió mucho, comiendo siempre e invitándose mutuamente; luego se volvió a bailar hasta la noche. Me retiré temprano, satisfecho de esa primera lección y dejando a los invitados divertirse una parte de la noche.

Samaypata o mejor dicho Camaypata[38] es, sin ninguna duda, el punto en que los incas se detuvieron, cuando, bajo el décimo rey (Inca Yupanqui) quisieron someter a los indios chiriguanos[39], y corrieron dos años sin lograrlo. Los restos de antiguas esculturas hallados en las rocas, los numerosos rastros de casas redondas esparcidos en las montañas[40], las armas enterradas en el seno de la tierra, todo revela evidentemente la larga permanencia de un gran conjunto de hombres civilizados en los alrededores de Samaypata. Es probable también que haya residido posteriormente una población indígena, puesto que en 1793 se veían todavía cincuenta indios puros[41]. Hoy no existen más indios y el pueblo no está más ubicado en la cima de las montañas, donde lo establecieron los incas. Se extiende en medio de una hermosa llanura, cubierta de vegetación, y es grande, bastante bien construido, con una hermosa plaza, una iglesia mediocre y calles bastante largas. Es un paso indispensable, un punto de reposo casi obligado de los comerciantes o viajeros que van a Santa Cruz, o se dirigen de esa ciudad a las otras de la República; una posición encantadora, una región de lo más sana, rodeada de valles apestados; un lugar de recursos para el cultivo de la cebada, el maíz, el trigo y la papa, por sus excelentes pastos, por los bosques que cubren todas las quebradas circundantes. Su situación debe convertir necesariamente a Samaypata en una población de las más importantes, cuando haya crecido su población y la navegación abierta con el Río Paraguay por el Plata, con el Río Piray por el Amazonas, traiga una nueva vida a estas vastas regiones hoy sin comercio y sin industria, destinadas, sin embargo, a ser en el porvenir una fuente de prosperidad para Bolivia.

El horrible tiempo que hacía me inquietaba para la continuación de mi viaje. Sólo me faltaban cuarenta leguas para llegar a Santa Cruz; pero cuarenta leguas sin casas, de las cuales alrededor de veinte por montañas de lo más escarpadas, por caminos horribles, temidos de los viajeros, y por lo general abandonados durante la estación de lluvias, a causa de los peligros de todo género que presentan a cada paso. Los samaypateños no dejaban de hacérmelo presente en todas las formas, hablándome del viajero sorprendido por las llu-

---

38 *Camaypata* proviene de *camay* (descanso después de la fatiga) y de *pata* (marcha, grada): así, Camaypata quiere, decir *grada del descanso*, nombre poético, al mismo tiempo que descripción perfecta de la localidad. Es, en efecto, la primera meseta y el primer lugar donde se puede descansar cuando se va de las llanuras del interior a las montañas.

39 Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VII, cap. XVII, p. 244.

40 Arriba del burgo actual, la cumbre de una montaña está a tal punto cubierta de esos restos que se llama *Cerro de las rueditas*.

41 *Informe* de Viedma, p. 38.

vias abundantes, en el lecho de los torrentes que es necesario seguir, corriendo el riesgo de ser arrastrado por la corriente o retenido muchos días por la crecida de las aguas, sin poder avanzar ni retroceder. Los otros riesgos a correr eran resbalar por una tierra arcillosa, desde lo alto de las montañas, con la mula; romperse las piernas o rodar por los precipicios. Con mi carácter emprendedor, esos relatos no estaban hechos para detenerme; tal vez, por el contrario, me inspiraron un deseo más vivo de afrontar las fatigas que un viajero nunca debe temer. Sólo, como tenía que desafiar peligros reales que podían tener por causa la inexperencia de mi arriero, pedí al corregidor un buen guía, a fin de disminuir las probabilidades de fracaso y no tener nada que reprocharme.

9 de noviembre

El 9 de noviembre dejé Samaypata, lamentando no haber podido visitar, a causa de las lluvias, las antigüedades de los alrededores, y prometiéndome regresar en una estación más apropiada[42]. Comencé enseguida a descender a una quebrada profunda, escarpada, en la que las aguas del arroyo de Samaypata caen, rugiendo, en pequeñas cascadas, sobre un lecho de arenisca blanco. Habría podido contemplar ese espectáculo, pero estaba obligado a concentrar toda mi atención en el terrible camino, repleto de bloques de piedras, por donde descendía con ayuda de escalones informes; y esto corriendo el peligro de ir demasiado pronto a visitar el fondo de la quebrada. Pronto el sendero me condujo, por el mismo lecho del torrente, a un precipicio que sólo tiene el ancho de las aguas, entre dos paredones tallados a pico. El valle se ensancha poco a poco, el lecho del torrente es menos encajonado y se puede tomar un sendero trazado en medio de bosques de acacias espinosas, teniendo a la derecha el famoso Cerro del Inca, del que me contaron tantas maravillas, y a la izquierda una elevada montaña cortada por el Río de Piedras Blancas, así llamado por la arenisca blanca que lo llena. Después de seis horas de marcha, los cerros se acercaron de nuevo. Pasé a la derecha el Río Colorado, cuyo lecho y las aguas son, en efecto, de un color rojo pronunciado, a causa del óxido de hierro que arrastran. Allí el Río Samaypata, al unirse al Río Colorado, toma el nombre de Río Laja. Antiguamente se seguía este último río; pero los numerosos accidentes producidos han hecho abandonar esta ruta. Ocupaba el lecho mismo del curso de agua, en una estrecha grieta de las montañas, que dejé a la izquierda, asombrado de que alguien hubiera osado tomar alguna vez semejante camino.

---

42 Regresé en 1832, como se verá más adelante, y daré entonces detalles interesantes sobre esas notables antigüedades.

Al abandonar el río, tomé un vallecito estrecho y me dirigí hacia la cadena de *las Abras*, donde vi efectivamente, en la cima, como un estrecho desfiladero entre dos mamelones redondeados, que cerraban el horizonte. Estaba entre dos cadenas. La de la derecha es de lo más rara. Es una serie de picos elevados, en los que la roca está en todas partes al desnudo y cortada casi perpendicularmente sobre sus laderas. Tomé la ladera izquierda y llegué frente a uno de esos picos denominado *La Cueva*, porque en varios puntos sus paredes, talladas a pico, parecen por sus desplomamientos vastas arcadas o pórticos irregulares. Allí acampamos, en la misma cuesta, a media altura, siendo ese lugar necesariamente una *pascana*[43]. Frente a esos picos a la vez amenazadores y pintorescos, descubrí el más hermoso eco que haya oído. Los sonidos más puros eran reproducidos por la montaña vecina, que los devolvían a los otros picos; y, muchas veces repetidos, debilitándose siempre, esos sonidos se perdían en lontananza. Todo era romántico en este lugar: la montaña de la Cueva, su cima desnuda y elevada como una gran torre, llegando hasta los cielos sus laderas escarpadas, formando asientos de diversos colores, las puertas que figuraban esas paredes y hasta su admirable eco. Habría sido un hermoso tema para un novelista, de haber habido habitantes. Ese lugar salvaje, visitado sólo por viajeros, está, en todo tiempo, silencioso y desierto.

La noche fue húmeda y fría; por eso, desde el amanecer, abandoné, para recorrer los alrededores, el suelo sobre el que me había acostado bajo la bóveda de los cielos. Una niebla espesa me ocultaba todos los objetos. Se elevó poco a poco, formando pequeños grupos de nubes, que pasaban alrededor de los picos y desaparecían finalmente. Nubecillas redondas, fijas en cada punto culminante[44], permanecieron sin embargo más de dos horas, hasta ser disipadas por los rayos del sol, dando al conjunto un rasgo más de originalidad. La jornada de marcha debía ser larga y cansadora; sin embargo, sólo a las nueve reunieron las mulas esparcidas por el campo y se las cargó. Al llegar a la cumbre de las abras, descendí del otro lado, teniendo enfrente una montaña elevada, que tenía que franquear, y debajo mío, un valle profundo, por donde corre el río de *las Astas*. Olvidé por un instante los malos caminos, viendo numerosas plantas criptógamas, entre las cuales helechos arborescentes, árboles verdes y una vegetación casi tan activa como la de la provincia de Yungas; pero

43 *Pascana*, lugar donde pueden pacer las mulas. Es la palabra local en toda América.

44 Maté, alrededor de las montañas, una especie nueva de martineta con collar, *Cypselus montivagus*, Nob. Vuela todavía con mayor rapidez que nuestra martineta de Europa. Es tal vez el pájaro que recorre el espacio con mayor rapidez.

las frecuentes patinadas de mi mula me trajeron rápidamente a la realidad. Descendí más de diez metros de un solo tirón y creí prudente efectuar el trayecto a pie hasta el río. Estaba como encajonado entre las colinas cubiertas de bosques tupidos, cuya vista es más espantosa que alegre. Si el descenso fue difícil, no era nada en relación con la dificultad que presentaba la cuesta rápida que tenía ante mí. Al principio estuve a punto de desanimarme. A pie, estaba obligado a prenderme de los árboles; en mula, cuatro o cinco veces seguidas, mi bestia cayó de cuatro patas o resbaló, faltando poco para que me rompiera las piernas. No había, empero, medio de retroceder; por eso, tanto a pie como montado, resbalando y cayendo, amenazado de rodar sobre las mulas que estaban más abajo, o temiendo ser aplastado por las que me precedían, llegué finalmente a la cima del *Cerro Largo*, cubierto de grandes árboles, de palmeras, de helechos arborescentes y de quinquina. Mi guía me mostró, en el camino, un cerco de piedras que, en la región, conserva el nombre de *Casa del Inca*. Las tradiciones transmitidas de padre a hijo recuerdan que fue el último campamento de los incas, durante sus expediciones contra los chiriguanos. Es un punto muy importante para la geografía antigua de los incas.

Al descender del otro lado por una pendiente rápida, en medio del bosque, no podía prever dónde mi gente hallaría un lugar apropiado para detenerse, en ese caos de quebradas profundas y montañas escarpadas. Mi guía me sacó del embarazo al mostrarme, a lo lejos, la cumbre de una montaña, a la que había necesariamente que llegar. Algunas horas de penosa marcha me condujeron al fondo del valle por donde corre el Río de Bueyes. Subí por el otro lado por caminos muy malos, trazados en la arenisca desmenuzable, y alcancé finalmente, a la entrada de la noche, la cumbre del cerro de Coronilla. Vi un galponcito construido para albergar a los viajeros, pero estaba tan lleno de pulgas, que preferimos acampar al aire libre sobre la cuesta, a poca distancia. Los arrieros condujeron sus mulas al fondo de un valle vecino, donde hallaron algo de pasto. Se prendió fuego, y algunos trozos de carne seca, arrojados sobre las brasas y junto al agua del arroyo, vinieron, como de ordinario, a reparar la fatiga de la jornada, una de las más penosas que pasé.

11 de noviembre

A la mañana siguiente, al recorrer el valle que dominaba con la vista, hallé la cuesta cubierta de coca salvaje. Temiendo equivocarme, se la mostré al arriero, propietario él mismo de una chacra de cultivo de esa planta, en la Yunga de Yuracarés; reconoció, como yo, que era la verdadera coca y recogió una buena provisión. Este descubrimiento me probó el partido que puede sacarse de esas montañas, puesto que esa planta tan preciosa, que sólo se obtiene en Yungas por medio

de un costoso cultivo, crece naturalmente y ofrece a los agricultores una cosecha abundante, una rama lucrativa de industria, hasta ahora desconocida en esas regiones desiertas. Regresé al alto, pensando en esa nueva fuente de prosperidad y en los beneficios inmensos que podría proporcionar a quien, obteniendo del gobierno la concesión de ese valle, funde el primer establecimiento.

Nos pusimos en camino muy temprano, ya que la jornada debía ser muy larga. Siguiendo siempre la cresta de Coronilla, llegué a un punto desde donde se me presentó una inmensa extensión. Entre dos altas montañas, separadas por un valle profundo y estrecho, se desarrollaba un vasto horizonte de llanuras cubiertas de bosques, donde las ligeras ondulaciones del suelo y la extensión de aquéllos, presentaban el aspecto de un mar agitado, al pie de una cuesta escarpada. Había llegado a los últimos contrafuertes de los Andes y entreveía, finalmente, las hermosas llanuras cálidas de la provincia de Santa Cruz. Gozaba, por anticipado, de la dicha de recorrer esas hermosas comarcas, verdadera tierra prometida, que era, desde hacía mucho tiempo, objeto de mis deseos. Me faltaba, sin embargo, franquear todavía los dos puntos más temidos de esa ruta: el descenso de la famosa cuesta de Petaca y el Río Piray. La primera, ese día menos terrible por la falta de lluvia, me dio la esperanza de pasar sin accidentes. Veía desde la cumbre, a una enorme distancia debajo, y como en el fondo de un precipicio, la confluencia de los ríos Laja y Projera, que forma el Río Piray, el cual, después de serpentear entre dos murallas escarpadas, formadas de las últimas montañas, va a desembocar en la llanura de Santa Cruz. La cuesta está compuesta de arenisca y arcilla; su pendiente, donde se ha practicado el peor sendero que uno pueda imaginar, es de lo más abrupta. En vez de trazar largos zigzags en las laderas de la montaña, se ha seguido por una verdadera escalera giratoria, donde, a cada paso, hay que voltear de un lado al otro. Creí más prudente descender a pie, mientras buscaba las hélices y los insectos.

Obligado constantemente a frenarme para no ir más rápido, llegué con fuertes dolores en las articulaciones. Al borde del torrente, maté una magnífica especie de guacamayo de alas blancas[45], que sólo vi en ese lugar. Abajo de la cuesta, experimenté un sentimiento de horror al contemplar la montaña que acababa de descender y pensar que el resto del camino no era más fácil. No tenía, es verdad, más cerros que franquear, pero hasta la llanura, el Río Piray[46], con su torrente ancho e impetuoso, encerrado entre dos maratones gigantescos tallados casi a pico, es el único camino a seguir durante más de tres leguas.

---

45 *Ara Cruziana*, d'Orb.

46 *Piray*, de *pira*, pez, y de *y*, agua, río; en lengua guaraní, *el río de los peces*.

Este trayecto es el más difícil de toda la ruta. Es menester cruzar el río diez veces en medio de las rocas, corriendo el riesgo de caer con la mula, o de ver desaparecer los equipajes. Si sorprende una tormenta, o esas lluvias abundantes de la estación en que estábamos, el río crece tan súbitamente, que algunas veces es menester detenerse, sin poder avanzar ni retroceder. Se ha visto, en este caso, a tropillas de mulas morirse de hambre y a los viajeros correr los mayores peligros. Por suerte para mí, el tiempo, aunque siempre amenazador, me permitió franquear ese mal paso. Para cruzar el río, mí guía, de lo más experimentado, conocía hasta la menor roca, entonces oculta bajo las aguas, marchando siempre a la cabeza, haciendo pasar una mula tras otra; llegué así hasta la llanura, cubierta de bosques, y entré en la provincia de Santa Cruz. Por una dicha extraordinaria, un chubasco de lo más fuerte, sólo cayó en el momento en que, desembocando en la llanura, nada tenía que temer.

CAPÍTULO XXVIII

Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viaje por los alrededores

Estadía en Santa Cruz de la Sierra

Al entrar en la llanura, abandoné los últimos límites de la provincia de Valle Grande. Seguí, durante tres leguas, un bosque virgen de lo más majestuoso, donde árboles gigantescos cruzan sus ramas y hacen de la ruta una enramada impenetrable a los rayos del sol. En cualquier otra circunstancia la habría admirado, pero la lluvia caía a cántaros y apenas se veía por el estrecho sendero, donde, de tanto en tanto, me veía obligado, ya sea a acostarme sobre mi bestia, para pasar bajo las ramas, ya sea a saltar por encima de los troncos de árboles volteados por el viento.

1830
Santa Cruz
31 de noviembre

Era, sin embargo, la única ruta que existe entre las llanuras del interior y las ciudades de las mesetas, el único medio de comunicación entre Valle Grande y Santa Cruz. A pesar de todas esas molestias, la vuelta del sol trajo la alegría y sentí dichoso al admirar la belleza del bosque al caminar por un terreno llano después de haber franqueado montañas tan difíciles. Nos detuvimos en un espacio desprovisto de árboles, junto al río, en el lugar llamado *Potrero del rey*. Mi admiración duró, atenuada por las picaduras de los *marihuí*[1]

---

1 El *marihuí*, sin duda lo mismo que *maringuin*, es una mosquita corta y rechoncha, cuya picadura causa de inmediato un dolor tan fuerte como si fuera una quemazón. Aparece en seguida una manchita de sangre en la piel, una picazón atroz sigue a la llaga, y el efecto dura tres o cuatro días.

y los millares de mosquitos[2] que, durante toda la tarde, no me dejaron un momento de descanso. Se asaron algunas penélopes cazadas en el camino, y me tendí en el suelo, pudiendo más el cansancio que los insectos. Dormí profundamente la mitad de la noche. Un chaparrón cayó entonces, me empapó hasta los huesos y duró toda la mañana.

Desde mis viajes por las orillas del Paraná y la provincia de Corrientes, había olvidado la picadura de los mosquitos. Sentimos a tal punto los efectos que, a la mañana siguiente, cada uno de nosotros, al mirar a los otros, no pudo aguantar la risa; a tal punto nuestros rostros estaban hinchados y desfigurados. Por mi parte, apenas podía abrir los ojos. He observado que las consecuencias de esas picaduras sólo se producen en los primeros días. La epidermis se habitúa a la larga. Se siente el mismo dolor, pero no hay inflamación y la picazón es menos persistente. Todo, durante esa noche, contribuyó a contrariarme. Un jaguar, habituado, sin duda, a reinar en esos lugares salvajes, rugió varias veces en los alrededores. No sólo espantó a mi tropilla y nos obligó a mantenernos en guardia, sino también las mulas, asustadas sin duda por el animal, se dispersaron por los bosques, sin que quedara una sola en la pascana. Esa triste noticia, que supe por la mañana, vino a aumentar en mí la molestia de estar expuesto a la lluvia. Mientras mis arrieros corrían por los bosques, tratando de hallar los rastros de las mulas, encendí un poco de fuego e hice construir una tiendita bajo la cual me albergué. Teníamos algunas telas de lana apropiadas para este último objeto. Se trataba sobre todo de preservar a los baúles de la inundación general; por eso sólo me quedó un pequeño espacio en el que no podía permanecer ni acostado ni de pie. Cuando hace mal tiempo, la vista del fuego, hasta en las regiones cálidas, hace experimentar un gozo que no se podría definir; es el verdadero consuelo del viajero.

Constantemente mojado, a pesar de mi tienda, pasé una de las jornadas más tristes de mi vida errante. Los elevados árboles que me rodeaban carecían de todo encanto. La vegetación no me parecía tan hermosa; toda la naturaleza había perdido su prestigio; no era más para mí la tierra prometida, sino una triste soledad, un horrible desierto, que sólo me inspiraba pensamientos melancólicos. La lluvia cayó sin interrupción durante dos días y dos noches, durante los cuales, siempre inundado, la incomodidad de mi situación y la importuna vecindad de insectos encarnizados, no me permitieron gozar del menor descanso. Creo que nunca sufrí tanto. No nos quedaban más víveres que maíz tostado. El mal tiempo no me habría detenido, de haber tenido mis mulas;

2 Son especies de moscas análogas a nuestros mosquitos de Europa.

pero los pobres arrieros, después de haber explorado los bosques en todos sentidos, no lograron reunirlas hasta el tercer día, y con todo faltaba una, que fue presa del jaguar. La hallaron en lo más tupido de la espesura, donde el feroz animal la había arrastrado, a cincuenta pasos por lo menos del lugar donde la mató.

14 de noviembre

El 14 de noviembre la lluvia caía todavía, pero las mulas, al ser halladas, me permitieron partir a las once. Estaba en pleno *Monte Grande*, que, al pie de las últimas montañas, se extiende hacia el norte, hasta Colombia, por Yuracarés y por Apolobamba. Es, en efecto, uno de los más hermosos que he visto; se compone, en ese sitio, de árboles enormes, su suelo no está cubierto de vegetación más que hacia el confín, junto al río; el resto está libre y se pueden recorrer todas las partes bajo sombras impenetrables. A pesar de la incomodidad de la lluvia, la esperanza de hallar pronto descanso en Santa Cruz me permitió, reanimándome un poco, apreciar más favorablemente el hermoso país que atravesábamos. Nada cansa tanto, sin embargo, como la monotonía de los bosques. Sería necesario romperla con claros abiertos de tanto en tanto o casas. Era sin duda injusto que recordando que había deseado árboles en la cima de las cordilleras, para animar el cuadro, aquí quisiera que esos sombríos bosques fueran alegrados por la presencia del hombre. Caminé todo el día bajo esa bóveda de follaje. Hacia la tarde, a los árboles de hojas generalmente enteras se agregaron algunas palmeras *motacús*[3], cuyas hermosas gavillas de hojas acuchilladas, de más de seis metros de altura, coronando un tronco grueso, liso o provisto de antiguos gajos de hojas, presentaban el aspecto más hermoso, y formaban el más bonito contraste con el resto de la vegetación. La noche llegó a grandes pasos y fue necesario detenernos junto a las orillas del Piray, en medio del bosque. La lluvia había cesado durante la tarde. Me sentía feliz al pensar que disfrutaría de algo de descanso, en medio de ese silencio solemne de la naturaleza, que sólo algunos pájaros nocturnos debían interrumpir. El gran búho americano vino a posarse encima de mi cabeza; y su canto monótono y triste (ña-cu-rutu, tu), repetido a intervalos, fue lo único que turbó, por algún tiempo, la calma universal. Hacia medianoche, fui despertado por un aguacero que me empapó al instante. No me inquietaba mucho recibir la lluvia de día, pero nada es más triste en el mundo que ser mojado durante las horas que la naturaleza destina al descanso. Uno es sorprendido; la oscuridad impide abrigarse suficientemente y el tiempo que corre hasta la aurora parece eterno.

---

3 Nombre local.

Dos mulas perdidas, y que fue necesario buscar, retardaron la partida. El tiempo era bastante bueno; lo aproveché para dedicarme a exploraciones entomológicas, que fueron de lo más fructuosas, siendo el

15 de noviembre

comienzo de la estación de las lluvias la época del año más favorable para estas observaciones. Resulta hasta imposible imaginar la diversidad de formas, el brillo de los colores de millares de insectos que cubren entonces, al menor rayo de sol, las hojas de los árboles. Cuando sólo se conoce nuestra Europa, es imposible formarse una idea justa de los tesoros de todo género que enriquecen la zona tórrida, en los lugares boscosos. No me faltaba atravesar más que cuatro leguas de bosques, para llegar finalmente a la primera casa de esa ruta, la posta aduanera. El bosque, siempre tan hermoso, cambió de aspecto; a medida que avanzaba, los motacús, más comunes, constituían, ellos solos, toda la vegetación de lo más curiosa por su conjunto. Llegué finalmente a la *Guardia*, dos casas rodeadas de campos de maíz sustraídos a los bosques de los alrededores. Era el primer lugar habitado desde Samaypata; por eso no sabría expresar con qué placer lo vi. Informado de mi llegada el jefe de aduana que allí reside, no sólo no quiso revisar mis baúles, sino que me ofreció de corazón una franca hospitalidad, que acepté de buena gana hasta el día siguiente. Apenas llegué, fui a los bosques, a fin de continuar mis exploraciones, fructuosas en todos sentidos. La lluvia me hizo regresar al techo hospitalario y me retuvo toda la noche y el día siguiente. Durante las dos noches no pude descansar, porque la casa dejaba pasar el agua por todas partes, lo que me obligaba a vigilar mis baúles para preservarlos del diluvio.

Nuestras lluvias de Europa no son nada en comparación con las de la zona tórrida, en el verano. Son aquí aguaceros incesantes, torrentes que inundan toda la región y llenan todas las llanuras, formando momentáneamente lagos. Todo está húmedo, todo está mojado. La naturaleza entera está bajo el agua. Me felicité de haber escapado de ese flagelo, en las montañas, donde habría muy bien podido quedarme; pero, a seis leguas del término de mi viaje, agradeciendo al cielo haberme protegido, pedí algunas horas de sol para llegar a Santa Cruz. Habituado a desafiarlo todo, cuando se trataba de colecciones, partí, a pesar de la lluvia, para ir a buscar moluscos en medio del bosque. Me empapé, sin otro resultado, en una exploración de algunas horas.

Me había llamado la atención el lenguaje del escaso número de cruceños que había visto, encontrándoles el acento, los modales y hasta los rasgos de los habitantes de Corrientes. Observé el nombre *Piray* del río, perteneciente a la lengua guaraní, de la que había aprendido muchas palabras en la frontera del Paraguay. Todas esas analogías me sorprendieron; pero lo fue aún más cuando

vi llegar a la Guardia a muchos indios del villorrio de Porongo, junto al cual nos hallábamos. Sus rasgos me asombraron. Creí reconocer a los guaraníes. Sin embargo, ¿cómo suponer que esa nación habitaba el pie de los Andes, tan lejos de su cuna? Impaciente por fijar mis ideas acerca de esa curiosa analogía, me arriesgué a decirles algunas palabras en guaraní. Me contemplaron estupefactos, no concibiendo, sin duda, que un extranjero conociera su lengua; me respondieron y tuve la certeza de que son verdaderos guaraníes, así como todos los chiriguanos de la provincia de Cordillera[4]. Comprendí desde entonces cómo esos orgullosos descendientes de los caribes[5] debieron rechazar las armas de los incas, habituados a triunfar más por su número que por su espíritu guerrero, y todas las analogías que observé ulteriormente entre Corrientes y Santa Cruz se aclararon para mí por la identidad bien demostrada, desde ese momento, de esas dos comarcas.

17 de noviembre

El 17 de noviembre, el tiempo, menos malo, me permitió finalmente ponerme en camino. La llanura se halla primero entrecortada de bosquecillos y praderas, rodeada al norte por las florestas de las orillas del Piray, cuyo curso seguí. Penetré en la Pampa (la llanura), desde donde vi en una colinita boscosa, algunas casas dependientes de la ciudad. Pasé el arroyo del Pari, e hice finalmente mi entrada en Santa Cruz de la Sierra, capital del departamento del mismo nombre. Atravesé algunas calles, donde vi a todas las mujeres salir a las puertas para contemplarme. Unas gritaban: *Es un colla*[6]; otras, más jóvenes, decían: *Yo fui la primera en verlo*[7], *será mi camarada, mi visita*[8].

---

4 Se llama *cordillera* a toda la región de llanura situada al sur del lugar donde me hallaba y bordeando el pie de los últimos contrafuertes de los Andes. Esa región sólo es habitada por los indios chiriguanos.

5 Véase mi artículo Guaraní en *El Hombre Americano*.

6 Este apelativo *colla* que los habitantes de Santa Cruz dan a todas las personas que vienen de las montañas, no es un insulto. Se debe a antiguos recuerdos. Se llamaba, antes de la Conquista, Collao, a toda la región de los Andes al sur del Cusco (Garcilaso, *Comentarios de los Incas*, lib. VII, cap. I, p. 220). Los primeros habitantes de Santa Cruz daban el nombre de *colla* a todos los montañeses, equivalente de la palabra *serrano*, empleada por los habitantes de la costa (costeños) para designar a los peruanos de las montañas.

7 Es también un término amistoso. Las cruceñas (mujeres de Santa Cruz), de lo más amigas de la sociedad, consideran entre sí como un derecho a recibir a los extranjeros y además haber sido las primeras en verlos, y se comportan con ellos de la manera más amable.

8 Término de afecto local. Las mujeres dicen *camarada* a las personas que reciben en su casa como amigos; lo mismo sucede con la palabra visita, aplicada quienes las visitan, sin que se le asocien otros pensamientos.

Llegué así a casa de un anciano español, a quien estaba recomendado, y donde fui perfectamente recibido. Se me festejó en todas las formas y pude finalmente acostarme bajo techo y en una cama.

Al día siguiente fui a ver al prefecto, ex militar, muy buen hombre; y al cura Salvatierra, a quien no se puede ver sin amar. Su bello rostro abierto me predispuso de entrada a su favor; después, su amabilidad, sus modales llenos de bondad, produjeron en mí un efecto realmente magnético, que no disminuyó durante mi bastante larga estadía en Santa Cruz. Tuvo la bondad de conseguirme como alojamiento la más hermosa casa de la ciudad, el antiguo obispado, cuyo alquiler no me costó sin embargo más que diez pesos (cincuenta francos) por mes. Me instalé sin demora, impaciente por comenzar mis tareas. Apenas me ubiqué en mi nueva morada, cuando recibí las visitas de mis vecinos y los recados de mis vecinas, que, para testimoniar el placer que experimentaban de saberme cerca de ellas, ponían sus casas a mi disposición, enviándome, con sus criados, bonitos paquetes de cigarros adornados de flores y atados con cintas, o confituras de toda especie, en platos de plata. Algunos días después de mi llegada era conocido de todo el mundo y había visitado a mis vecinos y vecinas. En todas partes fui recibido por las mujeres con tanta amabilidad como franqueza, con tanta alegría y placer, que entreveía la estancia más agradable en la ciudad, donde debía pasar la estación de las lluvias. Durante mis visitas, apenas me sentaba en el estrado de los salones, cuando, por orden de sus madres, las señoritas, lo mismo que en Corrientes, encendían mi cigarro, lo fumaban un poco, lo sacaban de la boca para ofrecérmelo y me presentaban otro, una vez que el primero se apagaba. Por lo general, me ofrecían también un mazapán y una copa de vino, de licor, de chicha no fermentada de maíz o de guarapo[9]. Todas trataban de aprovecharse exclusivamente de mí o por lo menos de poder decir que tenía preferencia por ellas.

Pocos días después, el prefecto me ofreció un baile y debí acompañar a muchas de mis vecinas; me dirigí a las ocho. Numerosas damas se habían reunido en el salón de recepciones de la prefectura. No reconocí al principio a ninguna, por estar acostumbrado a verlas con el cabello cayendo a la espalda, en dos trenzas (*partidos*), atadas con cintas; mientras que ahora las veía con el peinado levantado, adornado con dos peinetas, flores, perlas finas y hasta diamantes; el resto del vestido, en todo a la francesa, me impresionó por su lujo. La sala se llenó muy pronto. Casi todas las madres se colocaron aparte. Las jóvenes, rica y elegantemente adornadas, quedaron solas y (puedo decirlo en

9 Es un licor hecho de miel fermentada.

su favor) en ninguna parte de la República vi una reunión de tan bonitas mujeres o de modales más graciosos. Los hombres, también vestidos a la francesa, no representaban, por su número, la tercera parte del otro sexo; por eso son buscados y cortejados en todas las maneras[10].

Una orquesta compuesta de unos veinte músicos, sacados momentáneamente de la iglesia, comenzó a tocar una encantadora contradanza española. El prefecto abrió el baile. Bailé también, y tuve oportunidad de observar el gusto exquisito que despliegan las mujeres en esos movimientos de brazos, en esas formas que componen los grupos más graciosos que pueda crear la imaginación del pintor. No perder la primera contradanza es de gran interés para las jóvenes. Cuando se prepara un baile, recurren a todos los medios para asegurarse esa prioridad tan codiciada, haciéndose invitar mucho tiempo antes. Las cruceñas, si pudieran elegirlo, preferirían permanecer toda la noche sin invitación, antes de dejar de abrir el baile. Tan orgullosas de ese primer éxito como si acabaran de lograr una victoria, su aire de triunfo contrasta con la tristeza y el despecho pintado en el rostro de sus rivales menos afortunadas. Estas, sin embargo, tienen también su oportunidad. La música toca una nueva pieza; los bailarines se ubican, se forma las cadenas. Este vals[11], enlazador, donde se presionan sucesivamente todos los talles, donde se enlazan todas las manos, donde los cuerpos se abandonan con languidez al movimiento acompasado de una medida lenta y elegante, hace brillar la alegría en los rasgos de las nuevas bailarinas, rivalizando en gracia con las primeras, condenadas a su vez al papel de espectadoras, pero orgullosas todavía de su triunfo.

La primera parte del baile, siempre de gran etiqueta, se baila en traje negro; pero, ¿cómo soportar esa ropa, con el calor de la zona tórrida? Por eso los hombres tienen en Santa Cruz la costumbre de pasar a otra habitación, dar sus trajes a sus criados y ponerse una chaqueta blanca como lo demás de su ropa. Desde ese momento, hay menos reserva y más alegría. Se sirve chicha de maíz[12], se pasa platos cubiertos de cigarrillos hechos de paja de maíz, se conversa, se forman grupos animados. Alrededor de las mujeres más amables se cambian

---

10 La inferioridad del número de hombres en la ciudad se debe, por lo general, a la necesidad en que se hallan muchos jóvenes de dedicarse a las tareas del campo. Pierden en la soledad los hábitos mundanos y no aparecen más en sociedad. Otros van a seguir cursos en la Universidad de Derecho de Chuquisaca.

11 La contradanza española, con la medida lenta del vals alemán, se compone de figuras muy variadas y de lo más graciosas, bailando a la vez numerosas personas.

12 Es una bebida no fermentada de lo más agradable, muy distinta de la chicha de Cochabamba.

frases de lo más espirituales, interrumpidas a menudo por una *mariquita*, baile vivo y alegre, donde un guitarrista cantor se agrega indispensablemente a la música. Un caballero invita a una señorita; se colocan uno frente a la otra, con un pañuelo blanco en la mano. El cantor comienza a entonar coplas de la más rara ingenuidad, cuyas perífrasis no velan ni disfrazan el sentido; la música lo acompaña. Los dos bailarines agitan sus pañuelos con gracia, golpean los pies a medida, avanzan, retroceden, parecen huir, se acercan, giran de un lado a otro. Los asistentes golpean las manos en cadencia y el baile termina, para recomenzar sucesivamente con todas las damas presentes; reemplazándose dos o tres caballeros a ese efecto; y cada una de ellas, seguras de convertirse a su turno en objeto de las observaciones de las restantes, trata no de bailar con más ligereza (lo que es inútil), sino de desplegar todos los encantos de su talle y de sus gestos.

Durante el baile, las puertas y ventanas están abiertas a una ancha galería, donde se aglomeran todos los curiosos de la ciudad, hombres, mujeres, criados, mulatas y negras, sin que se los pueda despedir, habiendo la costumbre consagrado ese hábito. Nada más original que la conversación de esa extravagante aglomeración. Cada uno expresa en alta voz sus reflexiones sobre los bailarines y bailarinas que se suceden en la mariquita; sucesivamente son puestos en el banquillo, sea por su aspecto exterior, su vestimenta, sus relaciones y hasta sus intrigas. Sus ridiculeces son pasadas en revista de una manera, tan ingenua como espiritual, a menudo con refinada maldad, siempre con rodeos cuya picaresca alegría me permitió juzgar el carácter nacional. Supe más, en un instante, de la vida privada de todo el mundo, que lo que podría haber aprendido en un año.

Un vals me llevó de nuevo con los bailarines. Era mi baile favorito, aquél en el que estaba más ejercitado; me mostré infatigable. Duró mucho tiempo; fui el último en abandonarlo y me hice una verdadera reputación entre las damas, cosa de no desdeñar en un país donde el bello sexo reina despóticamente en toda la sociedad, y dicta, por así decirlo, sus leyes a todas las autoridades. Después del vals vino el indispensable minué; más por un resto de hábito que por gusto, ese baile serio está poco de acuerdo con el carácter alegre de los habitantes. Le sucedió la gavota, pero sólo participaron en ella pocos bailarines. Lo mismo sucedió con el elegante *ondú*, verdadero *bolero* español, que se baila con castañuelas y en el cual las mujeres sacan gran partido de su ligereza y encantos naturales. El *chambé*, introducido por los colombianos, también se bailó; es bastante monótono y poco elegante. Un caballero solo gira alrededor del salón; parece querer detenerse delante de algunas damas, persiguiéndolas,

y después de haber engañado así a varias, terminan por pararse frente a una de ellas. Esta se ve obligada a ceder su lugar al caballero y a comenzar la misma operación, hasta que elige un caballero que, a su vez, se hace reemplazar por otra dama, y así sucesivamente, todo el tiempo que la música ejecuta esa pieza, muy alegre, cuya medida es acelerada.

Esos bailes duraron hasta las once; entonces se distribuyeron *paños de mano*, especie de largas servilletas adornadas de flecos, y se sirvió a cada dama una taza de chocolate y bombones, que los caballeros se apresuraron a llevarles. También ellos cargaron una gran fuente de plata, cubierta de confituras, que ofrecieron a todas las damas. Por mi parte, distribuí los *dulces de piñas*. La primera persona a quien me dirigí se sirvió algunos dulces que me ofreció; yo debía aceptarlos y ofrecerle otros a mi vez. Esas cortesías continuaron de entre una y otra parte y todas me rogaron amablemente que recibiera dulces. Así las dos o tres cucharas de plata pasaron sucesivamente de cada boca femenina a la mía, hasta saturarme por mucho tiempo de los ananás que llevaba y verme obligado a no continuar mi paseo, con el temor de tener que ingerir casi sólo la mitad. Después de esa pausa, el baile continuó hasta la llegada del ponche.

Entonces el baile cambió bruscamente de aspecto. La reserva y la etiqueta se alejaron por completo. En Santa Cruz no se sirven como en Francia vasos llenos sobre una bandeja, sino que cada caballero, provisto de una jarra y de un vaso, se presenta delante de una dama, llena ese mismo vaso y lo vacía de un solo trago, invitando a la dama, que lo hace llenar a su vez de la misma cantidad de licor, e imita al caballero convidando ya sea a este mismo o a otro, que llama, a ese efecto, para mostrarle lo que bebe. Resulta así que los vasos no están nunca ni vacíos ni llenos, y que uno se ve forzado a beber sin parar, no pudiendo, bajo ningún pretexto, negarse, sin correr el riesgo de pasar por descortés. Yo era recién llegado, extranjero, encargado de una misión, que sin comprenderla la consideraban de mucha importancia. Tenía veintiocho años; gozaba de una salud floreciente; era lo suficiente para merecer la atención; por eso todas las damas querían festejarme. No sabía a quién responder, llamado como era de todos los puntos del salón y obligado a atender a todo el mundo. No puedo decir cuántos vasos de ponche me vi obligado a aceptar, y tuve necesidad, en verdad, de toda la fuerza de voluntad de que estoy dotado para resistir ese asalto inesperado. El baile tomó un carácter de abandono llevado hasta la locura, mientras los hombres excitaban cada vez más a las mujeres por efecto del licor, cuya fuente inextinguible substituía sin cesar oleadas de ponche a las que acababan de correr. Se bailaron con frenesí la *mariquita* y la *rumba*. El *guachambé*, baile parecido al *batuqué* brasileño, con figuras demasia-

do africanas y muy poco convenientes, fue sin embargo ejecutado por algunas personas. Finalmente, la exaltación aumentó aún más, puesto que se cerraron las puertas para impedir salir, y varios comisarios dieron la vuelta al salón, proclamando en alta voz, en nombre del prefecto, un bando que prohibía, bajo cualquier pretexto, abandonar el baile, bajo pena de verse obligado a beber, los hombres diez y las mujeres seis vasos de ponche, cuando fueran alcanzados y convictos de tentativa de evasión. Esta vez creí inútil quebrantar el reglamento, pero, más tarde, en una circunstancia semejante, habiendo sido sorprendido con el sombrero en la mano, me llevaron al centro de la sala, me hicieron sentar en un sillón, me juzgaron con todas las reglas y me obligaron a cumplir una parte de la pena, plegándome a las exigencias de la sociedad donde estaba y a un entretenimiento del cual de buena gana habría prescindido. Ofrecieron luego pan y queso, que cada uno se apresuró a aceptar, y se bailó hasta el día. En medio del alboroto, a pesar de los esfuerzos de las mujeres alineadas contra mí, conservé mi presencia de ánimo y hallé realmente agradable esa bulliciosa alegría, esos gritos, esa franqueza, que me descubrían tantos pequeños secretos, ya sea a través de las miradas, ya sea a través de las palabras. Espectador benévolo, aprendí a conocer, en esta fiesta, las inclinaciones y debilidades de todos; la amable exaltación y la espiritual alegría de las cruceñas, que haré conocer con una sola palabra, diciendo que, no teniendo bastantes superlativos en la lengua española para pintar sus sentimientos, han tenido que inventar el superlativo de los superlativos[13], análogo a la vivacidad de sus impresiones.

Algunos días después recibí una nueva invitación de una de las principales familias del país. En Santa Cruz se acostumbra festejar solemnemente el día en que un joven eclesiástico dice su primera misa. Una circunstancia de esta naturaleza había motivado la reunión. Fui a las nueve de la mañana. Ya un tambor congregaba a los invitados a la puerta de los padres, y hallé al prefecto y reunidas a todas las autoridades religiosas, civiles y militares. Con una orquesta a la cabeza, nos dirigimos en corporación a la iglesia, donde el joven sacerdote cantó la misa, servido por dos curas ancianos y el padrino de la fiesta. Una vez concluida la ceremonia, se colocó en medio de la iglesia, donde

13 Mucho se emplea en español, como *beaucoup* en francés, para asignar el número de cosas materiales, para dar más fuerza al pensamiento. Se dice: *te amo mucho*, pero la lengua española posee otros superlativos. Se dice pues: *te amo muchísimo* (te quiero con exceso, con exaltación) ; pero ese superlativo no parece suficiente a las mujeres de Santa Cruz para expresar lo que sienten y han inventado un superlativo de ese superlativo, diciendo: *te amo muchisisísimo*, expresión que no puede emitir ninguna de las nuestras.

todos los invitados le besaron sucesivamente la mano en señal de respeto y obediencia. Se fue luego a su casa, donde, en la puerta, ofreció a besar su mano a cuantos se presentaron. A nuestro regreso al salón, la mesa estaba cubierta de bombones, vino y licores de toda especie, *para tomar las once*, antes de almorzar. Se invitó a beber a la inglesa y la conversación se generalizó. Todos se alejaron para sacarse el traje negro y ponerse el blanco, regresando a las dos para comer. Una mesa suntuosamente servida sostenía un cerdo entero, una cabeza de vaca, pavos asados, una serie de manjares sazonados a la española, todo preparado bajo la dirección de una marquesa, señora de la casa, que, lo mismo que las demás damas, no consideraba rebajarse al vigilar la cocina a cargo de sus criados; por eso hallé todo, en general, de un gusto exquisito, aunque muy diferente de nuestra cocina francesa. Se hicieron muchos brindis, en los que el sentimiento más delicado de la buena educación atemperaba siempre la alegría general. Al terminar la comida, el padrino de la fiesta invitó a la concurrencia al baile que ofrecía como fin de la jornada. En efecto, se bailó toda la noche y las cosas sucedieron absolutamente de la misma manera que en casa del prefecto.

9 de diciembre

El 9 de diciembre es el aniversario de la famosa batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), en la que al ser vencidos los españoles por el partido de la independencia, se hizo posible la fundación de las repúblicas. Bolivia y Perú tienen la costumbre de festejar, en cada ciudad, ese aniversario con toda la pompa posible. Yo vivía precisamente en el barrio de Ayacucho. Las demás calles, igualmente empavesadas, revelaban la alegría. Se cantó una gran misa, después de la cual el prefecto vino a buscarme, y de acuerdo a una costumbre establecida desde hacía algunos años, era menester presentarse en casa de todas las damas de mi calle, que tenían todo dispuesto para recibir las visitas, habiendo hecho cada una de aquéllas gran provisión de amabilidad para prodigar una mesa abundantemente servida de bombones y licores. A las tres, se tiraron petardos; a las cuatro, se corrió a caballo un juego de sortijas en la calle Ayacucho. Cada vez que un jinete era bastante diestro como para sacar el anillo, la música ejecutaba una marcha y lo proclamaba vencedor, y el feliz mortal recibía, de manos de una señorita de la familia Velasco[14], un lazo de cintas que lo ataba al brazo como señal de distinción. Se jugó así hasta la noche, en que todos se fueron a preparar para el baile, que debía tener lugar en casa del prefecto. Por la noche, con la primera contradanza, cada uno de los caballeros vencedores en el juego

14 Una de las más antiguas y consideradas.

de la sortija ató su lazo de cintas en el brazo de la joven con quien bailaba, lo que se convirtió en motivo de envidia para las mujeres que no lo obtuvieron. Sería difícil contemplar con indiferencia, transportados así al seno de las colonias españolas del Nuevo Mundo y mantenidos en el centro del continente, estos últimos recuerdos de las costumbres caballerescas y galantes de la nación del Cid y de Jimena. Allí, las almas no cesan de abrirse a las poéticas inspiraciones del patriotismo y del amor.

25 de diciembre

La víspera del día de Navidad los hombres hacen regalos a las casas donde son recibidos con frecuencia. Las gentes de la campaña envían algunas *arrobas*[15] de azúcar, pero los ciudadanos dan a menudo dinero que sirve para pagar los dulces de circunstancia que se llaman el *manjar blanco*[16]. Se visita a todos los conocidos para *dar buena Pascua*[17]. Para no ser descortés, fui a algunas casas, pero estuve a punto de arrepentirme. Desde el 30 de noviembre hasta Carnaval dura un juego bastante original, que consiste en guerrillas entre hombres y mujeres arrojándose pequeños limones o naranjas verdes. En una de las casas, fui atacado por tres señoritas. Resistí tan valientemente ese primer choque, que iba a ser dueño del campo de batalla, cuando mis tres adversarias, después de atar una gran naranja en la punta de su cabello, se pusieron a perseguirme con grandes golpes, y pronto, todo maltrecho, no osando responder de la misma manera, me vi obligado a abandonar el campo. Sufrí la misma prueba en otra casa, donde, después de haber empleado tales armas, salí, no sin maldecir esa costumbre y sobre todo los juegos poco femeninos que me dejaron los miembros doloridos varios días, sin que tuviese derecho de quejarme... Es la costumbre.

28 de diciembre

Otra costumbre bastante original, que recuerda en todo nuestro *primero de abril*, es la del *día de los Inocentes* (28 de diciembre). Por suerte fui advertido con anticipación y no resulté víctima. Todo lo que pedimos prestado ese día nos pertenece y si accedemos a un pedido cualquiera que se nos haga, no sólo perdemos los objetos prestados, sino que somos tratados de inocentes. Por lo general, las cosas prestadas son de poco valor, aunque se ha visto no devolver el dinero. El día se pasa en astucias recíprocas de hombres y mujeres, a fin de tener el derecho de llamarse *inocentes*. Por la noche hubo un baile, al que nadie asistió antes de oír la música, con el temor de merecer ese epíteto.

---

15 La *arroba* equivale a veinticinco libras españolas.

16 Manjar blanco, compuesto de azúcar, huevos y harina.

17 Navidad es llamada la *Pascua de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*.

El primer día del año transcurrió sin ruido. En Santa Cruz no se acostumbra festejarlo. La estación de las lluvias estaba en toda su fuerza; los torrentes inundaban diariamente las calles y las arenas movedizas que formaban el fondo se convertían en montones de agua donde uno se hundía hasta la rodilla. Me era necesario quedarme en Santa Cruz hasta el fin de esta temporada o desafiar el mal tiempo. Escogí esta última alternativa y resolví recorrer por lo menos los alrededores, puesto que, por mucho tiempo, toda comunicación quedaba interrumpida con la provincia de Chiquitos, adonde deseaba ir.

1831
1 de enero

Teniendo todo preparado, hasta mis provisiones, consistentes en galleta y carne seca, me despedí de todos mis conocidos y me puse en camino el 13 de enero. Atravesé, al este, al salir de la ciudad, una espesura de media legua de ancho, llena de campos cultivados, llamados *chacos*. Estos campos son pequeños espacios donde se cortan los árboles y se siembra maíz, *yuca* (mandioca), batatas y arroz. Penetré luego en un campo arenoso completamente descubierto, lleno de pequeños zarzales esparcidos, de algunas palmeras totaís[18] y casi sin casas. Después de seis leguas de llanura, el terreno se cubrió de bosques, de chacras agrícolas y de pronto llegué a Paurito[19], donde creí encontrar un pueblo. Sólo vi una iglesia bastante pequeña, rodeada de tres o cuatro casas. No sabía donde detenerme, cuando una mujer me dio la llave de una casa vacía; me instalé allí a pasar la noche, feliz de haber pensado en proveerme de víveres, que no tenía la menor esperanza de conseguir en ese lugar. Paurito, anexo de Santa Cruz, es una capilla, donde los agricultores se reúnen los domingos para oír misa. Todos sus alrededores están muy poblados; los caseríos de Pacu y Tijeras dependen de él[20] y la circunscripción es inmensa.

13 de enero

Las regiones llanas, como lo son todos los alrededores de Santa Cruz, no ofrecen casi nunca tantos recursos en historia natural como las regiones montañosas; por eso, algunas horas fueron suficientes para conseguir casi la totalidad de lo que podía esperar. Quise, por consiguiente, multiplicar mis excursiones, y acercarme a las orillas del Río Grande, de donde estaba a corta distancia. La llanura continúa poco más allá de Paurito; pronto termina en un bosque. Habiendo atravesado éste, me hallé en un lugar descubierto, arenoso, de for-

18 Son las mismas que el bocaya de Corrientes.

19 Se llama *Pauro*, en Santa Cruz, al abrevadero; así, *Paurito* quiere decir pequeño abrevadero.

20 Hay en la circunscripción de Paurito 2.068 habitantes, de acuerdo al censo de 1832, que me ha transmitido el gran vicario de la provincia, don Andrés Pacheco.

ma más o menos circular, rodeado de bosques y en medio del cual noté gran número de casas dispersas, que constituyen el caserío de Tijeras, distante una legua de Paurito. Marché a través de los más hermosos campos de maíz, hasta el bosque, que crucé y donde vi fácilmente que una barrera, que encontré en ese sendero, servía para diferenciar una segunda llanura, rodeada igualmente de bosques, y a impedir la salida del ganado, que siempre se deja en libertad. Esas especies de llanuras caracterizan del todo los terrenos lisos y arenosos de la provincia de Santa Cruz, y les dan un aspecto geográfico muy peculiar; se los llama *potreros*[21]. El potrero de Pacu, en el cual penetré, es grande, muy hermoso y está lleno de granjas agrícolas. Me detuve en la última, donde vivía el comisionado, en la cual encontré una hospitalidad sobre la que todo lo que podría decir sería un pálido reflejo. Este buen hombre y su familia se esforzaron en satisfacer mi menor deseo. Sólo hallé realmente en los alrededores de Santa Cruz esa bonhomía de los habitantes de las campañas, que los lleva siempre a recibirnos con la sonrisa en los labios y deferencias de toda clase. Ninguno de ellos tiene ese tono grosero de nuestros campesinos de Francia. Se expresan bien, hasta espiritualmente, y sus modales son en verdad distinguidos.

El campo, al comienzo de la estación de las lluvias, es de lo más bello. Los bosques están llenos de brotes, de color verde tierno, y de flores elegantes y variadas; las llanuras están cubiertas de una hierba alta y tupida, esmaltada de plantas florecidas de diversos colores. Los campos están repletos de vigorosos brotes de maíz o de yuca, y todo revela en la vegetación una increíble energía. Recorrí el potrero en todos sentidos, admirando sucesivamente los árboles aislados, por entonces adornados de flores; su laguna, junto a la cual maté un buen número de ánades, de los menos ariscos; y los inmensos cercos de maíz, protegidos de los caballos y los animales menores, que en pequeños grupos los recorrían con toda libertad. La dicha que sentía al hallarme en medio de campos tan hermosos no me liberó empero del fastidio de ser constantemente objeto de la picadura envenenada de los mosquitos, que multiplica la humedad de la estación.

Al día siguiente, a pesar de la lluvia, me dirigí, en compañía del comisionado, hacia el Río Grande, distante una legua. Atravesé una magnífica llanura, llena de árboles tupidos y de palmeras que los guaraníes llaman *carondai*[22],

---

21 Palabra derivada de *potro; potrero*, lugar donde se doman los caballos. Se denominan así, en Santa Cruz, a las llanuras rodeadas de bosques o de agua, sin salida, o que sólo tienen una que se puede fácilmente cerrar, de manera de dejar sin inconvenientes al ganado sin vigilancia.

22 Ya he hablado al referirme a Corrientes. Ese tipo de techo dura por lo general una docena de años.

cuyo tronco cortado en dos y vaciado, sirve para hacer los techos, que cubren casi todas las casas de Santa Cruz. Esta palmera de anchas hojas en abanico, de tronco liso, presenta un aspecto realmente magnífico. Sólo crece en los lugares pantanosos y descubiertos. Era, lo mismo que el totaí, un antiguo conocido que me recordaba la estadía en la provincia de Corrientes, donde había hallado los mismos paisajes, la misma vegetación y hasta la misma bondad de parte de los habitantes. Llegué así a orillas del Río Grande. Ancho entonces de medio kilómetro, sus aguas cenagosas arrastran los troncos de árboles enteros, corriendo con rapidez, ya sea junto a las playas arenosas, ya sea al pie de los acantilados de arena constantemente minados por las aguas. Las orillas de los ríos son alegres, cuando están habitadas; pero cuando la naturaleza está allí sola, aunque el espectáculo en sí sea hermoso, ese silencio de lo inhabitado les da pronto un aspecto triste, que se hace monótono. No podría cansarme de contemplar ese vasto río, del cual había cruzado tantos afluentes desde Cochabamba hasta Santa Cruz, y que recibe, él solo, las aguas de más de la mitad de los departamentos de Potosí, de Chuquisaca, de Cochabamba y de Santa Cruz[23]. Al oír mugir el ganado del otro lado, sin ver ni barco ni puente, pregunté a mi guía cómo cruzaban el río. Me respondió que en época de crecidas se pasa a nado, medio más o menos cómodo, pero siempre peligroso. En la estación seca se lo cruza a caballo con las precauciones a que obliga la presencia de la arena movediza y los remolinos. Satisfecho de mi exploración, a causa de los interesantes descubrimientos que hice, a pesar del mal tiempo, regresé para cambiar de ropa y preparar mis riquezas.

16 de enero

El 16, desafiando la lluvia, continué mis exploraciones siguiendo el camino por el cual había venido. Pasé a Tijeras y a Paurito, desde donde tomé un sendero que debía conducirme al caserío de Pitajaya[24], situado a dos leguas de Paurito. Atravesé un bosque poco tupido y vi una magnífica planicie de una legua, deshabitada, oval, rodeada de bosques. Más allá había otro bosque de igual tamaño, en medio del cual corre el arroyo de Turino, cuyas aguas van al Río Grande. Esos bosques, de lo más tupidos, están mezclados de palmeras motacú, sobre todo cerca de los arroyos. Hacia fuera, en un gran claro, encontré el caserío de Pitajaya, donde fui muy bien acogido y protegido de los torrentes de lluvia que

23 Todos los mapas le dan el nombre de *Guapaix*, desconocido en el país.

24 *Pitajaya* es el nombre de una excelente fruta que se come en Santa Cruz. Proviene de un pequeño cactus trepador, al que se arroja sobre las paredes de tierra y allí crece. Esta fruta se parece exteriormente al ananá, pero es mucho más pequeña. Su color es amarillo.

inundaban el campo y no me permitieron salir. La llanura de Pitajaya continúa, hacia el este, hasta el Río Grande, formando el potrero de San Lorenzo y el de Pari, donde vive gran número de agricultores. Esos dos caseríos, por una excepción bien rara, presentan, junto con su gran desarrollo, el bocio, desconocido en las otras partes de la provincia. Me sentí tanto más sorprendido por cuanto estaba acostumbrado a ver esa afección manifestarse sólo en las montañas; mientras que allí, es en medio de la región más llana del mundo, con una temperatura de lo más alta y a veinte leguas por lo menos de los últimos contrafuertes de los Andes, que se manifiesta. Esa enfermedad no puede, lo mismo que en Corrientes, tener por causa la calidad de las aguas privadas de aire.

La uniformidad del campo me dio productos idénticos en cada caserío, y no creí necesario insistir mucho en las diversas paradas. Abandoné, pues, Pitajaya para ir a tres leguas, al villorrio de Cotoca. Durante esas alternancias de lluvias que inundan y de un sol abrasador de rayos perpendiculares, que queman al viajero, atravesé malezas llenas de guayabos salvajes, luego un bosque tupido por donde corre el Río Colorado, cuyas aguas van también al Río Grande, y llegué a una llanura matizada de bosquecillos, que me condujo hasta el villorrio. *Nuestra Señora de Cotoca* es, como Paurito, un punto de reunión de los propietarios de los alrededores y un anexo de Santa Cruz. La iglesia es pequeña; contiene una Virgen milagrosa, a la cual se hacen frecuentes peregrinaciones, lo que ha decidido a los habitantes a construir una nueva iglesia, más vasta y no terminada todavía, no alcanzando hasta ahora las limosnas para completar la edificación. Cotoca, por la afluencia de población que ello trae, se convertirá, sin duda, en uno de los lugares más florecientes de la provincia. Me alojé en casa del comisionado, donde permanecí dos días; y al partir le ofrecí una indemnización pecuniaria por su hospitalidad y las molestias que le causé, pero la rechazó de plano, contentándose con la expresión de mi agradecimiento.

De Cotoca me dirigí a Sauce. Al salir del villorrio penetré en un bosque tupido, por donde corre el Río Cotoca. Llegué a un claro poco extenso, después a otro bosque, más allá del cual hay un potrero circular, de una legua de diámetro, donde encontré el caserío de Itapaque, distante tres leguas de Cotoca. Está compuesto, como los anteriores, de cabañas de agricultores y chacareros, esparcidas a la entrada del bosque, todas del mismo aspecto, lo que me decidió a seguir más adelante, tanto más cuanto sólo estaba a dos leguas de Sauce. Crucé un bosque, un inmenso potrero circular, y encontré el caserío del otro lado. El comi-

19 de enero

sionado me instaló en una cabañita cubierta de palmeras motacú, donde era necesario doblarse para pasar por la única abertura. Fui devorado por los mosquitos. Este caserío, semejante a los otros, está rodeado de campos entremezclados de bosques, zarzales y pequeñas llanuras arenosas, cubiertas de gramíneas. En estas últimas admiré mucho las palmeras totaís, que constituyen un hermoso adorno; su follaje, de un bello color verde, semejante al de las plumas de avestruz, forma un vasto haz, de lo más elegante. Esta especie caracteriza a las llanuras secas o a las orillas de los bosques de los terrenos arenosos, mientras que el carondai distingue a los lugares húmedos y arcillosos de las llanuras pantanosas, y lo mismo que el motacú sólo crece en medio de los bosques más densos y más oscuros; por eso esos grandes vegetales, de aspecto tan pintoresco, dan cada uno, a esas tres clases de terreno, su sello peculiar.

Noté que en todos los lugares por donde pasé no había más que mujeres y ningún hombre. Traté de averiguar el motivo y supe que los habitantes, creyendo, a causa de mis armas, que era el jefe de un destacamento de reclutamiento, se refugiaban en los bosques al acercarnos, y sólo se tranquilizaban mucho tiempo después de mi partida. Los cruceños, por su lenguaje, sus hábitos y las llanuras húmedas que habitan, se diferencian en todo de los demás habitantes de la República. Extraños, por su alejamiento de los centros de población, a todas las disputas políticas que agitan a las ciudades de la sierra, creen inútil su intervención, puesto que saben que no sacarán ningún provecho; por eso prestan el servicio militar con más repugnancia todavía que los demás bolivianos. Prefieren sobre todo la vida apacible del campo, donde una independencia sin límites les brinda una existencia dulce, sin que tengan nunca que ocuparse de lo que sucede en el resto del mundo. Esta aversión por el Estado militar llega a tal punto que he oído a menudo decir a los padres que preferirían ver morir a sus hijos que dejarlos partir al ejército. Si examinamos atentamente los hechos veremos que, en efecto, dentro de su círculo estrecho de ideas, el campesino cruceño es el más feliz de los hombres. Ignora y quiere ignorar que existen otros países. Para él, el mundo ocupa un radio de algunas leguas, comprendidas entre las montañas, cuyo gran telón ve en el horizonte, y los inmensos bosques deshabitados del Este, donde nunca intenta penetrar hasta el fin. Allí, si posee la menor industria, halla la tierra que quiere. Agricultor, su trabajo se limita a abatir los árboles del bosque, a quemarlos, a sembrar, sin otra preparación, y a la cosecha que le da la tierra todavía virgen, que abastece no sólo a sus necesidades y las de su familia, sino también le brinda las escasa ropa de algodón con que se cubren él y los suyos. Trabajando poco, vive en la abundancia; su ambición se limita a poseer algunos caballos y vacas,

que se multiplican sin trabajo a su alrededor. Se levanta temprano, recorre sus campos, vuelve a tomar un frugal almuerzo, después del cual hace indispensablemente la siesta, sale algunas veces por la tarde a visitar a sus vecinos y vecinas, para acostarse luego con el sol.

Rey en su hogar, el campesino cruceño no se ocupa nunca del interior de su casa; se encarga de todo lo que corresponde al exterior, pero deja la administración del resto a su compañera o a sus hijos, respecto de los cuales se muestra poco exigente. Buen padre, buen marido, se queja raramente, contentándose con todo. Sus actos son tan lentos como sus palabras; parece hacerlo todo de manera indolente y, sin embargo, termina todo lo que comienza. Su traje consiste en un pantalón y en una camisa de algodón, y en un poncho cuando sale. Las mujeres llevan una camisa de lienzo, de algodón tejida por ellas, y una pollera bastante corta, que deja ver las piernas desnudas y los más bonitos piececitos. Nada iguala el espíritu de hospitalidad que anima a unos y otras, a tal punto que el vagabundo que quiere vivir en el ocio es recibido en todas partes por meses enteros y considerado como de la casa. El viajero es recibido con todas las demostraciones posibles del afecto. Se pone todo en movimiento para alojarlo bien, sin mezclar nunca la menor idea de cálculo; por eso, en esta dichosa región, el anciano y el enfermo nunca son una carga y no tienen necesidad de recurrir a los asilos públicos, desconocidos en Santa Cruz. El sentido de humanidad suple a todo.

Resulta penoso pensar que esa bondad actual de los cruceños, esa hospitalidad, esa sencillez de costumbres que los caracteriza todavía, tengan que desaparecer, una vez que comunicaciones más frecuentes atraigan allí una mayor afluencia de viajeros, al aumentar sus necesidades por el conocimiento de una serie de objetos que ignoran hoy, pero que, cuando los conozcan, los conducirán insensiblemente, al disminuir sus recursos, a ese espíritu de egoísmo que reina en nuestros países civilizados.

Obligado a emplear otros caballos, cada vez que cambiaba la circunscripción de un comisionado, hice avisar al de Candelaria, creyendo llegar, el mismo día, a Gran Diosa, distante seis leguas; pero no sucedió así. Partí de Sauce con la lluvia y crucé, en medio de un bosque, el Río Sauce, afluente del Río Grande. Más allá atravesé, por los más horribles caminos, llanuras medio boscosas, llenas de agua, que me condujeron al caserío de Chuchio[25], cuyas casitas, cubiertas de hojas de palmeras, están diseminadas por todos los puntos

25 Se llama *chuchio*, en la zona, a un gran cañaveral de hojas dispuestas en abanico y muy común a orillas de todos los ríos de la provincia de Moxos.

de una vasta llanura, rodeada de bosques y poblada de caballos, bueyes y vacas, que pacen al lado de los ciervos guazú-ti y los avestruces americanos, como si todos esos animales hubieran sido también domésticos. Casi no huían al acercarme; ¡tan grande es la seguridad que les dan los habitantes! Al llegar al caserío de Candelaria, fui recibido por la mujer del comisionado; y obligado a detenerme por falta de caballos, tomé mi fusil y me interné en el bosque vecino, formado de algunos árboles seculares y gigantescas palmeras motacús[26], apretados unos con las otras. Quien sólo conozca nuestros bosques de Europa y fuera de golpe transportado a estos lugares, se quedaría sin duda extasiado ante la belleza, la majestad del conjunto, y sobre todo, frente a los contrastes tan pintorescos de las hojas de la variedad de árboles con las de los elegantes motacús de troncos rectos y esbeltos, coronados de hermosos manojos de hojas. Allí, todo es imponente, hasta el profundo silencio; allí, domina en todo el respeto y la admiración por el Creador. Nada de nuestros bosques es comparable a esta naturaleza virgen, donde el hombre no ha impuesto aún su influencia. Es una bóveda tupida dividida por pisos, de la cual se pueden recorrer libremente todas las partes, en medio de la imponente columna que forman los troncos más o menos espaciados de las palmeras motacús.

Al hallar, en los límites del bosque, muchos campos recientemente roturados, me pregunté si, dentro de algunos siglos, el viajero encontrará todavía sitios semejantes en los alrededores de las ciudades y si el aumento de la población no cambiará el aspecto de la región. Ya había observado que, en todas partes donde el hombre elimina momentáneamente las florestas vírgenes, con el fin de sembrar, las plantas que se desarrollan después sobre el terreno abandonado a sí mismo, cambian por completo de forma. No se ve ninguna de las especies que crecían y crecen en los alrededores, y hasta dentro de siglos una vegetación del todo distinta de la vegetación espontánea hará siempre reconocer allí los lugares donde el hombre ha dejado los rastros de su paso.

Pasé en Candelaria un día entero, durante el cual fui objeto, de parte del comisionado, de su mujer y de su hermana, de atenciones, y cuidados, de los cuales ninguna expresión podría dar una idea. La joven pareja llegó hasta ofrecerme la única cama que poseía. Los habitantes de los campos son de una sobriedad extrema y se alimentan habitualmente con un poco de carne seca y legumbres. Un buey cuesta de 6 a 8 pesos (30 a 40 francos). Se lo mata, se hace charque y se sirve como provisión con arroz, maíz seco, yuca (mandioca), que se van a buscar al chaco (campo) a medida que se necesitan, y bananas,

26 Es el *Maximiliana princeps*, Martius.

en los lugares donde se produce esta excelente fruta. No la encontré en los primeros campos, todavía demasiado altos y fríos; pero crece ya en Candelaria, y de allí hasta las regiones más septentrionales. Mientras la carne es fresca, se la asa o se la come hervida con un poco de yuca, a manera de pan, sin otra bebida que agua del arroyo vecino. Cuando está seca, se asan también las partes grasas; el resto sirve para hacer *locro*, sazonado con arroz y grasa de buey. Era el alimento ordinario de mis viajes.

Estaba en la estación más favorable para la caza de insectos. Esa cálida humedad estival de las regiones tropicales los hace nacer en número increíble. Todas las hojas están cubiertas de ellos y sus brillantes colores rivalizan con los de las flores que adornan la vegetación; por eso veía aumentar cada día mis colecciones entomológicas. La ornitología, mucho menos variada, no dejaba empero de proporcionarme muy buenas cosas.

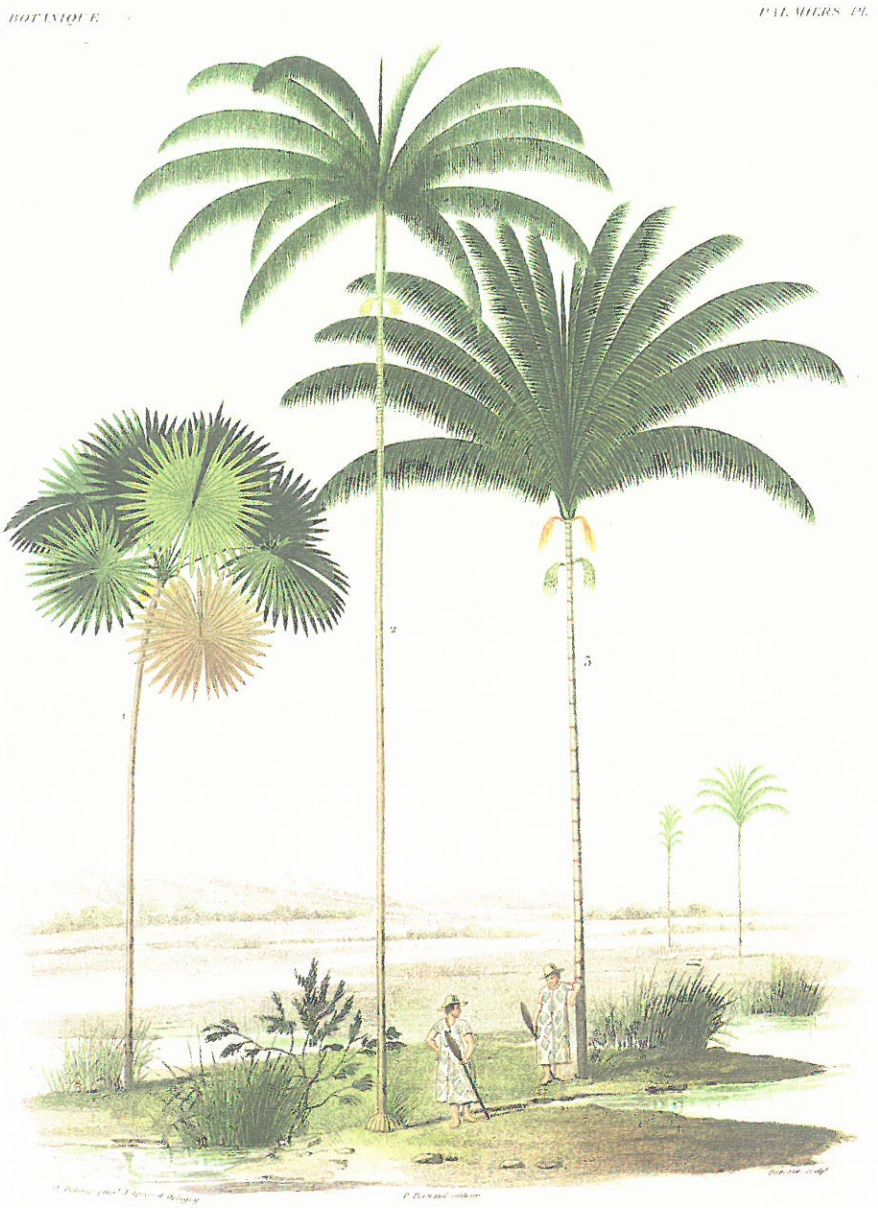
21 de enero

El 21 pude, finalmente, partir a la una. Atravesé el extremo de una gran llanura, rica en pastos, ininterrumpida hasta Santa Cruz; y llegué a un pequeño caserío, muy cerca de la *Rinconada de Chaney*, centro de toda la región habitada comprendida entre la misión de Bibosi y Santa Cruz, y la parte más rica, desde el punto de vista de la agricultura y sus productos. Más allá, penetré en un bosque por donde corre el arroyo de Chaney. Después de atravesar un campo entrecortado de llanuras y bosquecillos, llegué, a tres leguas de Candelaria, a una de las casas esparcidas del caserío de Gran Diosa. Nunca vi tantos guayabos silvestres. El límite del bosque estaba totalmente cubierto de esos pequeños arbustos, entonces cargados de guayabas. Todos los años, en esta época, los niños de los caseríos vecinos se alimentan casi exclusivamente de ellos; por eso se los encuentra a cada paso, eligiendo a placer, en ese vergel natural, las frutas que les parecen preferibles. Noté que las guayabas son de dos especies; la mejor, verde al exterior, grande como una pera, de forma oblonga, es en el interior roja; la otra, que se desarrolla en arbustos más pequeños, tiene el tamaño de una ciruela y por su color amarillo, tanto dentro como fuera, es mucho menos estimada que la primera.

Me alojé en Gran Diosa, en la casa de uno de los propietarios acomodados de ese caserío, don Mariano Chaves, donde recibí la más cordial hospitalidad, durante dos días, empleados en recorrer los alrededores, así como los caseríos de Asusaqui y Coromechi, alejados más de una legua.

Entre los ríos Grande y Piray, que corren casi paralelamente al norte, hacia la provincia de Moxos, se extiende una inmensa llanura tanto arenosa, en este caso cubierta de pastos y de pequeños zarzales, tanto pantanosa, en este

Vestimentas de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.



1: *Trinax chuco*; 2: *Euterpe precatoria*; 3: *Oenocarpus tarampabo*.

caso con bosquecillos. Esta llanura está, de cada lado, rodeada por bosques vírgenes, bordeando los dos ríos en un ancho mucho mayor hacia el Río Grande que hacia el Río Piray; por esto las llanuras comienzan a una o dos leguas del Piray, mientras que se alejan tanto más del río Grande cuanto más se avanza hacia el norte. Se estrechan también mucho y terminan por no formar, junto a Gran Diosa y Asusaquí, más que un ancho claro, bordeado al este por los bosques del Río Piray, y al oeste por zarzales y bosques que se extienden hasta el Río Grande, en una extensión de diez a quince leguas.

Todas las casas, diseminadas en medio del campo, son de una gran sencillez; se componen, por lo general, de dos grandes habitaciones: una destinada al dormitorio de la familia o de los extraños, y que sirve para todos los usos domésticos; la otra, destinada a guardar las provisiones o a la fabricación del azúcar, explotación agrícola muy productiva en esas comarcas. Están siempre rodeadas de un cerco o *corral* para los caballos y de campos de caña de azúcar[27], que setos secos defienden de las bestias que pacen libremente en el campo.

El 24, después de dos días de lluvia, retomé mi camino en dirección a la misión de Bibosi, distante siete leguas de Gran Diosa y último lugar habitado en la dirección nordeste. Fui bordeando durante media legua la orilla del bosque; y después de internarme, hallé sucesivamente tres llanuras rodeadas de bosques, la última de las cuales comprende el caserío del *Naranjal*, compuesto de algunas casas esparcidas. Del otro lado vi una nueva llanura, donde está situado el caserío de *Turobo*, semejante al de Naranjal. Más allá atravesé un bosquecillo, otra llanura arenosa, repleta de guayabos y de palmeras totaís[28], que, muy distintas de los motacús, amigos de la sombra y de la sociedad, crecen aisladamente en los sitios descubiertos. Llegué finalmente a la misión, después de recorrer caminos inundados, de los que salí a caballo con mucha dificultad. El cura tuvo la amabilidad de darme una cabañita cubierta de hojas de palmeras, donde me instalé con mi gente.

---

27 El cultivo de la caña de azúcar es muy sencillo. Los habitantes prefieren los terrenos arenosos algo húmedos; derriban los árboles, plantan las cañas y las dejan crecer, sin ocuparse más, hasta el momento de cortarlas. Su manipulación, también es muy sencilla: tienen, entre varios propietarios, un molino o *trapiche* común, formado muy sencillamente, como los de Corrientes, de tres cilindros, de los cuales uno central que gira y muele groseramente la caña de azúcar. El producto es conducido después a las calderas, donde la evaporación produce, de inmediato, sin otra refinación, un azúcar blanca sólida, casi tan buena como nuestra azúcar de primera calidad. Se la parte en grandes trozos; se la coloca en petacas de cuero seco y se la envía así a Cochabamba y Chuquisaca.

28 Es la especie que el señor Martius llamó *Cocos totai*.

La misión de Bibosi es una creación completamente nueva; fue fundada hacia 1800 por uno de los hermanos de San Francisco, encargado de las misiones de la cordillera, habitadas por los indios chiriguanos. Habiéndose enterado este franciscano por los chiriguanos de la cordillera que una de sus tribus errantes vivía en el seno de los bosques que rodean el Río Grande, se propuso convertirlos a la fe católica. Recorrió los bosques, y sus tentativas tuvieron tanto éxito que hoy se cuentan ochocientos indios convertidos al cristianismo[29]. Hasta su sometimiento, esos indígenas se dedicaban exclusivamente a la caza; cada familia vagaba por el bosque, durmiendo en chozas construidas rápidamente con hojas de palmeras. Los hombres cazaban con el arco los diversos animales salvajes, y las mujeres transportaban a sus hijos y los equipajes en los viajes, encargándose al mismo tiempo de la cocina; pero, rechazados de un lado por el crecimiento diario de la población de Santa Cruz, esos indios se vieron obligados a avanzar hacia el norte, donde otras tribus más guerreras y más salvajes, las de los *Sirionós*, los tuvieron en continua alarma, lo que los decidió a convertirse al cristianismo, para obtener la protección de los blancos. Por lo demás, los únicos cambios que experimentaron sus costumbres se redujeron a renunciar a la poligamia y cultivar algo de maíz y caña de azúcar, para ellos y para su cura. En cuanto a la caza sus hábitos son siempre los mismos; la mitad de los hombres cazan sin cesar en los bosques vecinos, a fin de aprovisionar a sus familias de monos, pecarís y sobre todo de tortugas terrestres, que aprecian mucho.

La misión no está hoy bajo la dirección de la orden religiosa que la fundó; depende de un cura de la diócesis de Santa Cruz, árbitro soberano de su administración temporal y espiritual. Situada en medio mismo del bosque, en un terreno llano y muy húmedo, el villorrio se compone de una plaza, de una iglesia, muy sencilla, de las cabañas de los indígenas, cubiertas de hojas de palmeras, en torno a la plaza, y de algunas otras esparcidas en el campo de los alrededores, cultivado a algunos centenares de metros a la redonda, donde la naturaleza conserva todos sus derechos una vez que se franquean esos límites restringidos y se avanza en el bosque.

Reina en esas cabañas la mayor miseria, en las que algunas ollas de barro, hamacas y armas componen todo el mobiliario. Los hombres de la misión llevan, como las gentes de la campaña, una camisa y un pantalón; pero, cuando van de caza, están desnudos, provistos únicamente de una pequeña pieza de cuero. Sus armas consisten en un arco de madera de palmera chonta, de un

29 De acuerdo al censo que me fue comunicado por el gran vicario de Santa Cruz.

metro y medio de largo, y flechas de cañas, de un metro de largo, unas con punta de madera dura de palmera, y muescas para los grandes mamíferos; otras de una caña muy filuda para las aves grandes, tales como los hoccos, cuyas plumas adornan hasta las mismas flechas. Por lo demás, manejan esas armas con mucha destreza. Las mujeres llevan, como en todas las misiones, un *tipoi*, larga camisa de algodón sin mangas. Sus cabellos caen en dos trenzas sobre sus hombros. Sus rasgos son aceptables; su rostro redondo y siempre sonriente nada tiene de desagradable. Todos estos indígenas hablan el guaraní puro y comprenden algunas palabras de español.

El año anterior a mi llegada, los habitantes de la misión tuvieron un encuentro con los indios sirionós. Habiendo algunos cazadores visto a esos indios en el bosque, regresaron con toda rapidez al villorrio en busca de los demás hombres, a fin de atacarlos. Los agredieron de improviso, los derrotaron y se llevaron jóvenes prisioneros, a quienes vi e hice preguntas. Había oído en Santa Cruz tantas fábulas sobre los indios, de quienes se decía que estaban privados de la palabra y no tenían otro lenguaje que un silbido bárbaro, que me consideré feliz de poder enterarme por mí mismo de la verdad. Esa tribu, compuesta tal vez de un millar de almas, habita los bosques sombríos que se extienden a orillas del Río Grande de Bibosi hasta las fronteras de la provincia de Moxos. Son vagabundos, viven de la caza y van completamente desnudos. Poseen flechas y arcos muy largos, que emplean de una manera original. Se sientan en el piso, plantan su arco verticalmente y apoyan el pie sobre la madera para mantenerlo tirante, mientras que tienen la flecha y la cuerda con las manos, jalando de ellas. Resulta así que lanzan la flecha con una fuerza extraordinaria; pero se concibe que sólo puedan emplear este medio contra los grandes mamíferos.

Los sirionós son grandes, bien formados, pero de color menos oscuro que los guaraníes. Algunos hasta tienen los cabellos algo rojos. Sus rasgos son diferentes, sus largos dientes se ocultan con dificultad detrás de los labios. En cuanto a su lenguaje, les hice muchas preguntas, y pude convencerme de que todos hablan el guaraní, con una pronunciación mucho más dura. Como esa lengua me era algo familiar, podía juzgar, con certeza. Me convencí, pues, de que los sirionós no son más que una gran nación de los guaraníes. Este descubrimiento era para mí muy importante, puesto que me demostraba que los guaraníes llevaron sus migraciones hasta esas comarcas, mucho antes de la llegada de los chiriguanos, cuya época es conocida (1541)[30]. Resultaría de ese hecho que los

30 Padre Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, cap. I, p. 4. Lozano, *Historia del Gran Chaco*, p. 67, etc.

indígenas atacados por los incas bajo Yupanqui[31] podrían haber sido los sirionós, los mismos que fueron perseguidos y aniquilados más tarde por los chiriguanos, cuando llegaron a esos parajes. Podría, pues, creerse que desde los tiempos más remotos existían indios guaraníes; que esos guaraníes, provenientes sin duda del sureste, ocuparon el pie de los últimos contrafuertes de las cordilleras; que fueron combatidos, pero no vencidos, hacia 1430, por los Incas, no pudiendo los pueblos de las alturas resistir la temperatura de esos bosques cálidos y húmedos. Cuando después del asesinato de Alejo García, los guaraníes o chiriguanos actuales de la cordillera fueron a establecerse en gran número al pie de las montañas, para huir de los portugueses, es probable que la nación que atacaron y destruyeron en parte fuera la de los sirionós, actualmente errante en medio de los bosques. De cualquier manera, los chiriguanos y los sirionós no son otra cosa que guerreros de la nación guaraní, ella misma origen de esos guerreros caribes que llegaron hasta las Antillas con sus migraciones y conquistas.

Permanecí algunos días en Bibosi, donde, a pesar de la continuación de la lluvia, recorrí los alrededores, admirando la belleza de esos imponentes bosques poblados, en el interior, sólo de palmeras, o de variados árboles en sus orillas, de higueras y una serie de especies. Recogí simultáneamente numerosos insectos y pájaros de los más brillantes.

Parece que en este momento, en que las lluvias abundantes dan a la naturaleza una vida nueva, todos los seres concurren con la vegetación a embellecer el campo. Los árboles dan nuevas ramas y se adornan con la más tierna vegetación y se cubren de flores. Las plantas herbáceas en medio de las llanuras esmaltan el suelo de mil colores de los más vivos. Bajo la sombra de los bosques, los helechos y los licópodos extienden sus ramas puntiagudas de formas elegantes. Las flores y las hojas son cortejadas por millares de insectos de colores metálicos, que rivalizan por su brillo con las mariposas de alas matizadas. Aquéllos recorren lentamente la sombría bóveda de los bosques; éstas los campos descubiertos, también poblados de pájaros, unos cantores y los otros ostentando su rica apariencia. Todo interesa, todo llama la atención, y la naturaleza entera parece animada. Uno es sorprendido de tanto en tanto por el zumbido del pájaro-mosca; por millares de mariposas amarillas, reunidas en las sendas; por el canto triste y monótono del curucú, posado en los lugares más solitarios del bosque; o por las bulliciosas bandadas de tangaras y trupiales, que pueblan las copas de los árboles. Nada deja de encantar, ni siquiera la incerti-

31 Garcilaso, *Comentarios Reales de los Incas*, lib. VII, p. 244.

dumbre del tiempo. En la costa del Perú uno se cansa ante la invariable serenidad de un cielo siempre sin nubes; en medio de los campos que visitaba, si a veces los torrentes de lluvia interrumpen el canto alegre de los pájaros, inundan la región, desolando momentáneamente al viajero, obligado a buscar un refugio junto al tronco de los gigantes de la vegetación, y aparece pronto el sol más brillante y ardiente, trayendo a la vez el movimiento de los seres y la alegría en el observador.

Apenas llegué, fui a ver al corregidor de los indios; le hice algunos regalos, pidiéndole que enviara, en mi ayuda, a todos sus cazadores al bosque para traerme animales. Esperaba mucho de ese procedimiento. Incluso alentaba la esperanza de poseer el famoso tatú gigante, conocido en esas comarcas con el nombre de *pejichi*; pero mi esperanza se vio defraudada. Detenidos en todas partes por la inundación, los indios nada me trajeron. Sólo tuve un día la oportunidad de comprobar la impresionante serenidad en que viven los indígenas frente a los reptiles venenosos. En Europa, el temor a las víboras hace que los habitantes de los campos maten, sin excepción, a todas las serpientes que ven; el salvaje, por el contrario, deja vivir a su alrededor a todo aquello que lo es indiferente. Un indio me trajo una enorme serpiente de cascabel o crótalo vivo, al que sostenía por el cuello; pero se mostró demasiado exigente en el precio y no le compré el animal. Pensé que por lo menos lo mataría, pero no sucedió así. Aguardando tal vez una mejor oportunidad, lo dejó en libertad.

Los alrededores de Bibosi ofrecen una disposición del terreno idéntica a la que he descrito de los alrededores de Paurito. Son comarcas enteramente planas, pantanosas, que contienen pequeñas llanuras redondeadas o alargadas, rodeadas de bosques, y conocidas, en la región, con el nombre de *potreros*, porque las bestias y sobre todo los *potros* son encerrados allí. Se cuenta, a unas leguas a la redonda, por lo menos quince, de las cuales algunas están habitadas. Ya he hablado de los caseríos del Naranjal y de Turobo; visité también el de Naico, distante dos leguas, al norte de Bibosi.

La lluvia, cada vez más frecuente, me detenía a cada paso, y a pesar de la belleza de la naturaleza, no pudiendo esperar la mitad de los resultados que podía aguardar en otras circunstancias, decidí regresar a la Gran Diosa. Abandoné la misión el 28 de enero, con intención de pasar a la *Víbora*. Crucé tres leguas de bosques tupidos y pequeñas llanuras hasta ese caserío, situado en un pequeño claro lleno de pastos. Un chacarero tuvo la bondad de brindarme hospitalidad con esa cordial franqueza de los habitantes del campo, que nada tienen de la rusticidad de los campesinos de Europa. Hay en casa de ellos, por el contrario, un

28 de enero

ambiente cómodo, una conversación espiritual, alegre y las atenciones más delicadas.

Las familias son, por lo general, numerosas en América; la que me recibió era muy notable en este sentido. Contaba con diez y ocho hijos del mismo padre y de la misma madre, de los cuales doce hijas casadas o en edad de serlo. Me impresionó no sólo el número, sino también la buena salud de la familia. Los hombres eran grandes y vigorosos; las mujeres de buena estatura, bien constituidas, blancas y de una fisonomía agradable. Hicieron todo para atenderme bien. El asombro fue grande al ver por la noche que algunas de esas damas tañían una guitarra, mientras las otras cantaban, y pronto se organizó un baile improvisado, sin otra participación que la de los miembros de la familia y de mi gente. Lo que llama la atención del extranjero admitido en la intimidad de los campesinos españoles es, sobre todo, la extrema sencillez de sus modales y de sus costumbres.

Las mujeres son amables sin afectación y de una naturalidad tan ingenua que se podría creer que revelan hasta sus pensamientos más secretos, sin parecer asignarles la menor importancia. Su arreglo es tan poco rebuscado como su lenguaje. Una camisa muy blanca de mangas cortas y una ligera pollera son parte principal del mismo, con cabellos negros magníficos, cayendo en dos trenzas sobre los hombros; las piernas y los pies desnudos. No podía acostumbrarme a ver a mujeres blancas andar así con los pies descalzos, y sobre todo bailar. Es, sin embargo, la costumbre de todos los habitantes de las campañas, y hasta no hace mucho tiempo estaba generalizada en la misma ciudad de Santa Cruz, donde las damas iban así hasta la puerta de la iglesia, poniéndose zapatos al entrar en el templo y sacándoselos al salir. Esta costumbre desaparece ahora día a día con el contacto de los extranjeros; sin embargo, vi todavía algunas mujeres estar sin calzado en sus casas. En los campos no tiene otro origen que la comodidad, pero en la ciudad, como las mujeres tienen las piernas bien formadas, los pies blancos y pequeños, y sobre todo muy cuidados, podría suponerse alguna afectación en mostrarlos.

Al día siguiente quise recorrer los alrededores, que según me dijeron eran muy notables; es, en efecto, la región más salvaje del bosque. Vi cantones donde las palmeras motacús están tan apretadas que apenas puede hacer llegar el sol algunos rayos hasta la tierra. Hallé también con placer dos palmeras nuevas para mí, el *sumuqué*[32] y la *chonta*[33]. El primero crece junto a la orilla del

32 *Cocos botryophora*, Martius.

33 Es el *Astrocaryum chonta*, Martius.

bosque, y su copa, en forma de plumero, sostenida por un tronco esbelto y liso, supera la de los otros árboles y contrasta agradablemente con ellos. La segunda es característica de las partes más oscuras de los bosques, de los que constituye el más hermoso adorno. De una altura de quince a veinte metros, su tronco ensortijado, cubierto de largas espinas negras, está coronado por grandes hojas horizontales, verdes por fuera y blancas por dentro. Esta última especie juega un gran papel en la economía doméstica de los indígenas salvajes, al proporcionarles esa madera negra, dura como el hierro, que emplean en la fabricación de macanas, arcos y la punta mortífera de las flechas. Es, pues, al mismo tiempo una de las plantas más hermosas y más útiles.

Después de haber dibujado y hecho derribar esas palmeras, para estudiar todas sus partes, sólo me ocupé de buscar insectos y conchillas, escarbando al pie de los grandes árboles. Tuve un momento de temor al sentirme pronto herido en un dedo, en el preciso instante en que vi ocultarse una pequeña serpiente. Mi primer movimiento, creyéndome mordido por una serpiente venenosa, fue correr hasta mi caballo, para volver al caserío de la Víbora; pero pensando que antes de abandonar mis investigaciones convenía que me asegurara si mi inquietud era fundada, regresé al árbol, en busca de la culpable. Descubrí pronto un reptil inofensivo, parecido al bípedo de Cuvier; me sentí tranquilo y no pensé más en volverme, a pesar de los dolores bastante vivos y la hinchazón del dedo, pensando que sólo había sido picado por algún insecto himenóptero. Por la tarde, a mi regreso al villorrio, tuve el placer de encontrar a los indios que me traían dos hermosos ejemplares de osos hormigueros tamandú y un tatú vivo, que les compré.

30 de enero

El 30 de enero, después de recorrer de nuevo los alrededores, partí a Gran Diosa, donde llegué por la tarde y allí continué mis exploraciones durante algunos días. Mis recorridos me condujeron ya sea a los bosques vecinos, ya sea a sus bordes. De todos lados podía admirarse la fuerza de la vegetación; pero mis exploraciones ya no eran agradables. En medio de los bosques millares de mosquitos no me dejaban un momento de descanso; en los senderos y en los matorrales, me cubría de insectos llamados *garrapatas* o *brojelones*: unos, grandes como un pequeño guisante, están por todas partes; otros, del tamaño de la cabeza de un alfiler, se agrupan en numerosas familias, en el extremo de las ramitas, a lo largo de los senderos, y cuando se los toca se prenden de la ropa. Unos y otros provocan picazones atroces, ya sea al andar sobre la piel, ya sea al hundir su trompa y prenderse a ella. Si, en este caso, se los saca sin precaución, la parte se hincha, y en todos los sitios donde muerden la picazón dura meses enteros.

Me era necesario extraer cada día centenares, y mi resignación habitual era impotente contra este martirio de todos los instantes. El menor inconveniente de los viajes en esa estación para el viajero es exponerse a verse siempre mojado, porque los chubascos son tan frecuentes que puede decirse que llueve continuamente.

Tenía, sin embargo, la intención bien resuelta de continuar mi viaje, de atravesar el Río Piray y de recorrer sucesivamente las misiones de San Carlos, Buena Vista, Santa Rosa y Porongo. Consulté, sobre este proyecto, a los habitantes, que se opusieron, asegurándome no sólo que no podría pasar el Río Piray, sino que, si lo conseguía, arriesgando mi existencia, me encontraría en verdad retenido, durante mucho tiempo, por las arenas movedizas de los ríos y las crecidas, sin poder avanzar ni retroceder. Todos me dijeron que la ejecución de mi empresa estaba llena de peligros de todo género, y era, por así decirlo, imposible. Habituado a sus exageraciones, quise comprobar la verdad, y me dirigí, a ese efecto, hacia el Río Piray, apenas a una legua de distancia. Atravesé el bosque, entrecortado de claros, y llegué al río. Está formado allí por una playa lisa de una media legua de ancho, de arenas amarillentas, donde no se ve al principio ningún curso de agua, por estar entonces la corriente próxima a la orilla opuesta. Me encaminé con el propósito de intentar el paso. La arena, en apariencia muy seca y firme, me permitió franquear algunos centenares de metros; pronto, sin embargo, se hizo tan movediza que los caballos perdieron pie, se cayeron de golpe y estuve a punto de perecer con el mío. Nos hundíamos ambos al menor movimiento y tuve todas las penas del mundo para salvarme. Había llegado al gran trote. La arena había resistido; pero al no poder marchar más ligero, me hundía, incapaz de dar un paso. Finalmente, después de luchar mucho tiempo, pude volver a montar a caballo. Le apliqué las espuelas, y mi corcel, haciendo un esfuerzo que lo sacó algo del apuro, me permitió aprovecharlo para lanzarlo al galope, y sólo así pude volver a la orilla, completamente convencido de que no era posible continuar mi viaje por esa vía. En esa ocasión, recordé todo lo que había oído decir en Santa Cruz respecto a los accidentes que suceden todos los años en la estación de las lluvias y de las numerosas personas que perecen en esos ríos, en apariencia tan poco de temer. Durante los tres meses de las más fuertes lluvias, cesa toda comunicación entre las dos orillas del Río Piray.

El día de la Candelaria acompañé a mis huéspedes a Chaney para oír misa. Se hablaba entonces de bandas de ladrones que recorrían los campos. Creí necesario ir armado. Al llegar al lugar, una vez más me tomaron por una patrulla de reclutamiento, y todos los hombres, montando rápidamente a caballo, se refugiaron en los bosques. Causé, además, muy involuntariamente, otra per-

turbación en la iglesia. Un extranjero produce sensación en Santa Cruz; con mayor razón en el villorrio de Chaney; por eso, durante la misa, atraje todas las miradas y fui objeto de todos los cuchicheos; y, el resto de la jornada, sólo se habló de mí, sea que permaneciese con mis huéspedes, bajo un árbol inmenso que servía de punto de reunión del lugar, sea que los siguiese a casa del cura, centro más decente.

Chaney se compone de una iglesia y de una decena de casas a lo sumo. Los días comunes reina el mayor silencio, pero los domingos y días de fiesta los habitantes de las campañas se reúnen allí de cinco a seis leguas a la redonda, y a veces se ven juntas hasta ochocientas personas. Son, en general, los más ricos propietarios, agricultores y chacareros de la provincia, que tienen magníficos caballos y despliegan el mayor lujo en los adornos de plata de sus monturas, lujo que contrasta con la sencillez del vestido de hombres y mujeres.

Entre las personas que llegaron a Chaney, mi huésped me señaló a dos hombres renombrados en la región como cazadores de jaguares. En la época de sequía, esos animales recorren la campaña y viven lejos de los lugares habitados; pero en la estación de las lluvias, huyen de las inundaciones y se presentan con frecuencia en los alrededores de las granjas, donde aterrorizan al ganado, sin respetar ni a los hombres. Entonces se los caza a ultranza, ya sea con perros, ya sea a la manera de los portugueses de Caballu Cuatiá, con el brazo izquierdo cubierto de un cuero de carnero, para recibir el choque del animal, y la mano derecha armada de un cuchillo; especie de lucha cuerpo a cuerpo, donde, si pierde el equilibrio, el cazador es indefectiblemente devorado. La gran reunión de Chaney me dio la oportunidad de informarme acerca de la manera de cazar el *tatú gigante* o *pejichi*. Todos me habían hablado al respecto; había visto a menudo rastros frescos, consistentes en enormes madrigueras y numerosas palmeras desraizadas, pero no había podido ver al animal, que siempre nocturno nunca sale de su madriguera de día; y por la noche, espiándolo con el mayor cuidado, resulta muy difícil sorprenderlo. Ofrecí mucho por tener uno. Supe más tarde que las múltiples tentativas causaron por desgracia la muerte de uno de los cazadores de jaguares. Se lo halló en una cueva de pejichi, adonde parece que fue arrastrado, al querer retener al animal, al que posiblemente agarró por la cola. Como quiera que fuese, fue tomado por los hombros, sin poder salir.

El 13 de febrero abandoné Gran Diosa para dirigirme a Santa Cruz de la Sierra, a nueve leguas de distancia. En ese espacio hay algunos bosques, una gran llanura, interrumpida sólo por los bosques que rodean la ciudad en una anchura de dos leguas, y el arroyo *Birubiru*, uno de los afluentes del Piray.

9 de agosto

Nueva estadía en Santa Cruz

En la ciudad volví a mis tareas ordinarias, retenido hasta el mes de junio, sin poder, a causa de las inundaciones, pasar a la provincia de Chiquitos. Debí, a la vez, reiniciar mi papel de observador, continuar la redacción de mis informes científicos y aprovechar todo el tiempo que me quedaba en recorrer los alrededores.

Era, empero, difícil aliar mis trabajos diarios con las exigencias de la sociedad, mayores en Santa Cruz que en cualquiera otra parte. Se aprovechan todas las ocasiones para reunirse, y la mayor parte del año transcurre en fiestas, visitas y bailes. A las fiestas de las damas y señoritas, es de uso enviarse entre ellas flores, dulces, vinos y licores; luego, a las once de la mañana, se dirigen, con gran boato, a casa de la heroína del día, donde pronto todos los señores de la ciudad (que no regalan nada) no dejan de seguirlas. Se dan todos sucesivamente el *abrazo* español y reciben flores de mano de la persona festejada; después comienzan las invitaciones obligadas a beber sea vino, sea licores, a menudo hasta producir en la cabeza la más exaltada alegría. Trataba siempre de llegar tarde y de retirarme temprano, pero me resultaba difícil sustraerme por completo a ese exceso de cortesía. Incluso un día, apenas llegué a una reunión de ese género, ya bastante animada, cuando varias damas se acercaron a mí con una jarra llena de vino, gritando a la carga, y me vi obligado a sufrir una indisposición, para mí nueva, que me obligó a alejarme pronto del campo de batalla y pasar a otra parte de la casa, donde había ya numerosas víctimas de la fiesta. A veces uno de los visitantes propone traer a su costo, la misma tarde, música, lo que se acepta sin inconveniente; entonces las diversiones recomienzan hacia las ocho y continúan hasta muy avanzada la noche. Aparte de las fiestas, muchos bailes se sucedieron en Carnaval, que fue muy alegre. Vi, por primera vez, cenas espléndidas.

El Carnaval es en Santa Cruz más o menos igual que en otras partes de América. El lunes, los señores montan a caballo, a esperar el martes de Carnaval a orillas del Río Pari, a la salida de la ciudad, y al regresar recorren las calles. Todos descienden delante de cada casa, y provistos de polvos de diversos colores, comienzan una lucha encarnizada con las damas, para colorearles el rostro. Pronto se ve correr a las mujeres despeinadas, con la ropa en desorden, la cara pintada de diversos colores, atacar o defenderse de los ataques, gritando, riendo a su vez o arrojando pequeños limones a la cabeza de los hombres. Estas diversiones duran todo el día. Por la noche se remonta a caballo y se va a cantar canciones de circunstancias a la puerta de algunos personajes excepcionales. Se bebe en todas partes y se separan a las diez.

El martes, a los juegos de Carnaval se agrega el aniversario del juramento de la Constitución boliviana, lo que determina reuniones serias en medio de las locuras del día, terminando con un baile que da el prefecto. Esta fiesta, en parte política, tomó un carácter tanto más destacado por cuanto que la guerra estaba a punto de estallar entre el Perú y Bolivia. Se pronunciaron muchos brindis por las armas bolivianas. Uno de ellos degeneró en un discurso en tres partes. Por desgracia, este discurso fue interrumpido varias veces por lagunas en la memoria del autor. Las damas también hicieron brindis políticos; luego recomenzó el baile, reemplazando las graves preocupaciones con la expresión de la alegría más franca y más amable.

15 de febrero

Al día siguiente, a las alegres fiestas sucede la calma solemne de la cuaresma. Todo cambia de carácter. Nada de diversiones, nada de juegos; un triste silencio reina en la ciudad; no se ve más que ropa de duelo, y la austeridad más notable. Santa Cruz no es la misma, y uno podría creerse transportado a unos millares de leguas.

Ese momento consagrado a la oración fue turbado de pronto. El primero de marzo se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar a las autoridades y proclamar la independencia de la provincia. De los cuatro jefes, tres fueron prendidos y fusilados militarmente a la mañana siguiente, sin otra forma de proceso; pero toda la ciudad se puso de pie, a causa del temor que inspiraba el conspirador escapado, que, según decían, había reunido mucha gente en la campaña y regresaba con tropas dispuestas al pillaje. Se pasaron todas las noches con las armas en la mano, y yo tenía listo mi pequeño arsenal, así como mi plan de defensa, demasiado bien advertido de que, si se producía un desorden, mi casa no sería perdonada. Se sucedieron muchas alarmas; las gentes armadas se presentaron en efecto en la plaza e hicieron fuego hasta contra el centinela, emocionando a toda la ciudad. Otra vez, un cura informó al prefecto que había sabido, bajo el secreto de la confesión, que esa misma noche seríamos degollados.

1 de marzo

Hasta el 27 las angustias se renovaron en todas formas. Finalmente, el llamado Valle, jefe de la conspiración, fue apresado por traición. Se lo fusiló de inmediato, como lo habían sido sus cómplices, y desde ese momento se restableció la calma más perfecta en todas partes. La cuaresma volvió a tomar de nuevo sus derechos; la tranquilidad trajo las oraciones y la austeridad de esos cuarenta días de penitencia. Todos los jueves y sábados un cura distinto pronunciaba un sermón. El jueves los hombres, y el viernes las mujeres, se encerraban en la iglesia.

27 de marzo

Después de rezar, se apagaban las luces, y cada cual se flagelaba como mejor podía, con correas de cuero, hasta hacer saltar la sangre. Se observaba también el ayuno más riguroso. Muchas personas pasaban un día entero sin comer, lo que se llama ayunar al *traspaso*.

30 de marzo

El miércoles santo, fui invitado a la procesión de la noche, a la luz de los cirios. Un pariente del Vicepresidente de la República, el doctor Velasco, fue elegido para dirigir la ceremonia. Asistí. Poco tiempo después los *hermanos* de la congregación, vestidos de negro con un cinturón blanco, con cuatro borlas cayendo hacia delante, hacia atrás y a ambos lados del cuerpo, trajeron un paño negro con una cruz roja en el medio. Se distribuyeron cirios y se pusieron en marcha en dos líneas. Adelante iban los hermanos; en medio había un tambor, cubierto de paño negro, haciendo de tanto en tanto oír sus lúgubres sones; cuando cesaba, una flauta emitía sus gemidos. Nos dirigimos así, en silencio, a la iglesia llamada *capilla*. Un sacerdote pronunció un largo sermón, después del cual se reinició la marcha. Se llevaba un enorme Cristo con su cruz, acompañado de un santo. A bastante distancia del Cristo marchaba la Virgen. Por otro camino, Santa Verónica vino al encuentro de la cruz y enjugó el rostro de Jesús con el santo sudario; corrió luego a mostrarlo a la Virgen, y la procesión siguió después hasta la Catedral, deteniéndose en los altares colocados a ese efecto en cada esquina.

Más de seiscientas personas llevaban cirios. Tres mil almas, por lo menos, acompañaban la procesión, compuesta de penitentes en hábito de San Francisco, de señoras de la ciudad y moradores de todas clases. Un silencio profundo, interrumpido por el son lúgubre del tambor y de la flauta; la oscuridad de una noche muy nublada que contrastaba con la luz vacilante de los cirios; todo daba a esta ceremonia un carácter de solemnidad muy notable. Las iglesias permanecieron abiertas toda la noche, y las mujeres no cesaron de ir a rezar.

El jueves santo continuaron las visitas a las iglesias, desplegando las señoras y señoritas el lujo de sus atavíos más rebuscados. Se efectuó una segunda procesión, semejante a la de la víspera, pero más solemne todavía. Por la tarde del jueves santo las funciones públicas cesan en todos los países españoles. Los jueces, los funcionarios civiles y militares, van a depositar el bastón con empuñadura de oro, signo distintivo de su autoridad, en una habitación de la que el cura guarda la llave, la misma que, junto a las de los tabernáculos de diversas iglesias, son puestas en una magnífica cadena de oro, con que se adorna el prefecto durante la procesión. En la marcha, se portó a Cristo en la cruz y la

estatua de la Virgen. Al regresar hallé, con gran asombro de mi parte, en casa del señor Velasco, una mesa cubierta de refrescos, licores, bombones, y se sirvió chocolate a todos los invitados.

El viernes santo la procesión se efectuó con un silencio extraordinario. Se llevó en andas solamente el sepulcro de Cristo. Al salir de la iglesia, vi con gran sorpresa a todas las negras y mulatas esclavas vestidas con las mejores ropas de sus amas y cubiertas de sus adornos de perlas y diamantes, lo que contrastaba de la manera más extraña con el vestido sencillo y lúgubre de las damas. Sin hablar ya de un recuerdo indirecto de las antiguas saturnales de los romanos, ¿no podríamos ver algo de ostentación bajo esa aparente humildad de las mujeres ricas, dispuestas a despojarse de sus adornos, a fin de revestir con ellos a sus esclavas, puesto que ellas mismas se ocupan de su arreglo y no descuidan nada por hacerlo brillar por encima de sus compañeras?

Los indios aymaras de las mesetas de los Andes son muy religiosos, pero su religión es del todo materialista. Toman las cosas a la letra y nada más. Un eclesiástico me contó que, el viernes santo, esos indios dicen: "Puesto que Dios está muerto, no sabrá lo que haremos", y, con tal creencia, ambos sexos se abandonan a todas sus pasiones; y realizan toda especie de fantasías, sin el menor escrúpulo. Es para ellos un momento de libertad absoluta, que resiste a todas las observaciones de los curas.

El día de Pascuas, Santa Cruz vio afluir una inmensa muchedumbre, no sólo para la fiesta, sino también para asistir a las carreras de caballos, que duran toda la semana. Mientras las mujeres de los villorrios y caseríos de la provincia visitan a sus amigas, los hombres, con sus mejores caballos, van a la llanura de Pari, elegida para las carreras. Se ven, en efecto, hermosos y buenos caballos, que serían vencedores tal vez en las carreras anuales de las ciudades europeas. Como en París, como en Londres, se hacen apuestas enormes que a menudo comprometen toda la fortuna de una familia y hasta las cosechas pendientes. Hay a veces algunos hombres encargados de montar los caballos de carrera; sin embargo, por lo general, todos buenos jinetes, los propietarios prefieren montarlos ellos mismos. Se realizan carreras de toda longitud, desde una *cuadra* hasta una o dos leguas. Se nombran jueces, y la vigilancia se realiza tan bien como en el Campo de Marte o en Newmarket.

Una ceremonia que tuvo lugar el 25 de abril me dio la prueba de la marcha creciente de la civilización en Bolivia. Se sancionó el nuevo Código de Leyes, llamado Código de Santa Cruz, traducción modificada y corregida del Código Napoleón, que venía a reemplazar al conjunto de disposiciones anticuadas o costumbres

25 de abril

consideradas como tales, cuya interpretación siempre era arbitraria. Ese Código fue acogido en Santa Cruz con mucho entusiasmo. Se construyeron estrados en las cuatro esquinas de la plaza. Un cortejo a caballo, compuesto de todas las autoridades civiles y militares, con sus trajes y sus insignias, avanzó hasta el estrado. El *escribano* subió y leyó los principales fundamentos de las leyes. El cortejo hizo en alta voz el juramento de cumplirlo fielmente; y el grito de mil voces repetido *Viva la Patria* resonó en todas partes.

Hay antiguas costumbres que se remontan al origen de los pueblos y cuya sencillez pastoral, atravesando todas las edades, se ha propagado hasta nosotros, extendiéndose hacia los diversos puntos habitados del globo. El momento en que la naturaleza despoja el duelo de sus inviernos para revestir su apariencia primaveral es en todas partes motivo de gozo. Nuestra vieja Europa celebra entonces, en Francia, las fiestas aldeanas; en España una fiesta religiosa, la de la Cruz, tiene lugar el 3 de mayo. Se canta el retorno de la estación, la regeneración de la naturaleza, el renacimiento de los días hermosos. Al cruzar los mares y cambiar de hemisferio, la fiesta religiosa de la Cruz, sin cambiar de época, no representa ya esa dichosa transición del invierno a la primavera, sino la del otoño al invierno; por eso, las flores de España son reemplazadas en América por frutos.

La ciudad y las aldeas presentan en todas partes altares, en los que una sencilla cruz de madera, flores, frutas y legumbres de toda especie, son la única decoración: aquí guirnaldas, entremezcladas de flores brillantes de las llanuras y de los bosques, ramas de diferentes frutas salvajes unidas al naranjo y al limonero cultivado; allí los más voluminosos racimos de bananas, dignos de la tierra prometida, los ananás, las sandías más suculentas o las más grandes raíces azucaradas o la mandioca harinosa. Los insectos también aportan su tributo: los pasteles de la avispa de miel *(chiriguana)* figuran al lado de los nidos aromáticos de las pequeñas abejas (*señoritas*)[34], productos lentos de un penoso trabajo. Esos templos campestres, en que la naturaleza todo lo hace, se convierten en el teatro de un culto apacible que no produce un solo grito de dolor, que no hace verter una sola gota de sangre, adornado con los más sencillos productos de la tierra y que recuerda esa dichosa edad de oro que cantan nuestros poetas.

Durante el día se visitan a pie los altares; pero el momento más agradable es por la tarde, a la luz. Se encuentra en todas partes alegre compañía, juegos, bailes, hasta muy avanzada la noche. El final de fiesta es señalado por el reparto entre los asistentes de los adornos de la cruz.

---

34 Especie sin aguijón, cuyos nidos se conservan hasta en el interior de las casas.

Una costumbre que remonta, sin duda, a la época caballeresca de España, es por la tarde, a caballo, visitar todas las cruces. Cada caballero tiene la obligación de llevar una dama en ancas, si no quiere ser llamado *huacho*[35] (*huérfano*). Resulta fácil a los caballeros librarse de este epíteto, teniendo parientes que nada desean más que ese paseo, al cual asiste toda la ciudad, y donde realmente uno puede divertirse; pero un desdichado viajero, alejado de la patria, sin parientes, sin amigos... es y debe ser en todas partes *huérfano*. Debí resignarme a sufrir la consecuencia de mi situación y recibir el apodo que cada dama y su caballero me aplicaban sin piedad, al pasar al lado del pequeño grupo en que me hallaba.

Desde el 29 de mayo al Corpus Christi hay un segundo Carnaval. Los hombres disfrazados de viejos, de viejas o de diablos recorrían las calles, distribuyendo delante de cada ventana algunos dichos picarescos, algunas bromas, unas espirituales, otras a veces demasiado pesadas.

29 de mayo

La procesión del Corpus es igual que en Europa.

Hacia fines de mayo pasó el primer correo de Chiquitos hacia Santa Cruz y me dediqué a preparar mi partida, pidiendo algunas bestias de carga para mi viaje. Tenía la suerte de contar con muchos amigos en la ciudad, que trataban de que se prolongara mi permanencia; por eso experimenté numerosas dificultades. Santa Cruz carecía, entonces, de médico. Como francés y sobre todo como naturalista, yo debía necesariamente serlo. Traté de sustraerme a los deberes de esta profesión, de la cual no poseía los elementos; pero un primer éxito en una circunstancia obligada me creó la imposición de visitar a algunos enfermos. Por otra parte, no había persona en la ciudad que no me conociera.

La casa que ocupaba era inmensa y una de las más hermosas. Tenía una sala de más de quince metros de largo, un gran patio, un jardín mayor todavía, plantado con numerosos naranjos de elevada copa, y todo no muy caro. Llevaba una existencia tranquila, hasta agradable, trabajando mucho, pero descansando en el seno de una amable sociedad; por eso necesitaba valor para abandonar Santa Cruz. Sin embargo, nunca las conveniencias puramente personales habían influido en mis decisiones. El éxito de mi viaje y el cumplimiento de mi misión eran el único objetivo de mis pensamientos y de mis actos. Me dispuse, pues, a partir.

Mi sala, única habitación que ocupaba, me servía a la vez de salón, de comedor, de dormitorio y de gabinete de trabajo. Se parecía a menudo al arca

35 O mejor dicho *huaccha*, que significa, en el idioma de los incas, huérfano de padre y madre.

de Noé; tenía, en efecto, toda clase de animales vivos, agutís, tatús, perezosos y hasta una boa de cinco metros de largo. Este extraño comensal era para mí objeto de investigaciones y estudios. Quería fijar mis ideas acerca de la especie de fascinación, de influencia magnética que lleva, según dicen, a los animales a arrojarse en las fauces de las serpientes. Hice todo lo posible para llegar a algunos resultados, pero nada conseguí. En los momentos de mucho calor, me tendía en mi hamaca y observaba en silencio. Los animales pequeños pasaban y repasaban junto a la serpiente sin manifestar otro sentimiento que miedo. Las boas en Santa Cruz, en vez de hacer huir, son por el contrario empleadas en los cañaverales; se las usa para cazar una especie de ratón que causa muchos estragos, al roer las raíces de la planta.

Aparte de los animales que tenía conmigo, había una multitud que viven naturalmente en las casas, sin que los moradores se inquieten en lo mínimo; esto se debe al clima y a los numerosos bosques que rodean la ciudad. Podía a menudo, sin abandonar mi morada, hacer una buena cosecha de reptiles e insectos, porque, durante la noche, los anfisbenos salían de mis paredes construidas con tierra y se paseaban por la pieza, surcada así por ciempiés de diez a quince centímetros de largo, y por una multitud de cucarachas enormes. A menudo caían víboras del techo sin cielo raso, y los menores inconvenientes eran las devastadoras termitas, de las cuales tenía un inmenso nido en las paredes de mi pieza, los nidos de avispas o los millares de *niguas* o pulgas penetrantes, que se introducen en los pies y hacen sufrir mucho. Ya oigo a mi lector clamar contra un país en que se vive siempre con tan numerosa compañía. Sin embargo, debo confesar que si bien al comienzo hallé incómoda esa reunión, luego hice como los habitantes: me habitué y vivía, por así decirlo, sin prestarles atención.

CAPÍTULO XXIX

Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra

Historia

Un singular cúmulo de circunstancias vincula la historia de Santa Cruz de la Sierra con la del Paraguay, en tanto que resulta ser del todo ajena a la del Perú, de la cual debería depender por la situación geográfica de la ciudad, ubicada al pie de las últimas estribaciones de los Andes y distante del Paraguay, en línea recta, nueve grados, es decir, quinientas leguas terrestres por lo menos.

En medio de la vaguedad que caracteriza los relatos de autores contemporáneos de la Conquista, con respecto a los habitantes de esas regiones, antes de la llegada de los primeros españoles, podría inferirse que los últimos contrafuertes de las cordilleras y los llanos vecinos constituían el territorio ocupado por los indios que dependían de la gran nación guaraní o caribe. Estos pueblos resistieron, allá por el siglo XV[1], a las fuerzas del Inca Yupanqui y conservaron su independencia salvaje.

1831
Santa Cruz

Aquella ansia de novedades, aquella sed de riquezas que animaban a los españoles y convertían a cada aventurero en un héroe siempre dispuesto a desafiar con gusto los peligros y fatigas para obtener ya fuera oro, ya fuera el gobierno de los países recorridos, fueron causas iniciales del descubrimiento de Santa Cruz de la Sierra. Si se menciona la perseverancia e intrepidez de los

1 Garcilaso de la Vega, *Comentarios de los Incas*, pp. 244-246.

Hernán Cortés y los Pizarro, hubo numerosos españoles menos conocidos, cuyas hazañas también merecieron ocupar un sitio en la historia. Es verdad que no tuvieron que batirse con los mexicanos civilizados ni conquistar las riquezas proverbiales del Perú; pero por lo mismo que exploraban un país menos poblado, más salvaje, debían superar muchos obstáculos. Al escrutar la historia del Río de la Plata impresiona sobre todo esta verdad, así como la escasa resonancia que encontró el descubrimiento de esa parte del Nuevo Mundo, de la que Santa Cruz de la Sierra depende.

Apenas habían transcurrido once años después de que Solís avistara las márgenes del Plata, cuando el primero de tales hombres llegó de las costas del Brasil al pie de los Andes. Sorprende ver a América atravesada en todos los sentidos, en los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo, mientras hoy día semejantes viajes resultarían en cierto modo imposibles. En medio de la rivalidad nacional existente entre españoles y portugueses por extender el dominio respectivo de ambas coronas, se emprendieron sucesivamente las expediciones más azarosas y extraordinarias. La primera, y más notable, es sin discusión la de Alejo García. Los descubrimientos de Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Pinzón, Cabral, Solís y Magallanes habían atraído al continente americano extranjeros provenientes de todas partes. Martín Alfonso de Souza, establecido en 1526 por cuenta de Portugal, en San Vicente, sobre la costa brasileña, envió al interior a cuatro portugueses, entre los cuales figuraba nuestro aventurero, hombre muy instruido en el idioma guaraní. Atravesó unos centenares de leguas hasta el Paraguay donde, estimulando el espíritu emprendedor que los guaraníes tienen para viajes y conquistas, decidió a dos mil a acompañarlo rumbo a las regiones occidentales[2]. Cruzaron el gran Chaco combatiendo a los pueblos que se oponían a su avance, y ganaron así las montañas de Bolivia, cerca del curso del Río Grande; incluso saquearon a los vasallos de los Incas y regresaron al Paraguay por el mismo camino. Alejo García despachó a dos de sus compañeros para que rindieran cuentas de su expedición, pero fue pronto asesinado por los indígenas que lo habían acompañado[3]. Por temor de que los castigaran los portugueses, sus asesinos volvieron a atravesar el Chaco y se establecieron en la llanura, al pie de las monta-

---

2 Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 15; Padre Guevara, *Historia del Paraguay*, p. 83.
Selección de cartas edificantes, t. 1, p. 179.

3 Ruy Díaz de Guzmán. p. 18; Fernández, *Historia de los Chiquitos*, p. 4; Lozano, *Historia del Chaco*, p. 57.

ñas de Santa Cruz, donde con el nombre de el chiriguanos aún pueblan la provincia de Cordillera, dependiente del departamento de Santa Cruz.

Diez años más tarde, en 1537, el español Juan de Ayolas siguió, por decirlo así, las huellas del infortunado García. Remontó el Paraguay hasta el grado 21, y dejando sus naves a cargo de Irala, que debía esperarlo seis meses, partió con doscientos soldados y cruzó el Chaco hasta las primeras montañas del Perú. De regreso, ocho o nueve meses más tarde, cargado de botín arrancado a los peruanos, fue masacrado con todos los suyos a orillas del Río Paraguay por los indios payaguás[4].

Todos los planes de los gobernadores del Paraguay tendían a apropiarse de una parte de las tan mentadas riquezas del Perú, por lo que cada uno quiso intentar el viaje. En 1542, Núñez Cabeza de Vaca envió a Irala, quien remontó el Paraguay hasta Yarayes y apenas logró alejarse por tierra a cuatro jornadas al oeste del Río Paraguay, en la provincia de Chiquitos. Núñez quiso, al año siguiente, efectuar él mismo una expedición semejante, pero también fracasó[5].

En 1548, Irala, uno de los hombres más emprendedores de la época, trató de internarse en el Perú; partió con trescientos cincuenta españoles, llegó por agua a Yarayes, atravesó luego la provincia de Chiquitos y llegó, tras soportar penurias indescriptibles, al Río Grande y la zona dependiente de Chuquisaca. Las informaciones que allí le suministraron acerca del diferendo surgido entre los hermanos Pizarro y el arribo de Pedro de la Gasca, lo resolvieron a detenerse[6]. Despachó a Ñuflo de Chaves al nuevo Virrey, en tanto que se veía obligado a regresar debido a los desórdenes producidos entre sus soldados. Ñuflo de Chaves no volvió al Paraguay hasta 1549.

Preocupado más que nunca por su proyecto de facilitar las comunicaciones con el Perú, Irala mandó de nuevo a Ñuflo de Chaves, en 1557, a poner los cimientos de una ciudad en la costa del Paraguay[7]. Ya buscaba éste un emplazamiento conveniente, cuando supo de la muerte de Irala. Resolvió entonces fundar en aquel lugar una ciudad independiente del Paraguay, decisión que estuvo a punto de costarle el abandono de sus soldados, acostumbrados al

---

4 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 36, cap. 49. Los autores no concuerdan en el nombre; unos escriben *Ayolas* y los otros *Oyolas;* Ruy Díaz de Guzmán, p. 45; Padre Guevara, p. 93; Schmidel, p. 109; Herrera, *Década VI*, lib. VII, cap. V.

5 Ruy Díaz de Guzmán, p. 60; Padre Guevara, p. 105; Azara, *Viaje por América meridional*, t. II, p. 359.

6 Padre Cuevara, p. 110; Ruy Díaz, p. 72.

7 Ruy Díaz de Guzmán, p. 101.

pillaje y cuyas esperanzas defraudara con el referido proyecto. Sólo retuvo a sesenta, con los que llegó al Río Grande, donde encontró a Andrés Manso que venía de Perú con las mismas intenciones que las suyas. Entre ambos se suscitó una discusión acerca de sus derechos respectivos. Por último, Ñuflo de Chaves se impuso con el apoyo del Virrey de Lima y puso los cimientos de la ciudad de Santa Cruz[8], donde poco después lo acompañaba su familia, que había ido a buscar al Paraguay. Cinco años más tarde lo mataban los chiriguanos[9] cuando gobernaba pacíficamente la nueva ciudad.

La antigua Santa Cruz estaba situada a unas doscientas leguas al este de la ciudad actual, al pie de la Sierra y cerca de la misión de San José, provincia de Chiquitos. La proximidad de las altas escarpaduras de Sutos quizá la hayan hecho llamar al principio *Santa Cruz de la Sierra*, o *de la Barranca*[10]. Bien distribuida con manzanas iguales[11], estaba edificada con adobe en medio de un bosque relativamente próximo a la cascada de Sutos y no lejos de uno de los primeros afluentes del Río San Miguel. La belleza de los alrededores había contribuido sin duda a la elección del emplazamiento, tanto como la gran cantidad de indios chiquitos amigos que poblaban la comarca.

Los indios recibieron muy bien a los españoles y se dejaron repartir en encomiendas, sometiéndose al único tributo anual de una bola de hilo de algodón en señal de vasallaje. Esta armonía de españoles e indios chiquitos no perduró. Abusando de su docilidad, los recién venidos quisieron explotarlos y quitarles los hijos, para utilizarlos como esclavos. Los oprimidos se rebelaron y mataron a algunos de sus opresores[12]. Según Azara[13], el gran alejamiento del Perú habría hecho, en 1575, transferir la ciudad al lugar que ocupa actualmente, es decir a unas veinte leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, en una llanura espléndida cercana al Río Pari. Viedma[14] dice que el cambio tuvo lugar a consecuencia de conflictos producidos con los chiquitos. El Virrey, marqués de Cañete, ordenó en 1588 construir una ciudad a mitad del camino que una a la vieja Santa Cruz con Chuquisaca, tanto para contener a

---

8 Ruy Díaz de Guzmán, p. 109; Ulloa, *Relación del viaje a la América meridional*, t. III, p. 221, dice que Santa Cruz fue fundada en 1548; pero se equivoca con seguridad.

9 Ruy Díaz de Guzmán, p. 123.

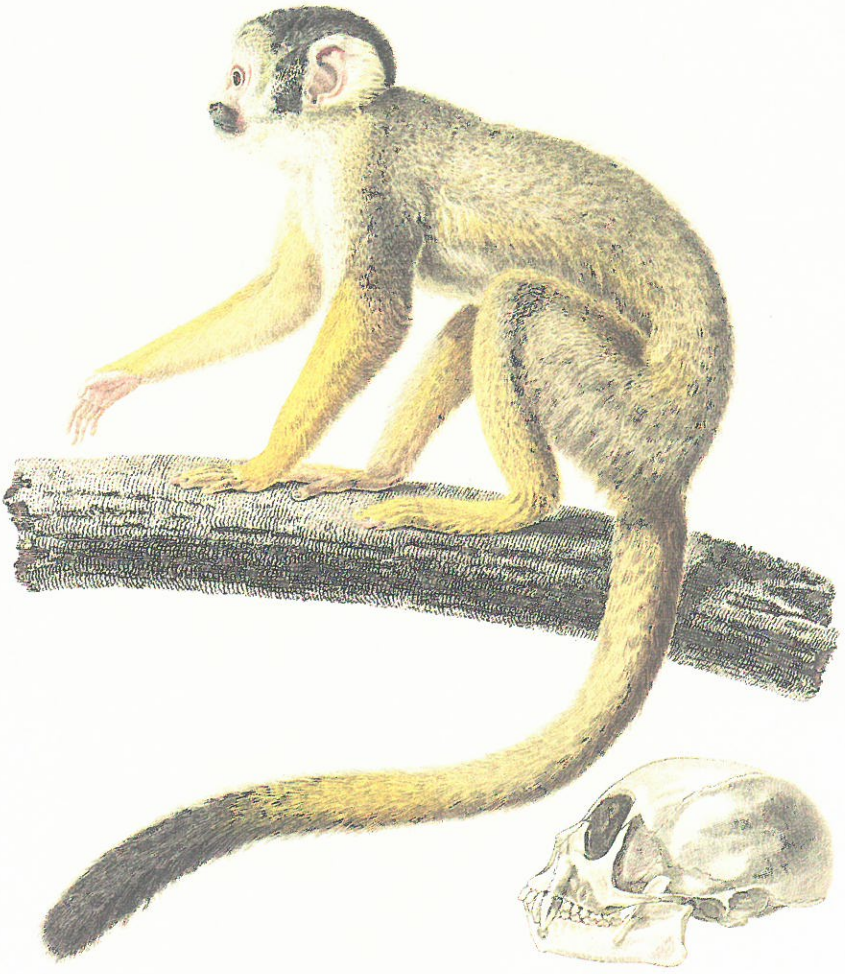
10 Ulloa, op. cit., t. III, p. 221, cuenta que Ñuflo de Chaves la denominó así para recordar el nombre de su ciudad natal, en España, situada cerca de Trujillo.

11 Más tarde visité las ruinas, de modo que esas informaciones son ciertas.

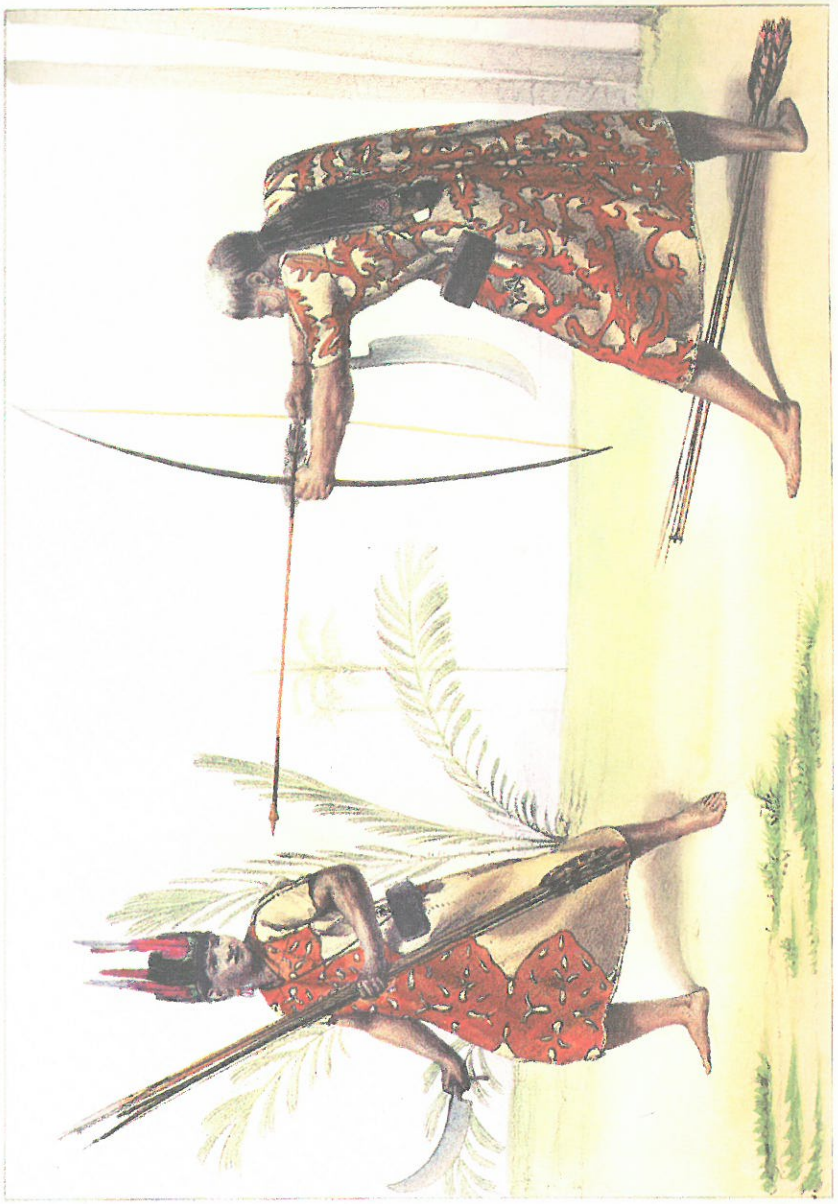
12 Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, p. 78.

13 *Viaje por América meridional*, t. II, p. 378.

14 *Descripción*, p. 78.



Calitrix entomophagus.



Combate entre indios yuracarés, Bolivia.

los indios chiriguanos como para facilitar el viaje. Encomendó a don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador de la provincia, que tratara con Solís Helguín, propietario del llano, para fundar allí la *noble ciudad de San Lorenzo de la Frontera*, pero la fundación no tuvo lugar hasta 1592. Fue probablemente entonces que los últimos habitantes de Santa Cruz se dirigieron a poblar la ciudad nueva que, a pesar de los esfuerzos del fundador, mantuvo siempre el nombre primitivo de Santa Cruz de la Sierra, que aún lleva actualmente, mientras que el de San Lorenzo sólo se empleó en las actas públicas.

La nueva ciudad de Santa Cruz, pese a ofrecer ventajas inmensas en materia agrícola, quedó muy por debajo de las ciudades de la montaña en materia mineral. Por vincularse estrechamente con el Perú, perdió poco a poco sus relaciones con Paraguay. Sin embargo, por estar separada tanto de Lima como de Asunción por seis o setecientas leguas de distancia y alejarla del mar un muro de trescientas leguas de montañas, se quedó estancada, conservando las costumbres de sus habitantes primitivos. En 1605[15] la erigieron en obispado, liberándola de la dependencia de Cochabamba.

Santa Cruz dependió de Lima hasta 1776, época en que Buenos Aires fue convertido en virreinato autónomo, al cual se agregó, al igual que su capital Cochabamba, pese a su gran lejanía. En 1782, el nuevo virrey, que había creado una intendencia para Cochabamba, formó una circunscripción igual en extensión a las tres cuartas partes de Francia, con la provincia de Santa Cruz de la Sierra, y las misiones de Moxos y Chiquitos, hasta entonces dominadas por los jesuitas.

Si la ciudad que me ocupa nada tuvo que padecer por la revolución de Túpac Amaru (en 1780 y 1781), tuvo menos suerte durante las guerras de independencia. Entonces comenzaron a desvanecerse sus costumbres patriarcales, por influencia de las tropas pertenecientes a ambos bandos. Durante largo tiempo conservó la bandera española, pero al ser invadida por las tropas independientes en 1824, sufrió sin protesta las consecuencias de la decisiva batalla de Ayacucho. Separada en ese tiempo de Cochabamba, se convirtió en cabecera de uno de los seis departamentos que componen la nueva República de Bolivia, conservando bajo su autoridad las extensas provincias de Moxos y Chiquitos.

---

15 *Relación Histórica del Viaje a América Meridional*, por don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, t. III, p. 219

Descripción de Santa Cruz

Circunscripción y referencias geográficas

Con sus cuatro provincias, el departamento de Santa Cruz presenta una extensión inmensa, limitada al norte por el curso del Río Itenes, la provincia de Matto Grosso y las regiones deshabitadas comprendidas entre los ríos Mamoré y Beni; al sur, por los desiertos del Gran Chaco; al este, por el Río Paraguay y las posesiones brasileñas; al oeste, por los departamentos de Cochabamba y Chuquisaca. Está comprendido entre los 12 y 13 grados de latitud sur y 59°30' de longitud occidental de París, cubriendo una superficie aproximada de 45.000 leguas cuadradas, de veinticinco por grado.

Esta extensión se compone, al oeste y noroeste, de los últimos contrafuertes de la cordillera; luego, de las llanuras dilatadas que los bordean, extendiéndose al norte por la provincia de Moxos, hacia la cuenca del Amazonas, y al sur hacia la llanura del Chaco y la gran cuenca del Plata. Se trata de una de las raras excepciones geográficas, en que la cumbrera divisoria de las dos grandes vertientes que existen en América meridional, tomada de norte a sur, está representada por un llano bajo, inundado parcialmente. En efecto, en tanto que el Río Grande, con su afluente el Piray, toma francamente al norte, hacía el Amazonas, y por el contrario el Río Pilcomayo se dirige al Plata, rumbo al sur, el Parapití, después de errar por el llano, parece incapaz de resolverse por uno u otro camino, hasta terminar formando pantanos que desaguan hacia el norte.

Esta misma disposición singular de las vertientes apenas trazadas, se advierte también al avanzar hacia el este, por llanuras donde nacen, cerca de San José de Chiquitos, por un lado el Río San Juan, uno de los afluentes del Plata, y por otro el San José, que va al Amazonas por el norte. Más lejos y en escala mayor, los primeros afluentes del Itenes y el Paraguay se comunican por medio de pantanos comunes, en los cuales puede establecerse yendo en bote la línea divisoria de las aguas. En tres puntos diferentes los geógrafos emplazaron sistemáticamente montañas, siendo meros llanos pantanosos lo que separa las extensas vertientes de los dos ríos máximos del Nuevo Mundo.

Considerado como sistema ortográfico, el departamento de Santa Cruz es muy simple. Ya dije que por el oeste lo limitan los últimos contrafuertes de la cordillera; todo el resto constituye una sola llanura atravesada de nornoroeste a sudsudeste por las colinas elevadas del sistema chiquitense, que apenas sobresalen unos centenares de metros por encima de las planicies circundantes.

Los cursos de agua del departamento dependen de las dos grandes cuencas ya mencionadas. Unos se dirigen hacia el sur, otros al norte. Los primeros son: el Río Pilcomayo, que encuentra su fuente en la montaña y mesetas de Tola Palca y Tola Pampa, departamento de Potosí, y atraviesa después todo el Chaco; el Jaoru, uno de los afluentes del Paraguay, que nace cerca de Villa Bella de Matto Grosso; el Río de San Juan o Tucabaca que, unido a los riachos San Rafael y Latiriquiqui, forma el Oxuquis, también afluente del Paraguay.

Mayores y más numerosos al norte, los ríos provienen de tres cursos de agua principales: Itenes, Mamoré y Beni. El primero recibe al este los ríos Barbados, Verde y Serre, y más hacia el oeste el Blanco y el San Miguel, que nacen en la provincia de Chiquitos y se unen al Machupo para formar así con el Itenes o Guaporé un curso de agua considerable.

Todos los restantes afluentes del Amazonas nacen en las montañas, en medio de los contrafuertes cordilleranos. Unos van al Mamoré y otros al Beni. Los afluentes del Mamoré son los siguientes ríos: más al sureste que todos, el Parapití, perdido en la llanura, uno de los afluentes superiores del Río Grande. Este último, que nace en la provincia de Chayanta, recibe sucesivamente al Río de Acero, Piray, Yapacaní o Ibabo y Mamoré; después de esta unión, prosigue hacia el norte con el nombre de Mamoré, recibiendo aún al oeste los ríos Chapare, Securi, Tijamuchi, Apere, Yacuma e Iruyani.

El Beni nace en las montañas situadas al norte de la cordillera Oriental de Cochabamba y La Paz. Tiene un caudal considerable al llegar a la provincia de Moxos, que sigue al norte hasta su confluencia con el Mamoré.

El Mamoré y el Guaporé o Itenes se unen a los 12 grados y corren hacia el norte con el nombre de Mamoré, hasta alcanzar la confluencia del Beni, donde constituyen el Madeiras.

Estos ríos dependen de las distintas provincias del departamento. Luego recorrí estas provincias, que he de describir sucesivamente, limitándome ahora a la de Santa Cruz de la Sierra, después de este rápido esbozo.

Al norte está separada de la provincia de Moxos por bosques y pantanos despoblados; al este, de la provincia de Chiquitos, por el Río Grande; al sur la limita la provincia de Cordillera; y al oeste, las últimas estribaciones de las montañas de la provincia de Valle Grande. Así circunscrita, ocupa un llano arenoso, uniforme, cortado de noroeste a sudeste por el Río Grande y los riachos Piray, Palometa, Palacios y Yapacaní, ninguno de los cuales es navegable; sólo en el confín septentrional de la provincia, el Grande y el Piray pueden navegarse en canoa hasta Moxos. La provincia presenta gran horizontalidad y su aspecto recuerda mucho los alrededores de Caacaty y Ensenadas, en la provincia de

Corrientes. Son también planicies arenosas, pantanos y grupos dispersos de árboles; sin embargo, Santa Cruz posee muchísimos más bosques, y ofrece las mejores tierras para cultivos y pastos excelentes para los rebaños.

El clima de Santa Cruz es de los más ardientes. Demasiado alejada de las altas cordilleras para que modifiquen su temperatura, sufre todas las influencias comunes en las regiones intertropicales situadas en medio de los llanos que ocupan la parte central del continente. Tiene dos estaciones bien diferentes: la estación de sequía o invierno, y la estación de las lluvias o verano. La estación seca comienza en abril y termina en setiembre u octubre; se caracteriza en especial por vientos alternados del norte y sur. Los primeros son cálidos y soplan casi sin interrupción; cuando cesan, los sustituye el viento del sur, que produce un rápido descenso de temperatura. La población teme mucho este viento y durante los dos o tres días que suele soplar cierra sus puertas y se cubre de mantas, como lo haríamos en inviernos rigurosos. Fuerte y seco por lo general, sume en una especie de consternación a los cruceños, acostumbrados al calor húmedo. Los enferma o por lo menos produce un estado de malestar análogo al que el viento del norte causa a los correntinos. También paraliza la vegetación esta estación seca. Las hojas se marchitan; algunas caen y muchos árboles sufren la misma pérdida que se manifiesta en regiones frías. Este fenómeno aparece sobre todo en los llanos no pantanosos.

El calor aumenta poco a poco hacia el mes de septiembre; aparecen los brotes, pero sólo crecen con vigor después de las primeras lluvias primaverales. Entonces cambia el aspecto de la naturaleza, que reviste sus mejores galas. Las lluvias se vuelven cada vez más copiosas y casi incesantes, a partir de noviembre. Todo el campo se inunda y las comunicaciones quedan interrumpidas, por decirlo así, por un lado con las ciudades de la sierra y por el otro con la provincia de Chiquitos. Estas lluvias caen hasta abril, disminuyendo gradualmente.

Productos naturales de Santa Cruz

La provincia de Santa Cruz, continuando en cierto modo los llanos del Chaco, Paraguay y Corrientes, apenas ofrece diferencias con el conjunto de la zoología que he señalado en esta última región, diferencias que se reducen a unos cambios producidos por la mayor elevación de la temperatura. En efecto, se ve aparecer, por una parte, algunos animales y plantas más propios de las zonas cálidas, en tanto que los que pueblan regiones templadas y frías faltan

por completo. Voy a echar una mirada somera de tales diferencias, remitiéndome a las generalidades citadas, para el conjunto de las producciones naturales, más o menos idénticas.

Los monos son más numerosos y variados en Santa Cruz. Llenan los grandes bosques hasta la vecindad de la ciudad, donde cuando hay tiempo tormentoso se oyen los llamados roncos de los monos gritones o los gritos convulsivos que provienen de las bandas juguetonas de otros monitos. Son más comunes que en Corrientes los murciélagos, coatís, glotones, zorros, jaguares, comadrejas, carpinchos, tapires, pecarís, tatúes y los distintos ciervos y los tatúes. Junto a ellos se ven además los tatúes gigantes o pejichi, la más grande raza viviente, entre los desdentados acorazados, y los perezosos, de costumbres extrañas, prototipos de lentitud y falta de energía.

Los pájaros son los mismos, salvo los que escapan a los rigores del invierno, que no llegan a Santa Cruz, donde los reemplazan los brillantes manaquines, los cotingas y una variedad mayor de tancaras, casicas, loros, penélopes y hocos.

A los reptiles de Corrientes, comunes en Santa Cruz, puede agregarse una cantidad innumerable de culebras, variadas en sus especies y colores, boas de gran talla y numerosas serpientes de cascabel.

Por falta de ríos grandes, los peces escasean; se reducen a unas palometas y siluros.

Las conchas terrestres y fluviales también son raras, sin duda en razón del corto número de cursos de agua y la costumbre que tienen los habitantes de prender fuego a los campos.

Tal como dejé entrever al relatar mis excursiones por los alrededores de la ciudad de Santa Cruz, los insectos son aquí más variados y numerosos que en Corrientes, cosa previsible por la mayor elevación de la temperatura y la mayor cantidad de las especies vegetales. En efecto, nada iguala al brillo de los coleópteros y los vivos colores de las mariposas que pululan en los espacios floridos así como en el corazón de los oscuros bosques.

La vegetación de Santa Cruz presenta dos aspectos muy distintos, conforme a la naturaleza de los lugares. En los llanos arenosos se asemeja en todo a la de Corrientes; se reconocen las mismas especies en proporciones iguales y predominan las hojas lanceoladas. En los sitios húmedos, sea junto al *Monte Grande*, al pie de las montañas, o cerca de los ríos Píray y Grande, ofrece un conjunto distinto, notable sobre todo por la abundancia de palmeras, más diversificadas en sus especies que las correntinas. Aquí ya no aparecen el yatay[16],

16 *Cocos yatai*, Martius.

pindo[17] y bocaya[18], los que se ven sustituidos, en plena selva, por el elegante motacú[19], la útil chonta[20], el marayahú[21] de fruto suculento, mientras que en las orillas de los bosques prospera el esbelto sumuque[22], y en los lugares húmedos crece el carondai[23], de tronco duro que se emplea en los techos. Esta vegetación aparece adornada de lianas enlazantes y de esa mezcla de plantas de todas clases, entre las cuales pueden distinguirse hermosos helechos y flores de las más brillantes.

Casi todos los frutos de la provincia de Santa Cruz corresponden a la flora autóctona; en efecto, con excepción del naranjo, tan común como productivo, todos los frutos de la comarca son salvajes. Más común que en Corrientes, el *ibá porú* despliega los suyos sobre los troncos de los arbustos; el *ibá viyú*, el *ibá virá*, otras mirtáceas de fruto verde, crecen en pleno bosque; las solanáceas proporcionan varias especies rastreras, de fruta suculenta; las piperáceas también la ofrecen, pudiéndose citar entre ellos a la *lambaiva*, que produce los frutos más azucarados y sabrosos; algunos *ficus* llegan a tener fruta comestible y es bastante común el algarrobo con sus gotas almibaradas. A estas plantas, algunas también de Corrientes, debe agregarse la *pitajaya*, especie de cacto rampante de fruto amarillo, muy bueno; la guayaba, el marayahú, de sabor algo agrio, etcétera.

La geología no ofrece ningún producto en Santa Cruz, ya que no se encuentran piedras en ninguna parte, pues todo el suelo está cubierto por arenas diluvianas.

Población, costumbres, usos

La provincia de Santa Cruz de la Sierra comprende, aparte de la ciudad y las localidades de Portachuelo, Paurito, Chaney y Cotoca, que dependen de ella, las misiones de Buena Vista, San Carlos, Porongo, Santa Rosa y Bibosi.

Según el censo de 1830, que me dio a conocer el doctor don Andrés Pacheco, gran vicario de la diócesis, la población de la provincia de Santa Cruz tendría la composición siguiente:

---

17 *Cocos australis*, Mart.
18 *Cocos totai*, Mart.
19 *Maximiliana princeps*, Mart.
20 *Astrocaryum chonta*, Mart.
21 *Bactris socialis*, Mart.
22 *Cocos botryophora*, Mart.
23 *Copernicia cerifera*, Mart.

Nombres de Lugares	Censo de 1830 Según Pacheco						Censo de 1788 Según Viedma*					
	Españoles	Chiquitos	Chiriguanos o guaraníes	Yuracarés	Mestizos	Total	Españoles	Indígenas	Mestizos	Negros	Mulatos	Total
Santa Cruz	3,908	—	—	—	—	3,908	—	—	—	—	—	—
Portachuelo	566	—	—	—	—	566	4,303	2,111	4,014	150	—	10,578
Paurito	2,068	—	—	—	—	2,068	—	—	—	—	—	—
Buena Vista	—	2,719	—	—	—	2,719	—	2,107	—	—	—	2,107
San Carlos	—	—	—	337	—	337	—	180	—	—	—	180
Porongo	—	—	1,173	—	—	1,173	—	1,701	—	—	—	1,701
Santa Rosa	—	—	947	—	—	947	—	550	—	—	—	550
Bibosi	—	—	776	—	—	776	—	—	—	—	—	—
Totales	6,542	2,719	2,896	337	—	12,494	4,303	6,649	4,014	150	—	15,116
		5,952										

* Descripción de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, p. 91.

He querido comparar los datos suministrados por el censo de 1830 con los que Viedma publicara en 1788, a fin de verificar sus concordancias. Si sus elementos fueran verídicos, lo que no puede asegurarse, en razón de las dificultades que presenta semejante trabajo por los intereses adversos que hacen disminuir o aumentar la cifra de la población, de esta comparación resultarían diferencias demasiado sensibles para darles crédito, pues habría que admitir que la población de la ciudad y localidades dependientes se hubiera reducido en más de un tercio, ya que Portachuelo y Paurito reunidas apenas sumarían 6.542 almas en 1830, en tanto que tenían 10.578 en 1788. Esta merma sería demasiado fuerte, especialmente si se tiene en cuenta que Buena Vista, San Carlos y Santa Rosa aumentan su población en forma considerable[24]. La extensión de la ciudad denota una población de ocho a diez mil habitantes, y en este número lo estiman todos los hombres instruidos del país. Sería preciso creer que el censo de 1830 se halla muy por debajo de la realidad.

Sea como fuere, este censo permite formarse una idea acerca de los elementos comparativos de la población indígena y de la española, y prueba que la raza primitiva todavía es numéricamente poderosa en esta comarca. Esta población se compone, en efecto, de españoles, americanos, algunos negros y una mezcla de las tres razas. Hay pocos mulatos, pero muchos mestizos de indios. Estos últimos tienen buena talla, rasgos hermosos y sobre todo una fisonomía muy agradable[25].

En cuanto a la ciudad y la campaña, presentan tres clases distintas de habitantes, aparte de los negros: españoles, mestizos e indígenas.

Los primeros, descendientes casi todos de los compañeros de Ñuflo de Chaves, por su alejamiento de las ciudades comerciales, conservan hasta el presente la simplicidad de costumbres característica del siglo XVI y llevan al extremo su hospitalidad. Su idioma y modales se asemejan a los de los paraguayos o correntinos. Los hombres se muestran amables y de buenas maneras, acostumbrados a satisfacer todo el tiempo obligaciones sociales. Su estatura es superior a la media corriente, y sus rasgos, muy agradables; observan la moda francesa, algo modificada por la temperatura local. Ocupan todos los cargos, y en el campo se dedican a grandes explotaciones agrícolas o cría de ganado. Las mujeres de esta clase son bonitas por lo general, de hermosa talla,

---

24 El censo publicado en la *Guía de Forasteros de la República Boliviana* da, en 1835, como total de la provincia de Santa Cruz 15.010 y 4.596 para la ciudad. La Guía de 1836 indica 5.066 almas en la ciudad de Santa Cruz. Se advierte sin esfuerzo que estos documentos carecen de exactitud.

25 Se trata de la mezcla que ya mencioné con referencia a Corrientes.

llenas de gracia, amigas de los bailes y diversiones sobre todas las cosas. Amables en la vida social y muy espirituales por naturaleza, tienen la réplica pronta de las meridionales y una conversación tanto más vivaz por sentirse libres de las severas restricciones que encadenan a nuestras damas europeas. Dicen todo lo que piensan con el candor más original. Sus vestidos son los de Francia, aunque las modas llegan a Santa Cruz con unos años de retraso; sin embargo, nadie adoptó aún el sombrero. En la actualidad, mientras la gente joven concurre a la iglesia vestida de fiesta, las mujeres de treinta a cuarenta años lo hacen con un atavío especial cuando no van vestidas de negro, se tocan con una mantilla de encaje negro y llevan una pollera del mismo color, cuyo ruedo bordean anchas cintas de colores chillones. Antes de la revolución libertadora, el vestuario femenino era notable por su elegancia y riqueza. El traje llamado de *naguas* ya no se usa actualmente, pero las mujeres de edad lo conservan como recuerdo; obtuve uno completo y lo reproduje en mi cuaderno de apuntes. Se componía de una pollera llamada *naguas*, hecha de tela calada en bandas que alternaban con bordados de lana de color muy vivo; el ruedo terminaba en anchas puntillas. Completaba el resto una camisa también bordada y adornada con puntillas en las mangas y cuello, con aplicaciones de terciopelo carmesí bordado de oro, en el pecho y atrás. Además, las mujeres usaban enormes cruces de oro y dejaban caer su cabellera en dos trenzas entrelazadas con cintas de color. El conjunto resultaba muy agradable, y por mi parte lamenté que se lo abandonara por nuestras modas europeas que invaden todo el mundo, llamadas a desplazar los trajes nacionales de los pueblos.

Creo que existen pocos lugares en que la vida transcurra con placidez mayor que en Santa Cruz. Se trabaja poco. Visitas y fiestas son las ocupaciones principales. No tienen, como en Europa, diarios numerosos y una política general que se guste seguir; la literatura se conoce poco. El cruceño ama su provincia, pero se preocupa muy someramente por todo lo que no le afecte en forma inmediata. Cada quince días un correo le trae un diario de difusión mediana, que recorre a veces con indiferencia, puesto por la distancia al margen de las luchas políticas que desarrollan los *serranos*, nombre que se impone al resto de la población de la República. Los hombres leen poco; las mujeres, nada, y su casa, junto a los deberes sociales, bastan para ocuparlas. De manera que todos los temas de conversación, giran en torno a cuestiones locales, reducidas a la llanura situada al este de las últimas estribaciones cordilleranas.

La segunda clase, la de los mestizos, conocida en el país con el nombre de *cholos* (o *cholas*, según el sexo), difiere poco de la primera por la soltura de mane-

ras, regularidad y atractivo de rasgos, vivacidad del lenguaje, finura y oportunidad en las réplicas. Hombres y mujeres van descalzos y visten el traje sencillo de los campesinos. Los hombres son artesanos, por lo común: ejercen toda clase de oficios y también trabajos rústicos. Como en Corrientes, las mujeres trabajan en sus casas y las jóvenes recorren las calles vendiendo de puerta en puerta los productos de sus quintas o de su industria personal, consistentes en pan fresco, repostería, cigarros, etc. Audaces más allá de cualquier expresión, estas muchachas corretean así por la ciudad charlando con todo el mundo; están al tanto de todo lo que sucede; sin atender a las diferencias de posición social, provocan a cada cual con una observación aguda, le obligan a responder y así platican horas enteras sin parecer interesadas en lo mínimo en el motivo de su paseo comercial.

En cuanto a los indios puros, muy abundantes en las misiones, escasean en Santa Cruz, donde desempeñan funciones de sirvientes o nodrizas en las casas españolas, ejerciendo también diversos oficios, igual que los mestizos. Comparten sus mismas costumbres. De mañana y por la tarde, las indias y numerosas mestizas con un jarro en la cabeza van a buscar agua al Pari, fuera de la ciudad. Arrebujadas entonces con coquetería en sus *rebozos* blancos (especie de chal largo), representan a la perfección las estatuas antiguas.

Santa Cruz es la única ciudad de la República donde sólo se habla castellano; en las restantes el pueblo emplea exclusivamente los idiomas indígenas. El lenguaje, muy lento por lo común, tiene relativa pureza. Sin embargo, se le interpolan numerosas expresiones del viejo idioma español, correspondientes a los siglos XV y XVI, así como voces propias de los idiomas de los indios chiquitos o guaraníes, que sirven para designar objetos de la región. En el campo se habla como en Santa Cruz, aunque con menor pureza elocutiva. Sólo las misiones han de exceptuarse; como la población es exclusivamente indígena, se emplea su lenguaje. En Buena Vista, el chiquito; en San Carlos, el yuracaré; en Porongo, Santa Rosa y Bibosi, el guaraní. Cuatro idiomas distintos se conservan, pues, en la provincia de Santa Cruz.

Industria, producción, comercio

La industria propiamente dicha está muy atrasada en Santa Cruz. Con excepción de algunos oficios –zapatería, herrería, carpintería, etc.–, es exclusivamente agrícola. No existe ninguna fábrica de tejidos, ningún taller de cualquier especie que sea.

Están sin explotar los bosques llenos de caoba, de magníficas maderas rojizas y amarillas y materiales para ebanistería. No se hace más que cortar la madera de construcción indispensable para las necesidades materiales y los troncos de palmeras carondai aptos para hacer los techos de las casas urbanas.

Se cultiva en especial la caña de azúcar, de la que se extrae a la vez azúcar y melaza, para expedirlas a las ciudades del interior: la melaza en odres, el azúcar[26] en valijitas de cuero sin curtir, llamadas *petacas*. Este comercio es tanto más considerable porque las ciudades de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba se aprovisionan únicamente en Santa Cruz. El aguardiente extraído de la melaza se consume en la región.

También se cosecha arroz y exporta en grande, cultivándose asimismo urucú y todos los granos y legumbres de primera necesidad, como maíz, batatas, porotos, cacahuetes de tierra o maní, mandioca o yuca, calabazas, melones, bananas, ananás, etc.

Se exporta además tabaco, pero en cantidades exiguas. Sólo se planta algodón para satisfacer las necesidades de la población campesina, sin hacerlo objeto de comercio, porque las provincias de Chiquitos y Moxos proveen, junto con las mercancías extranjeras, la tela necesaria para el consumo de la provincia.

Por prestarse el territorio a la cría de animales, todos los agricultores son a la vez ganaderos, sin que ambas explotaciones, siempre distintas en la República Argentina, se hallen aquí diferenciadas. En efecto, cada propietario deja que a su alrededor proliferen numerosos rebaños de vacunos y equinos, en tanto que destina a la agricultura terrenos cercados. Constituyen empero un renglón muy modesto porque los cueros, por falta de salida, resultan prácticamente inaprovechables. No se hace más que recoger la grasa y a veces preparar tasajo, que se envía a las provincias montañosas. En Santa Cruz, un buey gordo cuesta a lo sumo seis pesos (treinta francos) y un buen caballo, de diez a doce pesos (cincuenta o sesenta francos).

En resumen, la exportación se reduce a azúcar, melaza, arroz, maíz, urucú, tabaco, grasa de vacuno, charque y un poco de cera que los indios de las misiones recogen en el monte.

La importación es de mayor consideración, pues la ciudad de Santa Cruz viene a ser el centro de donde irradian las mercaderías propias al comercio de las provincias indígenas: Cordillera, Chiquitos y Moxos. Estas mercancías consisten principalmente en panes de sal, que se traen de las mesetas para consumo de la ciudad y de la provincia de Moxos, carentes por completo de este

---

26 Su precio medio es de 4 ó 5 pesos (20 frarcos) la arroba.

primordial bien de consumo[27]; en harina de trigo, en vino para los servicios de la iglesia y la gente rica, pues los demás siempre se privan de consumirlo; en cintas de seda; en quincallería, como cuchillos, tijeras, agujas, hachas y vidriería gruesa, para uso de los indígenas. Además, la ciudad consume *mate* del Paraguay, telas de fábricas francesas e inglesas, sedería de Lyon, indiana y otros tejidos de algodón venidos de ultramar, índigo, lana de color y toda clase de productos de uso cotidiano, pues los objetos de lujo, con excepción de las joyas, aún no se conocen en Santa Cruz.

El comercio se practica en forma peculiar. Por lo general, los traficantes de Chuquisaca o Cochabamba llegan con pacotilla abundante, abren un negocio y venden mientras tengan mercadería. Realizan operaciones de compra venta que les procuran ganancias. Aparte de estos negociantes de paso, hay negocios que pertenecen a las gentes más ricas de la región. Si el trabajo manual es un desdoro para quien lo practica, el comercio de venta, aun al detalle, siempre resulta compatible con las pretensiones aristocráticas más exageradas. Se desprecia a un artesano y hasta a un fabricante. Se elogia y halaga al tendero más modesto. El primero siempre es un obrero que en ninguna parte se recibe; el segundo es un caballero en todos lados.

La posición central de la ciudad entre las tres provincias: Cordillera, Moxos y Chiquitos, no puede ser más favorable a la prosperidad de su comercio futuro. Es de prever que en la medida en que se civilicen estas provincias, sus habitantes, estimulados por la necesidad de afrontar nuevas necesidades, se vuelvan más industriosos y aprovechen sus propios productos. La misma Santa Cruz, utilizando estas ventajas y sus recursos naturales, podrá llegar a ser una de las comarcas más florecientes, sobre todo cuando por una parte la navegación del Río Paraguay le facilite la llegada de surtidos extranjeros, mientras que por otra, sus cursos de agua que afluyen al Amazonas darán salida a multitud de productos inútiles.

Santa Cruz recibe de Moxos y de Chiquitos toda la producción anual, como ser cacao, cera, diversos tejidos de algodón, vainilla, etc. Esta mercadería se vende en la región o se exporta a las ciudades del interior, donde tiene mucho valor.

---

27 En las provincias de Santa Cruz y Moxos no hay tierras salinas, lo que hace que la carne sea muy mala. Al parecer hace falta que los pastos tengan partes salobres para la alimentación de los herbívoros, porque las mulas traídas de la cordillera enflaquecen de inmediato si no se toma el cuidado de suministrarles sal para lamer, de tiempo en tiempo.

Descripción de la ciudad

Situada más o menos a 17°24' de latitud sur y 64°40' de longitud oeste de París, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra se levanta en medio de una llanura espléndida, rodeada de bosques. Dista ciento veinte leguas de Cochabamba, ciento cuarenta de Chuquisaca, casi cien de las primeras misiones de Chiquitos y una distancia aún mayor de Moxos.

Al igual que todas las ciudades españolas del Nuevo Mundo, se divide en *cuadras* o manzanas iguales entre sí, pero como no se mantuvo la alineación con escrupulosidad y los cuadrados no se edificaron por completo, se ha formado una ciudad muy extendida y de escasa regularidad. Con excepción de la casa del jefe de policía, las viviendas sólo tienen un solo piso; todas cuentan con galerías exteriores, destinadas a protegerlas de la lluvia, puesto que las paredes son de adobe y madera. Están mal alineadas y su altura varía mucho; el acceso a algunas se facilita con gradas. Igual que en Corrientes, suelen estar cubiertas de troncos de palmera carondai, aunque ya se empieza a construir techos de tejas cocidas. A medida que se alejan de la plaza, se reducen a cabañitas cubiertas de paja o palmas. En el centro de la ciudad, las manzanas no se edificaron del todo, constando a menudo de viviendas esparcidas en el pasto, y la irregularidad aumenta en las afueras, donde ya no se observa orden alguno de construcción. Los solares, siempre más numerosos, se convierten en campos cultivados. En general, se tomaría a Santa Cruz por una ciudad provisional, y de cualquier modo se trata de la más campestre que haya conocido en América.

Las calles están bastante mal trazadas y carecen de pavimento; las cubre una arena móvil donde las piernas se hunden hasta la mitad, tanto cuando llueve como en época de sequía, a menos que se circule por unos caminitos verdes, irregulares, que serpentean por el pasto natural de los baldíos o cerca de las casas. En una de esas calles, el *Barrio de la Palma*, hay una palmera carondai que ya era grande cuando se construyó la ciudad en 1592, por lo que debe tener unos trescientos años.

La gran plaza, semejante a un prado natural, ostenta a un lado la Catedral, edificio provisional hecho de barro, que todos los días se pensaba sustituir por otro digno de su objeto[28], y el Cabildo, donde vive el prefecto. Este Cabildo es una casa grande, provista de una galería de madera, edificada a dos

28 Supe más tarde que en 1841 se ocupaban activamente en la construcción de un templo más adecuado.

metros sobre el nivel de la plaza. Enfrente se alza el colegio, que sirve también de seminario. Además de la Catedral, hay dos iglesias: la *Misericordia* y la del convento de la *Merced*. Esta última es la más hermosa de la ciudad, pero ninguna puede competir en su construcción con las iglesias que poseen las misiones de Chiquitos y Moxos, que más tarde he de describir. En Santa Cruz no hay hospital.

Cada casa cuenta con una o dos puertas y otras tantas ventanas a la calle; casi siempre abiertas, éstas están provistas de un enrejado de madera y carecen de vidrios. A la siesta y de noche se cierran por la parte interior unos postigos provistos de mirillas. Casi todas las casas tienen una sala amueblada con grandes sillones o sofás de madera, a la moda del siglo XV, rara vez tapizados de cuero; a veces también se cuelga la hamaca en la sala. Es el lugar de las recepciones, la pieza donde se instalan las damas para platicar con sus visitas o por la ventana con los transeúntes, como si todos fueran miembros de una misma familia. En Santa Cruz no se conocen muebles rebuscados ni colgaduras. En los interiores resalta la mayor sencillez; nada les ha llegado de las comodidades europeas, lo que parecería estarse tres siglos atrás. Lejos de sentirme incómodo por el simple moblaje de las habitaciones cruceñas, casi me regocijaba encontrar esa sencillez, pensando en las transformaciones que sufrirán las virtudes hospitalarias de la población cuando conozca las mil y una necesidades que el lujo y la molicie han introducido en nuestras ciudades. A partir de entonces, con innumerables necesidades que ignoran hasta el presente, su existencia será menos fácil, sus gastos habrán de centuplicarse, las diferencias de fortuna se harán sentir y acarrearán rivalidades que habrán de endurecer sus corazones e inspirarles el frío egoísmo que envenena nuestros centros civilizados. ¿Serán entonces más felices los cruceños? Lo dudo; quizás añorarán esta sencillez que los nivela y aumenta sus recursos en la medida de todas las necesidades que no tienen.

Como cabecera de departamento, Santa Cruz es residencia de un prefecto, gobernador civil y militar, un jefe de policía, un administrador de correos y un escribano público. Tiene un tribunal de justicia y un *juez de letras* o procurador del rey. La autoridad eclesiástica se compone del obispo, un vicario mayor y los canónigos de la diócesis. El colegio es religioso y laico a la vez. Los estudios no son muy avanzados, por lo que se envía a los jóvenes a Chuquisaca para proseguirlos; allí ingresan en la Facultad de Derecho y vuelven a los pocos años con el título de doctor.

CAPÍTULO XXIX, Bis.

Partida a la provincia de Chiquitos. Estadía en las misiones del oeste y centro de la provincia de Chiquitos

Partida a la provincia de Chiquitos

Hacia un mes que me dedicaba a los preparativos de viaje. Calculaba permanecer un año y medio por lo menos entre los indígenas, de manera que se trataba de munirme de todo lo que pudiera serme necesario durante ese tiempo, ya que a la distancia de varios centenares de leguas de las ciudades, no podría contar con ningún otro recurso. Por otra parte, el dinero, el mueble de más fácil transporte, aún no tiene curso en las provincias de Chiquitos y Moxos, cosa que me imponía adquirir todos los objetos que lo reemplazaran en mis relaciones cotidianas con los indios. Obtuve al respecto informaciones positivas de parte de los viejos padres de las misiones, y dediqué la suma de cuatro mil francos a la compra de toda clase de bagatelas aptas para ganarme, regalándolas, la benevolencia de los indios, o susceptibles de convertirse en medios de cambio estimados por ellos. Estos objetos eran tijeras, cuchillos, hachas, gruesas agujas de coser, estampas, espejos, vidrios de colores, alhajas de pacotilla, cintas de los colores más vivos, pañuelos de algodón muy matizados, indiana roja, lana coloreada para bordar y, finalmente, tela negra y azul para los jefes. Me faltaba todavía adquirir todo el material de aprovisionamiento destinado a mis investigaciones y a mi personal.

15 de junio

El viajero experimenta tanto más pena en dejar un lugar cuanto más tiempo ha permanecido en él; en Santa Cruz se me había recibido con la hospitalidad

cordial que generalmente caracteriza a las localidades poco frecuentadas. Se había tenido conmigo tantas bondades, se me había expresado tanto aprecio, que al despedirme de los numerosos amigos sentía una tristeza que sólo podía atenuar pensando en la vida nueva que llevaría con los indígenas y la esperanza de nuevos descubrimientos con los que me permitía contar. Sin embargo el presente es más fuerte que el futuro, y me estaba faltando mi habitual firmeza para librarme de los intentos hechos para retenerme.

El 20 de mañana esperaba las mulas cargueras para ponerme en marcha; no llegaron, y el contratiempo me obligó a diferir la partida hasta el día siguiente. En efecto, los muleteros sólo aparecieron a las ocho de la mañana siguiente y los principales moradores de la ciudad fueron a acompañarme a caballo. Quedé realmente impresionado por las numerosas muestras da afecto que en esta circunstancia me prodigaron. Prefecto, vicario mayor, curas, jueces, jefes militares, etc., me acompañaron en corporación hasta una media legua de la ciudad, adonde me separé de ellos, confundido por su bondad y lleno de viva gratitud. Fueron los adioses últimos; sólo entonces sentí que abandonaba esa ciudad acogedora, que por tantos motivos añoraba.

20 de junio

Al encontrarme solo con mi gente, rodeado por los campos inhabitados, tuve un momento de penoso aislamiento al que pronto sucedió la conciencia de mi posición y la obligación de reanudar mis observaciones geográficas. Me hallaba en la vasta llanura arenosa que circunda a Santa Cruz a una legua a la redonda, y se extiende a lo lejos. Soplaba uno de esos fuertes vientos del sur que en estas regiones producen tal descenso de temperatura que se siente intenso frío; luchando trabajosamente contra sus embates para no ser desmontado, llegué al atardecer, con los ojos llenos de arena, al caserío de *Itapaqué*, distante seis leguas de la ciudad. Hice alto cerca de un pobre rancho indio, donde no quise empero pernoctar, porque se me hacía preferible el frío a la intemperie que los variados inconvenientes que podían esperarme bajo aquel techo.

En el vivac siempre se es madrugador; desde el alba, pues estaba en pie y apuraba a mis arrieros. Mi grupo se componía de un alemán, don Mauricio Bach[1], que me acompañaba como aficionado; dos jóvenes nombrados por el

1 Don Mauricio Bach es actualmente secretario del nuevo gobernador Oliden, a quien el gobierno boliviano, con posterioridad a mi viaje, hizo concesión de unas tierras al borde del Río Paraguay, comprendida la misión de Santo Corazón, con cargo de abrir la navegación con el Río Paraguay.

gobierno boliviano, don Manuel Paz y don Joaquín; un ayudante belga, dos sirvientes –uno intérprete de quechua y aymara y el otro viejo habitante de Moxos– y dos muleteros cruceños. Eramos nueve personas en total y teníamos siete mulas de carga. Esta escolta, bien armada de fusiles y lanzas, tenía un aire imponente y constituía una expedición en regla.

Me dirigí al estenoroeste a través de un bosque ralo, de dos leguas de longitud. Entré en un monte espeso, que ofrecía una variedad agradable de palmeras motacús, bocaya y marayahú, del otro lado del cual encontré un llano oblongo, rodeado de bosques, donde varias fincas forman el caserío de Urina (nombre de la hembra del ciervo guazutí). Allá, en un pastizal verde donde crecen algunas palmeras carondai[2], y junto a los rebaños de caballos y vacas, pacen numerosos ciervos que se pueden confundir con animales domésticos. De esta llanura pasé a otra, algo menos extensa, donde se encuentran la capilla y alquería de Payla, último puesto habitado de la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Iba pues a dejar los hombres para penetrar en el seno del *Monte Grande* que se extiende de las márgenes del Río Grande al de San Miguel, en una extensión cuya travesía iba a demandarme no menos de seis días.

1831
Río Grande

Crucé un bosque de una media legua de ancho, lleno de mirtáceas con frutos en el tronco, que en la región denominan *ibaporú*[3], y alcancé las orillas del Río Grande, que se trataba de vadear. Con una anchura aproximada de medio kilómetro y un lecho de arena movediza, su vado es casi siempre muy peligroso. Primero fue un guía a sondear el paso, y cuando hubo determinado el punto vadeable puso pequeñas balizas que nos sirvieron de rumbo. Por exceso de precaución, se adelantó a mí, llevando de la rienda a uno de los animales de tiro. Para luchar con mayor ventaja contra una corriente de las más rápidas, con el agua que llega hasta el lomo de las caballerías, es preciso mantener la cabeza del caballo vuelta en dirección a la corriente, arriesgando ser arrastrado si toma de flanco al animal. Bach me seguía de cerca, pero se dejó dominar por las aguas y pronto lo vi desaparecer con su caballo. Al oírlo gritar, me así lo antes que pude de la mula que llevaba mis notas, y mientras trataba de hacerla ganar la orilla mandé un guía en auxilio de mi desdichado compañero de viaje, a quien logró llevar a la ribera, no sin bastante trabajo. De primera intención puede suponerse que vadear un río poco profundo es cosa fácil, pero no es así; y cuando falta la costumbre sucede con excesiva frecuencia que la

2 *Copernicia cerifera*.
3 Especie que he mencionado en Corrientes.

rapidez de la corriente maree y cause vértigos, de manera que se pierda la dirección deseada, sin casi advertirlo, y se sea arrastrado como lo fuera Bach. No ocurrieron otros accidentes, pero se perdió toda la tarde en pasar la gente y la carga. Luego se acampó junto al río para pasar la noche.

Nuestro campamento era muy precario. Estábamos en la arena, cerca de una espesura de un kilómetro de ancho, compuesta de grandes cañas con hojas en abanico. Habíamos observado en la arena muchas huellas de jaguares, y los pelos erizados de mi perro, así como su ladrido especial ya me tenían al tanto de la proximidad de tan incómodo vecino. Se alineó la carga en la arena y cada uno se acomodó como pudo, no lejos de los grandes fuegos que había mandado encender. Tras de una comida liviana se trató de descansar. La noche muy oscura, no podía ser más serena; el silencio imponente de lo deshabitado sólo se interrumpía con el rumor del agua y el ronco croar de algunos sapos que se repetía a intervalos, semejante al entrechocar de dos piedras. Pronto mi perro se lanzó con fuerza en una dirección dada, previniéndonos que un jaguar andaba por ahí rondando sin osar acercarse. Por el crujido de las cañas, colegíamos su proximidad y todo el mundo se puso de pie, por lo que me resolví a disparar unos tiros en dirección de donde provenía el ruido. La maniobra tuvo éxito; el jaguar se conformó con hacer resonar el eco de sus rugidos, durante buena parte de la noche, y ya empezábamos a recobrar la calma cuando una lluvia bastante abundante nos mojó hasta el amanecer.

En los viajes de esta clase el tiempo nunca constituye un obstáculo, y a pesar de la lluvia se prepara la partida. Los arrieros perdieron mucho tiempo en buscar sus mulas, que al acercarse el jaguar se habían dispersado por el campo, y pronto se comprobó que una no acudía al llamado; a medio kilómetro de distancia, se la encontró estrangulada y cubierta de heridas. Había sido muerta por el jaguar, al que faltó tiempo para devorarla, tal vez intimidado por los tiros que le disparara.

24 de junio

Pronto dejé el cañaveral y alcancé un terreno más elevado, cubierto de grandes árboles que no estaban mezclados con palmeras sino enlazados entre sí por una verdadera profusión de lianas. Muchos de esos árboles me impresionaron por la forma de su tronco, parecido a un huso. Estrechos en la base, se hinchan notablemente a dos o tres metros de altura y vuelven luego a estrecharse. Esta diferencia de diámetro alcanza a veces al doble de la dilatación[4], de modo que los extraños troncos contrastan con los demás, quebrando la

4 Se trata, creo, de una especie de falso algodonero, muy común en la parte oriental de la provincia de Chiquitos.

monotonía del conjunto. A unos ocho kilómetros, descubrí a mi derecha una depresión cubierta de agua; más lejos me vi ante otro pantano casi lleno de agua estancada y, sin embargo, poblado de árboles. En aquel lugar el camino era espantoso; hice dos leguas por ese pantano arcilloso donde los caballos se hundían hasta la cincha. Estuve a punto de quedarme diez veces, y me cansaba horriblemente sacando el caballo y buscando en vano partes mejores. Demoré cuatro horas en franquear el mal paso, del que por fin salí con gran alivio. El terreno se elevó en parte, y dos leguas más allá me encontré ante otro pantano inundado que era preciso atravesar. Este pantano, o, mejor dicho, este antiguo lecho de un río, tiene más o menos un kilómetro de anchura; está lleno de árboles caídos y ramas amontonadas, y el agua llega al vientre de los caballos. Me atreví a entrar y llegué con gran esfuerzo al borde opuesto tropezando a cada paso. Dos mulas de carga perdieron pie, mojando todos mis efectos. Por fin paré al anochecer a dos kilómetros de ahí, cerca de un pantano semejante, donde encontré los restos de una parada, llamada *ramadilla*. Se trataba de una especie de corral hecho de ramas secas, donde se podía encerrar caballos y mulas que por falta de pasto tenían que quedarse sin alimento, después de la jornada fatigosa que habíamos hecho. En aquel sitio hubo una cabaña cubierta de palmas, pero sólo encontramos sus vestigios. La lluvia seguía y nuestra situación se volvía difícil. Como el suelo, inundado por todas partes, no permitía acostarse, me decidí a colgar mi hamaca de los árboles y tender por encima una soga sobre la cual puse un cuero seco de buey doblado en dos, a modo de techo, que me dio cierto abrigo, facilitándome un descanso bien ganado por el cansancio del día.

Había sufrido toda clase de dificultades para recorrer las montañas, entre los precipicios de que están sembradas, pero nunca habría creído encontrarlas en medio de los llanos. Con una anchura apenas suficiente para que pase un caballo, el camino es un mero sendero tortuoso que obliga sin cesar a desmontar para abrirse paso, cuando los árboles desarraigados por el viento detienen al viajero, obstruyendo su marcha. A cada paso aparece un nuevo obstáculo, porque hay que echarse sobre el caballo para pasar bajo las ramas entrecruzadas o saltar sobre los troncos de árboles; todo esto, sin contar los baches y pantanos. Durante seis meses del año las comunicaciones están interrumpidas por completo, debido a la inundación, en tanto que en la estación seca hay tres días de marcha sin pasto para las caballerías y casi otro tanto sin agua para los viajeros.

Interrogué a mis guías acerca de los pantanos, en los cuales había reconocido, por los árboles caídos al mismo lado, los cauces transitorios de ríos. Tiempo

después completé mis informaciones con las personas más conocedoras de la región, adquiriendo la convicción de que esas charcas, llamadas *curichis* en la comarca, para diferenciarlas de los lugares en que el agua sigue un curso regular, tomando entonces el nombre de *arroyos* o *riachos*, son efectivamente lechos donde corre una masa considerable de agua en circunstancias determinadas. Al principio pensé que podría tratarse del Río Grande, cuyas aguas, mal encajonadas, desbordaran el cauce ordinario en la estación lluviosa, a fin de franquearse un camino por el bosque, pero muchas personas me aseguraron que dichos cursos de agua provienen del Río Parapiti que nace al este de Chuquisaca, baja a la llanura, atraviesa la provincia de Cordillera y se pierde en las arenas. Sucede también que cuando caen las grandes lluvias, demasiado fuertes para que el suelo las absorba, el agua atraviesa por distintos puntos la llanura arbolada, en busca del Río Grande, dejando tanto en un sitio como en otro esos lechos o pantanos que en ancho cubren casi diez leguas de bosque, y parecen extenderse de sursuroeste a nornordeste sobre dos o tres grados de extensión, atravesando el Monte Grande, bosque dilatado que en aquellas tierras horizontales reemplaza a las montañas que tantos geógrafos han ubicado sistemáticamente allí, para separar la vertiente del Plata de la del Amazonas.

Al dejar Ramadilla crucé el pantano vecino, más profundo que el de la víspera pero mucho menos ancho. Dos mulas de carga perdieron pie y por negligencia de arrieros y servidores permanecieron casi cinco minutos bajo el agua. Con los mismos accidentes que la víspera, estaba a punto de perder parte de mis efectos y las mercaderías que llevaba para mis trueques, y como el sendero angosto trazado en la floresta no permitía detenerse hasta que se llegara al paradero ordinario de la jornada, fue necesario tener paciencia hasta el anochecer.

25 de junio

Las tierras se elevaron poco a poco del otro lado del pantano. Siempre tan espeso, el bosque mostraba de trecho en trecho troncos fusiformes y cactus cuya altura se acercaba a la de los árboles de gran talla. Hacia el mediodía encontré con agrado un lindo espécimen de palmerita de hoja en abanico, que mis guías llamaban *saho*[5]. Con su altura de pocos metros, formaba pequeños conjuntos en medio de otros árboles; unos dos kilómetros más allá desapareció y sólo la volví a encontrar tres jornadas más adelante, siempre en el bosque. Paré temprano en el alto de *Calavera* donde mandé encender grandes fogatas para poner a secar el contenido de los baúles sumergidos. Esta precaución necesaria salvó casi todas las cosas y apenas tuve que lamentar el deterioro de algunos libros.

---

5 *Trithrinax brasiliensis*, Martius.

Como tampoco este alto ofrecía alimento a nuestras cabalgaduras, cansados de su abstinencia forzada, los animales se desataron durante la noche y al día siguiente se perdieron tres o cuatro horas en buscarlos, lo que nos hizo partir muy tarde y recorrer no más de cuatro a cinco leguas en la jornada. El bosque extremadamente espeso no mostraba más que algunos cactus arborescentes y troncos en forma de huso. El terreno se volvió algo desigual y dejó ver unas piedras aisladas en la superficie. Ya me empezaba a cansar la monotonía del bosque. No se oía otro ruido que el susurro del viento entre las hojas o el frotamiento de una rama con otra, produciendo sonidos tristes, melancólicos, semejantes a gemidos quejumbrosos. Me impresionaba el reposo absoluto de esas vastas soledades en que el viajero, perdido bajo una bóveda natural de vegetación, ya nada ve a cincuenta pasos y avanza sin cesar sin divisar casi el cielo. No hay un pájaro que alegre los aires con su canto, ni un ser viviente se muestra alrededor, y se diría que lejos de los lugares habitados por el hombre la naturaleza es fría e inanimada por doquier. La escasa variedad de la vegetación, reducida a pocas especies de árboles, me parecía quizás más fastidiosa que la inmensidad de los mares, en mis largas travesías. Ya en otra parte había observado que los bosques muy extensos, cuando no presentan claros, sólo contienen por lo general un número muy pequeño de especies vegetales y alimentan pocos animales. Para que un bosque sea animado es necesario que se vea sucederse con frecuencia los llanos, cursos de agua o fuertes irregularidades del terreno.

Menos tupido era el lugar en que habíamos parado; había un poco de pasto bajo los árboles y nuestros animales se encontraron a gusto; pero la carencia total de agua nos hizo sufrir mucha sed, por lo cual al día siguiente lo dejamos sin pesar, tratando de satisfacer nuestra necesidad más apremiante. Encontré agua unas leguas más allá, en un sitio donde mi perro me anunciaba la proximidad de un jaguar. Por lo común, asignaba poca importancia a esos animales tan comunes en esta región de América, pero un incidente vino a hacerme cambiar de actitud. Uno de mis ayudantes se había quedado rezagado y nosotros nos adelantábamos, cuando de pronto le oí proferir gritos extraños. En seguida acudí al galope, encontrándolo pálido de miedo, pese a tratarse de un hombre valiente, y a poca distancia alcancé a ver un jaguar que se alejaba por el bosque. El guía había dejado el fusil sobre el caballo que había atado a un árbol y se había alejado unos diez pasos, cuando un jaguar, que seguramente nos espiaba, se le acercó despacio, mirándolo como un gato que acecha al ratón. Mi ayudante no vio a la fiera hasta que ésta se disponía a acometerlo; entonces lanzó el

27 de junio

grito de terror que habíamos oído; este grito sorprendió al jaguar, permitiéndonos llegar antes del ataque.

Como los caballos y las mulas se habían repuesto por la noche, hice una docena de leguas por el bosque, dejando atrás los altos de la *Sienega*, *Sumuqué* y la *Cola*. En el último encontramos muchos rastros frescos de jaguar, los que no nos impidieron llegar, después de atravesar un llano circular cubierto de agua, hasta el alto del *Potrero Largo*, donde se encuentra otro gran llano alargado, inundado en parte y cubierto de un pasto tan alto como un hombre a caballo. Avancé hasta sus bordes y experimenté una alegría inexpresable al descubrir por fin el horizonte, y en este horizonte, al norte, varios grupos de las colinas de Chiquitos. Era ver tierra después de una larga navegación, el término de mis esfuerzos, y sobre todo el fin de las tierras inhabitadas y oscuras. Contemplé por largo rato aquel espectáculo que me resultaba tan grato y sólo atinaba a comparar el efecto que me producía con el que ejercen los primeros rayos de una luz intensa, después de unas tinieblas muy profundas.

Al día siguiente, seguí por el bosque los bordes del Potrero Largo, por espacio de una legua y media, y volví a hundirme en la sombra impenetrable, hasta el *Potrero de Upayares*[6] donde hice alto para pernoctar, después de cruzarlo, a seis leguas de la última parada. El monte había cambiado de aspecto; la proximidad de los llanos modificaba notablemente la vegetación; los árboles variaban al infinito y con gusto volví a ver las palmeras motacús, sahos y sumuqués, festoneando el paisaje con el encanto de su follaje elegante. Nunca había visto sumuqués tan altas. Sus troncos esbeltos y delgados atravesaban la espesura y los verdes manojos que los coronan se desplegaban a treinta metros por encima de los demás árboles. El Potrero de Upayares, llano redondeado de una legua de diámetro aproximadamente, se inunda durante cierta parte del año, y lo cubre un pasto tan alto que apenas deja sobresalir a un caballo.

28 de junio

La noche siguiente fue muy serena. La naturaleza parecía sumida en un reposo absoluto. No dormía, distraído con el agradable pensamiento de haber alcanzado el fin de mi viaje y de que pronto empezaría mi papel de observador entre los indígenas. En medio de mis ensueños creí oír una voz humana en el bosque cercano. Escucho. No me engaño... gritan. Entonces me levanto y despierto a uno de mis hombres, quien oye distintamente, igual que yo, una voz que parece llamar a intervalos. Estaba a punto de internarme en la arboleda cuando, despierto por nuestro diálogo, un muletero se empezó a reír, diciéndo-

6 *Upayares* es, en chiquito, el nombre *de ñandú* (avestruz americano).

nos que se trataba de un pájaro nocturno[7] cuyos gritos se parecen mucho a los de un hombre extraviado, que llama para encontrar su camino. Desde entonces escuché con frecuencia ese canto engañoso que, según se dice, habría perdido a más de un viajero, haciéndole buscar la persona extraviada o extraviándolo aún más, cuando ya lo estaba. Este pájaro nocturno impide que los indígenas puedan recurrir a los gritos para localizarse en el bosque, y les hizo adoptar la costumbre de emplear pitos para este efecto.

29 de junio

Abandonando el Potrero de Upayares volví a penetrar en el monte, por donde anduve cinco leguas, hasta el *Curichi* (pantano) de *Quita Calzón*, tan profundo que el agua llegaba hasta la mitad del vientre de mi caballo. Más adelante entré al *Potrero de la Cruz*, donde se me ofreció el contraste más espléndido. La campiña era muy variada. Los lugares arenosos tenían palmeras totaí[8] de copa redonda; las porciones húmedas estaban cubiertas de palmeras carondai, de follaje en abanico; alrededor del llano se observaba un borde de palmeras motacús color verde oscuro, coronadas a intervalos por penachos más altos de palmera sumuqué; todo limitado por el bosque, poblado por grandes árboles del follaje más diversificado. Admiraba el efecto imponente y pintoresco de la distribución de aquellas grandes especies vegetales sobre la fresca verdura del pasto y mi vista descansaba con agrado a lo lejos, en las colinas arboladas de Chiquitos. Creo que el hombre más estólido se habría impresionado ante la magnificencia del cuadro que se desplegaba ante mis ojos durante la jornada, mientras recorría una serie de pequeños llanos, teniendo a mi derecha las arboledas que bordean el San Miguel. Al caer la tarde hice alto a un cuarto de legua del río, pensando que al día siguiente encontraría por fin las primeras caras humanas. Con la variedad de los lugares y vegetación había vuelto a animarse el campo; por todas partes se veían pájaros a millares, devolviendo el buen humor a mi gente, cansada de la soledad y monotonía del bosque, tanto como de las privaciones que habíamos soportado. El trozo de tasajo echado esa noche sobre las brasas nos pareció a todos mejor que el de la víspera.

30 de junio

Al despuntar el día 30 me hallaba en los bosques que bordean el Río San Miguel, donde maté un ejemplar magnífico de ardilla. Llegué al río, que no se podía vadear por hallarse muy crecido; hice unos disparos de fusil para llamar la atención de los ocupantes de la finca San Julián, que debía estar cercana, y en efecto pronto apa-

7 Reconocí más tarde este pájaro, como una especie de tragavientos o *Caprimulgus*.

8 *Acrocoma totai*, Martius.

recieron los indios y me pasaron en canoa a la otra orilla. En ese punto el río tendrá a lo sumo cincuenta metros de ancho, pero corre muy encajonado y profundo. No hay duda de que ofrece bastante agua para navegarlo con facilidad en barco a vapor; sería, pues, practicable la navegación desde el Amazonas hasta allí, y entonces el comercio podría beneficiarse con los productos naturales y de la industria de toda la provincia de Chiquitos.

Mientras esperaba la llegada de la carga quise fumar y encendí un cigarro con los rayos solares, mediante una lupa. Los indios lo observaron con tanta sorpresa que me hicieron repetir muchas veces la experiencia: desde ese momento tuvieron conmigo una consideración especial que por lo demás me acompañó por todas las misiones, valiéndome ser visto como un personaje extraordinario.

A menos de un kilómetro de distancia encontré San Julián; es una *estancia* dependiente de la misión de San Javier. Se me instaló en una pieza destinada a los viajeros, donde en seguida recibí la visita de todas las mujeres indígenas, vestidas con su *tipoi*, especie de camisa larga de algodón sin mangas, adornada arriba y abajo con bordados de lana de color y larga hasta el suelo. Estos tipois no se atan en el talle, de manera que flotan sin amoldarse al cuerpo. Las mujeres llevaban el pelo arreglado en una trenza caída hacia atrás; su cuello y brazos estaban cargados con varios kilogramos de cuentas de vidrio colorado. Cada una me llevó un regalo, consistente en pollos, queso, miel, etc., esperando que por mi parte lo retribuyera con algunas bagatelas.

1831
Chiquitos

Al entrar en el cuarto para huéspedes sentí un olor fuerte a almizcle que me hizo casi añorar los vivacs de las noches anteriores; producían el olor miles de murciélagos que pululan en los techos. Desde el anochecer, nubes de estos animales salieron efectivamente por todas partes, sin conformarse con el campo, y llenaban la habitación impidiéndome descansar un solo instante por temor a sufrir sus mordeduras. Los vampiros o filóstomos abundan de tal modo en esos parajes que producen daños de gravedad a los caballos y hasta a las personas. Se aproximan de noche sin despertar a la víctima, le hincan en la piel sus dientes finos como agujas y succionan su sangre. Hacen todo esto con tal suavidad que sólo se advierte al día siguiente. Rara vez los vampiros se introducen en las casas, pero al aire libre hay que cubrirse por completo para librarse de ellos; así es cómo los indios tienen la costumbre de protegerse la cabeza, lo que no impide a los murciélagos picarles las piernas. Me lastimaron a menudo, pero solamente en los pies. La mordedura no tiene importancia por sí misma pero produce comezones atroces y provocan llagas, parecidos a los que causan las sanguijuelas. Los vampiros pican con frecuencia a perros y caballos; los últimos aparecen casi todas las mañanas

con el cuello ensangrentado, y esas heridas leves, renovadas sin cesar, les hacen enflaquecer y debilitan mucho. Hasta existen regiones, por ejemplo la provincia de Apolobamba, en que estos voraces animales no los dejan vivir. Dos de mis compañeros de viaje se quejaban a la mañana siguiente a nuestro arribo de esta plaga natural que los había mordido en la cara.

En los alrededores de San Julián el campo es muy accidentado. Hay muchas rocas de gneis, emergiendo del suelo, que contrastan con el pasto verde y los numerosos grupos de árboles dispersos por las colinas bajas. Las higueras de hojas enteras crecen por lo general en las grietas de las rocas, y sus raíces, al entrecruzarse en todos sentidos, parecían quererlas esconder. A veces esos árboles parecen salir de la misma roca y ofrecen un aspecto muy pintoresco.

Todavía me separaban catorce leguas de la misión de San Javier. Al salir de la estancia crucé un bosque de palmeras carondai de una legua de extensión, que tienen la particularidad de crecer solas, sin mezcla de otros árboles. Allí pude ver por primera vez los hermosos algarrobos color de fuego que los moradores llaman *maticos*. Animaban el contorno numerosas bandadas de guacamayos de distintas especies y legiones de loros. Gané una pequeña colina arbolada que me condujo hasta el Río *Quisere*, afluente del San Miguel, y después de haberlo cruzado subí o otra colina en la que tuve que detenerme. En el alto del Rosario, el campo ofrecía vistas encantadoras, en todas direcciones, y agradables contrastes de vegetación: palmeras carondai en los llanos inundados; laderas matizadas de palmeras totaí, en las partes no arboladas; palmeras motacús, marayahus y bambúes de tallos lanceolados, en las hondonadas. Después de la monotonía de Monte Grande, no podía cansarme de contemplar esos campos en que todos los elementos serían preciosos recursos para el agricultor, pero donde la naturaleza virgen aún despliega tesoros hasta ahora desaprovechados. La noche anterior los vampiros habían turbado nuestro sueño; en ésta los jaguares se encargaron de tenernos en pie, para echarlos a tiros de fusil: así es cómo el animal terrible y el insignificante obtenían el mismo resultado. Gracias a nuestra vigilancia no perdimos ninguna cabalgadura.

Estadía en las misiones del oeste de la provincia de Chiquitos

Misión de San Javier

Al amanecer tomé la delantera y después de haber recorrido nueve leguas de las colinas más bonitas, por una campiña encantadora en sus detalles, por

la vegetación y masa de gneis, llegué por fin a la misión, situada en la cima de una colina. El administrador me recibió como a un gran personaje; se me dio el mejor alojamiento y el cura mandó preguntar si quería oír la misa que me dedicaba. Después de la ceremonia recibí la visita y cumplidos de todos los jefes indígenas, quienes, tras haberme dado un *abrazo*, me congratularon y ofrecieron sus servicios. Escuché las arengas en su propio idioma y luego su traducción al castellano, por el intérprete. Respondíles en la misma forma y luego pude empezar a instalarme en mi nuevo alojamiento, que me pareció un verdadero palacio. Se trataba de una sala enorme amueblada con una cama de madera y sillones del mismo material, cubiertos de cuero curtido.

1831
San Javier
(Chiquitos)
2 de julio

Permanecí en San Javier cuatro días dedicados a recorrer los alrededores con el objeto de recoger muestras de historia natural y tomar notas acerca de la misión. Villa grande y hermosa, situada agradablemente en la cima de las colinas arboladas más altas, y muy bien distribuidas, San Javier posee una hermosa iglesia que no habría sido desdeñada en muchas ciudades nuestras. Esta iglesia, bastante espaciosa para contener de cuatro a cinco mil personas, presenta por fuera un frontón sostenido por grandes columnas de madera y por dentro dos hileras de las mismas columnas. Cubierta de esculturas ornamentales, al estilo de la Edad Media, sus muros resplandecen por estar revestidos de láminas de *mica*. El altar mayor es muy hermoso y los días de fiesta el órgano acompaña los cantos. Cerca de la iglesia se alza el colegio o casa de gobierno, distribuido en torno a cuatro grandes patios, que ofrece departamentos espaciosos para el administrador, el cura, las habitaciones destinadas a los viajeros y numerosos talleres. Cuarenta telares funcionan sin interrupción y vi también curtidores, zapateros, carpinteros, torneros y herreros. Observé además instalaciones para la refinación y blanqueo de la cera de abejas silvestres y para la elaboración de azúcar. Estos talleres suministran productos expedidos todos los años a Santa Cruz por cuenta del Estado, único propietario aquí. Las casas de los indígenas forman manzanas alargadas, dispuestas en calles longitudinales y transversales, alrededor de una gran plaza, uno de cuyos lados cierra la iglesia. Esta plaza, ornada con una cruz de madera, posee en sus cuatro ángulos capillas destinadas al ceremonial de las procesiones. La misión se fundó en 1691[9].

El 3 de julio –un domingo– concurrí a la iglesia con el administrador. Se cantó una gran misa con música italiana, y tuve la verdadera sorpresa de en-

9 *Relación histórica de las misiones de Chiquitos*, p. 63.

contrar entre los indios esta música preferible a toda la que había escuchado aun en las ciudades más ricas de Bolivia. El director del coro por un lado conduciendo el canto, el de orquesta, por el otro, ejecutando diversos fragmentos con admirable armonía. Cada cantor, cada corista, con la partitura ante sí, desempeñaba su parte con gusto, acompañado por el órgano y numerosos violines fabricados por los indígenas. Escuchaba esa música con placer debido en parte a que en todo el resto de América no había podido oír otra mejor. Era un resto del esplendor introducido en las misiones por los jesuitas, cuyos trabajos tuve necesariamente que admirar, pensando que antes de su llegada los chiquitos, todavía en estado salvaje, se hallaban dispersos por los bosques. En la iglesia los hombres se ubican a un lado, las mujeres al otro y los niños aparte, todos en el mayor recogimiento.

Una manera fácil de apreciar el conjunto de una población es instalarse a la salida de la iglesia; la empleé, impresionándome la estatura elevada de los indios: fuertes, robustos, de rostro interesante, sin ser bello; su nariz es corta, un poco ancha; sus ojos, horizontales, y el mentón rara vez muestra vestigios de barba. Llevan la ropa de los campesinos de Santa Cruz; tienen un calzón de algodón, camisa y la cabeza descubierta, con los cabellos que caen sobre los hombros. Las mujeres, bastante poco agraciadas sin ser feas, usan el tipoi y la cabellera suelta. Advertí que los jóvenes de ambos sexos tenían el pelo muy corto. Interrogué al respecto al cura y el administrador, quienes me explicaron que se trataba de una antigua costumbre instaurada por los jesuitas y mantenida hasta el presente. Con el propósito de estimular el aumento de la población, los jesuitas prohibían a mujeres y hombres dejarse el pelo largo antes de haber tenido hijos. Las parejas jóvenes, que por esto se diferencian de los demás matrimonios y reciben el mote de *pelados* y *peladas*, sufren la contrariedad imaginable y realizan esfuerzos para merecer el derecho a usar una cabellera larga. Se casa a las niñas de diez a doce años y a los varones, de trece a quince; en la misión los hombres no pueden permanecer solteros o viudos, y lo mismo se aplica a las mujeres jóvenes. En 1825 la población de San Javier ascendía a más de dos mil habitantes. Diezmada por una epidemia de viruela, estaba reducida a la mitad. Todos pertenecen a la nación de los chiquitos.

Esta merma impresionante de la población, debida a la viruela boba, parece extraordinaria a primera vista y todos tratan de averiguar el motivo. También me sorprendió y pregunté sus causas verdaderas al cura y al administrador. Supe que la enfermedad había resultado devastadora por falta de precauciones. En tiempos de los jesuitas se ejercía tina vigilancia severa sobre todo lo concerniente a la salud de los indígenas, y los padres les administraban

medicamentos. Actualmente el indio enfermo es abandonado a sus propios recursos. Nadie lo atiende ni piensa en cuidarlo... De ahí resulta una mortalidad mucho mayor que antes, y la población, lejos de aumentar, disminuye en forma sensible. Durante la epidemia de viruela, el indígena afectado de fiebre ardiente consideraba natural saciar la sed y refrescarse bañándose en las aguas más frías de los arroyos, lo cual producía una agravación y la muerte casi segura del enfermo. Así fue cómo la mitad de los habitantes de San Javier pereció en 1825, en tanto que una medida preventiva, al impedirles alejarse de sus casas, habría conjurado este desastroso resultado[10]. Esperemos que en el futuro los intereses de la humanidad ocupen su lugar junto a los intereses personales, y que esos hombres aún carentes de experiencia sean orientados por aquellos cuya posición inviste de un poder ilimitado sobre estos novicios de la civilización y la vida social.

Durante mi permanencia en la misión fui a visitar el valle vecino donde, en el arroyo San Pedro, se habían encontrado vestigios de oro. Hice cavar y lavar, recogiendo en efecto varias pajuelas que denunciaban la presencia del metal precioso. Dudo, sin embargo, que su explotación ofrezca jamás grandes ventajas porque los aluviones no me parecían bastante ricos. Sería bueno, empero, hacer nuevos cateos, sobre todo en los lugares más irregulares.

La provincia de Chiquitos era muy extensa y debía quedarse poco tiempo en cada misión si quería recorrerlas todas. Me dediqué, pues, a preparar mi partida; tuve una gran dificultad: después de las guerras de la independencia, la provincia había quedado desprovista de caballos. Como no encontraba animales para el acarreo de mis baúles, el administrador me propuso hacerlos llevar por hombres. Al principio rehusé, pero luego tuve que consentir so pena de no poder proseguir mi viaje. Puesto que el bagaje de mi expedición se componía de doce baúles, se destinaron cuarenta y ocho indígenas para transportarlos: cuatro por bulto. Doce cocineros se despacharon con anticipación para preparar comida en las paradas del camino, y además se me proporcionaron dos intérpretes para que me entendiera con los chiquitos y aprendiera los nombres de los lugares que deseara designar con exactitud en mis itinerarios.

Diez y ocho leguas me separaban de la misión de Concepción, a la que me dirigía; al amanecer partieron mis sesenta indios cocineros y cargadores. La necesidad de imponer a los últimos mil servicio de tal naturaleza me contrariaba enormemente, pero tuve que resignarme porque no tenía para elegir. Un rato más tarde, me

7 de julio

10 Hablando de la raza americana, se dijo a menudo que la varicela le causaba más estragos que a la blanca. El fenómeno se explica con lo que acabo de expresar.

puse en marcha, acompañado, durante una legua, por el cura y el administrador. Todas las mujeres de la misión se habían congregado para despedirme y cada una me gritaba al pasar: *¿Cha muche ami ichupo?* (¿Cómo estás, padre mío?).

Atravesé nueve leguas de un suelo muy arbolado y accidentado, cortando todos los arroyitos y riachos pertenecientes a la vertiente septentrional de la cadena de colinas de Chiquitos, en dirección nordeste. Esas colinas, muy húmedas, están todas cubiertas de una vegetación activa, extremadamente variada. Encontré muchas palmeras –entre otras, una magnífica especie nueva[11]– y numerosos bambúes de quince a veinte metros de altura. Por sus dimensiones, un árbol me impresionó sobre toda aquella rica naturaleza aún virgen; sus ramas muy elevadas cubrían una superficie inmensa y el tronco me dio, cerca de la base, nueve metros de perímetro. Más lejos, las colinas, menos húmedas y boscosas, presentaban bajo los árboles, cañas encantadoras de tronco muy delgado y provisto, a intervalos, de hojas verticiladas de fina elegancia. En el camino hay paradores, provistos de un rancho, cada tres leguas. Me detuve en el tercero, que por su posición llaman *Ramada del Medio*. Los cocineros me esperaban con la comida preparada. Durante todo el día nos habían comido los jejenes (*marehui*, para los españoles) que los mosquitos reemplazaron a la noche, con análogo encarnizamiento, dejándonos las caras tan hinchadas que estábamos irreconocibles.

8 de julio

Al día siguiente, recorrimos un trecho semejante al de la víspera. Seguían las colinas de gneis que a ratos dejaban sitio a planicies cubiertas de piedras de cuarzo lechoso, restos de rocas de la misma edad. El suelo siempre se mostraba muy desigual; en el fondo de las hondonadas crecía una vegetación activa, en tanto que las cimas de las colinas estaban casi peladas, por lo que se las llamaba *potreritos*. Allá vi por primera vez la magnífica palmera llamada *Cusich*[12] (cuchillo) por los chiquitos. Me produjeron admiración sus largas hojas, iguales a una hoja de sable, dirigidas al cielo. Es una de las especies más bonitas de la comarca. También encontré en las colinas el arbusto del que los paraguayos extraen el mate. Me sorprendió mucho tal encuentro porque la libra de yerba costaba dos pesos (diez francos) en Santa Cruz, cuando en esos parajes se podía explotar con buen rendimiento. Dos leguas antes de llegar a la misión de Concepción, el terreno se elevó un poco y me encontré en una vasta llanura salpicada

11 Es el *Guilielma insignis*.

12 Especie nueva del género *Orbignia*, Martius.

de árboles aislados, que ofrecía un aspecto seco y árido con el suelo cubierto de riñoncitos de hierro hidratado, mezclados con gruesas arenas diluvianas. Abundaba tanto el hierro hidratado que pensé en el provecho cuantioso que se obtendría de su explotación, instalando hornos catalanes cuyo combustible suministraría en abundancia el bosque cercano.

Misión de Concepción

La misión de Concepción, en la que estuve tres días aunque volví con posterioridad, está situada en medio de una meseta redondeada, de cinco leguas de diámetro, cuyas pendientes son más pronunciadas al nordeste y sudoeste. Con sólo verla pude reconocer su superioridad sobre San Javier. La población es mucho más numerosa (alrededor de tres mil almas) y los edificios, mejores. La iglesia se distingue en especial por las pinturas góticas que exornan el interior. El domingo después de la misa, en que los indios interpretaron una música bastante apreciable, todas las indias tuvieron la idea de visitarme; al principio llegaron veinte o treinta, me dieron la bienvenida a su tierra y luego fueron a sentarse junto a las paredes de la sala. Su número crecía a cada momento y oía que algunas me interpelaban, diciendo: *¡Por Cristo, señor!* Inquirí el significado de esta frase y el administrador me dijo que esperaban mis regalos para irse y que no se irían antes de haberlos recibido. Les hice repartir cuentas de vidrio y agujas. Se levantaron, pero su número aumentaba en razón de mí generosidad; al advertir que no me daría abasto, me retiré para sustraerme a su importunidad.

10 de julio

Había oído hablar del *Guatoroch*[13], antiguo juego nacional que se conservaba en la provincia. Es un juego de pelota que se practica con la cabeza, sin intervención de las manos, al que todos los indios se dedican los días de fiesta. Como expresara el deseo de presenciar su práctica, el cura tuvo a bien preparar una función en grande. También más tarde tuve ocasión de asistir a esta diversión, en las misiones del centro de la provincia. A las tres, una música salvaje me anunció la llegada de los jugadores. Se trataba de uno de los bandos, compuesto de veinticinco a treinta indígenas que llevaban en

1831
Concepción
(Chiquitos)

13 *Guatoroch* es, en chiquito, el nombre del árbol que produce caucho y el del mismo caucho con que se hace la pelota.

triunfo un gran paquete de mazorcas de maíz, destinado a marcar el lado ganador. Varios músicos acompañaban a estos indios: unos, golpeando tamboriles; otros sacudiendo una calabaza llena de piedritas; otros tocando pitos o largos bambúes, como flautas, con dos perforaciones hechas al extremo, que obligaban al músico a estirar el brazo a fin de extraerles sonidos. Todos bailaron alrededor del paquete de mazorcas, haciendo las contorsiones y adoptando las actitudes más extravagantes. El equipo contrario llegó pronto, con una música análoga y tomando asimismo actitudes grotescas. Ambos bandos se burlaron uno del otro, durante un rato, paseando en torno al gran patio del colegio. Procedieron a designar a los jugadores encargados de lanzar la pelota por cada equipo; los jueces trazaron dos líneas que deberían servir de límite a los jugadores, quienes se ubicaron a cada lado, de manera que sus cabezas estuvieran en las condiciones más favorables para recibir la pelota. Adelante había una fila en cuclillas, para recibir los tiros rasantes; los demás se hincaron atrás, de acuerdo a su estatura. La música y tambores de ambos bandos pregonaron el comienzo del encuentro. El indio elegido para tirar la pelota a su grupo bailó largamente, girando al compás de la música; mientras saltaba, tiró la pelota al suelo, y al rebotar le dio un golpe con la frente, lanzándola a su equipo, que también con la cabeza la dirigió al bando enemigo, que debía devolverla, prosiguiendo así el juego hasta que alguno erró. Entonces el equipo contrario recibió un marlo en señal de ventaja y se burló de sus adversarios. El bando que, después de luchar con encarnizamiento durante todo el día, obtuvo mayor número de mazorcas, fue declarado ganador; había adquirido el derecho exclusivo de beber la chicha preparada en común, y de burlarse impunemente de los vencidos.

Me divirtió mucho este raro juego, en el cual todas las miradas y las cabezas están en movimiento; en que la pelota se lanza como una bala por una cabeza y es recibida por otra; en que esa pelota aunque esté casi en el suelo, es levantada hábilmente con la cabeza, cosa que varias veces creí irrealizable sin asomarse contra el piso. Me recordaba el juego que practican los patagones, no con la cabeza sino con el pecho. En estos ejercicios de eximia gimnasia el hombre parece gozar en multiplicar las dificultades, como si quisiera aumentar su gloria superándolas.

Después de haber recorrido la misión, quise escuchar las oraciones vespertinas de los indios, oportunidad en que hombres, mujeres y niños entonan un coro, con afinación realmente notable. Siempre tuve en las misiones el máximo interés por estos cantos, cuya armonía tanto contrasta con el estado aún semisalvaje de los virtuosos que los ejecutan.

Distante cuarenta y siete leguas de San Miguel y diez y ocho de San Javier, Concepción quizás sea, de todas las misiones, la que haya costado mayor trabajo establecer a los jesuitas. La fundaron en 1707. El administrador me había asegurado que allí se hablaban ocho lenguas distintas; quise tener la confirmación de este aserto, formando vocabularios con los distintos idiomas, y pude llegar a la convicción, mediante una comparación minuciosa, de que en realidad no había más que tres, incluidos sus dialectos, que corresponden a las siguientes naciones:

1° *Quitemocas*, con su tribu de *napecas*, los más numerosos de la misión; dulces, buenos y de los más robustos, pero en general muy feos. En su origen vivían cerca de las orillas del Río Blanco; llevados a Chiquitos unos y a Moxos los demás, se les llama *Chapacuras*. El idioma de estos indios es bastante duro; les gusta la vida salvaje, que con frecuencia vuelven a buscar al fondo de los bosques.

2° *Paiconecas*, con su tribu de *paunacas*, restos de una nación distinta, traída por los jesuitas de las selvas situadas al nordeste de la misión. Son los más taciturnos de todos los indígenas de la provincia.

3° *Chiquitos*, compuesta por las tribus *cuciquia*, *yurucaritia* y *mococas*; las dos primeras tienen un lenguaje muy alterado, mezcla de palabras que sin duda provienen de idiomas diferentes.

Sea como fuere, había una dificultad más que vencer en Concepción, donde se trataba de reunir tres naciones distintas que formaban ocho secciones en cierto modo enemigas y dispersas en los bosques. Tuve que admirar el trabajo y perseverancia que necesitaron aquellos hombres tan calumniados para llegar a formar un todo homogéneo con elementos tan disímiles. Para obtener la desaparición gradual de los diferentes dialectos, los jesuitas se tomaban el cuidado de mezclar a los indios que los hablaban con la nación dominante, de los chiquitos, exigiendo que las oraciones y todo tipo de relaciones establecidas entre ellos se efectuaran en este idioma. Se produjeron muchas alteraciones en las demás lenguas, y si actualmente esas naciones todavía emplean sus dialectos en el seno de las familias, ya empiezan a olvidarlos, como sucedió con otros. Antes de medio siglo no existirá sino una lengua en esta misión, y el propósito de los jesuitas se verá realizado a más de un siglo después de su expulsión[14].

Por sus productos, Concepción es una de las misiones más ricas. Produce un algodón magnífico, un índigo superior y los bosques vecinos rinden mucha

14 Humboldt, *Relación Histórica*, t. VIII, p. 65, aprueba ese sistema introducido por los jesuitas.

cera y vainilla; pero la dureza del administrador actual molesta a los indígenas que, para sustraerse a sus exigencias, escapan al bosque donde se vuelven salvajes. Así es cómo un quinto de la población ha recobrado sus costumbres primitivas, junto a las fuentes del Río Blanco, donde el suelo generoso les ofrece alimento abundante, casi sin esfuerzo. Al no tener necesidades, los indios son más felices que en la misión, donde aparte de los trabajos del gobierno deben efectuar los correspondientes al cura y al administrador, que no se los escatiman para nada.

Supe que a dos leguas de allí crecía una palmera de especie rara por su hermosura; así que fui a buscar, en todo su esplendor, en el fondo de una hondonada, la *palma real*[15]. Su tronco esbelto, muy recto, termina a quince o veinte metros de altura, en un manojo de hojas en abanico, de cinco metros de largo e igual anchura. No puedo expresar el placer que me producían estos vegetales tan notables de los países cálidos. Aquí eran unisexuados: unos sostenían racimos de cocos, adornados de escamas pulidas, y los otros, largos pedúnculos de flores masculinas.

El 12 de julio partí de Concepción a San Miguel, en compañía de cuarenta indios cargados con mis baúles y quince cocineros que llevaban los víveres. Había que franquear un territorio deshabitado de unas cuarenta y siete leguas, en dirección estesudeste. Hasta la primera parada recorrí tres leguas de llanos poblados de árboles aislados. En seguida penetré en la floresta, donde anduve cinco leguas más. El suelo era muy irregular, cortado por arroyitos que llevan sus aguas hacia el norte. Los atravesé sobre puentes de ramas, cubiertos de tierra. Con frecuencia encontraba grandes formaciones rocosas de gneis, cuyas paredes desnudas contrastaban con la vegetación del bosque. Era la estación que en aquellos parajes equivale a nuestro invierno. Los árboles tenían hojas, pero de color verde triste, muchos vegetales estaban desnudos, trasuntando ese momento de reposo que en la naturaleza preludia la primavera. Coloquíntidas, vainas de fréjoles silvestres pendían por todas partes en guirnaldas, pero nada verde cubría el suelo, porque estaban secas todas las plantas que lo suelen tapizar.

Acampado con mis indígenas cerca de la salida del bosque, la oscuridad, los fuegos dispersos y rodeados por las hamacas blancas de los indios, y el silencio imponente de la solemnidad, conferían al vivac una soledad cautivante. En sus viajes, los chiquitos jamás hacen alto en el llano; pasan la noche en los bosques. Plantando postes o aprovechando los árboles existentes, cuelgan

15 *Es la Mauritia vinifera.*

sus hamacas en círculos de cinco a seis cada uno y prenden en medio de cada grupo una fogata que mantienen toda la noche para calentarse, porque no acostumbran taparse. Al caer el sol, en cuanto acaban de comer, se acuestan y duermen. Por lo común, se despiertan un poco antes del alba, hablan entre sí de sus padres muertos, se lamentan hasta que llegue el día. Entonces se levantan y preparan su almuerzo, pero no parten hasta que el sol haya evaporado la mayor parte del rocío nocturno. Un chiquito nunca viaja solo ni de noche; el fuego del sol más ardiente le es indiferente, no piensa siquiera en protegerse la cabeza, que lleva siempre descubierta, pero se sentiría perdido si tuviera que dar un paso en la oscuridad.

13 de julio

Al dejar el bosque atravesé sucesivamente cuatro leguas de pequeños llanos redondeados, circundados por bosques poco espesos, hasta el alto denominado *Ramada de Tejas*, debido a que en efecto su cabaña está techada con tejas. Entré en otro bosque menos accidentado que el de la víspera, pero de aspecto idéntico, y tras de otras cuatro leguas paré en la *Ramada de Medio Monte*, donde tuve tiempo para cazar y recoger muchas plantas antes que anocheciera.

14 de julio

De la Ramada de Medio Monte me dirigí a *Guarayito*, a ocho leguas de distancia y cuatro del riacho *Sapococh*[16] que después de haber recibido los arroyos que ya había cruzado la antevíspera, se dirige al suroeste, hacia el Río San Miguel. En tiempo de las crecientes, sus aguas son profundas y corren con mucha violencia; aquellos días estaban bajas y me permitieron vadearlo, medio que consideré más prudente que recurrir a un gran puente de ramaje, en bastante mal estado, en el cual temía hundirme. Durante toda la jornada había pasado un suelo muy curioso, desde el punto de vista geológico. De trecho en trecho observé superficies sólo cubiertas de plantitas gramíneas. Buscaba el motivo, cuando la desnudez de numerosos puntos no permitió reconocer que esas planicies, siempre limitadas, son meras superficies horizontales compuestas por capas de gneis compacto, sobre las cuales no hay tierra vegetal suficiente para que los árboles se desarrollen. Son también sitios en que el agua se estanca por falta de desagüe. Estas plataformas tan frecuentes me interesaban mucho por constituir una prueba de la poca dislocación sufrida por extensiones que solían alcanzar hasta dos kilómetros de diámetro. Su mal aspecto me había hecho creer que carecían de grietas, pero luego advertí que la plataforma cubierta de gramíneas era atravesada a veces por una hilera de árboles. En aquellos lugares, donde el

16 *Sapococh* es el nombre chiquito de todos los riachos y arroyos.

hombre aún no ha impuesto modificaciones a la naturaleza, no podía creer que alguien se hubiera puesto a alinear los árboles de tal modo.

Examinando atentamente la formación, noté que las hileras correspondían a anchas hendiduras de la masa de gneis que se habían rellenado de tierra en cantidad suficiente para que los árboles pudieran desarrollarse.

Al nornordeste del Sapococh y hasta el Guarayito advertí por encima del bosque grandes mamelones de gneis compacto[17], y me acosté al pie de uno, el Guarayito, que pude estudiar con cuidado. Como en su cima forma una meseta bastante extensa y sus laderas cortadas casi a pico, creí que se trataba de una plataforma análoga a todas las que encontrara a nivel del suelo, que por falla de las capas circundantes se hallara a unos cientos de metros más alta que las demás, situadas al pie y formando parte quizá de la misma masa. Esas especies de mesas ofrecen gran interés en cuanto ponen de manifiesto que en aquellos lugares se produjeron dislocaciones de valor diferente. Recorrí parte del contorno de aquel promontorio, sin haber podido descubrir ningún punto abordable para tener acceso a la cima del Guarayito, aunque la presencia de una cruz clavada en lo alto me indicaba con elocuencia que alguien había subido.

Por estas vastas soledades el viaje es fácil, pero se sufre el tormento de miríadas de insectos: de día, los jejenes; de noche, los mosquitos. Hasta los animales más inofensivos resultan ser los más molestos. Quiero referirme a las abejitas sin aguijón, cuyos enjambres pululan en los bosques. Cuando se hace alto, con intensión de aprovechar el descanso, miles de estos insectos se posan en la cara y manos del viajero, buscando la humedad con encarnizamiento sin igual, por lo que eligen en especial boca y ojos. No se puede hablar sin tragarlos y es preciso espantarlos sin cesar del rostro, al que rodean con una espesa nube. Es enojoso tener que pagar tan caro el placer de hollar esos campos aún vírgenes, donde el hombre habrá de encontrar, cuando venga a explotarlos, los mejores elementos de riqueza. No hay duda de que esas plagas del despoblado disminuyen y hasta desaparecen en cuanto el hombre lo puebla, como ocurre con las misiones, que ahora no las padecen. ¡Cuántas veces habré lamentado la suerte de los labradores de algunas provincias francesas donde, a costa de un trabajo obstinado, el hombre más laborioso apenas logra dar a su familia un alimento grosero e insuficiente, en tanto que una extensión tan grande de estas bellas comarcas americanas, aún inculta, podría procurarles cosechas inmensas en escasos días de moderada labor!

---

17 Estos mamelones son semejantes a los que menciona Humboldt (*Relation historique*, t. VIII, p. 34) a orillas del Casiquiare.

De la parada de Guarayito recorrí en una jornada once leguas hasta la ramada de *Pausiquia*. El campo se volvió menos variado, apareciendo a veces cubierto de bosques y a veces moteado de pequeñas planicies redondeadas, parecidas a las de los días pasados. Ya no mostraban su follaje las elegantes palmeras, y cerca de Pausiquia las colinas están casi desprovistas de vegetación y sembradas de piedritas. Durante todo el día el calor había sido sofocante y el cielo cargado de nubes presagiaba tormenta. En efecto, el trueno resonó a lo lejos y de pronto aquel calor aplastante fue barrido por un viento sur tan frío que, bajo el cobertizo en que me hallaba sin ningún abrigo, pasé tiritando gran parte de la noche. Los paraderos o ramadas constan de un simple techado para que la libre circulación del viento aleje los mosquitos con más facilidad; de manera que, cuando existen, esos techos sólo pueden proteger al viajero de la lluvia, sin preservarlo de los cambios de temperatura.

15 de julio

Aún tenía que recorrer doce leguas antes de llegar a San Miguel. Crucé la campiña más alegre, moteada de árboles y planicies, hasta la parada del *Carmen*, situada cerca de otro riacho también llamado *Sapococh* que recibe las aguas de los alrededores de Santa Ana, San Ignacio y San Miguel, constituyendo además un afluente del Río San Miguel. Se atraviesa por medio de un puente de ramas. Allí encontré a muchos indios de San Miguel pescando con redes. Al acercarme a San Miguel el campo es más seco; pude ver allí muchos lugares cultivados.

Al entrar en el patio del colegio de San Miguel, encontré al gobernador que montaba a caballo para salir a mi encuentro. Había venido expresamente para recibirme de Santa Ana, la capital y su residencia habitual. Fui muy sensible a su amabilidad y a la gentileza perfecta de la acogida que me dispensó. Pronto nos hicimos los mejores amigos del mundo y llegué a convencerme de que me acompañaría por toda la provincia, circunstancia que aseguraba el éxito de mi viaje, facilitándome todos los medios de efectuarlo.

Estadía en las misiones del centro de la provincia de Chiquitos

Misión de San Miguel

San Miguel es una de las misiones mayores del país; cuenta en la actualidad con 2.500 habitantes, todos de raza chiquita, divididos en seis secciones[18]

18 Son los *pequicas*, *saracas*, *parahacas*, *guazoroch*, *guazoros* y *guarayos*.

que hablan el mismo idioma. El pueblo está situado a cuarenta y siete leguas de Concepción, y a unas once, en dirección sursudoeste, de Santa Ana; más cerca de San Rafael y más alejada de San Ignacio. Su ubicación es encantadora: ocupa la cima de una suave colina, rodeada de campos de cultivo sobre los cuales la vista se desliza con agrado para detenerse más allá, a distancia, en bosques cuyo verdor sombrío encuadra todo el horizonte. Grande y espaciosa, la misión encierra algunos de los mejores edificios de la provincia. La iglesia es notable sobre todo por sus dimensiones y un frontispicio de columnas; en su interior tuve ocasión de admirar una estatua de San Miguel, patrono de la misión, esculpida en Roma por un artista excelente. En esta iglesia de ricos ornamentos, escuché buena música italiana que los indígenas ejecutaron. Las casas de ellos están muy bien alineadas, y sobre todo distribuidas de manera que el aire circule libremente.

1831
San Miguel
(Chiquitos)

Antes de irme de San Miguel anotaré un episodio susceptible de ejercer influencia notable en el porvenir de la región. Mediante una ley primitiva, la península había impedido durante mucho tiempo la extensión del cultivo de la vid y el olivo, para reservarse el monopolio de su importación, por lo que esas plantaciones constituían excepción. El gobernador, don Marcelino de la Peña, hombre de mérito, pasó varios años pidiendo plantas de vid para hacer ensayos de plantación. Hacía unos días que por fin las había recibido y teníamos que buscar juntos el lugar favorable para plantarlas. Espero que la tentativa resulte coronada del éxito que merece y que el nuevo producto se agregue a los que ya da la provincia.

19 de julio

El 19 de julio fui a Santa Ana con el gobernador, atravesando campos muy ricos, salpicados de pequeñas planicies, en las colinas y valles cubiertos de verdor, donde sobresalía una linda especie pequeña de bambú. A las seis leguas de marcha se hizo alto bajo una ramada donde nos esperaba una comida espléndida, pues el gobernador había despachado con antelación un grupo de cocineros. Más allá me detuvo unos momentos un valle delicioso llamado *Motacucito*, distante tres leguas de Santa Ana; con posterioridad volví para pasar un día entero estudiando sus cercanías. A cada lado se alzan colinas, desnudas en parte, y que muestran magníficos esquistos micáceos ondulados, llenos de cristales de granate y estaurótidas. Una vegetación activa ocupa el fondo del valle, donde las palmeras motacús se mezclan a los helechos arborescentes, en el fondo de espesuras variadas y pintorescas, animadas por numerosos pájaros a los que atraen la sombra y humedad del lugar. Luego el campo se muestra más variado

por todas partes, entrecortado de vallecitos cubiertos de pasto y leves irregularidades llenas de vegetación. A dos leguas de Santa Ana encontramos al cura y al secretario del gobernador que venían a nuestro encuentro, y, más lejos, al cacique indio con los jueces principales, quienes, después de haberme cumplimentado, volvieron a galope para anunciar nuestra llegada, pues el gobernador quería dispensarme todos los honores correspondientes a los gobernadores bajo el régimen español, cuando llegara a su capital.

Misión de Santa Ana

1831
Santa Ana
(Chiquitos)

En la entrada de la misión nos esperaba un arco de triunfo hecho de ramas y palmas. Apenas hubimos llegado empezó la música. Indios jóvenes de ambos sexos, vestidos con limpieza al modo de la región, iniciaron un hermoso baile, especie de vals o cadena sin fin, a cuya terminación cantaron todos juntos mi feliz arribo. Quedé tan emocionado como sorprendido por la atención del gobernador y el conjunto del cortejo. Abrían la marcha cacique y jueces, manteniendo en alto sus cañas, símbolos de autoridad; luego venía una cincuentena de músicos y los bailarines que avanzaban danzando ante nosotros. A la entrada de la plaza se alzaba un segundo arco de triunfo bajo el cual tuvimos que escuchar nuevas coplas y ver nuevos bailes, rodeados por toda la población de la misión, que acudió para honrarnos. Por fin, después de haber atravesado la plaza con nuestro cortejo, llegamos a la casa del gobernador. Bailes y cantos prosiguieron en la sala, donde siempre se me designaba con el nombre de *Don Carlos o Señor Doctor*[19]. Aunque nueva para mí, la escena me cansaba en exceso. Habría dado cualquier cosa por sustraerme a los honores con que se me abrumaba y, sin embargo, el gobernador quiso que se festejara mi llegada durante tres días consecutivos, con el objeto, decía, de que los indios me consideraran un enviado del gobierno boliviano, un igual al gobernador, lo que no era poco decir para aquellas pobres gentes, que consideraban al gobernador un ser sobrenatural, investido de todos los derechos imaginables.

A las ocho de la noche las jóvenes indias de la misión se dirigieron al baile del gobernador, ataviadas con sus más hermosos tipois y cubiertas de

19 En Bolivia y Perú todos los curas y hasta todas las personas de buena posición social reciben el título de doctor, es ofensivo omitirlo, de manera que se prodiga con cada palabra.

cintas de colores. Empezaron a bailar entre sí danzas indígenas y de origen salvaje; pronto el gobernador tomó parte en ellas y no tuve menos que imitarlo, ante sus invitaciones reiteradas. Durante toda la velada, las jóvenes alternaron sus bailes: formaban rueda, tomadas de las manos, y giraban alternativamente hacia un lado y otro, entonando letras con refrán, en cierto modo análogas a las rondas que se cantan en ciertas partes de Bretaña o la Vendée, aunque la música acompañaba siempre sus canciones. Luego se bailó el *quituriqui*, el *catonapapa* y el *tamaosis*: esta última danza es una especie de juego o lucha, en que dos indias tratan de quitarse mutuamente las bailarinas que defienden, manteniéndolas en fila tras de sí. En general, estos cantos y bailes son muy monótonos, aunque tengan ritmo bastante rápido[20]. Junto con los bailes indígenas, se ejecutaron también los que se estilan en Santa Cruz y Brasil. El baile fue divertido, y pese al ingrato tipoi las mujeres se mostraron muy graciosas.

Durante los dos días siguientes, la música no cesó de tocar durante las comidas, mientras jóvenes de ambos sexos bailaban o cantaban *guainito*, especie de coplas nacionales, muy simples e ingenuas, cuyos textos castellanos resultaban tan alterados por los cantores que a veces se hacía imposible entenderlos. Una de las noches se me ofreció una representación del *Doctor Borrego*, pieza bufa, representada en un teatro situado en medio de la plaza. Los indios bailarines fueron a buscarnos a la gobernación y nos condujeron danzando. La obra se refería a unos sirvientes que, en ausencia de su patrón, médico célebre, administraban remedios a unos enfermos y los mataban uno tras otro. Los indios desempeñaron sus papeles con mucho buen humor, y su castellano estropeado aumentaba el interés de la obra.

Santa Ana, una de las misiones más recientes de la provincia, está ubicada en una pequeña colina rodeada de valles que los jesuitas convirtieron en hermosos laguitos, obstruyendo las entradas. Estos lagos rodeados de los árboles que crecen en las laderas próximas, aumentan el encanto del paisaje. En la actualidad, la misión está despoblada en parte; Ramos, su último gobernador, español, en el momento de la emancipación se llevó trescientas familias indígenas, actualmente retenidas por los brasileños en el poblado de Casalbasco. El colegio, quemado más tarde, en tiempo del gobernador don Gil de Toledo, sólo fue reconstruido provisionalmente. La iglesia es espaciosa, bien distribuida y sobre todo ornada con extrema riqueza. Los muros y columnas interiores

---

20 Ver en *las Consideraciones generales* acerca de la provincia, la música de estas danzas, que hice anotar por el maestro de capilla de Santa Ana.

están revestidos de dibujos hechos en láminas de la mica más brillante. Su música es, por cierto, la mejor que se pueda encontrar en todas las misiones. La plaza es muy linda, bien unida y rodeada de casas de indígenas.

Al fundarse, la misión constaba de cuatro naciones distintas:

1° un núcleo de chiquitos pertenecientes a la tribu de los *guazaroca*; 2° los *curuminacas*, 3° los *covarecas* y 4° los *saravecas*.

Los jesuitas trataban siempre de mezclar a las demás naciones con la raza chiquita, la más numerosa de la provincia, con el propósito de generalizar su idioma, refundiéndole los demás; las oraciones, por ejemplo, siempre se decían en chiquito. Si aquellos religiosos volvieran ahora a Santa Ana, verían cumplidos sus deseos, pues sólo encontré a un viejo saraveca que hablaba bien su idioma; todos los jóvenes de esta nación, así como los covarecas y curuminacas, habían olvidado por completo su lengua materna, de la que sólo conocí unas palabras gracias al anciano saraveca, antiguo cacique de la misión, donde los saravecas son muy numerosos. De todos los indígenas son los mejores, los más dóciles y los que tienen rasgos más regulares.

En Santa Ana los indios son más civilizados que en las otras partes de la provincia; sus modales son muy amables y el trato muy agradable. Los hombres muestran buen humor y las mujeres más aún. Junto con la rigidez exterior del cristianismo, mantienen muchas de sus viejas supersticiones. Tuve al respecto muchas conversaciones con el cura y los indios principales, llegando a obtener las informaciones siguientes:

Cuando una mujer está encinta su marido se abstiene de matar una víbora por miedo de dañar la salud de su hijo.

Un hombre no debe hacer nada durante los primeros días siguientes al parto de su mujer, para que ella no se canse ni enferme.

Una mujer con embarazo de cuatro meses interrumpe sus relaciones con el marido y no las reanuda hasta que haya cesado de amamantar a su hijo; vale decir, dos o tres años después. Se concibe la razón de esta medida, fundada sagazmente en que las mujeres sólo cuentan consigo mismas para la crianza de sus hijos; pero la costumbre causa muchas perturbaciones en los hogares y mucha tolerancia entre los cónyuges, sin que se le atribuya importancia ni que su fe religiosa sufra la menor alteración. Las mujeres tienen pocos escrúpulos en cometer una falta, seguras de alcanzar el perdón mediante la confesión.

Los celos son muy comunes entre las mujeres y muy raros entre los hombres, de donde resulta una gran indiferencia de parte de ellos, que por un regalo, dejan sin esfuerzo a su compañera. La mayor parte de los indios llega a preferir dos cosas a todo: su perro y el chico que su mujer haya tenido con un

blanco. Cuando salen al campo hacen caminar a sus propios hijos, en tanto que llevan en brazos al perro y sobre los hombres al hijo mestizo de su mujer. Parecería que los honra saber que mejora el color de la familia. Es fácil suponer la mala influencia que semejantes sentimientos pueden ejercer sobre la conducta de las mujeres, sobre todo dada la indiferencia normal de los hombres. Bajo la autoridad de los jesuitas parece que las costumbres eran muy severas, pero los jefes actuales dando ejemplo de inconducta, los indios no tardan en imitarlos y la corrupción más completa reina en la provincia.

Ya he dicho que la religiosidad está desarrollada hasta el máximo. Sin embargo, los jesuitas fueron mucho mejores con los indios que los curas actuales, que están lejos de tener su instrucción y costumbres rigurosas, por lo que se observa en los indios clara preferencia por los sermones que los curas toman de los manuscritos jesuíticos. Al hablar de ellos dicen: "¡Lo que dice el cura es bueno, pero lo que dice el libro de los padres es mucho mejor!". Escuchan lo primero distraídos, mientras reservan todo su recogimiento para lo último.

Tal es su fe que consideran a su sacerdote representante de Cristo en la tierra y le obedecen ciegamente.

No quisieron imponer la menor modificación a las costumbres, usos y ceremonial establecidos por los jesuitas. Los viejos recuerdan con pena la expulsión de los padres (en 1767) y todos repiten: "Gracias a ellos nos hicimos cristianos, conocimos a Dios y fuimos felices".

La fe de las indias las consuela más fácilmente de la pérdida de un esposo que de la de un padre. Durante largos años lloran la muerte del padre o la madre, y todas las mañanas se lamentan pensando en ellos; pero nada de esto hacen por el marido. No es raro ver bailando a una mujer que enviudara pocos días antes, y cuando se le hace alguna observación sobre la inconveniencia de su conducta, responde: "¿Por qué voy a estar triste? ¿Acaso mi marido no está con Dios, no disfruta un reposo del que estoy privada? Además, si bailo es para olvidar la pena que me causa haberlo perdido, estar separada de él, aunque lo sepa feliz porque el cura le dio los últimos sacramentos". En seguida se dedica a buscar otro marido, por no poder –dice– quedarse sin sostén y dejar su campo sin cultivo, cosa que la expondría a morir de hambre.

Muy a menudo me impresionó la candidez con que esas pobres gentes concilian las exigencias de la religión con la satisfacción de todas sus fantasías y la conducta más desarreglada.

Nos acercábamos al día de Santa Ana, fiesta de la misión, y en ninguna parte vi jamás tanta alegría. Los viejos repetían: "Veré pues de nuevo la fiesta". Los jóvenes cantaban y reían, y el regocijo era general. El 25 de julio,

víspera del gran día, se levantó un teatro en la plaza y se hizo un reparto general de carne. Mataron cierto número de bueyes y los faenaron en la plaza pública. Los jueces de la misión efectuaron una distribución regular, conforme a la importancia de las familias, y cada cual vino a su turno, al son de la música, a recibir su parte de manos del cacique.

25 de julio

Al mediodía, en tanto que cacique y jueces invitaban al gobernador a asistir a la fiesta, los indios fueron a la iglesia en corporación, con la música, a fin de sacar la bandera. El cacique, de guantes blancos, la recibió y otros dos caciques de tribus vecinas tomaron los extremos de una cinta larga que estaba atada al asta. Todos los indios, en orden correspondiente a su rango, fueron a saludarla hincándose de rodillas. Luego de muchas ceremonias la procesión dio vuelta a la plaza, en el orden siguiente: a cada lado marchaban en fila indios armados, llevando cada uno, según la edad, su arco, un haz de flechas, dos o una sola. La banda encabezaba la procesión y seguíanla jóvenes bailarines indios vestidos todos con túnica blanca y corona de plumas brillantes, de pájaros de los bosques vecinos. Cuatro indios con alabardas y otros cuatro con lanzas precedían a unos niños portadores de las cañas de los tres caciques que llevaban la bandera, seguidos a su vez por todos los jueces y los comisarios de la fiesta, a caballo y en el orden de sus funciones respectivas. Los indios, con las cabezas desnudas y los brazos cruzados sobre el pecho, marchaban detrás y luego venían las indias. Después de haber dado la vuelta a la plaza, la procesión se detuvo ante un altar levantado frente a la casa de gobierno. Se volvió a saludar a la bandera y se la depositó en el altar, ante el cual dieciséis chicos ejecutaron danzas sencillas y entonaron cánticos en loor de la Patrona. Después de la ceremonia, todos los indios fueron a arrodillarse a la puerta de la iglesia para pedir hijos a Santa Ana, pues los hombres no gozan de ninguna consideración si no los tienen.

A la una se nos sirvió la comida, con música, cantos y baile de los jóvenes indios e indias. A las tres, la procesión volvió a salir, dio de nuevo la vuelta a la plaza y volvió a la iglesia, donde se cantaron las vísperas con música de un excelente maestro italiano, matizada con coros armoniosos y bien acompañados. Después de las vísperas se pusieron sillones fuera de la iglesia y pude ver el desarrollo de la ceremonia. Dieciséis indios jóvenes volvieron a ejecutar danzas y cantos; uno de los bailes tenía mucha gracia. Un niño de corta edad apareció cargado de aros y los distribuyó a los bailarines, que hicieron con ellos figuras muy bonitas. En verdad me habría podido creer por un momento en las funciones de baile de la Opera y no en una ceremonia religiosa y entre hombres apenas salidos del estado salvaje.

A la noche, después de una comedia burlesca representada en el teatro, se realizó un baile en casa del gobernador, donde me sorprendió oír, después de los bailes indígenas, españoles y brasileños, trozos de Rossini y el coro de los cazadores de *Robin de los bosques*, de Weber. Estos fragmentos habían sido llevados por un médico francés que murió en Santa Cruz a su vuelta de Chiquitos.

26 de julio

El día de Santa Ana, después de la misa mayor, cantada con música que los indios ejecutaron notablemente, la banda nos llevó de vuelta a la del gobernador, donde los bailarines compusieron figuras de conjunto, muy variadas y graciosas, en tanto que todas las corporaciones indígenas y los indios e indias llegados de otras misiones hacían su visita oficial. El gobernador mandó servir un vaso de aguardiente, queso y frutas secas a cada una de las indias, que se fueron muy satisfechas de su galantería.

Al mediodía asistí a una ceremonia singular: la bendición de la comida de los indios. Cada familia llevó su plato y hasta animales vivos sobre los cuales el cura asperjó agua bendita, recitando oraciones al compás de la música. Luego fueron los indios a instalarse en la plaza donde compartieron su pitanza con los hermanos de otras misiones (como los llamaban), comiendo al son de las flautas y tamboriles. Al empezar la comida, resplandecía la alegría más viva, pero en sus postrimerías cada uno recordó a sus padres muertos, ausentes del festín. Hubo lamentaciones, se refirieron a las buenas cualidades de los extintos y la tristeza se generalizó. Antes de separarse, todos se desearon volver a reunirse al año siguiente.

A las tres se efectuó la misma procesión que la víspera, con la cruz; luego varios grupos de jinetes indios efectuaron numerosas evoluciones, describiendo todas una cruz. Mientras se desarrollaban estas pruebas me dediqué a otra ceremonia. Un niño cargado con un sable y cuatro hombres con sendas alabardas fueron a saludar a la bandera. El párvulo trazó una cruz en el suelo, en cuyos cuatro extremos los hombres se arrodillaron (ceremonia que tal vez simbolice la conquista espiritual de la comarca). Siguieron llegando hombres con lanzas, indios munidos de banderitas, tambores, trompetas y trompas. Otros juegos, tales como un poste de cucaña y un juego de sortija a caballo, atrajeron pronto a la multitud, dándome ocasión de apreciar la agilidad y destreza con que los indios se entregaban a dichos ejercicios.

Se hizo a los indios una distribución de víveres, consistentes en trozos de queso y dulces secos. El gobernador, el cura, el administrador y yo nos encargamos de lanzarlos a sus manos, que se los disputaban con encarnizamiento sin igual, prefiriendo todos el pedazo así ganado que cualquier otro. Tras de esta

escena ruidosa, en que todos gritaban y silbaban para atraer nuestra atención, se dispersaron con su botín, para obsequiar a sus relaciones, y en un momento la plaza quedó desierta.

Otro baile volvió a llevar a las indias jóvenes a casa del gobernador, donde se desplegaron todas sus galas. La mayor parte vestía tipois de indiana o muselina estampada, adornados con cintas. Por delante sostenían el pelo con una especie de red y sus rostros redondos y radiantes de salud, que respiraban la alegría más fresca, imprimían a la reunión un aire muy particular.

Los días 27 y 28 las mismas ceremonias y diversiones prosiguieron, con gran fastidio mío, pero nada podía hacer; para no causar mala impresión, debía acompañar al gobernador a todas partes y actuar en todo lo que se hiciera. Hasta tuve que aceptar con él una invitación a casa del cacique de la misión, para beber el *pemanas*, especie de licor fermentado, hecho con maíz. Se macera maíz y se lo mezcla con agua, en un gran *cántaro*, que se tapa y entierra. Cuando se cree listo el licor, se hacen las invitaciones para catarlo. La mujer del cacique abrió el cántaro ante nosotros; el primer vaso, en cuya superficie sobrenadaba la parte grasosa del maíz, fue ofrecido al gobernador, recibí el segundo y los demás bebieron a su turno, librándose a transportes de verdadero regocijo. Este licor fermentado se parece mucho a la *chicha* de Cochabamba, aunque sea más dulce. Termina, sin embargo, por subir a la cabeza y, después de los primeros vasos, encontré la manera de dejar que los indios siguieran divirtiéndose entre sí. Allá no vi, como tampoco en Cochabamba, que la embriaguez producida por este brebaje llevara a la ferocidad. Por el contrario, produce una grata alegría muy distinta de la ebriedad que ocasiona el abuso de los licores europeos.

En uno de los dos días, se realizó un concurso de tiro al arco, en el que los indios pusieron de manifiesto mucha habilidad. Esta diversión me interesó mucho sabiendo cuán grande debe ser la habilidad con el arco para alcanzar un blanco con alguna precisión, por tratarse de un arma cuyo manejo depende exclusivamente de la experiencia.

Según lo resuelto por el gobernador, el 29 de julio debíamos partir a San Ignacio, cuya fiesta tendría lugar el 30. Con gusto me habría sustraído a la ceremonia, yendo más tarde a San Ignacio, pero el gobernador me prometió dejarme recorrer los alrededores, mientras él recibiría los honores. San Ignacio está a doce leguas al nornoroeste de Santa Ana. A la salida de esta misión encontramos el camino lleno de indios e indias que también se dirigían a la fiesta, pareciendo el trayecto poco menos que una procesión. Bajé a un pequeño valle, pasando junto

29 de julio

a varios lagos artificiales, contenidos por diques que cubrían laderas bastante escarpadas. A una legua, entramos en un bosque de doce kilómetros de profundidad, muy arbolado y ocupando un suelo desigual; más allá, un llano también extenso, poblado de árboles aislados, se prolongó hasta el alto de San Nicolás, donde debíamos pasar la noche a fin de hacer una entrada solemne al día siguiente. El administrador de San Ignacio había mandado a la parada un ejército de cocineros, mesas y sillas, y se habían clavado en torno a la cabaña muchos postes para colgar las hamacas que usaban los indígenas, o camas de cañas para los blancos. Indios e indias fueron llegando, y al caer la noche más de quinientas personas se habían estacionado alrededor del paradero. El panorama era en verdad extraño, cuando todos se hubieron acostado en el mayor silencio. Los numerosos grupos de seis a ocho hamacas, cada uno de cuyos fuegos despedía fuerte luz en el campo, intensamente iluminado, y el conjunto de hamacas colgadas, blancas en la noche oscura, prestaban un aspecto novedoso e imponente a la escena, que contemplé largo rato, antes de tenderme al aire libre, en una cama de bambúes.

Misión de San Ignacio

1831
San Ignacio
(Chiquitos)

Al despuntar el día, el campo se animó de repente: se desataron las hamacas y los indios se encaminaron a San Ignacio, de donde aún nos separaban cinco leguas de llanos moteados de árboles dispersos e interrumpidos por bosquecillos. Antes de dejar el alto, cada cual hizo su arreglo personal a fin de presentarse dignamente. El gobernador, los curas y demás blancos se pusieron unas pequeñas levitas de indiana. Por mi parte, me había quedado con el traje de baile de Santa Cruz, compuesto de una levita muy corta y blanca como el resto del traje, a la que agregaba, cuando montaba a caballo, una hermosa bufanda de raso rojo, que usaba como faja, produciendo gran efecto sobre los indios, que al verla me consideraban un personaje importante. A una legua y media de San Ignacio se nos unieron el cura y el administrador de la misión, y, más lejos, las autoridades indígenas. Igual que cuando llegué a Santa Ana, se nos recibió bajo arcos de triunfo, con música y danzas, y nuestras habitaciones estaban muy bien adornadas con guirnaldas de hojas. La ceremonia se desarrolló como en Santa Ana, si bien fue más imponente: no menos de seis mil indios tomaban parte en cada procesión, donde advertí vestidos cuya tela parecía tener más de un siglo. Después de las vísperas, todos los

indios se pusieron a rezar por sus padres muertos. Sus lamentos, sus gemidos y gritos semejaban el ruido que produce, durante la tempestad, el viento que silba con fuerza en el cordaje de los barcos, en un puerto de mar.

A la noche un baile nuevo para mí me produjo sumo interés. Tres indios cómicamente ataviados ejecutaron payasadas. Luego uno de ellos metió en un agujero un cilindro de madera de tres metros de altura. Un niño de poca edad sostenía dieciséis latas de colores atadas al extremo del cilindro y las distribuyó a otros tantos indios, que, formando una cadena encantadora., confeccionaron una linda trenza con las cintas, alrededor del cilindro, hasta que hubieron empleado todas. Entonces hicieron las mismas figuras en sentido contrario; la trenza se desenroscó y las cintas volvieron a flotar como al principio. Los reemplazaron ocho indios enmascarados y disfrazados, cuyos gestos y posturas provocaron la hilaridad del público. En la distribución de víveres del día siguiente, el gobernador tuvo la ocurrencia de arrojar un cesto lleno; en un segundo, más de doscientos brazos entrelazados se dirigieron al sitio en que había caído la canasta y se hizo un grupo donde los indígenas, trepados unos sobre otros, formaban una pirámide elevada. Me causaba verdadera angustia la idea de que los que estuvieran abajo se asfixiaran, pero al vaciarse el cesto el grupo se deshizo poco a poco y todos se levantaron riéndose, con gran satisfacción de mi parte. Otra noche, tras de una pantomima burlona, el atuendo de cuatro indios me pareció muy original. Llevaban un bonete que les cubría toda la parte superior del cuerpo, hasta las costillas flotantes, de manera que representaban una cara con el vientre desnudo, sobre el cual se habían pintado rasgos faciales; el resto del cuerpo formaba la parte inferior de un tronco sin piernas. Nada más cómico que ver caminar esos bustos, haciendo con sus grandes caras las muecas más verosímiles, mediante la contracción de los músculos abdominales.

La misión de San Ignacio es una de las mayores de la provincia, con una población que en 1830 alcanzaba a 3.299 almas. Se formó en 1707 sólo con indios chiquitos, divididos en siete secciones o parcialidades[21]. Está situada en la cima de una suave colina que al nordeste tiene tres hermosos lagos artificiales que lo jesuitas formaron por medio de diques. Estos lagos prestan al campo un aspecto pintoresco y la vista se detiene más allá, sobre bosques o colinas arboladas. La misión se compone de una linda iglesia ornada por una fachada de columnas retorcidas, sobrecargadas de ornamentos de estilo medieval. Por

21 Estas secciones son las siguientes: *sañepicas*, *quehusiquios*, *guazayocas*, *samanucas*, *piococas*, *churuberecas* y *punasiquias*.

dentro, presenta un rico conjunto de columnas del mismo tipo. El altar es notable por sus esculturas. El cura me mostró un órgano de madera, hecho por los jesuitas, pero ya tan deteriorado que no producía ningún sonido. Tanto la plaza como el colegio dan una idea elevada, por su aspecto de grandeza y majestad, de quienes los construyeron con hombres aún salvajes. También están muy bien distribuidas las casas de los indios, y techadas con tejas.

Recorrí a caballo los alrededores, encontrando por todas partes los mismos terrenos y piezas de historia natural que en Santa Ana. Por lo demás, la estación se prestaba poco a las investigaciones, ya que la naturaleza estaba sumida en el gran descanso invernal. El pequeño valle de *Castillo*, cercano a la misión, hacia el norte, es realmente encantador. Allí acababa de hacerse una plantación de caña de azúcar.

En San Ignacio, el administrador tuvo a bien ordenar que se pescara en uno de los lagos, para mostrarme el procedimiento usado por los indígenas. Van al bosque a buscar la raíz de un árbol, conocido en el país como *barbaseo*; la aplastan y echan al agua, distribuyéndola por toda la superficie en proporción calculada. Momentos más tarde, los peces embriagados salen a flote como locos. Los indios eligen los mayores y dejan a los demás, que pronto vuelven a la normalidad y siguen viviendo. Sin embargo, tienen la precaución de extraer del agua las raíces venenosas. Después de la pesca hacen secar el pescado al aire y lo conservan de este modo.

5 de agosto

El 5 de agosto regresé a Santa Ana, donde proseguí tranquilamente mis investigaciones y trabajos, practicando sucesivamente botánica, zoología, geografía, historia, lingüística y estadística, trabajo último que me hacía fácil la ventaja de disponer de los archivos de la provincia.

15 de agosto

Un día fui con el gobernador a visitar el punto de donde se habían extraído las hermosas láminas de mica que forman los vitrales de las iglesias y revisten sus muros y columnas. La cantera está situada en el bosque, a dos o tres leguas hacia el norte. Me encontré con una gran extensión, cubierta de gneis micáceos rojos y amarillos, tan llena de mica que cubría el suelo. Hice excavar y sacar buenas muestras para mi colección geológica. Volvimos por un simpático vallecito, donde se hallan todos los predios de los indios, disfrutando de un hermoso panorama. Por todas partes se veía la hojarasca fresca y el follaje variado de la caña de azúcar, del bananero y el papayero, por encima de los maizales; y alegraba la campiña multitud de ranchitos cubiertos de palmas. En ese lugar cada familia posee un campo que la provee de alimento. Tres veces por semana los indíge-

nas lo pueden cultivar y los otros días se dedican al Estado. Estos campos producen bananas, papayas, maíz, zapallos, mandioca, arroz, porotos y muchas otras legumbres y raíces. Como en la misión los insectos atacan el maíz, los indios conservan en sus cabañas la provisión del año, que con sus familias van a buscar todos los sábados, para la semana siguiente. La llevan en una especie de cuévano cuadrado, llamada *panakich*. El orden y la máxima limpieza reinan en aquellos campos, y los productos tan notables de ese pedacito de tierra arrancada a las selvas vírgenes, me dieron la medida de los inmensos recursos que se podrían obtener de las tierras actualmente incultas, si una población de campesinos fuera a explotar esa rica naturaleza aún inútil. El cultivo consiste en derribar los árboles, pegarles fuego y sembrar, sin necesidad de previo laboreo. Al destruirse por el fuego los granos diseminados en la superficie del suelo, cereales y legumbres crecen solos, sin necesidad de labrar la tierra. El segundo año basta remover un poco alrededor del orificio donde se introducen dos o tres granos de maíz o un pedazo de mandioca. La naturaleza se encarga de lo demás y la cosecha siempre resulta magnífica.

Desde mi llegada a Santa Ana había visto con frecuencia grupos de indios que volvían del bosque, luego de quince días de ausencia, cargando cada uno tres arrobas setenta y cinco libras de cera, tributo anual que grava a quienes no tejen. Excitaba mi curiosidad la forma cómo esos indios recogían la cera y quise reunir a varios con el objeto de informarme con exactitud acerca de esa explotación curiosa, hecha en plena floresta.

Todos los años, de junio a septiembre, los indios de cada misión parten en grupos de diez a veinte, en los que siempre figuran hombres experimentados y perfectos conocedores de los lugares. Toman un rumbo u otro, más o menos lejos de la misión, siguiendo la abundancia de la miel. A veces no temen alejarse a veinte o treinta leguas. En cuanto encuentran el lugar donde creen que encontrarán muchas abejas, eligen un punto cercano al agua y paran, depositando al pie de un árbol sus víveres, consistentes en choclos; después derriban unos árboles, que ahuecan en forma de artesa, en tanto que los demás, bajo la dirección del más experimentado, trazan un sendero que alcanza a veces una legua de longitud, dirigido más o menos de norte a sur. Apenas trazado este caminito y listas las artesas, parten de mañana por el sendero y, a cierta distancia, se dispersan de a dos, unas parejas hacia la derecha y otras hacia la izquierda, hasta lo más espeso del bosque. Durante el día, observan la dirección del vuelo de las abejas y hacia dónde las hay en mayor número; después de haber localizado el árbol donde anidan, lo marcan, tratando de buscarse puntos de referencia. Al atardecer, cuando baja el sol, resuelven volver al campamento y

tratan de encontrar el sendero, orientándose por la posición del sol. El primer indio que lo encuentra hace sonar en forma especial un cuerno o silbato redondeado que siempre lleva colgado; los demás, dispersos en la floresta, contestan con sonidos distintos para que no se los confunda con los que emite el indio que llama. Guiándose de este modo por sonidos, todos vuelven sucesivamente al camino trazado y ganan el campamento. Mientras comen un choclo asado, los exploradores dan cuenta de los descubrimientos de la jornada y manifiestan cuántos panales encontraron. Luego se acuestan en sus hamacas, junto a un buen fuego, y descansan. Al día siguiente, fraternizando sin tener en cuenta quién tuvo más suerte, se distribuyen los nidos localizados la víspera y salen en dos o tres grupos, con hachas y calabazas. Al llegar al primer árbol marcado, lo derriban, abren el hueco donde se encuentra la colmena, extraen miel y cera, exprimen la miel en las calabazas y empaquetan la cera, destruyendo el nido por completo. Después de haber efectuado esta tarea, cada grupo vuelve a la tarde, cargado con el producto del trabajo. En el campamento lavan la cera aún impregnada de miel, en una de las artesas llena de agua, le agregan miel y la dejan fermentar para preparar guarapo, especie de licor muy sabroso que constituye casi el único alimento de estos indios durante la faena, pues apenas disponen de unos choclos para cada uno. Al otro día vuelven al bosque y prosiguen mientras tengan colmenas; cuando ya no las hay, siguen buscando hasta que cada cual haya juntado las tres arrobas que debe al Estado. Es raro que el grupo necesite más de quince días para obtener esta cantidad considerable de cera, que no asciende a menos de mil quinientas libras para veinte hombres.

La costumbre india de recorrer cada año los bosques vecinos les otorga tal conocimiento de ese laberinto natural que nunca se pierden entre los árboles, guiándose siempre por el sol para encontrar su misión.

Las abejas de la región son diferentes a las nuestras por su forma, talla y producto de su trabajo[22]. Por lo general, anidan en los huecos o cavidades de los troncos de los árboles, a bastante altura del suelo. La colmena se compone de algunos panales regulares formados por celdas hexagonales como las de las abejas europeas; además, construyen con cera pequeñas cavidades ovaladas, de dos centímetros de longitud, que llenan con la miel más pura y aromática y polen, separadamente. Con frecuencia los indios se llevan la colmena entera con el pedazo de tronco en que se asienta; las abejas los siguen y es posible domesticar el enjambre, aprovechando que son inofensivas y carecen de agui-

22 Pertenecen al género *Melipona*.

jón[23]. En Santa Cruz vi que numerosas casas de campo poseían colmenas, en vasos de barro cocido, y estoy seguro de que podrá resultar muy beneficiosa la explotación de este ramo tan simple y productivo, cuando la industria lo pueda adoptar.

Los indios conocen trece especies distintas de abejas, nueve de las cuales están desprovistas de aguijón y producen miel excelente; tres, cuya miel es nociva; y una sola con aguijón, poco buscada por esta causa. Las nueve primeras sin aguijón son las siguientes:

1° La *omesenama*, la más pequeña de todas pues apenas alcanza un largo de tres a cuatro milímetros, toda amarilla; es la especie que se considera productora de la mejor miel. Los españoles de Santa Cruz la llaman *señorita*. A menudo vi llevar a las damas un panal de esta especie cubierto de abejas que, sin dar muestras de que les extrañe encontrarse en un departamento o en manos de una mujer, se paseaban inocentemente sobre su rostro.

2° La *omececanach*, el doble de la señorita, de tórax negruzco y abdomen rayado de negro y amarillo. Abunda sobre todo en los alrededores de San José.

3° La *ohuarobich*, del mismo tamaño que la anterior y completamente negra.

4° La *pataquiacoch*, del mismo tamaño que la señorita y toda negra. Es la más común de todas y la que tanto me hizo sufrir en el alto de Guarayeto introduciéndose en mis ojos y boca.

5° La *opanoch*, pequeña especie, medio negro y medio amarilla, con patas muy largas.

6° y 7° *La opomoes* y la *okichichich*, pequeñas y negras.

8° y 9° La *ocharichuch* y la *oceturuch*, chiquitas y amarillas, pero distintas de la señorita.

Las especies que producen miel dañina y que sólo los indios saben identificar porque parece tener el mismo sabor que la buena, son tres: la *oreceroch* y la *overecepes*, cuya miel produce espasmos nerviosos y enfermedades terribles; la *omocayoch*, cuya miel deliciosa embriaga como una bebida espirituosa y llega hasta extraviar la razón durante cierto tiempo. Como se requiere el ojo experimentado de los indios para distinguir estas especies de las otras, los españoles, temiendo equivocarse, buscan únicamente las señoritas, cuya pequeña talla y color amarillo hacen inconfundibles.

La única especie provista de aguijón, denominada *botoropes*, es la más grande de todas; produce una miel excelente pero, por temor de que los pique, los indios

---

23 Autores demasiado sistemáticos pretenden que estas abejas tienen aguijón. Puedo aseverar que no lo tienen, después de haber hecho todas las experiencias susceptibles de asegurármelo.

no la buscan mientras pueden prescindir de ella. Si es necesario hacerlo, se apoderan de la miel y la cera después de haber espantado a los insectos por medio de una humareda espesa, que producen encendiendo hojas mojadas.

La cera se extrae del bosque negruzca y blanda. Para blanquearla y darle la consistencia necesaria se la somete a diversas preparativos. Se hierve mucho tiempo con ceniza de plantas que contengan mucha potasa. Tras de este primer lavado, se mezcla con cal y se expone durante unos meses al rocío, en unas plataformas llamadas *tendales*. Cuando ha permanecido el tiempo suficiente para blanquearse, se la vuelve a fundir, haciendo panes que se envían a Santa Cruz. Entonces la cera es blanca, sólida y hasta quebradiza, que al arder expande un aroma bastante fuerte y agradable. Hasta el presente se la dedica a usos de iglesia. En años comunes, en 1829 por ejemplo, la provincia de Chiquitos tenía almacenadas 119.726 libras de cera.

Proseguí mis investigaciones hasta el 1 de septiembre y me dispuse a visitar las misiones del sur. El 2 de septiembre me dirigí a la misión de San Rafael, pero me costó mucho trabajo sacar al gobernador de su casa y partimos sólo a las once, en la hora del calor más intenso. Era uno de esos días en que la atmósfera se carga de materias nebulosas, secas y ondulantes, en que el horizonte no está claro, en que el sol de los trópicos asesta sus rayos con violencia que ningún soplo de viento atempera. El aire que respiraba era como fuego, y sufrí horriblemente. Sin embargo, encontré indios cargados, caminando bajo los rayos de ese sol abrasado con la cabeza descubierta, sin parecer afectados.

2 de septiembre

En dirección sursureste, sobre las colinas, el camino está bordeado por una arboleda espesa, mezclada de cañas o bambúes delgados y verticilados; en los valles, el pasto estaba seco, sin que la diferencia de nivel existente fuera superior a cincuenta metros. Tras de cinco leguas de marcha, San Rafael apareció a un kilómetro de distancia, sobre una altura. Su alta torre y edificios rodeados de palmeras ofrecían el aspecto más pintoresco. El cura y el administrador me recibieron en forma inmejorable.

Misión de San Rafael

Situada a cuarenta y cinco leguas al norte de San José y fundada en 1696[24], San Rafael es una de las lindas misiones de la provincia. La iglesia está bien

24 Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 84.

decorada; la plaza, limpia; el colegio y la torre, bien construidos. Al ver cada nueva misión experimentaba una impresión de sorpresa, pensando que esos monumentos construidos bajo la dirección de los jesuitas eran obra de hombres apenas salidos del estado salvaje. No podía cansarme de admirar los progresos inauditos que la orden alcanzara en tan poco tiempo. Sobre todo me impresionaron, en San Rafael, los talleres y objetos manufacturados, tanto muebles como artículos de cerrajería y tejidos. Nada mejor había visto en las ciudades más civilizadas de Bolivia. Todo era obra de los jesuitas.

Las casas de los indios estuvieron en un principio alineadas en San Rafael, igual que por todas partes; pero un incendio había destruido parte de ellas y el administrador, de acuerdo con el cura, cambió el orden, disponiendo la construcción de bloques cuadrados en cuyo interior se dejó un gran patio donde los indios podían criar aves.

En su origen la población de la misión se componía de naciones diferentes, con las que los jesuitas mezclaron chiquitos[25] ya cristianos, para convertirlas al cristianismo con mayor facilidad. Estas naciones eran los *curucanecas*, *corabecas* y *huataasis*. Los primeros vivían en los bosques y fueron reducidos sin esfuerzo. Se han fundido tan bien con los chiquitos que, en la actualidad, ya no recuerdan su idioma primitivo. Los demás resultaron ser los más insumisos de los salvajes de la comarca; aseguran los indios que volvieron a los bosques de los que habían salido. Las guerras de la independencia hicieron sufrir mucho a la misión y, en 1815, pereció gran número de indios en el horrible episodio de Santa Bárbara, que en seguida he de referir. El ejército acampó durante largo tiempo en el propio San Rafael, sembrando el desorden. Su población actual alcanza apenas a 1.059 almas.

25 Las tribus de los chiquitos son los *matahucas*, *pahucas*, *kikikikias* y *tañipicas*.

Vista del pueblo de San José, misión de los jesuitas en la provincia Chiquitos, Bolivia.

Un alto cerca del peñasco granítico de Guarayito a Chiquitos.

CAPÍTULO XXX

Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos y regreso a las misiones del Centro y Oeste

Viaje a las misiones del Sur de la provincia de Chiquitos. Camino a San José

El domingo, después de misa, nos pusimos en marcha con un calor sofocante. La partida compuesta por el séquito del gobernador y el mío hacía un total de veinte personas, entre las cuales el cura de San Rafael desempeñaba las funciones de capellán del gobernador.

Al salir de San Rafael entré en un bosque espeso, lleno de cañas verticiladas, del que no salí sino a tres leguas mas allá, en la hondonada de *Santa Bárbara*. Pasando por este pequeño valle el gobernador me señaló el lugar donde, el 7 de octubre de 1815, se había librado una de las batallas más cruentas de la guerra de independencia. Las tropas españolas, al mando de Altolaguerro y cuyo segundo nombre era don Marcelino de la Peña, con tres mil indios, se habían emboscado tras un atrincheramiento en el mismo fondo del pequeño valle, teniendo a sus flancos a los indios chiquitos. Las atacaron de flanco las fuerzas de Uvarnes, comandante general de las tropas de la independencia. El ejército patriota, compuesto por quinientos jinetes y mil quinientos infantes, cargó sobre los indios profiriendo gritos de muerte. Estos se desbandaron llevando tal desorden a las tropas españolas que todos fueron muertos con excepción de treinta hombres, entre quienes había cuatro oficiales, que lograron escapar; uno de ellos era don Marcelino de la Peña, gobernador de Chiquitos. La carnicería fue horrible. Muertos y heridos cubrían la llanura. Cansado de matar,

4 de septiembre

Uvarnes pensó que para desembarazarse de los heridos lo más rápido sería pegar fuego a la maleza y altos pastos del campo, quemando así a los desventurados que aún respiraban. Este acto horrible de los jefes políticos por desgracia se ha reproducido con demasiada frecuencia y sólo el fanatismo del espíritu partidista podría explicar semejante inhumanidad. En la jornada perecieron más de mil indios.

Don Marcelino de la Peña se libró de la carnicería y pudo ganar el monte. Se dirigía a Santa Ana, entonces en poder de los patriotas, cuando encontró en el camino a una joven india que fuera su protegida. La muchacha lo detuvo a su paso, salvándolo de una muerte segura al impedirle entrar en Santa Ana, proveyéndole de alimentos para subsistir y guiándolo por los bosques hasta el Brasil. Llegados a la frontera, quiso acompañarlo en su fuga, pero como de la Peña no consintiera, le hizo aceptar su cruz de plata para que se procurara de qué vivir, a su llegada al exilio. Este rasgo de generosidad y abnegación en una niña de catorce años, semisalvaje, que contrasta tan violentamente con la conducta atroz de Uvarnes, reconcilia un poco con la especie humana.

Crucé un gran bosque a cuyo extremo, cerca del lugar denominado *La Piedra*, encontré un poco de agua que el exceso de calor me hacía considerar preciosa. De aquel lugar seguí por un prado seco entonces, que se inundaba en la estación de las lluvias, y llegué al alto de San Nicolás, situado en una llanura pantanosa, no lejos del *Curichi de San Miguel*, pantano muy profundo y lleno de agua, afluente del Río San Miguel, en el que pude pescar a la noche. Me hallaba a dos leguas al sursureste de San Rafael.

Después de haber sido terriblemente atormentado por nubes de mosquitos, dejé San Nicolás internándome en una serie de pequeños llanos que se inundan en la estación de las lluvias y con frecuencia se llenan de fango. Están cubiertos de pastos altos, sembrados de palmeras carondai y bordeados de bosques espesos. Esta sucesión de pantanos, orientados hacia el sursudoeste, forma en su extremo una depresión bastante extensa, donde las aguas de todo el valle se unen en un hermoso lago que nunca se seca. El lago, denominado *Laguna de los Migueleños*, tiene más de dos kilómetros de longitud; sus riberas están cubiertos de pastos altos. Sin embargo, es posible acercarse por varios lugares; allí pasé parte del día en investigaciones de historia natural y encontré a numerosos indios de la misión de San Miguel, dedicados a la pesca de una especie de siluro que salan y ponen a secar como provisión. Recogí varios especímenes interesantes de conchas de agua dulce[1].

5 de septiembre

1 Entre otras, la *ceradotes chiquitensis*, d'Orb.

Me vi en la precisión de abandonar el lago para volver al campamento. Encontré al gobernador a la sombra de un gran árbol, en un sitio muy pintoresco. El grupo se había instalado al borde del bosque, cerca de un dilatado llano inundado, donde, sobre un horizonte de palmeras, se dibujaban al sur las crestas redondeadas de la cadena de gneis de San Lorenzo, que domina una zona del todo horizontal, inundada durante la mayor parte del año.

Por la noche, acostado en medio de más de ochenta indios, escuchaba a un joven que, tendido en su hamaca, tocaba en la flauta todos los aires de su pueblo. Esta música monótona y triste, en medio del silencio y oscuridad de los bosques, me empujó suavemente a divagaciones melancólicas. Este pobre indio –me decía– apenas a dieciséis leguas de su pueblo trata de recordarlo y sufre la lejanía. Semejante pensamiento me hizo recordar, sin quererlo, a mi patria, de la que había partido hacía ya seis años, y que no me atrevía a evocar, perdido como estaba en el fondo de los desiertos centrales de América y tan lejos de Francia y su civilización. Cuando algún incidente me llevaba así al otro hemisferio, el único capaz de hacerme feliz, trataba de levantar el velo del porvenir y presentir el futuro de mi vida con los goces y sufrimientos que me estaban deparados. Me perdía en ese laberinto inextricable hasta donde el sueño, tan necesario después del cansancio de la jornada, ya no me podía acompañar. El alba me sorprendía sumido en estas cavilaciones, cubiertas con más frecuencia de nubes oscuras que alumbradas por los rayos de la esperanza.

En esas regiones todo es excesivo. Cuando vienen las lluvias el campo se inunda por completo y se interrumpen las comunicaciones entre las misiones del sur de la provincia. Por el contrario, en la estación que transcurría, la falta de agua se hacía sentir en todas partes, obligando a efectuar paradas muy distantes entre sí. Sin embargo, confiando en recorrer un trecho de catorce leguas, el grupo se puso en marcha al salir el sol. Seguí la orilla del bosque, luego entré en una llanura vasta, cubierta de palmeras carondai donde en tiempos de los jesuitas existió la estancia *San Xavier*. La víspera había pasado cerca de una finca también abandonada por falta de animales: las guerras de la independencia arruinaron toda la provincia. Al llano sucedió un bosque por el que anduve seis leguas. El calor excesivo resultaba intensificado por la absoluta carencia de sombra puesto que la gran mayoría de los árboles carecía de follaje. Sólo algunas especies mostraban, de tanto en tanto, sus hojas verde oscuro de triste aspecto. Lo que aumentaba el aspecto árido del bosque y las llanuras era ver por todas partes ramas quebradas y el suelo cubierto de cenizas negras, porque los indios, según su mala costumbre, habían incendiado todos los campos para que se renovaran los pastos. Antes de dejar el bosque advertí, al este,

los altos mamelones de gneis que pertenecen a la cadena de *San Carlos*, que parece cortar en ángulo recto la cadena de San Lorenzo, hacia la cual me dirigía. Estos cerros, que apenas se alzan a quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de la llanura, están cubiertos de vegetación en todos los lugares donde el suelo no está desnudo. A la salida del bosque atravesé la llanura decorada con palmeras carondai, mezcladas con palmeras motacús en las partes arenosas, hasta los pies de la cadena de San Lorenzo, que atravesé entre dos mamelones por el sitio llamado *San Juan Nama*. El aspecto pintoresco de la campiña me habría interesado sobremanera en cualesquier otra circunstancia, pero devorado por una sed intensa y expuesto a los rayos de un sol ardiente, padecía demasiado para admirarlo. Aún me faltaba recorrer cuatro leguas de llano cubierto de palmeras hasta la parada de San Lorenzo, donde por fin encontré un poco de agua estancada que, para hacerla tolerable, hubo que mezclar con harina de maíz.

En las cercanías de la parada y debido a la proximidad del agua, el campo estaba lleno de guacamayos rojos, que volaban en grandes bandadas, profiriendo gritos desagradables. Como no eran muy ariscos pude matarlos en cantidad. Me hallaba a unas dos leguas de la cadena de San Lorenzo y no pude resistir el deseo de ir a estudiar su composición geológica. Dejé mi gente y, acompañado por el gobernador y el cura de San Rafael, trepé un terreno muy desigual, cubierto de trozos de cuarzo y poblado por árboles de diversas especies. Al mismo pie de la cadena encontré, en el sitio denominado San Miguel, una casita de indios situada en una hondonada preciosa, provista de la vegetación más fresca y que riega un arroyo de aguas límpidas. Remonté el arroyo a la sombra de grandes árboles, desembocando en un enorme campo de bananeros cuyas últimas plantas bañaba el agua que caía de roca en roca, por una muralla de gneis, sustancia de que toda la montaña se componía. Una suave frescura se hacía sentir en este lugar encantador, tan distinto de los campos circundantes. Como no me cansaba de contemplar aquel oasis delicioso, sólo a la noche volví a la casita, cerca de la cual me eché en la hamaca, después de una comida somera. Creí que disfrutaría del reposo, pero miríadas de mosquitos, y sobre todo una especie de insecto llamada *piojo garrapata*, me impidieron cerrar los ojos, obligándome a pasearme durante gran parte de la noche.

Siete leguas me separaban de la estancia de San Ignacio, situada al sursudeste del lugar en que me encontraba. Abandoné temprano la humilde cabaña y tras una legua de bosque volví a encontrar los *palmares* de carondai, que por sí solos señalan todos los lugares inundados en la estación lluviosa. El aspecto extraño de esos

7 de septiembre

lugares me abrevió el camino. Sin embargo, me detuve unos momento a las ruinas de la antigua finca abandonada de *Santiago*, que sólo me proporcionaron un agua estancada y fétida, y llegué temprano a San Ignacio, donde me uní al resto de la caravana.

La estancia de San Ignacio sólo dista seis leguas de San José; estaba pues por alcanzar el fin de mi viaje, abandonando el despoblado. Partí a la mañana, penetrando de inmediato en un bosque que se extendía hasta la misión, adonde llegué temprano.

Misión de San José y camino a Santiago

Después de haber recibido los saludos del administrador, el cura y las autoridades indígenas, sucesivamente, hicimos nuestra entrada, como de costumbre, bajo arcos de triunfo y precedidos hasta la plaza y de ahí al colegio por jóvenes indios de ambos sexos que bailaban y cantaban.

8 de septiembre

La misión de San José, situada aproximadamente a 17°40' de latitud sur y 62°20' de longitud oeste de París, fue fundada con carácter definitivo en 1706[2], por los jesuitas, sólo con chiquitos[3], restos de los indios amigos de la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cuyas ruinas distan media legua. Su población alcanzaba a más 5.000 personas, pero siete años de hambruna y la viruela habían causado la muerte de muchos. En la actualidad suman 1.810 los habitantes. Ocupa un emplazamiento pintoresco, a no más de una legua de la sierra San José, cadena de montañas de poca elevación y de dirección estesudeste, que presenta laderas escarpadas en cornisas y a cuyo pie se extiende, al norte y al sur, un bosque con muchos claros. Allí construyeron San José, cerca de un arroyito que baja a la hondonada de Sutos, la que se convirtió en estanque para regadío de todo el campo circunvecino. El emplazamiento de la misión es horizontal, pero a escasa distancia se ve la montaña de *Las Chaquiras*, mamelón redondeado cuyos flancos boscosos se diseñan en forma agradable sobre el cielo más bello del mundo. Mucho tiempo fue San José capital de la provincia y sede del gobierno jesuítico, que le dedicó todos sus cuidados, pero

2 Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 181.

3 El padre Fernández, op. cit., p. 85, se refiere a las tribus *boxos*, *taotos*, *penotos*, *chamaros* y *piñocas*. Cuando fui allá en 1831, el cacique me aseguró que la misión se componía de las tribus *chamanucas*, *penokikias* y *piococas*, siendo la última la más numerosa.

los padres fueron expulsados antes de concluir su obra, ya que la iglesia no estaba terminada. Después, San José quedó como almacén de las misiones del este, pues se le llevan todos los productos de las demás, destinados a Santa Cruz, por el camino especial que atraviesa el bosque sin pasar por las misiones occidentales.

Cuando se está mucho tiempo en los bosques, cualquier edificio produce una impresión notable; así fue cómo al llegar a la misión me sorprendió el aspecto de la plaza, por las construcciones que la encuadraban, ya que no respondía a la idea de una población formada por hombres apenas salidos del estado salvaje. Con verdadero gusto observé estructuras de piedras, construidas en el estilo morisco y de factura original, que traté de reproducir al lápiz. Estos monumentos consisten en una torre cuadrada, de tres pisos, provista de una galería en el superior. Constituye el portal de entrada al colegio. A la izquierda se alza el frontispicio de la iglesia, de arquitectura simple, coronada, igual que la torre, por pequeñas pilastras y cruces de piedra. Sólo este frente existía cuando se produjo la expulsión de los jesuitas en 1767, por lo que la construcción del cuerpo de la iglesia, proseguida por los administradores, se resiente por la ausencia de los hombres que la comenzaron. Aún más a la izquierda está la *Capilla de Muertos*, donde se deposita a los difuntos durante veinticuatro horas, antes de proceder a su inhumación. A la derecha está la casa de gobierno, o colegio. Este cuerpo de edificios tiene estructura abovedada, muy favorable a la conservación de cierta frescura en la zona tórrida. El colegio cuenta con más de tres patios rodeados de habitaciones y talleres. La plaza es enorme, decorada en el centro con una cruz de piedra rodeada de palmeras. Los frentes descritos forman uno de sus lados; ocupan los otros tres las casas de los jueces, que en total constituyen nueve grupos de casas. Por desgracia, entre un grupo y otro, al principio de cada calle se emplazó una cruz con palmeras y, en los cuatro ángulos de la plaza, capillas destinadas a las procesiones, que la encierran e imposibilitan toda perspectiva. Componen el resto de la misión hileras de casas ordenadas en filas longitudinales y transversales, que suman unas ochenta.

Los productos de San José son muy importantes; se fabrican hamacas y tejidos de algodón, como en las demás misiones. Además se cosecha gran cantidad de tamarindo para usos farmacéuticos, y la cera es mejor que en otra parte. Uno de los grandes beneficios de la región lo constituye la sal que se va a recoger anualmente a unas sesenta leguas al sursuroeste, en dos inmensos lagos salados, donde el mineral cristaliza naturalmente durante las sequías. Se transporta al hombro o en trineos arrastrados por bueyes a las demás misiones,

donde sus administradores lo emplean para pagar a los indios sus trabajos de hilados u otros. En cierto modo es la moneda corriente en la provincia, por tratarse de un producto de primera necesidad.

Ya me he referido varias veces a la desagradable costumbre que tiene la población de incendiar todos los años los campos a fin de renovar los pastos. Si bien los lugares en que el procedimiento se aplica hace tiempo no están ya despoblados de árboles, se hallan en camino de estarlo pronto. Sólo muestran ejemplares espaciados y de mal desarrollo, careciendo en absoluto de arboledas tupidas y macizos sombreados. Este principio de deforestación ha dado lugar, en ciertos puntos, a sequías hasta entonces desconocidas, que año tras año se intensifican en forma impresionante. San José tuvo que soportar una calamidad de esta clase durante siete años en que sus habitantes no levantaron ni una sola cosecha, habiendo perecido muchos de hambre, por causa de la imprevisión del administrador. Esta calamidad determinó la construcción del depósito de agua en Sutos, para no temer más la hambruna. El efecto de los incendios es tan notorio que en vez de aquellos árboles gigantescos que cubren los sitios apartados de las misiones, actualmente no se ve más que árboles raquíticos y una vegetación empobrecida, junto a los lugares habitados, que día a día ralea. No hay duda de que si la administración no adopta severas medidas de represión, con criterio de conservación, esta costumbre amenaza con una verdadera catástrofe para el futuro.

Pasé en San José seis días, dedicados a recorrer los alrededores para poner al día mis notas. En una oportunidad salí camino a *Sutos*, donde parte el riacho que riega las cercanías de la misión. Para pasar atravesé terrenos cubiertos de arbolitos, que me llevaron al pie de la montaña. Allí, en una quebrada, encontré una granja y un extenso bananal, rodeado de vegetación activa y de una frescura que contrastaba con la sequedad del aire ardiente del campo circundante, donde todo estaba quemado por el fuego y el sol. No podría describir el placer que experimenté en este lugar encantador. Por todas partes fluye agua entre las rocas; pero en el fondo de la quebrada se precipita una magnífica cascada de dieciocho a veinte metros de altura, y ha excavado, en la arenisca un amplio estanque natural, lleno de un caudal límpido como el cristal. Todo me servía en el vallecito, y especialmente la vista de su imponente muralla de gres ferruginoso, de trescientos a cuatrocientos metros de altura, que formaba como cornisas en cuyos cortes se mostraban las distintas capas cuya consistencia desigual originaba salientes y concavidades cubiertas de plantas. Allí todo ha corrido por cuenta de la naturaleza, que pobló el lugar con millares de guacamayos rojos y tucanes cuyos gritos agudos contrastan con el murmullo

de las aguas, dejando el conjunto sin alterar su armonía. Cuando se conocen las hermosas cascadas del lago de Oo, del circo de Gavarnie en los Pirineos y las de Giesbach en Suiza, que descienden entre los pinos fríos, cerca de neveras eternas, alegra encontrarlas en la zona tórrida, rodeadas de plátanos, palmeras y animales de ricos colores, propios de los países cálidos. El contraste intenso parece aumentar en América el encanto de esos cuadros naturales.

Otro día fui a visitar una fuente termal situada a tres leguas al estesudesteoeste, al pie de la montaña. Pasé junto al *Cerro de las Chaquiras* (perlas de vidrio), llamado así porque los indios suponían que las baratijas que recibían de los jesuitas provenían de esta montaña. Como después de expulsados los jesuitas ya no fue posible encontrarlas allá, los indios creen ingenuamente que las perlas se escondieron a raíz de la partida de sus padres, como los llaman. Se trata de un mamelón de gres, aislado en la llanura y separado por completo del resto de la cadena. Al llegar a la fuente encontré un bananal magnífico, en medio del cual había un ranchito techado con paja. Era un oasis cuya fresca verdura contrastaba con el campo seco y árido de los alrededores, retazo de vegetación activa que la fuente alimenta, borbotando en la arena al aflorar, mientras forma un lindo arroyo de casi un cuarto de metro de ancho, que riega el bananal y fertiliza esa parte del suelo. No tenía termómetro, pero la tibieza del agua me permitió atribuirle una temperatura no superior a treinta y seis grados centígrados.

A juzgar por su temperatura, esta agua debe provenir de una profundidad de quinientos metros, por lo menos. La fuerza con que brota evidencia que se podría darle con facilidad un nivel más alto, elevando su hoyada, lo que haría posible su explotación industrial, a la vez que agrícola, utilizándola como motor de cualquier fabricación establecida en gran escala. De tal modo fecundaría la tierra y pondría en movimiento simultáneamente una maquinaria bastante grande. Lo mismo podría hacerse con la cascada de Sutos, que también sería posible utilizar en provecho de la industria.

1831
San José
(Chiquitos

Dos kilómetros mas al este hay una gran explotación de piedra caliza. Quise conocerla y encontré, bajo la arenisca cuarzosa, uno calcáreo magnesiano o arenisca cálcica, más rica en silicio que en sal, aunque, mediante la calcinación, rinde una cal bastante buena. Para determinar con exactitud el yacimiento geológico de esa capa en el conjunto de la montaña, quise trepar a la cima, entre espinos y piedras movedizas, luchando con el calor sofocante del mediodía. Llegué, por cierto, a costa de mil esfuerzos, encontrando sólo la arenisca ferrosa de San José; en cambio, tuve una magnífica vista del con-

junto de la campiña. Jadeando bajo el fuego de un sol ardiente y muriéndome de sed, descendí a la cabaña. Pedí agua para refrescarme y en seguida me la trajeron, sacándola de la vertiente. La bebí toda sin respiración y me acometieron de inmediato unos vómitos atroces que duraron parte del día. En aquellas regiones, los primeros meses de la primavera, antes de la estación de las lluvias, son los más difíciles de soportar. Un calor seco y sin viento obliga a respirar un aire ardoroso que no atempera siquiera la frescura de las noches de las otras estaciones. Expuesto todos los días a este calor aplastante, sufría sus efectos funestos en forma de un malestar continuo, un desfallecimiento que sólo mi coraje podía vencer. Por cierto que no habría resistido si el viento del sur no hubiera refrescado la atmósfera la misma noche, devolviéndome la energía.

Me faltaba visitar un lugar curioso por los recuerdos históricos que se le vinculan. Quiero referirme a la antigua ciudad de Santa Cruz de la Sierra, situada a dos kilómetros al oeste de San José, en el bosque y bastante cerca de la montaña. A pesar de la proximidad de las montañas y la abundancia de materiales, esta ciudad se había construido de barro; cubría casi un kilómetro de anchura, y por los montículos de tierra alineados se nota que estaba ordenada en *cuadras* o manzanas cuadradas, entre las cuales se distinguían la plaza y el emplazamiento de la iglesia, entonces cubierto todo de árboles diseminados entre restos de calles y casas.

Después de las tentativas que hicieron desde Paraguay Núñez Cabeza de Vaca en 1542[4] e Irala en 1548[5] para penetrar en el Perú por Chiquitos, Irala, nombrado gobernador de Paraguay, envió en 1557 a Ñuflo de Chaves a fundar una ciudad en el extremo oriental de la provincia de Chiquitos, no lejos del Río Paraguay[6]. Pero Ñuflo de Chaves poco tiempo después supo la muerte de Irala y resolvió echar los cimientos de una ciudad independiente del Paraguay, decisión que le valió ser abandonado por parte de sus soldados. Sin embargo, tras de algunos fracasos, obtuvo por último del Virrey de Lima permiso para fundar en 1560[7], una ciudad que llamó *Santa Cruz de la Sierra*, aludiendo a las montañas vecinas. Esta ciudad empezaba a prosperar cuando, cinco años más tarde, los chiriguanos mataron a Ñuflo de Chaves. A partir de ese momento los españoles se mostraron más exigentes con los indios vecinos organizados

4 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 42

5 Padre Guevara, p. 110; Ruy Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, p. 72.

6 Fernández, *Relación de los Chiquitos*, p. 46.

7 Ruy Díaz de Guzmán, p. 109.

por ellos mismos en *encomiendas* y quisieron privarlos de sus hijos para someterlos a la esclavitud, pero estos actos tiránicos produjeron conflictos que los obligaron a abandonar Santa Cruz. Cuando en 1575 el Virrey de Lima ordenó la fundación de *San Lorenzo de la Frontera* todos fueron a establecerse en la nueva ciudad, a la que llevaron el nombre de la anterior. Se convirtió en la Santa Cruz actual, situada a tres grados al oeste de la otra, no lejos de los últimos contrafuertes de la cordillera, hacia los 17°20' de latitud y 65°20' de longitud oeste de París; de este modo, tras quince años de existencia, Santa Cruz fue abandonada por completo y los indígenas volvieron al estado salvaje hasta la llegada de los jesuitas. Largo rato recorrí sus calles, remontándome mentalmente a aquellos tiempos caballerescos, cuando hombres apenas armados cruzaban el continente por lugares donde nadie se atrevería a arriesgarse en la actualidad.

El cura de San José, cazador renombrado en toda la provincia, había suprimido, por así decirlo, solo, a todos los jaguares de la vecindad. En cuanto sabía de la presencia de alguno de esos feroces animales salía a cazarlo con su jauría, compuesta de una veintena de perros, y siempre lograba matarlo. Una mañana quise acompañarlo a cazar el tapir. Salimos antes del amanecer, y cuando clareaba habíamos ganado un sitio húmedo que conocía, cuando, regresando de su paseo nocturno, un tapir del tamaño de una becerra fue acosado por los perros y tuve el gusto de matarlo. Era el septuagésimo séptimo que el cura cazaba en los últimos dos años, pues sólo alimentaban a la jauría con el producto de sus cacerías matinales. Los tapires abundan en esta parte de la provincia, donde sus senderos, trazados entre los bosques, pueden extraviar a menudo al viajero.

Durante mi estadía se realizaron muchos bailes y me fue posible observar al conjunto de la población, que, aunque fuerte y bien formada, no tenía rasgos tan armoniosos como los indios de Santa Ana. Está lejos, asimismo, de ser tan educada como ellos y sus danzas carecen de gracia.

14 de septiembre

El 14 de septiembre dejé San José para dirigirme a la misión de Santiago, situada a varias jornadas de marcha en dirección estesudeste. El primer día recorrí ocho leguas, paralelamente a la Sierra de San José, a casi una legua de distancia, atravesando bosques más bien ralos, y pequeños llanos muy secos y entonces áridos. Sin detenerme, pasé por los altos de *Pauro* y *Kitooch*, y después de haber encontrado un bosque más espeso, llegué al de *Botija*[8] desde el cual veía, a poca distancia,

8 En castellano, *botija* es el nombre de la damajuana; este lugar fue bautizado así por la forma de las montañas vecinas, que en efecto parecen la parte superior de una damajuana.

una sucesión de cerros redondeados, formados por la extremidad oriental de la cadena de San José. Esta serie de mamelones cónicos, cimas obtusas y pendientes uniformes, me recordaba el perfil de las montañas pertenecientes a terrenos traquíticos, en la cumbre de las cordilleras. Pero su estructura es muy distinta, ya que se componen de gres antiguos, friables en parte, característica que hizo desaparecer los cortes abruptos de las laderas para darles una inclinación bastante suave. Esta analogía se debe a los elementos poco menos que blandos que componen unas y otras.

A tres leguas de Botija pasé al pie del último mamelón de gres, atravesé una pequeña hondonada y más allá me encontré en un alcor boscoso donde advertí, ocultas por grandes árboles, la torre y ruinas de la vieja misión de San Juan. Sabiendo que pasaríamos por allí, el administrador había hecho abrir un camino por la maleza y los árboles que crecieron entre las ruinas. La torre estaba intacta, pero sin techo; en la iglesia, muy amplia, se veían los troncos de los árboles que habían crecido al lado de columnas del mismo espesor, aún cubiertas en parte de pinturas. Este contraste entre despojos artísticos y vegetación invasora, tenía algo que entristecía. Apenas habían transcurrido cincuenta años desde el abandono de esos edificios que evocaban un esplendor pasado y ya la naturaleza volvía por sus fueros con tanto vigor que quizá dentro de pocos años ya no queden siquiera sus rastros. Los edificios me parecieron grandes y bien construidos, pero no pude entrar en los patios, ya invadidos por el bosque.

Sorprendido por el abandono de la misión, interrogué al respecto al gobernador, quien me aseguró que en el tiempo que los curas dirigían solos las misiones, sin administradores, los religiosos que gobernaban ésta resolvieron por su propia cuenta abandonarla, hacia 1780, desaprovechar las hermosas construcciones debidas al trabajo obstinado de los jesuitas, y trasladarla diez y ocho leguas más al este, pretextando carencia de agua. Hecho el traslado, la nueva misión de San Juan, que más tarde visité, sólo contaba con instalaciones provisorias, pues tanto la iglesia como los restantes edificios estaban hechos de barro y techados de paja. Al parecer, el motivo verdadero que los religiosos tuvieron para abandonar la misión era acercarse a la frontera con el Brasil, con el objeto de vender a los brasileños parte del ganado que en aquel entonces criaban en gran cantidad. Sea como fuere, sentí una impresión de tristeza al pensar que todos los monumentos destruidos por accidentes o de cualquier otra manera, desde la expulsión de los jesuitas, no han sido aún restablecidos sino de manera provisional. Es fácil entonces prever la desaparición completa de los grandes edificios que serán sustituidos por simples caba-

ñas; de tal modo, aquel esplendor de la provincia no habrá hecho otra cosa que pasar, como un lindo día seguido por una noche tormentosa.

Dediqué un día a recorrer los alrededores del lugar, conocido por *Tapera de San Juan*, recogiendo multitud de curiosas muestras de historia natural. Pese a la sequía, la vegetación comenzaba a mostrar hojas nuevas y algunas plantas tempranas, entre las que encontré una acacia rosada, que incluso tenía flores, cuyo perfume embalsamaba los campos. Se veía que la naturaleza, abrumada bajo el fuego solar, no esperaba más que una lluvia bienhechora para cubrirse con su más rico atavío primaveral. Me había instalado en una finca cercana a un gran lago, de donde disfrutaba de una vista espléndida. Las elevadas cadenas de San Lorenzo de Ipias se perfilaban en el horizonte y la montaña de *Chochiis* se perdía en la lejanía. La campiña vecina nada se parecía a la del oeste de la provincia. Ya no había una palmera, sino tierras suavemente accidentadas, arenosas, que formaban setos conocidos como *chaparrales*[9], parecidos a las *capoeiras* de los brasileños. No se trata de bosques ni de llanos, sino de extensiones cubiertas de arbolitos, arbustos y sobre todo zarzales espinosos. Como en todas partes, estas plantas reemplazan a la vegetación primitiva, que la agricultura talara. Me preguntaba si los numerosos incendios sucesivos del campo no habrían producido la sustitución, por estos chaparrales, de la vegetación primitiva que seguía cubriendo los circundantes.

Atravesando cinco leguas de chaparrales de aspecto triste, llegué al alto de *San Lorenzo*, situado cerca del Río *San Juan*, primer afluente del Tucubaca, cuyas aguas se vierten en el Paraguay. Al proseguir por el fondo de un ancho valle comprendido entre la Sierra de San José y la de San Juan, había pasado sin advertirlo de la vertiente del Amazonas a la del Plata. Podría creerse que la línea divisoria de agua entre los dos ríos mayores del mundo está señalada con nitidez por cadenas montañosas proporcionadas a la extensión de la vertiente, pero no es así, y, como ya lo he dicho, el Amazonas y el Plata se confunden en varios puntos distintos, permitiendo, con pocos gastos, la construcción de un sistema de canales que podría atravesar el interior de todo el continente americano, de la línea hasta el grado 34.

Dejé el alto un momento, remonte el arroyo una media legua y llegue a una depresión inundada en parte, donde encontré una profusión de senderos trazados. Me sorprendí, atribuyéndole la vecindad de una finca, cuando iden-

---

9 Sin duda, es un nombre llevado por los españoles. Humboldt dice, *Relación histórica*, t. VI, p. 90, que proviene del árbol llamado *chaparro*, lo que es muy probable; pero allí no se encuentran verdaderos árboles y el término se refiere a los setos.

tifiqué las huellas de los tapires que noche a noche acuden al arroyo. Sin embargo, esa profusión de sendas trazadas sobre más de media legua de extensión, corresponde a centenares de animales que siguen todos, al parecer, los mismos caminos. Por los voluminosos montículos de estiércol que encontré, deduje que todos evacuan en el mismo lugar.

Desde la parada de San Lorenzo podía divisar las montañas de este nombre. Las creía a no más de una legua de distancia, mientras admiraba sus cúspides horizontales, sus paredes talladas perpendicularmente y el color rojizo. En algunos puntos se perfilaban a doscientos o trescientos metros de altura, junto a torrecillas y bloques cortados a pico. El conjunto podría haberse tomado más bien como un vasto sistema de fortificaciones, con sus bastiones, que como una cadena de cerros. Quise ir a examinarlas y al efecto monté a caballo. Me aventuré por un campo de espinos y arbustos achaparrados. Al comienzo pude recorrer el trayecto sin dificultades, pero pronto las zarzas se espesaron y las espinas se hicieron más numerosas; recorrí no obstante una legua, sufriendo desgarraduras en el traje por las espinas ganchudas de cierta especie de acacia. Cuando más avanzaba, más deseaba llegar a las montañas que casi creía tocar. Sin embargo, desgarrado, cubierto de rasguños e imposibilitado de proseguir a caballo, tuve que ponerme a luchar a pie contra los obstáculos que se multiplicaban a medida que me acercaba a la montaña, y tras de una hora de tentativas inútiles, cubierto de polvo y sangre y con la ropa hecha jirones, tuve que detenerme sin haber alcanzado el objetivo de mi excursión. Volví tristemente al alto y fui a bañarme al arroyo para refrescarme y recobrar fuerzas. A la noche, seguí viaje por los chaparrales hasta el alto de Ipias, tres leguas más adelante, donde pasé la noche en mi hamaca.

Por el camino había encontrado indios de Santiago, que llevaban sal a las otras misiones. Guiaban unos cien bueyes, arrastrando balas de sal dispuestas sobre la horqueta de una rama que haría las veces de trineo. Me impresionó un medio de transporte tan rudimentario; sobre todo la fuerza desperdiciada, puesto que cada yunta de buey no arrastraba más que cien kilogramos de aquel modo. En un territorio tan poco accidentado sería fácil construir caminos carreteros y entonces, con el mismo número de bueyes, podría transportarse veinte veces más mercaderías. Hice esta observación al gobernador, quien me pareció dispuesto a introducir vehículos con ruedas, desconocidos hasta entonces en la provincia.

Desde la parada y siempre en la misma dirección, recorrí cuatro leguas aproximándome poco a poco a la cadena de Ipias, donde parecían congregarse todos los accidentes topográficos posibles, para darle un aspecto de construc-

ciones en ruinas más que de montañas comunes. Me dirigí hacia el punto más bajo de la sierra, al pie del Chochiis, por donde empecé a subir por un gres friable, muy coloreado por el hierro, entre palmeritas rastreras y perfumadas acacias de flores rosadas. En la cumbre de la cadena, bastante cerca de la famosa montaña de Chochiis, el punto más elevado de toda la cadena, pasé al pie de un pico recto como una flecha, de casi doscientos metros de altura y que, suspendido sobre la cabeza del viajero, parece amenazarlo con caer al menor soplo de viento. Esta forma aguda de los montículos de arenisca es de las más singulares. Cuando se estudia la composición sorprende encontrar en la cima una parte más dura que lo demás, la que protege al todo de las lluvias casi perpendiculares, terminando a la larga por formar esas flechas, elevando los lados. Después de haber rebajado progresivamente su anchura, las lluvias producen su derrumbe, mientras las erosiones vecinas, al separar otros bloques de gres de la masa general, preparan otras flechas para el futuro.

Desde la cumbre de la sierra no observé ninguna elevación hacia el sur. Un horizonte de bosques sin límites se mostraba por todas partes, contrastando con la aridez de la vertiente septentrional. Luego supe que los jesuitas habían llevado la numerosa nación de los morotocas, desde los bosques que tenía a la vista a la misión de San Juan, a la que más tarde habré de referirme.

Al bajar por la pendiente meridional de la cadena, seguí al este, unos grados al sur, el pie mismo del Chochiis, teniendo siempre cerca las paredes perpendiculares de los cerros y las flechas que se desprenden de ellos. Su color rojo las hacía resaltar entre los grandes árboles, desprovistos entonces de su follaje. Luego de cuatro leguas de marcha hice alto en la parada de Chochiis, donde nos esperaban varios indios de Santiago que el administrador había enviado para descubrir el punto accesible para trepar a la cima de la montaña, que tiene una elevación de cuatrocientos a quinientos metros sobre la llanura.

Cada vez que una montaña se distingue de las demás, por su forma o altura, cuanto más difícil sea su acceso, tanto más fama adquiere por sus riquezas. El Illimani, cerca de La Paz, al que nadie ha subido aún, dicen que se compone de oro macizo[10]; el Cerro del Inca, cerca de Samaipata, encierra tesoros. La montaña de San Simón, en Moxos, contiene los metales más preciosos[11]. El cerro de las Chaquiras, cerca de San José, también tiene productos misteriosos. El Chochiis, punto culminante de la cadena de Santiago, no podía menos que tener tesoros escondidos. Había oído decir y repetir en todos los tonos,

10 Creencia de los habitantes de La Paz.

11 Ver la continuación del viaje; generalidades sobre la provincia de Moxos.

por curas y administradores, que los jesuitas, únicos conocedores de la forma de llegar a la cima del Chochiis, habían recogido allí pepitas de oro de valor incalculable, fuente de su opulencia tan envidiada. Estos relatos populares podrían basarse en alguna realidad, por lo que resolví ascender a la montaña, proyecto que me valió hacerme acompañar por más de un curioso. Después de haber observado que el Chochiis, al igual que toda la cadena, desde San José, se compone sólo de gres friable que data quizá de la época carbonífera, no me quedaba ninguna esperanza de encontrar oro, porque este metal precioso integra exclusivamente, en la cordillera, las capas de esquistos y sus denudaciones. Hablando geológicamente, consideraba imposible la cosa; sin embargo, mis razones no lograron convencer a mis compañeros de viaje, que se resistían a abandonar la ilusión de enriquecerse. Cuando se les pidió informes acerca de sus exploraciones, los indígenas que habían recibido orden de reconocer los alrededores declararon en forma unánime que, después de haber dado la vuelta al Chochiis, debían manifestar que la pared de la montaña estaba cortada toda a pico y que por ninguna parte se podía abordarla. Esta circunstancia hizo que mis compañeros de viaje abandonaran finalmente su proyecto, con gran desilusión.

El esplendor de las misiones jesuitas y sus riquezas exageradas por la envidia, hicieron que en todas partes se recurriese a medios extraordinarios pira descubrir su origen. En Moxos, sirvió al efecto el cerro San Simón; en Chiquitos, el Chochiis y lavaderos de oro, diamantes que sólo los padres habían conocido. Nunca se quiso ver su origen en la explotación combinada de los productos naturales, de la agricultura e industria. Si los primeros fundadores de ciudades en el Nuevo Mundo no hubieran sacrificado todo a las minas, menospreciando la agricultura, habrían logrado bases sólidas de prosperidad y opulentas ciudades que tal vez reemplazarían, en otros sitios, a Oruro y Potosí, cuya riqueza otrora proverbial ha sido reemplazada actualmente por ciudades semiabandonadas. La verdadera fuente de prosperidad de los establecimientos jesuíticos descansaba, pues, en su industria razonada y no en el producto de las minas, cuya explotación peligrosa acarrea, tarde o temprano, después de ingentes ganancias, la ruina completa de los interesados.

Ya que nada podía hacerse en Chochiis, se resolvió ir a pernoctar a tres leguas más allá, en el *Potrero de Yupees*. Llegamos después de haber cruzado tres torrentes secos en el bosque, descendiendo cerros cuyos pies contorneábamos. El fuego puesto recientemente a los campos había quemado todo en el pequeño llano de Yupees, incluso el ranchito de la parada. En consecuencia, tuvimos que echarnos en el suelo, donde nos comieron los mosquitos.

El 19, obligado por las circunstancias, recorrí diez y siete leguas, alcanzando la entrada de Santiago. Atravesé bosques más o menos espesos, seguí el pie de las montañas y anduve sobre las capas de arenisca, inclinadas hacia el sur, pasando sucesivamente los torrentes de *San Carlos*, *San Pedro*, *San Miguel*, *Soboreca*, *Uracirchikia*, *San Luis* y *Tayoe*, que descienden de las alturas y se unen en el llano, formando el Río San Rafael, uno de los afluentes del Oxukis, que afluye al Paraguay cerca del grado 19 de latitud. Al decir de los indios, el Río San Rafael sería navegable cerca de Santiago. En efecto, pude creerlo al ver el volumen de agua de sus numerosos afluentes. Pasé junto a las ruinas de numerosas fincas jesuíticas abandonadas. La campiña es hermosa por todas partes y ofrece sus tierras vírgenes, cubiertas de grandes árboles y algunas palmeras motacús, cuyo fresco verdor contrastaba con los bosques desprovistos en aquel entonces de su ornamento. Entre las ramas entrecruzadas se divisaba la cadena de Santiago que siempre tenía a mi izquierda. En el *Río Soboreca* (de la bruja) paré un momento junto a un amplio estanque de agua limpia, naturalmente excavado en la greda. Dos leguas más lejos, en el Río San Luis, comencé a ascender, sobre capas de gres, hasta el Río Tayoé, donde creímos que sería posible pernoctar. La sombra de los grandes árboles y la proximidad de numerosas acacias cubiertas de flores rosadas, difundiendo un perfume que embalsamaba el aire, nos prometían un descanso reparador, tras la fatigosa jornada; pero al ponerse el sol, nos rodearon nubes de mosquitos, haciéndonos imposible el reposo. Un claro de luna magnífico nos invitaba a proseguir la marcha para escapar a sus picaduras ponzoñosas. A medianoche ensillamos y anduvimos tres leguas por el monte, subiendo sin cesar por un terreno pedregoso, donde nuestros caballos, aun más cansados que nosotros, tropezaban a cada paso. Así llegamos a dos kilómetros de Santiago, cerca de la cumbre de la montaña, donde paramos para no entrar de noche. Extendí el poncho en el suelo y con la montura por almohada dormí hasta la mañana, sin que me molestaran los mosquitos.

19 de septiembre

Misión de Santiago de Chiquitos

Me hallaba sumido en un sueño tan profundo que no oí al cura y al administrador de Santiago que, saliendo a nuestro encuentro, tuvieron la sorpresa de encontrarnos tan cerca. Mientras se ensillaba, recorrí los alrededores, que encontré cubiertos de plantas diferentes de las que observé en otras partes y recogí gran número de especies. Llegamos a la misión atravesando una pendiente

1831
Santiago de Chiquitos

ondulada, y se nos recibió con los honores de uso. Todo el mundo estaba en pie y creo que nunca hubo tantas demostraciones de alegría.

Santiago, formada por indios *guarañocas* y tapiis, a quienes los jesuitas agregaron chiquitos para generalizar el uso de su idioma, fue primero fundada a diez leguas al este de la misión actual, en la base meridional de la cadena de Santiago. Los guarañocas vivían al sur en los bosques, y costó a los religiosos mucho trabajo reducirlos. Sólo lograron congregar a parte de la nación. El resto siguió viviendo en estado salvaje, en los bosques vecinos, viajando sin cesar, manteniéndose con caza, durmiendo en esteras y efectuando incesantes correrías por los dominios de las misiones, para robar todo lo que encontraran. La excesiva frecuencia de estas exacciones determinó a los jesuitas, allá por el año 1740, a transferir su residencia cerca de la cumbre de la montaña, al sitio que ahora ocupa. Allí edificaron un colegio y una iglesia, y el establecimiento pudo rivalizar con los demás. Sin embargo, la condición belicosa de los guarañocas les imponía muchas precauciones. Siempre amenazaban con unirse a sus compatriotas al fondo de los bosques circunvecinos. Después de la expulsión de los jesuitas, dos gobernadores de la provincia, don Gil Toledo y Ramos, quisieron conquistar la tribu guarañoca, todavía salvaje, pero en lugar de emplear la persuasión, como los jesuitas, entraron en campaña con soldados e hicieron fuego contra los indios apenas los hubieron visto. Estas hostilidades los convirtieron en enemigos irreconciliables, que frecuentemente dañan la explotación de las salinas, atacando a los indios de Santiago y San José que se dirigen allá todos los años. Desde aquella época (hacia 1820) se dejó que los guarañocas salvajes vivieran en paz en sus montes. Hacia 1801 se incendió el colegio, consumiéndose todo el establecimiento. Desde entonces ningún administrador pensó reconstruirlo, de manera que sólo queda la iglesia, muy deteriorada, de todos los edificios levantados por los jesuitas. En la actualidad, la población asciende a 1.234 almas, guarañoca la mitad de ellas, y el resto compuesto de chiquitos y tapiis mezclados. Los últimos olvidaron por completo su idioma primitivo. En cuanto a los guarañocas, por ser numerosos conservaron siempre el suyo, sin dejar de aprender la lengua chiquita, que las instituciones jesuíticas hicieran obligatoria.

La misión de Santiago, distante cuarenta y siete leguas al estesudeste de San José, ocupa una posición envidiable, cerca de la cima de las montañas de Santiago, sobre su pendiente meridional y no lejos de un valle sombreado. Sin embargo, la dominan al norte las crestas altas y recortadas en gradas de la cumbre de la cadena, lo cual le confiere un aspecto de grandeza pintoresca que no tienen las demás misiones de la provincia. Con excepción de la iglesia,

dotada de una hermosa fachada, sólo posee casas indias, en una de las cuales tuvimos que alojarnos, a falta de colegio.

Los productos actuales de Santiago son los mismos que los de las demás misiones, aunque en menor abundancia: se cosecha algodón y cera. Pero la ocupación principal de los indios es la extracción de sal durante la estación seca. Van a una sesentena de leguas al sudoeste a sacar, de una salina vecina a la de San José, la sal cristalizada por evaporación natural de un lago salado. Esta extracción les rinde grandes recursos, pero perjudica mucho a la agricultura, muy descuidada en Santiago. Desde hace varios años se talla, en piedras de asentar navajas, una especie de esquisto de grano muy fino, industria susceptible de alcanzar gran desarrollo, pues estas piedras son excelentes y pueden rivalizar con las mejores que en Europa aplicamos el mismo uso[12].

A mi llegada a la misión, me había impresionado el aire satisfecho y la buena cara de los indígenas. Sin duda, los guarañocas son los más alegres de la provincia. Han creado casi todas las danzas nacionales. De esto me convencí en los bailes que se realizaron todos los días, desde nuestro arribo. Estas danzas, imitativas casi todas, se acompañan con una música viva aunque poco variada[13], durante cuya ejecución los indios forman figuras distintas. Entre dichas danzas, algunas me impresionaron por su originalidad. En una de ellas, un viejo guarañoca, munido de una calabaza llena de maíz, se ubicó en medio de las mujeres, cantando y bailando de manera singular, que las mujeres repetían. Por ratos avanzaban en filas, saltando, con los cuerpos inclinados hacia un lado; luego se volvían de pronto e inclinaban del lado opuesto como si hubieran sembrado o labrado. Otras veces se trataba de figuras demasiado expresivas; otras, se quejaban en sus cantos, de que las hormigas las devoraran y entonces, bailando, parecían rascarse. A menudo, en el calor de su baile, parecían olvidar el sitio en que se hallaban, tomando las cosas muy al natural, y buscando con excesivo cuidado el insecto inoportuno, se levantaban el tipoi descubriendo buena parte del cuerpo. Esta danza, acompañada de cantos, gritos y silbidos agudos, me evocaba, por su salvajismo, el estado primitivo de la nación.

Otra danza mímica es la que representa la cosecha del *pavi*, gran coloquinto de fruto comestible, como nuestras calabazas europeas, que crece en los bosques, trepando a las ramas y produciendo en otoño frutos que por todas partes

---

12 Desde que hice el viaje empleo estas piedras y me animo a compararlas con lo mejor que tenemos en Francia.

13 Ver esta música en las Consideraciones generales sobre la provincia.

aparecen colgados de los árboles. En esta danza las mujeres, gritando *pavi*, *pavi*, alzan los brazo al aire, como para asir el fruto, y saltando para alcanzarlo adoptan toda clase de posturas. Pronto, cantando y bailando, se apoderaron de uno de nosotros, lo alzaron y en un momento éste quedó suspendido por sus manos levantadas; extendido así, lo pasearon dando la vuelta por la sala, lo sacudieron a más y mejor y le hicieron cosquillas para que se moviera más. Como energúmenos, nos atraparon uno tras otro del mismo modo, sin exceptuar al cura, al gobernador ni a mí, y me llevaron en sus manos con tanta facilidad como si hubiera sido una pluma. Confieso que hacía falta mi acostumbrada buena voluntad para dejarme sacudir de semejante manera y suponer que se me llevara acostado en el aire, sobre las manos de aquellas mujeres que, para honrarme, me mantuvieron más tiempo que a los demás y me atormentaron haciéndome cosquillas.

Mientras las mujeres bailaban en la casa del gobernador, los hombres, congregados en la plaza, y todos munidos de flautas de Pan, ejecutaban, en diferentes tonos, melodías salvajes que no carecían de originalidad.

Resulta incómodo tener que decir que entre los guarañocas, alegres hasta la locura, alcanza su colmo la corrupción de las costumbres. No sucedía esto, según parece, en tiempos de los jesuitas; pero como después de su expulsión y durante el transcurso de las guerras de independencia, Santiago fue sede de una guarnición, los soldados introdujeron costumbres disolutas. No conserva el menor rastro de pudor, y el cinismo se ha llevado hasta el último extremo.

En tanto que los llanos circundantes aún hervían bajo los rayos de un sol implacable, nubes bienhechoras se habían acumulado en la cúspide de la montaña, imprimiendo un cambio completo al aspecto de la naturaleza. Los árboles se cubrían de un follaje tierno y flores variadas; la campaña revestía su atavío primaveral, cuyo encanto fluía por todas partes. Creo que en nuestros países europeos nada hay comparable a este momento de la zona tórrida. En Francia, por ejemplo, las hojas brotan poco a poco y con el retorno de la primavera también se hacen sentir el frío y la falta de días lindos. En estos lugares hay un súbito cambio de decoración. La naturaleza está muerta, inanimada; un cielo demasiado claro ilumina el campo frío medio seco. ¿Llueve? Como por encanto, todo adopta nueva forma. Bastan unos días para esmaltar los llanos de verdor y flores olorosas, para cubrir los árboles de hojas claras o de flores que las preceden, coloreando a cada uno de ellos. Si el campo aroma el aire con los perfumes más suaves, exhibiendo sus plantaciones naturales, los bosques tienen otra belleza y variedad. Aquí el árbol se carga de largas cepas purpúreas, en contraposición con una copa de azul cerúleo o del oro más puro;

allá una blanca cimera se alza junto al rosal más tierno, mezclado todo a árboles cuyas hojas respiran una frescura admirable. ¡Con cuánto placer trepaba las colinas donde esos hermosos vegetales desplegaban sus ornamentos! Recorría la campiña sin saber a qué lugar dar mi preferencia, ya que cada sitio me brindaba un encanto distinto, un matiz diferente. Nunca me había sentido tan impresionado por las bellezas de ese territorio iluminado por el cielo más bello del mundo. Estaba realmente extasiado ante la riqueza, el cálido colorido del vasto cuadro que se desplegaba ante mi vista, cada vez que recorría los campos cercanos a Santiago.

Un día quise subir hasta la cima de la montaña. Despaché la víspera varios indios para que me abrieran a hachazos un pasaje a través de la vegetación, buscando un punto de acceso, y en compañía de un guía emprendí la ascensión. Del otro lado del arroyo de Santiago, me lancé entre rocas amontonadas que dan paso a árboles en flor del más variado aspecto. Pasé al pie de un pico de arenisca de más de treinta metros de altura, cuyas capas horizontales, apiladas en una anchura no mayor de tres metros, daban la impresión de que iban a desplomarse sobre mi cabeza. Así subí a tres gradas sucesivas que rodeaban la montaña, presentando cada cual una explanada bastante amplia, cubierta de tierra vegetal. Con mucho esfuerzo llegué a la cumbre, donde encontré una meseta horizontal, de dos kilómetros de circunferencia, tapizada de gramíneas mezcladas con palmerita enana, sin tronco[14], cuyas hojas miden menos de un metro de alto. Desde la plataforma disfruté del más hermoso golpe de vista que se pueda tener. Al este y oeste mi vista abarcaba, en todo su alcance, la prolongación de la cadena, formada por plataformas o mesetas semejantes a las que pisaba, todo cortado por gargantas arboladas que formaban como gradas en torno a las cimas truncadas. Al sur podía seguir la suave pendiente de la montaña, teniendo enfrente la misión y los campos de los indios, de aspecto alegre y animado. Más allá de esta campiña se extendía un horizonte azulado, formado por bosques salvajes del lado del Gran Chaco. Al norte, cortada perpendicularmente hacia el inmenso valle del Tucabaca, la montaña me ofrecía, a setecientos o mil metros, un mar ininterrumpido de oscuras selvas. Si la mirada podía franquear un espacio de medio grado aproximadamente, o doce leguas, se detenía del otro lado del valle, en la cadena de *San Juan* o *del Sunsas*, paralela a la de Santiago, cuyas alturas mamelonadas y azulinas se perfilaban en el fondo del horizonte perdiéndose a lo lejos, al este y oeste.

---

14 *Cocos petraea*, Martius.

Con agrado me habría quedado hasta la noche, admirando el panorama inmenso que se desplegaba a mi alrededor, pero mientras observaba y tomaba apuntes geográficos una nube enorme se detuvo sobre la montaña, envolviéndome en un instante y velándome el cuadro magnífico que me rodeaba. Pronto me mojó un torrente que recibí con gusto pese a su temperatura helada, pues hacía tres meses que no veía llover. Esperé un rato, suponiendo que la nube se alejaría. Como parecía, por el contrario, espesarse cada vez más, me vi en la necesidad de bajar, rodando más que caminando entre las rocas y arroyos crecidos por el chaparrón. Apenas cayeron las primeras gotas de agua, observé que mis guías se habían quitado la camisa, la habían enrollado apretadamente y puesto bajo el brazo, prefiriendo recibir la lluvia en el cuerpo a mojar su única ropa.

Recorriendo la montaña, viendo las gradas cubiertas de tierra vegetal bastante profunda, al observar que la misma cima estaba cubierta de tierra negra aún virgen, pensaba en las ventajas incalculables que la agricultura podría obtener en la cadena entera, donde el trigo, la papa, la vid y todas las plantas de clima templado prodigarían sus tesoros sin mucho trabajo. Comuniqué mis observaciones al gobernador, quien las aprobó, prometiéndome hacer ensayos el año siguiente. Ignoro si mantuvo su promesa, pero señalo estas circunstancias al gobierno de Bolivia, con el objeto de que las generaciones futuras puedan asegurarse los beneficios que les promete este suelo abandonado a sí mismo.

También fui, a cinco leguas de distancia, a visitar una fuente de agua termal, atravesando la montaña hacia el este, en una campiña magnífica pero difícil de transitar. Con extrañeza encontré, en lugar de una fuente común, un lago de medio kilómetro de anchura, lleno de agua tibia que emergía a borbotones del medio del reservorio, en el cual decían los habitantes que había peces. Esas aguas rodeadas de rocas de arenisca friable, tienen gran renombre por sus virtudes curativas del reumatismo y enfermedades de la piel. Allí se acude de todas las partes de la provincia. Al efecto, se construyó un ranchito cubierto de palmas, donde es posible guarecerse de la lluvia y el sol.

27 de septiembre

El 27 de septiembre, después de siete días de exploración, me despedí de la población de Santiago y tomé rumbo al Santo Corazón, situado a unas cuarenta leguas, en dirección estesudeste. Me llevaba una linda colección geológica, muestras de la flora de las montañas vecinas, casi completa gracias a la estación; varios pájaros interesantes, informaciones geográficas abundantes, un vocabulario guarañoca escrito por mí y la música indígena anotada por el maestro de capilla de la misión.

Remonté una legua el curso del arroyo de Santiago, antes de alcanzar la cima de la montaña, pisando un suelo desigual, cubierto de flores y rocas caídas de las partes más altas. Llegado arriba, volví a contemplar con sumo agrado el valle de Tucabara, limitado a la distancia por las montañas del Sunsas y San Juan. Tuve que bajar, durante casi dos horas, una pendiente de las más rápidas, llena de restos de las alturas próximas. Bloques de gres compacto, esquistos rosados y amarillos se veían en gran cantidad al comienzo; luego, pisé esquistos esquistoides azulados, hasta el pie de la montaña. Esta bajada pronunciada, el paisaje y el color de la roca, me recordaron la cuesta de Petacas, al bajar por los últimos contrafuertes de la cordillera, cerca de Santa Cruz. En efecto, tenía a la vista el mismo piso geológico con igual aspecto mineralógico. Al entrar al bosque que ocupa todo el valle, me sorprendió encontrarlo desprovisto de hojas. Acababa de dejar en la montaña la primavera en todo su esplendor, en tanto que veía aún reinar al triste invierno en el llano arbolado. Este cambio de ambiente, en tan poco espacio, me entristeció durante las ocho leguas que me separaban del Río Tucabara, tanto más porque el bosque me recordaba el Monte Grande que había atravesado de Santa Cruz a Chiquitos. También allí encontraba la máxima uniformidad. Ninguna palmera de follaje elegante, pero por todas partes cactus arborescentes de talla elevada y falsos algodoneros de tronco en forma de huso. Al llegar al Río Tucabara, la monotonía del bosque llegó empero a matizarse con el follaje verde oscuro de la palmera murayahu, antigua conocida, que había admirado cerca de Santa Cruz de la Sierra.

Aprovechando una roca saliente de esquisto negruzco, pude cruzar el Río Tucabara, de relativa profundidad en todo el resto de su curso. Este río, del que había cruzado varios afluentes en San Lorenzo e Ipias, acumula todas las aguas del valle, corre cerca de la misión de San Juan y prosigue entre las cadenas de Santiago y Sunsas hasta el extremo de la primera donde, uniéndose al Río San Rafael, que ya recibiera las aguas de la vertiente meridional de la sierra de Santiago, forma, no lejos de las ruinas del antiguo Santo Corazón, el Oxukis, afluente occidental del Paraguay. El Río Tucabara corre por un lecho poco inclinado. Tengo la convicción de que desembarazado de las ramas que lo obstruyen, permitiría, durante las crecientes, una navegación cómoda para los barcos de casco plano y podría, así, servir para el transporte de los productos de San José y San Juan.

Atravesando el Tucabara, sobre fragmentos de esquistos negruzcos análogos a los de la cordillera de La Paz, recordaba que todas las minas de oro, sean de extracción o lavado, de estas ricas comarcas dependían de esta formación

geológica o de sus antiguas erosiones. Ya no dudé de las probabilidades de éxito que tendría la búsqueda de oro por lavaderos, en todo el inmenso valle de Tucabara, el más adecuado por su estructura geológica para producir resultados provechosos.

Al cruzar espesos bosques de los más tristes alcancé, cuatro leguas más lejos, el alto del *Poso* donde pasé la noche junto a un hueco lleno de agua. Llamaba la atención la soledad del bosque. No se mostró ni un solo pájaro, y lo habría supuesto despoblado del todo si, en la proximidad de la parada, no hubiera encontrado una urraca azul. Ya tuve ocasión de mencionar al tero armado, el centinela de la llanura, que se sobresalta apenas ve a alguien y no deja de gritar y perseguirlo. La urraca azul desempeña en los bosques el mismo papel; apenas oye ruido, vuela gritando de árbol en árbol. Se la diría encargada de la vigilancia de la floresta, mientras el tero armado cuida los llanos. También encontré allí muchas conchas terrestres de interés[15].

A once leguas del Poso, después de haber dejado atrás, siempre por el bosque, el alto de *Naranjo*, señalado en efecto por algunos naranjos, y el de *Potrero*, especie de pantano adornado con palmeras motacús, llegué al sitio llamado *La Cal*, donde los jesuitas habían establecido un horno de cal, al pie mismo de la cadena del Sunsas para explotar una roca análoga a la de San José, que también reposa sobre rocas devónicas. De la cal escalé tres leguas de colinas boscosas, cruzando profundas hondonadas y cumbres escarpadas, en las que reconocí gredas devónicas a menudo ferruginosas que, reposando sobre esquistos azules, superpuestos a gneis en desintegración, dejan el suelo cubierto de fragmentos de cuarzo. Creí que desde la cúspide de la montaña tendría un buen panorama, pero me equivoqué, porque las numerosas dislocaciones producidas en aquella parte impiden observar el campo. Bajando dos leguas por la pendiente oriental, seguí la dirección de un valle transversal, también bordeado de cerros, y alcancé el alto del Sunsas después de haber cumplido una jornada de dieciséis leguas. Bajo la ramada encontramos al administrador de Santo Corazón que venía a nuestro encuentro. A eso de las seis, mientras exploraba la vecindad, vi con sorpresa llegar a los cuarenta indios portadores de nuestros bagajes. Estos pobres hombres habían hecho diez y seis leguas a pie, cargados como mulas, y estaban sin embargo alegres y contentos, sin que parecieran sentir el menor cansancio.

La noche era de las más serenas. Resplandecían las estrellas en un cielo azul oscuro, en tanto que centenares de grandes insectos, dotados de luces

15 El *Bulimus apodemetes*, etc.

intensas, cruzaban en todos sentidos el suelo cubierto de plantas. Estos fuegos vivientes que se agitaban sin cesar, competían con los fuegos más fijos del firmamento, así como muchas estrellas fugaces que a ratos veía podían confundirse fácilmente, en el horizonte, con la luz animada de los insectos voladores.

29 de septiembre

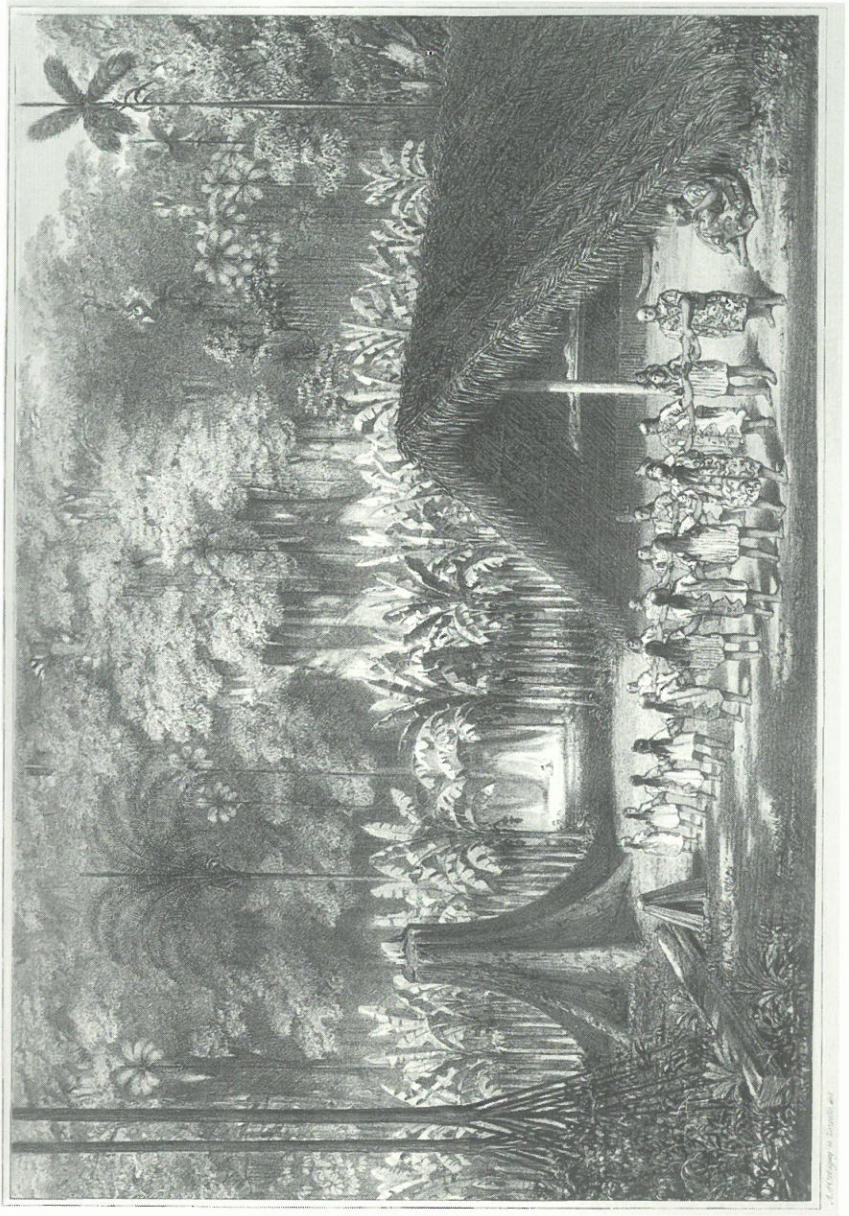
Del alto del Sunsas hasta Santo Corazón sólo había doce leguas. Mientras descendía el valle boscoso del *Bokis*[16] seguí por la margen derecha de la hondonada del mismo nombre, teniendo a ambos lados montañas bastante altas, de contornos festoneados. A veces avanzaba sobre las colinas laterales, compuestas de arenisca férrica, o bajaba hasta el arroyo sombreado por bambúes gigantescos cuyo tronco, de más de quince centímetros de diámetro, se levanta como un árbol, tomando en conjunto la forma de una pluma o penacho elegante. A seis leguas paré en el alto de Bokis, donde cada cual hizo su arreglo personal para entrar dignamente en la misión de Santo Corazón. El camino se hizo más unido. Las colinas disminuyeron de altura y tres leguas más adelante eran meros mamelones redondeados, en el lugar denominado Bokisito. Luego no tuve que atravesar sino campiñas suavemente onduladas que después de la quemazón anual producían pastos bastante buenos para el ganado.

Misión de Santo Corazón de Jesús

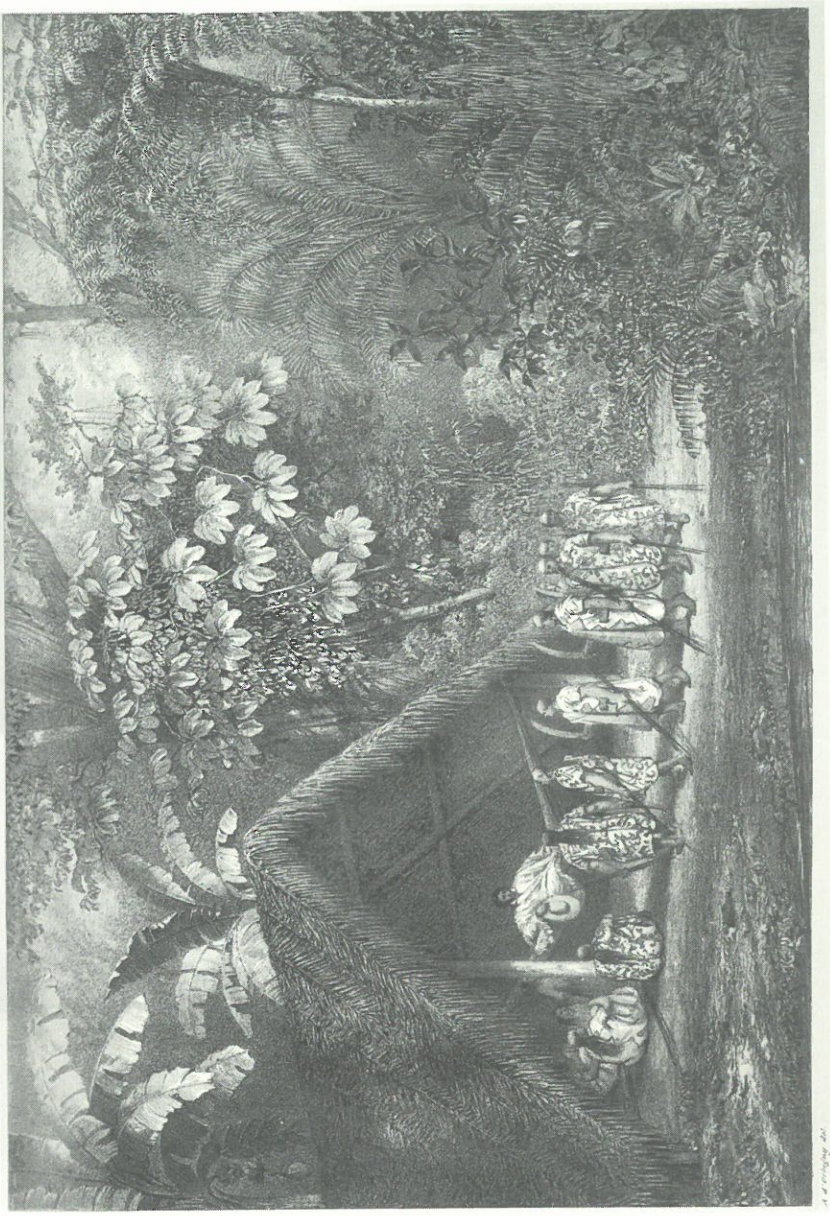
1831
Santo Corazón de Chiquitos

Desde la expulsión de los jesuitas, un gobernador no visitaba a Santo Corazón, por lo que la noticia de nuestra llegada constituía un verdadero acontecimiento para los habitantes de la misión, que hicieron esfuerzos encomiables para recibirnos en debida forma. En su ingenuidad, esas pobres gentes ignoraban si un gobernador, cuyo poder tanto se les alabara, era un dios o un hombre. Hasta habían llegado a preguntar al administrador si estaba tonsurado, ya que el cura era el primero después de Dios. A una legua de la población encontramos al cura con los jueces indígenas a caballo, vestidos de rojo y cargados de banderas, y gran cantidad de indios ataviados ridículamente cubiertos de flores. Nos detuvimos bajo un gran arco de triunfo, donde los jefes indios y el cura bajaron de sus cabalgaduras para arengar al gobernador, después de lo cual los jueces, con sus banderas, realizaron ante

16 *Bokis* es el nombre del bambú en idioma chiquito.



Vista de una choza y danza de los yuracarés, Bolivia.



Visita a los yuracarés.

nosotros la ceremonia que suelen efectuar ante el altar los días de grandes fiestas, mientras los indios bailaban y cantaban loas al gobernador. Desde este primer arco hasta la misión había, cada quince pasos, otros decorados con flores; avanzamos precedidos por los bailarines que ejecutaban figuras coreográficas, gritando a cada momento *¡Viva el señor Gobernador!* Cuanto más nos acercábamos, más crecía nuestro cortejo con los curiosos venidos a nuestro encuentro, y las aclamaciones se multiplicaban. En la última colinita me encontré frente a la misión, coronada por un inmenso arco de triunfo de hojas y flores, bajo el cual, a pocos cientos de pasos de nosotros, esperaban jóvenes indios de ambos sexos, con trajes de baile, la música y toda la población ordenada a ambos lados, en el mayor orden. Este conjunto desplegado en anfiteatro tenía algo majestuoso y pintoresco a la vez. Hubo que volver a parar y escuchar coplas entonadas por indiecitas adornadas con flores y plumas; por fin, después de habernos colmado de todos los honores imaginables, se nos dejó ir, con las bailarinas al frente, a la residencia del gobernador, exornada con guirnaldas de flores. Ya sólo nos faltaba recibir los saludos de todos los jefes.

El gobernador y yo caminábamos de frente, pero ya sea porque mi traje blanco y mi faja de raso rojo con los extremos bordados colgando a un lado, impresionara a los indígenas más que la ropa del gobernador, ya sea que mi aire más de extranjero y mi talla más alta los predispusiera en mi favor, me tomaban por el jefe de la provincia y tenía que cuidarme de no invadir los fueros del señor Peña, quien, dotado de excelente carácter, tomaba el error a risa y hasta la favorecía, obligándome a compartir los homenajes con los que le abrumaban, aunque les prestaba la mayor atención, interesado en perpetuar la consideración que se dispensa a los gobernadores, con el propósito de conservar más influencia.

Al día siguiente el cura cantó una gran misa en honor del gobernador; la música era inferior a la de Santa Ana. A nuestro arribo, vistiendo las ropas sacerdotales, salió a la puerta para recibirnos y ofrecernos agua bendita. Durante la misa se acercó a echarnos incienso, conforme a los antiguos usos establecidos para la recepción de los gobernadores españoles. Se trataba, en efecto, de una última representación de los exagerados honores que aquellos funcionarios solían exigir. Antes de la emancipación, tomaban asiento bajo doseles, y en los templos compartían los honores tributados a la divinidad, considerándose como reyes absolutos en el orden civil y como iguales a Dios, en el moral. Lo que más me extraña es la debilidad censurable con que el clero se plegaba a semejantes exigencias. El gobernador actual, hombre muy sensa-

to, había abolido por todas partes esas ceremonias ridículas; pero en Santo Corazón, para mostrarme hasta dónde llegaba la adulación de los funcionarios religiosos y seculares, les dejó hacer lo que quisieran.

Después de misa, los indios vinieron a hacernos sus ofrendas, trayendo un pollo, un cuy, un racimo de bananas, ananás y calabazas llenas con la mejor miel de los bosques. Por mi parte, esas visitas me costaron más de diez docenas de aros y una cincuentena de metros de cintas, sin contar los pañuelos de color, distribuidos entre los jefes. Hubo dos días de baile, en los que se tocaron valses, minués y contradanzas españolas, como si se estuviera en plena civilización; pero al fin de cada velada, las danzas nacionales me regresaban fácilmente al verdadero teatro de la reunión. Las indias tienen menos gracia que en Santa Ana, aunque componen las figuras con análoga precisión. Observé que, en las figuras indígenas, no se tornan de las manos.

Después de la fundación de las demás misiones, la búsqueda del puerto más favorable para navegar en el Río Paraguay hizo que los jesuitas descubrieran las diversas naciones que componen la misión de Santo Corazón. En 1717[17] encontraron a los samucos o samucus. Dos años después el padre Alberto Romero fue muerto por individuos de esta nación belicosa[18], a raíz de haber desconocido a la mujer de un cacique, en un reparto de carne. El jesuita que fue a reemplazarlo sólo encontró en la misión cuatro o seis familias; las otras habían escapado a los bosques. La misión, compuesta de indios *samucus*, *otukés*, *curavés* y *potureros*, fue primero fundada a veinte leguas al sur de la actual, en la confluencia de los ríos Tucabaca y San Rafael, que luego corren juntos hasta el Paraguay, bajo el nombre de Oxukis. Subsistió durante algún tiempo, pero los samucus efectuaban incursiones demasiado frecuentes contra sus dependencias, y los jesuitas, hacia 1751[19], la trasladaron al lugar que ocupa en la actualidad. Bajo el régimen jesuítico tuvo prosperidad, pero después de la expulsión de los padres, administradores y curas, que se sentían lejos de todo contralor, abusaron en toda forma de los pobres indígenas, quienes prefirieron el estado salvaje a su vida desgraciada; fueron, en efecto, a establecerse al este, más allá de las últimas montañas, de donde, en 1829, el administrador actual, hombre de juicio, pudo atraerlos al poblado. A partir de la instauración del régimen de gobernadores, y debido a su lejanía y aislamiento, Santo Corazón fue convertida en lugar de confinamiento, al que no sólo se envían los indios más perver-

17 Padre Fernández, *Relación Historial de los Chiquitos*, p. 390.

18 Op. cit., p. 398.

19 Obtuve todos estos datos en los lugares respectivos.

tidos sino también españoles condenados por delitos. Se concibe con facilidad que con tales nuevos elementos de población, los habitantes de la localidad se hayan vuelto pronto más corrompidos que los de las demás misiones, de lo cual pronto me convenció el estudio de sus costumbres.

La población actual de Santo Corazón asciende a 805 habitantes, pertenecientes a cuatro naciones distintas: 1° *chiquitos*, traídos por los jesuitas a la misión para difundir su idioma, en pequeña cantidad; 2° *samucus*, cuyo lenguaje me permitió identificarlos como una sección de la nación de los *potureros*, también incorporada a la misión: ambas tribus provienen de la misma estirpe que los guarañocas de Santiago y los morotocas de San Juan, a los que ya habré de referirme; 3° los *otukés*, que suman aproximadamente ciento cincuenta en la misión de Santo Corazón y pueblan los bosques del nordeste de la provincia: su número escaso les hizo fundirse con las demás naciones, de tal manera que sólo dos viejos recordaban su lengua nacional, ya olvidada por los jóvenes; tal vez hoy día ya no exista otro vestigio de su idioma que el pequeño vocabulario que pude redactar; y 4° los *curavés*, que aseguran haber habitado a orillas del Río Tucabara y haber hablado un lenguaje diferente, que se extinguió. Estos indios se reunieron en Santo Corazón para librarse de los ataques de los salvajes del Chaco, destructores del resto de su pueblo.

Comparados a los indios de Santiago, desnutridos por negligencia de sus gobernantes, los de Santo Corazón hacen honor a su administración. Todos son grandes, robustos, bien alimentados. Esta mejora se debe al administrador actual que, en 1829, encontró la misión casi desierta y carente de todo, consagrándose a atraer con buenos modos a los indios de los bosques donde se habían refugiado, y aprovechando su buen carácter los hizo trabajar cantando. Si había de desmontar o sembrar un campo, mandaba preparar *pemana* (cerveza de maíz fermentado), llevándola en jarros al lugar del laboreo junto con los indios que iban entonando las mismas canciones con que acompañarían su trabajo. La operación se efectuaba con entusiasmo y luego volvíase alegremente. Semejante método pronto llevó la abundancia a la misión, que en la actualidad es la mejor aprovisionada de todas y tiene los alrededores mejor cultivados.

Si me había impresionado la disolución de costumbres en Santiago, con temperatura mucho más alta Santo Corazón me ofrecía ejemplos todavía mucho más sorprendentes. Las pasiones, y por ende el libertinaje, alcanzan el colmo entre las mujeres que han trocado con los hombres su papel y en todas partes se las ve hacerles sus avances públicamente. Cada una quiere poseer a su vez a los jóvenes y oí que una india lamentaba la frialdad de uno de ellos,

diciendo: "¡Qué infeliz soy! ¿Cómo va a amarme si no tengo nada para darle?". A diferencia de las indias pertenecientes a otras misiones, las de ésta prefieren sus compatriotas a los blancos y atribuyen gran importancia a los regalos que reciban de aquéllos. Con mayor agrado reciben, por ejemplo, una tortuga[20] de un indio que el mejor vestido que les ofrezca un español, pues consideran que para obtener esa tortuga el indio tuvo que recorrer todo el bosque vecino, mientras que el blanco sólo se toma el trabajo de medir su tela. Sorprende encontrar pasiones tan vivas entre las mujeres, cuando los hombres son de los más indolentes. Casados en general a los catorce o quince años, no conocen el amor y su indiferencia llega al extremo. Son muy raros los hombres celosos, de quienes se burlan los demás. En cuanto un hombre acepta, de manos de una mujer, un regalo proveniente del amante de ésta, pierde todo derecho sobre ella y ya no puede protestar por la situación; sin embargo (cosa notable, en medio de semejante corrupción), no existen matrimonios mal avenidos. Por ambas partes se observa la máxima libertad, sin que los esposos cesen de compartir el mismo techo y vivir en armonía. Librados a la merced de hombres sin educación a partir de la expulsión de los jesuitas, bajo la autoridad de jefes carentes de principios y los primeros en corromperlos, se adivina qué rápido habrá sido su descenso a la depravación de las costumbres; pero resulta difícil señalar de qué modo se podría reintegrar esta población extraviada a un estado de cosas más satisfactorio.

Santo Corazón se halla en una ubicación encantadora. Construida sobre una leve eminencia, cercana al río de su nombre, domina un valle boscoso que riegan otros dos riachos: el *Bokis* y el *Kihusos*, bajando de las montañas occidentales. Se halla casi rodeada de montañas cubiertas de bosques. Al este, la cadena gredosa del Tarouch, de mamelones redondeados; al oeste y sur, la de Sunsas y sus contrafuertes, que se extienden a lo lejos, rumbo al noroeste. Sólo al norte ninguna elevación interrumpe la visual y el bosque se extiende sobre el horizonte. Los alrededores están sembrados de algodonales, maizales, campos de mandioca y toda clase de legumbres. El poblado representa poco por sí mismo. La iglesia es espaciosa, pero cubierta de paja, igual que el colegio y casas de los indios que rodean la plaza.

Los productos de esta misión, la más pobre de todas las de la provincia, son análogos a los de las demás, aunque en menor cantidad, con excepción del algodón, muy lindo y apreciado. En un territorio donde todavía se descono-

---

20 La tortuga de tierra, bastante común en los bosques, es el regalo más apreciado por las indias de Santo Corazón.

cen las carretas y los caballos escasean, el transporte por bueyes, con trineos parecidos a los que ya he descrito, ofrece muy pocas ventajas. El administrador quiso hacer de los bueyes animales de carga y silla. Me pareció ingeniosa su manera de domarlos. Hace perforar el tabique nasal del animal, por donde pasa una argolla de hierro, a la cual se atan correas que sustituyen a las riendas del caballo. De este modo, los más intratables se vuelven mansos, dejándose llevar como el caballo más dócil. Vi indios que montaban bueyes así ensillados y conducirlos con gran facilidad; también los vi cubrirlos con un arnés especial, al que se adaptan unas especies de canastas, en las que caben hasta doscientos kilogramos de carga. Cargados así, los bueyes pueden recorrer de ocho a diez leguas diarias. Supe más tarde que el uso ha consagrado hace tiempo este medio de transporte en algunas partes de Brasil, el mismo que por resolución de don Marcelino de la Peña ha llegado a generalizarse en la provincia, aliviando a los pobres indios que hasta ahora son las bestias de carga. Me parece que sería fácil y sobre todo útil introducir el método en muchos departamentos de Francia, donde las vacas, sin dejar de suministrar leche, podrían prestar de tal modo grandes servicios a la agricultura y el comercio.

Al recorrer los alrededores, recogiendo por todas partes los productos de la naturaleza, también me dedicaba a la geografía de aquellas regiones, aún desconocida del todo. Quise asegurarme de la existencia de otra montaña al este de la cadena del Taruoch y oeste del Río Paraguay. Al efecto, hice que los indios abrieran un sendero hasta la cumbre de la cadena, para otear a la distancia. Me dirigí al este y anduve una legua por la llanura, franqueando los tres riachos de Santo Corazón, Bokis y Kihusos, bordeados de hermosa vegetación. Atravesé una colina bastante baja, entre dos mamelones de arenisca, y penetré en una depresión sin salida, rodeada de montañas. Esta depresión, antaño cubierta de bosques espesos, había sido transformada, en los dos últimos años, por los cuidados del administrador, en un magnífico establecimiento agrícola, donde se veían los más lindos bananales, maizales, campos de mandioca y caña de azúcar, circundados por la vegetación más hermosa, sin ceder de ninguna manera a las partes más pintorescas de las alabadas florestas vecinas a Río de Janeiro (Brasil). Este lugar realmente encantador, apto para toda clase de cultivos es, sin ninguna duda, el punto de la región en que la vegetación alcanza su más activo desarrollo.

Atravesando las selvas vírgenes, mezcla de palmeras, que cubren las colinas próximas, emprendí la ascensión hacia la cima de uno de los mamelones, por el sendero que mandara practicar; pero para ahorrarse trabajo los indios lo habían trazado en línea recta, en vez de reducir con vueltas el ángulo. Me vi,

pues, en la necesidad de avanzar sin cesar sobre hojas secas, donde, cuando no me asía a los árboles, un resbalón me hacía perder en un instante el fruto de prolongados esfuerzos. Tras cuatro horas de lucha bajo un calor sofocante, logré por fin alcanzar el punto deseado, muerto de cansancio. Dominaba las cimas vecinas y podía muy bien apreciar el conjunto de la cadena de Taruoch. Hice un relevamiento de todos los puntos, con ayuda de mi brújula de agrimensor, y comprobé que al este ya no hay montañas[21]. Un vasto horizonte azulado se perdía en la lejanía y dibujaba una línea uniforme en el contorno. Desde entonces tuve la certidumbre de que, desde ese lugar hasta el Río Paraguay, sólo existen llanuras boscosas, inundadas en la estación de las lluvias, que ocupan gran extensión y forman el comienzo de la laguna de Yarayés tan mentada por todos los historiadores de la Conquista debido a los indígenas del mismo nombre que habitan su territorio[22].

La llegada a Santo Corazón tenía inmenso atractivo para mí. Había establecido como objetivo de mi viaje por Bolivia los últimos puntos habitados al oriente de la República. Acababa de alcanzarlos, ya que no se podía avanzar más allá sino hacha en mano, por lugares deshabitados y en parte inhabitables. De este lado, Santo Corazón era efectivamente el confín del mundo, donde debía detenerme para luego regresar al oeste. La idea de haber llegado a seiscientas leguas de las costas del gran océano, de hallarme en el centro del continente y casi a igual distancia del océano Atlántico, me causaba un placer que no podría expresar. Con frecuencia había considerado un sueño alcanzar ese punto; por eso la realización de mi proyecto, al completar el viaje, me causaba gran satisfacción.

Para mí no se trataba solamente de una cuestión de amor propio, la alegría de haber llegado a Santo Corazón, sino que pensando en las ventajas enormes que podrían derivar de la navegación del Río Paraguay, para el movimiento comercial y la civilización de la provincia de Chiquitos, quería ser el primer agente de tan vasta empresa. El Presidente de la República me había encomendado informarme acerca de la posibilidad de esa navegación, y el gobernador tuvo a bien secundarme en las averiguaciones. Apenas llegado, había reunido en mi residencia a todos los indígenas que conocían el campo por sus

---

21 Así es que todas las cadenas de *San Pantaleón* y *Santa Lucía*, que figuran en los mapas de Azara, no existen. En Santa Cruz conocí a don Antonio Alvarez, quien, en su carácter de comisario de límites, suministró las informaciones publicadas por Azara; me aseguró que nunca ha visto todo lo que, en el mapa del último, se encuentra al este de Santiago.

22 Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, p. 46, etc.

recolecciones anuales de la cera que producen las abejas de los bosques. Entre ellos figuraban varios indios salvajes de los alrededores de la antigua misión de Santo Corazón, a veinte leguas al sur de la misión actual, y otros jefes de estancias o chacras situadas al este del Río Santo Tomás, hacia el norte de Santo Corazón. Todos me aseguraron que al este no había ningún punto de acceso al Río Paraguay durante todo el año; que en los veranos muy secos podía llegarse con muchas dificultades, atravesando extensos pantanos, porque todas las tierras comprendidas entre aquel río y las primeras montañas del oeste, desde el Río Jaru hasta el Oxukis, se inundaban con las primeras lluvias de manera tal que resultaba imposible cruzarlos de otro modo que en canoa, y ésta con gran trabajo porque muchos bosques espesos dificultan la marcha. De acuerdo a estas informaciones, había que renunciar a buscar por los alrededores un puerto sobre las mismas orillas del Paraguay, dado que los esteros conocidos en tiempo de la conquista por *Laguna de Yarayés* impiden el tránsito.

Forzado a abandonar el proyecto de instalar en esa latitud el puerto, directamente sobre el Paraguay, pensé establecerlo sobre uno de sus afluentes occidentales. Al norte de Santo Corazón hay dos ríos: *Tapanakich* y el *Santo Tomás*. El primero recibe todas las aguas de la vertiente oriental del extremo norte de la cadena de San Juan o de Sunsas. Había cruzado varios de sus afluentes, bastante caudalosos como para asegurarme de que al salir de las montañas este río debía ser navegable, por lo menos durante las lluvias. Consultados al respecto, los indios me explicaron que lo es más bien durante la sequía, porque entonces su curso está encajonado, mientras que, durante las crecientes, la inundación del campo no permite determinar el cauce. Sin dejar de pensar que este inconveniente se podría salvar con facilidad por medio de balizas para guiar la navegación durante el tiempo de crecidas, renuncié por el momento a ese río. El de Santo Tomás recibe todas las aguas de la extremidad sur de la cadena de Sunsas. A juzgar por los lechos que atravesé, me pareció que su curso, por debajo de la confluencia del Santo Corazón, debía ofrecer la posibilidad de navegarlo. Los indios me aseguraron que presenta las mismas características que el Tapanakich, teniendo poca agua en invierno, en tanto que en verano se confunde con los esteros.

Recordé el volumen de los ríos San Rafael y Tucabaca, y sabiendo que en su punto de confluencia, al extremo de la Sierra de Santiago, sus aguas, que corren con el nombre de Oxukis, deberían formar un río navegable durante todo el año, por la importancia de sus afluentes, interrogué también a los indígenas, quienes me dijeron que cerca de la vieja misión de Santo Corazón el río es, en efecto, ancho y profundo, y pasa por lugares no inundados. Resolví com-

probarlo personalmente y pedí al gobernador que enviara indios a abrir un sendero en medio del bosque, para poder llegar. Inmediatamente, cincuenta hombres fueron enviados, y esperé el resultado de este intento. Diez días después volvieron los indios y me avisaron que el camino estaba hecho. En medio de un llano irregular, atravesando la extremidad de la Sierra de Sunsas, habían encontrado un río grande, con riberas altas y susceptible de utilizarse todo el año como puerto cómodo. Ya no tenía dudas y, además, este puerto equidistante de Santiago y Santo Corazón, podría servir para remontar grandes tramos del San Rafael, hacia Santiago, y el Tucabara hacia San Juan. Encantado por tal éxito, quise conocer el sitio, pero el gobernador, que ya había esperado once días por complacerme, me dijo que no podría quedarse más tiempo en Santo Corazón, asegurándome que no vería más que los indios. Tuve pues que renunciar, aunque a disgusto, a mi proyecto y conformarme con las numerosas informaciones recogidas. Más tarde, de vuelta en Santa Ana, tracé un mapita del extremo oriental de la provincia de Chiquitos[23] y lo elevé al Presidente de Bolivia, con todos los datos que creí necesarios para hacer conocer bien el importante lugar de la República por donde podría establecerse una comunicación con el Paraguay y las demás provincias del Plata, recibiéndose mercaderías de Europa por esa vía igualmente apta para la exportación de los numerosos productos de la provincia de Chiquitos[24].

10 de octubre

El 10 de octubre dejé Santo Corazón para dirigirme a San Juan, a setenta y cinco leguas de distancia. Cuando partí, gran número de indias vinieron, con lágrimas en los ojos, a darnos la mano, mientras otras acompañaban a los indios cargados con nuestros baúles y llegaron a cargarlos ellas mismas más de una legua, para aliviarlos. A mi llegada a Santo Corazón el bosque estaba desprovisto de follaje y la sequía era intensa. Durante los doce o trece días pasados allí, abundantes

23 A mi regreso a Santa Ana, dejé copiar el mapa al señor Bach, que encontré allí. Luego lo publicó, agregándole datos falsos tomados de Azara: *Das land Otuquis in Bolivia* (Francfort, 1838) ; pero desnaturalizó un poco los lugares para incluir mayor número de localidades interesantes en el distrito que comprende la concesión del señor Oliden. Por esto se ve figurar erróneamente *Santiago*, bajo el nombre de *Rinconada*, igual que las salinas de Santiago, etc.

24 Supe después que estos informes decidieron al gobierno a conceder al señor Oliden, de Buenos Aires, un sector de veinte leguas cuadradas alrededor del lugar en que se establecería, cerca de la confluencia del Río Oxukis, a condición expresa de abrir la navegación del Paraguay. En efecto, Oliden fue a establecerse cerca de las ruinas del Río de Santo Corazón, donde fundó un pueblo que bautizó con su apellido, pero no sé que haya hecho algo por la navegación, cuyo estado no parece haber cambiado desde mi estadía en Chiquitos.

lluvias habían cambiado todo, vivificando la campiña. Los árboles ya se habían cubierto del follaje más tierno o de flores cuyo suave aroma perfumaba el aire. Este cambio de decoración me causaba mucho gusto porque el mundo alado, mudo hasta entonces, animaba el ambiente con sus sones melodiosos.

Después de nueve leguas de camino al noroeste, por un bosque espeso que se caracterizaba por la altura y variedad de sus árboles, llegué a la ramada de *Santo Tomás*, situada junto al curso del mismo nombre, gran riachuelo que baja de las montañas occidentales, dirigiéndose hacia el Río Paraguay, después de unirse al Santo Corazón. Durante dos días hice practicar excavaciones en el lecho, porque la naturaleza de las piedras me hacía pensar que encontraría oro. Efectivamente, cateos muy superficiales bastaron para obtener unas pajuelas, indicios verdaderos de que con trabajos bien dirigidos se podrían obtener resultados excelentes.

De Santo Tomas, el bosque, siempre de los más espesos y poblado de árboles gigantescos, entre los cuales prevalece el cedro americano, me llevó, bajo una bóveda impenetrable a los rayos solares, hasta ocho leguas al oestenoroeste, al alto de Seriocoma, donde paré sólo un momento con la idea de llegar hasta ocho leguas más al oeste para pasar la noche. Desde el alto, veía, al sur, cerros poco elevados, a los que en seguida me acerqué sin dejar el bosque, y que hasta crucé por un punto muy bajo, antes de llegar al Río Tapanakis, donde pernocté. Este río, casi seco entonces, estaba lleno de restos de esquistos, signos casi infalibles de la presencia de minas de oro; pero por falta de medios de excavación, tuve que abandonar esas presuntas riquezas a otros, en mejores condiciones de aprovecharlas. Cazando, recorrí el lecho del río y recogí muestras de historia natural.

Padecía un fuerte lumbago, empeorado por el trote del caballo durante diez y seis leguas. A la noche tuve que vivaquear en un pequeño llano donde me acosté en el suelo bajo la garúa que no dejó de mojarme hasta la mañana; al levantarme sufría horriblemente y casi no podía moverme sin gritar. Pero no era posible demorar la marcha del grupo y no tuve más remedio que resignarme a montar y sufrir las sacudidas que implica una marcha forzada de veinte leguas. Creo que nunca tuve necesidad de tanto valor para no detenerme; pero perdido en aquellas soledades, a veinticinco leguas de Santo Corazón y cuarenta de San Juan, debía seguir a mis compañeros de viaje, prorrumpiendo a ratos en gritos de dolor.

14 de octubre

Dejando el Tapanakis, entré en un amplio valle donde el bosque menos denso me dejaba entrever de tiempo en tiempo los cerros que me rodeaban. Tenía al norte una cadena bastante elevada; otra más baja al sur, hacia la que

me dirigía, recorriendo ocho leguas al sudoeste, por un terreno irregular, pedregoso y cubierto de fragmentos de cuarzo, hasta la parada de *Tapatioch*, situada casi al pie de las montañas, en pleno monte ya muy tupido. A continuación atravesé la cadena por caminos muy accidentados y tanto más difíciles por cuanto la lluvia, que no cesaba, los hacia resbaladizos. A diez leguas al sudoeste de Tapatioch, el bosque raleó, el suelo se puso más regular y por todas partes vi al descubierto grandes mesetas de gres devónico. Por una de esas masas, que mediría cerca de una legua de ancho, corría el arroyo *Las Conchas*. Con sus cascadas en pisos sucesivos, este torrente se ha excavado estanques, en las partes más friables. El resultado es una serie de lagunillas redondeadas y bastante profundas, ubicadas una tras de otra, donde hay agua todo el año, pues sólo el exceso se derrama a la hondonada inferior. Esos pintorescos lugares cubiertos de greda, se prolongan por espacio de dos leguas, hasta la estancia San Francisco, donde los pocos indios que la habitan nos recibieron de la mejor manera posible. Aunque poco dispuesto a tomar parte en sus cantos y bailes, tuve que hacer acto de presencia durante varias horas de la noche. Vi llegar a nuestros indígenas, quienes habían tenido que recorrer, a pie y cargados, el mismo camino que nosotros a caballo, vale decir veinte leguas. Lo que más me sorprendió fue verlos bailar con tanto entusiasmo que no parecían abrumados de cansancio.

Al día siguiente, el gobernador decidió que iríamos a la misión de San Juan, aún a veinte leguas, en dirección sudoeste. Era mucho para un enfermo, pero, ¿qué iba a hacer? Tuve que seguir resignándome. Desde San Francisco, a través de un terreno pedregoso, donde presentan sus capas casi horizontales varias planicies de arenisca al descubierto, alcancé un bosque muy extenso cuyo suelo accidentado y cubierto de árboles enormes, altos y rectos, constituía el más hermoso modelo de selva virgen. El cielo estaba cubierto; apenas nos llegaba la luz bajo aquella bóveda espesa de ramas entrecruzadas, por donde seguíamos una senda que no tendría más de un metro de anchura. Empezó a caer una lluvia fina y nos consideramos felices al encontrar, al pie de la montaña de *Tañemené*, un alto que nos ofreció abrigo. Amontonados bajo un techo de pocos metros de superficie, nos era imposible permanecer allí, pero la lluvia caía en abundancia creciente. Efectuamos un cambio de ideas sobre la situación y fue opinión general seguir viaje hasta cubrir las doce leguas que nos faltaban. El bosque siguió siendo espeso y de esas ramas cruzadas, de cincuenta a sesenta metros de elevación, nos caían gotas que no pesaban menos de una onza; sin embargo, recibimos torrentes de lluvia que nos traspasaban. El suelo era muy desigual, subiendo y bajando sin cesar por un sendero tortuoso. Apenas se veía a unos

15 de octubre

pasos. Franqueamos tres colinas paralelas; en la ultima empecé a respirar, divisando al sur una campiña menos boscosa y el cielo más despejado. Me hallaba en la cadena de San Juan, a tres leguas de la misión del mismo nombre. El tiempo aclaró poco a poco y la lluvia cesó por completo en la llanura.

Misión de San Juan Bautista

Pronto encontramos al administrador con el cura, y luego a los jefes indígenas que, recibiéndonos con banderas, nos condujeron bajo arcos de triunfo hasta la entrada de la misión, donde tuvimos que detenernos, a pesar de estar mojados, y soportar las danzas, cantos y arengas de los indios. Nunca hubo homenaje más inoportuno; por fin., mientras el gobernador lo seguía recibiendo, me pude alejar para cambiarme de ropa. No se nos dejó tranquilos y a la noche tuvimos que asistir, con o sin ganas, a un baile que duró parte de la noche.

San Juan fue primeramente fundada por los jesuitas en 1706[25] y luego abandonada por falta de sacerdotes. Volvieron en 1716 y congregaron a los indios *boros*, *penotos*, *taus* y *morotocos*, que hablaban idiomas distintos[26]. Establecida en un principio a doce leguas al este de San José y a diez y ocho de su actual emplazamiento, San Juan fue transferida con un pretexto fútil, mucho tiempo después de la expulsión de los jesuitas, al sitio que ocupa en la actualidad, por un religioso al que acusan de haber querido vender a los brasileños el ganado de la misión. Este sacerdote abandonó edificios notables, construidos bajo la dirección de los jesuitas, por chozas; en efecto, la casa de gobierno y la iglesia son de barro y paja. Sólo la habitación del cura está techada con tejas. Los ranchos de los indios son limpios y están alineados alrededor de una plaza plantada de palmeras totais.

La ubicación actual de la misión es deliciosa. Se extiende al pie de la vertiente meridional de la cadena de San Juan, cerca del río del mismo nombre, que, después de recibir los riachuelos de San Lorenzo e Ipias, serpentea en medio de un valle arenoso, dirigiéndose al sudeste, con el nombre de Tucabaca. Cerca de la localidad, este valle está cubierto de inmensos algodonales, maizales y bananales, rodeados de empalizadas, y en toda su extensión muestra un aspecto de abundancia. Desde las orillas del Río San Juan la vista se pasea con agrado por los campos verdes y arbolados, limitados por cerros al sur y norte.

---

25 Padre Fernández, *Relación historial de los Chiquitos*, p. 181.

26 Padre Fernández, op. cit. p. 362. Actualmente sólo se habla en los idiomas chiquito y mototoca; todos los otros se perdieron en la misión.

Hacia el sur se observa, a ocho o diez leguas de distancia, los tres grupos de cerros de Santiago que bajan al horizonte, por el este, y se elevan poco a poco, hacia el extremo opuesto, hasta el Chochiis, gigante de la cadena, de flancos escarpados, desgarrados, y cubierto de una plataforma horizontal. Más al oeste la cadena del Ipias presenta los mismos accidentes, en proporciones menores, y la de San Lorenzo parece más una vasta construcción en plataforma que una montaña de arenisca. Si me volvía hacia el norte, las cúspides boscosas y azuladas de la sierra de San Juan contrastaban con la aridez de la cadena opuesta, igual que los bosques dilatados que la vista podía entrever al este.

La población actual de San Juan es de 879 almas. Se componía al comienzo de indios chiquitos, tomados de San José, morotocas y otras pequeñas tribus hoy desconocidas. En minoría y traídos de San José para el mero efecto de difundir su idioma, los chiquitos no lograron que desapareciera la lengua de los *morotocas*. Esta nación, gallarda y belicosa, procedente de la vertiente meridional de la cadena de San Lorenzo, hablaba un dialecto perteneciente a la estirpe común de los guarañocas de Santiago, los samucus y potureros de Santo Corazón. Fácil de confundir, por sus rasgos, con la nación chiquita, se hace temer de todas las demás por su bravura, y sin embargo es buena, dócil e industriosa. Quería escribir un vocabulario de su idioma y me costó poco observar que los jóvenes ya lo habían olvidado en parte, por el de los chiquitos; sólo encontré viejos que lo hablaban correctamente. Con el administrador actual reina la abundancia en la misión y todo se encamina en sentido progresista. Los indios trabajan cantando, como los de Santo Corazón. Por lo demás, sus productos son los mismos que en las demás misiones.

Hay cosas que repugnan tanto a un hombre delicado que hasta considera una falta divulgarlas; pero llamado por las circunstancias a identificar a mi lector con mis impresiones, a fin de hacerle conocer los territorios que recorrí, no puedo silenciar la conducta incomprensible del cura de San Juan. Cuando me hallaba en Santa Ana, una diputación de jueces indígenas compareció ante el gobernador para presentar una queja contra él, manifestando que sus relaciones con mujeres del lugar ya no le autorizaban a recibir confesiones, por lo que indios e indias se veían en la necesidad de cumplir tales obligaciones religiosas en las distantes misiones aledañas. Esta queja, cuyo alcance me fue fácil captar, no se comprendería en Europa sin algunas explicaciones. En América se considera que un cura puede confesar a todo el mundo, salvo a los parientes de las mujeres con las que ha mantenido relaciones íntimas. Tal era el caso del cura de San Juan que, debido a su persistencia en semejante conducta, se encontraba inhibido de recibir a una sola familia de su parroquia, en

el tribunal de penitencia. El gobernador quiso realizar una investigación; todas las autoridades indígenas convocadas declararon en forma unánime que el cura respetaba tan poco a sus hijas como a sus mujeres. Presentaron al gobernador diez y nueve jóvenes indias que eran las últimas víctimas de aquel monstruo. Me estremecí al advertir que la mayor no tendría más de once años, mientras otras aún estaban en la infancia. El interrogatorio de los indios e indiecitas produjo revelaciones horribles; aquel miserable explotaba la religión y el miedo al infierno para satisfacer sus pasiones con el cinismo más irritante y el libertinaje más desvergonzado. No entraré en mayores detalles acerca de una cuestión tan odiosa. Baste decir que el culpable no negó ninguno de sus actos, reputándolos muy naturales. No pudiendo imponerle ninguna pena sin invadir las atribuciones del obispo, el gobernador se limitó a cambiarlo de misión, enviándolo a Santiago, y elevó los antecedentes al jefe del clero.

Cuando se reflexiona sobre la existencia de curas y administradores en las misiones, resulta fácil explicarse semejantes extravíos, que por otra parte se producen con mucha frecuencia, aunque en menor escala. En un villorrio alejado por lo general treinta o cuarenta leguas de los demás y carente de todo control por parte de las autoridades superiores, dos hombres, cura y administrador, comparten un poder sin límites y pueden satisfacer todos sus caprichos, todas sus fantasías, sin encontrar la menor resistencia por parte de los indígenas: el temor a castigos, por un lado, y a la excomunión por el otro, los fuerzan a padecer en silencio. De lo que resulta que si el administrador o el cura, hombres por lo común de educación bastante deficiente, tienen malas disposiciones, éstas aumentan por la irresponsabilidad, la impunidad y sobre todo por carencia de esa tácita censura de las sociedades numerosas, cuya influencia alcanza gran eficacia sobre la conducta privada de cada uno de sus miembros.

El placer de mandar despóticamente se convierte en costumbre, a la que no se renuncia sin esfuerzo. En Santa Cruz vi curas viejos y ex administradores de Chiquitos y Moxos que ya no podían vivir en sociedad. Se encontraban incómodos y suspiraban sin cesar por el régimen de las misiones, cuya libertad de acción y satisfacciones materiales consideraban bienes supremos.

Regreso a las misiones del centro y oeste de la provincia de Chiquitos

Después de cuatro días pasados en San Juan, lo dejé sin pena, impaciente por librarme de las ceremonias y emprender en Santa Ana, convertida en centro de mis operaciones, investigaciones relativas a la provincia. El 19 de octu-

19 de octubre

bre, habiendo despachado la víspera mi carga, me encaminé directamente a San Rafael, que distaba sesenta leguas al noroeste. Mientras seguía una línea paralela a la cadena de gneis de San Juan, recorrí, hasta las ramadas de *Santa Ana* y *San Nicolás*, ocho leguas de tierras arenosas, poco arboladas, cortadas por pequeños llanos donde resplandecía la primavera tropical, con su fresca verdura e insectos de colores metálicos y alas multicolores. Luego entré en un bosque umbroso que un sendero apenas dibujado bajo enormes árboles, atravesaba por espacio de nueve leguas sin la menor variación. Empezaba a fatigarme cuando por fin un suelo menos boscoso apareció cortado por planicies redondeadas, prolongándose cinco leguas más hasta *Tunas*, mera choza donde paré a hacer noche luego de una marcha de veintidós leguas. Allí colgué mi hamaca y en vano busqué un descanso que los mosquitos no me permitieron disfrutar.

La víspera había seguido paralelamente a la cadena de San Juan, que me pareció descender en Tunas. Allá la perdí de vista, para entrar en una selva muy tupida donde, después de haber avanzado todo el día sin divisar nada, una marcha de diez y nueve leguas me llevó a un llanito, en el que paré cerca de una roca que llaman *La Piedra*. Había descansado un instante por la mañana, después de las primera leguas de tierra llana y húmeda, donde observé multitud de abejas sobre todo de la especie mitad negra y mitad amarilla, conocida por *opanoch*. En esta marcha forzada, atormentado por una sed devoradora, por ninguna parte había encontrado con qué saciarla. Al atravesar unas elevaciones, pertenecientes con seguridad a la extremidad meridional de la cadena de San Juan, creí por un momento que las hondonadas me darían un poco de agua: fue un error. En La Piedra, donde esperaba tener más suerte, también vi defraudada mi esperanza; no había alto ni agua. Me tendí en el suelo, haciendo cavar una depresión donde, tras gran esfuerzo, se obtuvo un agua barrosa con la que hubo que conformarse. Los mosquitos no nos dejaron descansar hasta Tunas.

20 de octubre

Me faltaba andar veinticinco leguas para llegar a San Rafael. Cansado por las malas noches y las marchas, resolví hacer una tentativa para atravesarlas. Con esta intención partí al amanecer; anduve tres leguas, teniendo al oeste la Sierra de San Carlos (cuyos mamelones redondeados se perfilaban en el horizonte) y la orilla de un estero afluente del Río San Miguel, que pasé por los llanos más hermosos del mundo. Este pequeño pantano, cuyo lecho tiene bastante hondura, se llena tanto de agua en tiempo de lluvia que resulta imposible su cruce. Entonces quedan interrumpidas del todo las comunicaciones entre San Juan y San Rafael. Entré a un gran bosque de ocho leguas de longi-

tud, poblado de árboles enormes, al salir del cual recorrí cuatro leguas por terreno rocalloso y desigual, hasta el arroyo *Dolores*. Cansadas por los días anteriores, nuestras cabalgaduras no nos habrían podido llevar más lejos, pero el administrador había tenido la amabilidad de enviarnos caballos de refresco y pudimos seguir viaje poco rato más tarde, cruzando tierras irregulares y cortadas por planicies y arboledas, hasta el barranco de Santa Bárbara, por donde había pasado al partir de San Rafael, y de allí hasta la misión. Agotado de cansancio, me eché sobre un cuero, saboreando la dicha de estar a cubierto de las venenosas picaduras de los mosquitos.

Después de varios días empleados en investigaciones de historia natural y en recorrer otra vez los alrededores de San Rafael, fui a Santa Ana, donde tardé poco menos de un mes en completar observaciones de toda clase. Había cambiado por completo el aspecto de Santa Ana y sus alrededores. Una vegetación activa y fresca verdura revestían el suelo, esmaltado de flores variadas. Apenas sí podía reconocer los campos que dejara dos meses atrás. Esta efervescencia general de la vegetación atraía multitud de insectos de todas las especies y brillantes aves que, al animar el conjunto, me sirvieron como nueva fuente de riquezas y labor.

El 2 de noviembre asistí a un hecho nuevo para mí, que me produjo gran sorpresa. De todos los rincones de la casa de gobierno salió, con seguridad para acoplarse, un enjambre extraordinario de machos y hembras de hormigas aladas. Cuando los indios lo notaron, oí que por todas partes decían: "Son *ocepes*". Hombres, mujeres y chicos acudieron a disputarse la posesión de las hembras, cuyo abdomen redondo, del grosor de una arveja, estaba lleno de gérmenes de huevos, materia grasosa y blanca. Me complacía ver cómo esas pobres gentes atrapaban las hormigas, les arrancaban el abdomen y lo saboreaban con tanto gusto como si fuera el fruto más suculento. Otros golosos, más delicados, juntaban los insectos en un recipiente para comerlos fritos. Superando la repugnancia que debía inspirarme el aspecto de un manjar tan raro, lo quise probar y lo encontré bastante agradable. Durante una quincena los indios se dedicaron a cazar hormigas por todas partes, haciendo gran provisión.

2 de noviembre

Otro día, el gobernador, que había salido un momento a un patio que se comunicaba con el campo por medio de anchas barreras siempre abiertas, creyó ver que pasaba un gran animal cerca de sí y volvió muy asustado. Al día siguiente se encontraron en la arena rastros de jaguar. Esta aparición conmovió a toda la misión. En seguida se hizo afuera una jaula de ramas gruesas cebada con un gran trozo de carne, a la que se adaptó el mecanismo de una

puerta a báscula. La estratagema, empleada en todas las zonas donde pululan esas fieras, dio resultado la segunda noche. Al alba me lo vinieron a avisar. Nada más impresionante que aquel jaguar furioso que se lanzaba contra los barrotes de su jaula, en cuanto alguien se le acercaba, haciendo volar virutas de corteza con sus garras aceradas. Constituía en verdad un bello espectáculo que nadie sin embargo disfrutaba, temiendo que los esfuerzos del feroz animal le procuraran la libertad. Echado cuando se creía solo, brillaban sus ojos a la menor aproximación; entonces se abalanzaba contra los barrotes y sacudía toda la jaula para salir y atacar a los espectadores. El miedo de verlo zafarse decidió su muerte; una bala puso término a la rabia del prisionero y devolvió la tranquilidad a Santa Ana.

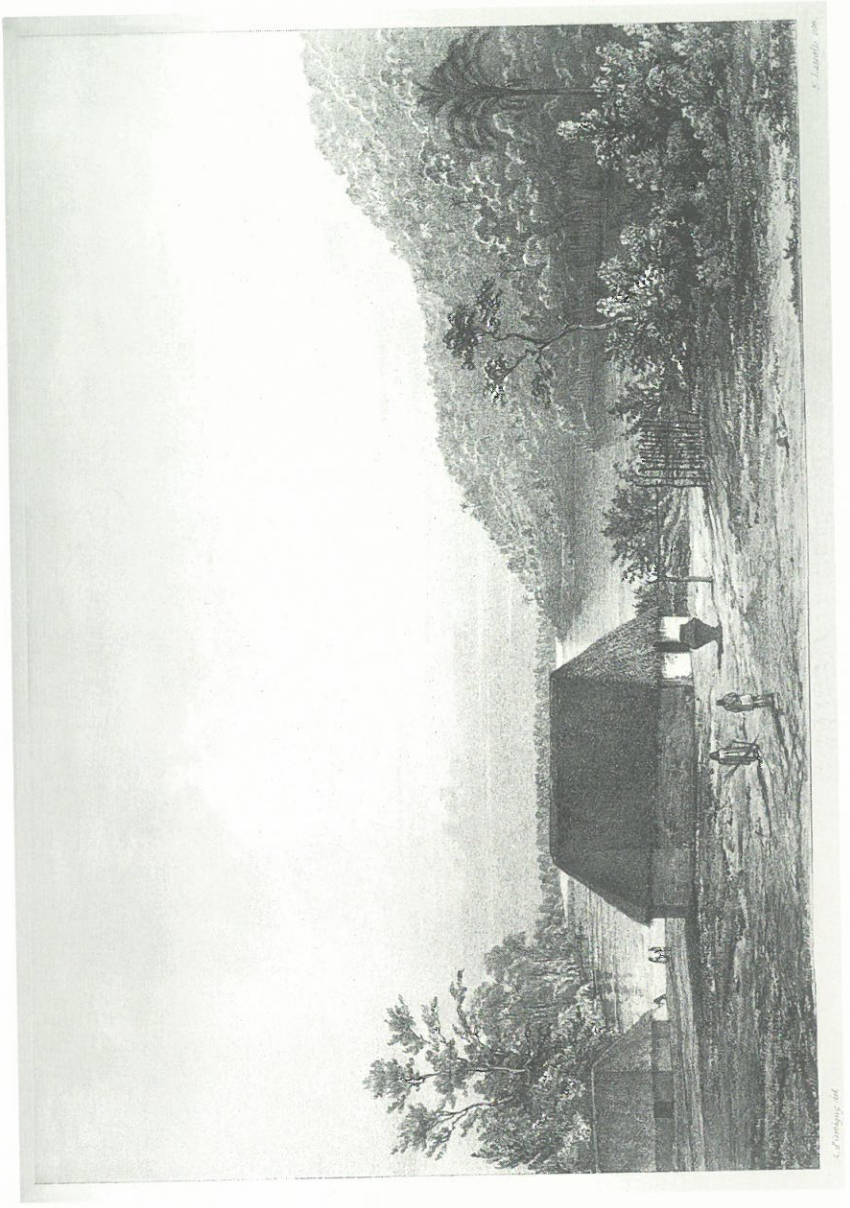
Los jaguares, muy comunes en la provincia de Chiquitos, ocasionan daños considerables en los establecimientos de ganadería. Estas fincas diseminadas por lugares alejados, están rodeadas por vastos desiertos, donde el animal tiene refugio natural y consigue obstaculizar el incremento de los rebaños y les impide prosperar. El gobernador, que conocía la bravura de los indios, ofreció una vaca preñada por cada piel de jaguar que se le trajera; esta disposición tuvo un efecto extraordinario: en el último año se habían matado por lo menos cien fieras y sus pieles curtidas hacían un lindo tapiz ya colocado en la gran sala de recepción del gobernador. Los indios los cazan con trampas análogas a la de Santa Ana o a flechazos, arma que emplean con mucha habilidad.

Antes de dejar Santa Ana habría deseado visitar la ciudad de Matto-Grosso, distante cincuenta y nueve leguas al norte, pero renuncié al viaje, porque había reaparecido allí una fiebre endémica que diezmaba a la población, ensañándose especialmente con los blancos. Esa fiebre, casi anual, sólo permite vivir en la ciudad a mulatos y negros, mientras los blancos deben refugiarse en *Cayaba*, actualmente capital de la provincia. Siguiendo los límites trazados entre España y Portugal por el tratado de 1777, la *Villa Bella do Matto-Grosso* debía constituir la frontera, pero no es así, encontrándose de hecho el límite en Salinas, vale decir a treinta y tres leguas de Santa Ana. Por lo demás, el único camino que existe entre la República de Bolivia y Brasil es el de Santa Ana, por el cual numerosos españoles vinieron de Río de Janeiro al Perú. Tales viajes son aún bastante frecuentes, en razón del tráfico de diamantes existentes en la cadena de Diamantino. A doce leguas de Santa Ana se halla, en la ruta, el puesto del *Pato*, donde se mantienen todo el año, en nombre de Bolivia, algunos soldados que observan los movimientos de los brasileños. Del Pato a Purubi se cuentan trece leguas de llanos cortados por palmares de carondai, bosquecitos naturales y prados magníficos para los animales. El mis-

mo terreno prosigue ocho leguas más, hasta *Salinas*, primer puesto brasileño, límite actual entre la República y el Imperio. Brasil mantiene allí un fuerte destacamento militar. Salinas está ubicada cerca de un pantano enorme, bordeado de árboles, fuente del Río Barbados que, catorce leguas más lejos, ve alzarse en sus orillas, en un llano, la localidad de Casalbasco. Es lugar de deportación, adonde se exilia a los condenados. Desde la guerra por la independencia se retiene allí a familias chiquitas, que el gobernador Ramos sacó de Santa Ana, y los pobres indios se vieron sometidos a una vigilancia igual que la dispensada a los criminales porque los brasileños temen su vuelta a Santa Ana. Todas las noches se los encierra; sólo van al campo con escolta de soldados y se los castiga con rigor cuando se los sorprende en el campo o se sospecha que quisieron evadirse. De Casalbasco a Matto-Grosso sólo hay doce leguas, que se recorren por el Río Barbados en lindas piraguas. La navegación está ya establecida en este punto, hasta la desembocadura del Amazonas. Algunas barcas grandes remontan todos los años el Pará y el Río de Maderas, llevando a Matto-Grosso todas las mercancías europeas.

23 de noviembre

El 23 de noviembre me despedí de Santa Ana, siempre en compañía del gobernador, no sin echar de menos a esos buenos indios, que me habían prestado tantos servicios. Me dirigí a San Miguel, de donde días después me encaminaba a Concepción y San Javier bajo una lluvia casi continua. No hablaré de las misiones ni del camino, ya descritos en el capítulo XXIX. Por todas partes efectué buenas recolecciones de historia natural. La naturaleza revestía entonces sus galas más ricas. En Concepción tuve que dejar al gobernador, que siguió viaje hasta Santa Cruz. Con verdadero pesar me separé de él; había podido apreciar sus buenas cualidades y amabilidad, sintiendo por él un afecto particular. Don Marcelino de la Peña, nacido en Cusco, se había distinguido en el ejército español, donde alcanzara el grado de teniente coronel. Por merecer sucesivamente la confianza de España y de su patria, llegó a ser, después de la emancipación, mayor de plaza, comandante militar y jefe de policía en Santa Cruz; luego gobernador de Moxos y después de la provincia de Chiquitos, donde toda su ambición consistía en efectuar mejoras de provecho. Le debo el éxito de mi viaje y eterna gratitud. Desde entonces nunca lo recordé sin verdadero placer. ¡Pueda ese honorable funcionario leer estas líneas con el gusto que experimento en evocar todo lo que debo a su amistad!



Vista de Santa Cruz de Guarayos, Bolivia.

CAPÍTULO XXXI

Viaje al territorio de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan

Viaje al territorio de los Guarayos[1]

Al noroeste de la provincia de Chiquitos existe otra provincia, la de los Moxos, no menos extendida, no menos ignorada y tan interesante desde el punto de vista de su geografía como desde el de sus habitantes, todos de raza indígena pura. El estudio de esta provincia está relacionado también con un interés muy particular para mí, puesto que esta región está sometida al régimen de las misiones de Perú, en tanto que la provincia de Chiquitos lo estaba al de las misiones de Paraguay. Me pareció entonces que, dejando de lado las demás observaciones científicas que allí pudiera hacer, tenía que recorrerla en todos los sentidos a fin de comparar esos dos centros, en los que el hombre salvaje de las selvas del Nuevo Mundo recibió un primer grado de civilización al adoptar una de las religiones del antiguo.

1831
Guarayos

Al ojear los mejores mapas, el de Brué, por ejemplo, uno se asombra de encontrar entre Chiquitos y Moxos un espacio blanco de casi cuatro grados de anchura, lo cual atestigua una carencia absoluta de informes geográficos acerca de esta región. Llenar esta laguna es una tarea tremenda. No vacilé un instante y resolví atravesarla, yendo del extremo norte de Chiquitos hasta la zona

1 Selvas habitadas por los salvajes guarayos dependiendo política y geográficamente de Chiquitos. Describiré esas regiones antes de dar un vistazo de conjunto sobre la provincia de Chiquitos.

sudeste de Moxos. A tal fin, realicé todos mis preparativos para iniciar mis nuevas peregrinaciones hacia esas regiones desconocidas.

19 de diciembre

El 19 de diciembre salí de San Javier con el objeto de marchar hasta el territorio de los salvajes guarayos, que me enteré existía a cuarenta o cincuenta leguas al nornoroeste. Mi caravana, formada por mis ayudantes a caballo y por sesenta indios chiquitos a pie, que llevaban mi equipaje sobre sus hombros, trepó en larga fila las laderas accidentadas de las últimas colinas de gneis de Chiquitos, en medio de extensiones cortadas por valles boscosos y colinas pedregosas a las que daban sombras elegantes palmeras bocayas o multitud de higueras parásitas, cuyas raíces parecían querer ocultar en todas partes la roca desnuda bajo su maraña estrechamente entrelazada. Desde la cima de la última cadena se presentó a mi vista[2] el más hermoso contraste: al este descubría colinas, dispuestas en anfiteatro, de perfil ondulado; al oeste, por el contrario, se divisaban hasta perderse en el confín del horizonte, como un mar azul, esas vastas selvas[3] que se extienden más de ochenta leguas hasta los últimos contrafuertes de la cordillera de Santa Cruz.

Comencé a descender hacia el oeste, en dirección al Río San Miguel, por collados pedregosos, cubiertos de pequeñas cañas espinosas que contrastaban con las palmeras del lomo de las colinas, en donde se proyectan sobre el azul del cielo, en tanto que al pie de esas mismas colinas dan sombra gigantescos árboles. Al atravesar un ancho arroyo, vi en la selva una gran cantidad de naranjos salvajes, y más lejos, en una ladera, me asombré al encontrar la vegetación modificada por palmeras jóvenes y por la palma Christi, creyendo reconocer allí todos los indicios de una antigua morada. Mi guía me hizo saber, en efecto, que allí se había establecido la Reducción de San Pablo, abandonada desde hacía treinta y dos años[4].

Costeé al pie de las últimas colinas, cerca del Río San Miguel, en el seno de las comarcas deshabitadas más bellas del mundo, soportando a menudo las lluvias torrenciales de la estación, constantemente expuesto a la picadura de los mosquitos y privado de todo descanso; pero a medida que avanzaba, la naturaleza tornábase más variada. Pequeñas llanuras verdes, encerradas en selvas umbrías, eran reemplazadas a menudo por grupos de palmeras de diversa espe-

---

2 Estaba entonces a seis leguas de San Javier.

3 Es el Monte Grande que crucé.

4 Las ruinas de la antigua Reducción de San Pablo están al oeste del paso de la cadena, a unas ocho leguas de San Javier.

cie, cuyo elegante follaje contrasta con el de los otros vegetales. Todo en esos lugares me inspiraba, tanto la majestad del conjunto como la riqueza de los detalles. La vida, la animación del campo, daban al cuadro un encanto irresistible, sobre todo para un naturalista. Delante de nosotros se levantaban nubes de mariposas de alas multicolores. Las hojas y los troncos de las plantas y de los árboles estaban cubiertos de millares de insectos de tintes metálicos, cuyo brillo rivalizaba ora con el vivo colibrí, ora con otros brillantes pájaros cuyos acentos alegraban a porfía la soledad de esta tierra virgen para el hombre.

Andando hacia el noroeste, me detuve al segundo día a veinte leguas de San Javier, al borde de un arroyo llamado La Puente, aunque nunca se lo haya cruzado sino en piragua. Ahí me devoraron manadas de mosquitos. A la mañana siguiente, dejé la llanura y subí a unas pequeñas colinas de gneis, cubiertas de la más variada vegetación. Por primera vez vi allí macizos de algunas leguas de la palmera *Cucich*[5] (cuchillo), de tronco recto, coronado a veinte metros de altura con una mata de hojas de cuatro metros de largo que presentan la forma de la hoja de una espada; es sin disputa una de las más bellas de esta admirable serie de plantas. Desde la cumbre de una pequeña cadena transversal pude advertir, en la lejanía azul, las alturas que lindan con el territorio de los guarayos, y este alejamiento me hizo temer que no podría llegar hasta allí el mismo día. En medio de dos colinas bastante elevadas, entré en un valle magnífico, poblado de palmeras cucich y de motacús, sajado de arroyuelos y mostrando doquier el ideal de la naturaleza intertropical.

Después de una marcha forzada, esperaba llegar de día al territorio de los guarayos, pero mi esperanza no se realizó, pues no pude resistir a la tentación de cazar grupos de monos, de acutis y, sobre todo, a un ciervo grande al que herí de muerte de un balazo en medio de la llanura. Mis indios no tenían otro alimento que maíz tostado. Pensaba que aprovechasen de mi caza, lo que me hizo perder tiempo y retuvo al guía, encargado de carnear al ciervo y de colgar los cuartos de los árboles con el fin de preservarlos de los dientes del jaguar hasta la llegada de los indios.

Durante largo rato recorrí al galope las vueltas y revueltas de una vereda apenas esbozada, ya en la selva, ya en la llanura; pero al atardecer nuestros caballos cansados se negaron a continuar. La noche, la noche negra de los trópicos, nos sorprendió de pronto en medio de un bosque. La oscuridad se tornó impenetrable. No divisaba nada, y las ramas de los árboles, que durante el día evitaba, me golpeaban constantemente en la cara. Sin que me diese

5 Especie nueva del género *Orbignya*, Martius.

cuenta, mi propio caballo se internó en el matorral, en donde me picaron atrozmente las hormigas rojas, armadas con un aguijón tan venenosa como el de nuestras avispas[6]. Como desde la muerte del ciervo el guía no había dado conmigo, comencé a temer que me hubiese extraviado. Me apeé, encendí fuego y gracias a él pude volver al sendero. Hay que encontrarse en circunstancias parecidas para apreciar el placer que nos proporcionan los primeros rayos de luz que suceden a las tinieblas y que devuelven el valor al viajero por fin resignado a su situación, hasta entonces insoportable. Hacia las once oí unos gritos: era el guía que venía a reunirse con nosotros y a sacarnos de nuestra desazón, anunciándonos que sólo estábamos a dos leguas más o menos de las habitaciones de los indios. Esta novedad me reanimó y resolví proseguir. El guía encendió una vela, de la que yo iba siempre provisto, y se puso a la cabeza de la caravana, que le siguió al paso, sin que yo dejase de admirar la solemnidad de nuestra marcha nocturna en medio del silencio de los bosques.

Hacia la una de la madrugada alcancé las chozas de los guarayos de la Ascensión. Me encaminé a la del jefe, de la que pronto un hombre cubierto con una larga túnica de corteza de árbol vino a hablarme en su lengua. Ignoraba completamente a qué raza podía pertenecer esta tribu; por eso no fue pequeña mi sorpresa cuando le escuché darme los buenos días en guaraní, lengua de la que yo había aprendido buen número de palabras en la frontera del Paraguay. Contesté de inmediato en la misma lengua. El jefe guarayo se quedó tan asombrado como yo mismo, y desde ese momento me demostró la más cordial amistad y me acompañó a todas partes durante los cuarenta días que pasé en esa hospitalaria nación. Volvía a encontrar con vivo placer en su estado primitivo los restos de una de las antiguas migraciones de guaraníes o caribes, los más intrépidos conquistadores de América meridional, que llevaron sus armas desde las orillas del Plata hasta las Antillas[7].

Entré en la choza del jefe, en donde encontré a toda su familia, compuesta de mujeres casi desnudas y de un gran número de criaturas. Colgué mi hamaca, pero, atontado por el viaje, por el habla guaraní que escuchaba y por encontrarme en medio de una nación todavía salvaje, a duras penas logré algunas horas de descanso, impaciente como estaba por la llegada del día siguiente.

La reducción de la *Ascensión* en donde me encontraba había sido fundada, ya en 1824, por el Padre Salvatierra con los restos de las antiguas reducciones de San Joaquín, de Asunta y de San Pablo. Esta aldea se compone de unos

---

6 Esta hormiga, muy ágil, vive solamente en el árbol llamado *palo santo*.

7 Véase mi artículo "Guaraní", en *El hombre americano*, pág. 365, de la edición Futuro.

trescientos indios guarayos y de algunos chiquitos escapados de Concepción. Se levanta en una colina boscosa, rodeada de selvas o de pequeñas llanuras, en medio de las tierras más fértiles del mundo. La aldea estaba muy triste entonces, pues un mes antes el fuego había destruido la iglesia con la mayor parte de las cabañas de los indios, que, cubiertas con hojas de palmera, tienen la forma de un octógono irregular, muy alargado, y son idénticas a las cabañas de los caribes de las Antillas al tiempo de la Conquista[8]. Son muy amplias, muy limpias, sin divisiones interiores ni ventanas; pero dotadas de puertas en los extremos.

A la mañana siguiente, todos los guarayos vinieron a visitarme, trayéndome cada uno su presente: pollos, huevos, bananas, caña de azúcar, papayas, calabazas, mandioca, ananás y hasta productos de caza. En un momento tuve provisiones de boca para varios días. Noté que los frutos, sobre todo los ananás, eran de doble tamaño y mucho más sabrosos que en otras partes de la República. Esta comarca, notable por sus productos, me pareció una segunda tierra prometida. Me llamaron la atención igualmente las maneras desenvueltas, las bellas proporciones y la cara interesante de esos indios. Los hombres de edad, apoyados en su arco, cubiertos con una larga túnica de corteza de árbol, sin mangas, con una larga barba[9], inspiraban realmente respeto por la nobleza de sus rasgos y por un orgullo en la apostura que, sin duda, debían ser características del hombre libre. Lejos de adoptar el tono sumiso de los indios de las misiones, se adelantaban con soltura y se expresaban con facilidad. Cada jefe de familia estaba acompañado por sus mujeres, las cuales nunca venían solas. Me impresionaron igualmente la linda cara de éstas y la belleza de sus formas, no ocultas por su vestido, que se reducía a un simple trozo de paño que les envuelve las caderas hasta la mitad del muslo. Su color atezado, pero mucho menos que el de otras indias, su piel tersa y brillante como el raso, les daban el aspecto de estatuas antiguas. Llevan sus cabellos sueltos sobre sus hombros, recortados en cuadro por delante, de manera que se destaque bien la frente; sus brazos están adornados con brazaletes, su cuello con collares de vidrio, y, aunque van desnudas las piernas, usan siempre ligas. Algunas, quizá para realzar su belleza salvaje, se pintaban de negro, otras con rojo de semilla de achiote, menos la cara. Las había que tenían negra la curva de la boca y rayas en la cara, o las manos y las piernas negras y el resto del cuerpo con rayas longitudinales de este color.

---

8 *Historia general de Indias occidentales*, por Oviedo, edic. de 1547, fol. 59.

9 Son los únicos americanos con barba que haya encontrado; los demás tienen poca y se la depilan.

Permanecí en Ascensión cinco días, durante los cuales recorrí los alrededores en todos los sentidos. Nunca había visto nada tan hermoso y tan fértil como esta campaña, en la que sólo algunas parcelas están cultivadas y rinden el céntuplo, en tanto que la naturaleza virgen más pomposa brilla en todas partes, exhibiendo sus tesoros: aquí bosquecillos de *Palma real*, de hojas en abanico, allí bosques de la elegante palmera cucich, la de las hojas en forma de espada, o mezcla de variadas palmeras[10], con la vegetación más vigorosa y más rica en detalles.

El 25, víspera de mi partida, quise aprovechar la fiesta de Navidad para utilizar la reunión de guarayos y ver varias ceremonias de su religión primitiva.

25 de diciembre

Tenía un motivo para tener prisa. El cura de Ascensión, un buen tipo sin recursos, que se ocupaba más de sus intereses personales que de la salvación de los indios, me dejaba hacer mi voluntad, en tanto que yo temía la austeridad religiosa del padre Lacueva, quien indudablemente se habría opuesto en Trinidad a estas manifestaciones repudiadas por el cristianismo. Me serví de la condescendencia del jefe guarayo, que ordenó disponerlo todo para complacerme.

Vino a buscarme al mediodía a escondidas. Me introdujo misteriosamente, y en silencio en una casita octogonal situada a la orilla de la aldea, en donde encontré sentados en círculo alrededor de la pieza a unos hombres desnudos que tenían detrás de sí, de pie, a las mujeres. En cuanto entré, cerraron las puertas, y el más viejo, que llevaba una larga barba, golpeó el suelo con una caña de bambú. Todos los demás lo imitaron con el mismo instrumento, con la mirada fija en el suelo. Cuando se logró el compás, el anciano entonó con una hermosa voz de bajo un himno que todos repitieron, acompañándose con el redoble de sus bambúes, mientras que las mujeres marcaban el compás con genuflexiones. Esas voces masculinas, esos sones discordantes de sus bambús, la actitud imponente de los cantores, su apostura, todo en esta ceremonia me sorprendió y me asombró, no podía decir en realidad a dónde me sentía transportado, pero sí puedo afirmar que no habría cedido mi sitio en este espectáculo. Esos primeros cantos se dirigían al Tamoi (el padre grande), a quien los guarayos conjuraban para que descendiese entre ellos y los escuchase. Luego le pidieron agua para sus sembradíos. Entonces se levantaron, formaron todos un círculo y caminaban en fila, golpeando el suelo y cantando otro himno, con los ojos bajos; iban lentamente en su sentido, luego se volvían y caminaban en sentido contrario. Esos himnos están llenos de figuras y de comparaciones ingenuas. Los acompañan con los sones del bambú, porque Tamoi, des-

10 Allí descubrí la nueva especie de *Astrocaryum Huaimi*, Martius.

pués de haberles enseñado el cultivo, había subido hacia el oriente del árbol sagrado, en tanto que los ángeles golpeaban la tierra con esas cañas. Por lo demás, siendo el bambú uno de los dones de Tamoi, en el sentido de que forma parte de la construcción de sus cabañas, lo consideraban como un intermediario entre ellos y la divinidad.

Después de la ceremonia, invité a todos los indios a concurrir a la plaza, en donde quería ofrecerles una especie de fiesta. Allí encontré al cura, enterado, no sé cómo, de lo que acababa de ocurrir. Esperaba recibir cuando menos algunos reproches de su parte, pero sucedió lo contrario. Me hizo notar solamente que, como tenía que marcharme al día siguiente, había hecho una tontería en hacer representar la ceremonia por medio de la cual los indios piden agua, puesto que era indudable que llovería, pues los guarayos, agregó, obtienen siempre lo que piden. Esta reflexión me sorprendió en sus labios y me dio la medida de su caletre.

Con el objeto de juzgar la habilidad de indios e indias, establecí un concurso de tiro al arco para que todos participaran. Las muchachas acudieron primero y premié con brazaletes y bujerías a las más diestras. Les sucedieron los hombres. La precisión de su puntería me asombró: las flechas, lanzadas con fuerza, silbaban en el aire y daban con violencia en el blanco. Pude empero comprobar que no son seguros en su tiro a más de sesenta metros. Después de darme una idea de su habilidad, los guarayos me rogaron que les mostrase a mi vez la potencia de nuestras armas de fuego. Colocaron un pollo a la misma distancia y me lo hicieron matar, lo cual les divirtió tanto, que tuve que negarme a privarlos de todo su gallinero. Quise proporcionarles otro placer: el de mirar en un excelente largavista y en un microscopio. Nada podría pintar su sorpresa y su éxtasis al ver de cerca objetos alejados o de contemplar tan voluminosos a los seres pequeños. A partir de ese instante, ya no era yo para ellos un extraño, y todos me miraban como a un ser extraordinario, y me llamaban con respeto y alborozo su hermano (Cherú), lo que era mucho para un guarayo, el más orgulloso de todos los salvajes, pues, por la libertad de que goza, se cree el primero de los hombres, al punto de que se enfada cuando lo tratan de *indio*[11], sosteniendo con altanería: "Sólo los chiquitos son indios, pues son esclavos; yo soy libre y no indio: soy *guarayo*"[12].

---

11 El señor de Humboldt ha encontrado el mismo orgullo entre los caribes. *Viaje*, t. IX, pág. 35.

12 *Guarayo*, como *guaraní*, como *galibi*, como *caribe* (voces todas derivadas de la misma raíz) quiere decir *guerrero*. (V. *El hombre americano*, pág. 366). El P. Lacueva cree que esta palabra, pronunciada *guarayu* por los indios, viene de *guara*, nación, y *yu*, amarillo, porque son más blancos que los demás; pero los guarayos no lo explican así.

A la mañana siguiente llovía, y el cura no perdió la ocasión de recordarme su observación de la víspera. Con todo, partí en compañía del jefe guarayo para Trinidad, situada a quince leguas al noroeste. Luego de haber dejado atrás los bosques de palmera cucich, mis plantas hollaron tierras húmedas hasta el arroyo *Sapococh*, uno de los afluentes del Río Blanco. Después de cuatro leguas de una selva magnífica, alcancé, en las márgenes del Río San Miguel, la antigua reducción de San Pablo, abandonada desde 1828. Como el fuego lo había destruido todo, no quedaban allí más que restos de edificación y estupendas plantaciones de cacao, en parte abandonadas, a pesar de su riqueza y de los pingües rendimientos que dan anualmente. Desde las ruinas de San Pablo me quedaban diez leguas de camino por entre bosques. Al comienzo la selva estaba llena de bambúes gigantescos, cuyas espinas ganchudas me desgarraron implacablemente y me dejaron casi desvestido; pero esos vegetales singulares fueron reemplazados por palmeras motacús y por árboles variados; llegamos así a un campito negruzco ya listo para recibir la simiente. A cinco leguas, pasé cerca de un inmenso lago y muy pronto costeaba pequeñas colinas, en donde encontré los primeros campos de los guarayos de Trinidad. Llegué de noche a la reducción; allí los indios me ofrecieron hospitalidad, a la espera de que al día siguiente pidiese mejor alojamiento al religioso de Santa Cruz, situado a una legua de distancia.

Trinidad está cerca del Río San Miguel, en medio de una hermosa floresta, que atravesé hasta Santa Cruz. Allí me encontré con el reverendo padre Lacueva, considerado como santo en las provincias vecinas. No vi en él más que a un viejo amable, muy instruido y de una conducta ejemplar. Sus maneras me agradaron al extremo. Pertenecía a una rica familia de España. Había estudiado matemáticas, pero su vocación lo arrastró a la predicación del Evangelio. Se hizo franciscano, y gracias a su saber y virtud pronto recibió el título de Prefecto de la Misión, cuyas prerrogativas inherentes lo hacen equivalente a un obispo. Vino a América, en donde, huyendo de la vida de los conventos, consagró su existencia a la conversión de los indios, rehusando todos los honores. Vivió veinte años entre los salvajes yuracarés, al pie de las cordilleras, y, cansado de no poderlos convertir, los abandonó para venir a establecerse entre los guarayos, en donde, luego de ocho años de permanencia, comenzaba a temer que terminaría su humilde y noble carrera sin haber obtenido grandes resultados. Las limosnas de las damas de Santa Cruz de la Sierra le daban apenas para vestirse; se alimentaba de arroz cocido en agua, se hacía él mismo su cocina y vivía solo, alejado del mundo entero. Me conmovió vivamente la perseverancia de ese religioso, que tenía entonces setenta años por lo menos, y me afané para merecer una amistad que él tuvo a bien acordarme.

Moraba en una pobre choza; su iglesia no era más que una pobre cabaña, techada con hojas de palmera. Los domingos cubría con un simple tejido de algodón el altar de tierra y decía allí su misa. Para llamar a los fieles, el venerable anciano no tenía más que un mortero de cobre al que golpeaba con una piedra.

El padre Lacueva me hizo admirar la posición de la reducción de Santa Cruz, situada sobre una pequeña elevación, entre dos montañas de gneis, al borde de un lago de media legua de diámetro, rodeado de selvas o de colinas arboladas, pobladas con la más hermosa vegetación. La aldea se componía de unas treinta casas de indios esparcidas alrededor de la capillita. Arrastrado por la interesante conversación del padre Lacueva, acepté la mitad de su modesta comida y luego se vino conmigo a Trinidad, en donde me instaló en su propia casa. Permanecí allí hasta mi partida para Moxos, yendo a menudo a visitarlo o recibiendo de él frecuentes visitas. Esta residencia tenía la doble ventaja de acercarme al río en el cual tenía que embarcarme y de mantenerme lejos de todo misionero, más desembarazado para continuar mi papel de observador.

El Río San Miguel baña el territorio de los guarayos. En las cartas geográficas[13] se hace dirigir esta corriente de agua hacia el Río Guapaix o Grande, y de ahí al Mamoré. De haber sido así, embarcándome allí habría ido a parar a la misión de Loreto de Moxos, en tanto que mi intención era llegar a la parte oriental de esta provincia. Pregunté a los guarayos y al padre Lacueva. Me informaron que, lejos de doblar al oestenoroeste, el Río San Miguel se dirige al nornoroeste, pasando cerca de la misión de Carmen de Moxos. Sin saber entonces si arrojaba sus aguas más abajo en el Río Blanco o en el Itonamas, afluentes comunes del Guaporé o Itenes, tomé el partido de seguir este rumbo, a fin de aclarar este importante problema geográfico. Mi proyecto no era fácil de realizar. Para viajar por tierra se oponían la estación de las lluvias ya muy avanzada y la inundación de los campos, además de las dificultades inherentes a la apertura de una nueva vía de comunicación. Pero, por otro lado, en las piraguas de los guarayos, hechas con un solo tronco de árbol ahuecado por medio del fuego[14], no cabían más que dos personas a lo sumo, con lo que no habría podido cargar en ellas mi equipaje. Utilicé las disposiciones amistosas del jefe guarayo y logré de él que enviase a Carmen a dos indios portadores de una carta, en la que rogaba al administrador que me despachase piraguas y remeros de esa misión para llevarme hasta Moxos.

---

13 La de Brué en 1826.

14 Esas piraguas, largas a veces de ocho a diez metros, tienen apenas cincuenta centímetros de ancho.

Mientras aguardaba la vuelta de mis mensajeros, me entregué a investigaciones de historia natural, al mismo tiempo que estudiaba con cuidado y en sus menores detalles la vida privada de mis nuevos amigos salvajes. Iniciado en sus costumbres domésticas, estuve en condiciones de apreciarlas, lo que me inspiró hacia ellos un afecto muy especial. Todos los días el cacique, viejo de porte patriarcal, venía a ofrecerme sus servicios. ¿Lo necesitaba? Se alejaba de prisa y reaparecía al cabo de un rato con sus mujeres cargadas de frutas magníficas, de legumbres o de aves de corral. También recibía la visita de los otros indios, que me traían productos de sus tierras u objetos de historia natural. Todo lo pagaba, ya con grandes agujas de coser, ya con cuchillos, tijeras o parecidas bagatelas, pues la plata, como en Chiquitos y en Moxos, no era conocida por sus habitantes. Un lindo pollo, por ejemplo, valía tres agujas de coser, y lo demás en proporción, sin que jamás, por otra parte, se me fijase un precio o se me hiciese la menor observación sobre lo que ofrecía en pago; mi amigo, el primer jefe que había encontrado en Ascensión, siempre me guiaba con sus consejos.

Nunca había hecho una cosecha tan rica de historia natural; tenía como ayudantes a todos los habitantes de las dos reducciones. Les había dado instrucciones que seguían al pie de la letra. Desde la mañana hasta la noche era un constante desfilar ante mí de indios que me traían insectos magníficos en los tubos de bambú o en cucuruchos hechos con hojas, conchillas terrestres de la selva o conchillas fluviátiles de los lagos y del río. Las agujas de coser y otras chucherías semejantes me proporcionaron pronto una admirable colección de las producciones naturales de esos bosques, que los indios recorrían para mí como auténticos ayudantes naturalistas.

Muy contentos con mis regalos, los guarayos no habrían cometido, sin embargo, una bajeza para obtenerlos. Yo los tentaba de diversas maneras sin conseguir jamás alterar sus principios. A menudo fingía extraviar un pañuelo en la selva o dejaba los cuchillos o el hacha fuera de la casa. Siempre me traían esos objetos, sin tocarlo siquiera, en la punta de un bastón. Llegaban y me decían: "Oye, esto debe ser tuyo", o si no: "He visto tal cosa en tal lugar; ve a buscarlo antes de que te lo roben los chiquitos". Llevan su delicadeza hasta el escrúpulo y tienen horror por el robo y el adulterio; por ello las mujeres tienen una conducta intachable, que en vano buscaríamos en las misiones de los chiquitos. Me atrevo a decir que el contraste entre los guarayos completamente salvajes y los chiquitos semicivilizados es ventajoso para los primeros.

Con el objeto de hacer relevamientos de todos los puntos visibles de los alrededores, dirigiéndome al sur de Santa Cruz, en los bosques, hasta el pie de

la montaña, abrí con el machete una picada hasta la cumbre, desde donde divisé un magnífico panorama. Dominando un inmenso horizonte del verde más hermoso, tenía al este, en la lejanía azul, las montañas de la Ascensión, y más cerca, el lago, por cuya orilla había pasado; al norte y al noroeste, las colinas de gneis de Santa Cruz, rodeando dos lindos lagos, uno de los cuales, situado a mis pies, estaba circunscripto de praderas. En la orilla opuesta del Río San Miguel divisaba dos grandes lagos en medio de una selva dilatada, más allá de la cual se veían, como en un mar de verdor, las llanuras de la provincia de Moxos, inundadas una parte del año. Si alguna vez había lamentado ver cómo permanecían incultas en América magníficas campañas, cuando tantos pobres agricultores se mueren de miseria en Europa, ese sentimiento era tanto más penoso frente a esas comarcas, las más ricas que hasta entonces hubiese visto, frente a esa naturaleza imponente, a esta riqueza de vegetación extraordinaria, dispuesta siempre a responder al cultivo más productivo apenas se presentasen los brazos para trabajarla.

1832
3 de enero

Eramos muchos los que estábamos reunidos. Los recursos alimenticios de que disponíamos entre los guarayos consistían en una gran abundancia de maíz, de mandioca, de frutas y algo de volatería; pero entre ellos no podía procurarme carne, pues la aborrecen. Me encontraba casi en aprietos cuando me informaron que más allá de las selvas de la otra orilla del Río San Miguel existían muchos animales salvajes. Hacia allí me dirigí y tuve la fortuna de matar un animal joven, que trajimos. Al mismo tiempo había reconocido, en el gran número de huellas recientes, que había una multitud de toros y de vacas, a los cuales fui recurriendo a medida que lo exigían mis necesidades. Por lo demás, esta caza no estaba exenta de peligros, pues los toros enfurecidos perseguían a menudo sin tregua a los cazadores cuando la bala no los había herido de muerte.

Tenía conmigo dos indios jóvenes de la provincia de Chiquitos, y deseaba obtener otro de los guarayos. Mi intención por aquel entonces era traerlos a todos a Europa y pedir al gobierno que los hiciera estudiar en los colegios con el objeto de determinar la capacidad de los indígenas[15] americanos. Expuse este propósito al padre Lacueva y al cacique guarayo, quienes prometieron darme un niño. Efectivamente, un día vi llegar al cacique con toda su familia, compuesta por lo menos de sesenta personas. Este patriarca de la larga barba,

15 Más tarde, una vez en Santa Cruz de la Sierra, me vi obligado, muy a mi pesar, y por falta de fondos, a renunciar a este proyecto y a mandar de vuelta a mis tres indiecitos a sus respectivas patrias.

después de darme los buenos días, me presentó a un joven guarayo, espetándome un discurso solemne, cuyo sentido aproximado es el que sigue: "Este niño que te traigo es mi nieto; se llama *Mbuca ori* (Risa gozosa). Te lo doy porque perdió a su padre, y te creo digno de reemplazarlo; míralo como a tu hijo y haz de él un hombre; sobre todo, que no sepa nunca lo que es el robo, que tanto detestamos, y que sea digno de llamarse guarayo". Le pregunté qué quería que le diese. "Dame un hacha y un machete –me dijo–; dale un hacha a su madre y un cuchillo a su hermano; son las cosas que estimamos más y que más útiles nos serán si algún día, para huir de la esclavitud, estamos obligados a volver a la selva de donde hemos salido". Le di lo que me pedía y me convertí en el propietario del indiecito. Lo hice vestir inmediatamente. Era un niño de ocho años, de un rostro encantador, muy espiritual, a quien le convenía perfectamente el nombre de *Risa gozosa*.

Jefes indígenas de Carmen de Moxos me trajeron el 25 de enero, de parte del administrador de esa misión, una carta en la que me anunciaba que ponía a mi disposición cuatro grandes piraguas. Tres días después daba mis adioses a los buenos guarayos. Nunca olvidaré la impresión que me produjo esta separación. El padre Lacueva y todos los indígenas me acompañaron hasta la orilla del río con demostraciones de la más viva amistad. Todo estaba a bordo y mis remeros sólo esperaban mi orden para hendir las aguas. Lancé una última mirada a la ribera y advertí al buen padre Lacueva, con lágrimas en sus ojos, extendiendo hacia mí las manos desde lo alto del ribazo para darme su última bendición, en tanto que todos los guarayos, con su jefe a la cabeza, me daban sus adioses en los términos más conmovedores. Un primer meandro de este río tortuoso me separó de esta escena conmovedora; y, librado a mis tristes pensamientos, me aturdí como de costumbre, ocupándome de cuanto me rodeaba, a fin de olvidar la soledad en la cual volvía a sumergirme.

Descripción de los Guarayos y de la comarca que habitan

Diseminados en unas cuarenta leguas de longitud, los guarayos habitan las umbrías selvas que separan las provincias de Chiquitos y de Moxos, no lejos de las márgenes del Río San Miguel, hacia el 17° de latitud sur y el 66° de longitud occidental de París. Su número asciende a unos mil más o menos, y todos, menos algunas pocas familias dispersas en los bosques, viven en tres aldeas, las de Trinidad, Ascensión y Santa Cruz, en donde los religiosos han tratado de atraerlos hacia el cristianismo.

Por tradición recuerdan todavía haber venido del sudeste, probablemente del Paraguay; recuerdan también haber convivido con los chiriguanos y haberse separado de ellos como consecuencia de unas querellas. Sea como fuere, los guarayos habitan los mismos sitios desde hace tres siglos por lo menos. Según el cura de San Javier, algunos guarayos habrían sido llevados a la fuerza, ya en 1700, a San Javier, de donde escaparon poco después. Lo cierto es que en 1790 el azar hizo que se los encontrara durante una expedición encaminada a abrir una vía de comunicación entre Chiquitos y Moxos[16].

Cuando los guarayos, asentados entonces cerca de la gran laguna, entre Ascensión y Trinidad, vieron a los españoles, huyeron a los bosques gritando: "¡No nos matéis; somos cristianos!". Un negro brasileño que entendía el guaraní, se lo dijo al comandante, quien los tranquilizó y les hizo muchos presentes. Se lo hizo saber al gobernador de la provincia, don Juan Verdugo, el cual se determinó a visitarlos él mismo y llevarles regalos para decidirlos a hacerse cristianos. Se presentaron varios en San Javier, en donde se entendieron en chiriguano con el cura don Gregorio Salvatierra, que les tomó afición y quiso ir personalmente para convertirlos. Alentado en su proyecto por el gobernador de la provincia, el padre Salvatierra hizo construir con los chiquitos, en 1793, la iglesia y demás edificios de la reducción de San Pablo, a ocho leguas de San Javier, y, seguido por cincuenta chiquitos armados, se constituyó en aquellos parajes con el objeto de sacar a la fuerza a los guarayos e incendiando sus aldeas para impedirles que regresasen allí. Se trajo unos trescientos, los cuales, poco satisfechos de estar retenidos así, seis años más tarde, en 1793[17], regresaron a sus selvas, dejando a la puerta de la iglesia los vestidos que les habían dado y los bastones, símbolo de las funciones a que había elevado a sus jefes; su conducta estuvo en todo de acuerdo con el orgullo que los caracteriza.

En 1807 el padre Salvatierra y el decano de los canónigos de Santa Cruz de la Sierra, don José Joaquín Velasco, concibieron de nuevo el proyecto de ir a reducir a los guarayos en sus propios pagos, abriendo un camino de un lado a Moxos, y del otro a Santa Cruz de la Sierra, por Bibosi. En efecto, en la margen opuesta del Río San Miguel, un poco más arriba de Trinidad, fundaron una aldea que llevó el nombre de *San Luis Gonzaga*, abandonada tres años más tarde. El padre Salvatierra no renunció, empero, a su proyecto. En 1811 construyó a sus expensas, bajo el nombre de *San Joaquín*, otra aldea a un cuarto de

16 Estos datos y algunos de los que seguirán, me los proporcionó el padre Lacueva.

17 Evidentemente, D'Orbigny incurre aquí en una distracción, pues da la misma fecha de arriba siendo que han pasado seis años entre una y otra. (N. del T).

legua de Ascensión; mas viendo que no podía reunir en ella a todos los guarayos, siguió los consejos de éstos y fundó en 1820 una reducción cerca del Río San Miguel, a cinco leguas de distancia de la actual Ascensión y a la que llamó *San Pablo*[18].

Ese mismo año, el gobernador de Moxos, queriendo establecer por agua comunicaciones con la provincia de Chiquitos, posibilitó la llegada de piraguas por primera vez al país de los guarayos. Estos, viéndose descubiertos de ambas partes, y temiendo que los arrancasen de sus queridas selvas, como habían hecho algunos años atrás para la fundación de Carmen de Moxos, se presentaron precipitadamente al padre Salvatierra, pidiéndole ser convertidos al cristianismo. El cura aprovechó tan buenas disposiciones, y marchó a fundar las reducciones de Santa Cruz y de Trinidad, ya que los indios amaban por sobre todas las cosas el lugar en que habían nacido. En 1823 el padre Lacueva, con dos religiosos más, vino a dirigir al conjunto de guarayos: encontró ochenta y cinco en San Joaquín, ciento sesenta y dos en San Pablo y trescientos entre Trinidad y Santa Cruz. Esas reducciones estaban, por otra parte, sumidas en una gran pobreza. Animado por un celo infatigable, el padre Lacueva se esforzó en traer los indios de las selvas a la reducción; fundó la Ascensión e hizo hacer allí plantaciones de cacao y de algodón. Fundó escuelas y trazó el camino hacia Chiquitos. Confiaba mucho en sus gestiones, cuando al año siguiente (1824), a consecuencia del cambio de gobierno y del advenimiento de la República, fue abandonado por los otros religiosos, que quisieron regresar a España. Cuando quedó solo, pidió al padre Salvatierra que dejase San Javier para venir con sus queridos guarayos; se estableció algunos años en Ascensión, en donde murió. A partir de 1824, el territorio de los guarayos pasó a depender políticamente de la provincia de Chiquitos.

Olvidado, por así decirlo, de la tierra entera, sin apoyo de parte del gobierno, obligado a hacerlo todo con sus propias manos, el padre Lacueva sólo obtuvo estimación de los guarayos, pero sin conseguir el menor ascendiente sobre ellos. Sin embargo, cuando los amenazó con retirarse, le dijeron: "Si te vas, padre, nos iremos a vivir a los bosques, pues sólo permanecemos aquí por ti"; y, temeroso de verlos retornar a su salvajismo, el digno hermano se queda siempre, con tanta más razón cuanto que los chiquitos, que, huyendo de la severidad de las misiones, se vienen a vivir junto a los guarayos, repugnan a éstos en sus aldeas por las exacciones que cometen y por la depravación de sus costumbres.

---

18 Es la misma cuyas ruinas visité.

Hay ahora entre Trinidad y Santa Cruz 544 almas, divididas así:

Hombres		Mujeres	
Edad	Núm.	Edad	Núm.
De 1 a 7 años	60	De 1 1 7 50	
De 7 a 15 años	76	De 7 a 15 años	61
De 15 a 70 años	1	De 15 a 70 años	154
	279		265

Grandes, bien plantados, casi blancos, dotados de una larga barba (hecho excepcional entre los americanos), los guarayos tienen una apostura altiva, los rasgos regulares y la expresión muy dulce. Su carácter responde perfectamente a su exterior; ofrecen el tipo de la franqueza, de la hospitalidad y de todas las virtudes. Buenos padres, buenos maridos, aunque graves por hábito, se creen, en medio de la abundancia y de la libertad salvaje, los más felices de los mortales. Sus ancianos, verdaderos patriarcas y oráculos de sus familias, encuentran respeto y sumisión en sus hijos. Se dividen en pequeñas familias en las selvas, o en las aldeas. Sus cabañas, todavía octogonales, parecidas a las de los antiguos caribes de las Antillas, son espaciosas y están cubiertas de hojas de palmeras.

Un guarayo pasa su primera infancia junto a su madre, la cual le prodiga los cuidados más tiernos. Desde los ocho o diez años, acompaña a su padre al campo, a la caza, adiestrándose en el tiro al arco y en el arte de fabricar armas. Abandona entonces la compañía de las mujeres y no frecuenta más que la de los muchachos de su edad o la de los hombres. Apenas logra reunir en el manejo del arco fuerza y suficiente destreza como para bastarse a sí mismo, piensa en elegir compañera. Una vez hecha la elección, hace su trato con los hermanos de la muchacha, que son los que exclusivamente tienen derecho para disponer de su hermana. Las condiciones consisten ora en un número dado de hachas, de cuchillos o de otros instrumentos, ora en una suma de trabajo, como puede ser la construcción de una casa o el desmonte de un campo. Aceptada la demanda, el joven pretendiente, completamente desnudo, pintado de rojo de pies a cabeza y armado con su macana[19] o maza, se pasea durante varios días alrededor de la cabaña de su novia. Algún tiempo después, las parientes de la joven preparan la bebida de maíz fermentado, y la boda se celebra en medio de una reunión numerosa a la que son invitados todos los parientes y amigos.

19 *Macana*, en español en el original. (N. del T.).

La joven pareja vive a veces con su familia, pero lo corriente es que construya una cabaña en las inmediaciones. Cuanto más aumenta la familia de un guarayo, mayor es la consideración que adquiere. Es por eso que, sin descuidar a su primera mujer, siempre la más estimada, el guarayo toma sucesivamente otras en el curso de su existencia. Los hijos de todas esas mujeres parecen de una sola madre, tal es su estrecha unión. Nunca una disputa, jamás un reproche de parte del marido, que respeta a sus mujeres, aunque se considera como muy superior a ellas. Cuando un guarayo llega a ser jefe de una familia numerosa, se convierte en un oráculo; sus días transcurren plácidamente, sin cuidados ni pesares; por eso llega siempre a la vejez exento de achaques y de la pérdida de sus sentidos; sin embargo, como ya se ha visto en el cuadro anterior, los guarayos raramente sobrepasan los setenta años.

En medio de la abundancia, el guarayo provee casi sin trabajo a las necesidades de su familia. Cada cultivo de su campo se hace en común con sus parientes, sus amigos. Sus mujeres preparan la bebida de maíz; después es él quien las convida. Al despuntar el día se dirige alegremente a su campo. Los invitados trabajan con un ardor increíble los dos tercios de la jornada, en tanto que el propietario se tiende en su hamaca o dirige a los obreros. Regresan luego a la cabaña en donde dan comienzo a las danzas serias y a libaciones que duran varios días; todo transcurre, empero, sin riñas ni disputas; de esta manera, cada jefe reúne sucesivamente a sus amigos, sea para derribar y desmontar, sea para sembrar, y todas esas operaciones dan ocasión a otras tantas fiestas.

Los hombres abaten los árboles en el desmonte de los campos, que cultivan en común con las mujeres; construyen sus piraguas por medio del fuego y del hacha, y fabrican sus arcos y sus flechas, hechos con sumo arte; sacan las cortezas de las higueras para hacerse con ellas sus vestidos. Por otra parte, son apasionados por la caza y la pesca, para lo cual dos o tres de ellos recorren la selva durante varios días, trayendo consigo monos o pescados ahumados. A cargo de las mujeres está la alfarería, que consiste en enormes cántaros de tierra para poner la chicha, que ellas hacen con maíz molido; hilan el algodón y tejen hamacas así como las prendas con que se visten.

Siendo el cultivo su principal recurso, puesto que la caza no es para ellos más que una diversión, adaptan a aquél mucho de sus ceremonias religiosas. Su religión es sencilla como sus costumbres. Su *Tamoi* o abuelo, dios bienhechor al que reverencian sin temer, vivió entre ellos, les enseñó la agricultura y, cuando los dejó, les prometió su protección desde la copa de un árbol sagrado de flores purpúreas, al que subió para elevarse al oriente, hacia los cielos. Se le implora en la época de las siembras o cuando se quiere que una lluvia abun-

dante venga a reanimar a la tierra jadeando bajo los ardores de un sol de fuego. Una simple cabaña octogonal en medio de la selva es el templo en donde se reza a Tamoi. Unos hombres completamente desnudos se sientan formando un círculo, teniendo cada uno en su mano un trozo de bambú. El más viejo, con los ojos bajos, golpea el suelo con su bambú, entonando con la más hermosa voz de bajo un himno que los demás repiten. Los he oído pedir, en un estilo de los más figurados y de los más poéticos, a la naturaleza que se vistiese con sus galas más magníficas; a las flores, que se abriesen; a los pájaros, que tomasen su más rico plumaje y que comenzasen sus alborozadas canciones; a los árboles, que se embelleciesen con sus verdores primaverales, a fin de unirse a ellos para llamar la atención de Tamoi, a quien jamás imploran en vano.

En sus enfermedades recurren a los adivinos, que conjuran el mal tocando la parte enferma y perfumándola con humo de tabaco. Los guarayos ayunan durante el nacimiento y las enfermedades de sus hijos. Temen el canto de los pájaros nocturnos y al cielo cuando está muy encapotado en la noche. Le llaman *teteo* (la muerte), y aventan entonces cenizas para conjurarla. Durante la luna nueva arrojan sus hijos al aire para que crezcan.

A su muerte, los guarayos son llevados al cielo gracias a los cuidados de Tamoi, quien toma el camino del oriente desde la copa del árbol sagrado (*Tuirenda*)[20], que con ese fin plantan siempre cerca de su morada. Gozan en la otra vida de cuanto poseían en ésta[21]; por eso se los entierra siempre cubiertos de pinturas, con la cabeza vuelta hacia el este, rodeados de sus armas, de sus instrumentos agrícolas y con chicha. Colocan su cuerpo en su cabaña o en el campo, entre dos capas de esteras, en el fondo de una fosa, y su familia ayuna, se oculta algunos días y se pone de luto pintándose de negro.

Gozan de poca libertad las mujeres entre los guarayos. De niñas, no abandonan nunca a su madre; cuando llegan a núbiles se les somete a rigurosos ayunos, y algunas líneas de tatuaje en los brazos, con profundas heridas, que se hacen en medio del pecho[22], indican entonces a todos que las jóvenes pasan de la infancia a una edad en que deberán ocupar su puesto en la sociedad. Una mujer nunca se presenta sola a ninguna parte; siempre va acompañada, sea por sus hermanos, sea por su padre.

---

20 Planta leguminosa, semejante al *Ceibo* de Buenos Aires.

21 Ellos consideran que todos los animales suben al cielo por medio de un bejuco tortuoso. Creen que los cristianos van hacia occidente.

22 Esta costumbre vuelve a encontrarse en muchos pueblos, entre los patagones, los puelches, los araucano etc. V. *El hombre americano*, pág. 128.

Una de las características más salientes de los guarayos es su escrupulosa probidad; nunca querrán apropiarse de una cosa que no les pertenezca. Tal es el rápido retrato de los antiguos descendientes de los caribes, hombres feroces, sanguinarios, antropófagos, para quienes los escritores de los primeros siglos de la Conquista nunca encontraban bastantes anatemas.

Con todas estas virtudes, uno se asombra de encontrar en los guarayos tanta repugnancia para someterse a las prescripciones de la religión católica. El padre Lacueva, no más afortunado que sus antecesores, nada había obtenido de ellos. Lejos de oponer la menor resistencia a sus miras, lo estimaban y lo veneraban mucho; pero los contados guarayos que recibían el bautismo venían poco a la iglesia y no abandonaban sus antiguas costumbres. Animados por el solo deseo de vivir en paz, no querían someterse a ninguna ley; por eso nunca se entregaban a habladurías. El padre Lacueva me decía que las dos mayores dificultades que tenía que vencer eran hacerlos perder la costumbre de la poligamia y lograr que las mujeres se cubriesen un poco más. Muchas veces le oí quejarse al cura de Ascensión de la pereza de los indios y de su indolencia, porque no podía hacerlos trabajar en su propio provecho. Al guarayo le bastan algunos días de trabajo por año para asegurarse para él y su familia las provisiones de dos o tres años. Cubierto con la corteza de los árboles de la selva, alimentado con la caza que en ella obtiene y con el producto del campo que allí cultiva, abrigado bajo su follaje, ¿para qué iba a afanarse por obtener lo que no le es necesario y de cuya existencia apenas está enterado? En la abundancia de los bienes reales, cuando está fuera de toda servidumbre, se considera como muy feliz de su libertad y trata de esclavos a todos los hombres sometidos a los reglamentos de las misiones.

Fin del Tomo III

de apuntes científicos y una extraordinaria colección, en la que están comprendidos ejemplares de geología, de mamíferos, de pájaros, de reptiles, de peces, de moluscos, de foraminíferos, de crustáceos, de insectos, así como de criptogamas y de palmeras que permitirán dar un verdadero salto a las ciencias naturales de la época. Todo ello lo confirma, por cierto, como un naturalista fuera de serie, que nos ha dejado una herencia científica excepcional.

Si bien su formación fue esencialmente en ciencias naturales, Alcide d'Orbigny mostró durante su aventura americana, una capacidad sorprendente para la etnología. Sus observaciones sobre las costumbres, los trajes, la música, las lenguas nativas, son de una rara riqueza. Este rasgo profundamente humanista queda manifiesto en la actitud que asumió frente a las injusticias cometidas en suelo americano.

De vuelta a Francia, Alcide d'Orbigny, naturalista excepcional, precursor de la etnología, ecólogo que antecedió a la disciplina, humanista determinado nos ofrece a través de las páginas de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, un documento científico, cultural y humano de un inmenso valor que alcanzó una gran resonancia en Europa y América. Paradójicamente, su difusión ha sido desgraciadamente restringida, en particular en los países que visitó como estudioso.

En el marco de la celebración del bicentenario del nacimiento de Alcide Dessalines d'Orbigny, la Embajada de Francia en Bolivia y el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) decidieron reeditar el diario de viaje y dar a conocer, al menos en parte, las magníficas y sabias ilustraciones de d'Orbigny, de las que ofrecemos un centenar de ellas. Esta edición no habría sido posible sin la valiosa colaboración de TotalFinaElf, del IRD, (Instituto de Investigación para el Desarrollo) y de Plural Editores.

Françoise Le Bihan y Jean-Joinville Vacher, Embajadora de Francia en Bolivia y Director del IFEA, respectivamente.

ISBN 99905-64-51-5

Enviado por el Museo de Historia Natural de París, a la edad de 23 años, el joven naturalista francés Alcide d'Orbigny recorrió durante ocho años la América meridonal (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú y Bolivia) y a su regreso a Francia compuso una monumental obra publicada entre 1835 y 1847 con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes con más de 5 mil páginas y 500 ilustraciones.

A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de d'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro de Buenos Aires publicó el *diario de viaje* en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor.

A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, d'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Liberté · Égalité · Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN BOLIVIE

plural EDITORES

IFEA

IRD
Institut de recherche pour le développement

TOTAL FINA ELF